

Reg. N° PP2240

HEMEROTECA
Publicación U.N.C.
SALA DE LECTURA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
MENDOZA - ARGENTINA

— UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO —
BIBLIOTECA CENTRAL
E. 24.3.61. N° de Orden
P. Inst. de Arg. y Etn.
Valor dos

ANALES DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA



AÑOS 1958 - 1959

TOMOS XIV - XV

INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA

RIVADAVIA 544

MENDOZA



Director

Prof. Dr. JUAN SCHOBINGER

Investigador en Arqueología

Prof. RICARDO H. CASTAÑEDA

Encargado de Excavaciones

(Ayudante Técnico)

VICENTE ORLANDO AGÜERO BLANCH

Ayudante Diplomada

Prof. KETTY BÖHM DE SAURINA

Ayudante Alumna

NELIDA CUETOS

NOTA: Parte del tomo XV ha sido impreso con ayuda del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Esta contribución no implica que el Consejo asuma responsabilidad alguna sobre el contenido de esta publicación.

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la Ley N° 11.723

VOLUMEN DEDICADO AL PROFESOR
Dr. OSVALDO F. A. MENGHIN
EN SU 70º ANIVERSARIO
Y EN EL DECIMO DE SU LLEGADA A LA ARGENTINA



El Profesor Dr. OSVALDO F. A. MENGHIN
frente a su casa en su 70º aniversario
(19 - IV - 1958)

A modo de prólogo

SIGNIFICACIÓN DEL PROFESOR Dr. OSVALDO F. A. MENGHIN
PARA EL CONOCIMIENTO DE LA PREHISTORIA
SUDAMERICANA

Por JUAN SCHOBINGER

Permítase iniciar estas consideraciones con un recuerdo personal. Cuando hace hoy diez años frecuentaba las clases de los profesores Imbelloni y Casanova en el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, el primero —a la sazón director del Museo— nos presentó un día a un señor “con barbita”, quien, sonriente, asistió también a su clase de Antropología. Mostrándonos un grueso libro (se trataba de la “Weltgeschichte der Steinzeit”) nos dijo Imbelloni que dicho señor, profesor en Viena, era quien había escrito esa “Historia universal de la Edad de Piedra”, recalcando que era un libro magistral, “escrito con filosofía”. Poco después nos enteramos de que el Dr. Menghin —que así se llamaba ese hombre hasta entonces prácticamente desconocido de nosotros— había sido contratado como profesor extraordinario por la Universidad, con la misión de impulsar la investigación prehistórica en el país. Preocupado por la prosecución de mis estudios, perdí de vista al profesor Menghin por algunos años, hasta fines de 1951, en que proyectando especializarme en Prehistoria, decidí entrevistar a ese hombre a quien intuía como mi orientador en el camino de la ciencia.

Así fue, en efecto. En contacto con él desde entonces, he podido seguir su labor de campo y de gabinete, leer sus publicaciones, observar el impulso renovador en método y en espíritu dado por él —lo que no es menos importante que los conocimientos concretos acerca de la prehistoria sudamericana aportados por su actividad.

¿Por qué había venido a la Argentina? No me interesaba mayormente, y no interesa hoy día en que las dificultades de su país de origen han quedado superadas y relegadas al olvido; el hecho era que, si Euro-

pa había perdido a un investigador de primera categoría, América —mucho más escasa en estas *rarae aves*— había ganado a uno en un momento en que en la arqueología argentina se preludiaba una crisis de renovación, necesitando por lo tanto doblemente de un ejemplo orientador ¹.

Hoy, a diez años de la llegada de Menghin al país y al festejarse el 70º aniversario de su nacimiento en el lejano Tirol-meridional, parece oportuno hacer un breve y tal vez incompleto balance de los resultados y promesas de su incansable labor de hombre dedicado de lleno a la ciencia paleontológica durante esta década. Prescindiremos de mencionar con mayor detalle su actividad docente regular —inciada en 1953 "ad honorem" en el Museo Etnográfico, y desde 1957 también en el Museo de La Plata, así como en Institutos privados—, cursillos, conferencias y comunicaciones (de las que pronunció más de 50 en diversas ciudades de Argentina y Chile), etc. Prescindiremos también de los estudios, reseñas y trabajos hechos sobre prehistoria general y del Viejo Mundo, de la que nunca dejó de estar "al día" ².

Superadas las lógicas dificultades idiomáticas, Menghin se dio de lleno, junto al estudio del material conservado en los museos, a la asimilación crítica de la vasta bibliografía prehistórica y antropológica americana. La misma ha servido de marco a su actividad investigadora hasta hoy. Su primera excavación la realiza en 1949 en la localidad de Carro Quemado, provincia de La Pampa (yacimiento bajo cielo descubierto de época neolítica). En el mismo año realiza su primer viaje de estudio a Córdoba, en donde realiza una excavación en la Pampa de Olaén, en la zona antiguamente llamada Ayampitín, primeramente estudiada por el Ing. Coronel Aníbal Montes y A. Rex González en 1940. Se produce allí el descubrimiento de la cultura "Ayampitinense", de cazadores epipaleolíticos, caracterizada por una punta de proyectil bifacial y datada en el sexto milenio a. J. C. ³. También efectúa un viaje a Tandil y alrededores (prov. Buenos Aires).

Comisionado por el Museo de La Plata, realiza entre marzo y mayo de 1950 junto con el Dr. A. R. González una importante excavación estratigráfica en uno de los grandes abrigos de Ongamira (provincia de

1 Véase el artículo de C. R. LAFON contenido en este mismo tomo.

2 Por ej.: *Urgeschichtliche Grundfragen*, en "Historia Mundi", I, Berna-Munich 1950; *Migrations Mediterranæae. Origen de los Ligures, Iberos, Aquitanos y Vascos*, en "Runa", I, Buenos Aires 1948; *Veneto-Illyrica*, Anales de Filología Clásica, IV y V, 1949-1952, Buenos Aires.

3 Véase, sobre los aspectos geológicos, las publicaciones de A. MONTES, incluso la que se halla en el presente tomo.

Córdoba), cuyos resultados se publicaron algunos años después⁴. Descubrióse allí el "Ongamirense", cultura bastante primitiva con abundancia de instrumentos de hueso, que según estudios luego efectuados por González es cronológicamente posterior al Ayampitinense en las Sierras Centrales. En dicha oportunidad realizó Menghin un nuevo viaje a la Pampa de Olaén y lugares cercanos.

Poco después realiza otra importante campaña en la provincia de Buenos Aires; junto con Marcelo Bórmida se examinan varias cuevas en el partido de Coronel Suárez, de las que se excavan la Gruta del Oro y la llamada Gruta Margarita. En la primera se logra ubicar estratigráficamente la tosca industria epipaleolítica denominada "Tandiliense", especímenes de la cual ya habían sido recogidos por el geólogo Augusto Tapia en la gruta Ojo de Agua en estratos del tardíoglacial o del postglacial temprano⁵.

Un tercer grupo cultural es descubierto en el mismo año: el "Altoparanaense", identificado durante un viaje de estudios a la hoy provincia de Misiones según hallazgos realizados en profundidad. Trátase de hachas de mano, clavas curvas, raederas, etc.; corresponde según Menghin a una cultura de cazadores-plantadores que desde el tiempo postglacial ocupó zonas del sur del Brasil, Paraguay y Misiones. En un extenso artículo aparecido en el tomo II de "Runa" realizó un estudio en que, partiendo del Tumbiense africano como cultura esencialmente miolítica (= paleolítico superior en la terminología por él utilizada), se efectúan correlaciones universales incluso con el "Altoparanaense" reconocido previamente en el gabinete⁶. Algunos años después aparece en una revista europea un meduloso estudio sobre esta cultura⁷.

Desde comienzos de 1951 el centro de gravedad de las investigaciones de Menghin se traslada a la Patagonia. De enero a abril realiza un amplio viaje de estudios, con el siguiente itinerario: Patagones, Viedma, San Antonio Este, Comodoro Rivadavia, Lago Colhué Huapí, Bahía Solano, Pico Truncado, estancias Los Toldos, Alma Gaucha, La Patricia, La Flora, etc.; Bajo Caracoles, Lago Buenos Aires, San Julián, estancias La Martita y La Rosinda cerca de Cañadón León. En varios

4 *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira, Córdoba (Rep. Arg.)*. (Nota preliminar). (Por O. MENGHIN y A. R. GONZÁLEZ). Notas del Museo, t. XVII, Antropología N° 67. La Plata, 1954.

5 *Investigaciones prehistóricas en cuevas de Tandilia (prov. de Buenos Aires)* (por O. MENGHIN y M. BÓRMIDA), "Runa", III, pp. 5-36 (1950).

6 *El Tumbiense africano y sus correlaciones mundiales*. "Runa", II, pp. 89-125 (1949).

7 *El Altoparanaense*. "Ampurias", XVII-XVIII, 1955-1956, pp. 171-200. Barcelona.

de estos lugares observa yacimientos al aire libre y de arte rupestre. En la estancia Los Toldos vuelve a estudiar las pinturas de manos en negativo ya publicadas por F. de Aparicio, y en dos de las cuevas realiza excavaciones estratigráficas, reanudadas en la misma temporada del año siguiente (enero-marzo). Los lugares visitados en esta segunda oportunidad son los siguientes: Puerto Madryn, Comodoro Rivadavia, Valle Hermoso, Colonia Sarmiento, Las Pulgas (Cañadón de las Manos Pintadas), Bahía Solano, Pico Truncado, estancias Los Toldos, Aguada del Cuero, La Primavera, La Virginia, Cerro Bagual, etc., Cañadón León, San Julián, Caleta Olivia, estancia Fratzscher. Los resultados de estos dos primeros viajes patagónicos fueron expuestos sintéticamente en unos artículos aparecidos en 1952 en el diario "Freie Presse" de Buenos Aires, y en los dos que encabezan el tomo V de "Runa" ⁸.

En el mismo año aparece en el segundo y último número de la revista "Archivos Ethnos" un interesante artículo, en el que encontramos una ojeada crítica sobre la arqueología de la Patagonia (referida sobre todo a los indios "canoeros" de los canales magallánicos), pero donde aún no se tienen en cuenta los trabajos de campo que acababa de iniciar ⁹.

Durante 1951 realiza Menghin algunos viajes a otras zonas del país. Toma su primer contacto directo con la región "clásica" de la arqueología argentina, el Noroeste (provincias de Catamarca y La Rioja). Visita Santa Fe, y realiza un nuevo viaje al sur de la provincia de Buenos Aires estudiando esta vez la zona de Gral. Lamadrid, en donde efectuará una excavación en 1952 (estancia La Española, yacimiento del Tandiliense a orillas de una laguna) y otra en 1953 (estancia Los Tilos, también del Tandiliense). Aun no se han publicado los resultados de las mismas.

En el invierno de 1952 realiza otro amplio viaje de estudios por el N. O., durante el cual tiene oportunidad de excavar un cementerio indígena en el Talar (valle de San Francisco, prov. de Salta).

En el verano 1952/53 efectúa el tercer viaje a la Patagonia, en cuya primera parte el que escribe tuvo oportunidad de participar. Visítanse Comodoro Rivadavia, Bahía Solano, Col. Sarmiento, Las Pulgas (realizándose una excavación en el Cañadón de las Manos Pintadas y estudiándose el yacimiento rupestre), estancia Fratzscher; Río Galle-

⁸ *Las pinturas rupestres de la Patagonia*, "Runa", V, pp. 5-22 (1952). *Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia*, *Ibid.*, pp. 23-43.

⁹ *Derrotero de los indios canoeros*. "Archivos Ethnos", Vol. 1, N° 2, pp.9-27. Buenos Aires, 1952.

gos, estancias Killik Aike Norte, Güer Aike, Hill Station, Laguna de Leona, Río Turbio, Puerto Natales y Cueva Eberhardt en Chile, valle del Río Chico de Gallegos, Ushuaia, Cabo Blanco y Bahía de Mazaredo, Punta Guzmán, Puerto Deseado, Punta Medanosa, estancia 8 de Julio.

En estos tres primeros viajes —como los restantes, efectuados con su esposa y con uno o a lo sumo dos ayudantes, en algunos casos honorarios— se descubrieron varias industrias y grupos culturales que constituyen tal vez la aportación más importante de Menghin al conocimiento de la prehistoria sudamericana. Algunos, como el Oliviense de la costa y el Toldense I del interior, así como la fase más antigua del Riogalleguense del extremo sur, datan del final de los tiempos pleistocenos. Otros, como el Casapedrense del interior y el modernamente llamado Sanjorgense de los conchales costeros, son del postglacial temprano¹⁰. No menos importante es su determinación de los estilos y la secuencia cronológica del rico arte rupestre de la Patagonia, cuya fase más antigua —representada por las manos negativas en rojo de las cuevas de Los Toldos— también se remontan al noveno milenio a. J. C.¹¹.

A principios de 1954 realiza su cuarto viaje a la Patagonia, en el que es recorrida su parte septentrional. En la zona de Ingeniero Jacobacci (Río Negro) identifica una nueva industria de puntas de proyectil, de trabajo bifacial, emparentada tal vez con el Ayampitínense, y que denomina "Jacobaccense". En una cueva de la estación San Ramón, cerca de Bariloche, excava restos culturales de tipo araucano.

Un nuevo viaje de estudios a la zona norte patagónica es efectuado entre febrero y marzo de 1955. En el "Dique Florentino Ameghino" (provincia de Chubut) excava un yacimiento bajo abrigo rocoso con grabados rupestres; corresponde a la cultura Patagónica o "Tehuelchense" (2000 a. J. C. en adelante). El sexto y hasta ahora último viaje a la Patagonia lo realiza a principios de 1956, en el que continúa los estudios efectuados durante el anterior.

Debe mencionarse que desde 1954 se halla listo en sus grandes líneas un libro titulado "Prehistoria de la Patagonia", pero cuya publicación aún no se ha decidido. En el mismo se hallará la amplia documentación que ha sido reclamada por diversos estudiosos, y cuyo cono-

10 Para una síntesis de conjunto de los descubrimientos en el meridión americano, puede verse: J. SCHOBINGER, *Esquema de la prehistoria argentina*, en prensa en "Ampurias", t. XXI, Barcelona.

11 Un estado más avanzado en el estudio del arte rupestre patagónico realizado por Menghin se halla expresado en: *Estilos del arte rupestre de Patagonia*, "Acta Praehistorica", I, pp. 57-87. Buenos Aires, 1957.

cimiento el interés de las investigaciones de Menghin hace de más en más imperioso. La especial significación de las mismas se halla, no sólo en el descubrimiento de nuevos grupos culturales —incluso de morfología protolítica— sino en su ordenación cronológica, hecha posible por la utilización de estudios geológicos y palinológicos efectuados contemporáneamente o poco antes por P. Groeber, E. Feruglio y sobre todo V. Auer y sus colaboradores finlandeses ¹².

La actividad de campo de Menghin vuelve luego a orientarse hacia las demás zonas argentinas, e incluso las trasciende para abarcar a Chile. Tras un viaje de estudio a las costas bonaerenses (Miramar, Magdalena, Punta del Indio) en 1955, una nueva campaña en la provincia de Misiones en la cual excava un grupo de túmulos en Eldorado lleva al descubrimiento de la cultura neolítica Eldoradense, anterior a los guaraní (julio de 1956). Un tercer viaje al mismo lugar en la misma época de 1957 completa estos estudios ¹³.

Su primer viaje a Chile se efectuó por invitación del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Santiago, abarcando desde noviembre de 1956 a enero de 1957. Sus conferencias y su curso sobre las culturas precerámicas de América, tanto como su influencia personal, produjeron entre los estudiosos del país hermano el "impacto" que no podía menos que esperarse. Tuvo oportunidad de visitar museos y yacimientos arqueológicos en las zonas de la costa central, La Serena, Concepción y Angol; cerca de esta última localidad dirigió la excavación de la cueva pintada "de los Catalanes", de material araucano, parcialmente preincaico; su publicación ha de realizarse este año.

Las últimas jiras de Menghin abarcan, fuera del tercer viaje a Misiones ya citado, otro a la zona de Gral. Lamadrid en noviembre de 1957 (en donde realizó excavaciones que permiten remontar el Tandiliense a la fase final del Pleistoceno), y el segundo viaje a Chile durante el mes de enero de 1958. Estudió la zona de Osorno y la del lago Panguipulli (prov. de Valdivia), en donde excavó unos cementerios que le han permitido identificar una fase cultural protoaraucana, que muestra relaciones con las culturas de La Candelaria y El Molle ¹⁴.

¹² Menghin se refiere a las bases geocronológicas de sus investigaciones en: *Vainö Auer und die prähistorische Forschung in Fuegopatagonien*, "Acta Geographica", XIV, N° 1, pp. 7-14, Helsinki 1955.

¹³ *El poblamiento prehistórico de Misiones*. "Anales de Arqueología y Etnología", XII, pp. 19-40, Mendoza, 1957. Un nuevo viaje a esta zona realizó Menghin en julio de 1958.

¹⁴ Se halla actualmente en prensa (*Acta Praehistorica*, III) un amplio estudio de Menghin sobre la prehistoria y protohistoria de los araucanos.

No deja de impresionar el hecho de que, recién en febrero de este año realizara su primer *viaje de descanso* desde que se halla en el país.

También en la labor puramente "de gabinete" es apreciable la influencia de Menghin. Citemos como ejemplo un artículo en el que presenta e interpreta materiales prehistóricos recientemente hallados en el altiplano boliviano¹⁵. Más recientes son, una interesante visión de conjunto sobre las piedras con "morteros" o "tacitas"¹⁶ —base utilísima para las investigaciones que actualmente se están realizando en Chile—, y un trabajo que ha de barrer las dudas que aún quedaban acerca de un verdadero *protolítico* (cultura del tipo del paleolítico inferior) en el continente¹⁷. Éste, como el más reciente sobre el arte de la Patagonia ya citado, aparecieron en el primer tomo de una revista bilingüe cuya fundación y dirección —hecha posible por un grupo de filántropos alemanes— bastaría para afirmar los méritos y la influencia de Menghin sobre la investigación prehistórica americana. "Acta Praehistorica", que también incluye colaboraciones del Viejo Mundo, constituye el órgano anual del Centro Argentino de Estudios Prehistóricos, fundado en Buenos Aires hace un año y presidido por el Sr. Juan Bernhardt.

Pero la culminación de la obra del profesor Menghin puede ser considerada una obra de síntesis sobre la prehistoria de América, escrita en 1955 y aparecida a fines de 1957¹⁸. En ella se concentra su gran erudición y experiencia de labor en pro de un conocimiento prehistórico americano sobre base universal; sin duda —me atrevo a afirmarlo— ha de alcanzar el primer galardón a la producción científica nacional en la rama antropológica el día en que, algo ampliada y provista de ilustraciones, sea traducida al castellano. Como antecedente de la misma, pueden considerarse algunas conferencias sobre el Paleolítico en general —donde sin embargo predomina la consideración del Viejo Mundo por no haber aun "tomado cuerpo" el impulso por él dado al estudio de las regiones meridionales de Sudamérica— pronunciadas en Mendoza en 1949 y publicadas en estos "Anales"¹⁹. Su utilidad didáctica se complementa con la más reciente obra del maestro, que contiene asimismo

15 *Culturas precerámicas en Bolivia*, "Runa", VI, pp. 125-132. (1954).

16 *Las piedras de tacitas como fenómeno mundial*, Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena, Boletín N° 9, pp. 3-12, La Serena, Diciembre de 1957.

17 *Das Protolithikum in Amerika*, "Acta Praehistorica", I, pp. 5-40 (1957).

18 *Vorgeschichte Amerikas*. En "Abriss der Vorgeschichte", pp. 162-218. Ed. R. Oldenbourg, Munich 1957. (Véase resumen, en "Anales de Arqueol. y Etnol.", XIII, pp. 214-246).

19 *El Paleolítico, con referencia a América*. "Anales de Arqueología y Etnología", X, pp. 11-74.

tres conferencias dictadas en la Escuela de Verano de la Universidad de Chile en enero de 1957 ²⁰.

La labor de Menghin en la Argentina, sólida pero callada y sin alardes periodísticos, ha comenzado a ser reconocida en ambientes más vastos que los académicos. No hay ya casi hombre culto que no sepa quién es el profesor Menghin. Si José Imbelloni puede ser calificado con justicia el más conspicuo representante de la moderna Antropología argentina y aún sudamericana, Osvaldo Menghin lo es de la ciencia prehistórica. Sin desconocer la labor de otros pioneros —los paleontólogos Florentino y Carlos Ameghino, el geólogo A. Castellanos, los arqueólogos F. Outes y F. de Aparicio y sobre todo el antropólogo M. A. Vignati—, y sin olvidar los importantes trabajos prehistóricos realizados antes de él por el estadounidense Junius Bird, no hay duda que la significación de Menghin para el futuro avance de las investigaciones en estas regiones es la de un pilar fundamental. Que pueda él continuar sin desmayos por otra década más su labor, tan fructífera y tan sazonada de simpatía y buen humor, es lo que desean sinceramente sus discípulos y demás estudiosos de las Ciencias del Hombre.

Mendoza, mediados de 1958.

²⁰ *Origen y desarrollo racial de la especie humana*. Ed. Nova. Buenos Aires 1958.

REFLEXIONES
SOBRE LA ARQUEOLOGIA ARGENTINA DEL PRESENTE

Por CIRO RENÉ LAFON

I

Antes que nada, es necesario determinar con exactitud qué entendemos por "presente" en nuestra exposición, para poder manejarnos con seguridad, ya que la división en épocas de cualquier estudio de carácter histórico se hace difícil, porque siempre es difícil no sólo en la elección de hitos divisorios sino también la determinación de los rangos distintos que caracterizan el advenimiento de una nueva era o de un nuevo estado de cosas. A tales efectos, declaramos que hemos elegido el año 1948 para la iniciación del "presente" de la arqueología argentina porque en ese año tienen lugar una serie de acontecimientos que, por su importancia y trascendencia, estuvieron destinados a ejercer una acción directa sobre el desarrollo posterior de esa ciencia, en tal grado, que bien merecen ser tomados en cuenta como indicadores del comienzo de una época distinta de la anterior. Con esta aclaración, no hacemos otra cosa que poner en evidencia que, a partir de este instante, empezamos a hacer una historia contemporánea de la arqueología argentina enfrentando todos los peligros y dificultades que ella trae aparejados, sobre todo si quien la hace forma parte del devenir que pretende analizar.

Las aparentes dificultades y limitaciones que trae siempre consigo la redacción de una historia contemporánea no nos han arredrado, sino, por el contrario, nos han impelido a llevarla a cabo. Entendemos que el claro planteamiento de un problema es ya un gran paso dado hacia su solución y por eso, nos hemos atrevido a manejar personas y obras actuales, en el afán de puntualizar las principales líneas de fuerza que rigen el desarrollo de la arqueología argentina de nuestro tiempo que, como no escapará al fino criterio de nuestros colegas, está atravesando por un momento de crisis. Pensamos que, identificando esas líneas de

fuerza, objetivando con claridad las cuestiones que hacen a la esencia misma de su contenido e interpretación, y señalando algunos de los errores de los cuales ni siquiera nosotros mismos nos hemos librado de cometer, contribuiremos a solucionar, aunque sea parcialmente, aquella crisis. Hechas estas salvedades, pasamos a desarrollar nuestros puntos de vista que, como bien pueden ser catalogados bajo el rubro de ensayo histórico, ofrecemos a la crítica de nuestros colegas con la esperanza de que esa misma crítica traiga también su aporte al esclarecimiento de la cuestión que nos preocupa.

II

La iniciación de la nueva época fue señalada por algunos hechos de gran significación que habla bien a las claras de que una perspectiva renovadora se abría para nuestra arqueología en ese no lejano 1948.

En primer lugar Difrieri¹ dio a conocer los resultados de sus investigaciones en Payogasta, en una brevísima nota presentada al Congreso de Americanistas, celebrado en París en el año anterior. Un aura nueva ha recorrido los sitios clásicos con gran empuje y la consecuencia fue realmente trascendental: por primera vez se hizo estratigrafía en el noroeste. Con este estudio de Difrieri estamos en presencia de un fruto directo de la acción de los arqueólogos norteamericanos —especialmente Bennet— que estuvo en contacto con los jóvenes argentinos. El primer fruto, incipiente aun y cargado de la fuerte corriente etno-histórica que encabezaba su maestro, fue la monografía de Salas sobre el Antigal de Ciénega Grande, aparecida en 1945. Por rara coincidencia, ambos autores han abandonado hace tiempo el campo de nuestra ciencia, cuando mucho se esperaba de ellos y de su obra.

En segundo lugar Palavecino² reelaboró con mayores detalles las áreas y capas culturales del país que propusiera en 1932 al Congreso de Americanistas. El cuadro de la etnografía argentina del siglo XVI sintetiza inmejorablemente las fuentes históricas conocidas y la presentación arqueológica incorpora a su diagnóstico los conocimientos recientes. Breve, clara, sintética, la contribución de Palavecino, aunque

1 DIFRIERI, Horacio A.: *Las minas del Potrero de Payogasta* (Prov. de Salta, Rep. Argentina). En: *Actas del 28º Congreso de Americanistas de París, 1947*, pp. 599-604, París, 1948.

2 PALAVECINO, Enrique: *Áreas y capas culturales en el territorio argentino*, En *GÆA*, t. VIII, pp. 447-523. Buenos Aires, 1948.

sujeta a las modificaciones propias del perfeccionamiento de la ciencia, marca un hito señero: por primera vez se separa definitivamente el campo etno-histórico del arqueológico, los que a partir de entonces ya no se confundirán con tanta frecuencia.

En tercer lugar, Bennett y sus colaboradores³ publicaron la monografía sobre arqueología del noroeste que tanta influencia tuvo sobre el reducido grupo de especialistas argentinos en actividad. Con todos sus defectos y limitaciones, representó una valiosa contribución porque condensa un conjunto de observaciones y un criterio metodológico que sistematizaron íntensamente el caos de los conocimientos arqueológicos del extremo nor-oeste argentino. Ya nos hemos referido en otra oportunidad a esta obra, de modo que no insistiremos, aunque señalaremos que todo un grupo de investigadores que hace gala de la importancia del trabajo de campo como decisivo para la integración del conocimiento arqueológico de nuestras culturas aborígenes, ha basado sus elaboraciones en ella, que es un ejemplo típico de trabajo de seminario o, mejor dicho, de lo que, con cierto dejo de menosprecio, suele denominarse un "trabajo de gabinete".

Finalmente, también en 1948, se incorpora a la arqueología militante de nuestro país un distinguido especialista extranjero: el Dr. Osvaldo Menghin, sobre cuya influencia no consideramos el caso extendernos por ser de todos conocida. Su calidad de óptimo representante de la escuela histórico cultural sirve de base a una fuerte corriente formativa destinada a tener gran repercusión.

Con los auspicios que venimos de reseñar, pronisorios a todas luces, se inicia el presente de la arqueología argentina, según nuestra particular manera de ver las cosas. Los cuatro acontecimientos mencionados marcan, sin duda, una nueva era, aunque la falta de una larga perspectiva de tiempo conspira contra su exacta valoración.

III

La actividad de especialistas e instituciones que se dedican a la arqueología ha sido constante, aunque con altibajos, en el último decenio. Los centros universitarios del interior, lo mismo que los no oficiales han trabajado sin descanso. Una sensible pérdida para la ciencia fue la

³ BENNETT, Wendell C. y otros: *North western argentine archeology*. En: *Yale University Publications in Anthropology*, 38-39.

desaparición de las secciones de Arqueología y Antropología del Museo Argentino de Ciencias Naturales, que en la década anterior, del 30 al 40, trabajaron activamente: en 1947 se refundieron con el Museo Etnográfico, al que traspasaron sus colecciones.

El Museo de La Plata, algo disminuídas sus preocupaciones arqueológicas, recorre sin embargo la Patagonia. Los frutos de esta expedición son publicados por Vignati en 1950⁴. Al mismo tiempo, el Museo Etnográfico, con su nueva estructura trabaja fervorosamente: Imbelloni y sus discípulos inauguran en 1949⁵ una intensa campaña de exploración en la Patagonia, aunque orientada más hacia la antropología y la etnografía que hacia la arqueología. La acción de estas dos grandes instituciones nos da la pauta de una de las características más notables de estos tiempos: el aislamiento de hombres e instituciones. Se da el caso de que casi contemporáneamente dos expediciones científicas, orientadas casi hacia los mismos fines, recorren una misma región, sin que se establezca entre ambas el más mínimo contacto. ¿No representa esto una lamentable desperdigación de esfuerzos?

La atención particular de los arqueólogos es solicitada por diversos problemas y, sin pretender hacer una exégesis exhaustiva, pasaremos una breve revista a aquellos que tienen mayor significación para los fines que nos guían, es decir, para la determinación del contenido actual de nuestra arqueología.

Casanova, cuya militancia activa como jefe de la Sección Arqueología del Museo Argentino de Ciencias Naturales le brindara singular prestigio, concentra, a partir de 1950, todos sus esfuerzos en la restauración del Pucará de Tilcara⁶, dando cuerpo al viejo anhelo de Ambrosetti y Debenedetti.

Márquez Miranda resume y actualiza para una revista peruana⁷ el contenido patrimonial de la cultura diaguita y, más recientemente⁸, estructura un programa de estudio arqueológico, antropológico y etnográfico para la región meridional del continente, que representa un

4 VIGNATI, Milcíades A.: *Estudios antropológicos en la Zona Militar de Comodoro Rivadavia. I Relación*. En: Anales del Museo de La Plata (n. s.). Antropología N° 1. La Plata, 1950.

5 IMBELLONI, José: *Informe preliminar sobre la expedición a la Patagonia*. Buenos Aires, 1950.

6 CASANOVA, Eduardo: *La restauración del Pucará*, Buenos Aires, 1950.

7 MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando: *Panorama General de la Cultura Diaguita*. En: Revista del Instituto y Museo Arqueológico N° 15, pp. 55/79. Cuzco, 1953.

8 MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando: *Región Meridional de América del Sur*. En: Programa de Historia de América I, 10. Publicaciones del Instituto Panamericano de Geografía e Historia N° 71. Méjico, 1954.

ingente esfuerzo de síntesis que será de gran valor, sin duda, para futuros trabajos.

Von Hauenschild, hoy desaparecido, en monografías especialísimas, trata ciertos aspectos de la llamada cultura chacosantiagueña⁹ por fuera de la ya superada concepción de los hermanos Wagner, cuya continuadora, Olimpia Righetti, quizá por inercia, sigue en la misma línea hasta 1946¹⁰. No deja de ser sugestivo que todavía siga siendo Santiago del Estero una "terra incognita" para los arqueólogos nacionales. Después de Reichlen¹¹ no se han hecho excavaciones de envergadura y la cuestión sigue en pie, agravada por el hecho de que algún estudio parcial de última data¹² actualiza el problema.

Canals Frau, aunque no arqueólogo puro, incursiona por nuestro campo, a veces en plena corriente etno-histórica¹³, otras como arqueólogo y las más, como etnólogo. Su última obra de conjunto¹⁴ habla por sí sola. Muy recientemente, su presentación de la cultura de Agrelo¹⁵ que sin duda motivará discusiones fecundas, reveló sus inquietudes.

Serrano da a luz en 1950 un substancioso estudio sobre los aborígenes de Entre Ríos¹⁶, de honda raigambre etno-histórica. Más sólidos y de mayor vuelo son sus trabajos posteriores sobre el contenido e interpretación de la arqueología argentina¹⁷ y sobre arte y cronología de la región diaguita¹⁸. Su "cultura básica", con la que nos hemos atrevido a discrepar, demuestra una capacidad de especulación integral poco común.

9 HAUENSCHILD, Jorge von: *La técnica de la alfarería arqueológica de Santiago del Estero*. En: Publicaciones de la Sociedad Argentina de Americanistas, T. I, pp. 39/65. Bs. As., 1948/1951.

— HAUENSCHILD, Jorge von: *Influencias paranaenses y pampeanas*. En: Revista de la Universidad de Córdoba, año 1938, N° 1, pp. 107/156. Córdoba, 1951.

10 RIGHETTI, Olimpia y WAGNER, E.: *Arqueología comparada. Resumen de Prehistoria*. Buenos Aires, 1946.

11 REICHLEN, Henry: *Recherches archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Rep. Argentine)*. En: Journal de la Société des Americanistes de Paris, u. s., vol. 32, pp. 133/225. París, 1940.

12 PEDERSEN, Asbjörn: *Objetos de bronce de la zona del Río Salado. Región Chacosantiagueña*. En: Congreso Internacional de Americanistas, XXX reunión. Cambridge, pp. 92/100.

13 CANALS FRAU, Salvador: *Las poblaciones indígenas de la Argentina*. Bs. Aires, 1953.

14 CANALS FRAU, Salvador: *Las civilizaciones prehispánicas de América*. Bs. Aires, 1955.

15 CANALS FRAU, Salvador y SEMPER, Juan: *La cultura de Agrelo (Mendoza)*. En: Runa, Vol. VII, 2ª parte, pp. 169/177. Buenos Aires, 1956.

16 SERRANO, Antonio: *Los primitivos habitantes de Entre Ríos*. Paraná, 1950.

17 SERRANO, Antonio: *Contenido e interpretación de la Arqueología Argentina. El área litoral*. En: "Universidad", Revista de la Universidad Nacional del Litoral, N° 29, Santa Fe, 1954.

18 SERRANO, Antonio: *Consideraciones sobre el arte y la cronología de la región Diaguita*. Rosario, 1953.

Otro tanto cabe decir de sus "normas" para descripción de la cerámica¹⁹ y de su presentación última de las culturas del litoral²⁰.

Ibarra Grasso²¹ propone una nueva interpretación de la arqueología argentina no exenta de originalidad, que aparte de originar una polémica con Palavecino, permitió a Imbelloni²² terciar en ella con particular acierto. La exacta valoración de los elementos andinos y amazónicos en las culturas argentinas concierne a su esencia misma y es de gran interés para nuestra ciencia, por eso nos parece de gran valor el ensayo de Imbelloni sobre la terracota de Rurrenabaque²³.

González representa uno de los valores más activos de los últimos años que ha dedicado su mayor preocupación al sector diaguíta y a su cronología. Ha dirigido numerosas expediciones arqueológicas, entre las cuales sobresale la que tuvo como destino Laguna Blanca²⁴, y ha publicado variados trabajos que, como los referentes a contextos culturales del Valle de Hualfin²⁵ y a la cultura Cóndor Huasi²⁶, lo colocan en primera fila. A él cupo también la apertura de un amplísimo campo de posibilidades con sus estudios sobre las culturas precerámicas de las sierras centrales²⁷ que diera a conocer después de sus excavaciones con Menghin en Ongamira.²⁸

Menghin, desde la iniciación del período que consideramos "presente", haciendo gala de entusiasmo infatigable, ha reivindicado para

19 SERRANO, ANTONIO: *Normas para la descripción de la cerámica arqueológica*. En: Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore Dr. Pablo Cabrera, de la Universidad de Córdoba, N° 24, Córdoba, 1952.

20 SERRANO, ANTONIO: *Los pueblos y las culturas indígenas del litoral*. Santa Fe, 1955.

21 IBARRA GRASSO, D. E.: *Nueva interpretación sobre la arqueología del Noroeste argentino*. En: Ciencia Nueva, Año I, N° 1. Tucumán, 1950, pp. 11/37.

22 IMBELLONI, JOSÉ: *Lo andino y lo amazónico en el noroeste argentino. Una interesante polémica*. En: Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, Vol. XIII, 1950. Méjico, 1951.

23 IMBELLONI, JOSÉ: *La extraña terracota de Rurrenabaque (N. O. de Bolivia) en la arqueología de Sudamérica*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Vol. III, Buenos Aires, 1950.

24 GONZÁLEZ, ALBERTO R.: *Investigaciones arqueológicas en el N. O. argentino*. En: Ciencia e Investigación, X, 7, Bs. As., 1954.

25 GONZÁLEZ, ALBERTO R.: *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino (Nota preliminar)*. En: Anales de Arqueología y Etnología, Facultad de Filosofía y Letras, Vol. XI, año 1950, Mendoza, 1955.

26 GONZÁLEZ, ALBERTO R.: *La cultura Condorhuasi del noroeste argentino; apuntes preliminares para su estudio*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Vol. VII, 1ª parte. Bs. As., 1956.

27 GONZÁLEZ, ALBERTO R.: *Antiguo horizonte precerámico en las Sierras Centrales*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Vol. V, partes 1-2, Bs. As., 1952.

28 GONZÁLEZ, ALBERTO R. y MENGHIN, OSVALDO: *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira (nota preliminar)*. En: Noras del Museo de La Plata, Tomo XVII, Antropología, 67. La Plata, 1954.

las sierras centrales, para el Sud de la Provincia de Buenos Aires²⁹, para el litoral misionero³⁰ y especialmente para la Patagonia³¹ la importancia básica que nunca debió perder ese enorme ámbito geográfico, algo abandonado frente a la intensidad con que se han estudiado últimamente las altas culturas. Más adelante volveremos sobre este autor con motivo de otras apreciaciones.

La escueta lista de autores y obras precedente tiene, sin duda, algunas lagunas, de las cuales una es voluntaria, y de ella hablaremos inmediatamente. Se trata de la que se ha dado en llamar "la nueva generación", cuyos nombres no figuran en aquella enumeración, porque haberlos incluido significaba ya una valoración, y como formamos parte de ella, nos consideramos inhibidos para emitirla. No faltará, es de esperar, que algún juicio, más moderado, más ecuánime y menos vehemente, colme ese vacío. Sin embargo, trataremos de caracterizarla aunque sea brevemente.

La "nueva generación" está integrada por un grupo de estudiosos jóvenes —infortunadamente bastante reducido— que en los tiempos recientes ha ido enriqueciendo su formación en la paciente sí que ardua "vida de Instituto", verdadero noviciado en el camino de la ciencia. Los estudios universitarios, la rutina del instituto científico, la práctica docente, la colaboración directa con los maestros, y una sólida base histórico-filosófica, sin la cual no se podrá hacer nunca "Ciencias del Hombre", permiten esperar mucho de ella.

El drama de esta generación tiene singulares matices. En primer lugar, empezó a desarrollarse y a adquirir individualidad en un completo aislamiento respecto de sus colegas del país y del exterior como consecuencia del sistema particular de trabajo imperante, que hacía de cada centro de investigación una célula aislada. Luego, la falta de posibilidades para publicar y, por qué no decirlo, de la palabra de aliento, contribuyeron también a retraer a sus componentes, que, pese a todo, no disminuyeron sus esfuerzos. Finalmente, como si esto fuera poco, esta nueva generación representa una alteración en el juego natural de maestros a continuadores o discípulos. Entre ella y la generación rectora de 1940 falta un eslabón: los Salas, Difrieri, Paulotti, etc., que han

29 MENGHIN, Osvaldo y BORMIDA, Marcelo: *Investigaciones prehistóricas en las Cuevas de Tandilia (Prov. de Bs. As.)*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Vol. III, partes 1-2, Bs. As., 1950.

30 MENGHIN, Osvaldo: *El Altoparanaense*. En: Ampurias, Vol. 17-18, Barcelona, 1955/56.

31 MENGHIN, Osvaldo: *Las pinturas rupestres de la Patagonia*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre. Vol. V, partes 1-2, Bs. As., 1952.

abandonado el campo, colocando frente a frente a dos generaciones discontinuas, lo que tiene no poca importancia. Representa una nueva y grave responsabilidad: no plantear una falsa situación de oposición entre ambos grupos, que contribuiría a empeorar el porvenir de nuestra ciencia. Este peligro es más ficticio que real: largos años de aprendizaje nos han enseñado que la humildad bien entendida es también una gran virtud para el hombre de ciencia.

Con estos antecedentes hemos salido a la palestra hace ya dos años con un resultado que no nos es dado juzgar a nosotros. Mucho han variado las cosas desde que, con motivo de la visita de un arqueólogo extranjero, Richard P. Schaedel³², hecha en circunstancias muy especiales, tuviéramos algunos de nosotros un "bautismo de fuego" en la discusión pública, demostrando que no en vano llevábamos ya un lustro de Instituto.

IV

No es tarea fácil historiar el tiempo presente ni tampoco resulta poco difícil determinar las principales orientaciones que presiden nuestra arqueología, pero la evidencia notoria de algunas de ellas nos permite su identificación con mayor o menor detalle según los casos.

La corriente que ha hecho de la etno-historia la base de sus especulaciones, ha tomado clara conciencia de su valor y reconociendo el irremplazable significado de su testimonio para el momento del Descubrimiento, ha limitado ese instante, como siempre debió ser, su esfuerzo. Creemos, sin temor a equivocarnos, que Canals Frau y Serrano pueden ejemplificar perfectamente nuestras aseveraciones.

La corriente cuasi fantástica que se complació en elaboraciones mitográficas o especulaciones arbitrarias, ya muy venida a menos, tuvo todavía en época contemporánea algunos estertores que por inercia, como apuntamos, continúan rodando.

La corriente puramente descriptiva y clasificatoria, con algunos que otros atisbos de síntesis, está presente aún con auge insospechado. Como en otra oportunidad lo hemos declarado³³ ni siquiera nosotros, hoy

32. SCHAEDEL, Richard P.: *Mesa redonda de Arqueología del N. O. argentino*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre. Vol. VI, partes 1-2, Bs. As., 1953/1954, pp. 285-286.

33. LAFON, Ciro René: *De la cronología y origen de las culturas del N. O. argentino*. En: Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie), Secc. Antropología, t. V, pp. 1-27. La Plata, 1958.

puestos en historiadores (¿ o censores?) de la ciencia, conseguimos librarnos en nuestra iniciación de esa tendencia, como es fácil comprobarlo.

Por último, la cuarta corriente, la verdaderamente constructiva, latente desde el siglo pasado con mayor o menor fuerza, la que busca reconstruir por sus propios métodos la cultura de los pueblos extinguidos, la que nunca olvidó la condición de ciencia histórica propia de la arqueología, ha resurgido con gran vigor, que la coloca en un puesto de honor. Prototipo de esta tendencia son los trabajos de Menghin, sin menoscabo de otros autores.

Pero la presencia de esas cuatro corrientes no basta por sí sola para tipificar los tiempos actuales. Hay otros rasgos que determinan con mayor justeza el estado de los estudios arqueológicos argentinos sobre los que nos extenderemos a continuación.

La cronología, columna vertebral del conocimiento arqueológico, ha recobrado el lugar que nunca debió dejar. El reconocimiento de su importancia no es, en modo alguno, descubrimiento actual. Ha resurgido, simplemente, como continuación de una línea que tiene como origen a Uhle y a Boman, que reconoce a Serrano, Imbelloni e Ibarra Grasso como hitos liminares, para llegar finalmente a Menghin y González. El primero, que estructura los fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia³⁴; el segundo, que tras establecer la sucesión de las culturas precerámicas en las Sierras Centrales mediante las excavaciones en la cueva de Inti Huasi, ordena los contextos culturales del valle de Hualfín y da a conocer las dos primeras fechas obtenidas por el radio carbono para culturas arqueológicas de la Argentina central y septentrional.³⁵

La metodología se renueva al mismo tiempo. El método estratigráfico da sus primicias a los arqueólogos argentinos, de Difrieri en adelante. González agrega la fotografía aérea, la seriación de tumbas y la excavación de basurales. Menghin, por su parte, hace lo propio en Patagonia con la ayuda de glaciólogos, geólogos y vulcanólogos. Ambos, Menghin y González, coinciden, como hemos visto, en Ongamira.

34 MENGHIN, Osvaldo: *Fundamentos cronológicos de la Prehistoria de Patagonia*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre. Vol. V, partes 1-2, Bs. As., 1952.

35 GONZÁLEZ, Alberto R.: *Dos fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radio carbón*. Rosario, 1957.

V

El proceso de renovación de que venimos de dar cuenta reconoce su origen en diversas causas que han actuado intensamente haciendo fructificar un fondo existente que sólo esperaba un estímulo externo para ponerse de manifiesto.

La primera gran oleada renovadora reconoce su impulso inicial en el influjo de la arqueología estadounidense, que actuó unas veces directamente y otras, en forma indirecta. Directamente, por la presencia temporal de algunos arqueólogos de aquel origen en nuestro país que, como Bennett, ejercieron especial influjo en algunos jóvenes antes de 1948, y también por la ponderable obra de González, formado en esa escuela. Indirectamente, por las publicaciones que con mayor o menor regularidad y en mayor o menor cantidad, llegan a estas tierras. La arqueología del noroeste argentino de Bennett y sus colaboradores, es decisiva a este respecto. Cabe destacar que no sólo los jóvenes sino también algunos hombres de los viejos tiempos, como Serrano, fueron permeables a las nuevas ideas.

La segunda gran corriente renovadora se gesta y se desarrolla por obra directa y personal de Menghin, detrás de cuya simpática personalidad se escudan cien años de prehistoria europea y toda una escuela que lo respalda. El fruto no se ha hecho esperar, pues ha devuelto el prestigio a la prehistoria argentina, tan venida a menos después de Ameghino. Es de estricta justicia destacar que no son extrañas a este rápido florecimiento algunas semillas arrojadas por Imbelloni —adherente *sui generis* de los ciclos culturales— y las traducciones y comentarios de Graebner que ya se conocían.

Este doble origen de las adquisiciones recientes plantea una doble interpretación en cuanto a la finalidad propia de la ciencia en sí. Estas dos corrientes coinciden en lo que atañe al primer paso de la investigación arqueológica, es decir, al trabajo de campo, pero en la elaboración subsiguiente, médula del conocimiento arqueológico integral, difieren fundamentalmente. Y esto reviste particular significado puesto que entendemos que la razón de ser de la arqueología como ciencia está en el segundo paso, donde el factor personal —léase formación filosófica, histórica, humanística— tiene especial intervención. Estamos frente a una lucha que todavía no se ha objetivado, pero que es imprescindible objetivar para poder elegir la senda con claridad. En otros términos: se han de enfrentar en un campo nuevo —la Arqueología Argentina— la concepción de la arqueología del Viejo Mundo con la concepción de

la arqueología estadounidense. De esta confrontación ha de surgir, sin duda, un fortalecimiento para la escuela antropológica argentina, de rancia estirpe, no desmentida jamás. A este propósito, recordamos que no estaría de más trasladar a nuestro ámbito muchas de las acotaciones del reciente trabajo de Hawks sobre la contribución de la prehistoria del Viejo Mundo a la del Nuevo Mundo³⁶.

Esta situación, por sí sola, ha hecho que al comienzo de nuestra exposición mencionáramos la palabra "crisis", pero hay otra razón que nos llevó a tal calificación: el reducido contingente de especialistas que hoy militan en nuestras filas. Si bien la importancia de un movimiento científico debe medirse más por la calidad de sus integrantes que por su cantidad, es indudable que en nuestro caso el número de investigadores incide sobre el desarrollo de los estudios arqueológicos. El campo es tan vasto que aunque un pequeño grupo de hombres trabaja sin cesar, no abarcará sino una ínfima parte de la gran tarea por realizar. Así se resiente, en grado sumo, el progreso de una ciencia por falta de número, máxime en un país como el nuestro, donde apenas si estamos saliendo del estadio de los "pioneros", donde todavía tiene mayor desarrollo la tarea de "hombres" y no de "escuela", que lleva a veces "lo personal" al campo de la ciencia, afectando así su estructura.

VI

El doble planteo que mencionáramos en el acápite anterior ha alcanzado de lleno a la "nueva generación", en cuyas filas se reconocen dos tendencias claramente delineadas que responden, a su vez, a posiciones de espíritu distintas en su esencia.

La diferencia en cuanto a los fines propios de la arqueología es la verdadera causa de la desorientación que aparentemente preside las especulaciones del presente en el campo de nuestra ciencia, a la que han llegado en aluvión y contemporáneamente una serie de innovaciones procedentes de otros campos del conocimiento, con tanto empuje, que amenazan la solidez de sus fundamentos cuando, en rigor de verdad, deberían haber servido para hacerlos más fuertes.

La aparente desorientación que preside los fines de la actual arqueología argentina es debida, en buena parte, a que algunos especialis-

³⁶ HAWKS, Ch.: *Archeological Theory and Method*. En: *American Anthropologist*, Vol. 56, N° 2, parte 1, Wisconsin, 1954.

tas han olvidado que, ad initio, la arqueología es una Ciencia Histórica, condición que debemos mantener a todo trance si no queremos verla convertida en una de las tantas pseudo ciencias en que se diluye la actividad intelectual de nuestros días. A ella incumbe, en cuanto ciencia histórica, la reconstrucción del primer capítulo de la historia universal del hombre, para lo cual debe integrar los patrimonios culturales de las civilizaciones desaparecidas a la luz de sus métodos propios, dando voz a los restos materiales, único documento que la mayoría de las veces puede utilizar. Si a esto agregamos que el hombre es el único autor de esos restos materiales por ella estudiados, es casi innecesario repetir que es también la arqueología, primordialmente, una Ciencia del Hombre y, por lo tanto, siendo el hombre un creador de cultura, es también una Ciencia del Espíritu.

Ese olvido ha incidido con intensidad particular en los últimos tiempos sobre la adopción, por parte de los arqueólogos, de métodos extraarqueológicos en el afán, muy loable por cierto, de acumular la mayor cantidad posible de datos sobre los restos materiales objeto de su estudio. Así, hemos asistido a la incorporación de una serie de preciosismos técnicos que van desde gran profesión de medidas al milímetro o décimas de milímetro, hasta el análisis químico cualitativo de pastas y pinturas, sin olvidar complicadas estadísticas, porcentajes y gráficos matemáticos que son característicos de la mayor parte de las monografías recientes. Lejos de nosotros negar sistemáticamente valor a semejantes contribuciones pero entendemos que deben ser valoradas en su justa medida, como algo accesorio y circunstancial, y no como el objeto propio de la arqueología. De no cumplir con este requisito, nos iremos hundiendo poco a poco en un tecnicismo que terminará por ahogarnos, restringiendo al máximo las posibilidades de especulación en un contrasentido lógico, como es sujetar a leyes matemáticas los fenómenos de una ciencia que es, originalmente, una ciencia del hombre.

Otro tanto ha ocurrido y está ocurriendo con la cronología. La importancia de la cronología para la integración del conocimiento arqueológico es fundamental por su misma raigambre histórica, puesto que sin cronología no hay historia. Pero la cronología no debe ser tampoco el único fin de la arqueología, ni debe ésta reducirse a la ubicación y descripción de una cultura en un determinado lugar del espacio, como quien representa gráficamente un fenómeno químico en un sistema de coordenadas y abscisas. Hay que trascender esa posición en pos de una *interpretación humanista de carácter integral para esa cultura*, que fue producto de hombres como nosotros y organismo vivo en aquel momen-

to del tiempo y del espacio y, por lo tanto, sujeta a variaciones, transculturaciones y vinculaciones más o menos estrechas con otras culturas de su tiempo, que es necesario conocer para valorarlas en su justa significación. Estamos de acuerdo en que las limitaciones son ingentes, pero deben ser suplidas por la especulación del hombre de ciencia, ceñida a los principios de una lógica rigurosa, la cual, de ninguna manera, inhabilita su capacidad creadora.

Esta misma valoración exagerada de la cronología ha hecho que tome cuerpo un concepto que, como el de la absoluta horizontalidad de las culturas, contribuye también a desvirtuar no pocos esfuerzos y a dar a ciertos problemas el carácter de insolubles. En efecto, si por un momento suponemos extinguidas al mismo tiempo las culturas primitivas actuales que sobreviven en el este de América del Sud, caracterizadas por un constante nomadismo, un constante ir y venir por determinados lugares ¿a cuántos errores de interpretación no darían lugar las superposiciones halladas en ciertos lugares como consecuencia del sucesivo pasaje y ocupación temporaria de los mismos sitios por grupos humanos contemporáneos? La expansión espacial de una cultura no debe ser entendida como la expansión uniforme de una gota de aceite, sino como una violenta corriente de inundación, de expansión irregular según las facilidades que le brinda la conformación geográfica del terreno y cuya intensidad varía según los desniveles que encuentra. Así, es posible concebir, junto a lugares cubiertos por espesos mantos de agua, otros completamente secos.

También la supervaloración del trabajo de campo ha servido de lastre a las grandes elaboraciones de conjunto y ha llevado, en ciertos medios, a ignorar el valor de los trabajos de laboratorio hasta tal punto, que la expresión "trabajo de gabinete" ha adquirido un dejo peyorativo. De ninguna manera podemos estar de acuerdo con esa posición; tan importante es un paso como el otro y, sobre todo, no consideramos indispensable que ambos sean cumplidos por una misma persona. Resulta tan fuera de lugar considerar arqueólogo únicamente al de "pico y pala" como a aquel que, encerrado en su laboratorio, pretende hacer arqueología con papeles viejos. Son dos momentos que deben complementarse en su exacta medida. Y si alguna ventaja existe, debe cederse al proceso de elaboración cumplido en el gabinete, que requiere una adecuada preparación científica y filosófica unida a un riguroso espíritu de síntesis no tan accesible a todos como el conjunto de reglas y procedimientos prácticos que presiden el trabajo de campo.

Extremando el análisis, hay otras razones que, según nuestro en-

tender, contribuyen a restar trascendencia o a limitar las miras de muchos estudios de arqueología en nuestro país. Ellas son, en términos generales, la carencia de una formación filosófica básica imprescindible; la falta de un sentido o perspectiva histórica que facilite las grandes síntesis y, finalmente, la ausencia de espíritu humanístico que dé calor de vida a una reconstrucción estructurada sobre aquellos valores históricos y filosóficos.

A nadie que medite sobre los requisitos para "hacer arqueología moderna" puede escapársele la importancia de los tres factores mencionados, sin cuyo auxilio muchos esfuerzos resultarán vanos. En efecto, si la arqueología es una de las ciencias del hombre, y en eso estamos todos de acuerdo, el arqueólogo debe tener, necesariamente, una posición filosófica, de acuerdo con cualquiera de los sistemas de la filosofía, pero que debe existir como base de su investigación y como reguladora de su metodología. También hemos postulado que se trata de una ciencia histórica. ¿Puede entonces un arqueólogo darse el lujo de ignorar los principios del método histórico, su evolución acorde con la filosofía "de moda", las diversas corrientes que han orientado la historia de la historiografía y el resultado de las grandes síntesis históricas conocidas? Por último, ¿es posible intentar la reconstrucción de la cultura de un pueblo desaparecido sin que una adecuada versación humanística nos recuerde a cada instante que sus autores fueron nada más ni nada menos que hombres como nosotros?

Quizá pueda parecer demasiada exigencia para una ciencia como la nuestra, que suele ser mirada como propia de diletantes, pero es eso, precisamente, lo que queremos puntualizar: es necesario de una vez por todas dotarla de una metodología propia y de una fundamentación filosófica seria, que termine con esa arqueología que mide, analiza, describe y clasifica restos culturales como quien colecciona estampillas, y periódicamente, reúne a sus amistades para exhibir el álbum, regiamente encuadernado, con la ayuda de una lupa que magnifique el preciosismo de los detalles.

VII

El *desideratum* que pretendemos no es, en modo alguno, una quimera. Se trata de formar arqueólogos —y quien dice arqueólogos dice etnólogos y antropólogos— con sólida preparación histórica, filosófica y humanística, que serán los encargados de dar sello propio a la arqueología argentina, como lo tuvo la arqueología francesa y como lo tiene

hoy la arqueología española. Para ello, basta tan solo aprovechar lo que ya tenemos: Facultades de Filosofía y Letras, o de Humanidades, que serán las encargadas de facilitar la formación histórica-filosófica imprescindible, a la que deberá agregarse, en la proporción debida, el aprendizaje del trabajo en campaña que complete los conocimientos. Se trata de canalizar, acentuar y perfeccionar lo que ya tenemos, arbitrando los medios necesarios, y no de crear una escuela de la que salgan egresados con el título de "arqueólogos" a engrosar las filas de los profesionales fallidos. Tenemos cátedras, museos y órganos de investigación. Nos falta gente con auténtica vocación y, para encontrarla, necesitamos antes que nada formar maestros en la línea que preconizamos. Mientras el cuerpo de los arqueólogos esté formado por gente que ha llegado a nuestra ciencia desde otros campos del conocimiento, con métodos, procedimientos y formación a-históricos y a-filosóficos, no saldremos del paso. Siempre una valla infranqueable limitará los esfuerzos y entorpecerá el avance. Estaremos siempre fuera de la cuestión, como si pretendiéramos aplicar al devenir histórico las rigurosas leyes que rigen la materia.

Se impone, pues, de una vez por todas, restablecer el equilibrio entre el perfeccionamiento técnico y la cultura y, para ello, debemos superar ampliamente la crisis por la que atravesamos, con cabal conocimiento de los peligros que nos acechan en esta encrucijada. Y para terminar nuestras reflexiones, cedemos la palabra a Menghin, que por feliz coincidencia, ha definido con claridad la situación: "Los peligros de la civilización técnica que nos acechan, en última instancia, sólo pueden ser superados intelectualmente. Como expresa claramente Max Rüstow, sociólogo de Heidelberg, es necesario trabajar para elevar el desarrollo de la conciencia y la madurez moral y espiritual de la humanidad al nivel de su evolución técnica. Esto significa tanto como incrementar la comprensión de los valores más altos de la cultura humana, en medida tal que el desequilibrio tecnocrático se recompense y ya no pueda continuar la destrucción demoníaca de la cultura. Téngase o no fe en conseguirlo, de todos modos es obligación de aquellos que miran a lo profundo, accionar sobre todos los medios posibles para realizar esta obra de salvataje".³⁷

37 MENGHIN, Osvaldo: *Prólogo al volumen inicial de "Acta Praehistorica"*, revista del Centro Argentino de Estudios Prehistóricos. Bs. As., 1937.

CAMBIOS CLIMÁTICOS DURANTE EL HOLOCENO
EN LAS SIERRAS DE CÓRDOBA
(Rep. Argentina)

Por ANÍBAL MONTES

I N D I C E

- 1 - Lo que entendemos por Holoceno
 - 2 - El final del Pleistoceno
 - 3 - Comienzo del Holoceno
 - 4 - El Humus fósil I del Holoceno
 - 5 - El Humus fósil II del Holoceno
 - 6 - Los períodos pluviales del Holoceno
 - 7 - Perfiles geológicos serranos
- Anexos (fuera de texto):*
- Cuadro G - Perfiles geológicos serranos.
„ H - Cronología del Holoceno.

1. - Lo que entendemos por Holoceno

Este período final del Cuaternario, al cual muchos investigadores llaman Reciente, lo consideramos en general como Post-glacial, aunque en Norte América algunos investigadores consideran que el último y menos importante avance glacial, o sea el Cochrane, está incluido en los últimos 10.000 años.

Persistimos en llamar Holoceno al período que otros investigadores llaman Reciente, porque este último término nos resulta indefinido desde el punto de vista cronológico y aquel otro nos parece más concreto e inconfundible.

El período Holoceno, según un criterio deducido del confrontamiento de las opiniones de investigadores del Hemisferio Norte, empe-

zó con el Finiglacial de la cuenca del Báltico y con el Anathermal de U. S. A.

Las cronologías respectivas nos llevan a aceptar la cifra de 10.000 años antes de la actualidad, pocos siglos más o menos, para la iniciación de nuestro Holoceno serrano.

Partimos por lo tanto de la base del paralelismo climático y cronológico del límite entre Holoceno y Pleistoceno de Europa y América, según la opinión de la mayoría de los investigadores especializados en este problema.

Y me certifica más en esta opinión, el cuadro cronológico que en su reciente carta personal, de marzo 1958, me ha enviado el profesor Osvaldo A. Menghin, en el cual cuadro vemos que, con la cronología de 8.000 años a. J. C. se inician: el clima Subártico, el Finiglacial de la cuenca del Báltico y el Anathermal de U. S. A. Todo ello coincidente con la iniciación del Holoceno, según el mencionado cuadro cronológico.

2. - El final del Pleistoceno

Aceptamos en general una correlación climática en lo que a los períodos glaciales se refiere, tanto de Europa como de Norteamérica. Correlativamente, correspondería un período de baja temperatura, para otros territorios donde no se produjeron glaciaciones, pero que por su posición geográfica y condiciones topográficas, necesariamente debieron ser influenciados por semejantes enfriamientos. Tal sería el caso de las Sierras del Sistema Central Argentino, bajo la influencia directa del gran enfriamiento andino.

El casi final e importante avance glacial de Norte América, llamado Mankato, tuvo su correlativo en algunos sectores patagónicos y tal vez algo más al Norte, en la Cordillera de los Andes.

Cronológicamente este período correspondería al final del Pleistoceno, entre 12.000 y 8.000 años a. J. C. *

Climáticamente debió ser un período muy frío. En las serranías objeto del presente estudio, correspondió a un período húmedo, que al final fue muy seco y ventoso.

Fundamento esta opinión en el hallazgo paleontológico del Parque Sarmiento, Ciudad de Córdoba, agosto del año 1957 (1).

La caparazón de este Gliptodonte Hoplophorus, en muy buen

* Según C 14 (*Geological Survey, U.S.A., Año 1958*).

estado de conservación, estaba colocada de costado, con 2 m. de tierra encima, en el tercio superior de loess Cordobense tan característico en estas barrancas del Jardín Zoológico de Córdoba.

Ni en el interior de la caparazón, ni en su vecindad inmediata, existían los huesos grandes del animal, lo cual probaría la acción del hombre o de carnívoros. Si la caparazón hubiera entrado en avanzada putrefacción, estando al aire libre, dada su posición, la parte superior se hubiese plegado o caído sobre la parte inferior. Al perder consistencia los ligamentos, el simple peso de la amplia estructura, hubiera producido ese efecto.

El hecho de haberse mantenido la caparazón en su posición original, prueba que ella fue rellena por el loess, antes de llegar a un grado avanzado en la putrefacción de los ligamentos musculares.

Ahora bien, se necesitó para un sostén efectivo, una altura mínima de 1,00 m. de tierra y un acumulamiento muy rápido de la misma en la parte interna de la caparazón, la cual estaba de costado con su abertura mirando en dirección de posibles vientos dominantes del S. E.

El relleno de tierra estaba constituido por el característico loess pulverulento del Cordobense, con la muy importante novedad de contener una fuerte proporción de esferitas de un limo pardo-anaranjado, correspondiente a un piso más antiguo que puede ser observado en la comarca. Muchas de esas esferitas superan 1 mm. de diámetro, llegando a 3 mm.

Como testimonio de todo esto, está el lugar de la excavación a la vista; la caparazón está allí cerca en el Museo de Ciencias Naturales de Córdoba y una bolsa del loess del relleno, que he conservado.

Intervinimos en la extracción del fósil: doctor Juan Olsacher, Director del Museo de Ciencias Naturales de Córdoba, Pedro Leonardi, de la Cátedra de Paleontología de la Universidad de Córdoba, Ing. Leopoldo Fontaine Silva, Director de Parques y Paseos de la Provincia de Córdoba y el que esto escribe, que dirigió la operación.

Proporciono tan amplia información, porque le atribuyo fundamental importancia a este elemento de juicio, paleontológico y estratigráfico.

Pocos meses antes se hizo un hallazgo semejante en el Barrio Los Pinos, a unos 3 Km. de distancia, en la otra Banda del Río Primero, en posición estratigráfica idéntica, tratándose de un fósil de la misma especie y género, habiendo también yo efectuado la excavación en representación del Centro de Investigaciones Prehistóricas de Córdoba. (Hallazgo N° 8 del folleto citado anteriormente).

Llegáramos a las conclusiones siguientes:

- a) El loess Cordobense contiene fauna fósil y pertenece al Pleistoceno más superior.
- b) Vientos huracanados reinaron en este período, durante el cual se extinguió la fauna fósil pampeana, con excepción de *My-lodon*, el caballo y posiblemente el *Toxodon* (1).
- c) El clima de este período Cordobense fue seco, y debió ser frío por su contemporaneidad con el último avance glacial en el continente americano.

El Profesor Menghin en *Acta Praehistorica*, I, 1957 (4) al comentar mi publicación sobre el Holoceno (2) dice (pág. 164): "El rico contenido de fósiles del Cordobense habla más bien de una edad del fin del Cuartario, como ahora lo piensa también Montes según manifestaciones personales suyas".

Cuando esto escribió el autor, todavía no había sido publicado mi trabajo sobre *Cronología de Nuestra Prehistoria* *.

En este trabajo cometí el error de extender el nombre de *Cordobense* a todo el estrato *b* de la serie estratigráfica de Doering. En esta forma, la subdivisión *b'* de dicho estrato, constituiría el Cordobense superior.

Retiro esta opinión que daría lugar a confusiones, dado que dicha subdivisión *b'* Doering, de acuerdo al estado actual de la investigación, abarcaría todo el Holoceno, con excepción de la capa superior de tierra vegetal.

El Cordobense está constituido única y exclusivamente por la subdivisión b''' Doering.

Debo al doctor Juan Schobinger de la Universidad de Cuyo, la observación que ahora me permite subsanar el error cometido.

3. - Comienzo del Holoceno

La observación del terreno en las Sierras de Córdoba y comarcas vecinas, nos prueba que el seco, frío y ventoso período Cordobense fue seguido por un período de fuertes y posiblemente prolongadas lluvias.

Esta circunstancia fue concretada por el Dr. A. Doering (1917) en su conocida estratigrafía del Pampeano de Córdoba: su estrato *b'''*

* Puede verse una reseña del mismo en *Acta Praehistorica*, t. III (en prensa): J. SCHOBINGER, *Sobre la cronología prehistórica argentina*.

que corresponde al loess Cordobense, está cubierto por su estrato b", que según el citado investigador está constituido por "Loess pluvial (psilogénico) capa delgada, irregular, un poco endurecida, con fragmentos poliédricos de guijarritos de tierra aglomerada". Complementa esta descripción, el dato de que el estrato b' que cubre dicho loess pluvial, contiene huesos fósiles de *Equus rectidens*, *Auchenia cordobensis* y *Mylodon*, según lo asegura el autor en el citado estudio estratigráfico.

Esta circunstancia es la que ha motivado que algunos de nuestros investigadores interpreten que el estrato b' de Doering es el Cordobense y no el estrato b"".

Si así fuera, sobre este supuesto Cordobense (estrato b') no existiría sino el estrato a, que según el mismo Doering es el piso Arianense. No vemos entonces dónde podrían ubicarse los pisos Aymareense y Pre-Aymareense, de que hablaban los investigadores de esa época.

Por lo demás, según Doering, su estrato b"" está constituido por "un espeso manto de loess eólico, amarillo blanquecino muy pálido, pulverulento", conteniendo fósiles incluyo *Glyptodon*. Se trata pues del mismo loess eólico amarillento de donde extrajimos el *Hoplophorus* del Parque Sarmiento, año 1957.

Debe tenerse en cuenta que la estratigrafía Doering es una consecuencia del largo y detenido estudio que hizo en compañía de Ameghino a principios del siglo, en la cuenca de los Ríos Primeros y Segundo y la llanura vecina.

Según mis propias investigaciones en las mismas comarcas y más Sierra arriba, el estrato pluvial que cubre al Cordobense, está constituido en algunos sectores por material más grueso, incluyendo hasta cantos rodados.

En la llanura y aún lejos de los cauces de ríos y arroyos, no solamente en Córdoba, sino también en la Provincia de Buenos Aires, podemos observar la acumulación de "guijarritos de tierra aglomerada" que con tanto acierto definió Doering.

No se trata de rodaditos de tosquilla en este caso, sino de tierra cementada por caliza formando guijarritos durante el proceso de formación de un suelo.

Las fuertes lluvias lavaron las tierras y estos guijarritos de llanura quedaron en la superficie diseminados o se acumularon en ciertos sectores, formando un verdadero estrato de guijarritos, que posteriormente fue cubierto por nuevo sedimento. Tal es el estrato b' definido por Doering.

Todo ello nos muestra un proceso pluvial, que correlacionándolo

con importantes acumulaciones de material grueso, incluso cantos rodados, como en el valle de Córdoba, en la zona de influencia del Río Primero, nos pone de manifiesto la gran importancia de ese período pluvial con que se inició el Holoceno serrano.

En el curso de este estudio le llamaré "Gran Pluvial", para diferenciarlo de pluviales menores del mismo Holoceno, de los cuales me ocuparé en forma especial más adelante.

Como es fácil imaginarse, el "Gran Pluvial" tuvo que producir algunos efectos sobre el subyacente loess Cordobense.

En algunas barrancas de ríos y arroyos de las sierras, también en la llanura cordobesa, podemos ver un espeso manto de un terreno gris amarillento muy arenoso, que corresponde al estrato b' Doering desde un punto de vista generalizado, pero que responde a una historia mucho más variada.

En ciertos sectores y por especiales circunstancias topográficas, en lugar de tierra grisácea arenosa, podemos ver un terreno arcilloso, bastante compacto sin ser duro, de color amarillento rojizo, en partes estratificado, al cual he designado como "lehm rojizo" en anteriores publicaciones (1), (2).

Dicho terreno es la consecuencia del arrastre, redeposición y alteración del loess Cordobense y está directamente encima del estrato pluvial b' Doering. En Olaén puede ser observado en muchos sectores.

Todo esto nos pone en presencia del período inicial del Holoceno, que como lo hemos definido en el apartado I, corresponde a un clima subártico y es el equivalente cronológico del Finiglacial de la cuenca del Báltico y de la iniciación del Anathermal de U.S.A.

Este último, quedaría así definido, de acuerdo a la opinión de su creador, Antevs (1948): clima que fue originariamente frío y húmedo, evolucionando gradualmente hacia más cálido. Comenzó unos 7.000 años a. J. C.

H. M. Wormington, 1957 (9), en su Cap. II, hace comenzar el Anathermal en fecha que va de 7.000 a 8.000 años a. J. C.

4. - El Humus fósil I del Holoceno

En mis dos recientes publicaciones (1) - (2) me ocupé ampliamente de lo que allí llamo "*estrato negro*". También en mi anterior publicación del año 1954 (3) me ocupé de esta compacta formación humífera, que tanto se destaca en los numerosos perfiles geológicos estudiados,

los cuales corresponden a un muy amplio territorio, que abarca las Provincias de Córdoba, San Luis, Santa Fe y Buenos Aires.

Cuando el Prof. Menghin visitó en mi compañía y del doctor Alberto Rex González la Pampa de Olaén, a principios del año 1950, comprobó la visible presencia del mencionado estrato negro, lo cual corroboró posteriormente en Ongamira, a mediados del mismo año.

El Prof. Menghin tenía ya criterio formado sobre esa formación humífera, que había estudiado algunos meses antes en compañía del Dr. Marcelo Bórmida en las grutas del Tandil, Bs. As. (5).

Pero fue en sus investigaciones de Patagonia que afirmó el criterio climatológico sobre este terreno humífero enterrado, dándonos su cronología y su equivalencia con el clima Atlántico "húmedo muy caluroso" cuyo comienzo aprecia en unos 6.000 años a. J. C. (6), dándole una duración hasta 2.500 a. J. C.

Con el Dr. Rex González habíamos investigado en numerosos sectores serranos esta formación humífera, cuya presencia tomamos muy en cuenta en el año 1940, cuando descubrimos el yacimiento prehistórico de Ayampitín, en la Pampa de Olaén. El propio Prof. Menghin lo constató en el mismo yacimiento, cuando lo visitamos a principios del año 1950, en que se lo hicimos notar y aún efectuamos un corte en el terreno para certificar su estratigrafía.

Resultó evidente que las puntas Ayampitinenses salían de la base del estrato negro, que hoy llamamos "humus fósil I del Holoceno".

Una muy feliz circunstancia nos ha permitido establecer la cronología absoluta de esta formación humífera.

En efecto: el Museo de Ciencias Naturales de La Plata destacó en el año 1951 una comisión, presidida por el Dr. Alberto Rex González, para investigar el yacimiento arqueológico ubicado en el piso de la famosa Gruta del Cerro Inti-Huasi de las Sierras de San Luis.

Allí se comprobó una completa secuencia de estratigrafía arqueológica, desde el estrato superior con cerámica, hasta el inferior con puntas tipo Ayampitín, pasando por los estratos del Ongamirense.

Fue relativamente fácil el correlacionamiento del estrato Ayampitinense con el estrato negro, visible en el arroyo vecino al yacimiento arqueológico y en el vallecito vecino al cerro Inti-Huasi.

Aquí como en Olaén, las cuarcitas Ayampitín correspondían al estrato negro, pero con la muy interesante circunstancia de constituir todo un complejo cultural y contener una abundante cantidad de huesos partidos (restos de comida) y de carbón vegetal en las cenizas de los fogones.

Analizados posteriormente esos carbones en la Universidad de Yale, U. S. A., con el objeto de determinar su edad por el procedimiento del C. 14, se estableció su cronología en 8.000 años antes de la actualidad, siglo más o menos (8).

Como podemos observar, esta determinación cronológica coincide con la apreciación de edad anticipada por el Prof. Menghin para el humus fósil I del Holoceno, al equipararlo al Optimum Climaticum europeo y al clima Atlántico de la cuenca del Báltico.

Resumiendo la información hasta ahora reunida diremos: que el complejo cultural Ayampitinense, contenido en el humus fósil I del Holoceno, representa la llegada a las Sierras del Sistema Central Argentino, hace unos 8.000 años, de tribus de cazadores que desconocían el uso del arco y la flecha, empleando en cambio jabalinas que lanzaban mediante el empleo de lanzaderas; estos cazadores eran también recolectores, como lo prueban los implementos de piedra respectivos.

Coincide más o menos el arribo de estos nómades, con la iniciación del Optimum Climático en Europa y un clima templado evolucionando a cálido, bastante húmedo, en estas serranías centrales.

El período Anathermal de U. S. A. ya había con anterioridad evolucionado de frío a templado, y empezaba a afirmarse el cálido Alti-thermal, cuya duración fue de unos 2.500 años (Antevs, 1958).

En estas serranías centrales, el resultado de este largo período cálido de muy abundante vegetación, fue la formación de lo que llamé originariamente "Estrato negro": el humus fósil I del Holoceno (Menghin).

5. - El Humus fósil II del Holoceno

Puede verse en el Cuadro A de mi publicación sobre el Holoceno, año 1955 (2), en la columna correspondiente a su geología en las Sierras de Córdoba, figurar el "humus antiguo II", encima de un estrato fluvial, cuya cronología absoluta figura allí aproximadamente en 3.000 años a. J. C.

Desde que confeccioné ese cuadro han pasado 4 años, durante los cuales he proseguido la investigación de este interesante problema geológico y climático de estas serranías cordobesas.

Es evidente que aquí existe un estrato enterrado de humus negro, debajo de una tierra grisácea, que a su vez está debajo de la tierra vegetal superior. Dicho estrato enterrado de humus descansa sobre un

estrato muy arenoso, con material grueso incluso grava, según los sectores.

Y es evidente también en la geología serrana del Holoceno, que el humus fósil II puede ser observado en muchos perfiles que también contienen el estrato humífero I. Y cuando la estratigrafía del Holoceno se muestra completa y con mucho espesor, podemos apreciar que el humus fósil más moderno está en el tercio superior y no a media altura entre la superficie y el humus inferior.

Esta observación recogida en el terreno de estos últimos años, me ha llevado a reconsiderar la cronología que algo arbitrariamente (para este estrato) fijé en el citado cuadro A.

Por la simple observación de la estratigrafía geológica, no es posible apreciar la cronología de los estratos serranos. Por lo tanto, seguiría siendo arbitraria la determinación de edad de los estratos del Holoceno, si no contáramos con un procedimiento científico para ello.

Felizmente mi reciente descubrimiento en Pampa de Pocho (enero de 1958), permite abrigar esperanzas de una pronta solución a este problema.

En barrancas de esta pampa, de muy reciente erosión, pueden verse perfiles geológicos muy completos del Holoceno, donde aparecen los dos estratos de humus fósil y hasta tres estratos pluviales. No digo como antes "fluviátiles" porque resulta evidente que son estratos producidos durante largos períodos lluviosos y no por acción torrenciosa y local de un cauce de arroyo.

Todos los estratos observados en este muy interesante sector serrano contienen huesos partidos y trocitos de carbón vegetal. Luego, tenemos a nuestra disposición los elementos de juicio que estábamos necesitando para establecer una estratigrafía cronológica mediante el procedimiento del carbono radioactivo.

Pero mientras se obtienen los resultados de esta determinación cronológica, bueno es que analicemos nuestro problema de la estratigrafía geológica del Holoceno y su posible correlación con la climatología del mismo.

En primer lugar, el significado climático de humus fósil.

Si nosotros encontramos en una pila estratigráfica, un neto y bien definido estrato negro de humus, colocado encima de un terreno muy arenoso, inmediatamente llegamos a la conclusión de que, después de las lluvias que acumularon esa arena, sobrevino un clima cálido y húmedo que permitió la acumulación de dicho humus negro y compacto.

Pero tal conclusión, con ser tan simple y lógica poco nos dice sobre el conjunto del problema climático y cronológico.

Si recorremos la comarca y observamos que el Humus I se encuentra en la culminación o parte superior de una verdadera formación de turba, entonces ya cambian los términos del problema, pues si dicha formación es espesa y contiene a su vez estratos de distinta estructura, color y contenido, especialmente si incluye estratos con abundantes especies de diatomeas, nos proporciona toda la larga historia de su deposición y de los distintos períodos climáticos de la época.

Tal es lo que sucede con varios sectores que hemos estudiado, donde puede observarse claramente cómo el Humus I de una comarca, constituye el remate o culminación de un grueso manto lacustre, donde alternan numerosos estratos más claros o más oscuros y aún de distinto color, incluso el rojo, el blanco, el amarillo, descansando el conjunto sobre un manto de arena.

Estaríamos aquí en presencia de un pequeño complejo geológico: un estrato pluvial debajo de una pila estratigráfica, constituida por una espesa y variada formación lacustre, la cual a su vez está coronada por un manto de humus negro compacto.

Climáticamente lo definiríamos así: después de un importante período pluvial, sobrevino un período que, aunque húmedo, fue variablemente lluvioso, durante el cual se mantuvo en la comarca una muy importante vegetación. En sectores topográficamente favorables para ello, se formaron lagos, pantanos y esteros, donde la vegetación fue constituyendo un depósito turboso, con intercalación de estratos de diatomeas. Ej.: depósitos turbosos vecinos al Cerro Intihuasi, S. Luis. En otros sectores no se formaron esteros ni lagunas, pero durante ese período lluvioso, los agentes atmosféricos transformaron los limos producidos por el arrastre del pluvial, a expensa del loess subyacente.

Este proceso de alteración del loess redepositado fue el que dio origen a la formación de ese lehm rojizo, que se interpone muy visiblemente en muchos sectores serranos, entre el Gran Pluvial y el Humus fósil I del Holoceno. Dicho lehm es contemporáneo de los citados depósitos lacustres.

Creo que es un error considerar como piso geológico Platense a las formaciones lacustres que existen entre el Gran Pluvial y el Humus I, porque según Ameghino (1902) —Cuadro Sinóptico— el Platense contiene la misma fauna fósil que el Lujanense. Y la formación lacustre o palustre que yo llamo *Saltoense*, que es la que está en discusión, no contiene dicha fauna fósil.

Cuando en nuestro país tengamos los laboratorios necesarios para analizar el contenido de dichos estratos, no solamente para informarnos sobre las especies de diatomeas o semillas allí contenidas, sino para calcular su cronología, entonces estaremos en condiciones de resolver nuestros problemas estratigráficos en relación con nuestra Prehistoria.

Esta cronología es absolutamente necesaria para nuestros estudios arqueológicos. Nada ganamos con que se nos diga que el análisis específico de las diatomeas indica que se trata de un depósito lacustre o palustre de cierta altura sobre el nivel del mar, correspondiente a un clima más o menos húmedo. Todo ello lo sabíamos al observar el perfil geológico y al tener en cuenta la comarca en que tomamos las muestras de los estratos.

Lo que precisamos los investigadores de Prehistoria, es conocer la cronología de los estratos, además de saber lo relativo a la climatología y vegetación de la época.

6. - Los períodos pluviales del Holoceno

En el apartado 3, hemos visto que el período seco y ventoso Cordobense fue seguido por un período de fuertes y posiblemente prolongadas lluvias, al que he llamado "Gran Pluvial" y que constituye el límite entre el Holoceno y el Pleistoceno.

Aquí estaría también, como ya se ha dicho, cronológicamente el Finiglacial y comenzaría el Anathermal de U. S. A.

Otro período pluvial importante del Holoceno se produjo en época anterior a la formación del humus fósil II.

Con motivo de las grandes excavaciones que se hacen en la ciudad de Córdoba para sus edificios de propiedad horizontal, hemos visitado varias de las más importantes de dichas excavaciones.

Me han acompañado en estas visitas u observaciones, el doctor Juan Olsacher, el profesor Antonio Serrano, el doctor Alberto Rex González y el geólogo doctor Juan Vázquez, especialista en el estudio de suelos.

El vallecito de Córdoba, al Sur de la Avenida Colón, fue influenciado por las crecientes del arroyo La Cañada y no por el Río Primero. Por esta circunstancia se formó un espeso manto de humus negro, cortado por estratos más o menos arenosos, sin cantos rodados.

El espesor del manto humífero alcanza hasta 4 m. de espesor, descansando sobre un depósito de arena, con algo de grava. Este último

es el piso que se busca en las excavaciones, para fundar las bases de hormigón armado de los grandes edificios.

Corresponde este depósito de arena al Gran Pluvial con que se inició el Holoceno. Directamente encima está el lehm rojizo cubierto por un manto compacto de humus negro, no arenoso, que en algunos sectores sobrepasa un metro de espesor, el cual constituye evidentemente el Humus fósil I del Holoceno.

Hacia arriba vemos un terreno arcillo-arenoso de tono general pardo oscuro. Este terreno está cortado por estratos, más arenosos o más húmidos según su posición estratigráfica.

Algo más arriba de la mitad del perfil, encima de un estrato más arenoso vemos un estrato gris oscuro o negruzco muy húmido y compacto. Este corresponde al humus fósil II del Holoceno.

El perfil general obtenido en los zanjones de la Pampa de Pocho, al Oeste de la Sierra de Achala, es muy semejante al del Vallecito de Córdoba.

Si fuésemos a fijar una cronología, mientras no contemos con los resultados del procedimiento del C_{14} , nos parece acertado tomar la del Little Pluvial de U. S. A., unos 1.000 años a. J. C. para el pluvial menor del Holoceno, según F. C. Hibben (10) y H. M. Wormington (9).

Las razones científicas para una citación semejante, serían las mismas por las cuales citamos los períodos climáticos de la Cuenca del Báltico o los períodos del Neothermal de Antevs.

Se trata de simples sugerencias comparativas, mientras no contemos con otros elementos de juicio más fundamentados, como sería la prueba del Carbono 14, sobre muestras de carbón vegetal que obtengamos en nuestros yacimientos prehistóricos.

En el gráfico adjunto puede verse mi opinión, resultado de varios años de observación en el terreno, sobre la estratigrafía del Holoceno de las Sierras de Córdoba.

La cronología absoluta está sujeta a modificaciones, de acuerdo a los resultados que se obtengan por el procedimiento del C_{14} , pero la posición correlativa de los estratos dentro del perfil general y su estructura y composición no cambiará en dicho gráfico.

En la investigación en el terreno he tenido en cuenta la posible modificación del perfil general, bajo la influencia de cauces torrenciales antiguos, que han podido quedar enterrados. Ello es visible en la Pampa de Pocho y lo he tenido en cuenta, como asimismo en la propia

ciudad de Córdoba, en sector vecino a la actual Cañada (arroyo canalizado desde el Siglo XVII).

7. - Perfiles geológicos serranos

En el adjunto cuadro G figuran algunos perfiles geológicos que han sido establecidos en comarcas propicias para ello. Varios sectores que presentan barrancas altas, han sido estudiados en cada comarca y para establecer el respectivo perfil geológico hemos empleado, cuando fue necesario, el sistema de teleconexión para completar dicho perfil.

Empezamos por el Norte de las Sierras Grandes, con la Comarca de Soto.

Este sector puede representar, en lo que se refiere al Holoceno, a toda la gran comarca que corre desde Charbonier, remate Norte del Valle de Punilla, pasa por San Marcos Sierra, Cruz del Eje, y llega hasta Serrezuela, donde terminan las Sierras de Córdoba, por el Noroeste. Todos estos sectores los hemos observado y ellos nos muestran gran semejanza en sus sedimentos más recientes.

El Río de Soto corre de S.E. a N.W. en el sector de la Villa de Soto, presentando altas barrancas donde se muestra en toda su potencia el Pampeano superior, y en algunos lugares de hundimiento vemos intercalarse sectores con sedimentación humífera, cuyo tono gris contrasta tan visiblemente con el color anaranjado o amarillento del terreno pleistocénico.

Donde mejor se puede observar esta circunstancia es en el trecho de algunos centenares de metros, aguas abajo del puente carretero sobre el camino a Cruz del Eje.

Muestras de humus negro, tomadas de la base de una acumulación lacustre que tiene casi 3,00 m. de espesor, fue enviada por el Presidente de nuestro Centro de Investigaciones Prehistóricas doctor Juan Olsacher, a la Dirección General de Investigaciones Agrícolas, Instituto de Suelos y Agrotecnia (Buenos Aires), para su análisis (año 1953).

El resultado fue el siguiente:

"Células silicificadas de gramíneas: gran cantidad, predominando en la muestra".

"Crisostomatáceas: frecuentes.

"Diatomeas: son 27 especies en total, de *Achnanthes*, *Cocconeis*, *Cymbella*, *Encionema*, *Epithemia*, *Gomphonema*, *Hantzschia*, *Melosira*,

Navicula, es la más abundante con 6 especies, Nitzschia, Pinnularia (3 especies), Rhopalodia, Synedra, Surirella, Stauroneis.

"Lago pantanoso, de aguas someras, en vías de secamiento y cubierto por gran cantidad de vegetales, principalmente de epífitas. Lugar topográficamente un poco alto".

La Villa de Soto está a una altura de 550 m. sobre el nivel del mar.

La espesa formación humífera de donde se tomaron las muestras, no es la única en este sector. Su nivel inferior coincide con el lecho actual del río y está encuadrada entre dos altas barrancas de terreno pampeano típico.

Perfiles geológicos fueron tomados en altas barrancas vecinas, donde el hundimiento o erosión del terreno antiguo no es tan grande y podemos ver una pila estratigráfica completa del Holoceno y Pampeano superior hasta el Bonaerense inclusive.

Unos 50 Km. a vuelo de pájaro, hacia el S. E. de Soto, entramos en la altipampa de Olaén, de unas 30.000 Ha. de superficie, con una altitud de 1.200 m. aproximadamente sobre el nivel del mar.

Aquí fue donde, en el año 1940, pudimos por primera vez apreciar la existencia de un estrato negro muy generalizado en la sedimentación superior de esta llanura. Es lo que hoy llamamos Humus fósil I del Holoceno.

La Pampa de Olaén contiene numerosa fauna fósil en sus terrenos pleistocénicos, pues en la persistente erosión de sus talwegs siempre aparecen huesos fósiles después de las lluvias. No se trata de esqueletos enteros, sino de huesos dispersos, aunque en algunas oportunidades hemos encontrado varios huesos grandes muy cercanos y aun articulados, pero nunca un esqueleto entero.

El Glyptodonte, en varios géneros y especies, abundó en esta altipampa.

En el sector de las nacientes del Arroyo de los Talas y cercano al yacimiento prehistórico de Ayampitín, existe un grueso y extenso manto de humus negro compacto, que corresponde también al humus fósil I ya citado.

Hasta el lehm rojizo llegaron en Olaén, el Mylodon, Toxodon y Equus Rectidens. Creo que este último no se extinguió en dicho período, pues tenemos en el Museo del Centro de Investigaciones Prehistóricas de Córdoba huesos de caballo del Humus I.

Si tomamos el sector Sur de las Sierras, vemos en el Río Cuarto,

tanto en la llanura como al salir de la sierra, repetirse el mismo perfil general, como puede ser apreciado en el cuadro G. Al Oeste de la Sierra de Comechingones, en las nacientes del Río de la Carpa y no lejos del tan interesante yacimiento arqueológico del Cerro Inti-Huasi, la formación lacustre o palustre contiene estratos turbosos, donde abundan semillas y bulbos, que podrán servir para la determinación fitológica y la cronología de la formación, por el procedimiento del C₁₄.

El cuadro G ha sido establecido con perfiles generales en cada zona para cuya determinación se han estudiado numerosos perfiles locales.

Pero debo aclarar que, en cada zona existen perfiles completos iguales a los del cuadro G.

He mencionado varias opiniones fundamentales del Profesor Osvaldo A. Menghin en estas páginas.

No podía ser de otra manera en un estudio de la cambiante climatología de nuestra Prehistoria.

La feliz incorporación en nuestro país del Prof. Menghin a esta ciencia tan ligada al terreno, nos proporcionó el conductor y la luz que tanto necesitábamos los exploradores que nos sentíamos desorientados en las tinieblas.

Esta década del 50 quedará marcada en nuestro país, en lo referente a esta ciencia, como un período revolucionario.

Córdoba, mayo de 1958.

BIBLIOGRAFIA

1. ANÍBAL MONTES, 1957: *Cronología de nuestra Prehistoria*. Revista de la Facultad de Ingeniería. Córdoba. (v. Hallazgo N° 10).
2. 1955: *El Holoceno en relación con nuestra Prehistoria*, id., id.
3. 1954: *El Pampeano Lacustre en relación con nuestra Prehistoria*, id., id.
4. OSVALDO E. A. MENGHIN, 1957: *Das Protolithikum in Amerika*. *Acta Praehistórica*. Buenos Aires, *Besprechungen* (Reseñas), en id., id.
5. — y MARCELO BÓRMIDA, 1950: *Investigaciones prehistóricas en cuevas de Tandilía*. Runa, Vol. III. Buenos Aires.
6. 1952: *Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia*. Runa, Vol. V. Buenos Aires.
7. — y ALBERTO REX GONZÁLEZ, 1954: *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira, Córdoba*, R. A. La Plata.

8. ALBERTO REX GONZÁLEZ, 1957: *Dos fechas de la Cronología Arqueológica Argentina, obtenidas por el método de Radio Carbón*. Rosario.
9. H. M. WORMINGTON, 1957: *Ancient man in North America*. Denver Museum of Natural History. Fourth Edition. Denver. Colorado U.S.A.
10. FRANK C. HIBBEN, 1953: *L'homme primitif américain*. Traducción del inglés de Bernardo de Zelicourt.
11. KIRK BRYAN, 1948: *Los suelos complejos y fósiles de la altiplanicie de México, en relación a los cambios climáticos*. México, D. F.
12. — 1946: *Comentario e intento de correlación con la cronología glacial*. México.
13. — 1939: *Pre-columbian agriculture in the South-West as conditioned by periods*.
14. W. F. LIBBY, 1954: *La dotación radio-carbónica*. Londres.

Estratología época	Clima			Sierras de Córdoba				época
	U. S. A.	Europe	Patagonia	Geología	Clima	Fauna	Arqueología	
1.000				tierra vegetal arenosa	actual con variaciones secas y lluviosas		Indohispánica	Holoceno superior
†				tierra gris			Sanabirón	
1.000	Littlepluvial			tierra roja			Camchingón	
2.000	Mediathermal fresco y húmedo	Subatlántico	Subatlántico	Humus fosil II no compacto	templado lluvioso		Ongamira A	
3.000		Sub-boreal	Sub-boreal	tierra roja	muy lluvioso		Cerámica primitiva	
4.000			Sub-boreal	tierra arcillo-arenosa gris-rojiza	cálido semi seco		Ongamira C.	
5.000	Altiethermal muy cálido	Atlántico	Atlántico	arena fina	templado poco lluvioso			
6.000		Optimum Climaticum		Humus fosil I negro compacto	lluvioso			
7.000	Anathermal frío → cálido	Boreal cálido	Boreal seco aumento temp.	Lehm o rojo deposito lacustre	lluvioso temp. en aumento frío a templado		Ayampilín	
8.000	Glacial	Subártico fresco	Subártico	arena y grava	Gran pluvia	Fauna actual Toxodon, Milodon, Equus relictus		
9.000	Mankato avance glacial	Glacial	Antico	Cordobense loess amarillento b ^m Doering	frío muy seco	Fauna pampeana sup.	Foyones inf. de Ongamira	
10.000		frío seco	frío	ceniza volc. tosca laminar			Candonga	
11.000			Oscilación boreal					
								Final del Pleistoceno

SOTO.	OLAEN	CIUDAD CORDOBA	POCHO	RIO 4°	RIO LA CARPA
1 Tierra vegetal	1 Tierra vegetal	1 Tierra vegetal	1 Tierra vegetal	1 Tierra vegetal	1 Tierra vegetal
2 Tierra humifera grisácea arenosa abajo mas arenosa	2 Tierra humifera grisácea arenosa abaxo secciones rojizo	2 Tierra humifera gris oscuro	2 Tierra humifera grisácea arenosa	2 Tierra grisácea arenosa.	2 Limo pardo claro
3 Estrato negro compacto	3 Humus gris oscuro	3 Estrato pluvial	3 Estrato pluvial	3 Estrato pluvial	3 Humus negro
4 Terreno compacto pardo oscuro arenoso	4 Estrato pluvial	4 Humus negruzco	4 Humus negro	4 Humus gris oscuro	4 Estrato pluvial
5 Estrato pluvial	5 Terreno arenillo rojo-rojizo oscuro	5 Estrato pluvial	5 Estrato pluvial	5 Estrato pluvial	5 Limo pardo claro
6 Humus negro y deposito lacustre	6 Estrato pluvial	6 Terreno arenoso pardo rojizo	6 Humus negro	6 Humus grisácea arenosa.	6 Estrato pluvial
7 Estrato pluvial	7 Grueso mantlo humus negro compacto	7 Estrato pluvial	7 Lehm rojizo	7 Arena fina micécea	7 Humus negro
8 Arcilla arenosa arenillento	8 Lehm rojizo	8 Mantlo humus negro compacto.	8 Gran pluvial	8 Humus negro	8 Formación lacustre
9 Arcilla abajo siguen estratos pleistocénicos	9 Estrato pluvial	9 Arcilla arenosa rojizo compacto	9 Arcilla arenosa arenillento compacto con grava	9 Arena ferruginosa	9 Limo arenillento arenoso
10	10 Löss arenillento con fosiles	10 Estrato pluvial	Por teleconexión. abajo terreno permoano	10	10 Tercer caliza
11	11 Ceniza volcánica blanca o losca	11	11	11	11
	12 Arcilla abajo sigue terreno permoano	12	12	12	12

HOLOCENO

ARQUEOLOGIA DE LA PUNA ARGENTINA *

Por PEDRO KRAPOVICKAS

INTRODUCCIÓN

Nos proponemos hacer un análisis de los elementos que integran la arqueología de la Puna Argentina, con el objeto de establecer si los restos que aparecen en ese territorio son uniformes. Es decir si pertenecen realmente a un único complejo cultural, como se ha mantenido hasta el presente, o no, y si esa cultura o culturas fueron independientes de las que poseyeron los pueblos vecinos. Aprovecharemos esta oportunidad para hacer una presentación de conjunto de la arqueología de la región que nos interesa. Trataremos de llenar así un vacío notable de la bibliografía, pues, salvo los intentos de Casanova de 1936 y 1946, todos los demás trabajos se reducen, aun el de Boman de 1908, a una enumeración y descripción de materiales pertenecientes a distintos yacimientos.

En esta revisión daremos un acento mayor al ajuar mueble y dentro de él a los instrumentos de madera, por la importancia que revisten, extendiéndonos más sobre aquellos aspectos que, según nuestro criterio, constituyen un elemento de juicio más apto para establecer los puntos antes mencionados.

Este estudio lo hemos realizando basándonos en la bibliografía

* El presente trabajo lo efectuamos durante los años 1954 y 1955, en cumplimiento de los requisitos impuestos por un concurso para optar al cargo de profesor adscripto a la cátedra de Prehistoria y Arqueología Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fue supervisado por el Dr. Eduardo Casanova, miembro de aquel jurado y entonces titular de esa cátedra y de la Dirección de la sección, luego instituto de Arqueología de la citada Facultad, quien nos libró el acceso a las colecciones del Museo Etnográfico que aquí mencionamos. Al no haberse substanciado dicho concurso y al brindarnos la Dirección de los Anales de Arqueología y Etnología de Cuyo la posibilidad de publicar este artículo —resumen de nuestras experiencias arqueológicas en la Puna Argentina— resolvimos hacerlo ya que creemos que es el premio a los esfuerzos que demandó su realización, y que además puede así ser útil para los que se dedican a la disciplina que profesamos.

existente y las conclusiones a las que llegaremos, que deberán ser confirmadas o reformadas por un intenso trabajo de campo, tendrán las consiguientes limitaciones. También utilizamos, para ampliar varios conceptos, algunos materiales existentes en las colecciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Nos circunscribiremos a estudiar los yacimientos que aparecen en la región que Keidel llamó Puna Argentina, oponiéndola a la Puna de Atacama, exclusiva de Chile, y cuyos límites hallamos descriptos en un trabajo de Feruglio (1946, pág. 26). Esta denominación es mucho más clara, según nuestra opinión. También es muy valiosa para lo que nos proponemos la división que hace Feruglio, en el trabajo ya citado, de la Puna Argentina en dos sectores, el Boreal y el Austral, cuyo límite coincide con el paralelo 24.

La mayoría de los yacimientos conocidos han dado una serie de elementos con características comunes y uniformes, a los cuales Bennett (1948, pág. 26) ha englobado dentro del término "Puna Complex", que nosotros traducimos por "Complejo de la Puna". Transcribiremos a continuación, en versión libre, la definición que hace Bennett de este Complejo:

"El Complejo de la Puna se encuentra en la mayoría de los yacimientos de la Puna, aunque el inventario total no aparece en todos. El complejo puede definirse mejor por la lista de artefactos característicos. Los de madera son los más típicos: cuchillones, horquetas, torteros, puntas de flechas, arcos, cucharas, tabletas para rapé, tubos para rapé, husos, instrumentos de telar, azadas, peines, agujas, estuches, cubiletes, palos plantadores, tabletas rectangulares simples, alfileres, vasos, campanas, bastones, manoplas e instrumentos para hacer fuego. Muchos de estos reflejan una actividad utilitaria como ser pastoreo de llamas, agricultura, caza y guerra. Los instrumentos de hueso son espátulas, tubos, estuches, cajas para agujas y cucharas. Las calabazas pueden ser simples o pirograbadas. Se han hecho con cuero ojotas, estuches y bolsas simples. Es típica la cestería en espiralado. El trabajo de la piedra está representado por azadones, puntas de flechas, cuentas, rompecabezas, hachas, morteros y manos. El metal no es muy común pero se incluyen campanas plegadas de bronce, cinceles, pinzas, discos, placas y cuchillos". Más adelante agrega (pág. 40): "La Puna se caracteriza por los enterreros en grutas, las 'Chulpas', y el Complejo de la Puna, que acentúa un equipo relacionado con la ganadería. La arquitectura no se diferencia de la conocida para otras regiones, pero en dos yacimientos se han

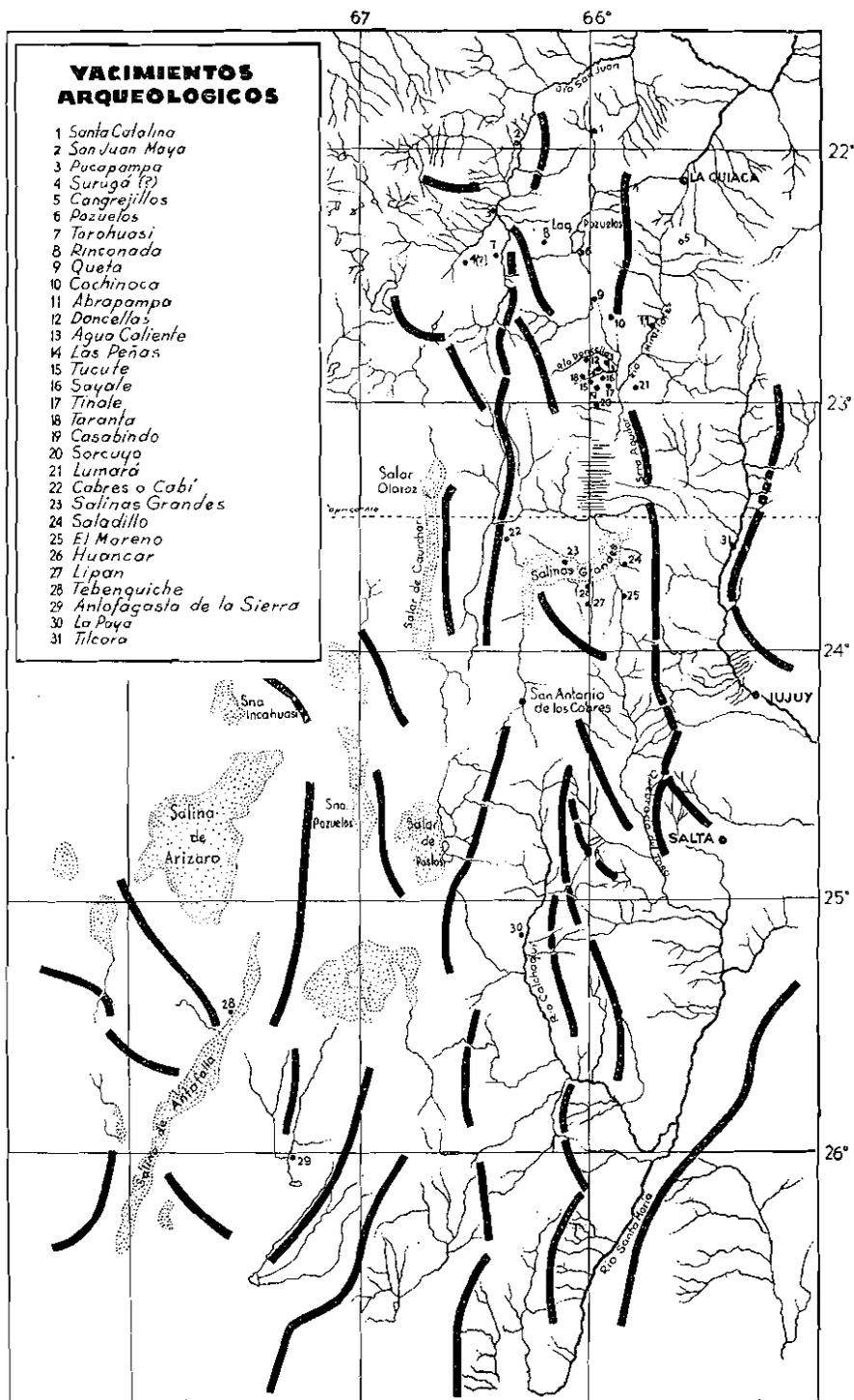


Fig. 1. Mapa

encontrado menhires. Son comunes los petroglifos y las pinturas sobre las rocas. La cerámica presenta influencias incaicas y por lo general es difícil de distinguir".

Tenemos en el párrafo anterior un resumen bastante conciso y completo de los hallazgos realizados en la Puna Argentina, quedando incluidos en la expresión Complejo de la Puna, todos los materiales con rasgos uniformes que aparecen en la mayoría de los yacimientos de esa región.

En una rápida ojeada a todos estos hallazgos (Fig. 1) podemos ver que estos elementos comunes aparecen en los siguientes yacimientos: Santa Catalina, San Juan Mayo, Pucampa y otros vecinos de la cuenca del San Juan Mayo, Surugá, Cangrejillos, Pozuelos, Torohuasi, Rinconada, Queta, Cochínoca, Abrapampa, Doncellas, Agua Caliente, Las Peñas, Tucute, Sayate, Tinate, Taranta, Casabindo, Sorcuyo, Lumará y Antofagasta de la Sierra. Todas estas localidades, con excepción de la última de la lista, se encuentran ubicadas en el Sector Boreal de la Puna Antofagasta de la Sierra está en el Sector Austral, separado de los restantes sitios por una extensa región sobre la cual no poseemos datos de hallazgos de materiales pertenecientes a este complejo.

Pero estos rasgos que aparentemente abarcan en su dispersión todo el territorio de la Puna, no aparecen en los yacimientos de algunas zonas. Cuando estudiamos el yacimiento de Tebenquiche, excavado por nosotros (Krapovickas, 1955), hemos determinado un complejo arqueológico con tipos nuevos para la Puna, con características que se oponen a las que tienen los materiales aparecidos en los lugares enumerados más arriba. Esto nos permite considerarlo separadamente. De igual manera, en la zona de Salinas Grandes, poco conocida arqueológicamente, aparecieron elementos heterogéneos, algunos exclusivos de esa región y otros no, que tampoco se amoldan a los rasgos generales señalados para el Complejo de la Puna.

Por estas razones, hemos agrupado en nuestro estudio los hallazgos efectuados en la Puna Argentina, en tres unidades de desigual importancia. Primero analizaremos los elementos que integran el Complejo de la Puna, luego los hallazgos de Salinas Grandes y finalmente los de Tebenquiche.

I - EL COMPLEJO DE LA PUNA

Los artefactos que integran este complejo han sido fabricados con

cerámica, madera, piedra, metal, hueso, fibras vegetales, cuero, cañas, calabazas, plumas, tejidos, etc. Una característica de todas las colecciones arqueológicas puneñas, es su alto grado de conservación, debido al clima seco de la zona. Resulta especialmente notable el estado en que se encuentran aquellos objetos confeccionados con materiales perecederos, como madera, calabazas, tejidos, plumas, fibras vegetales, etc.

La necesidad de efectuar un estudio detallado de los tejidos encontrados en la Puna para determinar las técnicas utilizadas, los tintes para su coloración, telares, fibras, etc., para lo cual carecemos de los elementos necesarios, ha hecho que los excluyamos de este análisis.

Cerámica

Analizaremos las formas que encontramos asociadas con los otros elementos del Complejo de la Puna. Primero veremos aquellas que parecen ser exclusivas, seguidas de las que, si bien se hacen presentes en otras regiones, aún no se ha determinado con claridad a cuál de ellas pertenecen como típicas, y, por último, nos ocuparemos de las formas ya claramente importadas.

Vasitos chatos: Estos son pequeños vasos cilíndricos o cónicos, de amplia base plana, construidos con cerámica rojiza tosca (Fig. 2). El

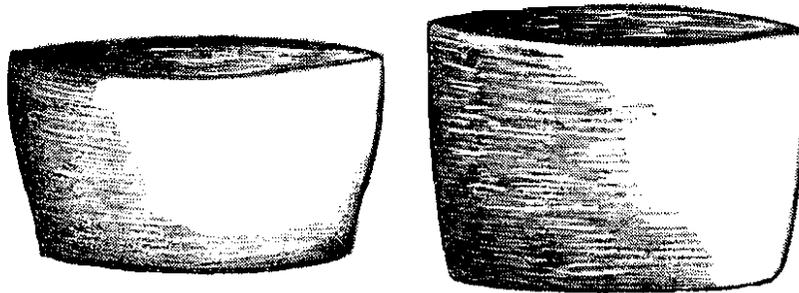


Fig. 2

borde es siempre recto, sus paredes rectas o ligeramente convexas o cóncavas y la base, en algunos casos, ensanchada. Pero aun con estas variaciones, su silueta es inconfundible. En los yacimientos en los que aparecen siempre hay un alto número de ejemplares. En Doncellas, de ochenta y seis piezas analizadas, treinta y cuatro son vasitos chatos. Es

una forma exclusiva de la Puna y fuera de ella, aparecen muy raros ejemplares en algunos yacimientos de la Quebrada de Humahuaca.

Cántaros con asas asimétricas: Se han obtenido en varios yacimientos cántaros de cuerpos globulares, cuellos cilíndricos con bordes hacia afuera y dos asas oblicuas asimétricas (Fig. 3). No son muy abundantes, pero su forma es fácil de determinar. Los de la Puna no están decora-

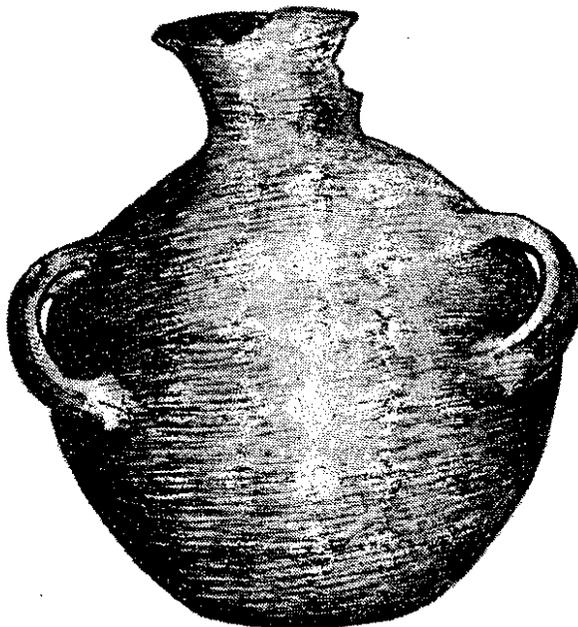


Fig. 3

dos, salvo algunas excepciones. Proviene de San Juan Mayo (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. V A 12). Rinconada (Abrosetti, 1901-02, fig. 41) y Doncellas (Museo Etnográfico, N° 42-334). Los decorados tienen motivos geométricos pintados y pueden traer un relieve antropomorfo en el cuello. De Yavi Chico conocemos uno con una banda geométrica pintada en el cuello (Bregante, 1926, fig. 71) y otro con relieve antropomorfo (Boman, 1908, fig. 190). En Sansana apareció uno con esta última característica (Boman, 1908, fig. 191). Fuera de la Puna sólo se los ha encontrado en tres yacimientos de la Quebrada de Humahuaca, con un ejemplar en cada caso.

Cántaros decorados: Estos cántaros presentan una silueta peculiar

con cuerpo globular, alargado, ancha base y cuello cilíndrico (Fig. 4). Este último posee generalmente un ligero abultamiento en la mitad de su altura. Las asas son horizontales. Están decorados en la parte superior del cuerpo, entre las asas y el cuello, con bandas verticales u oblicuas, de color negro, encuadradas entre dos líneas horizontales. Lehmann-Nitsche reproduce dos de Casabindo (1902, lám. IV-G 7 y IV-I 2). De Doncellas conocemos varios. Fuera de la Puna aparecen sólo en Tilcara (Bregante, 1926, fig. 147). Hay también cántaros que poseen esta forma pero carecen de decoración.

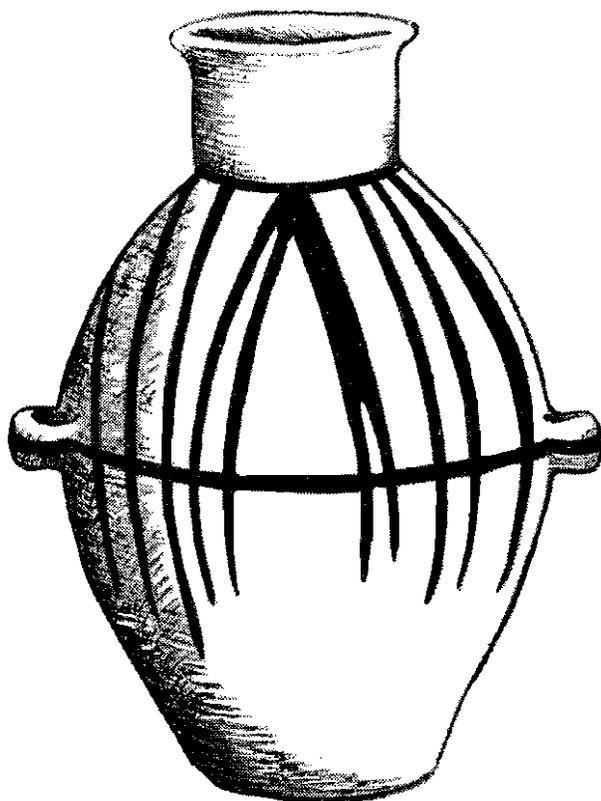


Fig. 4

Ollas: Son vasos de cerámica muy tosca, de cerámica roja clara de grano grueso y con superficies rugosas. Su característica principal radica en sus asas que unen el borde con la parte superior del cuerpo. Ollas de este tipo se han encontrado en Casabindo (Von Rosen, 1924, fig.

49; Lehmann-Nitsche, 1902, lám. IV-D 2), y en Doncellas (Museo Etnográfico, 42-1924, 42-2261 y 42-2762). Otra variedad de ollas, peculiar de la Puna, la constituyen aquellas que tienen dos asas cónicas, que de simples relieves cónicos se transforman a veces en prolongaciones cilindro-cónicas curvadas hacia arriba (Fig. 5). En el Museo Etnográfico hay una procedente de Queta (Museo Etnográfico N° 44-1538).

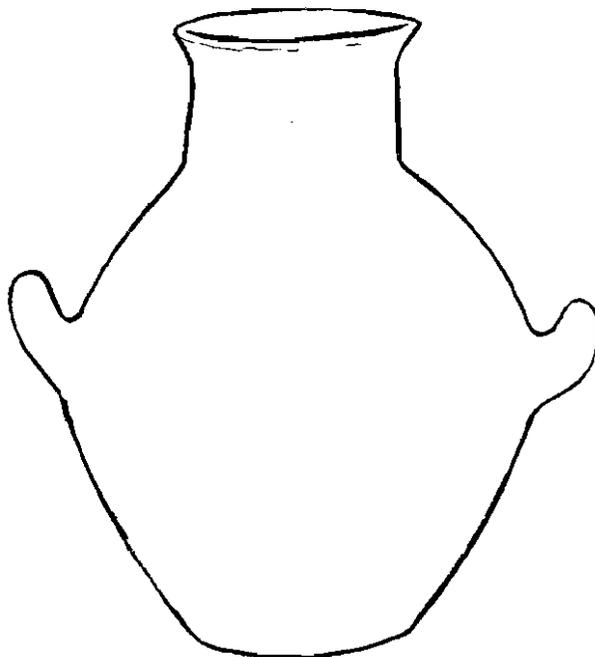


Fig. 5

Jarras: Están construídas con el mismo material tosco que las ollas anteriores pero tienen una sola asa que une el borde con la parte superior del cuerpo. Algunas tienen vertedero en el borde. Las que conocemos proceden de Rinconada (Ambrosetti, 1901-2, fig. 47 a y c) y Doncellas (Museo Etnográfico, N° 42-330 y 42-1891). Las que han aparecido en Antofagasta de la Sierra (Ambrosetti, 1904, lám. I 30) tienen formas que se alejan de las más o menos constantes que vemos en los yacimientos del Sector Boreal de la Puna.

Pucos: son muy comunes dentro de la cerámica de la Puna. Su pasta es tosca rojiza, marrón o negruzca. Pueden o no tener asas. No es posible determinar mayores peculiaridades.

Pucos con interior negro: Su aspecto es generalmente tosco, aunque a veces han sido terminados con cuidado. La superficie externa es rojiza o marrón y la interior negra, generalmente brillante. Aparecen en Casabindo (Lehmann-Nitsche, lám. IV-E 4). Lumará (Boman, 1908, fig. 124 a), Doncellas (Museo Etnográfico N° 42-1080, 42-2656 y otros) y Antofagasta de la Sierra (Ambrosetti, 1904, lám. I 34 y 35). Estos vasos son mucho más abundantes en la Quebrada de Humahuaca donde parecen ser típicos.

Jarros: Estos jarros son toscos, de cuerpo cilíndrico y subcilíndrico, y su característica principal radica en una sola asa lateral, vertical, que nace en el borde, describe una curva pronunciada por encima de él y se inserta en la parte superior del cuerpo. Son más comunes en la Quebrada de Humahuaca. En la Puna han aparecido en Sorcuyo (Casanova, 1938, fig. 5); Casabindo (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. IV-D 3); Cochino (Ambrosetti, 1901-2, fig. 44c) y en Doncellas (Museo Etnográfico, N° 42-331 y 42-2470).

Vasos miniatura: Estos pequeños vasos, que no tienen más de cuatro centímetros de alto, son muy raros en la Puna. Han sido fabricados con cerámica rojiza. Son subglobulares o subcilíndricos y tienen el aspecto de pequeños cubiletes. Los pocos conocidos proceden de Rinconada (Boman, 1908, fig. 140 a y b) y del Río San Juan Mayo (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. III 46).

Fragmentos de cerámica decorados en negro sobre rojo: En varios yacimientos aparecen numerosos fragmentos de cerámica rojiza, con restos de decoración geométrica muy simple en negro. Estos son: Rinconada (Boman, 1908, pág. 639), Doncellas (Museo Etnográfico N° 42-2678 y 42-2293) y algunos yacimientos visitados por nosotros y no registrados en la bibliografía, como Quinilicán, en las faldas occidentales de la Sierra de Aguilar, y Puesto Colorado, al Este de Abrapampa. Estos fragmentos y sus decoraciones no pueden identificarse con ninguno de los estilos conocidos. Por el contrario, algunos fragmentos procedentes de Doncellas (Museo Etnográfico N° 42-345, 42-2293, 42-2676 y 42-2677) pertenecen con toda seguridad a piezas decoradas con estilos humahuaqueños.

Cerámica importada: La mayoría de los ejemplares decorados y de mejor calidad pertenecen a estilos foráneos, entre los que se distinguen los grupos incaicos y humahuacas. Encontramos casi todas las formas clásicas de la cerámica incaica: aribalos, aribaloides, platos patos, platos con asas oreja, vasos con decoración Paya Inca y ollas con pie. Aparecen en Casabindo (Von Rosen, 1924, figs. 47, 50 y 52); Cochino (Am-

brosetti, 1901-2, figs. 42 a y b); Cangrejillos (Von Rosen, 1924, fig. 82); Surugá (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. V 13); Doncellas (Museo Etnográfico, N° 42-343, 42-1777 y otros) y Antofagasta de la Sierra (Ambrosetti, 1904, lám. I 37). Señalamos el interesante caso representado por un vasito chato de Doncellas, de típica forma puñena, al cual se le ha agregado un asa ornitomorfa como la de los clásicos platos patos incaicos peruanos (Museo Etnográfico, N° 42-2579). Los tipos humahuacas que aparecen no son muy variados. Los más comunes son los "pelikes" con registros decorados verticales, pucos con decoración interna y relieves antropomorfos, ollitas con decoración incisa, cántaros con decoración arriñonada, etc. El crecido número de piezas decoradas con motivos quebradeños podrían sugerir una completa dependencia cultural de la Puna con respecto a la Quebrada de Humahuaca. El hecho de que se presenten contadas formas quebradeñas, que no adquieren la calidad que poseen los originales, nos indica que han sido importadas o fabricadas copiando los ejemplares traídos de afuera. A pesar de contarse con algunos casos de entierros de párvulos en urnas, los elementos de las cerámicas del área central del N.O. argentino se hacen presentes, asociados con el Complejo de la Puna, contadas veces. En Antofagasta de la Sierra aparecen algunas piezas decoradas que recuerdan los estilos de la región central, especialmente al que Bennet llamó estilo Yocavil Polícromo (Bennet, 1948, pág. 60). De Doncellas son las dos únicas estatuillas (Museo Etnográfico, N° 42-337 y 42-495) con características meridionales que conocemos como procedentes de la Puna. De todos estos rasgos foráneos, si bien hay algunos, como los incaicos y los humahuacas, bastante importantes, no hay una primacía evidente de ninguno de ellos.

Debemos agregar para completar este análisis que la cerámica no es muy abundante en la Puna. En ninguno de los yacimientos que contienen el Complejo de la Puna posee la cerámica, por su número, variedad y calidad, la importancia que adquiere en cualquiera de las otras regiones. El porcentaje de piezas de alfarería, comparado con el de los otros materiales es muy bajo. Una de las características del Complejo de la Puna radica en esta pobreza de su cerámica que se hace más marcada en contraste con los numerosos artefactos de madera.

La cerámica de la Puna carece de una línea estilística definida y en toda ella se impone la cerámica tosca sobre la decorada, resultando muy difícil determinar tipos precisos en un conjunto tan pobre. No tenemos además un estudio que nos de con claridad los rasgos diferenciales de la cerámica tosca de nuestro Noroeste y carecemos por ello de un elemen-

to para comparar y determinar como peculiares de la Puna algunas de las formas que hemos aislado. No obstante esto hay algunos vasos que sin ninguna duda son exclusivos de la Puna, ya que su dispersión se limita, con pocas excepciones, a esta región. Dentro de esta categoría están los vasitos chatos, cuya presencia es casi universal en todos los yacimientos en los cuales se halló el Complejo de la Puna. Las otras tres formas, que también casi solamente aparecen en la Puna, aunque en número más reducido, son los cántaros con asas asimétricas, los cántaros decorados y las ollas con asas cónicas.

Artefactos de madera

Describiremos en este capítulo todos los tipos de artefactos de madera que aparecen formando parte del Complejo de la Puna y que constituyen su principal característica. Esta industria de la madera sobrepasa los límites naturales de la Puna y aparece con caracteres muy similares en otras zonas vecinas, como en el Norte de Chile, Quebrada de Humahuaca y algunos yacimientos del área central. Daremos, al mencionar cada tipo, su dispersión geográfica y las peculiaridades que adquieren en cada zona para poder así señalar cuáles son los rasgos más importantes de los que hallamos en la Puna. Un papel muy destacado lo desempeñan las tabletas y tubos para rapé a los cuales dedicaremos un capítulo especial.

Horquetas de atalaje: Utilizamos para denominar a estos instrumentos que no describiremos por ser sumamente conocidos, la terminología fijada por Salas (1945, pág. 179). No entraremos a reseñar los diversos usos que le fueron atribuidos, pues consideramos que este problema está completamente aclarado, ya que, como dice Salas (1945, pág. 180) "es unánimemente aceptado que estas horquetas, convenientemente dispuestas sirvieron para sujetar las cargas sobre las llamas y para otros usos semejantes". Latchan (1938, pág. 141), Vignati (1938, pág. 73) y Salas (1945, pág. 179) han resumido las diversas teorías. El último autor (fig. 66) trae también un mapa con su dispersión. Esta se circunscribe a la Puna Argentina con una mayor concentración en el Sector Boreal y con un solo yacimiento, Antofagasta de la Sierra, en el Sector Austral, el Norte de Chile, la Quebrada de Humahuaca, donde no faltan en ninguno de los yacimientos desde Volcán hasta Yacoraité, y por último, el área diaguíta, con Morohuasi y Tastil, en la Quebrada del Toro, y La Paya y Kipon, en el Valle Calchaquí. Estos instrumentos figuran entre los más característicos de la industria

de la madera que estamos describiendo. Revelan una forma de vida aborígen que ha puesto su énfasis sobre la ganadería, pues su uso está estrechamente ligado a la utilización de llamas. Es en la Puna Argentina y en la región atacameña del Norte de Chile, donde, al ser tan escasas las tierras aptas para la agricultura, los campos y laderas con pastos crean, en reemplazo de aquéllas, condiciones aceptables para el pastoreo. No queremos significar con esto que las horquetas de atalaje sean originarias de alguna de esas dos regiones. Sólo señalamos que son más típicas de las dos Punas, la Argentina y la de Atacama en Chile, que de aquellos territorios, donde el ambiente es más favorable para la agricultura. Sería interesante determinar si a estos instrumentos se les dio el mismo uso en todas las zonas en las que aparecen. Si sirvieron indistintamente para atar cargas sobre las llamas y sujetar los paquetes fúnebres o si en algunas zonas se los utilizó más en un sentido que en otro. En la Puna y Norte de Chile, con una ganadería más desarrollada, se las emplearía más para sujetar cargas. En consecuencia serían más abundantes las horquetas que presentan desgastes producidos por las sogas. En la Quebrada de Humahuaca y en La Paya, donde la ganadería no tendría tanta importancia, habrían sido usadas con preferencia para los paquetes fúnebres. Esto es sólo posible determinarlo mediante un estudio detenido de los materiales y sus condiciones de hallazgo.

Husos y torteros: Los husos y torteros de madera son muy abundantes en los ajuares puneños. Los torteros son muy simples: esféricos, cónicos, bicónicos, planos, en forma de V o media luna, etc. No hay torteros decorados, excepción hecha de Antofagasta de la Sierra. En la ciudad de La Paya se encontraron, en gran cantidad, torteros de madera decorados a los que Ambrosetti (1907-8, pág. 482) y Latchan (1938, pág. 151) consideran como un tipo especial, propio de ese famoso yacimiento. El primer autor los clasifica en varios grupos y agrega que sólo aparecen en La Paya. Fuera de este lugar señala la presencia de torteros semejantes, aunque más simples, en Antofagasta de la Sierra (Ambrosetti, 1904, lám. 48 y 50). Boman publica uno de estos torteros procedente de Tastil (Boman, 1908, pág. 372) y Debenedetti halló otros idénticos a los de La Paya, en Kipón (Debenedetti, 1908, figs. 4, 5, 17 y 19). Compartimos la opinión de los autores citados sobre la existencia de un tipo de torteros tallados privativo de La Paya y algunos yacimientos vecinos (Kipón, Tastil y Antofagasta de la Sierra), ya que en las otras regiones donde vemos aparecer esta industria de la madera, Puna Argentina (salvo Antofagasta de la Sierra), Quebrada de Humahuaca y Norte de Chile, no hay torteros decorados del tipo

de La Paya. Es este el primer dato que obtenemos sobre la existencia de cierta especialización en la industria de la madera, en alguna de las regiones donde la hemos ubicado. La aparición de torteros tipo La Paya en Antofagasta de la Sierra hace entrar a este yacimiento dentro de la zona de influencia de aquella ciudad. Agregamos que siempre que se encuentran torteros semejantes a los de La Paya, aparecen asociados con cerámicas de los tipos correspondientes al área central del N.O. argentino.

Peines: Corresponden al tipo "stick comb" de Nordenskiöld (1919, págs. 137 a 139). Han sido construídos con dientes de madera, cañas o espíñas, sujetos por dos piezas de madera atadas con hilo de lana. Aparte de la Puna Argentina, estos peines aparecen en el Norte de Chile y en La Paya. En esta última ciudad sólo se conservan fragmentos de arcilla con las huellas impresas por estos peines. No se consignan datos de su hallazgo en la Quebrada de Humahuaca. En las excavaciones realizadas por Bird en la Costa del Norte de Chile (Bird, 1943 y 1946) los peines aparecen en los períodos cerámicos pero con las siguientes diferencias: peines con una sola fila de dientes en Pichalo II y con dos filas de dientes en Arica I y II. Los peines que han aparecido en la Puna Argentina pertenecen todos al segundo tipo.

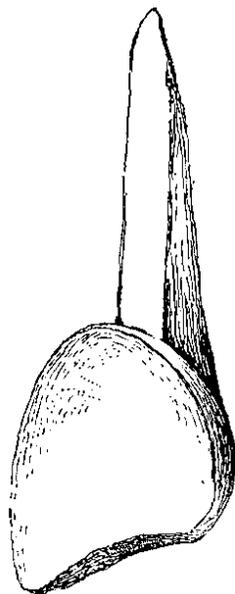


Fig. 6

Cucharas: aunque no las consideramos un elemento diagnóstico importante, podemos establecer algunas diferencias morfológicas entre ellas. La única que consideramos necesario señalar, en las cucharas que aparecen en la Puna Argentina, es la forma y posición de la concavidad o pala con respecto al mango. Aquella puede ser completamente circular y tener cierta independencia con respecto a éste. Es un casquete esférico colocado sobre un extremo del mango (Fig. 6). De los dos tipos que hemos considerado es el más toscamente tallado y posiblemente sea una forma más antigua. El otro tipo (Fig. 7) se asemeja mucho a nuestras cucharas modernas pues la concavidad forma una unidad con

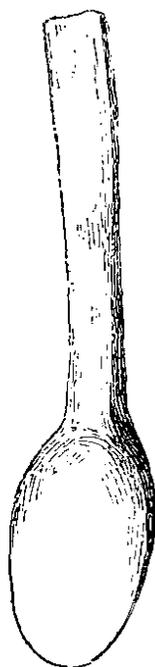


Fig. 7

el mango y es sólo un ensanchamiento de éste. Otra característica que reviste importancia es la decoración tallada en los mangos. Latham indica que los mangos "decorados con recortes, generalmente son comunes en la región atacameña y zonas afectadas por su influencia como la Puna Argentina y La Paya" (Latham, 1938, pág. 149). A pesar de la afirmación de Latham, en la Puna Argentina no aparece esta decoración, exceptuando el yacimiento de Antofagasta de la Sierra. En el

área central del N. O. se encuentra esta forma de adornar las cucharas en La Paya y en Hualfín, provincia de Catamarca (Bruch, 1904, fig. 23). Si poseyéramos una mayor abundancia de datos sobre los ornamentos de los mangos de cucharas podríamos quizá establecer, como en el caso de los torteros de La Paya, otro centro de especialización, pero por el momento no es posible hacerlo.

Cuchillones: Los cuchillones de madera han sido considerados como instrumentos característicos de los indios atacameños del Norte de Chile. Pero su amplia distribución les quita ese carácter exclusivo. Según el mapa que presenta Salas (1945, fig. 81) aparecen en la Puna Argentina, Quebrada de Humahuaca, La Paya, Morohuasi, Tastil y Norte de Chile, encontrándose estrechamente relacionados con las horquetas de atalaje, ocupan la misma área y siempre aparecen asociados.

Punzones: Los punzones son instrumentos de madera aguzados que debieron tener indudablemente muchos usos. Pueden ser simples trozos de madera con punta, aunque a veces son algo más elaborados, como un punzón de Casabindo (Von Rosen, 1924, fig. 53) que tiene una cabeza en forma de dos troncos de conos superpuestos.

Instrumentos de telar: Hemos agrupado bajo esta denominación una serie de instrumentos de formas varias que han servido sin duda para la industria del tejido. Llama la atención la falta de datos en la bibliografía sobre los peines de madera para cardar lana.

Mangos: Entre los materiales figuran mangos para palas y azadones. Estos pueden ser rectos, para palas, o acodados, como los hallados en Casabindo por von Rosen (1924, fig. 25), que fueron utilizados en los azadones.

Agujas: Hay una gran cantidad de agujas que han sido empleadas, con toda seguridad, para coser distintas piezas de tela. Estas agujas son de madera o de espinas de cardón, con un orificio en un extremo y aguzadas en el otro.

Espátulas: Las espátulas pueden tener la forma de pequeñas cucharillas con mangos largos o pueden ser planas. De todas maneras no son muy abundantes. La aparición en Casabindo de una espátula labrada (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. IV-A 2 y 2^a) con un motivo decorativo muy semejante a algunos de los que aparecen en las tabletas y tubos para rapé, nos hace pensar que estas espátulas tuvieron una remota conexión con el uso dado a esos tubos y tabletas. Una tableta de piedra de Tiahuanaco (Museo Etnográfico N° 10.718), que tiene una cucharilla o espátula, también de piedra, correspondiente, parecería confirmar esto.

Topos: No discutiremos aquí el problema de la diferenciación que hay entre espátulas, topos y formas de transición. Los topos de madera son semejantes a sus similares de hueso y posiblemente son copia de estos.

Instrumentos para hacer fuego: Los instrumentos para hacer fuego por rotación también aparecen en las tumbas. Las bases presentan las concavidades carbonizadas dejadas por el palillo que se hace rotar para producir las chispas. Estas concavidades aparecen con gran frecuencia en las horquetas de atalaje.

Campanas: Las grandes campanas de madera no son muy abundantes en la Puna. En la bibliografía sólo figuran dos, una de Taranta y otra de Tucute, de la colección Uhle de Berlín, que según Boman (1908, pág. 614) no fueron registradas por Seler (1894). También figuran en las colecciones de Doncellas existentes en el Museo Etnográfico. En la Quebrada de Humahuaca y en el Norte de Chile aparecen con mayor frecuencia. Se desconocen campanas de madera con otra procedencia.

Vasos: Incluimos en este acápite algunos vasos, muy raros, tallados en madera, como el que Lehmann-Nitsche (1902) trae del cementerio I del Río San Juan Mayo y Ambrosetti (1901-2, fig. 74 c) de Rinconada. En los pocos conocidos no hay ninguna uniformidad en las formas.

Estuches de madera y cuero: Con esta expresión denominamos un tipo de estuche formado por una tableta plana rectangular de madera y un trozo de cuero, unido a ella, también rectangular pero más largo aunque de igual altura. Este cuero se pliega sobre la tablilla y el estuche adquiere la forma de una moderna billetera. Han servido con toda seguridad para conservar pequeñas plumas. El único ejemplar completo que conocemos de colecciones originarias en territorio argentino es el que Lehmann-Nitsche publica en su catálogo y que procede del cementerio I de San Juan Mayo (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. III 40). Parecen ser más abundantes en el Norte de Chile. Ryden (1944, fig. 108) y Bennett (1946, lám. 134, o y p) presentan algunos de Chiu-Chiu; Boman uno de Calama (1908, fig. 169). De La Paya Ambrosetti trae varias tablillas rectangulares que él supone pertenecientes a objetos similares (1907-8, fig. 240). También von Rosen (1924, pág. 43) halló en Casabindo una tablilla de madera rectangular que pudo haber formado parte de uno de estos estuches.

Arcos: En los siguientes yacimientos de la Puna fueron hallados arcos: Casabindo, San Juan Mayo, Rinconada, Pucapampa, Santa Catalina, Surugá, Sorcuyo y Doncellas. En las Colecciones de Doncellas

figuran 141. Son arcos simples, de largo medio de un metro, de sección semicircular con un aplanamiento que puede ser anterior o posterior. Los que se conservan encordados tienen sogas de lana. Indudablemente la materia prima con la que se los confeccionó proviene de otras regiones y es posible que los mismos arcos hayan sido importados completamente fabricados (Von Rosen, 1924, pág. 34 y Boman, 1908, pág. 644). Este tipo de arco, con idénticas características, aparece con igual abundancia en la región atacameña de Chile. De la Quebrada de Humahuaca sólo conocemos una procedente de Angosto Chico (Casanova, 1942, pág. 15). Hay también arcos como los de la Puna en la Quebrada del Toro, en Morohuasi (Von Rosen, 1924, fig. 138 y Boman, 1908, fig. 57). Faltan en absoluto en La Paya.

Flechas: Las flechas son tan abundantes en la Puna como los arcos. Están formadas por tres partes. El astil fue confeccionado con el tronco de una planta de médula esponjosa en cuyo extremo superior ésta fue removida dejándose un hueco. En este último se enchufó un vástago de madera dura, con una muesca en la punta para colocar la flecha. El extremo posterior se emplumó agregándosele una especie de anillo de materia resinosa mezclada con barro que posiblemente ha servido de contrapeso (Boman, 1908, pág. 644). Aquí se trazaron algunos motivos decorativos geométricos en rojo, negro y verde. Generalmente las puntas de flecha son de piedra, aunque también pueden ser de madera y de hueso. En los casos en que son de madera, las flechas están constituidas por dos partes. Una es el astil. La otra está formada por el vástago y la flecha tallados en una sola pieza. Las puntas de madera pueden ser muy simples, solamente aguzadas, en forma de cono o más elaboradas, de cuerpos triangulares con aletas, etc. Estas flechas aunque aparentemente típicas del Complejo de la Puna, lo son también de la región atacameña del Norte de Chile (Ryden, 1944, pág. 97). En el lado argentino han sido halladas en Morohuasi (Boman, 1908, pág. 342). En la Quebrada de Humahuaca son muy raras aunque algo más frecuentes que los arcos. Las conocemos de Los Amarillos (Marengo, 1954, pág. 33).

Manoplas: En la Puna sólo se conocen las manoplas de madera y faltan absolutamente las de metal. Como ya lo hiciera notar Salas (1945, pág. 191) "difiere la dispersión de las de metal de las de madera". Las primeras son casi exclusivas del área central del N.O. argentino, donde se extienden desde La Paya hasta Calingasta en San Juan (Salas, 1945, fig. 72). Fuera de esta zona aparece un único ejemplar en Los Amarillos, Quebrada de Humahuaca (Marengo, 1954, pág. 42) y algunas

en la costa Norte de Chile (Latcham 1938, pág. 326). Las de madera aparecen en el Norte de Chile; en el sector Boreal de la Puna Argentina, en la Quebrada de Humahuaca y en Morohuasi, Quebrada del Toro. Salas consigna un hallazgo aislado de una manopla de madera en el valle de Yocavil. Esta desigual difusión de las manoplas podría explicarse de dos maneras. Una de las posibilidades permitiría considerar la existencia de dos centros de difusión completamente distintos e independientes, uno para las manoplas de metal y otro para las de madera. Lo contrario sería aceptar un único foco de origen y dispersión que se hallaría en la región diaguíta, ya que en esa zona aparecen los ejemplares más evolucionados. Las de madera también se habrían originado allí derivándose de las de metal, pues al pasar éstas a una región o regiones cuyos habitantes no tenían una metalurgia muy desarrollada, sustituyeron el cobre o el bronce, de difícil uso para ellos, por la madera. En la Quebrada donde posiblemente existió una técnica de la fundición mucho más avanzada que en la Puna, también confeccionaron las de metal, pero en menor escala.

Estólica: En Doncellas (Casanova, 1944) se efectuó el hallazgo, único en nuestro Noroeste, de una estólica de madera. Los otros objetos que integran este hallazgo pertenecen al Complejo de la Puna. Se trata de un instrumento completamente ajeno e importado o, como ya lo indicó Casanova (1944, pág. 22) sería la supervivencia de un arma ya desaparecida con un significado ceremonial o religioso.

Tabletas para rapé: Han sido consideradas como típicamente atacameñas y casi exclusivas del Norte de Chile. Pero hallazgos posteriores nos demuestran que son tanto o más comunes en otras regiones. Por su importancia hablaremos de ellas en párrafo aparte.

Tubos para rapé: Igual que las tabletas, los tubos fueron adjudicados a los atacameños, como uno de los rasgos más significativos, pero también son muy abundantes en otras regiones. Las estudiaremos junto con aquéllas.

Estuches: Como creemos que existe una relación entre estos estuches y las tabletas y tubos para rapé, los trataremos con más detalle junto a aquéllos.

Tokis: Los tokis son objetos de madera en forma de remo (fig. 8). Tienen un mango que en algunos ejemplares ostenta la cabeza decorada, y una hoja ensanchada de bordes curvos la que puede tener una cresta en ambas caras. En la bibliografía sólo encontramos dos procedentes de Casabindo (Von Rosen, 1924, figs. 41 y 42), pero en Doncellas se han recogido varios, encontrándose los en ambos yacimientos

junto a otros elementos del Complejo de la Puna. Von Rosen los llama "fisch-club" por su semejanza con los palos utilizados por tribus cazadoras y pescadoras. Agrega que su origen estaría en sus similares del del Chaco y que los indios puneños los habrían obtenido en los frecuentes intercambios que realizaban con los de aquella región. No aparecen en otras zonas vecinas y a pesar de ser exclusivos de la Puna, no son muy abundantes en ella. Constituirían un caso semejante al de la estólic de Doncellas. Seguramente fueron elementos importados que adquirieron un empleo de tipo ceremonial.

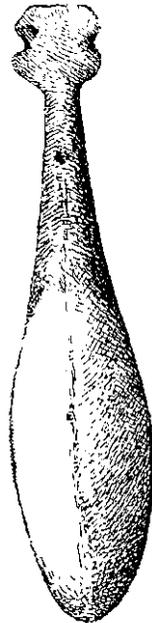


Fig. 8

Keros: Son muy importantes los keros incaicos de madera, tallados y pintados. Existen en las colecciones del Museo Etnográfico algunos ejemplares extraordinariamente elaborados, de los cuales, los más hermosos, es posible que se importaran directamente del Perú o regiones vecinas. Pero algunos sin ninguna duda se fabricaron en la Puna, pues los indígenas que la poblaron, muy diestros en el trabajo de la madera, copiaron y adaptaron rápidamente las formas incaicas. Los keros han aparecido en Rinconada, Cochínoca, Casabindo y Doncellas.

No nos hemos querido extender demasiado en la descripción de

cada uno de los artefactos pues muchos de ellos son bastante conocidos, pudiéndose hallar una relación más amplia de sus formas y empleos en la bibliografía citada. Hemos insistido solamente en aquellos casos más dudosos, o que han sido tratados de manera más superficial por los autores que se ocuparon de esta zona.

Una industria de la madera similar a la de la Puna aparece en zonas vecinas a ella: Norte de Chile, Quebrada de Humahuaca y algunas localidades de los Valles Calchaquíes de las cuales adquiere especial relieve la ciudad de La Paya. En estas cuatro regiones no sólo aparece una semejante abundancia de instrumentos sino que también se repiten en las cuatro gran número de tipos. Pero en otros aspectos, como por ejemplo cerámica, entierros, etc., estas regiones se comportan de una manera completamente independiente. Pero dentro de esa difusión aparentemente uniforme hay una desigual dispersión de varios elementos como los torteros decorados de La Paya, las manoplas de madera, las campanas, las cucharas de mango tallado, etc., lo que indica la existencia de algunos centros de especialización.

La abundancia de madera en la Puna Argentina se podría explicar por la sequedad de su clima, que ha permitido su conservación. Pero hay algunas razones que nos permiten afirmar que aquí tuvo la talla de la madera, igual que en las otras regiones vecinas que mencionáramos, un desarrollo mayor que en otras zonas.

El yacimiento de La Paya nos da la clave. En un mismo lugar, donde las condiciones climáticas son idénticas para todos los hallazgos efectuados, vemos que la madera no aparece con igual frecuencia en todos ellos. Bennett ha realizado un minucioso estudio de las tumbas, con las cuales ha formado tres grupos de tumbas, A, B y C, que presentan diferencias de carácter morfológico y cronológico. Este material es más abundante en las tumbas B que en las C. En las tumbas A, que son las portadoras de material incaico, es mucho más escaso aún. En la casa Morada, hallazgo netamente incaico, hay una ausencia completa de materiales de madera, excepto los keros (Bennett, 1948, pág. 71). La variación del número de instrumentos de madera en un mismo yacimiento nos está indicando que ésta no se debe a condiciones climáticas, sino a que los indígenas que dejaron unos y otros restos adquirieron en un determinado momento un mayor desarrollo en el trabajo de la madera que luego volvieron a perder.

La predilección que tuvieron los pobladores de la Puna por estos materiales, se hace más evidente al estar el territorio casi completamente desprovisto de vegetación arbórea. Las maderas propias de la región

han sido únicamente utilizadas para confeccionar instrumentos que no presentan grandes dificultades técnicas, como horquetas, cuchillones, etc. Pero los materiales con que fueron fabricados la mayoría de ellos, y con los cuales adquiere el arte su más alta expresión, son foráneos. Hoy mismo es muy difícil obtener maderas en la Puna y es necesario traerlas desde muy lejos.

Se ha considerado la abundancia de instrumentos de madera como una característica atacameña. Más aún, algunos de estos instrumentos, como las tabletas y tubos para rapé, horquetas de atalaje, cuchillones, etc., eran considerados típicos y exclusivos del Norte de Chile. Su aparición en algún yacimiento indicaba la presencia, contacto o influencia de aquellos indígenas. La primera reacción la tenemos en Vignati (1931, pág. 153). Hoy la gran cantidad de objetos de madera que se han encontrado en las otras tres regiones que mencionáramos más arriba y especialmente en la Quebrada de Humahuaca, nos permite negar tal afirmación. No podemos decir ahora que donde aparece una tableta o un tubo para rapé, hay un elemento atacameño.

Instrumentos para rapé

Aunque no está definitivamente probado que las tabletas y los tubos de madera tallados hayan servido para sorber rapé, paricá o algún narcótico semejante, personalmente creemos que ese ha sido el fin para el cual fueron construídos estos instrumentos. Es por ello que los denominamos tabletas y tubos para rapé. Salas hace una revisión bastante completa de las interpretaciones dadas a la utilización de estos objetos (Salas, 1945, págs. 209 a 224) y, ya que no podemos aportar mayores pruebas al respecto, no nos extenderemos sobre este problema. Incluimos aquí los estuches o cubiletes cilíndricos, también tallados en madera. Consideramos, como intentaremos demostrarlo, que están relacionados con las tabletas y los tubos para rapé.

Antonio Serrano (1941) engloba en la expresión "recipientes para paricá" una serie muy amplia y variada de objetos que tuvieron todos una misma finalidad, contener rapé. La inclusión de algunos de ellos podría discutirse, pero esto no nos interesa directamente. Entre los "recipientes para paricá" de Serrano, figuran las "tabletas" que es uno de los tipos de su clasificación y que él define de la siguiente manera: "cuando estos artefactos son de madera los llamo "tabletas propiamente dichas". Son por lo general rectangulares, con apéndice zoomórfico o antropomórfico: el mango. El recipiente es rectangular, de fondo

piano o levemente convexo". Aunque nosotros tratamos aquí las de madera, hay un grupo de tabletas de piedra que haremos entrar en este estudio por su semejanza con aquéllas y porque se circunscriben a la zona estudiada por nosotros.

Con estas tabletas están estrechamente ligados los tubos para rapé. Esta relación no sólo está demostrada por la confirmación de que fueron utilizados en una misma costumbre y por su hallazgo en conjunto en una misma tumba, sino también por la unidad estilística. Consideraremos los tubos que están formados por dos partes bien definidas, el tubo propiamente dicho y la boquilla. Pueden estar enteramente fabricados en madera, en hueso o en madera y hueso.

Serrano nos trae la descripción etnográfica hecha por Rodríguez Ferreira del uso de la paricá por tribus amazónicas modernas (Serrano, 1941, pág. 252). Allí se usan un número determinado de elementos: un mortero con su mano para moler la paricá, una escobilla para esparcirla en las tabletas, un caracol para guardarla y una tableta y dos tubos de hueso para sorberla. De los elementos de la Puna correspondientes a los amazónicos, aceptando desde luego una práctica idéntica, tenemos como seguros los tubos y las tabletas. Los manojos de espigas que aparecen dentro de los tubos podrían asimilarse a las escobillas. En cuanto a los morteros no podemos afirmar lo mismo y no sabemos si existieron instrumentos especiales para moler el rapé. El caracol para almacenarlo, suponemos que fue suplantado aquí por los estuches o cubiletes de madera tallados, ya que, como veremos, algunos motivos decorativos de los cubiletes se corresponden con los de las tabletas y tubos.

Las tabletas y los tubos para rapé sobrepasan en su dispersión los límites geográficos de la Puna Argentina. Los encontramos en las zonas vecinas: en la región atacameña del Norte de Chile, donde se coloca generalmente el foco, si no de origen, por lo menos de evolución y difusión; en la Quebrada de Humahuaca y en el área central del N.O.; en esta última aparece un gran centro en la ciudad de La Paya. Son contados los hallazgos de estos objetos fuera de ellas ya que se limitan casi exclusivamente a estas cuatro zonas. En este caso se encuentran los tubos y tabletas de Calingasta y Angualasto en San Juan (Aguiar, 1904, fig. 5; Vignati, 1934, fig. 111). Su presencia en yacimientos tan alejados es muy difícil de explicar pues existe un gran claro entre la ciudad de Quilmes (Abrosetti, 1901-2, fig. 13), que constituye el yacimiento más meridional en donde se han encontrado estos instrumentos en el norte, y la región sanjuanina.

Pero los tubos y tabletas para rapé han aparecido en otras zonas más alejadas aún, como Tiahuanaco y la Amazonia (Serrano, 1934 y 1941). La inclusión en nuestro estudio de estos artefactos nos alejaría demasiado de nuestra tema central, y nos llevaría a considerar su origen, para cuya determinación no poseemos los elementos necesarios.

Todos los instrumentos para rapé que aparecen en la Puna y en las zonas vecinas están ligados por una unidad estilística bien clara y definida, en la cual no entran las tabletas con motivos de Tiahuanaco ni las amazónicas.

Los objetos de la Puna Argentina, Norte de Chile, Quebrada de Humahuaca y área central del N.O., corresponden todos a un mismo período cronológico que transcurre desde los primeros períodos cerámicos que encontró Bird en la Costa Norte de Chile hasta un período hispánico. Este último está representado por los yacimientos de la Puna Argentina, donde se han hallado asociados con elementos europeos. En la costa Norte de Chile, Bird halló tabletas de madera muy simples, junto a tubos de hueso y madera también muy sencillos, que corresponderían a una época algo anterior al del máximo apogeo del arte. Todos los restantes hallazgos de tabletas y tubos parecen corresponder, por lo menos dentro de lo que los datos recogidos nos permite apreciar, a períodos inmediatamente preincaicos e incaicos. En el período representado por las tabletas simples de Bird se habrá iniciado el desarrollo del arte, a partir de las formas de Tiahuanaco, según sugieren algunos autores (Uhle, 1913; Oyarzún, 1931 y Latcham, 1938) o de otras, siguiendo un derrotero y sufriendo influencias que desconocemos. No sabemos si su desarrollo tuvo lugar exclusivamente en el Norte de Chile, pasando el estilo luego ya completamente elaborado a las otras regiones, o si también alguna de estas zonas, en las que también se encuentran estos objetos, tuvieron un papel importante en ese desarrollo.

Al revisar los numerosos ejemplares conocidos a través de la bibliografía, fuimos atraídos por la gran cantidad de motivos utilizados en su decoración, aparentemente muy distintos. Pero una mayor observación nos ha demostrado que hay una cantidad de ellos que siempre se repiten. Algunos de ellos llegan a tener una difusión muy amplia, mientras otros parecen circunscribirse a ciertos puntos. Igualmente nos pareció muy sugestivo el hecho de que en yacimientos muy alejados, como por ejemplo en Los Amarillos, en la Quebrada de Humahuaca (Marengo, 1954, fig. 5) y en Chunchuri, Norte de Chile (Oyarzún, 1931, fig. 5) se hayan encontrado tabletas tan idénticas, que parecen

haber sido talladas por una misma mano. Por el contrario es muy común que veamos, en una misma localidad, varios ejemplares decorados cada uno de ellos con elementos que se diferencian enormemente entre sí.

Resolvimos por ello efectuar un análisis y clasificación de los motivos decorativos de estos objetos para ver si aquí también podemos observar alguna especialización o difusión desigual, en los distintos tipos de ornamentos. En el análisis incluimos no sólo los artefactos que aparecen en la Puna sino también los que se recogieron en los otros tres centros.

Estudiamos en conjunto sin separarlos, los motivos que aparecen en las tabletas y los tubos porque se repiten tanto en un tipo de instrumentos como en el otro y consideramos las siguientes categorías: motivos accesorios, motivos antropomorfos, motivos zoomorfos, motivos zoomorfos antropomorfizados, formas simples y tabletas exóticas.

Los yacimientos en los cuales aparecieron estos objetos, incluidos aquellos que están fuera de la Puna, son: en la Puna Argentina, Casabindo, Santa Catalina, Rinconada, Doncellas, San Juan Mayo, Alitre y Antofagasta de la Sierra; en la Quebrada de Humahuaca, Tilcara, Ciénega Grande, Los Amarillos, Angosto Chico, Peñas Blancas, Campo



Fig. 9

Morado y La Huerta; en el área central del N.O. La Paya, Santa María y Quilmes, en la provincia argentina de San Juan, Calingasta y Angualasto; en Chile, Chiu-Chiu, Chunchuri, Calama, Antofagasta, Caldera, Pisagua, Toconao, San Pedro de Atacama, Copiapó y Quiani.

Hay una serie de elementos de carácter accesorio que aparecen ya sea en los motivos antropomorfos como en los zoomorfos. Son estos los siguientes:

Cara simple (Figs. 9 y 16): Está formada por el conorno de la cara, las cejas y la nariz, todo ello en un relieve continuo. La faz aparece en un plano inferior. Su distribución es bastante amplia y se presenta tanto en tabletas como en tubos. Resulta así la forma más simple de representar la cara humana. Algunas veces forma el rostro de los personajes que constituyen el motivo central, otras es un motivo independiente y adquiere el carácter de una cabeza trofeo. Posiblemente ha sufrido algún proceso de estilización pues en algunos ejemplares, como en uno de Ciénega Grande (Salas, 1945, figs. 88 b y 89) la cara presenta además de los ojos y la boca, su cabellera. Este tema aparece en piezas con las siguientes procedencias: Casabindo (Ambrosetti, 1907-8, fig. 284); Tilcara (Casanova, 1950, pág. 24); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig. 270); Santa María (Ambrosetti, 1904, lám. II b); Chiu-Chiu (Uhle, 1913, fig. 14); Chunchuri (Oyarzún, 1931, fig. 5).

Gorro y cubrenuca (Figs. 9 y 10): Este motivo está constituido por un tocado en forma de gorro, que puede adquirir varias formas, pero el más común es el gorro cilíndrico o subcilíndrico con una prolongación posterior que denominamos cubrenuca. En algunos casos no es posible determinar si se trata de la cabellera o no. En otros se ve claramente que es una pieza independiente, accesorio del tocado que cae sobre la espalda o la parte posterior de la cabeza. Algunos ejemplares, ya más raros, sólo poseen el cubrenuca. Este motivo varía mucho en la manera de ser tratado. Puede ser muy simple o elaborado. El gorro puede tener adornos que asemejan diademas o joyas y algunos cubrenucas están tan decorados que estamos seguros de que se trata de piezas de tela. Aparece con igual frecuencia en tabletas como en tubos y en las figuras antropo y zoomorfas. Los ejemplares con este motivo son de las siguientes procedencias: Santa Catalina (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. II 26); Rinconada (Ambrosetti, 1901-2, figs. 14 y 15); Doncellas (Museo Etnográfico N° 43-112); Ciénega Grande (Salas, 1945, fig. 86 y 87); Tilcara (Museo Etnográfico N° 25.794); Los Amarillos (Marengo, 1954, figs. 5, 6 y 7); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, figs. 5, 270, 272, 273, 275, 280, 283 b); Quilmes (Ambrosetti, 1901-2, fig. 13);

Chiu-Chiu (Mostny, 1952, fig. 8; Oyarzún, 1931, fig. 8; Uhle, 1913, figs. 5 y 6; Museo Etnográfico N° 43-1619); Calama (Oyarzún, 1931, figs. 10 y 14; Boman, 1908, fig. 172 a y a'); Chunchuri (Oyarzún, 1931, fig. 6, 15 y 16).

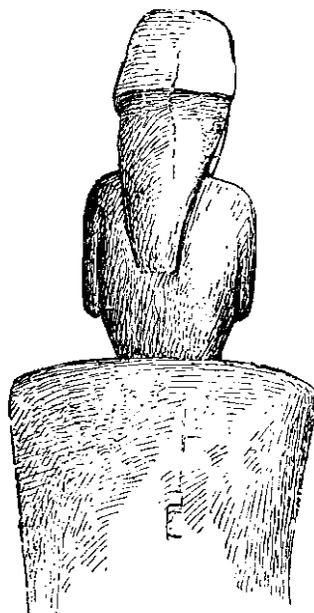


Fig. 10

Personajes en cuclillas (Fig. 9): Son personajes en cuclillas, con el detalle muy importante de tener las manos sobre las rodillas. Este motivo aparece también en tubos y tabletas, pero siempre con figuras humanas que constituyen las máximas expresiones del arte. Hemos considerado en este motivo únicamente la actitud adoptada por los personajes pues en los demás rasgos las figuras varían mucho. Hemos ubicado tabletas y tubos con este motivo en: Rínconada (Ambrosetti, 1901-2, fig. 14); Doncellas (Museo Etnográfico, N° 43-112); Los Amarillos (Marengo, 1954, figs. 5, 6 y 7); Tilcara (Casanova, 1950, pág. 24); Ciénega Grande (Salas, 1945, figs. 86 y 87); Angosto Chico (Casanova, 1942 b. lám. VIII); Peñas Blancas (Museo Etnográfico, N° 26.706 y 26.716); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, figs. 5, 88, 270, 274 y 275); Chiu-Chiu (Oyarzún, 1931, fig. 12); Chunchuri (Oyarzún, 1931, fig. 6); Antofagasta (Latham, 1910, fig. 8 a).

Personajes de rodillas: Posiblemente se trate de un motivo estre-

chamente relacionado con el anterior. Aparece también en tubos y tabletas y con figuras antropro y zoomorfas. Se conocen personajes de este tipo de: Santa Catalina (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. II 26); Rinconada (Ambrosetti, 1901-2, fig. 14); Caldera (Looser, 1926, lám. II 2); Chiu-Chiu (Bennett, 1946, lám. 132 i; Oyarzún, 1931, fig. 8); Chunchuri (Oyarzún, 1931, fig. 16).

Estos motivos accesorios no aparecen nunca aislados. Forman parte de los que vamos a analizar y que son los principales. Hemos separado estos elementos accesorios pues nos permiten apreciar la unidad del estilo decorativo de las tabletas y tubos para rapé. Muchas figuras, especialmente las antropomorfas presentan gran variedad de formas, pero por la presencia de alguno de estos motivos accesorios podemos ver la estrecha relación que hay entre todas ellas.

Los motivos antropomorfos son difíciles de aislar por su complicación. Podemos separarlos de la siguiente manera:

Figuras antropomorfas simples: Aparecen exclusivamente en tabletas. Han sido talladas toscamente. No vemos en este motivo un deseo de simplificación debida a evoluciones estilísticas sino que la sencillez de los rasgos se debería a la poca habilidad del artesano. Hay algunas de piedra que incluimos aquí pues consideramos que son simplemente el resultado de la fabricación de instrumentos idénticos en material distinto. Proceden de La Paya (Ambrosetti, 1907-8, figs. 268 y 269); Calingasta (Aguiar, 1904, fig. 5); Chiu-Chiu (Uhle, 1913, figs. 8, 9, 10 y 11; Boman, 1908, fig. 174); Calama (Uhle, 1915, lám. II 1); Pisagua (Uhle, 1915, lám. II 5).

Figuras antropomorfas complejas (Fig. 9): Son éstas las figuras que adquieren el mayor desarrollo en la talla y la máxima elaboración en las formas. Entre ellas contamos con los más altos exponentes de este arte. Aparecen con mayor frecuencia en las tabletas pero también las vemos en los tubos. Son personajes que se presentan de pie, de rodillas o en cuclillas. En las tabletas aparecen uno, dos o tres personajes y no sabemos por el momento si esto ha tenido una significación especial ya que no hemos notado ninguna diferencia formal importante en ninguno de los tres tipos. Sólo podemos agregar que en las de tres personajes el central por lo general se distingue por su mayor tamaño, por algún adorno del cual carecen los otros o es una figura zoomorfa. En algunos casos el personaje central es humano y los laterales zoomorfos, los que poseen las características de los motivos de este tipo que describiremos más adelante. La manera de tratar los rostros varía de la cara simple hasta las representaciones más realistas. La gran mayoría de

ellas están cubiertas con un gorro o cubrenuca. Aparecen en los siguientes yacimientos: Rinconada (Ambrosetti, 1901-2, figs. 14 y 15); Doncellas (Museo Etnográfico, N° 43-112); Los Amarillos (Marengo, 1954, figs. 5 y 6); Angosto Chico (Casanova, 1942, lám. VIII); Tilcara (Casanova, 1950, pág. 24); Ciénega Grande (Salas, 1945, figs. 86 y 87); Peñas Blancas (Museo Etnográfico, N° 26.706 y 26.716); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, figs. 5, 88, 100, 270, 272, 273, 275, 280); Chiu-Chiu (Uhle, 1913, figs. 1 a 3, 5, 6 y 7; Oyarzún, 1931, fig. 8; Bennett, 1946, lám. 131 i); Chunchuri (Oyarzún, 1931, figs. 6 y 15); Caldera (Looser, 1926, lám. II 2); Antofagasta (Latham, 1910, fig. 8 a).

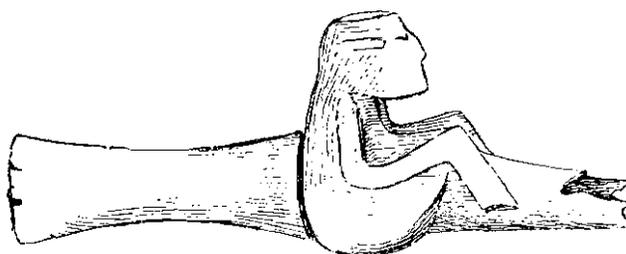


Fig. 11

Hombre en cuclillas sobre tubo (Fig. 11): Un motivo antropomorfo claro y definido es el del hombre en cuclillas, tallado de madera que aparece montado o encaramado sobre el tubo. Su cabeza está cubierta por un bonete tronco-cónico. El perfil de la cara está muy acentuado y posee a veces algunos accesorios como una trompeta o un hacha. Su dispersión se limita a La Paya, a algunos yacimientos de la Quebrada de Humahuaca y a Antofagasta de la Sierra (Abrosetti, 1904, II a); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig. 278); Ciénega Grande (Salas, 1945, fig. 88 a); Angosto Chico (Casanova, 1942, lám. VIII) y Campo Morado (Museo Etnográfico, N° 25.727).

Entre los motivos zoomorfos se suceden una serie de tipos bien precisos y claros, de fácil determinación.

Armadillo: El armadillo o quitquincho ha sido tratado de idéntica forma en todas las zonas en que aparece. El cuerpo del animal constituye el de la tableta. En la parte ventral está la concavidad que adquiere una forma elíptica y en el dorso se ha tratado de representar la armadura o caparazón del animal. La concavidad ocupa también la parte correspondiente a la cabeza y ésta hace las veces de mango. Aparece este motivo en La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig. 5); Angosto Chico

(Casanova, 1942, lám. VIII); Chiu-Chiu (Uhle, 1913, fig. 5); Chunchuri (Oyarzún, 1931, fig. 4).

Cóndor: El cóndor ha sido tratado de una manera muy interesante, aunque distinguimos dos formas. En una de ellas el rey de los Andes está representado con todos sus atributos y detalles. Este motivo aparece exclusivamente en la región chilena y sólo en tabletas. Figuran con las siguientes procedencias: Chiu-Chiu (Uhle, 1913, figs. 16 y 18; Oyarzún, 1931, fig. 2; Mostny, 1952, fig. 7); Toconao (Latcham, 1938, pág. 129). En la otra forma el cóndor es tratado con más suavidad. Dudamos de que realmente sea un cóndor sino un águila. Con este motivo conocemos sólo dos ejemplares, uno de Doncellas, en Argentina (Museo Etnográfico, N° 43-1289) y el otro de San Pedro, cerca de Chuquicamata, en Chile (Bennet, 1946, lám. 132 k). De Chiu-Chiu, Uhle (1913, fig. 17) reproduce un ejemplar muy rústicamente tallado que podríamos considerar una transición entre los dos tipos.

Felino pasante en tableta: En algunas tabletas se ha tallado un felino muy sencillo, de perfil, en lugar del mango. Por su simplicidad no podemos determinar si realmente se trata de un felino o de otro animal. Lo encontramos en La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig. 263); Provincia de Antofagasta, Chile (Latcham, 1910, fig. 8); Chiu-Chiu (Uhle, 1913, fig. 12); Chunchuri (Oyarzún, 1931, fig. 3).

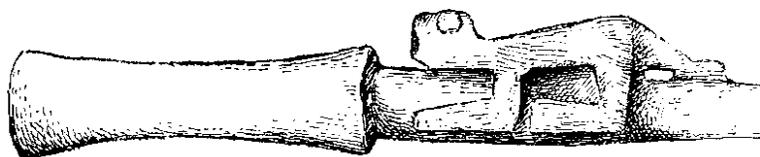


Fig. 12

Felino pasante en tubo (Fig. 12): Este felino aparece montado sobre el tubo. Está bien tallado y se distingue perfectamente de los felinos descritos en el párrafo anterior. Su cabeza está doblada hacia uno de los lados y aparece en los siguientes yacimientos: Casabindo (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. IV-A 6); San Juan Mayo (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. III 32); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig. 283 a); Santa María (Ambrosetti, 1904, lám. II b); Chiu-Chiu (Oyarzún, 1931, fig. 11; Bennett, 1946, lám. 132 g); Chunchuri (Oyarzún, 1931, fig. 13).

Felinos rampantes: Es éste un motivo muy raro. Consiste en dos felinos que apoyan sus patas delanteras sobre una cabeza con cara sim-

ple. Conocemos sólo dos ejemplares, uno de Chiu-Chiu (Uhle, 1913, fig. 14) y el otro del Pucará de Tilcara (Museo Etnográfico N° 17.896).

Cabeza de felino (Fig. 13): Este motivo aparece exclusivamente en tabletas. El mango o mangos de las tabletas, pues en algunas oportunidades tienen dos, son de sección cuadrangular y terminan en su extremo en una cabeza de felino muy bien tallada. La boca muchas veces es hueca y tiene los dientes, especialmente los caninos, bien marcados. Por su semejanza al felino de Tiahuanaco, Latcham las colocó en ese

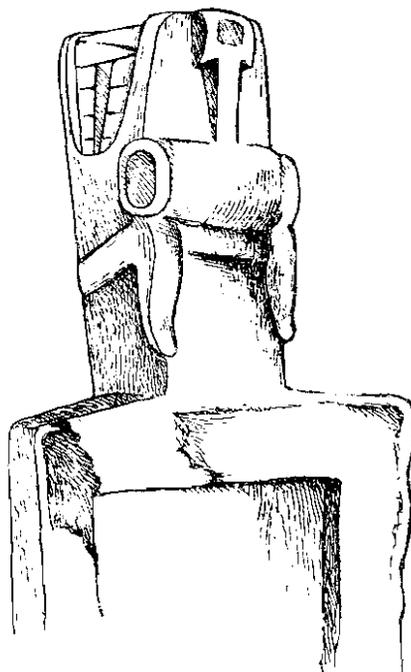


Fig. 13

período, pero sabemos que son contemporáneas a las demás pues aparecen integrando el Complejo de la Puna, que es muy reciente. Señalamos, sin llegar a ninguna conclusión, su parecido con algunas cabezas de felinos de Recuay, talladas en piedra (Bennett, 1944, fig. 33 c y lám. 8 D). Su distribución se limita a la región atacameña y a nuestra Puna, con excepción de un ejemplar de La Paya. Proceden de las siguientes localidades: Casabindo (Ambrosetti, 1906, fig. 6); Doncellas (Museo Etnográfico N° 42-2354); Chunchuri (Oyarzún, 1931, fig. 1); Copiapó (Latcham, 1926, lám. VIII 3 y 4); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig.

267); San Pedro de Atacama (Latcham, 1938, fig. 2 b y c); Chiu-Chiu (Uhle, 1913, 19 a 23; Museo Etnográfico N° 43-1617); Caldera (Latcham, 1926, lám. VIII 1 y 2); Pisagua (Uhle, 1915, lám. II 2).

Llama: Es éste un motivo muy simple. Representa un animal de perfil, posiblemente una llama. Conocemos dos ejemplares, ambos son tabletas y proceden de yacimientos de la Puna Argentina: San Juan Mayo (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. III 26); Alitre (Museo Etnográfico N° 43-79).

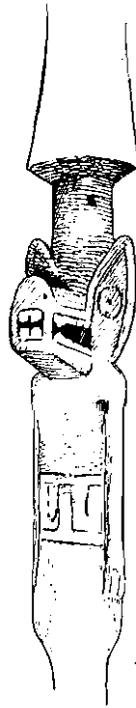


Fig. 14

Hemos distinguido dos motivos zoomorfos antropomorfizados. Son ellos el vampiro y el dragón. Seguramente se encuentran ambos estrechamente relacionados. También incluimos en este grupo un motivo combinado de figuras animales y humanas.

Vampiro (Fig. 14): Aparece exclusivamente en los tubos. Sus características más destacadas lo constituyen su hocico y orejas. Tiene además ciertos rasgos antropomorfos como brazos y piernas. Generalmente aparece arodillado y con prendas de vestido, como un ejemplar

de Doncellas que presenta un casco con cubrenuca. Los ejemplares más elaborados tienen en sus manos un objeto que podemos identificar como un hacha. Este motivo aparece en Santa Catalina (Lehman-Nitsche, 1902, lám. II, 25 y 26); Doncellas (Museo Etnográfico, N° 42-493 y 42-2353); Chiu-Chiu (Boman, 1908, fig. 174 a; Ryden, 1944, fig. 155 a; Mostny, 1952, fig. 8); Calama (Boman, 1908, fig. 171, d y e).

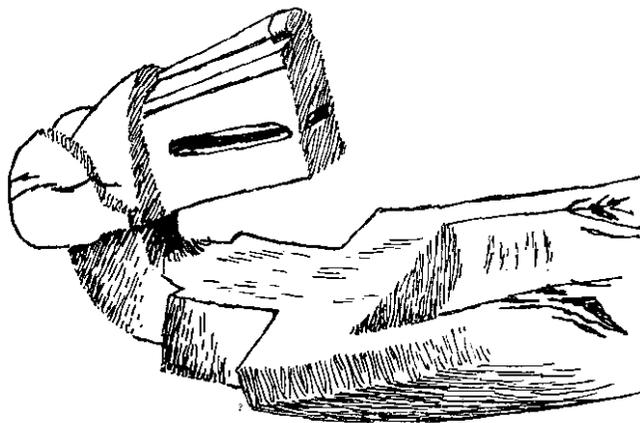


Fig. 15

Dragón (Fig. 15): Este motivo, que ha servido para decorar tabletas y tubos, posee un hocico mucho más largo que el vampiro, adquiriendo entonces su cabeza la figura de un monstruo. Su hocico se asemeja al de un mono mandil, aunque evidentemente no tiene ninguna relación con este simio. Se le han agregado otros elementos como gorros, cubrenucas y generalmente tiene un mayor carácter antropomorfo que el vampiro. En las tabletas de tres personajes, muchas veces se combina con figuras antropomorfas. Los ejemplares conocidos son de Los Amarillos (Marengo, 1954, fig. 5); La Huerta (Lafón, 1954, lám. IV c); Tilcara (Casanova, 1950, pág. 24); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig. 61, 265, 266, 276, 279 y 282); Quilmes (Ambrosetti, 1901-2, fig. 13); Calama (Boman, 1908, fig. 172; Oyarzún, 1931, figs. 7 y 10; Uhle, 1915, lám. I 10); Chiu-Chiu (Uhle, 1913, fig. 13; Bennett, 1946, lám. 132 e y j); Chunchuri (Oyarzún, 1931, figs. 5 y 16).

Felino con cabeza trofeo (Fig. 16): Es éste un motivo mixto, con elementos antropomorfos y zoomorfos. Consiste en un felino tallado en el tubo. Ha sido realizado con gran esmero y rasgos muy definidos y aparece encaramado, como un alter ego, sobre una figura antropo-

morfa. Esta última puede ser la cabeza con cara simple o una figura de hombre de pie, arrodillada o en cuclillas con gorro y cubrenuca. La elaboración varía desde un felino que aparenta tener en sus garras una cabeza trofeo (Ambrosetti, 1907-8, fig. 284) hasta formas más complicadas, como un tubo del Pucará de Tilcara (Casanova, 1950, pág. 24)

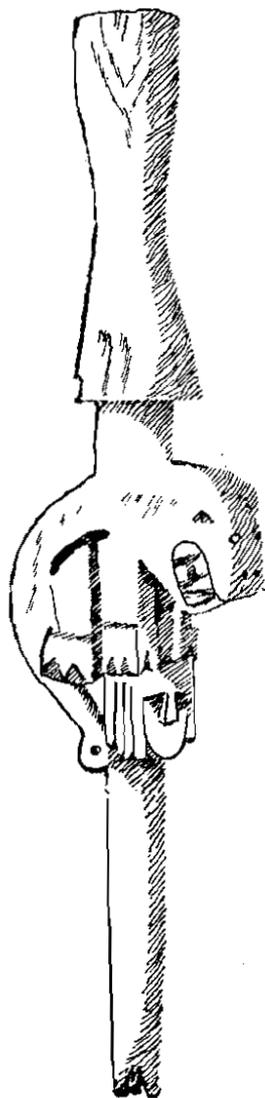


Fig. 16

que además de tener la cabeza trofeo y el felino, el artista le ha agregado una figura humana en cuclillas sobre el felino. Su distribución es bastante amplia: Casabindo (Ambrosetti, 1907-8, fig. 284); Ciénega Grande (Salas, 1945, fig. 89); Tilcara (Casanova, 1950, pág. 24); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig. 283); Angosto Chico (Casanova, 1942, VIII); Chiu-Chiu (Oyarzún, 1931, fig. 12); Calama Oyarzún, 1931, fig. 14).

Entre las formas simples hallamos tres que son las tabletas con mangos geométricos, aquellas sin decoración y los tubos simples.

Tabletas con mangos de forma geométrica: Colocamos aquí un pequeño grupo de tabletas de mangos muy simples que tienen diversas formas geométricas no muy regulares. Proceden de Santa Catalina (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. II 17 y 18); Rinconada (Boman, fig. 138 j); Chiu-Chiu (Montell, 1926, fig. 41); Pisagua (Uhle, 1915, lám. II 3, 4 y 6).

Tabletas sin decoración: La expresión más simple de la tableta la tenemos en aquellas que no presentan ninguna decoración. Tabletillas de este tipo las conocemos de Doncellas (Museo Etnográfico N° 42-2210); La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig. 261); Chiu-Chiu (Uhle, 1913, 27; Ryden, 1944, fig. 113; Bennett, 1946, lám. 132 h) y Quiani (Bird, 1943, fig. 20 b). Posiblemente se trate de formas más primitivas que tendrían un significado cronológico. Esto es sugerido por el hallazgo hecho por Bird, en Quiani, de una de estas tabletas en una tumba correspondiente a uno de los primeros períodos cerámicos. El que correspondan a una etapa anterior en la evolución de este arte, no niega que pudieron subsistir junto a objetos similares más elaborados en épocas posteriores. En el Norte de Chile aparecen tabletas simples con un mango rectangular del mismo ancho que la base. Latcham (1938, pág. 37) las considera del período de Tiahuanaco, pues las de piedra y madera que ostentan figuras típicas de él, también tienen mangos rectangulares. Tenga o no valor esta afirmación son exclusivas del Norte de Chile: Chiu-Chiu (Latcham, 1938, fig. 3 a y b; Uhle, 1913, figs. 24 y 25; Montell, fig. 42) y San Pedro de Atacama (Latcham, 1938, fig. 3 e, pág. 37).

Tubos simples: Cuando han sido tallados en madera tienen la forma clásica constituida por un tubo largo, que tiene en un extremo un engrosamiento muy característico que llamamos boquilla. Otro tipo lo constituyen aquellos que tienen el tubo hecho de hueso y la boquilla de madera en la cual va enchufado aquél. En ambos casos carecen de toda decoración. Los primeros proceden de Santa Catalina (Lehmann-

Nitsche, 1902, lám. II 24) y Chiu-Chiu (Mostny, 1952, fig. 8); los segundos de Casabindo (Von Rosen, 1924, fig. 69); Angualasto (Vignati, 1934, fig. 11 lám. XXV); Calama (Boman, 1908, fig. 171) y Pisagua (Uhle, 1915, lám. I fig. 9). Hay una serie de tubos de hueso muy sencillos a los cuales varios autores (Uhle, 1915) consideran como las formas más primitivas y antiguas, pero consideramos que es muy difícil determinar su uso cuando carecen de espigas de cardón.

Tabletas exóticas: Mencionaremos en este párrafo dos tabletas que por su forma se alejan de las clásicas. Una de ellas es una hermosa tableta de Chiu-Chiu (Ryden, 1944, fig. 114). Es elíptica, no tiene mango y el borde de la concavidad está formado por una serpiente bicéfala. Presenta además el motivo de cara simple. Lo complejo de este ejemplar nos hizo dudar que tuviera alguna relación con el resto de las tabletas que estudiamos. La presencia del tema cara simple, nos permitió establecer su correspondencia con las demás. La otra es de Santa Catalina (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. II, 19 a y b). También es un ofidio que ha sido tallado enroscado. La concavidad tiene forma decreciente y posee un orificio en el centro con lo cual adquiere el aspecto de una paleta de pintor.

Al reseñar la utilización de instrumentos similares a los que describimos, por indígenas amazónicos, explicamos porqué creíamos que los estuches de madera pudieron servir para conservar la paticá o rapé. Por esa razón los estudiamos en este capítulo.

Los estuches que aparecen en la Puna son siempre cilíndricos o bicónicos a veces con un engrosamiento en la cintura y pueden o no tener tapa. Han sido decorados con diversos motivos en algunos casos, y en otros su forma es muy sencilla, pero siempre se los ha tallado con muchísimo cuidado, de tal manera que figuran, junto a las tabletas y tubos, entre los objetos más elaborados. Su dispersión abarca también La Paya y el Norte de Chile. En esta última región hay también estuches cuadrangulares con o sin particiones, que faltan en las otras dos.

Los estuches decorados poseen varios de los motivos que hemos analizado más arriba. En un cubilete de La Paya (Ambrosetti, 1907-8, fig. 90), junto a una decoración geométrica, aparece la cara simple. Otro de Doncellas (Museo Etnográfico N° 42-2229) tiene un personaje en cuclillas con gorro y cubrenuca. Este último motivo lo vemos también en un ejemplar del Norte de Chile (Latcham, 1938, fig. 46) y en otro, de la misma región, distinguimos la figura del dragón (Latcham, 1938, fig. 46). Por último, la tapa de un estuche de Doncellas presenta dos siluetas de armadillos minuciosamente talladas (Museo Etnográfico N°

43-1294). Para poder establecer con más seguridad lo que proponemos sería necesario, además de indicar las afinidades estilísticas, realizar un análisis de las sustancias conservadas en estos estuches.

La distribución de todos estos artefactos parece algo confusa, pero trataremos de ordenar un poco el panorama, viendo primero lo que ocurre en la Puna y después lo que aparece fuera de ella.

Realizamos nuestro estudio con los elementos que pudimos obtener en la bibliografía. Recogimos datos sobre unas 190 piezas, entre las que figuran tabletas de madera y piedra y tubos de hueso, de madera y de madera y hueso. Ampliamos este número con algunos ejemplares existentes en las colecciones del Museo Etnográfico, procedentes en su mayor parte de la Quebrada de Humahuaca y la Puna Argentina.

En la bibliografía sólo hemos podido ubicar 17 piezas originarias de yacimientos puneños. Con las del Museo aumentamos este número a 29. En las otras zonas estos artefactos son mucho más abundantes. Por ejemplo La Paya, uno de los yacimientos más ricos, ha dado 35 ejemplares de tabletas y tubos, 40 han aparecido en Chiu-Chiu, en el Norte de Chile.

De los 22 motivos señalados, en la Puna Argentina aparecen 15, aunque esto no nos da una visión clara del comportamiento de esta región. Algunos de los motivos, como la cara simple, el gorro y cubre nuca, los personajes en cuclillas y el felino sobre cabeza trofeo, los conocemos a través de tres ejemplares exclusivamente. El resto de motivos que aparecen en la Puna, exceptuando la cabeza de felino y el vampiro, son los más simples. Queda entonces la Puna en ese estado de inferioridad con respecto a las otras regiones. El Norte de Chile, La Paya y la Quebrada de Humahuaca, muestran una riqueza mucho más vasta, tanto en motivos como en número de ejemplares.

En las diversas zonas en que se han ubicado estos hallazgos la distribución geográfica es bastante irregular. En el Norte de Chile, Puna Argentina y Quebrada de Humahuaca la dispersión es bastante amplia, apareciendo estos instrumentos en muchos yacimientos. En los valles Calchaquíes tenemos un centro casi único en La Paya que se encuentra completamente aislado. Fuera de ella aparecen muy raros ejemplares en dos localidades. Por último tenemos otro centro mucho más alejado y aislado en San Juan. Son contados los ejemplares que se conocen de esta región y son sumamente sencillos.

El Norte de Chile se presenta con una evidente superioridad con respecto a las otras zonas. Aparecen allí 20 de los motivos analizados. El yacimiento que proporcionó más ejemplares fue Chiu-Chiu. Conoce-

mos aquí 49, con 18 de los motivos. Frente a Chiu-Chiu se alza con gran fuerza la ciudad de La Paya con 35 ejemplares en los cuales se registran 14 motivos.

Podemos indicar algunos motivos que se circunscriben a varias zonas determinadas. Uno de ellos es el hombre en cuclillas sobre tubo, que se limita a La Paya, Quebrada de Humahuaca y Antofagasta de la Sierra. El de cóndor es exclusivo del Norte de Chile y el águila es de aquí y de la sección Boreal de la Puna. La cabeza de felino, con excepción de un ejemplar de La Paya, tiene la misma distribución que el águila. En la Quebrada de Humahuaca parece existir una primacía y un mayor desarrollo de los motivos antropomorfos. Las figuras antropomorfas en cuclillas con gorro y cubrenuca, son más abundantes aquí que en otra parte pues en el Norte de Chile sólo hemos ubicado dos ejemplares con estos motivos. En Humahuaca estos motivos aparecen en todos los yacimientos que analizamos y con más de un ejemplar, además, conocemos algunos ejemplares de la Quebrada que constituyen la más alta expresión de la talla de la madera, en lo que respecta a las figuras humanas. En Chile hay un mayor desarrollo de figuras zoomorfas antropomorfizadas.

De lo que acabamos de exponer se desprende que junto a una aparente uniformidad estilística, existen algunos centros de mayor importancia que otros. Los dos centros más importantes son Chiu-Chiu, con los restantes yacimientos del Norte de Chile, y La Paya. Un tercer centro de menor importancia, en el cual tuvieron un mayor desarrollo las esculturas humanas, es la Quebrada de Humahuaca. La Puna Argentina, que aparece marcadamente más pobre en lo que respecta a estos instrumentos, habría recibido los productos de estos tres centros, entre los cuales debió existir un intenso intercambio.

Materiales de hueso

Los materiales de hueso de la Puna Argentina son muy escasos. Su aparición se limita, salvo una excepción, a los yacimientos del Complejo de la Puna. Se registraron hallazgos de objetos de hueso en las siguientes localidades: Santa Cecilia, San Juan Mayo, Pucapampa, Rinconada, Casabindo, Taranta, Sorcuyo y Antofagasta de la Sierra. La variedad de los instrumentos es muy reducida y en su mayor parte son idénticos a los que aparecen en otras zonas, especialmente en la Quebrada de Humahuaca. Los objetos que aparecen en la Puna Argentina son los siguientes:

Espátulas: Las espátulas propiamente dichas están formadas por un fragmento de hueso largo. Uno de sus extremos está ligeramente ensanchado y puede o no tener concavidad. Esta concavidad a veces está formada por la curva natural del hueso con que han sido fabricadas. También adquieren la forma de una pequeña cuchara y pueden estar decoradas con simples líneas incisas cruzadas.

Topos: Las espátulas, especialmente las cucharillas, con el agregado de algunos elementos, toman la forma de topos. Algunos autores las llaman también espátulas en forma de topo. Hay desde luego toda una serie de formas de transición. Tienen una cabeza redonda con o sin concavidad y un cuerpo aguzado en el extremo. La forma de la cabeza puede variar y poseer o no aletas. Fueron hallados en Rinconada (Boman, 1908); Casabindo (Von Rosen, 1924); Antofagasta de la Sierra (Ambrosetti, 1904).

Tubos: Los tubos de hueso tuvieron muy distintos usos, muy difíciles de precisar. Von Rosen reproduce uno de Casabindo (1924, fig. 22) con espinas en su interior que indudablemente debió servir como tubo para rapé. Uhle (1915) considera a estos tubos como los más primitivos y antiguos cronológicamente. El hallazgo de uno de estos tubos en Casabindo, donde también aparecieron materiales hispánicos, si bien no invalida la posición cronológica de estos instrumentos, atestigua que siguieron usándose hasta épocas recientes.

Tubos para rapé: Entre estos encontramos tubos de hueso y de madera y hueso, contruídos de tal manera que no tenemos duda de que se los usó para ese fin. Tienen las dos partes que constituyen estos tubos: boquilla y tubo. Entre los materiales procedentes de Doncellas (Museo Etnográfico N° 42-876) hay uno de estos objetos en el que ambas partes son de hueso. La boquilla es algo más gruesa y en ella se ha enchufado el tubo. En Casabindo von Rosen (1924, fig. 69) ha hallado un tubo para rapé formado por un hueso largo de ave y una boquilla de madera. Estos instrumentos parecen constituir una de las etapas previas por las que pasó su construcción hasta llegar a los tubos tallados íntegramente de madera. Pero también, como los más simples de hueso, se siguieron usando.

Punzones: Estos punzones o puñales han sido contruídos con una extremidad de hueso largo de llama o de guanaco. Tienen un extremo aguzado y el otro conserva parte de la articulación, adquiriendo así la forma de un puñal. Fueron utilizados en las tareas más diversas y son casi infaltables en todas las regiones en las que aparece la industria del hueso.

Corneta: Von Rosen ha encontrado en Casabindo (1924, figs. 75 y 76) una corneta con una bocina de cuero de bovino y una boquilla de hueso de llama. Es evidentemente un hallazgo de origen europeo. No se han registrado hallazgos de auténticas cornetas indígenas enteras o en parte.

Torteros: El único yacimiento de la Puna Argentina en el que figuran torteros de hueso es Antofagasta de la Sierra (Ambrosetti, 1904, lám. III, 46, 47, 48 y 51). Son planos, cuadrangulares o subcuadrangulares.

Puntas de flecha: Ambrosetti (1901-2, pág. 47) trae procedente de Taranta, algunas puntas de flecha de hueso. Es la única mención al respecto que hemos podido recoger en la bibliografía, tratándose además de un dato muy dudoso. Son flechas muy toscas que tienen una distribución muy amplia y que sobrepasan en mucho los límites geográficos de la Puna Argentina. En Sorcuyo, Casanova ha encontrado astiles en uno de cuyos extremos se ha introducido una falange de llama (Casanova, 1938, pág. 448). Estos instrumentos debieron ser utilizados como flechas embotadas o como contrapeso para las flechas.

Peines: Es muy común en la Quebrada de Humahuaca un tipo de instrumento de hueso de forma alargada con un extremo afinado y el otro más ancho, en el cual se han tallado algunos dientes. Fueron utilizados con toda seguridad como instrumentos de telar. Aparecen también en la Puna Argentina pero son mucho más raros.

No podemos realizar con los escasos datos que poseemos un estudio intensivo de la industria del hueso en la Puna. Pero creemos que esta industria no tuvo un gran desarrollo en esta región. Por el contrario, suponemos que hubo un importante centro de elaboración del hueso en la vecina Quebrada de Humahuaca. Es de notar que frente a la presencia de otros elementos quebradeños hallemos tan poco hueso.

Materiales de piedra

Los yacimientos que dieron el Complejo de la Puna han proporcionado materiales de piedras bastante heterogéneos y escasos. No obstante esto hay dos elementos muy claros y precisos que podemos agregar a los que ya hemos determinado como característicos de este Complejo. Estos son los azadones y los alisadores.

Azadones: Como en el caso de las horquetas de atalaje, les fueron adjudicados los más diversos usos pero finalmente su empleo y morfología han sido claramente determinados por Casanova (Casanova,

1953, pág. 275 y Debenedetti y Casanova, 1933-35, pág. 24). Estos artefactos, construidos con lajas, de cuerpo trapezoidal generalmente, mango cuadrangular y filo recto, son sumamente abundantes en la Puna. Han aparecido en los siguientes yacimientos: San Juan Mayo, Cangrejillos, Torohuasi, Rinconada, Queta, Agua Caliente, Las Peñas, Tinaté, Casabindo, Sorcuyo, Lumará y también en otros visitados por nosotros, como Puesto Colorado, todas localidades del Sector Boreal de la Puna. Aparecen asociados directamente con otros elementos del Complejo de la Puna y su abundancia y dispersión geográfica, que se reduce con muy pocas excepciones al sector Boreal de la Puna, nos permite considerar a los azadones de piedra como uno de los rasgos diagnósticos más importantes para determinar la presencia de dicho complejo. Latham (1938, pág. 119) señala claramente que son exclusivos de la Puna Argentina y que no aparecen en el Norte de Chile. Algunos fragmentos de instrumentos semejantes han sido hallados en Titiconte (Debenedetti y Casanova, 1933-35, pág. 26). En el Pucará de la Cueva, en la Quebrada del mismo nombre, Casanova encontró dos azadones semejantes a los de la Puna (Casanova, 1933, figs. 18 y 19). Estos dos yacimientos se encuentran próximos al borde oriental del sector Boreal de la Puna y deben estar estrechamente relacionados con la arqueología de la zona. Fuera de estos lugares no se han registrado hallazgos de azadones.

Alisadores: Están construidos con el mismo material que los azadones. Por ende están estrechamente unidos a ellos. Son pequeños y adquieren una forma semicircular o de creciente. El borde que parece haberse usado, es el convexo o externo, pues presenta señales de trabajo. Es muy difícil determinar cómo fueron empleados. Su filo romo nos indica que no se los usó para cortar o tronchar sino para alisar, pulir o raspar y por esto los llamamos alisadores. Se limitan también a los yacimientos del Sector Boreal de la Puna y aparecen asociados al Complejo de la Puna como los azadones, aunque no son tan numerosos. En la bibliografía figuran en Rinconada y en Queta (Boman, 1908, figs. 126 a, b y c; 139 e y f; 140 c) pero los encontramos igualmente en las colecciones de otros yacimientos de la misma zona, existentes en el Museo Etnográfico. No los hemos ubicado en ninguna otra región.

Puntas de flecha: Las flechas que hemos descripto más arriba en su gran mayoría están provistas de puntas de piedra, pero no encontramos en ellas una uniformidad ni en lo que respecta al material con que fueron fabricadas, ni en la forma. Son puntas pequeñas muy bien tra-

bajadas. Boman (1908, pág. 571), al estudiar las de la Puna y las de la Quebrada del Toro, establece diferencias en su forma. Las puntas de la Puna, según este autor, son exclusivamente de cuerpo triangular con pedúnculo, aunque aparecerían, como producto de un intercambio, algunos ejemplares del otro tipo. En cambio las de la Quebrada del Toro, no tienen pedúnculo y sus bases son escotadas. Investigaciones posteriores (Casanova, 1938, pág. 447, fig. 22 y Vignati, 1938, pág. 84) han demostrado que son tan abundantes las de una forma como las de otra, quedando desvirtuada la afirmación de Boman. Los yacimientos en los que aparecen puntas de piedra, enastadas o no, asociadas al Complejo de la Puna, son los siguientes: Santa Catalina, San Juan Mayo, Pucapampa, Surugá, Cangrejillos, Rinconada, Queta, Cochínoca, Casabindo y Sorcuyo.

Palas: Han sido construídas con el mismo material que los azadones y los alisadores. Casanova (1933, pág. 275 y Debenedetti y Casanova, 1933-35, pág. 24) ha determinado las diferencias que existen entre las palas y los azadones. Las primeras son sumamente escasas en la Puna y sólo han aparecido en Rinconada (Boman, 1908, fig. 139 a, b, c y g). Son más abundantes en otras regiones vecinas. Según Latcham (1938, pág. 119) es frecuente el hallazgo en el Norte de Chile. Pero donde revisten mayor importancia y caracterizan los hallazgos es en la zona de Iruya, especialmente en Titiconte (Debenedetti y Casanova, 1933-35, pág. 24 y siguientes; Márquez Miranda, 1934, pág. 267 y láminas II, III y IV).

Morteros: Es extraño que figuren en la bibliografía tan pocos morteros de piedra tratándose de restos dejados por pueblos eminentemente agrícolas. Entre los poco publicados no podemos determinar formas o tipos precisos.

Manos de mortero: Tampoco han atraído la atención de los autores que se han ocupado de los restos arqueológicos que aparecen en la Puna. Los escasos datos que poseemos sobre las manos de morteros tampoco nos permite llegar a conclusiones precisas. Han sido usadas para moler distintos elementos: granos, pinturas, etc. y de acuerdo a la finalidad variaría la forma. Boman en Lumará (1908, fig. 123) encontró pequeñas manos cilíndricas, con un estrechamiento a media altura, que presentaban restos de pinturas.

Piedras perforadas: Los grandes anillos de piedra no son muy abundantes en la Puna. En Rinconada (Boman, 1908, fig. 140 f) aparecieron entre las ruinas del Pucará, junto con azadones y alisadores. El mismo autor registra su hallazgo en Pozuelos (Boman, 1908, fig.

153) donde aparecieron aislados. Estos instrumentos debieron tener un doble uso, uno agrícola como rompeterrones, colocados en largos palos, y otro guerrero, como rompecabezas.

Cuentas de collar: Son muy abundantes las cuentas de piedra en casi todos los yacimientos y han sido fabricadas con los más diversos materiales. Es de notar el gran número de cuentas encontradas en Queta (Boman, 1908, pág. 624) cosa que hace pensar que este yacimiento fue un centro especializado en su fabricación.

Hachas: Los escasos ejemplares hallados en yacimientos portadores del Complejo de la Puna, son pulidos, cilíndricos y de cuello completo. Son todos hallazgos de superficie. En Rinconada (Lehman-Nitsche, 1902, lám. V-D 2) y en Sorcuyo (Casanova, 1938, pág. 445) han aparecido hachas pulidas en forma de T. Evidentemente se trata de elementos importados.

Objetos varios: Junto a estos objetos han aparecido otros mucho más raros como torteros de piedra, piedras para afilar, badajos de campanillas, martillos, idolillos y silbatos.

Por último debemos mencionar dos tipos de instrumentos que a pesar de aparecer en algunos yacimientos, junto a otros elementos del Complejo de la Puna, no los consideramos integrantes de él.

Bolas: Von Rosen ha hallado en Casabindo bolas cónicas (Von Rosen, 1924, pág. 56). Según dicho autor son semejantes a las que él mismo encontró en El Moreno, en Salinas Grandes (1924, fig. 88). Bolas de este tipo también aparecen en Titiconte (Debenedetti y Casanova, 1933-35, lám. XIV, 1, 2 y 3).

Material lítico: Von Rosen consigna el hallazgo de materiales de piedra tallada en Casabindo, entre las ruinas de habitaciones (Von Rosen, 1924, pág. 38). Más abundantes son estos materiales en Saladillo, en la región de Salinas Grandes (Von Rosen, 1924, pág. 38), a los cuales también se refiere Boman (1908, pág. 569). Entre las colecciones del Museo Etnográfico figuran materiales semejantes procedentes de Tinaté (Museo Etnográfico N° 42-237 a 42-247). Von Rosen y Boman consideran que estos restos son distintos y más antiguos que los restantes hallazgos efectuados en la Puna. Nos referiremos a ellos nuevamente cuando analicemos los yacimientos de la región de Salinas Grandes.

Metalurgia

La metalurgia no alcanzó un gran desarrollo entre los indígenas de la Puna. Los objetos han sido fabricados con cobre y metales precio-

sos, como plata y oro, aunque estos dos últimos son más raros aún que el primero.

Los escasos elementos de cobre que aparecen asociados al Complejo de la Puna son semejantes a los que se hallan en otras regiones de nuestro Nor-oeste. Extraña esta pobreza en metales ya que tenemos la certeza de que existía una importante explotación de cobre en minas prehispánicas en Cobres o Cabí (Boman, 1908, pág. 536). Desgraciadamente no se han encontrado otros restos que permitan establecer cuales fueron los indígenas que las explotaron.

No conocemos ningún estudio amplio que determine si se usó cobre puro o bronce. Boman (1908, pág. 854, y sig.) analiza una serie de ejemplares del Noroeste y entre ellos figuran dos de la Puna, procedentes de Rinconada y Sansana. Estas dos últimas no llegan a tener un 4 % de estaño. Según el autor que citamos, todas las piezas del noroeste, poseen un porcentaje de estaño muy variable, salvo dos, una de Tastil y otra de La Paya, confeccionadas ambas con cobre puro. Esta variabilidad impediría considerar esta aleación como bronce. Boman divide a Sud América en dos zonas. Una comprende Colombia, Ecuador y la costa del Perú, donde se confeccionaron artefactos con cobre puro. La otra comprende la región montañosa de Perú y Bolivia y nuestro Noroeste, en la cual entraría la Puna. Aquí se usó en casi todos los casos cobre y estaño.

Los objetos de metal que aparecen asociados al Complejo de la Puna son los siguientes:

Cinceles: Son planos, de sección rectangular y extremo superior aguzado. El filo puede ser recto o curvo y tener un marcado ensanchamiento con respecto al resto de la pieza. Entre los instrumentos de metal son los más abundantes y comunes, pero a pesar de todos no podemos considerarlos típicos.

Campanillas: Siguen en importancia a los cinceles. Son campanillas plegadas, generalmente de pequeño tamaño, tan comunes en nuestro Noroeste. Von Rosen, en Casabindo, halló una de estas campanillas (1924, fig. 33) con su correspondiente badajo.

Punzones: Su sección es cuadrangular y tienen ambos extremos aguzados. En Rinconada (Boman, 1908, fig. 142 c) y en Doncellas (Museo Etnográfico N° 43-108) aparecieron dos punzones extraordinariamente conservados que presentan un enmangamiento formado por un envoltorio de tientos de cuero en la parte central del cuerpo.

Tumi: De hoja semilunar, con o sin mango, son similares a los que

aparecen en toda la región andina, aunque en la Puna son más raros que los objetos que acabamos de mencionar en el párrafo anterior.

Pinzas: No presentan mayores diferencias con las que aparecen en otras regiones y son más raras todavía que los tumis.

Brazaletes y anillos: Han sido fabricados con placas de bronce estrechas, curvadas y cuyos extremos no se unen.

Pendientes: Boman reproduce de Rinconada (1908, fig. 136 c) un pequeño pendiente en forma de cuchara. Esto nos demuestra que el cobre no se utilizó exclusivamente para confeccionar instrumentos, sino también para adornos, como en el caso de estos pendientes. Un uso semejante tuvieron las campanillas.

Hachas: Lehmann-Nitsche (1902, lám. III 23) reproduce, procedentes de San Juan Mayo, un magnífico ejemplar de hacha ceremonial, de tipo común en el área central, con un gancho en la parte superior. Es uno de los pocos ejemplares de todo nuestro notoste que conserva su mango de madera. Constituye un hallazgo extraordinario especialmente por tratarse de un yacimiento tan septentrional. Es evidente su procedencia foránea.

Placas: Hay en la Puna dos tipos de placas de metal. Unas son circulares o rectangulares, decoradas, en típico estilo diaguita, con motivos antropomorfos o zoomorfos. De estas conocemos tres, todas de Casabindo (Ambrosetti 1901-2, figs. 6, 7 y 8). El otro tipo está constituido por placas circulares pequeñas, muy simples sin ninguna decoración. Proceden de Pucapampa (Debenedetti, 1950, pág. 33), Santa Catalina (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. II, 36) y Casabindo (Von Rosen, 1924, fig. 23). La de Santa Catalina está colocada dentro de un estuche de cuero también circular. Las primeras han sido con toda seguridad importadas; las segundas de fabricación local.

Campanas: Von Rosen presenta el único ejemplar de campana que conocemos de la Puna (1924, fig. 119). Está roto y conserva sólo la parte superior pero su forma puede ser reconstruida.

Adorno de metales preciosos: La técnica con que han sido fabricados estos adornos es la del martillado y repujado. Materiales de oro y plata se conocen de Rinconada (Boman, 1908, fig. 136 b), Casabindo (Von Rosen, 1924, pág. 24) y Doncellas (Museo Etnográfico N° 42-2568). Con respecto al tipo y formas de los objetos no podemos reducirlos a una clasificación precisa. Hay placas, pendientes, pequeños recipientes, etc. Algunas de las piezas se destacan por su fabricación, como una de Doncellas (N° 42-2568 del Museo Etnográfico) que es una delgada placa repujada, con decoración antropomorfa. Con respecto

a los metales preciosos encontramos la misma contradicción que en el cobre. Frente a la riqueza de los yacimientos de oro y plata del territorio de la Puna, encontramos en el ajuar indígena, una pobreza extrema de objetos fabricados con estos metales. No poseemos ninguna prueba de que los ricos filones de oro de Rinconada y zonas vecinas hayan sido explotados por los aborígenes. No obstante esto, Boman (1908, pág. 693) cree que sí lo fueron.

Materiales varios

Los artefactos a los cuales nos referiremos en este capítulo, fueron confeccionados con cuero, fibras vegetales, calabazas, plumas, capullos de mariposas, etc. Su estado de conservación es extraordinario y su abundancia se debería exclusivamente a causas climáticas. Algunos objetos, como las cestas y las calabazas, son muy numerosos en los ajuares de la Puna. Pero el hecho de que su hallazgo esté limitado a ciertas zonas con condiciones climáticas óptimas para su conservación, nos impide ubicar en ellos rasgos que caractericen al complejo que analizamos, pues en las otras zonas más húmedas, no han subsistido elementos semejantes, con los cuales podamos compararlos.

Con cuero se fabricaron las ojotas que se han conservado en algunos yacimientos en perfectas condiciones (Von Rosen, 1924, figs. 14 y 73). Este tipo de calzado tiene una distribución que sobrepasa en mucho los límites geográficos de la Puna.

También de cuero se hicieron varios tipos de bolsas para guardar distintas clases de materiales. Las bolsas más comunes son aquellas confeccionadas con un trozo circular, plegado y sujeto con una cuerda. Este tipo de bolsitas aparecen en el Norte de Chile (Latcham, 1938, fig. 73) y en zonas más alejadas como Angualasto (Vignati, 1934, lám. XV).

Todas las cestas que conocemos de la Puna han sido fabricadas con el sistema del espiralado. Sus formas son las de platos o pequeñas cestas de paredes altas, en los cuales se han aprovechado fibras de distintos colores para crear una decoración de tipo geométrico. La cestería de este tipo se ha conservado en las regiones cuyo clima es semejante al de la Puna como en el Norte de Chile (Latcham, 1938, fig. 73) y en Angualasto (Vignati, 1934, lám. XXIII). En la Quebrada de Humahuaca, en algunos yacimientos, se han encontrado muy escasos restos de cestería en espiral.

Utilizaron las plumas de colores de algunas especies de aves de la

región y les dieron gran valor. Aparecen conservadas en envoltorios de cuero y en los estuches de cuero y madera.

Aparte de la cestería confeccionaron con fibras vegetales, aparejos, sogas, gorros y petos o camisas. Lehman-Nitsche publica una camisa de fibras vegetales de San Juan Mayo (1902, lám. III 3) y un gorro cilíndrico de Casabindo (1902, lám. IV E 3). Una camisa semejante apareció en Chiu-Chiu en el norte de Chile (Ryden, 1944, fig. 69) donde también son muy comunes los gorros cilíndricos que aparecen muy adornados con bordados y plumas (Ryden, 1944, fig. 100 y Latcham, 1938, fig. 81).

Fuera de la madera y las fibras, se utilizaron otros productos de origen vegetal. Son éstos los cascabeles confeccionados con nueces de especies típicas de la región y que tuvieron con toda seguridad un fin decorativo. No son exclusivos de la Puna. Los conocemos también del Norte de Chile y la Quebrada de Humahuaca. Se han conservado manojos atados de raíces y fibras, formando un tipo muy simple de brocha. Tuvieron un uso similar al de los peines de raíces utilizados actualmente en la Puna.

Por último mencionaremos los sombreros de capullos de mariposas que han aparecido en San Juan Mayo (Lehmann-Nitsche, 1902, lám. III 2) y en Santa Catalina (Ambrosetti, 1901-2, fig. 25). Tienen alas y copa. Son hallazgos sumamente raros y no conocemos ejemplares semejantes de otras regiones.

Las calabazas merecen que las tratemos con algo más de detalle que los materiales anteriores. Son muy numerosas en la Puna y constituyen uno de los elementos más abundantes en los ajuares puneños. Se las halló en San Juan Mayo, Pucapampa, Surugá, Rinconada, Cochinoca, Doncellas, Agua Caliente, Casabindo, Sorcuyo y Antofagasta de la Sierra. Pero no son exclusivas de la Puna. En el Norte de Chile su hallazgo es tan frecuente como en el territorio que nos ocupa e igualmente se las encuentra, aunque menos, en la Quebrada de Humahuaca y en el área central del N.O. En la Puna se observan calabazas de diversas formas: calabazas en forma de botella, medias calabazas, calabazas enteras, etc. La forma del recipiente siempre está supeditada a la del fruto. En la mayoría de los casos ostentan decoración pirograbada. La gama de los motivos es muy amplia y algunos llegan a ser bastante elaborados. Son de carácter geométrico con todas las variaciones posibles: escaques, líneas cruzadas, meandros, triángulos, grecas, espirales, etc. A estos motivos geométricos se agregan algunos zoomorfos y antropomorfos, pero mucho más raros.

La presencia de tan crecido número de calabazas en los ajuares puneños, frente a la baja calidad de la cerámica nos sugiere que los aborígenes de esta región reemplazaron, en cierta escala, los recipientes de barro cocido por aquéllas.

Entierros, viviendas y arte rupestre

Los materiales que hemos descrito en las páginas anteriores en su gran mayoría formaban parte, al ser desenterrados, de ajuares funerarios. Los cadáveres a los cuales acompañaban fueron sepultados en un tipo de entierro muy peculiar y que constituye una de las características del Complejo de la Puna. Estas tumbas reciben diversos nombres. El más común es el de "chulpas" (Debenedetti, 1930, pág. 38), aunque por su morfología no tienen ninguna relación con sus homónimas del altiplano boliviano. Boman, (1908, pág. 641) las denominó "potos" y nosotros hemos comprobado que en algunos lugares las llaman "casitas". Esta forma de entierro aparece en los siguientes yacimientos: San Juan Mayo (Ambrosetti, 1901-2, pág. 86), Pucapampa y otros sitios de la cuenca del San Juan Mayo (Debenedetti, 1930), Torohuasi (Márquez Miranda, 1942), Rinconada (Boman, 1908, pág. 589), Doncellas (Casanova, 1944), Agua Caliente (Vignati, 1938, pág. 63), Tucute (Boman, 1908, pág. 613), Rumiarco (Boman, 1908, pág. 609), Sayate (Boman, 1908, pág. 589), Casabindo (Ambrosetti, 1901-2, pág. 86 y von Rosen, 1924) y Sorcuyo (Casanova, 1938).

En esencia consisten en grutas o abrigos bajo roca, generalmente de medidas reducidas, en los cuales se han colocado los cadáveres en cuclillas, rodeados de ricos ajuares. Estas cuevas luego eran cerradas con una pirca de piedra. Las pircas se levantaban colocando entre piedra y piedra un mortero o mezcla de barro y en algunos casos se ha recubierto toda la superficie externa también con barro. Esta forma primordial de chulpa puede en ocasiones ser más compleja, lo que llevó a varios autores (Vignati, 1938, Márquez Miranda, 1942) a dividir las en dos grupos. En el primero entran las "chulpas" cuya construcción hemos descrito y que los autores citados llaman "grutas tapiadas". Al otro tipo se lo ha llamado "entierros en horno". En estos casos, las tumbas, construídas dentro de grutas o bajo abrigos de mayor tamaño, sólo apoyan uno de sus lados en la roca. Las restantes paredes se han construído con pirca y el techo por una falsa bóveda, también de piedra. A veces se han usado troncos para sostener el techo (Vignati,

1938, lám. VII 2 y Debenedetti, 1930, fig. 9). En ambos tipos de tumbas pueden aparecer entierros individuales o colectivos indistintamente.

Junto a las chulpas propiamente dichas aparecen construcciones semejantes pero que presentan con respecto a aquéllas, una diferencia fundamental. Tiene en su frente una pequeña ventana en cuadrada por lajas. Los diversos autores que han tratado el tema las han considerado alternativamente como tumbas o silos. Actualmente se acepta que estas construcciones sirvieron para almacenar granos (Vignati, 1938). Pero no han quedado perfectamente aclarados los hallazgos de algunos restos óseos humanos en algunos de estos silos. Lo que podemos afirmar es que tanto las chulpas como los silos, tuviera o no un mismo fin, han sido levantados por el mismo grupo de indígenas.

Las chulpas parecen exclusivas del Sector Boreal de la Puna Argentina. No sabemos si esta forma de entierros se continúa en el Sur de Bolivia, pues no poseemos datos arqueológicos procedentes de esa región. Conocemos el hallazgo de construcciones similares efectuado por Langlois en el Perú, en Utcabamba, Departamento de Amazonas (Langlois, 1939-40). Este autor las denomina "chulpas", aunque no ha podido determinar a ciencia cierta si se trata de tumbas o no. En San Juan, en Calingasta, aparecieron entierros en grutas pero con rasgos que los alejan de nuestras chulpas (Debenedetti, 1917, pág. 46).

Hay algunos otros tipos de entierros, bastante raros, en yacimientos en los que fueron recuperados elementos del Complejo de la Puna. Casanova (1938, pág. 342) observó en Sorcuvo un osario con huesos y cráneos humanos que tiene las características de un entierro secundario. En Antofagasta de la Sierra, los cadáveres fueron inhumados en sepulcros piramidales elípticos semejantes a los del área central. También hay, aunque muy raros, algunos entierros de párvulos en urnas. Se han encontrado niños inhumados en urnas en Casabindo y Rinconada. Las urnas son muy toscas y generalmente se los ha enterrado en ollas o cántaros rústicos que no fueron fabricados para este fin y cuyos bordes y cuellos fueron rotos para poder introducir los cadáveres. En Rinconada apareció un párvulo inhumado en una urnita de forma humahuaqueña.

Las viviendas fueron construídas con el clásico sistema de pircas. Ruinas prehispánicas fueron reconocidas en casi todos los yacimientos, pero no se destacan ni presentan diferencias mayores con las construcciones que aparecen en zonas vecinas. Pertenecen a los tipos comunes de fortalezas o pucarás y pueblos viejos. Entre los pucarás conocemos el de Rinconada y el de Sorcuvo (Boman, 1908, y Casanova, 1938, respectivamente).

Los únicos rasgos distintivos que merecen citarse en la arquitectura son las piedras paradas o menhírcos que aparecieron en dos yacimientos. Boman en Rinconada (1908, figs. 131 y 134) y Casanova en Sorcuayo (1938, lám. VI, fig. 1) encontraron piedras de regular tamaño, talladas con forma cilíndrica. Debieron tener algún significado ceremonial.

El arte rupestre está muy bien representado en la Puna Argentina. Se presenta en sus dos manifestaciones: los petroglifos y las pictografías. Los petroglifos aparecieron en Taranta (Boman, 1908, pág. 615), en Cobres o Cabí (Boman, 1908, pág. 533) y Antofagasta de la Sierra (Ambrosetti, 1904, pág. 8). Entre las pictografías contamos con los famosos frescos de Rinconada (Boman, 1908, pág. 665) y una pictografía de Agua Caliente, reproducida por Vignati (1938, fig. 1).

Las figuras no se diferencian de las expresiones de este arte que aparecen en otras regiones, especialmente en el área central del N.O. Las figuras son antropomorfas y zoomorfas generalmente. Tienen un lugar muy importante entre las últimas los dibujos de llamas. Aparecen también formas de escudos que vemos en la cerámica y en muchas pinturas sobre rocas de los valles Calchaquíes. Hay también complicados diseños geométricos. Los colores utilizados en las pictografías son muy variados, destacándose en las de Rinconada la utilización del color verde. Estas últimas presentan semejanzas con pinturas de los valles sureños especialmente con las de Carahuasi (Ambrosetti, 1903) y la de El Lajar (Aparicio, 1944). La riqueza del arte rupestre puneño está esperando aún un estudio exhaustivo, por cuya falta no podemos extendernos más sobre el particular. Deben existir sin ninguna duda diferencias cronológicas entre las distintas pictografías y petroglifos y creemos que las pinturas en las cuales aparecen llamas y figuras antropomorfas, como las de Rinconada, son tardías e integran el Complejo de la Puna.

II - LOS YACIMIENTOS DE SALINAS GRANDES

Son contados los yacimientos conocidos en la región de Salinas Grandes. Estos son: las mismas Salinas Grandes, Saladillo, El Moreno, Huancar y Lipán. Lo confuso de los datos obtenidos se debe con toda seguridad a lo exiguuo de los trabajos arqueológicos realizados, caracterizándose los escasos hallazgos, por su variedad, por la primacía de los materiales de piedra, la casi ausencia de cerámica y la falta de artefactos típicos del Complejo de la Puna.

La industria de la piedra se ha recogido en sus dos manifestaciones,

paleolítica y neolítica. El único rasgo propio está representado por las grandes hachas para cortar panes de sal descritas por Nordenskiöld (1902), Boman (1908, pág. 557) y von Rosen (1924, pág. 53), que fueron halladas en Huancar, Lipán y Saladillo. Fuera de Salinas Grandes estas hachas sólo aparecen, según un dato muy vago de Boman (1908, pág. 561) en el Salar de Hombre Muerto, en el Sector Austral de la Puna Argentina. Como ya lo establecieron los autores arriba nombrados estas hachas están estrechamente relacionadas con la extracción de la sal y por esta causa se las encuentra en Salinas Grandes. No sabemos si tienen una dispersión mayor y por el momento parecen exclusivas de esta zona.

Junto a estas hachas se encontraron otras más pequeñas (Nordenskiöld, 1902 y Von Rosen, 1924, fig. 84). Son pulidas, cilíndricas, de sección circular y cuello completo. Fueron recogidas en superficie con las otras hachas grandes. Pero no poseemos mayores datos para establecer con más detalle cuáles son las relaciones que unen a ambos tipos de instrumentos.

Gran importancia revisten los hallazgos realizados por Boman y Von Rosen, de materiales de piedra tallada, tosca, en Saladillo. A ellos ya nos hemos referido más arriba y también dijimos que estos autores los consideraban como restos más antiguos que los que habitualmente aparecen en la Puna. Fuera de Saladillo aparecieron en El Moreno, al pie del Chañi, en Casabindo y en Tinate. Por algunos ejemplares que hemos observado en manos de particulares procedentes de otros lugares, creemos que estos instrumentos tienen una mayor dispersión, pero siempre en el Sector Boreal de la Puna.

Estos restos estarían relacionados con otros semejantes de otras zonas y que atestiguan la existencia de una industria precerámica en nuestro Noroeste. La presencia de esta industria ha sido comprobada en Ongamira y Ayampitín en la provincia de Córdoba, en Intihuasi, provincia de San Luis (González, 1952, y Menghin y González, 1954) y en Viscachani, Bolivia (Ibarra Grasso, 1954 y Menghin, 1953-54). Las puntas de Saladillo son semejantes a las de Ayampitín (González, 1952, lám. XIII) con la única diferencia que las primeras son de talla monofacial y las segundas bifaciales.

Menghin, en el cuadro que confeccionó (1953-54, pág. 131) para las culturas precerámicas de nuestro noroeste, llama Saladillense a este complejo y agrega que es "posible que esté emparentado básicamente con el Ayampitínense y se haya mezclado durante el transcurso del desarrollo cultural con él, pero en su origen el Saladillense sería otra

cosa". El citado autor le atribuye una antigüedad que va de los 5.000 a los 2.000 antes J. C. Sin ninguna duda el Saladillense constituye un complejo cultural precerámico independiente y más antiguo que todos los restantes que aparecen en la Puna Argentina. Sobrepasa la zona de Salinas Grandes pues aparece en casi todo el Sector Boreal y se lo encuentra en gran abundancia en lugares en los cuales también se halla el Complejo de la Puna. En cuanto a su antigüedad, es posible que haya persistido aquí hasta épocas más tardías, ya que el Complejo de la Puna, manifestación de la cultura cerámica que se superpone al Saladillense, aparenta ser muy reciente.

En Huancar, en una colina, Boman (1908, pág. 569) halló puntas de flecha en grandes cantidades. Son pequeñas, con pedúnculo en su gran mayoría y constituirían una manifestación industrial posterior al Saladillense.

El yacimiento de El Moreno proporcionó restos un tanto más complejos. Von Rosen (1924) encontró materiales líticos como los de Saladillo y Boman (1908, pág. 565) registra la existencia de antiguas pircas muy destruidas. El mismo investigador excavó tumbas con cadáveres en cuclillas, junto con restos de cerámica tosca. Los datos que proporciona Boman son muy escuetos y sólo agrega que los huesos se encontraban completamente destruidos sin aclarar a qué tipo de entierro pertenecían, si son entierros en tumbas con pirca, directos o indirectos, etc. Von Rosen halló un pequeño tortero de cerámica (1924, fig. 215, 4) con decoración pintada en negro sobre rojo. Los pequeños dibujos semejan llamas y se trata posiblemente de un hallazgo incaico.

En Von Rosen (1924, figs. 85 y 86) encontramos dos bolas de boleadores, procedentes también de El Moreno. Una de ellas es elíptica y tiene el surco trazado en el sentido del eje menor de la pieza. La otra es cónica. Ya dijimos que en Casabindo el mismo autor obtuvo bolas semejantes a esta. Por último, publica también von Rosen una mano de conana y un rompecabezas estrellado, el único que conocemos para la Puna (Von Rosen, 1924, figs. 83 y 87).

Finalmente nos referiremos al hallazgo descrito por Boman en su trabajo de 1918. Consiste en una momia de niño de corta edad que fue sepultado en la sal, en las Salinas Grandes. Relata Boman (1918, pág. 3) su origen y las peripecias por las cuales pasó este hallazgo hasta llegar al Museo Argentino de Ciencias Naturales. Hoy forma parte de las colecciones del Museo Etnográfico de Buenos Aires. Apareció junto a él un ajuar consistente en una diadema de oro, un anillo y pulsera, ambos de cobre y un pequeño cetro de hueso, con adornos de lana. Las

piezas de metal son bastante elaboradas, especialmente la diadema y el anillo. Como conserva aún alrededor del cuello la soga con la cual fue estrangulado no cabe duda de que este personaje fue sometido a un sacrificio y luego enterrado en las Salinas con sus ornamentos. Al no aparecer con la momia ningún otro resto, los que se han conservado no permiten establecer ninguna relación entre este hallazgo y los restantes.

III - EL YACIMIENTO DE TEBENQUICHE

Este yacimiento, ubicado a orillas del Salar de Antofalla, en el sector Austral de la Puna Argentina, ha proporcionado materiales muy diferentes a los que hemos descripto hasta ahora. De igual manera, sus características, bastante peculiares, lo colocan fuera de los estilos y tipos que conocemos para el resto del Noroeste. Visitamos y excavamos parcialmente este yacimiento en el verano del año 1952 y ya en otra oportunidad (Krapovickas, 1955) publicamos su descripción.

En él hallamos ruinas prehispánicas consistentes en casas circulares, construidas con pircas y agrupadas en pequeños núcleos, de cuatro o cinco viviendas, dispersos en los campos de cultivo. En la parte más llana de la Quebrada de Tebenquiche los terrenos cultivables han sido separados en rastrojos por pircas bajas y en las laderas se construyeron andenes. Se ubicó un cementerio en el borde de las construcciones, con tumbas en parte ya saqueadas y en parte intactas. Los sepulcros eran elípticos construidos con lajas paradas y techados con una falsa bóveda, también de lajas. Los restos arqueológicos provienen de este cementerio en su gran mayoría, pero también se efectuaron algunos hallazgos de superficie.

En contradicción con la regla casi general imperante en la Puna, en este yacimiento se impone la cerámica sobre los restantes materiales. Entre los vasos excavados en las tumbas hay varios tipos, fabricados en cerámica rojiza, negruzca y negra, de muy diversas calidades. En cuanto a las formas las más importantes son los vasos cilíndricos con asa lateral, los pucos de variadas formas, grandes cántaros de cuerpos globulares y pipas de cerámica. Se destacan por sobre los materiales de cerámica una pequeña urna con adorno prosopomorfo modelado e inciso en el cuello. Las pipas son en ángulo, con patas y motivos decorativos muy simples, incisos y modelados. Su característica principal reside en el hecho de que casi todos estos vasos fueron decorados con color después de haber sido cocidos. La pintura, que es de muy mala calidad, se des-

truye con facilidad. Los motivos decorativos son muy simples, líneas verticales gruesas, círculos, etc. Pero se destacan las manos pintadas sobre algunos ejemplares. Son manos trazadas con rasgos muy toscos, en dibujos de tipo naturalista. Aparecen también motivos incisos y modelados.

Por algunas semejanzas podemos establecer ciertas afinidades o relaciones entre estos hallazgos y los efectuados en otras regiones. Estas relaciones las fijamos con la cultura de El Molle de Chile (Cornely, 1944), donde también aparecen vasos cilíndricos con asa lateral, y otras formas del Noroeste argentino y el Norte de Chile. La semejanza que hay entre nuestros vasos cilíndricos de Tebenquiche y sus similares de Barreales, parece ser algo lejana. Las pipas son iguales a algunas, de un tipo bien determinado, que aparecen en el valle Calchaquí y en el sector septentrional del de Santa María. La urna con decoración prosopomorfa nos lleva hasta los restos encontrados en los yacimientos de la zona de la Candelaria, en Salta.

Los ajuares de las tumbas se completan con abundantes cuentas de collar, algunos objetos de metal y un único instrumento de madera, una bola. Entre el metal, que apareció muy fragmentado, hay un artefacto que puede ser un tumi o cuchillo y un topo sin cabeza. El hallazgo más importante lo constituyen dos hermosas piezas de oro, especialmente una de ellas, de forma semilunar, de considerable tamaño.

En superficie hallamos algunos escasos fragmentos de cerámica negra y roja. incisa la primera y pintada la segunda, ambas con motivos propios de la cerámica Barreales negra y policroma.

El único indicio para una ubicación cronológica de los restos, que hemos podido señalar, es la absoluta ausencia de elementos incaicos. El otro yacimiento que conocemos en la misma zona es Antofagasta de la sierra en donde han aparecido elementos peruanos. Al no existir ninguna similitud entre los materiales aparecidos en ambos sitios consideramos que esta diferencia se debe a una separación cronológica entre ambos yacimientos. Los restos de Antofagasta de la Sierra son sin ninguna duda recientes pues contenían, como ya dijimos, objetos de origen incaico. Los de Tebenquiche serían anteriores. Pero en este último yacimiento encontramos a su vez, dos elementos diversos: los objetos rescatados en las tumbas y los fragmentos hallados en superficie que ostentan motivos Barreales, motivos que no hemos localizado entre los artefactos excavados.

IV - CONCLUSIONES

No puede considerarse el vasto territorio de la Puna Argentina como un área en la cual impera una uniformidad cultural, pues aparecen en ella, según surge del análisis que hemos efectuado, una serie de entidades independientes entre sí y que conforman un complejo panorama arqueológico. Haremos una revisión de lo que hemos visto y puntualizaremos las características de cada una de estas entidades, que ya en parte hemos enumerado, los límites que abarcan y, dentro de lo posible, trataremos de aclarar su situación cronológica.

Nos hallamos ahora en condiciones de ampliar y precisar con más detalle los rasgos principales del Complejo de la Puna, que ya fueron esbozados por Bennett. Existe en este complejo una supremacía abrumadora de objetos de madera que adquieren un mayor valor, no sólo por su abundancia, sino también por la gran cantidad de tipos que aparecen. En el análisis de los patrimonios culturales indígenas de otras regiones prima siempre el estudio de la cerámica. En la Puna Argentina esta última es reemplazada en importancia por la madera, pues la primera, por su corto número, baja calidad y poca variedad, se encuentra en un marcado plano de inferioridad.

Podemos calificar entonces al material cerámico del Complejo de la Puna, como un conjunto pobre, no muy definido, con una mayor proporción de cerámica tosca y una menor de alfarería decorada, que posee pocas formas peculiares y con importantes relaciones con las cerámicas incaica y humahuaca. Entre estas formas peculiares hallamos una, muy humilde en su aspecto, pero que consideramos muy importante para la determinación del complejo. Son éstos los vasitos chatos de universal dispersión en la Puna y que fuera de ella aparecen, en contadísimas ocasiones, en la Quebrada de Humahuaca. Los otros tipos propios son: los cántaros con asas asimétricas, los cántaros decorados y las ollas con asas cónicas.

En la cerámica decorada se nota un aporte muy importante de formas y decoraciones claramente foráneas. Todos los vasos mejor fabricados y con ornamentación corresponden a tipos humahuacas o incaicos. Con respecto a la cerámica quebradeña que aparece en la Puna podemos afirmar que siempre se nota en ella, cuando la comparamos con la cerámica original, una mayor pobreza en la realización. Además se encuentran siempre ejemplares correspondientes a estilos tardíos como el Angosto Chico Inciso, el Hornillos Negro sobre Rojo y el Tilcara Negro sobre Rojo de Bennett. Faltan por el contrario vasos decorados con

motivos de estilos más antiguos, como el Alfarcito Policromo y la Isla Policromo. La asociación del Complejo de la Puna con productos más modernos de las culturas de Humahuaca, nos proporciona un elemento de juicio importante para su ubicación cronológica. Es de notar la fuerte influencia peruana que fue, sin ninguna duda, el resultado del paso de uno de los caminos incaicos que, bajando por el altiplano boliviano, atravesaba la Puna.

Los objetos de madera son la expresión más típica de este complejo cultural. En una parte muy importante de los hallazgos la totalidad del inventario está integrado por estos materiales. En los casos restantes, siempre la madera constituye el aporte más numeroso, completándose los ajuares con algunas piezas, muy pocas la mayoría de las veces, de cerámica, cestería, metal o hueso y varios tejidos.

La abundancia de la madera en los yacimientos arqueológicos puneños se debe, en parte, a la sequedad del clima, pero también es la resultante del uso intensivo que los aborígenes que dejaron el Complejo de la Puna, hicieron de ella. Uno de los rasgos más notables de los primitivos habitantes del altiplano argentino radica en esta predilección por materias primas completamente ajenas a su ambiente seco, semidesértico y sin árboles, y con las cuales realizaron las expresiones más delicadas de su arte.

Este mayor uso de la madera no es exclusivo de la Puna Argentina, pero ya vimos cómo podemos esbozar ciertas diferencias en esta industria, en las diversas regiones en las que aparece y en las cuales llegó a un gran desarrollo.

Faltan en la Puna Argentina, constituyendo entonces una característica negativa, las palas de madera, tan abundantes en la quebrada de Humahuaca, en La Paya y en el Norte de Chile. Igualmente no se han encontrado figurinas o ídolos tallados en madera, ni peines de este mismo material. Estos últimos son peines muy particulares, que aparecen en la Quebrada de Humahuaca, en el Norte de Chile y en La Paya. Están íntegramente tallados en madera, con un mango y tres o cuatro dientes, que se usaron seguramente en la industria del tejido. Por su morfología y empleo son distintos de los peines compuestos de madera y dientes de espinas de cardón, que por el contrario son muy abundantes en la Puna.

Como instrumento exclusivo hallamos a los tokis. Los torteros y cucharas no ostentan generalmente decoración grabada o tallada y en lo que respecta a los instrumentos para rapé aparecen en menor número que en las otras regiones. Han sido decorados con los motivos más

simples, aunque hay varias excepciones, tanto en tubos como en tabletas. Los estuches para rapé fueron labrados con gran cuidado y son siempre cilíndricos. Se hacen presentes en extraordinaria cantidad los arcos y las flechas. Las manoplas de metal fueron reemplazadas por instrumentos similares de madera.

Los restantes materiales tienen menos importancia aún que la cerámica, aunque entre los de piedra encontramos algunos que caracterizan el conjunto. Los de hueso y metal no presentan rasgos señalados y el número de objetos es bastante reducido. En el metal los instrumentos que aparecen son idénticos a los de otras regiones, debiéndose hacer notar algunos objetos muy similares a los hallados en el área central del N. O. Los azadones y los alisadores de piedra junto con los vasitos chatos y las chulpas son los elementos más característicos del complejo por su gran abundancia y por su dispersión, que se limita al sector Boreal del altiplano argentino.

Las calabazas, siempre muy numerosas, tuvieron gran importancia en La Puna, ya que en gran parte reemplazaron a la cerámica. Este territorio hizo que sus habitantes desarrollaran en un grado sobresaliente el pastoreo de las llamas, como ocurre aún hoy, aunque con nuevas especies. Esto no impidió que la agricultura tuviera un papel preponderante en la economía de la región, como lo demuestran los extensos campos de cultivo prehispánicos. Pero la transhumancia de los ganados puneños obligó a los aborígenes a utilizar un ajuar menos frágil y más fácil de transportar. De allí su pobreza en cerámica y piedra y su substitución por otros materiales. Junto al trabajo de la madera desarrollaron estos indígenas un importante arte rupestre consistente en pictografías, entre las cuales el ejemplo más clásico lo constituyen las de Rinconada.

Este conjunto de artefactos, de características poco precisas, con contadas formas propias, mucha madera y otros elementos de materias perescibles, poca cerámica, generalmente tosca, escasa piedra y menos metal y hueso fue enterrado junto a sus poseedores en un tipo de tumbas exclusivo y característico de la Puna. Estas son las "chulpas" o grutas tapiadas, que no aparecen fuera de ella.

La dispersión de estos elementos se centraliza en los yacimientos del sector Boreal de la Puna Argentina y no se los ubica más abajo de los 23° 30' de latitud Sur. Corresponden estos hallazgos al trozo de altiplano que cae dentro de los límites de la provincia argentina de Jujuy. No poseemos datos sobre las zonas meridionales de Bolivia, próximas a nuestra Puna, pero creemos que debe existir una continui-

dad arqueológica y que el Complejo de la Puna debe hallarse más allá de la frontera política que separa a nuestro país de la vecina República.

El yacimiento de Antofagasta de la Sierra queda excluido de este conjunto, a pesar de haberse hallado en él muchos materiales de madera. Por su situación geográfica se encuentra muy alejado de los restantes yacimientos en los que aparece el Complejo de la Puna y está más próximo al área central. Su cerámica, aunque no de manera muy clara, se relaciona, como ya lo expresáramos más arriba, con la alfarería de esta área. Los entierros hallados por Gerling en este sitio, también son semejantes a los que aparecen en aquella zona, el área central y en cuanto a la madera aparecen algunos elementos, como los torteros decorados y algunos tubos para rapé, que son idénticos a los que provienen de La Paya. Es ésta la primera segregación que proponemos. El yacimiento de Antofagasta de la Sierra entra en la zona de influencia de La Paya, por consecuencia, de toda el área central y se aleja culturalmente de los restantes yacimientos puneños.

El Complejo de la Puna es con toda seguridad el patrimonio de los indígenas históricos de la región, los casavindos y cochincos de los cronistas, ya que aparece directamente asociado con materiales hispánicos. No queda pues ninguna duda sobre su situación cronológica. El hallazgo de objetos indígenas junto a elementos europeos nos demuestra claramente que el complejo se desarrolló hasta una época muy reciente. Pasó previamente por un período en el cual tuvo lugar un fuerte contacto con lo incaico y suponemos también que debió existir, en un tiempo ligeramente anterior, antes de que los incas construyeran su camino y conquistaran o influenciaran la zona, en un estado puro. Esta época no puede ser muy antigua, ya que todos los elementos humahuacas que hallamos en la Puna son los más tardíos y nunca aparecen los más antiguos.

No puede negarse en absoluto la estrecha relación que existe entre el complejo del cual nos ocupamos y las culturas de las regiones vecinas, como el Norte de Chile y, especialmente, la Quebrada de Humahuaca. Con esta última las afinidades son numerosas. No obstante esto posee el Complejo de la Puna una independencia bastante marcada. Aparte de los rasgos propios que señalamos, faltan en la Puna las formas cerámicas y los tipos de entierro del Norte de Chile. Igualmente en esta última región no aparecen las chulpas puneñas. A pesar de la abundancia de elementos cerámicos humahuacas en la Puna no existe una identidad absoluta entre ambas culturas, pues por las características que presentan esos elementos resulta bastante claro que fueron impor-

tados y adaptados por los puneños. Faltan además en la Puna otros rasgos humahuacas, como los entierros en viviendas.

La segunda entidad cultural bien definida que hallamos en la Puna es el Saladillense de Menghin. No cabe ninguna duda de que se trata de una cultura precerámica cuyos restos aparecen en Salinas Grandes y en el Sector Boreal de la Puna. En esta última región se antepone al Complejo de la Puna como período arqueológico más antiguo. Por ahora sólo se ha señalado su existencia y no conocemos más que su material lítico. Es posible que algún tipo de petroglifos pertenezca a esta cultura. Faltan determinar sus características y establecer los límites de su expansión. No sabemos si el Saladillense y el Complejo de la Puna se sucedieron uno inmediatamente al otro o hubo una mayor complejidad en el desarrollo de la vida del hombre en estas regiones.

En Salinas Grandes encontramos restos arqueológicos que han pertenecido a diversas épocas. No aparecen allí artefactos pertenecientes al Complejo de la Puna, ya que sus manifestaciones más meridionales las encontramos al norte de las Salinas. Por el contrario, se encuentra el Saladillense no sólo en Salinas Grandes, donde es muy abundante, sino también más al norte. La manifestación más típica de esta zona, la de Salinas Grandes, lo constituyen las grandes hachas para cortar panes de sal, que pudieron haberse empleado hasta épocas muy recientes, pues hallamos noticias de la explotación de la sal en la región, en las fuentes históricas. Hay elementos indudablemente muy modernos, seguramente incaicos pero son escasos, pues se reducen a un solo fragmento de cerámica y a un rompecabeza estrellado de piedra. Los restos excavados por Boman en El Moreno, con cerámica tosca pertenecerían a un período cerámico antiguo. Los reducidos reconocimientos efectuados en esta región, que dieron no obstante una serie de restos bastante variados, impiden dar un cuadro arqueológico más claro.

La arqueología del Sector Austral de la Puna Argentina se conoce muy mal. Sólo poseemos datos sobre dos yacimientos: Antofagasta de la Sierra y Tebenquiche. Ya indicamos las relaciones que existen entre el primero y La Paya, razón por la cual lo consideramos independiente de los yacimientos en los que fue hallado el Complejo de la Puna. Este último no llegó en su dispersión al Sector Austral del altiplano argentino, región en la que se ubican elementos culturales relacionados con los del área central del N.O.

Los materiales de Tebenquiche, yacimiento que consideramos cronológicamente anterior al de Antofagasta de la Sierra, no tienen ninguna conexión con los del resto de la Puna. Hay aquí una primacía de

objetos de cerámica, que es lo más característico de este yacimiento. Las formas de la cerámica y los entierros nos indican que existen relaciones con elementos arqueológicos de la zona central de nuestro noroeste. Con un único yacimiento conocido no podemos determinar los límites geográficos de la facies cultural por él representada pero, sin ninguna duda, investigaciones posteriores aclararán todas sus incógnitas.

Buenos Aires, agosto de 1957.

BIBLIOGRAFIA

- AGUIAR, Desiderio, 1904: *Huarpes*, Segunda Parte, Buenos Aires.
- AMBROSETTI, Juan B., 1901-2: *Antigüedades Calchaquies. Datos arqueológicos sobre la Provincia de Jujuy*. En "Anales de la Sociedad Científica Argentina", tomos LII, LIII y LIV, Buenos Aires.
- 1903: *Cuatro pictografías de la región Calchaquí*. En "Anales de la Sociedad Científica Argentina", tomo LVI, Buenos Aires.
- 1904: *Apuntes sobre la arqueología de la Puna de Atacama*. En "Revista del Museo de La Plata", tomo XII, La Plata.
- 1906: *El bacha de Huaycama*. En "Anales del Museo Nacional de Buenos Aires", tomo XVI, Buenos Aires.
- 1907-08: *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*. En "Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones de la Sección Antropológica", N° 3, Buenos Aires.
- APARICIO, Francisco de, 1944: *La gruta pintada de El Lajar*. En "Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología", volumen 4, Buenos Aires.
- BENNETT, Wendell C., 1944: *The North Highlands of Peru*. En "Anthropological Papers, American Museum of Natural History", volumen 39, parte 1, New York.
- 1946: *The Atacameño*. En "Handbook of South American Indians, Bureau of American Ethnology", Bulletin 143, volumen 2, Washington.
- y otros, 1948: *Northwest Argentine Archeology*. En "Yale University Publications in Anthropology", N° 38, New Haven.
- BIRD, Junius B., 1943: *Excavations in Northern Chile*. En "Anthropological Papers of the American Museum of Natural History", volumen 38, parte 4, New York.
- 1946: *The cultural sequence of the North Chilean Coast*. En "Handbook of South American Indians, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143", volumen 2, Washington.
- BOMAN, Eric, 1908: *Antiquités de la région andine en la République Argentine et du désert d'Atacama*, Paris.
- 1918: *Una momia de Salinas Grandes*. En "Anales de la Sociedad Científica Argentina", tomo LXXXV, Buenos Aires.
- BREGANTE, Odilia, 1926: *Ensayo de clasificación de la cerámica del noroeste argentino*, Buenos Aires.
- BRUCH, Carlos, 1904: *Descripción de algunos sepulcros calchaquies. Resultado de las excavaciones efectuadas en Hualfín (Provincia de Catamarca)*. En "Revista del Museo de La Plata", Tomo XI, La Plata.
- CASANOVA, Eduardo, 1933: *Tres ruinas indígenas en la quebrada de La Cueva*. En "Anales del Museo de Historia Natural", tomo XXXVII, Buenos Aires.
- 1936: *El Altiplano Andino*. En "Historia de la Nación Argentina", volumen I, Buenos Aires.

- 1938: *Investigaciones arqueológicas en Sorchuyo. Puna de Jujuy*. En "Anales del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Buenos Aires", tomo XXXIX, Buenos Aires.
- 1942: *El yacimiento arqueológico de Angosto Chico*. En "Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología", volumen 3, Buenos Aires.
- 1944: *Una estólida de la puna jujeña*. En "Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología", volumen 4, Buenos Aires.
- 1946: *The Cultures of the Puna and the Quebrada de Humahuaca*. En "Handbook of South American Indians, Bureau of American Ethnology, Bulletin N° 143", volumen 2, Washington.
- 1950: *Restauración del Pucará*, Buenos Aires.
- CORNELY, F. L., 1944: *Cultura de El Molle*, Santiago de Chile.
- DERENDETTI, Salvador, 1908: *Excursión arqueológica a las ruinas de Kipón*. En "Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones de la Sección Antropológica", N° 4, Buenos Aires.
- 1917: *Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan*. En "Revista de la Universidad de Buenos Aires", tomos XXXII y XXXIV, Buenos Aires.
- 1930: *Chulpas en las cavernas del río San Juan Mayo*. En "Facultad de Filosofía y Letras, Notas del Museo Etnográfico", N° 1, Buenos Aires, 1930.
- y CASANOVA, Eduardo, 1933-35: *Titiconte*. En "Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras", serie A, volumen 3, Buenos Aires.
- FERUGLIO, Egidio, 1946: *Los sistemas orográficos de la Argentina*. En "Sociedad Argentina de estudios geográficos Gæa; Geografía de la República Argentina", tomo IV, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex, 1952: *Antiguo horizonte precerámico en las Sierras Centrales de la Argentina*. En "Runa", volumen V, Buenos Aires.
- IBARRA GRASSO, Dick E., 1954: *El paleolítico de Bolivia y su Antigüedad*. En "La Nación", La Paz.
- KRAPOVICKAS, Pedro, 1955: *El yacimiento de Tebenquiche*. En "Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Arqueología", III, Buenos Aires.
- LAFÓN, Ciro René, 1954: *Arqueología de la Quebrada de la Huerta*. En "Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones del Instituto de Arqueología", I, Buenos Aires.
- LANGLOIS, Louis, 1939-40: *Investigaciones arqueológicas en el Valle de Utcubamba*. En "Revista del Museo Nacional", tomos VIII y IX, Lima.
- LATCHAM, Ricardo, 1910: *Los changos de las costas de Chile*, Santiago de Chile.
- 1926: *El culto del tigre entre los antiguos pueblos andinos*. En "Revista Chilena de Historia Natural", año XXX, Santiago de Chile.
- 1938: *Arqueología de la región atacameña*, Santiago de Chile.
- LEHMANN-NITSCHKE, Roberto, 1902: *Catálogo de las antigüedades de la provincia de Jujuy*. En "Revista del Museo de La Plata", tomo XI, La Plata.
- LOOSER, Gualterio, 1926: *Las tablas para tomar rapé del Museo Nacional*. En "Revista Chilena de Historia Natural", año XXX, Santiago de Chile.
- MARENGO, Carmen, 1954: *El Antigal de Los Amarillos*. En: "Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones del Instituto de Arqueología", II, Buenos Aires.
- MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando, 1934: *El pucará del pie de la cuesta de Colanzuli*. En "Notas preliminares del Museo de La Plata", volumen 2, La Plata.
- 1942: *La arqueología de la Puna Argentina a través de nuevos hallazgos*. En "XXVII Congreso Internacional de Americanistas", volumen I, Lima.
- MENGHIN, Osvaldo F. A., 1953-54: *Culturas precerámicas en Bolivia*. En "Runa", volumen VI, Buenos Aires.
- y GONZÁLEZ, Alberto Rex, 1954: *Exploraciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira*. En "Notas del Museo de La Plata", tomo XVII, Antropología, N° 67, La Plata.
- MONTELL, Gösta, 1926: *An archaeological collection from the Rio Loa Valley, Atacama*. En "Oslo Etnografiske Museums Skrifter, Band 5 Hefte I", Oslo.

- MOSTNY, Greta, 1952: *Una tumba de Chiu-Chiu*. En "Boletín del Museo Nacional de Historia Natural", tomo XXVI, número 1, Santiago de Chile.
- NORDENSKIÖLD, Erland, 1902: *Präcolumbische Salzgewinnung in Puna de Jujuy*. En "Verhandlungen der Berliner Anthropologischen Gesellschaft, 1902", Berlin.
- 1919: *An ethnographical analysis of the material culture of two indian tribes in the Gran Chaco*. En "Comparative ethnographical studies" N° 1, Göteborg.
- OYARZÚN, Aureliano, 1931: *Las tabletas y los tubos para preparar la paricá en Atacama*. En "Revista Chilena de Historia y Geografía", tomo LXVIII, Santiago de Chile.
- ROSEN, Eric von, 1924: *Popular account of archaeological research during the Swedish Chaco-Cordillera Expedition*, Stockholm.
- RYDÉN, Stig, 1944: *Contributions to the Archaeology of the Rio Loa Region*, Göteborg.
- SALAS, Alberto M., 1945: *El antigal de Ciénega Grande*. En "Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras", Serie A, volumen 5, Buenos Aires.
- SELER, E., 1894: *Ueber archaologische Sammlungen vom Dr. Uble*. En "Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte", 1894, Berlin.
- SERRANO, Antonio, 1934: *El uso del tabaco y vegetales narcotizantes entre los indígenas de América*. En "Revista Geográfica Americana", año II, volumen II, número 15, Buenos Aires.
- 1941: *Los recipientes para paricá y su dispersión en América del Sud*. En "Revista Geográfica Americana", año VIII, volumen XV, número 91, Buenos Aires.
- UHLE, Max, 1913: *Tabletas de Chiu-Chiu*. En "Revista Chilena de Historia y Geografía", tomo VIII, Santiago de Chile.
- 1915: *Los tubos y tabletas para rapé de Chile*. En "Revista Chilena de Historia y Geografía", tomo XVI, Santiago de Chile.
- VIGNATI, Milcíades Alejo, 1931: *Los elementos étnicos del noroeste argentino*. En "Notas preliminares del Museo de La Plata", tomo I, Buenos Aires.
- 1934: *El ajuar de una momia de Angualasto*. En "Notas preliminares del Museo de La Plata", tomo II, Buenos Aires.
- 1938: "*Novissima veterum*". *Hallazgos en la Puna Jujeña*. En "Revista del Museo de La Plata", nueva serie, tomo I, Buenos Aires.

APUNTES PRELIMINARES SOBRE LA ARQUEOLOGÍA DEL CAMPO DEL PUCARÁ Y ALREDEDORES (Dto. de Andalgalá, Catamarca)

Por ALBERTO REX GONZÁLEZ y VÍCTOR NÚÑEZ REGUEIRO

I. Campo del Pucará es el valle extendido entre el pie sudoriental del Aconquijá, las últimas estribaciones y contrafuertes de la sierra de Narváez y la cadena de Ambato. Estructuralmente se trata de una fosa tectónica rellena por sedimentos glaciofluviales cuaternarios, cuya parte central presenta el aspecto de una llanura suavemente ondulada, sólo interrumpida por cauces profundos excavados dentro de los sedimentos blandos.

El nivel llano del Campo asciende hacia los faldeos por medio de una serie de terrazas sumamente nítidas las que se relacionan, sin duda, con las oscilaciones climáticas cuaternarias cuyos vestigios se hallan también en las cumbres del Aconquija. Las terrazas están formadas, esencialmente, por capas de loess, de arenas y rodados, que alternan con capas de ceniza volcánica depositadas sobre las areniscas terciarias o apoyadas, directamente, sobre el basamento cristalino. El estudio geológico detenido de estas terrazas será de gran importancia para el conocimiento del cuaternario de la zona. Además la correlación de esas terrazas con las formaciones sincrónicas de la llanura, acrecentará el conocimiento de toda la época cuaternaria de nuestro país.

La parte llana del Campo del Pucará se halla alrededor de los 1.700 m. s.n.m. El clima del valle es, en general, más benigno y de mayor humedad que el de la región del bolsón de Andalgalá situada al occidente. Este aspecto se refleja en la vegetación que es menos xerófila que en este último, con ausencia de grandes cardones y con más escasa proporción de jarilla.

I. Geográficamente el Campo del Pucará es el paso de transición obligado entre los valles y bolsones semiáridos occidentales y las lla-

nuras boscosas orientales de Tucumán con las que se comunica por intermedio del Valle del Suncho y la Quebrada de las Cañas. Hacia el sur el Campo del Pucará se comunica con el valle de Catamarca a través del valle de Singuil. Ya veremos que esta situación geográfica entre dos áreas distintas se reflejó en el aspecto cultural, pues aquí parecen confluír, en determinados momentos de su historia, entidades étnicas diferentes que dan al cuadro cultural el carácter complejo de las zonas de contacto.

Un examen rápido de la arqueología de las zonas aledañas nos revela, para las épocas arqueológicas mejor conocidas hasta ahora, que esas zonas estuvieron habitadas por entidades diferentes desde el punto de vista cultural.

En el período temprano de las culturas agroalfareras, el bolsón de Andalgalá estuvo ocupado por las dos fases de la cultura de los Barreales. Lo mismo ocurrió con el valle de Santamaría. En ambos lugares, se hallan en el mismo período, elementos de la cultura Condorhuasi. En esta misma época aparece, también en el valle de Santa María, una cultura que usó únicamente cerámica tosca y negra lustrosa, con formas de fondo plano o convexo. Esta cultura no ha sido aún descripta pero existe un cementerio excavado por las expediciones Muñiz Barreto. La importancia de ese cementerio se puso de manifiesto hace ya tiempo cuando organizamos sus materiales, depositados actualmente en el Museo de La Plata. Esta cultura de cerámica negra parece tener algunas afinidades con Candelaria, y aparece también en la zona de Laguna Blanca.

En períodos más recientes se acentuó la diferenciación cultural de las zonas mencionadas. El bolsón de Andalgalá estuvo ocupado por elementos Belén, los que no parecen haber ocupado la parte llana del Campo del Pucará; el valle de Santa María fue, por el contrario, centro de la cultura Santamariana, que debió también extenderse hasta Tafi. De las otras áreas vecinas pocas informaciones tenemos. El valle de Singuil estuvo ocupado, en sus períodos tempranos, por la cultura de los Barreales, según algunos materiales que se guardan en el Museo de Catamarca y hallazgos que hemos hecho en la superficie del terreno. El valle de Tafi aún requiere cuidadosas excavaciones, lo mismo que el área limítrofe entre Catamarca y Tucumán, en toda la vertiente oriental de la sierra de Narváez. Esta zona es de gran interés pues se continúa hacia el sur con el área santiagueña cuya configuración cultural presenta algunas diferencias apreciables con el área de los valles y bolsones occidentales.

III. La arqueología del Campo del Pucará es muy poco conocida. El interés arqueológico se concentró únicamente en las ruinas que dieron su nombre a todo el valle, las ruinas del Pucará. Por su carácter monumental éstas atrajeron la atención de los primeros viajeros y arqueólogos. Fueron visitadas por primera vez por von Tschudi en 1858, cuando se dirigía a los valles Calchaquíes en su viaje hacia Cobija (von Tschudi 1860). Junto con un corto relato de su visita, von Tschudi nos dejó la primera ilustración gráfica del Campo del Pucará (op. cit. fig. 16). Posteriormente el Pucará fue visitado por Lange quien levantó un plano de la fortaleza (Lange 1892) y varios años después Bruch dio una descripción más completa de las ruinas utilizando el plano levantado por Lange (Bruch 1913). Con respecto a la existencia de otros vestigios arqueológicos, dentro de la misma zona, las únicas referencias consignadas por Bruch son las siguientes: "Se dice que en los alrededores del Campo del Pucará abundan pircas y vestigios de obras de piedra, las cuales no pudimos visitar", más adelante agrega: "Los fragmentos [de alfarería que fueron recogidos y entregados a Bruch por Kühn y el doctor Rauenbush] del Campo del Pucará, pertenecen también a vasos ordinarios, algunos de alfarería gris grabada, parecida a la andalgalense, solamente dos pequeños trozos llevan líneas negras, pintadas sobre fondo gris, que tal vez representaría el esquema usual de la serpiente" (Bruch 1913, p. 186 y ss.). En las libretas de campaña de las expediciones Barreto se consigna la existencia de ruinas en el Campo del Pucará y en el Valle del Suncho, aunque parece que esas expediciones no investigaron en las mismas.

IV. *El Pucará.* Resulta increíble que no se haya intentado resolver el problema de la exacta ubicación cultural y cronológica de estas ruinas. Sin embargo este problema había sido planteado con toda claridad por Bruch hace exactamente 50 años. Este es uno de los tantísimos ejemplos del olvido por el trabajo de campaña que ha sufrido nuestra arqueología en los últimos 25 años, especialmente el área central del N. O. argentino. No conocemos un sólo arqueólogo de la generación que nos precede que haya visitado una sola vez las ruinas del Pucará pese a su importancia extraordinaria.

Bruch, después de su viaje de 1908 hacía notar claramente las diferencias arquitectónicas que existen entre las ruinas del Pucará y las otras construcciones indígenas del N.O. Bruch atribuía esas diferencias a causas culturales y temporales, aunque no estaba muy seguro si las ruinas eran anteriores o posteriores a los diaguitas históricos. En la página

178 (op. cit.) nos dice "...las diferencias arquitectónicas observadas en las ruinas del Pucará corresponden a una cultura anterior a la usual en la región diaguita-calchaquí", pero más adelante agrega, pág. 186 (op. cit.): "La disposición de los edificios, su forma, altura de las paredes, con los vanos para puertas y ventanas, pero sobre todo el tipo de murallas de defensa, con todos los detalles mencionados, confieren a las construcciones del Pucará un carácter peculiar. Por eso creemos que estas ruinas pertenecen a otras tribus, quizás de una nación muy distinta de las que ocuparon en otras épocas las demás regiones que acabamos de visitar [área de Tafí, valle del Hualfín y Londres]. Por todos estos hechos estudiados, sería admisible que el fuerte del Pucará tuviese más bien un origen en el tiempo colonial que en época precolombina".

Una descripción detallada de la alfarería hallada en la superficie del suelo hubiera servido de orientación para ubicar culturalmente estas ruinas. Lange publicó una sola pieza de alfarería del Pucará, que no es útil como elemento diagnóstico. Bruch se refiere a "...algunos trozos de alfarería roja con pintura negra del tipo común. Una cabeza de ave, como de loro, con pintura roja es idéntica a una que tenemos en nuestro Museo, y que sirve de asa a pequeños platos".

Nosotros efectuamos en los meses de enero y marzo de 1957 dos cortas visitas a las ruinas del Pucará. La segunda llevando un grupo de alumnos de la cátedra de Arqueología de la Universidad del Litoral. El estado de las ruinas no ha variado esencialmente desde la época de Bruch y las puertas provistas de dinteles que éste fotografiara se hallan aún en muy buen estado de conservación. El funesto efecto de los saqueadores de tumbas y de los aficionados no llegan aún, por fortuna, hasta la vieja fortaleza¹. Pero urge crear alguna medida de protección de estas ruinas antes de que sea demasiado tarde. En este sentido nos hemos dirigido al gobierno de la provincia de Catamarca y a la Dirección de Parques Nacionales. Creemos que son aplicables a las ruinas del Pucará los mismos conceptos que hemos dedicado a las ruinas de Loma Rica (Rex González, 1954). Es necesario practicar la reconstrucción de estas ruinas al mismo tiempo que se realice su excavación sistemática. Podría crearse aquí otro magnífico Parque Nacional, un verdadero santuario arqueológico.

La exploración sistemática será relativamente sencilla y permitirá, de inmediato, la ubicación cultural y cronológica de estas ruinas. En

¹ Algunos meses después de escritas estas líneas, un artículo aparecido en la edición dominical del diario *La Prensa*, de Buenos Aires, el 10-V-1959, nos informa ya sobre el comienzo de la acción de los aficionados.

nuestras visitas tratamos de efectuar una recolección superficial de fragmentos de alfarería, la que es relativamente escasa. El resultado fue el siguiente:

Negro sobre Rojo	22	fragmentos
Rojo Liso	28	„
Tosca alísada, degreasante grueso ..	45	„
Inclasificada	7	„
Fragmentos de loza europea	1	„

De la alfarería Negra sobre Roja encontramos sólo fragmentos muy pequeños, cuyos motivos decorativos no pueden determinarse con exactitud, pero entre los que predominan los motivos geométricos reticulados. Un hallazgo de interés, por su valor diagnóstico, fue el realizado durante la segunda visita. Se trata de una de las típicas cabecitas de pato de arcilla cocida que sirvieron de asa a los recipientes playos tan conocidos de origen incaico o de influencia incaica. Quizás la cabeza a que se refiere Bruch sea análoga a ésta. Pese a lo magro de estos elementos, reunidos en una rápida visita, tenemos ya una orientación sobre la filiación cultural de estas ruinas, como lo sugiere la cabecita de pato mencionada, y el fragmento de loza europea. La excavación cuidadosa aclarará si se trata o no de ruinas de origen incaico que pudieron usarse por cierto tiempo después de la llegada de los españoles.

V. Cuando comenzamos nuestras investigaciones arqueológicas en el N.O. argentino comprendimos que la necesidad principal era el establecer con urgencia una cronología relativa y absoluta de sus principales subáreas. Para comenzar nos propusimos encarar el problema de la cronología de la región Central N.O., la mal denominada región Diaguita —la subárea más importante y la más descuidada en cuanto a trabajos arqueológicos bien ejecutados—. Para cumplir nuestros propósitos elaboramos un plan cuyo primer objetivo era realizar excavaciones sistemáticas en un valle más o menos pequeño y estratégico y una vez obtenida una aceptable cronología de ese valle, extendernos hacia las zonas periféricas para tratar de comprobar como aparecía en esas zonas aledañas la secuencia establecida. Por razones diversas escogimos como centro de comienzo de nuestras tareas el valle del Hualfin, y desde él nos extendimos posteriormente a zonas periféricas. Por el norte alcanzamos la interesante región de Laguna Blanca, muy poco conocida, que visitamos en dos oportunidades. Hacia el oriente se imponía el reconocimiento y el estudio posterior de la zona de Andalgalá y del Campo

1 Las secciones V, VI, VII y VIII pertenecen al primero de los autores.

del Pucará. De este planteamiento se deduce el interés que para nosotros tenía el área que es objeto de esta nota. El mismo que sigue teniendo el valle de Abaucán cuyo estudio aún no hemos tenido ocasión de emprender. Pero fuera del interés, que podemos denominar teórico, existía otro tan importante como aquél, de estudiar la arqueología del Campo del Pucará. En 1951² mientras viajamos de Catamarca a Belén y a unos 1500 m. antes de llegar al puesto caminero que se halla cerca de donde el camino nacional cruza el río del Pucará, descubrimos casualmente, a ambos lados del camino, una serie de yacimientos arqueológicos de características poco comunes y que nos llamaron poderosamente la atención. Estos son los yacimientos que después se han dado a conocer con el nombre de yacimientos arqueológicos del Alamito, de la Alumbreira o de las Estancias. El día del hallazgo sólo pudimos realizar un corto recorrido por las principales unidades arqueológicas comprobando el aspecto general que presentaban y efectuando una recolección superficial de alfarería. En viajes posteriores se tomaron fotografías y se completaron los recorridos de las distintas unidades arqueológicas, sobre todo las existentes en el mismo camino y en las proximidades de Agua de Las Palomas.

VI. En 1952 practicamos una serie de reconocimientos y fotografías aéreas en el N. O. utilizando un avión Bescraft de la Fuerza Aérea Argentina. Aprovechamos esa oportunidad para fotografiar los yacimientos del Alamito, pero las fotografías tomadas en esa oportunidad resultaron poco demostrativas. En 1955 volvimos a repetir esos vuelos utilizando esta vez una máquina de Havilland Dove. Las fotografías tomadas en este segundo intento resultaron ser muy claras y una excelente ayuda para los trabajos arqueológicos que posteriormente realizamos (Rex González, 1957 a, p. 48). A base de esas fotografías se elaboraron los croquis topográficos utilizados luego en el proceso de las excavaciones.

VII. *Yacimientos arqueológicos en las proximidades de Agua de las Palomas.* La mayoría de los lugares arqueológicos se encuentran a unos 2 km. al oriente de la pequeña localidad de Agua de las Palomas, entre los kilómetros 150 y 152 del camino nacional que desde El Alamito o Catamarca conduce a Andalgalá (fig. 1). La mayor concentra-

2 Este viaje fue realizado el día 30 de mayo de 1951; nos acompañaba en aquella oportunidad el Dr. Vicente Ferreyro, joven estudiante, por entonces, de la carrera de geología en el Museo de La Plata.

ción de restos se halla frente al puesto caminero situado entre los kilómetros antes mencionados, no lejos de la corriente de agua llamada Agua Verde (fig. 2). Aquí el campo del Pucará es una planicie apenas ondulada cubierta de pastos duros del género *Stipa* y de matas de ma-

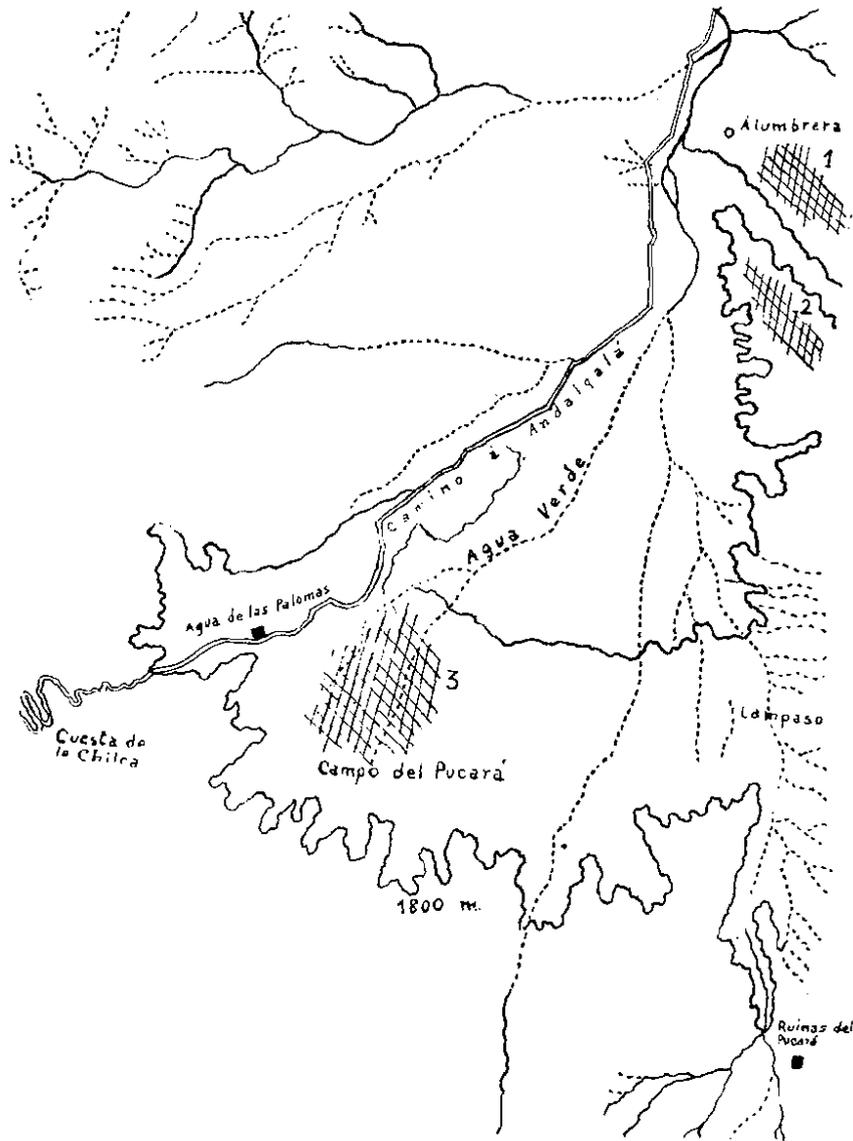


Fig. 1 - Mapa esquemático del área de campo del Pucará, N° 1, 2 y 3, zonas arqueológicas exploradas.

ravilla. Más hacia el interior del "Campo", es decir, alejándose del pie del faldeo del Aconquija, sobre el camino de herradura que desde Agua de Las Palomas conduce al Pucará, los sitios arqueológicos disminuyen progresivamente o desaparecen del todo. Sólo hemos visto, a la orilla del camino, piedras dispuestas en círculo, cuyo diámetro alcanza hasta 30 m. Estos círculos se observan, sobre todo, a orilla de los cauces secos. La alfarería es escasa o no existe en estos lugares. Las piedras que forman los círculos fueron traídas de los cauces vecinos, ya que naturalmente no existen rodados contenidos en el interior o en la superficie de los sedimentos blandos que forman el suelo de estos lugares. En un caso, adosado al círculo mayor, existían otros tres círculos más pequeños. Estructuras exactamente iguales ocurren en el valle de Tafi y en la zona de Laguna Blanca³. Estos restos están muy alejados uno de otros y fuera de los mencionados círculos, siempre a lo largo del camino al Pucará, sólo se hallan algunos amontonamientos de piedras de 2 a 4 m. de diámetro.

Los lugares arqueológicos frente al puesto caminero y en las proximidades del Agua Verde presentan distintos aspectos. Algunos se caracterizan por rodados de regular tamaño esparcidos en una área más o menos definida, los que son visibles desde lejos (fig. 2). Estos roda-



Fig. 2. - Una visita de los alrededores de Aguas de las Palomas, en la proximidad de los sitios arqueológicos.

dos presentan una distribución irregular. En cambio, en otros lugares, los rodados se presentan en filas o de manera regular, formando círcu-

³ Así como también en Barreal, sur de la prov. de San Juan, según información del Dr. Schobinger (asociados a petroglifos).

los, como los ya mencionados o más pequeños de sólo 8 a 10 m. de diámetro; también puede encontrarse rectángulos o bien simples líneas rectas más o menos aisladas o en combinación con los elementos ya descritos. En estos sitios es frecuente la alfarería fragmentada, predominando netamente, los tipos toscos. Junto con los restos de alfarería aparecen fragmentos de huesos de camélido, cuarzo con huellas de trabajo intencional, restos de carbón vegetal, acumulaciones cineríticas o de tierras quemadas, molinos planos y sus manos, etc. La alfarería y los demás restos superficiales pueden ocupar un área de 35 a 50 m. de diámetro y los distintos lugares están separados entre sí por distancias que oscilan entre 1 km y 100 m. En algunos de estos lugares puede observarse la existencia de leves elevaciones del terreno donde los restos superficiales abundan; esas elevaciones corresponden a restos de basureros.

A título de ejemplo damos el resultado de la recolección superficial del sitio N° 1 de Agua Verde (S. I.).

Corderhuasi Clásico	2
Condorhuasi Rojo Monocromo	2
Ciénaga Dibujos Negros	2
Ciénaga Negro sobre Rojo	2
Pintado sin clasificar	3
Ciénaga Grabado	10
Tosca Lisa	185

En total se practicaron reconocimientos cuidadosos o pruebas estratigráficas en 13 lugares diferentes (S. I. a S. 13 según las anotaciones de campaña). En forma muy resumida la característica principal de esos lugares es la siguiente:

S. I. Se halla situado a la orilla de uno de los tantos zanjones que desembocan en el río Agua Verde. Se caracteriza por la presencia de fragmentos de alfarería tosca, huesos de camélidos y demás elementos asociados. Existen dos filas de rodados dispuestas paralelamente a 3,60 m. de distancia una de otra y en una extensión de 40 m de largo. Los sondeos estratigráficos revelaron que los basureros tienen aquí un espesor de 1,60 m.

S. 2. Se halla a la izquierda del camino de Catamarca a Andalgala, frente al mojón indicador del kilómetro 152, a unos 80 - 90 m. del camino. El diámetro es de unos 50 m. Posee una elevación central. La alfarería es relativamente escasa. Aparecieron algunos molinos planos, resto de huesos de camélidos y carbón.

S. 3. Se halla situado a unos 60 m. del anterior. Es algo más pequeño. El centro del sitio es una depresión no muy notable. Los restos superficiales son análogos a los anotados para el sitio N. I.

S. 4. Se trata de un simple círculo de piedra situado hacia el E. del anterior. Posee un diámetro que oscila entre 9 y 10 m. No existe casi alfarería en la superficie. Un sondeo no produjo aquí ningún resultado.

S. 5. Sitio muy mal definido. Se trata de una simple agrupación de rodados en un diámetro de 30 m.

S. 6. Es una de las unidades arqueológicas mejor definidas dentro de esta zona y tiene mucha similitud con las unidades arqueológicas de la zona del Alamito. Se encuentra situada a 300 m. al SO del jalón que marca el kilómetro 151 del camino Catamarca - Andalgalá.

El lugar se presenta como una depresión de contorno oval cuyos bordes se hallan a 1 - 2 m. por encima. El largo total de la unidad es de 60.- 70 m. y el ancho de 55 m. Sobre la superficie del suelo abundan los rodados, algunos dispuestos en líneas. También se hallaron molinos planos y abundantes fragmentos de alfarería. Sobre el borde sur de la unidad se halla un montículo de 44 m. de largo por 28 de ancho y 1,50 - 2 m. de alto. Se trata de un basurero. En este montículo uno de los vecinos de Agua de las Palomas halló dos esculturas de piedra. Una representaba una cabeza humana y la otra una figura ornitomorfa. Fueron llevadas a la ciudad de Catamarca y se ignora el destino ulterior de las mismas. Dos sondeos estratigráficos de 1,30 m. de lado, alcanzaron los 3 m. de profundidad, con capas fértiles hasta los 2,40 m. Entre los restos aparecidos figuraban gran cantidad de restos de barro consolidado. Se trataba de fragmentos de paredes o techo de habitaciones.

S. 7. Se halla situado a unos 200 m. al S del anterior con el que guarda gran semejanza.

S. 8. Al S. E. del anterior, sobre la margen izquierda del cauce seco principal que corre más o menos paralelo al camino antes mencionado. Se trata de dos depresiones, situadas muy próximas entre sí. La primera tiene 54 m por 48 m, la segunda mide 60 m por 50 m. Esta última posee un montículo sobre el lado S. Este montículo mide 15 m de largo. Un sondeo de 1,30 m de lado mostró que las capas fértiles tienen aquí hasta 1,48 m de profundidad. Sobre el reborde elevado de este mismo sitio se halló una fila de piedras delimitando un recinto de 4,20 m por 4,50 m. Es casi seguro de que se trata de una habitación. Los restos arqueológicos, dispersos en superficie, son análogos a los ya anotados, pero hallamos aquí algunos molinos o conanas (metates) de un tipo

especial. Presentan una depresión central alargada bien notable y uno de sus extremos abiertos. Es interesante el detalle pues quizás se pueda elaborar una subdivisión tipológica de esta clase de restos. Se practicó un sondeo estratigráfico que mostró capas fértiles hasta 1,53 m. de profundidad.

S. 9. Frente al sitio anterior pero sobre la margen derecha del río. Son muy abundantes en la superficie los fragmentos de cuarzo. La alfarería, es por lo contrario, bastante escasa. Los rodados se encuentran dispuestos con regularidad y parecieran haber formado un círculo.

S. 10. Es otra depresión del suelo de 46 por 43 m. En el borde sobreelevado se encuentran las huellas superficiales de un recinto rectangular de 8 m de largo por 3,85 de ancho y de un montículo de desperdicios. Además existen en superficie una gran cantidad de rodados sueltos. Este sitio se halla a unos 200 m. al sudeste del S. 8.

S. 11. Igual a los anteriores pero alrededor de 1 km. de los mismo (fig. 3). Sobre la margen derecha del río principal al N. E. de los



Fig. 3. - Menhir aun "in situ" en el sitio N° 11 de Agua de las Palomas

lugares antes señalados. Se trata de una habitación aislada de 3,70 por 2,10 m, de la que se conservan buena parte de los cimientos formados por una pared doble. En la entrada de esta habitación existe un curioso menhir de 2,23 m de largo total por 0,12 m de espesor y 0,32 m de ancho. Se halló de pie, enterrado hasta una profundidad de 0,57 m. Este menhir no lleva grabado de ninguna clase. Su forma es muy regular y debió usarse en su fabricación una piedra natural a la que quizás posteriormente se talló a fin de darle la gran regularidad que presenta.

La excavación dentro de la vivienda sólo proporcionó alfarería tosca. Creemos que, debido al buen estado de conservación del recinto, puede tratarse de una construcción más o menos reciente, aunque precolombiana, en la que debieron emplearse restos más antiguos, como este del menhir, que sirvió aquí más bien como elemento para sostener la puerta de entrada que para otra función diferente. Esto no ocurre en la zona del Valle de Tafí donde abundan menhires similares.

S. 13. Se trata de una serie de rodados dispuestos en fila que se encuentran al sur del sitio anterior, sobre la margen derecha del mismo río.

Un hallazgo aislado fue el de un enterratorio situado sobre la margen izquierda del río, en uno de los tantos zanjones que en él desembocan. Se trataba del esqueleto de un adulto enterrado de posición genupectoral y sin ajuar fúnebre. El cráneo presentaba una deformación tabular erecta.

A continuación en las tablas Nos. 1, 2 y 3 y a simple título ilustrativo, transcribimos los resultados de algunas de las pruebas estratigráficas efectuadas; es necesario hacer notar que los resultados de estas pruebas se presenta tal cual fue registrado en campaña. Faltan nuevas investigaciones de laboratorio para una perfecta determinación de los tipos cerámicos hallados; esto es también válido para las pruebas estratigráficas de las unidades del Alamito que se dan más adelante. Por ejemplo mientras aquí figura Ciénaga Grabada como un solo tipo, en realidad puede descomponerse en una serie de subtipos diferentes.

Cuadro I. ESTRATIGRAFIA EN S. I, AGUA DE LAS PALOMAS

Capas	Tosca	Ciénaga Gris Grabada	Rojo sobre Ante	Ciénaga Negro s/Ante	Ciénaga Rojo Liso	Ante Lisa	Gris Lisa	Ciénaga Anaranjado Liso Pulido
1	328	16	5	1?	2	20	22	
2	167	23	1		1	?	12	
3	222	13	3		4	11	12	
4	131	11	1			10	13	2
5	95	6	—			5	11	1
6	102	1	2			8	6	
7	191	5	1			5	5	
8	189	12	2			4	7	
9	90	7	2			3	3	
10	83	3				—	3	
11	26					2	5	

Cuadro 2. ESTRATIGRAFIA EN S. 6, AGUA DE LAS PALOMAS

Capas	Tosca	Ciénaga Grabada	Ciénaga Negro s/Ante	Gris Lisa	Ante Lisa	Ciénaga Rojo s/Ante	Ciénaga Anaranjado liso pul.	Crema Lisa
1	213	14	3	38	15	3	1	
2	159	8		25		1		
3	134			31		1		
4	174	10		19		7		
5	125	11		25		10		
6	198	37		24		1		
7	148	15		21		8		
8	191	15		17		2		
9	224	13		20				1
10	11			3				
11	4			3				

Cuadro 3. ESTRATIGRAFIA EN S. 10, AGUA DE LAS PALOMAS

Capas	Ciénaga Grabada	Gris Lisa	Ciénaga Negro s/Ante	Condorhuasi	Ante Liso	Ciénaga Rojo Liso	Negro y Rojo s/Crema	Ciénaga Dibujos Negros	Tosca	Tosca Grabada	Ciénaga Rojo s/Ante
1	3	4	3						75	4	
2	3	6	1						63		
3		5	2?	6					56	6	
4		5	1	2	1				86		
5	2				1	5	1	2	90		1
6		5					4	1	90		1
7	2	8					3		32		

VIII. Hallazgos aislados y otras referencias.

En Aguas de Las Palomas oímos varias referencias sobre ruinas que existen en los faldeos y quebradas de la zona sudoccidental del Campo del Pucará, ruinas que nosotros no pudimos visitar.

También se nos informó sobre el hallazgo de una gran tinaja que contenía el esqueleto de un niño. Esa urna fue hallada durante el transcurso de la construcción del camino a Andalgala, no lejos del puesto caminero que se halla frente al Agua Verde. Hallazgos de urnas funerarias conteniendo restos de párvulos no son raras en la zona. Durante nuestra estada en el Alamito tuvimos noticias de por lo menos ocho hallazgos diferentes, de los cuales pudimos adquirir varios ejemplares; actualmente depositados en el Museo del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía de Rosario. Esos ejemplares son toscos, pintados o decorados con protuberancias de arcilla. Corresponden a tipos no descriptos hasta ahora. Una de las grandes urnas toscas apareció casualmente al abrirse un pequeño pozo en el centro de la ruta nacional que pasa por el Alamito. Parece que en las proximidades se habían hallado anteriormente otras urnas funerarias. Hasta ahora no ha sido posible establecer ninguna relación entre esas urnas y los yacimientos arqueológicos estudiados en la región. Las urnas funerarias con decoración pintada corresponde a tipos cuyos fragmentos no hallamos en los basureros excavados.

Entre los hallazgos aislados hechos en el Pucará figura un raspador lítico de tipo especial provisto de una fuerte pátina que fue hallado al pie de una de las terrazas frente a la escuela de la Alumbreira. Una punta de Ayampitín se halló superficialmente en el área de Agua de Las Palomas. Todo hace pensar que no es raro que se puedan hallar en el Campo del Pucará sitios precerámicos, al aire libre o bien en los abrigo y cavernas que aseguran existen en los faldeos del Aconquija y que convendría revisar detenidamente, lo mismo que los nítidos perfiles de las terrazas.

IX. *Excavaciones en la zona del Alamito*⁴.

Los yacimientos de la zona del Alamito se conocen también con el nombre de yacimientos de la Alumbreira o de Las Estancias, ya que ambos son lugares geográficos muy próximos y bien conocidos en la región. El Alamito, pese a estar más alejado de los sitios arqueológicos, es la localidad más destacada por su población e importancia, por lo que en adelante seguiremos usando este nombre.

Los lugares arqueológicos se hallan a 8-9 km en línea recta, al sur del Alamito, extendiéndose sobre las terrazas de la cota 1900 - 2000 m s.n.m. a la cota 1700 - 1800 m.

Los yacimientos arqueológicos abundan frente a la Alumbreira y desde esta localidad hasta Condorhuasi, sobre el río de su mismo nombre y desde la Alumbreira hasta el arroyo de Capiscuchuna. En la parte más llana del valle, y fuera de los yacimientos análogos ya mencionados para Agua de las Palomas, existen otros en el camino que conduce al Pucará, atravesando el "Campo" por su lado oriental, al O de la primera terraza. Algunos de ellos están muy bien conservados y son idénticos a los que describiremos en seguida.

A fin de excavar algunos de los numerosos yacimientos del Alamito organizamos la Primera Expedición Arqueológica al N. O. argentino del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía de Rosario. Esta expedición se realizó en los meses de marzo-abril de 1957 y de ella participaron ayudantes y alumnos del Instituto que realizaban su primera experiencia arqueológica⁵. De esa Primera Expedición publicamos

⁴ Este acápite corresponde, con algunas modificaciones, a un trabajo presentado al 33º Congreso Internacional de Americanistas reunido en San José de Costa Rica en julio de 1958.

⁵ Participaron de la expedición: M. Cavallo; S. Petruzzi; A. M. Lorandi; U. Helwig; M. A. Carrara; Ma. L. Arocena; M. Meneses; V. Núñez Regueiro; W. Harvey.

una corta noticia en Ciencia e Investigación (Rex González, 1957). Al año siguiente en vista del éxito de las primeras excavaciones, habiendo decidido nuestro viaje a los Estados Unidos, los ayudantes de la cátedra y los alumnos nos solicitaron regresar al Alamito a fin de continuar las excavaciones. Como se trataba de resolver algunos problemas mediante la aplicación de las mismas técnicas que los ayudantes y alumnos habían aprendido el año anterior, y dado el entusiasmo y la eficiencia manifestada en los primeros trabajos, no pusimos reparos en que se practicaran esas nuevas investigaciones, indicando simplemente, cuáles eran los puntos esenciales del trabajo y la manera de resolverlos.

A) Descripción de las unidades arqueológicas.

Las unidades arqueológicas de la zona del Alamito están muy claramente definidas y pese a ciertas variaciones en detalle existe un canon de distribución uniforme de sus diferentes elementos constitutivos, cosa que llama de inmediato la atención de quien las visita. Cada unidad arqueológica (fig. 4) esta constituida por:

1. Una depresión central, por lo general muy clara y bien definida aunque no muy profunda. Estas depresiones tienen contorno oval y miden término medio alrededor de unos 50 m en el diámetro mayor y 40 a 50 m en el diámetro menor. La depresión se distingue no sólo por el desnivel sino por el tipo de vegetación que allí se conserva, de color diferente y de especies distintas a las matas de *Stipa* que crecen en el terreno circundante. Toda la serie de depresiones que forman el núcleo central de los yacimientos se distinguen muy bien en las fotografías aéreas que obtuvimos (Rex González, 1957 a), debido al contraste cromático que presentan.

En las recorridas previas de los yacimientos y en las primeras excavaciones interpretamos funcionalmente a estas hondonadas como el sitio de una antigua represa, alrededor de la cual se levantaron las habitaciones y las diversas estructuras que integran la unidad arqueológica. El estudio de la altura de la entrada o pasillos de las habitaciones en relación con el fondo de la depresión, así como el hallazgo de determinados elementos arqueológicos dentro del área de la depresión y la falta de capas claramente estratificadas o de cualquier otro indicio de índole geológica que pudiera demostrar la presencia de agua con carácter permanente, parecieran indicar que las depresiones no fueron represas sino una especie de patio central. En realidad convendría practicar aún algunas trincheras radiales en nuevas unidades, como así

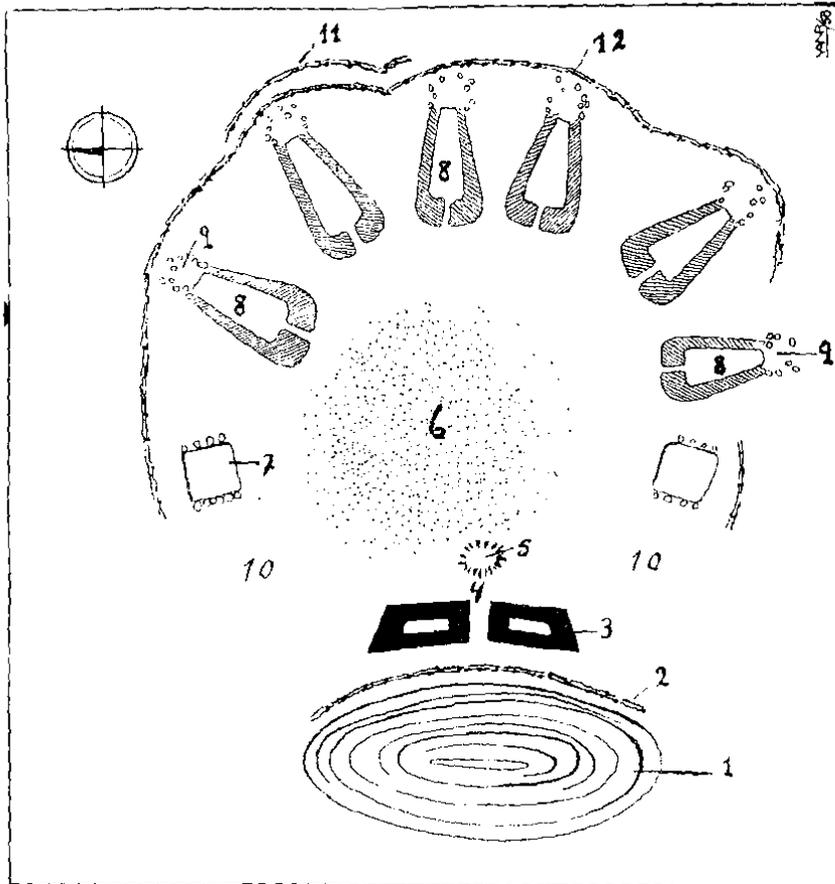


Fig. 4. - Planta ideal de una de las unidades arqueológicas de la Zona del Alamiro. 1. montículo mayor o basurero; 2. muro de sostenimiento del mismo; 3. estructuras de piedra o plataforma; 4. pasillo entre las plataformas; 5. pequeño montículo de loess; 6. gran depresión central de la unidad; 7. habitaciones rectangulares o cuadrangulares; 8. habitaciones en forma de U cerrada; 9. piedras más o menos en círculos que se hallan en la parte posterior de las habitaciones; 10. Lugar de hallazgos diversos; 11. Muro de sostenimiento; 12. Muro de sostenimiento sobrecargado.

también levantamientos topográficos más completos con curvas de nivel exactas, a fin de dejar el problema definitivamente aclarado. Los levantamientos hechos hasta ahora fueron realizados con brújula cuya exactitud no es lo suficientemente grande como para resolver esta situación específica, aunque ésta sirva perfectamente para los problemas comunes que debe encarar el arqueólogo en campaña.

2. Alrededor de la depresión central se eleva una especie de anillo formado por sedimentos loessicos o por tierra vegetal. Este anillo presenta sobrelevaciones y otras estructuras que guardan entre sí cierta distribución constante y uniforme. En las unidades del Alamito se encuentra, casi sin excepción, sobre el lado occidental de la unidad un montículo bien visible y destacado. En las libretas de campaña se designan estos montículos como montículos mayores o con las letras M. M. La orientación del eje mayor es más o menos N-S. En las unidades de Agua de las Palomas hay algunos montículos idénticos aunque la orientación respecto al resto de la unidad es diferente. Las medidas de estos montículos oscilan entre 20-35 m de largo y 10 a 20 m de ancho. El alto puede llegar hasta 4 m, pero en muchos casos no alcanzan a 1 m. En la figura 4 este montículo se señala con el número 1. Un elemento frecuente, visible a veces a simple vista y, otras veces puesto al descubierto por las excavaciones, es un muro de sostenimiento que bordea la base de los montículos mayores por el lado oriental (fig. 4 N° 2). Algunos de estos muros presentan una cuidadosa ejecución. En la unidad B, de la terraza baja —Mesada del Arbolito— el muro alcanzó una altura de 1,30 m; estaba apoyado directamente sobre el suelo virgen y abarcaba todo el lado del montículo. Los numerosos sondeos estratigráficos practicados en estos montículos revelaron de que se trata de típicos basureros, formados por la acumulación progresiva de fragmentos de alfarería, carbón vegetal, huesos partidos a lo largo, desecho de trabajo lítico, fragmentos de molinos planos, acumulaciones cineríticas, restos de paredes o techo de barro consolidado. En ningún caso se hallaron dentro de estos montículos restos de piso. Por lo contrario, las capas que presentan alguna señal de estratificación, están más o menos inclinadas. En varias ocasiones se hallaron restos humanos en desorden, los que debieron ser arrojados allí con el resto de los desperdicios. Una buena parte del montículo se debe a la acumulación de loess o tierra vegetal, removidas de sus capas originales y acumuladas con el resto de los materiales descriptos.

3. Sobre el lado oriental de la unidad se destacan una serie de pequeños montículos dispuestos en abanico uno al lado del otro y de no más de 0,50 a 1 m de altura sobre el nivel circundante; están separados entre sí por valles de superficie plana o bien por bordes de lajas o filas de rodados. Las medidas de estos montículos son muy variables oscilando entre 3 y 4 m de ancho y 10 o más metros de largo. El eje mayor se dispone en forma radial a la depresión que ocupa el centro de la unidad. En la superficie de los montículos pueden hallarse perí-

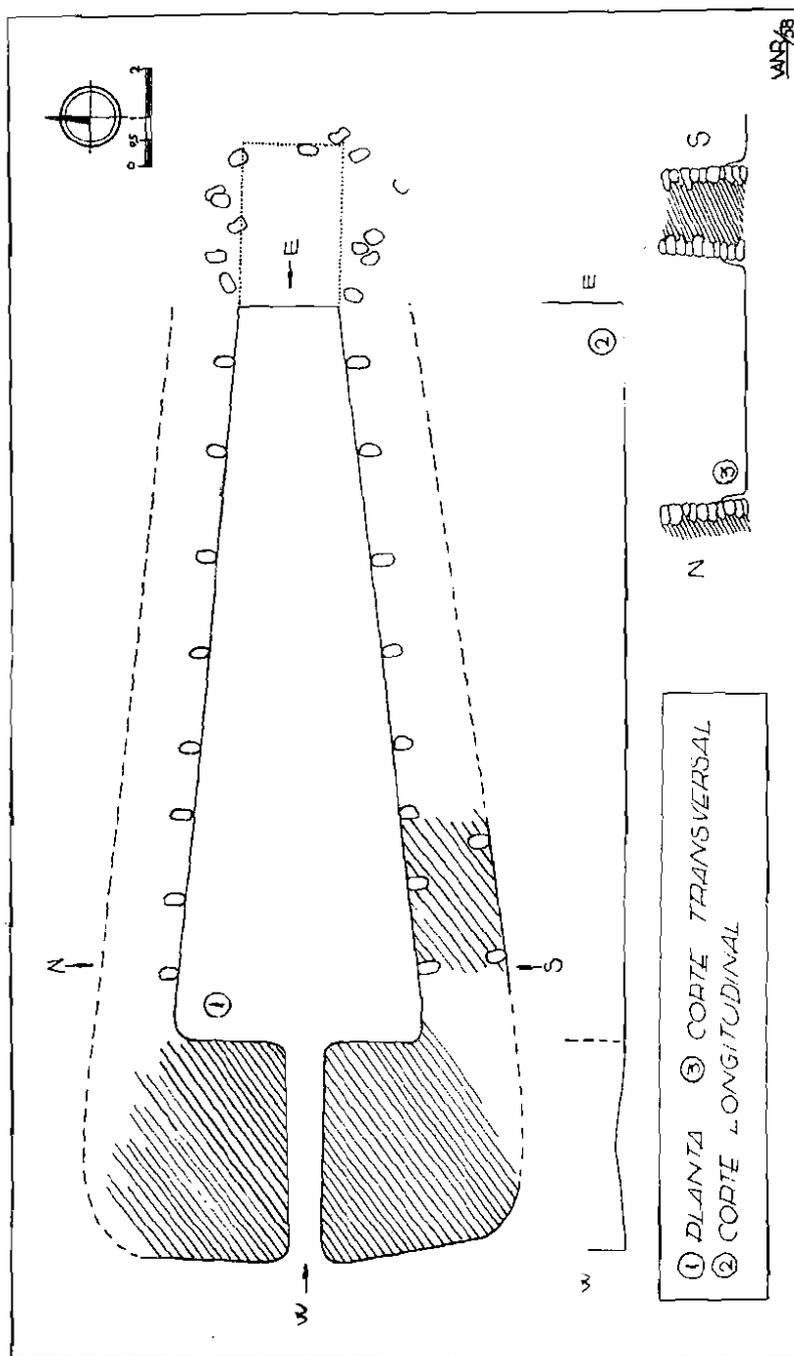


Fig. 5. - Corte y planta de una típica habitación de los yacimientos del Alamito. Corresponde al número 8 del esquema de la fig. 4.

metros delimitados por rodados o lajas más o menos espesas dispuestas en fila única o en dos filas. Estas estructuras afectan a menudo las formas de una U de ramas separadas y provistas de un círculo sobreagregado en un extremo (fig. 4 N° 9). Fuera de estos detalles los restos arqueológicos superficiales son más escasos aquí que en los basureros.

La excavación cuidadosa de dos montículos de esta clase en las unidades D y B de la terraza inferior —Mesada del Arbolito— puso de manifiesto de que se trata de vestigios de habitaciones de un curiosísimo tipo. La planta de estas habitaciones se ilustra en la fig. 5 y en el croquis general fig. 4 N° 8. Como se puede apreciar afectan la forma de una U o una V de ramas alargadas y casi cerradas en el extremo del mayor diámetro transversal. Un detalle estructural muy interesante es la presencia a lo largo de las paredes de una serie de columnas de piedra cuya altura oscila entre 1,60 y 1,80 m (fig. 6). La distribución



Fig. 6. - Una vista de conjunto de una de las habitaciones excavadas en la unidad D del Alamito. Corresponde al tipo de habitación señalado con el número 8 en el esquema de la fig. 4. Pueden observarse las columnas de piedras situadas sobre las paredes laterales y el pasillo de entrada.

de estas columnas es muy regular y simétrica y están formadas por 12 a 14 piedras superpuestas. La distancia entre cada columna oscila alrededor de los 2 m y el número total de columnas en cada habitación es de 6 a 8 en cada lado, dependiendo este número del largo de la misma. La pared de la habitación, entre las columnas, es de barro apisonado o tierra acumulada. Parece que en algunos casos existieron columnas dispuestas en pares de cada lado según puede verse en la figura 5. En las habitaciones D y B, ya mencionadas, se halló un cuidadoso revoque de

barro hasta una altura de 0,60 m y con un espesor de 3-4 cm. El piso de la habitación es muy duro y compacto, perfectamente alisado. Debió formarse con barro apisonado. En cada habitación se hallaron varios piso superpuestos, producto de otras tantas reconstrucciones. No hay, sobre esos pisos, restos de hogares bien definidos, y sólo existen escasas huellas de fuego. La cantidad de depresiones para recipientes es muy reducida en esos pisos, lo mismo ocurre con la cantidad de molinos planos encontrados.

La pared anterior de las habitaciones en cuestión presentan una entrada constituida por un largo y estrecho pasillo, cuyas paredes son muy lisas y cuyo piso es análogo al de la habitación aunque puede hallarse a 2 ó 3 cm más alto. El largo total del pasillo puede llegar a 2,50 m. mientras que el ancho oscila entre 0,60 y 0,75 m. La pared posterior, es decir la opuesta al pasillo, presenta, en las habitaciones excavadas, dos variantes. En la unidad D poseía una puerta bien definida, dentro de la superficie plana. En otro caso la pared tenía una superficie curva. Un tercer ejemplo presentaba esta pared igualmente plana pero sin puerta de ninguna clase. Un problema interesante es porque estas habitaciones se presentan, antes de ser excavadas, como pequeños montículos. Nosotros suponemos que quizás hubo acumulaciones voluntarias de sedimentos blandos sobre las paredes externas de estas viviendas. Algo muy semejante a lo que ocurre con el "earth lodge" de los indios de las praderas norteamericanas, tales como los Mandan, etc. Los restos de estas habitaciones forman a veces pequeños montículos (Strong, 1935, p. 73 y siguientes). En cuanto a la parte posterior de estas viviendas, la que en su superficie se presenta como un círculo de piedras, las excavaciones no han podido brindar una exacta información sobre ese agregado ni sobre su posible valor funcional. Otro problema se plantea al considerar la forma del techo; es indudable que las columnas debieron servir para sostener las vigas de la techumbre, pero una simple viga transversal proporcionaría un techo demasiado plano, poco útil para el escurrimiento del agua, por lo que debió existir una disposición especial que evitara este inconveniente.

Un detalle muy importante es la presencia, en el interior de estas viviendas, de enterratorios, los que sugieren para el conjunto de estas unidades arqueológicas una estrecha organización de tipo familiar⁶.

6 Montículos con enterratorios en su interior han sido hallados por Iribarren Charlin en el valle de Huasco en Chile; contienen estos montículos cerámica de tipo Molle (Iribarren 1957). Dadas las evidentes afinidades entre la cultura del Molle y Ciénaga-Condorhuasi y perteneciendo los yacimientos del Alamito a este

4. Aparte de las habitaciones que acabamos de describir aparece otro tipo diferente dentro de las unidades arqueológicas. Estas últimas (Fig. 4 N^o 7) son de planta cuadrada o rectangular, oscilando sus medidas entre 3 y 5 m por un lado y 2,50 a 3 m por el otro. El piso presenta hogares bien definidos, y abundantísimas huellas de postes y numerosos restos arqueológicos, como molinos planos, morteros, un hacha de cuello completo, un tubo de cerámica, depresiones para grandes recipientes, etc. Las columnas de piedra son aquí excepcionales y no existe el pasillo de entrada que hemos descrito para las habitaciones consideradas anteriormente. La ubicación de estas viviendas parece estar siempre en la periferia de las de planta en V o en U, según puede verse en el esquema general de la fig. 4. También aparecieron en estas habitaciones enterratorios y superposición de pisos. Los vestigios enumerados al principio parecerían indicar que estuvieron estas viviendas primordialmente destinadas a efectuar dentro de ellas tareas culinarias, mientras que las descritas al principio sirvieron especialmente como albergue.

5. Otros elementos, casi constantes en los yacimientos del Alamiro, son unas estructuras de piedra de planta cuadrada, dispuestas en pares frente al montículo mayor (fig. 4 N^o 3 y 4, figs. 7, 8 y 9). Se disponen simétricamente dejando entre sí una especie de pasillo o corredor. Las medidas de estas estructuras, llamadas también en nuestras libretas de campaña recintos o plataformas, oscilan entre los 3 y 4 m de ancho por 10 a 12 m de largo cada una. La altura es variable, y pese al gran derrumbe ocurrido, en ciertos casos llegaba hasta 1,50 m (fig. 9), es decir que originalmente pudieron superar con holgura los dos metros de alto. El pasillo tiene entre 3 y 5 m de ancho y la orientación de sus paredes oscila entre 7° y 25° de desviación con respecto al N. magnético.

La construcción de estas estructuras es muy cuidadosa estando colocados y trabados los sillares con gran habilidad (fig. 8). El lienzo externo es muy parejo en la base, hallándose por lo general muy destruido en la parte alta. En un caso las hiladas se inclinan hacia adentro, es decir que la pared es oblicua y no vertical. Los bloques de la base son cuadrangulares o más o menos poligonales; están enterrados hasta cierta profundidad y reforzados con pequeños rodados basales a manera de

grupo, cabe preguntarse si los montículos del valle de Huasco no podrían ser habitaciones en las que se practicaron algunos entierros. La presencia de pisos consolidados y acumulaciones de cenizas en el interior de los montículos, como así también su forma deprimida en el centro apoyan esta idea. Pero al lado de los montículos que sirvieron de habitación, existieron otros (op. cit. pág. 192, túmulo 4) que al igual que en los yacimientos del Alamiro, fueron simples basureros.

cuña. A veces se utilizó en la construcción restos de conanas o morteros rotos. Los ángulos de las estructuras son más o menos rectos, pero en unos casos se presentaban romos.

Dentro del perímetro de la estructura se halló en una de las unidades excavadas un depósito de loess 80 cm más alto que el terreno circundante. Todas las tentativas realizadas en busca de pisos en el interior de las estructuras fracasaron. En algunos casos aparecieron superficies planas más o menos consolidadas, pero no fue posible demostrar de manera cierta de que se trataba de un verdadero piso. Esta ausencia de piso, no obstante el cuidado con que fueron buscados y las numerosas trincheras interiores practicadas, junto con la falta de toda puerta de entrada, y la oblicuidad que las paredes presentan en algún caso hacen suponer de que estas estructuras debieron ser plataformas más o menos elevadas.

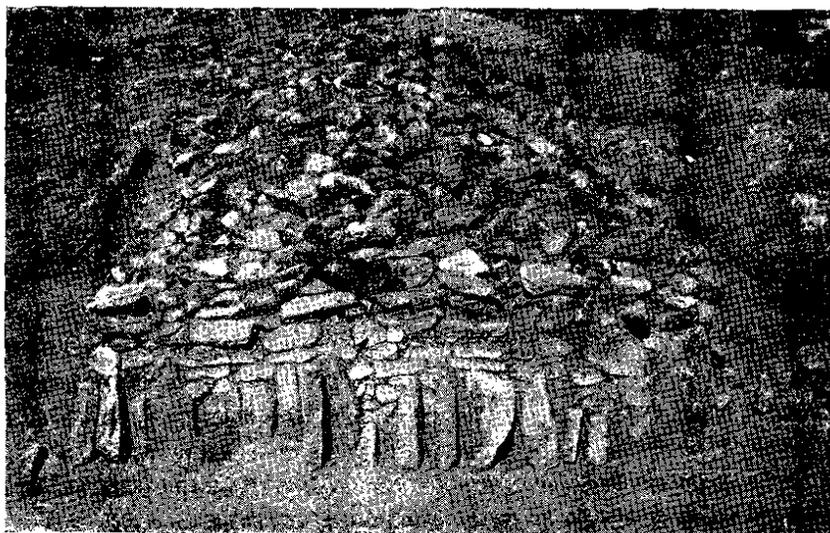


Fig. 7 - Una de las estructuras o plataformas típicas de los yacimientos del Alamiro; corresponde al número 3 del esquema de la fig. 4.

En el pasillo de la unidad B, se halló la figura de piedra que se describe más adelante. En C1 —terrace intermedia— se encontró una cabeza de piedra; y una grotesca figura, apareció casi en el extremo E. del pasillo de la unidad D. También se hallaron, en la unidad B, restos de un cráneo humano y de huesos largos en el lado E. de la plataforma N. Todas estas circunstancias nos hacen suponer que estas estructuras

estuvieron destinadas a fines ceremoniales. Es indudable que una organización social tan cuidadosa y que planificaba y distribuía sus poblados de manera tan regular como la que presentan estas unidades arqueológicas, no pudo descuidar el aspecto ceremonial; creemos que en todo lo excavado hasta ahora, son estas estructuras las que mejor parecían prestarse a estos fines.

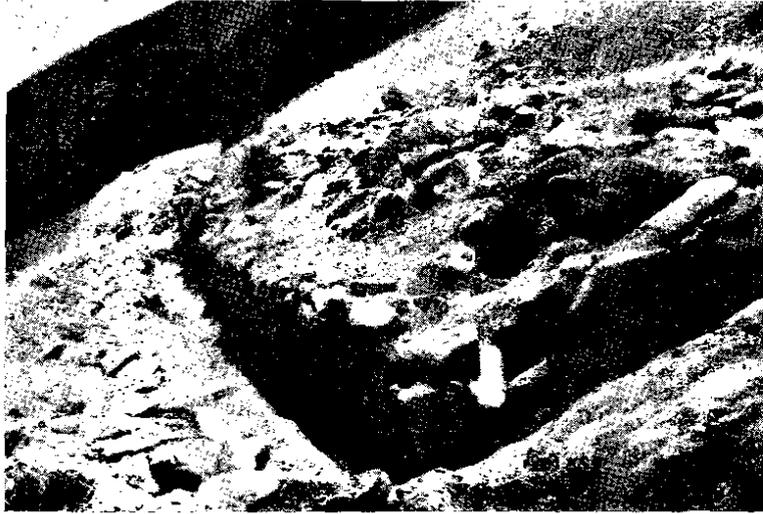


Fig. 8. - Otra vista de las estructuras o plataformas de piedra indicada con el número 3 en el esquema de la fig. 4.

Hay algunas unidades donde no existen plataformas de piedra. Estas están reemplazadas por pequeñas acumulaciones de loess que ocupan la misma posición que aquéllas frente a los montículos de los basureros.

6. Frente al pasillo correspondiente a las plataformas que acabamos de describir se halla en forma casi constante un pequeño montículo de loess (fig. 4 N° 5). No tiene más de 1 a 1,80 m de diámetro y su altura no supera los 0,80 m. A veces está completamente borrado y otras apenas se alcanza a percibir su existencia. Conocemos un solo caso que presenta un aditamento de piedras. El objeto funcional de estos montículos es totalmente desconocido.

7. El espacio situado entre los bordes externos de las estructuras de piedra y las habitaciones descritas en segundo término, espacio indicado con el número 10 en la figura 4, proporcionó en las excavaciones variados elementos arqueológicos. En primer lugar una serie de

enterratorios de tipo diverso, la mayoría de ellos pertenecientes a sujetos adultos en entierros primarios. También se hallaron allí gran cantidad de vasijas rotas "in situ" (fig. 12), molinos planos, manos, un hacha de metal, fuentes y platos de piedra, restos de un tubo cilíndrico de alfarería; en un caso aparecieron abundantes restos de carbón junto con paja quemada. Todo esto sobre un piso más o menos consolidado y de perímetro muy difícilmente definible. Los diversos elementos de juicio reunidos inducen a suponer que un cierto número de tareas de la vida cotidiana se realizó en estos lugares. Debió existir aquí un techo a manera de tinglado o alero como aún hoy utilizan los nativos del N. O., y como utilizaron otras culturas de la misma área. Nosotros encontramos en el Cerrito Colorado frente a La Ciénaga, Dto. de Belén, elementos que nos inducen a suponer en la existencia de tales aleros. Este sitio se usó también en el Alamito como enterratorio tal como sucede con las habitaciones comunes.

8. Fuera de los elementos descriptos, que forman parte integrante de las unidades arqueológicas, existen otros elementos cuya vinculación con aquéllas no resultan tan claramente definidas. Así al O del montículo mayor de la unidad B existe una estructura formada por una sola hilera de piedras dispuestas en un círculo de 21 m de diámetro.



Fig. 9. - Una de las estructuras o plataformas de piedras —número 3 del esquema de la fig. 4— mostrando el considerable derrumbe ocurrido en el "pasillo" de la misma.

Este círculo posee una especie de "entrada" de 2,40 m de ancho por 1,75 m de largo. Otra estructura similar existe cerca de la unidad A, pero es de forma rectangular y mide 16,5 por 15,5 m.

Cerca de las altas barrancas de la terraza denominada Mesada Toribio, al S de las unidades arqueológicas que allí se encuentran, y sobre el borde mismo de la terraza, donde ésta cae a pico, existen los cimientos de dos habitaciones de paredes muy bien definidas con una entrada o puerta bien clara. El tipo de estas construcciones y el hallazgo superficial de dos fragmentos de alfarería de tipo Famabalasto Negro sobre Rojo, nos inducen a suponer que estas habitaciones son mucho más recientes que las unidades arqueológicas a que nos hemos referido.

9. Enterratorios.

Diversos tipos de entierros se hallaron en las excavaciones de las unidades arqueológicas del Alamito. La forma más común es el entierro directo dentro de las habitaciones o en los sitios indicados con el N° 10 del croquis de la figura 4. El entierro dentro de las habitaciones es una modalidad muy poco conocida en la arqueología del área Central del NO (fig. 11). Los entierros ocurren dentro de los dos tipos de habitaciones descritos, las inhumaciones se hicieron en posición genupectoral laterizada. Sólo en un caso parece haberse enterrado el cadáver semiextendido. Se usaron pozos simples en forma cónica o caliciforme, excavados directamente en los sedimentos blandos. En la habitación N° 4 de la unidad D, la entrada de la tumba estaba indicada por una superficie casi circular de 0,75 m de diámetro. Esta superficie la ocupaba una tierra floja en vez del característico piso consolidado. Excavada reveló ser una cámara que se ensanchaba hacia el oeste. A pocos cm. del nivel del piso se hallaron los restos fragmentados de un gran recipiente de paredes delgadas. Éste debió colocarse ya roto en la entrada de la tumba. En el fondo la cámara poseía un diámetro de 0,89 m. y la profundidad máxima alcanzó a 1,30 m. Dentro se hallaron restos de los cadáveres, en pésimo estado de conservación. En la unidad B, la excavación de la tumba tenía forma rectangular y junto al esqueleto se hallaron varias cuentas de collar. En la habitación N° 2 de la unidad B, el cadáver se hallaba en posición genupectoral sentado. Los niños parecen haberse enterrado directamente y sin ajuar. La proporción de esqueletos infantiles resulta muy escasa (1 sobre 19 adultos), de manera que es el caso de preguntarse si no existiría algún otro lugar especial donde se los enterraba.

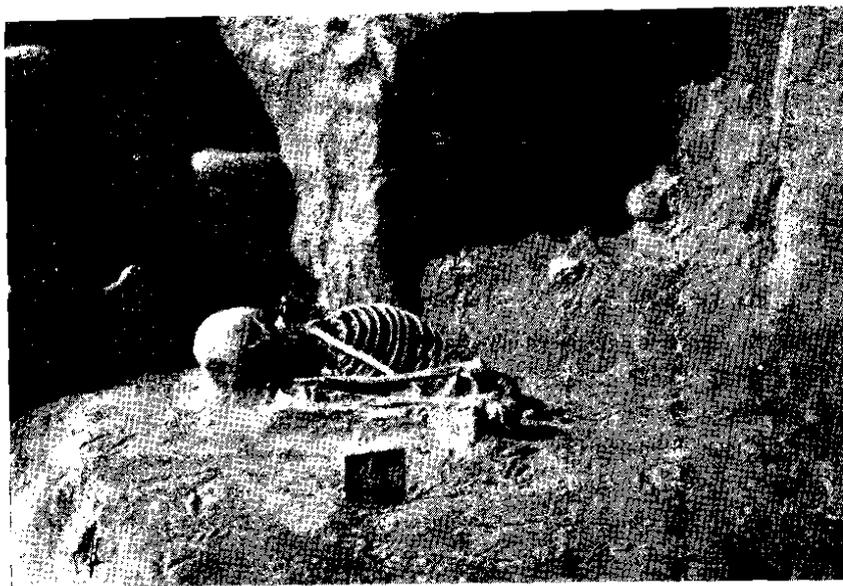


Fig. 10 - Enterratorio de adulto sin ajuar hallado en la unidad B (U. B).



Fig. 11 - Piso superior e inferior de M 2, de la Unidad III. Puede observarse, en el piso inferior, la entrada de dos cámaras funerarias, una de ellas con un esqueleto ya descubierto.

Fuera de las habitaciones los entierros tienen el mismo carácter que en aquéllas, es decir entierros directos en posición genu-pectoral lateralizada, sin ajuar (fig. 10). En la unidad B se hallaron sin embargo dos cráneos aislados y los restos de un tercer individuo seccionado nítidamente a la altura de la segunda vértebra lumbar, y del que faltaba toda la parte superior. Una excepción al tipo común de entierro es el efectuado en la unidad D. Se trata de un sujeto adulto en la posición habitual que estaba acompañado por un ajuar fúnebre constituido por un mortero de piedra y dos jarros de cerámica pulida, pertenecientes a tipos Ciénaga. Algunos enterratorios poseían algunos elementos que difícilmente pueden considerarse como un verdadero ajuar fúnebre, en dos casos se hallaron cuentas de collar alrededor de las vértebras cervicales de los inhumados y en otros dos se encontraron una serie de útiles de huesos, pequeños y alargados.



Fig. 12 - Fragmentos de grandes vasijas puestas al descubierto en las excavaciones la unidad D (U. D.).

Otros restos esqueléticos han sido encontrados, según ya dijimos, en los basureros; se trataba de restos dispersos. En un caso los huesos conservaban adheridos restos de pintura roja, quizás hematita molida. Todos los cráneos hallados presentan deformación intencional de tipo tabular erecto.

B) *Elementos arqueológicos mobiliarios.*

a) Piedra.

Una característica muy importante de la cultura que nos dejó los yacimientos arqueológicos del Alamito y Agua de Las Palomas fue la gran habilidad que sus portadores tuvieron en la talla de la piedra y en el arte escultórico. De los yacimientos nombrados en primer término proceden tres cabezas antropomorfas y restos de un mortero esculpido que evidencia un extraordinario sentido plástico que apartándose de cánones naturalistas simplifica el rostro humano acentuando algunos de sus rasgos con vigorosa estilización.

El espécimen esculpido de mayor interés arqueológico hallado hasta ahora lo constituye la pieza monolítica que ilustramos en la figura 13. Se trata de una pieza de 98 cm de alto que reproduce una figura femenina. En el rostro se han reproducido en relieve los principales detalles anatómicos, así los ojos son dos saliencias redondeadas provistas de una depresión que indica la pupila. La nariz y la boca se hallan rodeadas de una línea profunda que delimita el rostro y le dan el aire de ciertas figuras tiahuanacotas. Este carácter se acentúa en la posición de las manos situadas a ambos lados del cuerpo y uniéndose a la altura del abdomen, donde lleva un leve esbozo de dedos. Las mamas están, también, en relieve, son pequeñas pero se destacan muy bien. Un carácter interesantísimo de esta figura es el que presenta en su parte posterior donde, sobre la cabeza y la espalda, se halla representada una figura zoomorfa bastante difícil de definir, la que por momentos pareciera ser una especie de saurio. Se destaca, en esta segunda figura montada sobre la primera, la boca, que pese a una rotura permite ver una larga fila de dientes y los ojos indicados por dos depresiones bien visibles. Sobre la parte inferior de la figura humana aparecen, a ambos lados, las patas de la representación zoomorfa. Si la figura superior no es un saurio, bien podría tratarse de una representación felínica usada como adorno cefálico por la imagen inferior.

Esta escultura, similar a las piezas provistas del "alter ego" halladas en Colombia y Centro América es la primera vez que se halla, bajo esta forma, en el NO argentino. Hemos visto piezas de Nicaragua y Costa Rica donde la figura montada sobre la representación humana es un saurio. Los únicos ejemplares conocidos de figuras provistas de "alter ego" del NO serían algunas pequeñas figuras que adornan las tabletas de ofrenda del área de la Puna. Otros especímenes del Litoral para los que se ha invocado el mismo carácter nos parece que difícilmente entran en esta categoría.

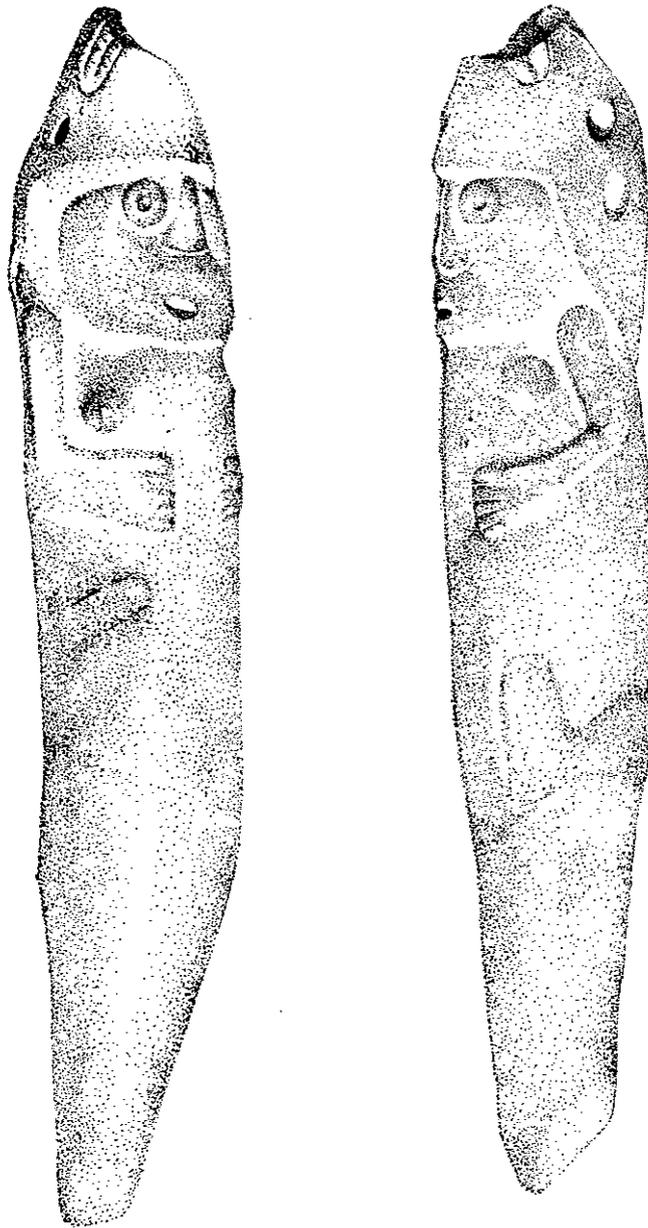


Fig. 13 - Figura monolítica esculpida hallada en el "pasillo" situado entre las estructuras de piedras o plataformas de la unidad B. Yacimiento del Alamo. Largo, 98 cm.

Volviendo a nuestro ejemplar, éste se halla aguzado en el extremo inferior, es decir, que se lo debió usar enterrado hasta cierta altura. La parte posterior de la pieza es completamente plana. Sobre la superficie se advierten huellas del trabajo a la martellina que le dio forma.



Fig. 14 - La pieza monolítica esculpida ilustrada en la figura 13 "in situ". Puede observarse la mitad N. de la estructura de piedra de dicha unidad y un plato de piedra muy próximo a la figura esculpida.

Se halló este espécimen en el pasillo situado entre las dos estructuras de piedra de la unidad B (fig. 14). La figura esculpida debió ocupar un lugar especial casi en el centro de este pasillo. Se la halló debajo de un amplio cúmulo de piedras producto del derrumbe de la

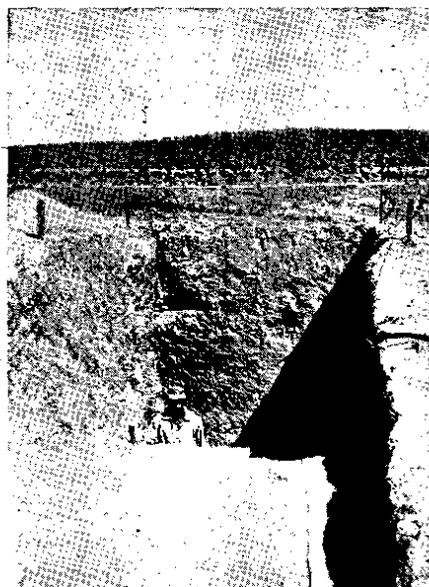


Fig. 15 - Prueba estratigráfica en el centro del montículo mayor de la unidad B. Yacimientos del Alamito.

pared S de la estructura Norte. Muy cerca de la figura apareció un plato circular de piedra; quizás se trata de un depósito de ofrendas.

Fuera de las piezas escultóricas que hemos mencionado, creemos que debe atribuirse al mismo contexto el curioso ejemplar antropomorfo cuyo calco existe en el Museo Etnográfico de Buenos Aires y cuyo original procede de los alrededores de Andalgalá. No sería muy difícil que una serie de piezas dadas a conocer por Ambrosetti en los comienzos del siglo pertenezcan también al mismo patrimonio (Ambrosetti 1906; fig. 206, Colección Fregueiro, Catamarca y fig. 207, p. 268, colección Max Schmidt⁷ de La Rioja). En el Museo de La Plata se guardan una serie de ejemplares muy semejantes y de excelente factura. En el Museo de Catamarca hay, también, otros especímenes simi-

⁷ El finado Dr. Max Schmidt reunió su colección en Andalgalá con piezas que procedían de sus inmediaciones, de manera que pese a figurar ese espécimen como procedente de La Rioja, éste quizás haya sido encontrado en Catamarca. El Dr. Max Schmidt ejerció hasta hace unos años su profesión de médico en la mencionada ciudad catamarqueña. Su muerte ocurrida a una avanzada edad, pasó completamente inadvertida para los arqueólogos pese a ser una benemérita figura, amigo de Ambrosetti y de Lafone Quevedo a quienes brindó muchos ejemplares arqueológicos, algunos de los cuales pasaron a integrar las colecciones del Museo de La Plata.

lares, que proceden de Andalgala y del Valle del Suncho, es decir, de las vecindades del Campo del Pucará.

En la lista de útiles trabajados en piedra desenterrados en las excavaciones se cuentan fuera de los mencionados los siguientes: un ejemplar de punta de proyectil, trabajado en obsidiana, se halló en el pasillo de una de las estructuras de piedra de la unidad B. Corresponde al tipo que hemos encontrado en tumbas y sitios de la cultura Condorhuasi.

Un colgante fusiforme tiene la misma procedencia que la pieza anterior.

Hachas de cuello completo son comunes en la zona estudiada. Seis especímenes se obtuvieron por compra y un ejemplar se halló al excavar el piso de la habitación N° 2 de la U.B., a 0,50 m de profundidad, de manera que parecen integrar el patrimonio cultural del pueblo que habitó estos sitios.

Las fuentes y platos hallados son en todo análogos a las piezas procedentes de tumbas Condorhuasi. Algunos especímenes van provistos de mangos antropo o zoomorfos cuidadosamente trabajados. En las excavaciones se hallaron cinco; proceden tanto de las viviendas como de los lugares marcados con el número 12 del esquema ilustrado en la figura 4.

En la zona es frecuente el hallazgo de piedras más o menos fusiformes, de sección circular en el centro y de puntas más o menos salientes. Funcionalmente se las ha interpretado como piedras de hondas. Un ejemplar fue hallado "in situ" en U.B.M. 3 a 1,60 m de profundidad. En la misma clase de material hay que incluir cuentas de collar de turquesa y malaquita. Son de tipo circular, achatadas y relativamente escasas. Alrededor de las vértebras cervicales de un esqueleto exhumado en U.B.M. 3 se hallaron 9 ejemplares. Finalmente otros elementos de piedra comprenden un martillo con cuello completo, varios morteros de cavidad cilíndrica. Procedente de la zona que estamos tratando adquirimos dos especímenes de interés. Uno es un mortero con una cara humana, el otro los restos de una piedra de moler semejante a las conanas o metates, pero, caso excepcional, está provisto de protuberancias en la cara opuesta a la cara plana. Son muy comunes en todos los sitios los restos de molinos planos y sus manos.

b) Material trabajado en hueso.

Es relativamente pobre el material trabajado en hueso hallado hasta ahora y carece de significado cultural diagnóstico. Se reúnen aquí algunos perforadores y las curiosas piezas alargadas que en número de

4 ó 5 se encontraron asociadas a dos de los esqueletos excavados. Miden término medio 75 mm de largo.

c) Piezas de metal.

Dos piezas metálicas aparecieron en las excavaciones. La primera es un pequeño anillo, seguramente de cobre que se encontró en el sondeo del montículo mayor de la unidad B. En la unidad D. 1, se halló un bacha de orejas pequeñas semejantes a piezas que se hallan en el contexto Ciénaga.

d) Piezas trabajadas en concha.

Trabajados en valvas de moluscos existen sólo dos especímenes. Fueron hallados en la unidad B.M. 1. Carecen de valor diagnóstico.

e) Alfarería.

Elemento esencial para la filiación cultural de los pueblos agroalfareros, la discusión y el análisis de los tipos cerámicos hallados en las excavaciones requeriría un espacio varias veces superior al de este trabajo. A título ilustrativo y mientras se realizan las investigaciones complementarias damos en las tablas 4, 5, 6 y 7, algunos ejemplos de resultados de pruebas estratigráficas. Las mismas nos informan sobre algunos de los tipos aparecidos y su proporción relativa.

Dentro del material cerámico hay que incluir también tubos de cerámica de unos 30 a 38 cm de largo y 10-15 cm de diámetro, lisos en toda su superficie, y de paredes relativamente delgadas que apare-

Cuadro 4. UNIDAD G I. EL ALAMITO

Capas	Tosca	Tosca Grabada	Alamito Monocromo	Ciénaga Grabada	Ciénaga Pintada	Gris Lisa	Ciénaga I
1	554	1	2	15	20	7	—
2	281	—	4	24	15	11	4
3	263	1	8	14	13	14	1
4	350	—	18	3	14	7	—
5	203	—	9	6	8	15	—
6	?	1	5	10	5	8	2
7	7	—	7	—	—	1	—

Cuadro 5. UNIDAD I. ESTRATIGRAFIA EN MONTICULO I. EL ALAMITO

Capas	Tosca	Tosca Alisada	Tosca Grabada Líneas Finas	Tosca Grabada Líneas Gruesas	Tosca Pintada	Tosca Pintada Lín. Verticales	Alamito Monocromo	Ciénaga Grabada	Gris Lisa	Ciénaga Pintada	Ciénaga Rojo Liso	Condorbuaui
1	1360	10	16	—	8	—	23	1	12	—	1	14
2	873	3	7	1	1	4	5	5	2	2	—	20
3	657	2	3	—	4	9	6	2	5	—	1	8
4	658	3	4	—	4	—	24	1	3	1	—	22
5	644	5	4	1	8	25	9	2	4	1	—	36
6	113	1	—	—	3	—	4	—	—	1	—	6

Cuadro 6. UNIDAD D. MONTICULO I. EL ALAMITO

Capas	Tosca	Tosca Alisada	Tosca Grabada Líneas Finas	Tosca Grabada Líneas Gruesas	Tosca Pintada	Tosca Pintada Lín. Verticales	Alamito Monocroma	Ciénaga Grabada	Gris Lisa	Ciénaga Pintada	Ciénaga Rojo Liso	Condorbuaui
1	656	2	10	2	2	6	6	—	3	—	—	7
2	1366	—	4	—	6	13	7	4	2	2	—	21
3	909	—	9	—	5	25	5	4	—	—	2	24
4	962	4	7	—	6	34	6	—	2	—	—	22
5	1025	5	11	2	12	36	13	1	1	—	4	22
6	1212	3	2	1	12	69	13	6	2	—	2	28
7	1290	25	4	—	—	56	17	2	3	2	2	30
8	1100	8	6	—	18	41	12	7	—	1	3	55
9	937	5	—	—	18	7	11	6	2	—	—	37
10	239	—	—	—	7	6	4	2	1	—	1	13
11	2	1	—	—	3	—	—	—	1	—	—	1

Cuadro 7. UNIDAD B. ESTRATIGRAFIA EN MONTICULO I. EL ALAMITO

Capa	Tosca	Tosca Alisada	Tosca Grabada Líneas Finas	Tosca Grabada Líneas Gruesas	Tosca Pintada	Tosca Pintada Lín. Verticales	Alamito Monocromo	Ciénaga Grabada	Gris Lisa	Ciénaga Pintada	Ciénaga Rojo Liso	Condorbuas
1	528	—	4	2	4	—	2	1	2	—	—	11
2	592	—	3	—	3	2	—	16	1	—	—	12
3	320	1	7	—	4	4	3	—	—	—	1	10
4	677	—	12	—	6	21	7	12	1	—	—	25
5	962	8	7	—	11	40	10	10	—	2	2	47
6	835	6	2	1	6	35	10	9	2	—	2	40
7	643	2	9	—	5	35	5	1	1	—	—	35
8	715	4	7	1	3	43	2	6	1	2	3	40
9	841	1	3	1	23	93	7	6	1	1	—	42
10	869	1	7	2	5	94	14	8	2	1	—	34
11	762	3	6	4	6	60	10	1	1	—	1	49
12	594	4	5	—	2	65	9	5	—	1	—	36
13	548	—	21	6	—	87	43	11	—	—	—	23
14	498	9	4	1	12	76	3	9	2	—	5	20
15	1372	10	16	—	4	54	22	5	1	1	4	32
16	152	1	1	—	—	15	4	—	—	—	—	6

cieron en la excavación de dos unidades diferentes. La significación funcional de estos tubos es muy difícil por el momento.

De la zona se conocen dos figurillas antropomorfas, son muy sencillas y difieren sustancialmente de los especímenes que hemos reconocido como pertenecientes a la cultura de los Barreales.

En las excavaciones se hallaron algunas piezas fragmentadas que deben ser instrumentos musicales, uno de ellos es un silbato, el otro puede ser una ocarina. Sólo dos ejemplares de torteros de barro cocido se han encontrado. Son del tipo liso. Finalmente hay que incluir una serie de especímenes que con gran frecuencia aparecieron en los basureros, tanto de Agua de las Palomas como del Alamito. Son piezas circulares, de unos 15-20 mm de diámetro hechas en fragmentos de cerámica rota, cuyo perímetro fue cuidadosamente desgastado hasta obtener la forma deseada. Debe tratarse de piezas de juego.

X. *Filiación cultural de los yacimientos excavados.*

Es difícil poder ubicar estos yacimientos en un contexto determinado. Entre estas dificultades hay que anotar:

1. La agrupación contextual de los dispersos elementos excavados en el área Central del N.O. argentino ha comenzado recién en los últimos 8-10 años. Hasta entonces el todo caía bajo el rótulo infotme de "diaguita".

2. Las excavaciones sistemáticas son reducidísimas en relación con la extensión e importancia de la zona.

3. Gran parte de los patrimonios culturales fueron definidos a base del contenido de tumbas, lo que nos brinda un aspecto muy parcial de los contextos respectivos.

4. El Campo del Pucará se halla en los límites de dos áreas geoarqueológicas distintas por lo que es de esperar la mezcla y complejidad características de las zonas de contacto.

5. Las áreas aledañas al Campo del Pucará, como el valle de Tafi, la vertiente oriental tucumana del Aconquija y la sierra de Narváez, lo mismo que la zona N. de Santiago del Estero, son casi totalmente desconocidas desde el punto de vista de sus secuencias y contextos.

Aquí trataremos, muy brevemente, de analizar la situación cultural de estos yacimientos en relación con los yacimientos y las culturas conocidas del valle del Hualfin. Desde ya podemos adelantar que muchos puntos quedarán sin respuesta adecuada hasta que se excaven y se conozcan mejor las áreas vecinas; esto es lógico que ocurra en excavaciones que tienen el carácter de ser las primeras en este tipo de yacimientos. De cualquier manera el correcto planteamiento de la problemática facilitará la respuesta el día en que las nuevas excavaciones aporten los nuevos elementos de juicio.

a) *Los yacimientos excavados y la fase Ciénaga de la cultura de los Barreales.* En la lista de la cerámica hallada en las excavaciones figuran todos los tipos descritos como pertenecientes a la fase Ciénaga, excepción hecha de los siguientes:

Ciénaga Grabado Simple (hay un solo fragmento en Agua de Las Palomas).

Ciénaga Grabado Simple Pintado.

Urnas Ciénaga Grabada.

Entre los subtipos del C. Grabado Geométrico abundan los que hemos clasificado como tipos a y b, en cambio faltan o no son muy escasos los subtipos d, e, f, g, l, h, j.

La presencia de tantos tipos cerámicos pertenecientes a la fase Ciénaga, llevaría a clasificar este yacimiento dentro de aquel contexto; pero analizando el problema con criterio analítico veremos que la situación es más compleja de lo que a primera vista parece y que se requiere algo más que la simple presencia cerámica para poder dar un juicio definitivo sobre la ubicación cultural de un complejo de elementos cualquiera.

En los típicos yacimientos Ciénaga estudiados a orillas del Hualfin el porcentaje de los tipos cerámicos es muy diferente que el que aparece en los yacimientos del Campo del Pucará. Así tomando solamente el tipo C. Grabado Geométrico en sus subtipos a y b, estos aparecen en el valle del Hualfin, en los basureros que nosotros estudiamos, en un porcentaje mayor al 50 % del total de fragmentos. En los yacimientos aquí considerados es excepcional que ese mismo tipo llegue al 10 % del total. No podemos dejar de desconocer este importante hecho, sobre todo cuando lo consideramos en relación con el resto del patrimonio. Tomando por ejemplo las costumbres funerarias: sobre 21 tumbas o enterratorios excavados en el Campo del Pucará sólo uno es indiscutiblemente Ciénaga. Los otros 19 carecen de ajuar fúnebre, cosa que no ocurre sino en casos muy excepcionales en los yacimientos del valle del Hualfin; allí la casi totalidad de los entierros Ciénaga tienen ajuar que muestran una marcada variación en cuanto al número de ofrendas, pero en los que por excepción faltan piezas de alfarería. Estas pueden llegar a 20 o más especímenes en una sola tumba. Otro carácter distintivo fundamental es la ausencia de entierro de párvulos en urnas en los yacimientos del Alamito y Agua de las Palomas. Estos entierros dan un carácter muy definido a los cementerios del valle del Hualfin, y en algunos casos los hallazgos de urnas en un solo cementerio llegan al centenar. En el Alamito el único entierro de niño es un entierro directo.

La industria lítica muestra algunas diferencias marcadas entre los yacimientos considerados y la fase Ciénaga. En los yacimientos del Campo del Pucará falta totalmente la industria basáltica monofacial que hemos definido como perteneciente a aquella fase cultural. También están ausentes las curiosas esferas líticas provistas de mamelones que aparecen en algunas tumbas Ciénaga, aunque es necesario hacer notar que estos últimos elementos no son, tampoco, muy frecuentes en este patrimonio. También faltan las pipas de barro cocido y los grandes vasos o jarros de saponita que aparecen en el contexto Ciénaga del Hualfin.

Las habitaciones Ciénaga del valle del Hualfin son desconocidas

aún. Las viviendas que excavamos en Laguna Blanca y que contenían cerámica Ciénaga eran de planta oval, con cimientos de piedra y semi enterradas, muy diferentes a las del Alamito. Hay sin embargo un carácter general común, muy importante, que también comparte Condorhuasi en Laguna Blanca, y es que tanto en Ciénaga como Condorhuasi y el Alamito carecieron de verdaderos pueblos, estando las viviendas agrupadas en muy pequeño número alrededor de la depresión central en el Alamito y alrededor de los recintos de siembras o círculos de piedras, en Laguna Blanca. Este carácter que aparece también en los sitios del valle de Tafi que fotografiamos desde el aire, nos induce a suponer que aquellos restos del valle tucumano deben pertenecer también a culturas agroalfareras de los períodos más tempranos.

Por último, entre los elementos de barro cocido, hay que agregar la ausencia en Ciénaga de las piezas circulares pequeñas, probables cuentas de juego, que aparecen en profusión en el Alamito.

Entre las piezas de metal, el hacha de orejas hallada en la unidad III puede ser muy bien Ciénaga, en cambio un pequeño anillo hallado en unidad B, carece de valor diagnóstico. No son muy abundantes en Ciénaga las piezas de metal, pero aparecen pinzas y campanillas que hasta ahora no se han hallado en el Alamito. Otros elementos comunes de ambos patrimonios podrían ser las piedras pequeñas aovadas y quizás las tumbas de tipo de cámara lateral, pero éstas existen también en la cultura Condorhuasi.

b) *Los yacimientos excavados y la cultura Condorhuasi.*

A excepción de los tipos cerámicos que hemos denominado Condorhuasi Bicolor y Condorhuasi Tricolor, los demás tipos Condorhuasi están presentes en alguno de los yacimientos estudiados. Pero es necesario tener en cuenta que los dos tipos antes nombrados son excepcionales en los yacimientos Condorhuasi y no sería raro que sean intrusivos, es decir, que carecerían de valor diagnóstico para aquella cultura.

El estudio del resto del patrimonio nos revela que faltan en los sitios del Campo del Pucará las características pipas de saponita de Condorhuasi y también el tembetá, pero aquéllas no son muy abundantes y éstos sólo por excepción se han hallado en tumbas, conociéndose su uso por su representación en las piezas antropomorfas de alfarería. En cambio han aparecido en el Alamito morteros antropomorfos y zoomorfos, fuentes y platos de piedra que son bien característicos de Condorhuasi.

Poco valor diagnóstico tienen otros elementos como los collares de turquesa o malaquita. En la cultura Condorhuasi han aparecido con gran frecuencia ejemplares formados por cuentas numerosas y muy bien elaboradas; en el Alamito los collares son muy escasos hasta ahora. La única punta de proyectil hallada en este yacimiento pertenece sin duda a la cultura Condorhuasi, pero su carácter de ejemplar único le confiere poco carácter definitorio.

Un elemento común entre ambas culturas es la presencia de hachas de piedra de cuello completo. Otro carácter común, pero de índole general, sería el gran desarrollo del arte escultórico, pero para poder establecer una correlación estrecha es necesario que este rasgo se revele en lo particular, con similitud de elementos específicos, y no como un carácter general. Un mortero y las asas de las fuentes comparten ese carácter específico.

En las costumbres funerarias de la cultura Condorhuasi existe un amplio margen de variación. Existen tumbas con un rico ajuar fúnebre y otras muy pobres, lo que traduce quizás diferencias sociales si es que esas tumbas fueron sincrónicas. Algunas tumbas sólo poseían útiles de piedra o hueso, e ignoramos en qué proporción aparecen tumbas sin ajuar aunque sospechamos que fueron bastante frecuentes. Ya vimos que en el Campo del Pucará el entierro con ajuar fúnebre es la excepción. Un carácter común es la ausencia o escasez de entierros en urnas, aunque para darle valor a este rasgo cultural son necesarias más excavaciones.

La metalurgia parece haber sido relativamente pobre en Condorhuasi, si bien se han hallado pulseras y plaquitas de metal en sus tumbas, todas posiblemente de cobre. Ya vimos el carácter excepcional de la metalurgia en el Alamito.

c) *Comparaciones con otras culturas, o yacimientos.*

La comparación con otros sitios arqueológicos no arroja mayores luces sobre estos yacimientos. Montículos dispuestos con cierta regularidad aparecen en Santiago del Estero; a veces esos montículos fueron habitaciones y otras veces se usaron para enterratorios, pero hasta ahora no tenemos noticias de la existencia de unidades perfectamente definidas como estas del Campo del Pucará, y faltan en Santiago trabajos arqueológicos realizados con técnica adecuada.

En Barreales se usaron grandes montículos que urge excavar para determinar su sentido funcional; recién entonces estaremos en condiciones de poder establecer similitudes o diferencias.

Es necesario estudiar también con toda urgencia las culturas que dejaron los curiosísimos restos del valle de Tafi. Con ellas los yacimientos del Campo del Pucará comparten algunos rasgos comunes. En primer lugar el carácter de que faltan verdaderos pueblos y existen, en cambio, unas pocas habitaciones alrededor de un centro común, si bien las unidades arqueológicas no son tan regulares en el valle de Tafi, como estas del Campo del Pucará. Otro rasgo común es la presencia de menhires y de círculos de piedra. Aunque en el Alamito no se halló ningún menhir "in situ", encontramos varios especímenes de más de 1 m de alto y de forma regular, caídos sobre la superficie del suelo. El ejemplar de Agua de las Palomas es, sin embargo, muy definido. Otro rasgo común sería la gran frecuencia de cerámica tosca, por oposición a todo otro tipo, que se señala en los yacimientos de Tafi.

Si hemos mencionado elementos comunes con otras culturas es necesario señalar los elementos que son, hasta ahora, típicos de estos yacimientos. Entre ellos se destaca la curiosa y planificada distribución de sus viviendas. Ya veremos que esta forma aparece sólo en la cultura de Chiripa, aunque ciertas descripciones etno-históricas para la zona sur de Santiago del Estero y Córdoba parecerían describir pequeños núcleos de población semejantes. Otro rasgo, excepcional en la zona Central del N.O., es el de la sepultura dentro de las viviendas, pero esa costumbre es común en la Quebrada de Humahuaca y en zonas aledañas. Por otra parte no podemos asegurar que Ciénaga no enterrara a sus muertos también dentro de las habitaciones, pues este problema se presenta aun confuso a la luz de las actuales evidencias. Por último hay que mencionar entre los rasgos propios del Alamito tres tipos cerámicos: Alamito Líneas Verticales; A. Tosco Pintado y A. Tosco Alisado, y la presencia de esculturas en piedra de formas curiosas y específicas, tales como las ya mencionadas cabezas y la pieza monolítica.

En la nota donde dimos cuenta de las primeras excavaciones en el Alamito (Rex González 1957) nos inclinamos a incluir estos yacimientos dentro de la cultura Condorhuasi, cuyo centro original no ha sido hallado. El examen posterior de los materiales arqueológicos y de las diferentes evidencias que hasta ahora disponemos, aunque no descartan esa diagnosis, dejan algunas dudas sobre la misma. Es evidente de que existen muchos elementos en común entre la cultura Condorhuasi y los especímenes recuperados en las excavaciones del Campo del Pucará, pero existen otros que tienden a separar estas dos entidades. Las diferencias se manifiestan particularmente en las pruebas estratigráficas. En algunas de esas pruebas no aparece un solo fragmento de la cerámica

de Condorhuasi Clásica. Pero el problema reside en qué medida ese tipo cerámico sirve como elemento diagnóstico de la cultura Condorhuasi. En nuestro trabajo sobre esta cultura decíamos: "Es probable que en la facie más antigua de la cultura Condorhuasi no se conociera el tipo de alfarería Condorhuasi Clásico..." (González 1956, p. 63). No hay duda de que la cultura Condorhuasi debió abarcar un largo lapso y que por lo tanto podrá subdividirse en varias etapas, pero con los elementos conocidos hasta ahora cualquier subdivisión sería prematura. Es necesario esperar, hasta tanto se encuentre un centro geográfico donde esta cultura pueda ser aislada de influencias extrañas. Recién entonces estaremos en condiciones de poder valorar exactamente el sentido que tienen la gran cantidad de elementos Condorhuasi encontrados en el Alamito.

Pero si no es posible, por el momento, incorporar estos yacimientos a la cultura Condorhuasi, tampoco estamos autorizados a hacer de ellos una dependencia de la fase Ciénaga de la cultura de los Barreales. Las diferencias en el material lítico y en las prácticas funerarias son demasiado marcadas para esta inclusión. Otra cosa muy distinta es ver el claro proceso de aculturación que aquí se estaba operando. No hay ninguna duda de que la fase Ciénaga ejerció un extraordinario influjo en este pueblo de Campo del Pucará. La presencia de miles de fragmentos cerámicos de tipos pertenecientes a esa fase cultural lo prueban de manera concluyente. Las influencias fueron tantas que en determinado momento este pueblo empezó a adoptar las mismas costumbres funerarias de Ciénaga, como prueba el hallazgo de una típica tumba de esa fase cultural. Pero con todo, esa influencia no alcanzó a cambiar los rasgos esenciales de la funebría del contexto original. Por ahora es imposible determinar si toda la cerámica Ciénaga que aparece en El Alamito es local o se trata de piezas importadas. Pero si es original, nos preguntamos ¿por qué motivo no se halló en las excavaciones del Alamito un solo ejemplar de las urnas Ciénaga cuando éstas en los sitios originales del Hualfin son tan abundantes?

Los cuadros gráficos de la seriación estratigráfica probarían que la influencia de los tipos cerámicos Ciénaga y Condorhuasi, aunque muy próximos en el tiempo, tuvieron cierto carácter diacrónico. Es decir que cuando aparece mayor cantidad de elementos de una, desaparecen o disminuyen los de la otra, y el valor de esa conclusión sería igual aun en el supuesto caso de que el proceso se hubiera cumplido en sentido inverso, es decir que hayan sido los elementos Ciénaga los que desplazaran a Condorhuasi.

El problema de la filiación cultural exacta de estos yacimientos, queda, pues, en pie, y sobre él esperamos volver en el trabajo definitivo.

XI. *Comparación con otras áreas.*

Las relaciones de los yacimientos estudiados reafirman algunos conceptos ya esbozados anteriormente sobre vinculaciones prehistóricas del N. O. argentino. Hemos señalado aquí el aire tiahuanacota que presenta la figura monolítica esculpida (fig. 13). Es muy interesante que en este mismo sitio aparezca la cerámica Condorhuasi de tipo Clásico en la que se han visto, también, ciertas reminiscencias de la cerámica Tiahuanaco, tales como la gran frecuencia de los motivos escalonados y cierta manera de combinar los colores con que se pintan los motivos decorativos de esos vasos. Es indudable que esas similitudes deben ser establecidas con el Tiahuanaco temprano y no con el Clásico, ya que la posición en la cronología absoluta de éste estaría en contradicción con la fecha que ahora estamos dispuestos a asignar a Condorhuasi. Algunos otros elementos reafirman esas posibles relaciones, tales como el uso del tembetá y la escasez proporcional de cerámica pintada, en relación con la tosca, en los niveles del Tiahuanaco antiguo.

Schaedel ha señalado recientemente las posibles vinculaciones entre la cultura chilena del Molle y la cultura Chiripa, una de las etapas anteriores al Tiahuanaco Clásico, al sur del Titicaca (Schaedel, 1957, p. 39). También ve elementos comunes entre Paracas, Chiripa, el Molle y Condorhuasi (op. cit. p. 40). Todas pertenecerían a un horizonte antiguo, aun innominado.

Nosotros estamos en condiciones de aportar, después de estas excavaciones del Campo del Pucará, nuevos elementos de juicio con respecto a las correlaciones con Chiripa. Esta es la única cultura conocida que dispuso sus poblaciones alrededor de una especie de patio o centro, en la misma forma como ocurre en nuestros yacimientos, es decir que las habitaciones miran todas a un centro común y sus entradas están orientadas hacia ese centro (Bennett 1936, p. 413 y sig.). Es cierto que la forma de las habitaciones de Chiripa son diferentes, lo que no invalida la similitud en la distribución planificada de la unidad. Otro posible carácter común es la existencia de paredes dobles, rasgo que parece existir en el Alamito, pero que hay que confirmar. En cambio no existen diferencias en las costumbres funerarias. En ambas culturas se enterró dentro de las habitaciones, con un ajuar pobrísimo o sin ajuar de ninguna clase. Aun el carácter general externo de la unidad arqueológica de

Chiripa presenta similitudes con unidades del Alamito. En Chiripa la unidad se presenta como una especie de anillo sobreelevado, con una depresión central. Este es el aspecto de las unidades de la terraza media —Mesada Toribio—. Las habitaciones se colocaron, tanto en Chiripa como en el Alamito, en una posición sobreelevada y alrededor de una especie de anillo que rodeaba el centro deprimido. Al lado de las similitudes entre ambos sitios hay marcadas diferencias. En Chiripa aparecen adobes adornados con colores y la cerámica pintada de amarillo sobre rojo no aparece en el Campo del Pucará; lo mismo ocurre con el utillaje de hueso que es muy abundante en Chiripa. Pero debemos tener en cuenta que en el sitio junto al Titicaca no alcanzaron a excavar sino dos habitaciones de una unidad. No hay duda que el día que se excaven muchos yacimientos de la cultura Chiripa las similitudes con las culturas ya nombradas del N.O. argentino habrán de aumentar. Es muy probable que el sitio excavado por Bennett no sea el más antiguo ni el más característico de la cultura Chiripa, de la misma manera que sospechamos la existencia de otros lugares donde la manifestación cultural que aparece en el Alamito, esté más libre de influencias extrañas.

En Bolivia aparecen otras manifestaciones culturales que presentan analogías con las culturas agro-alfareras más tempranas del N.O. argentino. Ibarra Grasso menciona una cultura con manifestaciones escultóricas muy definidas que aparece al N.W. de la ciudad de Belén y que luego encontró en el terreno en Sora-Sora, al S.E. de Oruro, una zona también caracterizada por la presencia de montículos. En estos yacimientos aparece una cerámica roja, o excepcionalmente negra, lisa sin pintar, a veces con motivos incisos (Ibarra Grasso, 1956, p. 47 y siguientes) *. Pero en esta cultura aparecen urnas funerarias para párvulo y adulto, cosa que las diferencias de nuestros yacimientos. Este mismo autor afirma, muy recientemente, las vinculaciones de la cultura que llama Yampará y la Condorhuasi, como también la idea general de que las influencias andinas que llegan a la Argentina "... corresponden siempre a épocas anteriores a la expansión Tiahuanacota" (Ibarra Grasso, 1957, p. 24). En estos momentos se realizan muchos trabajos de campaña en Bolivia y en el N.O. argentino; cuando se aclaren perfectamente las secuencias arqueológicas de la cuenca del Titicaca, la que aun presenta muchos puntos dudosos (Ponce Sanginés, 1957, p. 23 y siguientes), estaremos en excelentes condiciones para poder establecer con bases muy seguras, las vinculaciones específicas que la unen al N.O.

* Ver también el trabajo de este autor que aparece en el presente tomo. (N. del D.).

argentino; vinculaciones que debieron existir en épocas del Tiahuanaco antiguo, Chiripá y otras etapas no bien conocidas. Hace poco hemos tenido oportunidad de examinar en Filadelfia fragmentos de cerámica del sitio denominado Qualuyo, en la cuenca del Titicaca, para el que corresponde un dato de radiocarbono sumamente antiguo, y encontramos en ellas similitudes con tipos de la etapa temprana de las culturas del área que aquí estudiamos.

Los yacimientos del Campo del Pucará no muestran relaciones muy específicas con el área correspondiente de Chile. Sólo podemos señalar el hallazgo muy reciente hecho por Iribarren Charlín, de una serie de montículos que podrían ser, quizás, restos de habitaciones, en algo semejantes a las que aquí hemos descrito (Iribarren 1957). Las demás relaciones que se pueden establecer entre los yacimientos estudiados y el área chilena corresponden a similitudes que han sido apuntadas entre las culturas del Molle y Condorhuasi. Recientemente nuevos elementos de juicio reafirman esas vinculaciones; compárese por ejemplo los vasos publicados por Cornely (1956, fig. 8) y los publicados por nosotros (op. cit. lám. VI, figs. 1 y 2). Además, acabamos de revisar en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York las colecciones hechas en Chile por Lothrop y Bird. Hemos encontrado una buena cantidad de fragmentos que pueden ser clasificados perfectamente como Ciénaga Grabado Geométrico y Condorhuasi Grabado. En Chile creemos que hubieran sido clasificados con toda razón como pertenecientes a la cultura del Molle.

Cornely opina que la cultura del Molle debe ser fechada entre los comienzos de la era cristiana y el año 400 (Cornely 1952, p. 142). Nosotros creemos actualmente que Ciénaga-Condorhuasi pueden situarse en fecha muy aproximada. De ser así, tanto la cultura del Molle como Ciénaga-Condorhuasi, abarcaron un largo período de tiempo. Se impone, pues que a ambos lados de la cordillera empecemos a "hilar más fino" en lo que respecta a las subdivisiones de esas culturas o fases culturales. Para Ciénaga, la subdivisión en dos períodos de tiempo diferente tiende a confirmarse como acabamos de verlo, mientras que la subdivisión de Condorhuasi aun espera la confirmación. Una vez establecidas las subdivisiones respectivas, los vínculos transcordilleranos deberán establecerse entre esas respectivas subdivisiones en vez de hacerlo bajo rótulo muy amplios como hemos hecho hasta ahora. Como un anticipo, quizás un poco prematuro, de las futuras vinculaciones que indudablemente se establecerán entre la zona chilena Agrícola Central (Schaedel, 1957, fig. 1) y el área Central del N.O. argen-

tino, tendríamos, en base a las secuencias de esta última región, las siguientes etapas o niveles de vínculos:

A. - Fase Ciénaga de la cultura de los Barreales. Tipos cerámicos de este período aparecen muy bien representados en Chile. Estos tipos parecen incluirse por ahora dentro de la cultura de El Molle. No sería imposible que puedan constituir una fase diferente de esa cultura y Cornely ya indica una subdivisión de la misma (Cornely, *op. cit.*, p. 200).

B. - Cultura Condorhuasi. Tipos cerámicos de esta cultura o sumamente similares aparecen en el área chilena. Se los incluye dentro de la cultura del Molle y en la primera etapa del llamado Diaguita Chileno.

C. - La fase Aguada no parece haberse extendido a Chile. Un solo fragmento de cerámica conocemos que quizás corresponda a esta fase cultural.

D. - Otras vinculaciones pueden establecerse con las etapas más recientes de la llamada cultura Diaguita chilena. Pero volviendo a las etapas iniciales de las culturas agro-alfareras es necesario señalar otra importante vinculación. Esta se refiere a una cultura o fase cultural que aparece en cementerios aislados del área Central del N.O. argentino. Se conoce uno de Santa María, excavado por las expediciones M. Barreto, y otro de Laguna Blanca. Estos cementerios contienen únicamente cerámica tosca o negra pulida. Esta última se caracteriza por recipientes pequeños de fondo plano o convexos y asas muy pequeñas bilaterales, formadas por un relieve de arcilla con un agujero. Las formas predominantes son el jarro de fondo plano y ollitas globulares. Existen piezas con caras antropomorfas en las que las cejas y el borde facial se representa con una tira en relieve cuya superficie va decorada con incisiones. La pieza debió cocerse en atmósfera reductora o bien ser ahumada después del cocido. La superficie está bien pulida. Esta cultura ocupa un nivel temporal diferente a las ya mencionadas, aunque quizás muy próximo a ellas, y no hay duda de que integra el mismo período temprano de la secuencia. Piezas típicas de esta cerámica aparecen en Chile, y se las incluye en la cultura del Molle. Ahora bien, el problema a investigar en el futuro, es si estas diferentes culturas o fases, identificadas en el N.O. argentino como entidades distintas, llegaron a Chile en otras tantas etapas o si se ubicaron en aquella zona una vez que el proceso de aculturación de esas etapas o de algunas de ellas las había ya amalgamado, y en algunos casos, determinar si las piezas similares, no fueron objeto de canje o comercio.

XII. *La cronología.*

La cronología absoluta de los yacimientos estudiados la conoceremos el día en que sean investigadas en su contenido en carbono 14 las numerosas muestras recogidas. Varias de ellas están ya esperando turno en los laboratorios norteamericanos. Aunque muy próximas entre sí en el tiempo las distintas unidades estudiadas deben representar diferentes momentos de ocupación. Es factible que encontremos diferencias especialmente cuando se estudien en forma comparativa los grupos de unidades de las distintas terrazas.

La principal contribución de estos yacimientos a la cronología relativa del área Central radica en comprobar que Ciénaga representa una fase cultural diferente de Aguada y que, muy probablemente, la separación de esa fase en dos subperíodos distintos tiene muchas probabilidades de ser correcta. La aparición en estos sitios de capas o niveles donde sólo aparecen tipos cerámicos pertenecientes a Ciénaga I así parece demostrarlo.

Otro punto de interés es la comprobación de la contemporaneidad, en cierto momento de la historia cultural respectiva, de Ciénaga y Condorhuasi, cosa que ya habíamos anunciado en el trabajo sobre esta última cultura (op. cit., p. 25). Nuestras inducciones se basaban, entonces, en elementos puramente tipológicos. Aquí encontramos las pruebas estratigráficas que faltaban.

Un problema fundamental, en relación con los cuadros cronológicos del área Central, es el de la ubicación exacta de Aguada en el cuadro respectivo. Ahora es seguro de que Aguada y Ciénaga representan épocas distintas, pero otra cuestión es la posición respectiva. El único dato de carbono 14 que posemos coloca a Aguada en una posición muy tardía para ser la cultura agro-alfarera más antigua del N.O. (Rex González 1957 c), de manera que si ese dato es correcto habrá que suponer que ésta estuvo precedida por otras formas mucho más sencillas. La ordenación de nuestras notas y materiales, que hemos realizado en los últimos tiempos, nos inducen a pensar que la posición relativa en que habíamos colocado a las dos fases de la cultura de los Barreales debe cambiarse. En ese caso la posición cronológica relativa y absoluta de los yacimientos aquí estudiados también cambiaría con respecto a los cuadros publicados. Pero ese cambio nos daría una explicación más amplia y más correcta del desarrollo cultural del área Central del N. O. argentino.

New York, Verano de 1958.

BIBLIOGRAFIA

- AMBROSETTI, Juan B.: 1900. *Notas de Arqueología Calchaquí*, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino, XX, Nos. 7 a 12. Buenos Aires.
- BENNETT, Wendell C.: 1936. *Excavations in Bolivia*, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. XXXV, part IV. New York.
- BRUCH, Carlos: 1913. *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*, en Revista del Museo de La Plata, vol. XIX, 1, Buenos Aires.
- CORNELY, Francisco L.: 1952. *Cultura Diaguita Chilena*. Apartado de la Revista Chilena de Historia Natural, años LI - LIII, pp. 119-262. Valparaíso.
- 1956. *The El Molle culture of Chile*, en "Archaeology", vol. IX, N° 3, pp. 200-205. New York.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex: 1954. *Las ruinas de Loma Rica y alrededores*, en "Naturaleza", I, N° 1, pp. 75-94. Buenos Aires.
- 1955. *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino*. (Nota preliminar), en Anales de Arqueología y Etnología, XI, 1950 (1955) pp. 7-32. Mendoza.
- 1956. *La cultura Condothua del N. O. argentino*. (Apuntes preliminares para su estudio) en "Runa", VII, Parte Primera, pp. 37-85. Buenos Aires.
- 1957 a. *La fotografía y el reconocimiento aéreo en las investigaciones arqueológicas del N. O. argentino*, en Anales de Arqueología y Etnología, XII, año 1956, pp. 41-62. Mendoza.
- 1957 b. *Excavaciones arqueológicas en la zona del Alamito, Departamento de Andalgala* (Catamarca), en Ciencia e Investigación, XIII, N° 8, pp. 366-369. Buenos Aires, Agosto de 1957.
- 1957 c. *Dos fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método del radiocarbón*. Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía. Universidad Nacional del Litoral. Rosario.
- IDARRA GRASSO, Dick Edgard: 1956. *La más antigua cultura agrícola de Bolivia*. Revista de Antropología, IV, N° 1, pp. 47-52. São Paulo.
- 1957. *Un nuevo panorama de la arqueología Boliviana*, en "Arqueología boliviana", publicación dirigida por Carlos Ponce Sanginés, pp. 235-285. Biblioteca paceña.
- IRIBARREN CHARLIN, Jorge: 1957. *Arqueología en el Valle de Huasco, provincia de Atacama*, Revista Universitaria (Universidad Católica de Chile), Año XL y XLI, N° 1.
- LANGE, Gunardo: 1892. *Las ruinas de la fortaleza del Pucará* (provincia de Catamarca, Argentina), en Anales del Museo de La Plata, Arqueología III, La Plata.
- PONCE SANGINÉS, Carlos: 1957. *Introducción, en Arqueología Boliviana*, (publicación dirigida por...), pp. 15-31. Biblioteca paceña.
- SCHAEDEL, Richard P.: 1957. *Informe general sobre la expedición a la zona comprendida entre Arica y La Serena*, en *Arqueología Chilena*. Centro de Estudios Antropológicos. Universidad de Chile, pp. 7-42. Santiago de Chile 1957.
- STRONG, William Duncan: 1935. *An introduction to Nebraska Archaeology*, Smithsonian Miscellaneous Collection, 93, Washington.
- TSCHUDI, J. J. von: 1860-1861. *Reise durch die Andes von Süd-Amerika von Cordoba nach Cobija im Jahre 1958*. Mittheilungen aus Justus Perthes's Geographischen Anstalt über Wichtige neue Erforschungen auf dem Gesamtgebiete der Geographie, von Dr. A. Petermann. Bd. I, Ergänzungsband 1860 u. 1861. Gotha, pp. 1-38.

INVESTIGACIONES ACERCA DE LAS "PIEDRAS CON TACITAS" EN LA ZONA CENTRAL DE CHILE

(Comunicación preliminar)

Por ROBERTO GAJARDO-TOBAR *

En Chile, preponderantemente en la Zona Central del país, se encuentran grandes rocas con excavaciones artificiales, practicadas en la Era Prehistórica por hombres de pueblos desaparecidos y no bien precisados hasta el presente.

Las piedras tienen dimensiones diferentes. Las más pequeñas pesan muchos kilos, las mayores, algunas toneladas. Las excavaciones son cilíndricas u ovaladas, de profundidad variable entre cinco y cincuenta centímetros, con un promedio de una veintena; con diámetros, también entre cinco y cincuenta centímetros y con un promedio igualmente de veinte centímetros.

Las formas de estas rocas donde han sido practicadas las excavaciones son variables, con frecuencia grandes piedras rodadas desde cerros vecinos, que presentan la cara superior más o menos plana. En otras ocasiones se han aprovechado peñas gigantes en su situación natural original. De preferencia el material es granito.

Aparecen solitarias o en grupos de varias en una sola localidad. Están a orillas de algún arroyo o estero, o bien, a distancia de toda agua o lejos de lugares ahora habitados, en lo alto de un cerro, en sitios desiertos o en aisladas serranías. Se les llama, según la región del país donde están, piedras con tacitas, piedras de platitos o piedras de morteros.

El número de cavidades o tacitas hechas en la piedra es muy variable, desde una hasta treinta o más en una sola roca. En el mayor número

* Con la cooperación del Sr. Luis A. Álvarez.

Sobre este tema se hizo una breve comunicación a la Sociedad Científica de Valparaíso, el 1º-IV-1957 y se informó al Prof. O. Menghin el 18-IX-1957.

ro de los casos las cavidades son verticales, labradas en la superficie más o menos plana y horizontal de la roca seleccionada de propósito para ello. Se conocen sin embargo peñascos en que fueron trabajadas en sus paredes verticales (El Retiro de Quilpué).

En algunas rocas las tacitas están completamente independientes unas de otras, en cambio, en otras circunstancias aparecen unidas entre sí por ranuras o canaletas de poca profundidad. Fuera de eso, en ciertos casos se encuentran dos o tres unidas en parte.

La mayoría de las tacitas son casi cilíndricas, otras son ovaladas, con mayor diámetro en un sentido que en otro. En el fondo se estrechan y redondean. Sus paredes son lisas.

Muchas rocas tienen distribución más o menos simétrica de sus tacitas, en cambio en una buena mayoría no hay simetría ni en su disposición, ni en el diámetro, ni en la profundidad. Unas parecen que estuvieran recién principiadas en tanto que otras están profunda y prolijamente terminadas. Con frecuencia yacen dispersas, a intervalos irregulares y en planos diferentes si la roca no es llana.

La distribución de las piedras con tacitas en el país va desde Ovalle hasta Cautín. Donde más abundan es en las provincias centrales: Valparaíso, Aconcagua, Santiago, O'Higgins, Colchagua y Curicó. Son excepcionales más al sur de Cautín y más al norte del río Limarí.

También se han encontrado semejantes en la Argentina, en el Perú, en Ecuador, Brasil y Santo Domingo, y parecidas en cierto modo en otros lugares del mundo. Nosotros no nos referiremos sino a las del territorio chileno, que conocemos bien.

Por otro lado, hay peñas naturales que simulan piedras con tacitas en el trayecto de los torrentes y a nivel de caídas de agua. Estas presentan hoyuelos producidos por la acción del agua, la arena y piedrecillas, pero son tan diferentes a los ojos aún de quien tiene escasa práctica y tan especial su ubicación que no hay manera de confundirlas. Nada tienen que ver con nuestras piedras con tacitas.

Los investigadores, los arqueólogos y los historiadores, en relación con las piedras con tacitas, han emitido las más diversas hipótesis acerca de su empleo, de su antigüedad y de la raza a la cual pertenecieron.

Se ha supuesto que sirvieron de morteros, utilizados por los aborígenes para majar semillas o granos con manos de piedra. Muchos autores han aseverado esto, haciendo hincapié en que hasta ahora han visto, en algunas partes, mujeres moliendo granos en dichas piedras. Otros les han rebatido haciéndoles ver que esto era raro, no práctico y excep-

cional y que su aplicación en los tiempos actuales no constituye prueba de que tales hoyos hayan servido en épocas remotas para el uso que contadísimas personas le han dado hoy, tanto más cuanto que ha habido otros morteros, de piedra o de madera, más pequeños y prácticos en las viviendas.

Otros investigadores les supusieron para almacenar agua de lluvia. Puede ello, dicen algunos, aceptarse para las piedras alejadas de arroyos o lagunas, pero no para las próximas a manantiales o esteros que nunca se secan.

Algunos estudiosos trataron de buscar la explicación en los documentos de la época de la Conquista, en los escritos de los Cronistas y apoyándose en la Historia de las Indias del Padre Bartolomé de Las Casas, sostienen lo que dice él para Santo Domingo, "que los indígenas cultivaban, en los hoyos, en tierra colorada, algunas plantas alimenticias". Naturalmente, los impugnadores hicieron ver que algunas tacitas eran muy pequeñas y luego que resultaba absurdo privar a las plantas de extensión para que las raíces crecieran libremente.

Por fin, hay quienes han pensado que las piedras con tacitas hayan sido centros de antiguos ritos religiosos y las tacitas estuviesen destinadas a recibir las ofrendas que los pueblos primitivos acostumbraban a ofrecer a sus dioses o a los espíritus de sus antepasados.

En las mismas provincias centrales de Chile, donde hay más piedras con tacitas, es también donde en mayor abundancia se han encontrado las conocidas piedras horadadas, aún cuando, en el territorio nacional, su difusión es mayor que la de aquéllas. Es frecuentísimo el hallazgo de estas piedras, tan diversas en forma y tamaño, circulares u ovaladas, aplastadas o alargadas, muy pulidas en su mayor parte, con una perforación circular o bicóncava en el centro, de material variado, así como de portes diferentes. Algunas no pasan de unos pocos centímetros de diámetro y otras llegan, por su tamaño, a pesar más de veinte kilos. Lo común es encontrarlas sobre el suelo, semienterradas o hundidas en la tierra a regular profundidad.

Así como a las piedras con tacitas, a las piedras horadadas se han atribuido muchos significados culturales y utilidades. Entre los usos que se citan para ellas pueden darse: Como pesas para redes de pescar; como rompecabezas (mazas); para dar peso a los palos para cavar la tierra (barretas); como objetos de juego; como elementos de ritual religioso, y como medio de cambio (monedas). Pueden haber servido para muchos otros usos, pero ninguno de estos empleos explica la gran diferencia de tamaño ni el enorme trabajo de perforar tantas piedras

para fines, a veces, insignificantes y para muchos de los cuales no se necesitaba la perforación.

La difusión en el territorio nacional, como lo hemos dicho, es mayor que la de las piedras con tacitas y esto es explicable dadas su transportabilidad y sus variadas posibles aplicaciones, señal elocuente, por otro lado, de haber servido a diferentes grupos culturales.

Para buscar una explicación a estos elementos arqueológicos, los estudiosos han utilizado el material recogido en hallazgos ocasionales, las noticias dadas por los Cronistas, las comparaciones con lo que ocurre con las poblaciones primitivas de hoy día, y muchas hipótesis.

Nosotros pensamos que lo fundamental era practicar excavaciones.

* * *

Por tener la presente comunicación el carácter de preliminar, no detallaremos nuestros protocolos sino que sólo haremos un resumen.

Recorrimos la Provincia de Valparaíso y visitamos los lugares donde habían sido descritas piedras con tacitas y comprobamos su existencia. Descubrimos otras más, cuya descripción va en otro trabajo. Nos convencimos que tanto las piedras con tacitas como las piedras horadadas son comunes en la zona, pero preponderantemente en Lima-che, Quilpué, Marga-Marga, Casablanca y Las Cenizas.

Escogimos para nuestro estudio el sector de Las Cenizas, por su vecindad con Viña del Mar (15 Km), por el buen número de piedras con tacitas que allí hay (no descritas todavía) y por tener en ese fundo el máximo de facilidades para el trabajo¹.

Nos habíamos propuesto tratar de averiguar para qué sirvieron las piedras con tacitas, en la Zona Central de Chile; qué pueblos las usaron y en qué época. Luego ver las posibles relaciones que pudieran tener con las piedras horadadas.

Las Cenizas es un fundo dedicado a negocios forestales, situado en la vertiente sur-oriental de los cerros que rodean a Valparaíso y a Viña del Mar, y que se extiende por una amplia y ondulada planicie, abarcando Peñuelas, Placilla y el Lago de Peñuelas. Lo cruzan importantes vías de comunicación. El camino de Valparaíso a Santiago y la variante

1 Estamos muy agradecidos a la Gerencia y al Personal de la Sección Forestal de la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar por las facilidades que nos ofrecieron para realizar nuestros trabajos. Estos fueron efectuados entre diciembre de 1956 y marzo de 1957, prosiguiéndose por períodos menores durante este último año, cuando el clima lo permitía.

a Viña del Mar. Está situado a una altura entre 350 y 400 metros sobre el nivel del mar.

Sabíamos, desde hace muchos años, de la existencia de piedras con tacitas en Las Cenizas. Los antiguos dueños del fundo habían hecho referencias a ellas y a otros hallazgos arqueológicos y, justamente, las excavaciones de la Sociedad Arqueológica de Viña del Mar se planearon durante la visita a las piedras con tacitas de Las Cenizas por un grupo de entusiastas de la Prehistoria. Más adelante, varias veces, visitamos la zona con algunos miembros de la Sociedad.

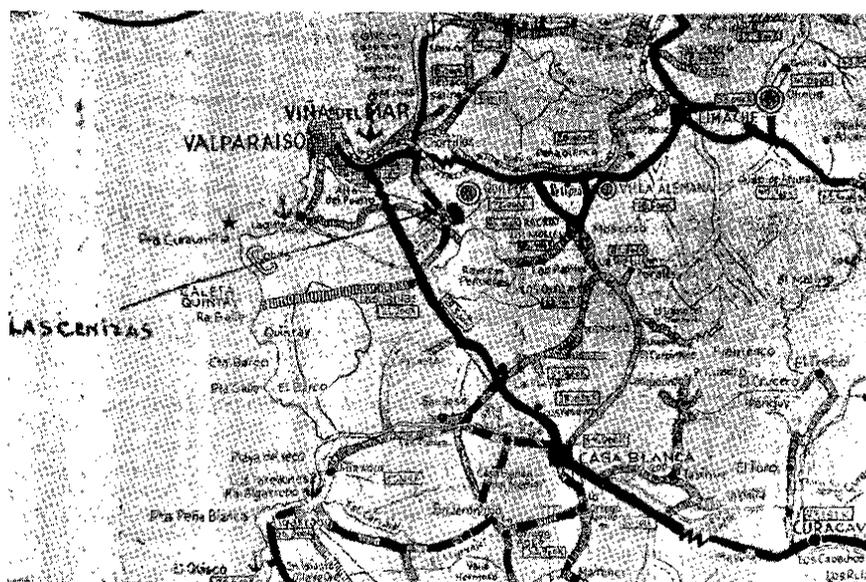


Fig. 1 - Mapa de la zona de Valparaíso y Viña del Mar. Ubicación de Las Cenizas.

En la parte central del fundo y más hacia el norte, exactamente pasando el cordón de cerros que separa este predio de Viña del Mar, donde hay un tanque, verdadero lago para almacenar grandes cantidades de agua para riego, llamado Lago o Tanque de Las Cenizas, es donde están las agrupaciones de rocas con piedras con tacitas. Esta parte, la que tiene como centro el tranque, está a $33^{\circ} 7' S.$ y $71^{\circ} 35' W.$, a 15 Km. al SE. de Valparaíso. En el curso de un arroyo sin nombre hasta ahora y que nosotros hemos bautizado como Arroyo Los Tacitas, es que la Administración del fundo construyó el tranque. El lugar está rodeado de lomas quebradas, es abrigado de los vientos y muy acogedor,

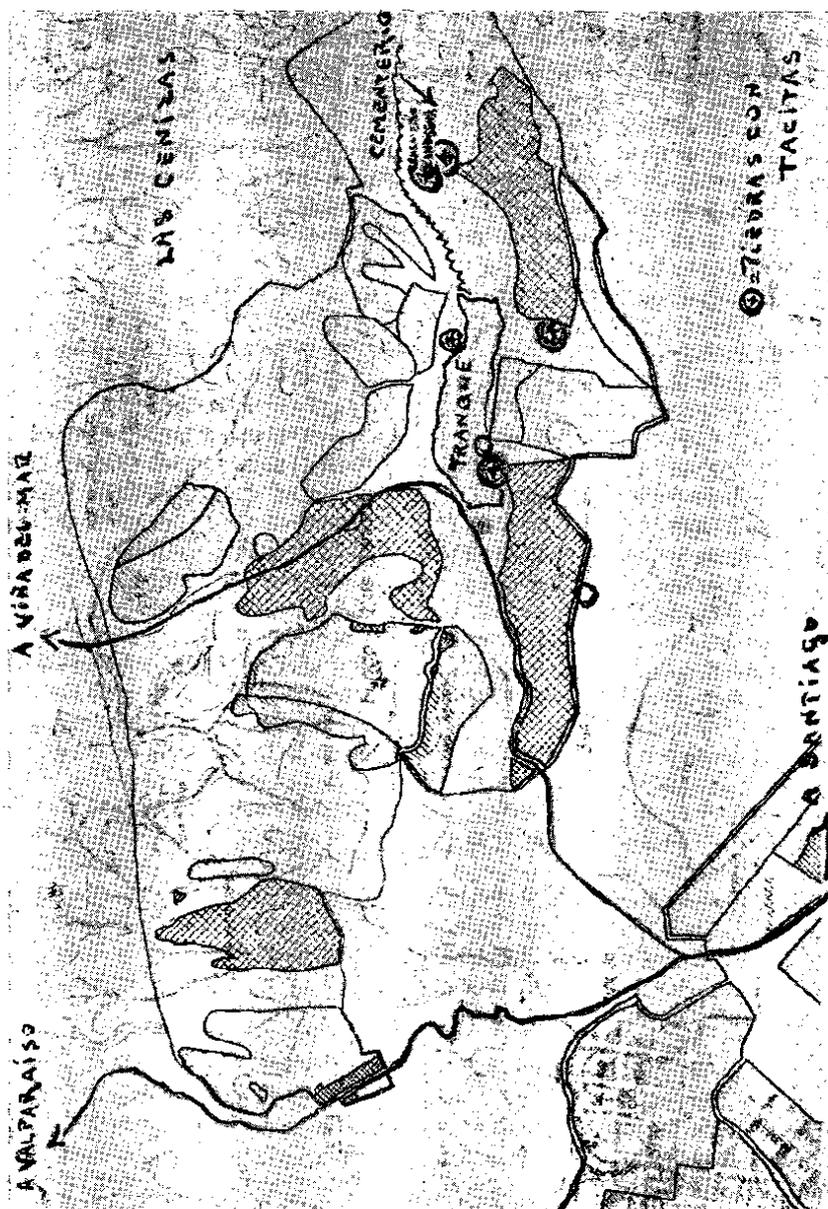


Fig. 2 - Plano del fundo Las Cenizas

en una buena porción boscosa con árboles autóctonos y en el resto del lomaje reforestado con pinos y cipreses.

La cadena de montañas y colinas que atajan en dicha región las neblinas y nubes de la costa mantienen allí la humedad, sin dejar pasar siempre el nublado al valle, donde el sol vivifica y alegra. Las sierras que la forman han debido, por lo tanto estar siempre, y antes más que ahora, cubiertas de bosques y las praderas mucho más emboscadas. En consecuencia, han podido asegurar a los hombres del período de los recolectores y pescadores muy buenas condiciones de vida y, mejores aún a los pueblos agricultores posteriores.

Bordeando el actual lago y siguiendo la hoya del arroyo Los Tacitas hay seis grupos de piedras con tacitas.

Dejando la variante que conduce de Viña del Mar a Santiago, transpuestas las puertas del fundo Las Cenizas y siguiendo el camino que bordea el tranque, por sobre el pretil artificial, justamente al término de éste, entre cuatro eucaliptus gigantes (*Eucaliptus globulus* Lahill.) hay, en la margen norte de dicho camino, un emboscado de boldos (*Peumus boldus* Molina) bajo los cuales está el grupo III de piedras con tacitas.

Se trata de 10 rocas, más o menos planas, vecinas unas y unidas otras, en las que las más bajas están al nivel mismo del piso actual y otras un tanto más elevadas. Las unas con su mayor largo de oriente a poniente y las otras de norte a sur. Todas de granito bastante bien conservado. (El cuadro, los dibujos y las fotografías enseñan en forma gráfica acerca de ellas).

GRUPO N° III DE PIEDRAS CON TACITAS

N° de la roca	Orientación de su eje mayor	Dimensiones en metros		N° de tacitas
		N.S.	O. P.	
1	E. O.	1.50	2.65	19 (3 superficiales)
2	E. O.	0.97	2.15	3
3	E. O.	1.05	2.80	0
4	E. O.	2.40	3.90	10 (3 superficiales)
5	N. S.	0.96	0.65	1
6	N. S.	3.00	2.20	1
7	N. S.	2.20	2.16	1
8	E. O.	1.15	2.20	0
9	E. O.	1.50	2.40	6
10	E. O.	0.68	1.00	2 (1 superficial)

En cuanto a las tacitas, cuyos detalles largo sería de dar aquí, tanto en su orientación, como en sus dimensiones, mantienen las medidas dadas para la mayor parte de ellas, vale decir, distintas orientacio-



Fig. 3 - Grupo de piedras con tacitas N° III

nes, diámetros entre 11 y 31 cm. y profundidades entre 3 y 25 cm.

Dos centenas de metros más al norte de este grupo de piedras hay otro más pequeño, el grupo IV, compuesto por una roca alargada en el sentido oriente a poniente, con dos metros de largo por 1.08 de ancho, que emerge 40 cm. sobre el nivel del suelo actual y que por su vecindad con el lago, en los inviernos lluviosos queda sumergida bajo las aguas. Ostenta 4 tacitas. El material es granito. A pocos metros de ésta queda una roca más con una tacita.

Al sur del lago, sobre unas colinas está el grupo V y al norte del lago el grupo VI, que no vamos a considerar en esta exposición.

A 1 km y medio del grupo III, siguiendo el camino que bordea el lago, por su lado sur, donde comienza un bosque de eucaliptus, aparece el grupo II de piedras con tacitas. Se trata de una roca grande de granito, que se ha fracturado, al parecer, después de que fueron hechas las tacitas, a juzgar por lo que queda de algunas en el borde, cerca de la fractura. Una parte de la roca mide 2.50 x 1.30 metros, está a 50 cm. sobre el suelo y tiene 12 tacitas y dos esbozadas. La otra parte de la peña, la quebrada, mide 2.50 x 0.70 metros y muestra 5 tacitas. Vecina hay otra piedra con una tacita. Las tacitas no difieren de las antes citadas ni en tamaños ni en orientación.

Siguiendo el camino que se interna en el fundo y va a dar al potrero de La Invernada, a tres km de la entrada del fundo, bajo un matorral de zarzas, descubrimos el grupo I. Se trata de un lugar del potrero, en la ribera sur del arroyo Los Tacitas, que hace promontorio, como un montículo, en la suave planicie que desciende desde el sur al arroyo, un verdadero pequeño morro en el que desde lejos se pueden ver grandes bloques de granito. Estos bloques están dispuestos en un semicírculo, como formando un anfiteatro en cuyo centro está la piedra más importantes con tacitas, del grupo I.

Este montículo tiene además la particularidad de presentar en su periferia, a no más de cincuenta metros de él, tres gigantescas rocas naturales, a manera de atalayas, sin que en ellas dejen señal alguna los pueblos que allí vivieron en el transcurso del tiempo. Una está al norte del grupo I, aparece sobre la superficie actual del suelo como semiesférica, elevándose a más de 3.50 metros. A poco menos de 50 metros por el norponiente está otra roca gigante, solitaria, como la anterior, como una torre, de proporciones parecidas a la otra, en cuya cúspide hay, hoy día, un viejo pino enano, que ha agrietado el granito y ha crecido penosamente allí. Poco más de 50 metros al poniente del grupo I resta aún otra roca gigante, aislada y similar a las otras ya anotadas.

Por último, entre el grupo I y la roca del norte queda un lote de piedras muy grandes, naturales y sumergidas entre zarzas y boldos. Bordeando por el norte la roca del pino solitario y siguiendo entre el grupo I y la roca del poniente, atraviesa un antiquísimo acueducto,



Fig. 4 - Piedra con tacitas N° I, Central del grupo III. (Ver fig. 6).

hecho con piedras muy grandes y cal, nadie sabe en qué fecha; todo lo cual hace suponer que hubo al oriente de este sitio algún tranque del que ya nadie se acuerda.

En el montículo, centro de todo esto, las rocas que forman el semicírculo, se abren al norponiente (hacia la roca del pino solitario), por donde es fácil llegar al arroyo. Zarzas y boldos cubrían la zona y fue necesario arrancarlos para hacer las investigaciones.

Nuestro primer hallazgo fue encontrar más piedras que las que estaban en la superficie del suelo. A poco de apartar la frondosa vegetación del lugar, bajo arbustos, sepultadas por la yerba y la tierra vegetal descubrimos unas rocas, la más importante de las cuales, la central, de granito con tacitas. De superficie más o menos plana, de lados irregulares, de eje mayor dirigido de norte a sur, esta piedra presentaba 19 tacitas, contando hasta las más superficiales. Hace la impresión de una mesa de lados irregulares, en la cual el lado norte mide 1 metro, el sur 1.50, el poniente 2.32 y el oriente 1.80 metros. En su superficie, más o menos lisa y plana (la piedra presenta ahora una ligera inclinación de sudoeste a noreste) hay 19 tacitas de forma circular, ovalada o esbozada, algunas juntas y en parte unidas, otras con un sacado en la piedra que impresiona como canaleta.

GRUPO DE PIEDRAS CON TACITAS N° 1
PIEDRA CENTRAL

Eje mayor de norte a sur. Dimensiones: al N. 1 mt., al sur 1.50, al O. 1.80, al P. 2.32 mt. 19 tacitas

<i>Tacita</i>	<i>Orientación de su eje mayor</i>	<i>Dimensiones en centímetros</i>	<i>Profundidad en cm.</i>	<i>Otros datos</i>
1	E. O.	14x12	6	3 surcos la unen a la
2	N. S.	16x14	10	2.
3	N. S.	10x10	0.50	5 surcos superficiales
4	N. S.	26x16	16.50	lo unen a 4 y 5.
5	N. S.	22x20	7	
6	E. O.	26x28	17	4 y 5 separados por
7	E. O.	13x16	6	pequeño tabique.
8	N. S.	36x23	19	
9	E. O.	15x19	5	6 unido al 7
10	E. O.	14x21	6	8 unido al 9
11	N. S.	18x13	4	11 unido al 12
12	E. O.	8x10	0.50	
13	N. S.	30x23	18	
14	C.	18x18	14	
15	C.	21x21	2	
16	C.	20x20	16	
17	E. O.	13x20	4	
18	C.	17x17	7	
19	C.	13x13	3	

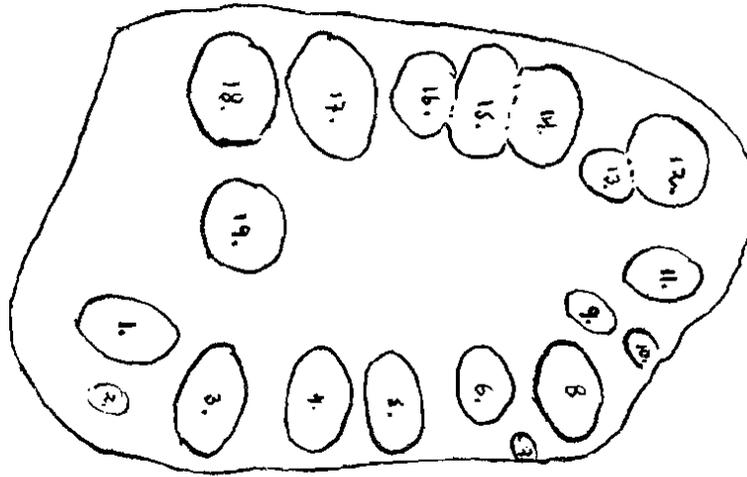


Fig. 5 - Grupo de piedras con tacitas N° III (plano esquemático)

Lo interesante es que esta piedra con tacitas, cuyo contorno excavamos posteriormente, nos mostró que tenía por debajo la forma de una quilla de embarcación y que estaba sostenida por piedras alargadas cilíndricas, con la forma de tronco de árbol tendido (granito también), impresionando como si se hubiese premeditadamente acomodado esta ubicación.

Hay algo más aún, tan importante como lo anterior: La piedra con tacitas ya citada estaba más o menos en el centro de este conjunto de

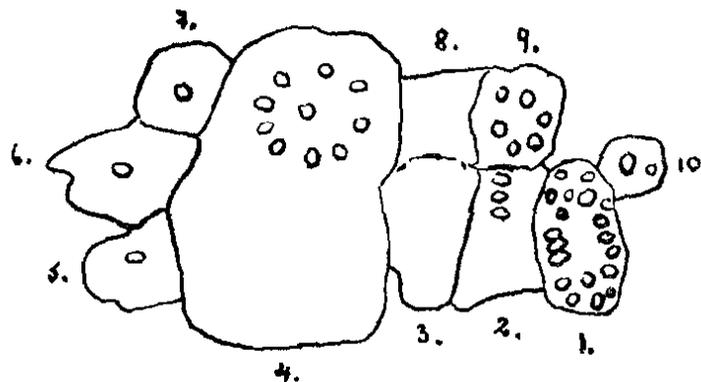


Fig. 6 - Detalles de la piedra I del grupo N° III.

rocas como en anfiteatro. Algunas de ellas han caído hacia el centro del anfiteatro; en otras, se ha desprendido por trozos la superficie, y más de una se ha fracturado.

Este anfiteatro, hasta la parte que se conserva más o menos bien, mide 13 metros por 8.50. La altura de las peñas que lo rodean varía entre 0.90 y 2.50 metros sobre el nivel actual del suelo.

Más aún, la roca maciza del lado sureste, eminente de 1.50 metros sobre el piso actual y con 12 metros de N.S. y 7 de E.O., de superficie plana, presenta 6 tacitas, tres de las cuales sólo superficiales y muy gastadas. En la roca suroeste, de más de 2 metros de alto, en su superficie, ancha de 1 metro y larga de varios metros, hay otras 2 tacitas superficiales, y siguiendo al oeste, en la roca continuación de ella, 3 tacitas superficiales. Por último, en el mismo anfiteatro, a poco más de un metro al oeste de la piedra grande con tacitas, central, hay otra más pequeña, con 2 hermosas tacitas, en el momento del hallazgo completamente tapada por una roca caída sobre ella del murallón circular.

Estudio del anfiteatro

Es incuestionable que el anfiteatro sobre el montículo, en la loma, es una formación natural que ha sido aprovechada por el hombre y muy probablemente acondicionada para los efectos del caso. Las rocas mayores, enormes y de muchas toneladas, han debido estar allí y sólo algunas que completan el recinto, de mucho menores dimensiones, pueden haber sido alzadas desde el suelo o vecindades y dejadas en posición enhiesta. Posteriormente algunas cayeron, una de las cuales sobre una piedra con tacitas, que nosotros removimos, al igual que otras.

Resultaba entonces de gran interés averiguar qué había en el anfiteatro. Practicamos la excavación A.

Excavación A

Comprendía ésta el estudio del recinto interior del anfiteatro. Una superficie de 13 x 8,50 metros. A la época de los trabajos estaba totalmente cubierta de vegetación. Desmalezada, nos encontramos con una superficie de tierra vegetal actual, inclinada de sur a norte, con suave descenso al norte, por donde discurre el arroyo Las Tacitas. De la superficie emergían, a trechos, algunas piedras menores. En el centro la piedra con 19 tacitas. Circundándola el roquerío ya descrito.

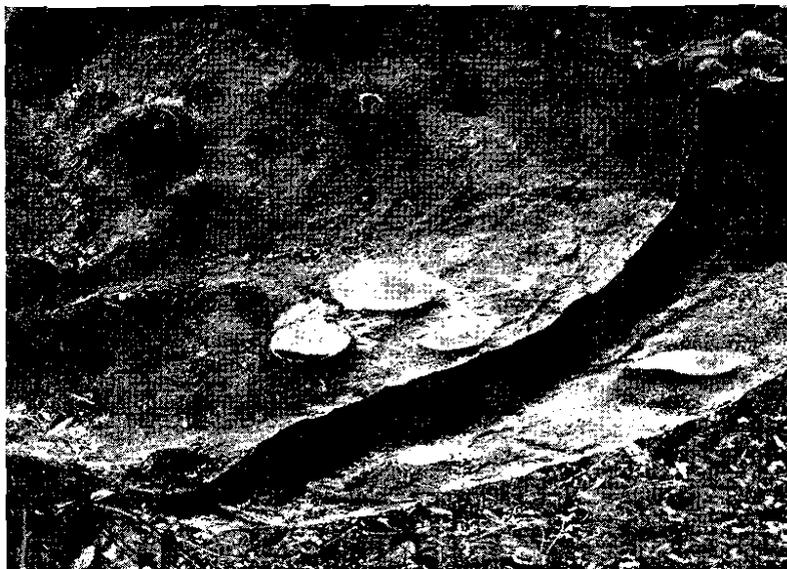


Fig. 7 - Grupo de piedras con tacitas N° II



Fig. 8 - Grupo de piedras con tacitas N° I. - Anfiteatro de piedras visto desde lejos, por el poniente.

Al remover la yerba y luego en la superficie misma del terreno, así como en los 10 primeros centímetros de profundidad, más en la vecindad de la piedra con tacitas, pero también un poco en el resto del espacio, encontramos fragmentos de cántaros de greda, sencillos, de consistencia grosera, sin pintura ni decoración, con regular cocción. Unos color greda, otros negros (los menos). Ninguna jofaina estaba entera. Por el contrario, los trozos eran muy pequeños. Uno, menos fragmentado permitió reconstruirlo en parte y dejó ver que era una simple y tosca olla sin color.

A medida que se profundizaba la excavación los trozos de vasijas fueron haciéndose más escasos hasta desaparecer hacia los 25 centímetros de hondura, en toda la extensión del recinto.

En las tacitas mismas, tapadas en su mayor parte por la tierra del suelo actual, tierra vegetal y raíces de yerbas de diferente clase (plantas autóctonas chilenas), encontramos, en dos, restos de piedras trabajadas por la mano del hombre: lascas, una piedra mano pequeña y dos golpeadores, uno de ellos remotamente teñido con alguna substancia roja. En el fondo de una tacita, mezclado con tierra, había restos de un polvo rojizo. En la superficie de la piedra, en el extremo sur, tapadas por completo con tierra había dos puntas de proyectil o flecha, bifaciales, dentadas, apedunculadas, pequeñas, una en cuarzo y otra en sílice amorfo oscuro.

En torno a la piedra con tacitas volvimos a encontrar piedras manos, golpeadores y puntas de flechas. Más profundamente, bajo los 30 centímetros, en el anfiteatro, encontramos sólo objetos de piedra, piedras mano enteras y quebradas, golpeadores en iguales condiciones, escasos restos de huesos de animales (aves y mamíferos), lascas, núcleos de piedra y, lo que es más notable, dos piedras horadadas enteras y varios trozos de otras. También aparecieron hacia los 45 cm. de profundidad puntas de flecha de más tosca construcción que las anteriores.

Como ya dijimos, la piedra con tacitas más representativa, la del centro del anfiteatro de piedras gigantes, resultó ser plana en su superficie, donde estaban las tacitas y tener por debajo la forma de la quilla de un barco, todo lo largo de su extensión mayor, y estar apoyada en largas piedras cilíndricas tendidas, como una mesa sobre patas.

La extensión excavada fue literalmente todo el anfiteatro, con hallazgos iguales hasta topar, en el fondo, con rocas que ocupan casi todo el piso, a una profundidad desde 0.73 hasta 1.25 metros del suelo actual, vale decir de la superficie de la piedra con tacitas. Esta piedra presenta un espesor de 0.73 mt. en el lado oriente y menor en los otros

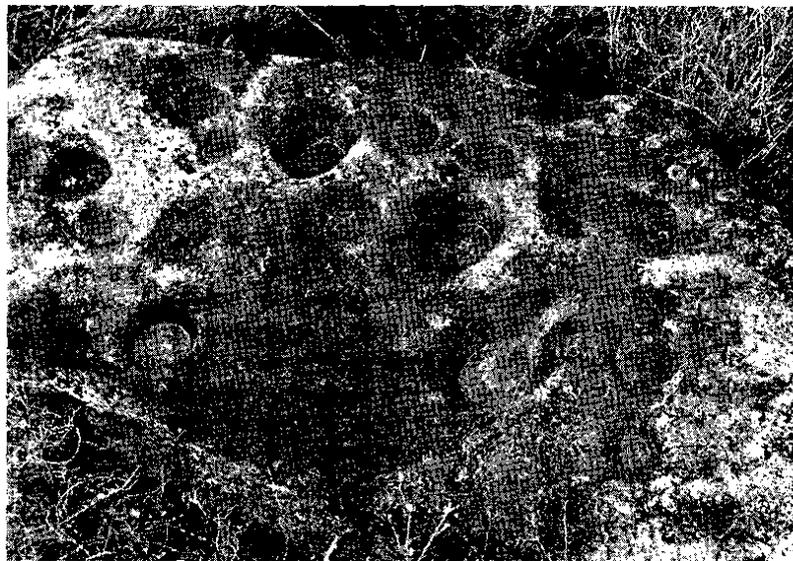


Fig. 9 - Piedra central del grupo I. - La piedra tal cual aparecía despejada de la yerba que la cubría.



Fig. 10 - Grupo de piedras con tacitas N° I. - Anfiteatro de piedra y piedra central, tras las excavaciones.

ados. Desde el borde inferior de la quilla hasta el piso de roca, suelo de todo el anfiteatro, hay 0,45 mt. Más abajo todo era piedra y, sobre este plano se encontraban muchas piedras de diferente tamaño, sin signos de haber sido labradas por el hombre.

En la periferia del anfiteatro encontramos un gran número de rocas, anchas y apegadas unas a otras, que despejadas de arbustos y de zarzas, fueron dejándose ver y permitieron observar que una buena área del terreno circunvecino era ocupado por ellas. Saltándolas, en las cuatro direcciones de la rosa de los vientos, despejamos de zarzas una gran extensión de terreno y procedimos a explorar los lugares. Analizamos desde la actual superficie hasta una profundidad creciente, según que el terreno lo permitía, desde 0.50 a 3 metros de profundidad, valiéndonos de trincheras de exploración, desde 5 hasta 20 metros de largo por uno de ancho y que según la necesidad se extendía a muchos metros, como puede verse en la excavación F.

El resultado fue el hallazgo de un cementerio de apasionante interés por sus condiciones y por la calidad de lo encontrado.

A cada una de las excavaciones que hicimos le dimos como denominación una letra del alfabeto y a cada esqueleto hallado, un número.

Excavación B

A 17 metros al norte de la piedra con tacitas central del anfiteatro practicamos la excavación B. 16.50 metros de largo de sur a norte por 4.50 de ancho.

La superficie, muy poblada de vegetación, se despejó con facilidad, salvo en su parte más al norte donde había zarzas que opusieron mucha mayor dificultad.

En la parte más superficial del corte (capa I), de 3 cm de espesor, había tierra musgosa. Ningún objeto en ella como no fuesen las raíces de las yerbas extirpadas.

Por debajo, una capa de tierra vegetal actual (capa II), de 30 cm. de espesor. Al parecer muy buena para el crecimiento de los vegetales, de color moreno, fina y liviana, mezcla vegetal y arenosa. En esta capa no encontramos restos de cerámica (como en la correspondiente cerca de la piedra con tacitas). En cambio hallamos algunos trozos de piedras trabajadas por el hombre, lascas, núcleos con hermosos cortes, todos ellos en la parte más profunda de la capa y sin ordenación alguna. También encontramos semillas redondas, negras, pequeñas como arvejonas, muy duras.

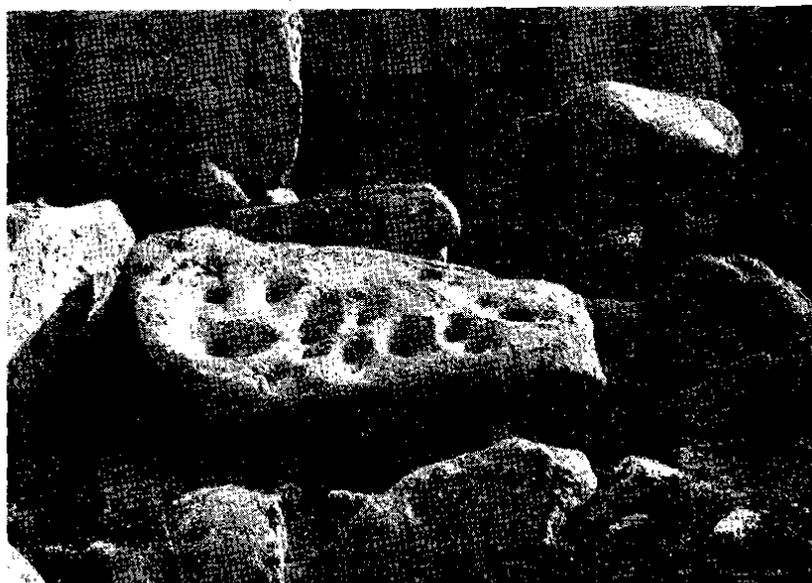


Fig. 11 La misma, vista desde el otro lado.

Más abajo viene una capa de tierra de 67 cm. de espesor (capa III), vegetal, negrísima, de excelente calidad, fina, la que al corte deja como una impregnación aceitosa. ¡Se diría que la tierra fuera grasienta! Apenas seca se hace volátil y capaz, por su fineza, de impregnarlo todo, tiñéndolo de un color negruzco sucio, así sea la piel de los que trabajan allí, como las ropas, papeles e instrumentos. Esta tierra negra va desde los 30 cm. hasta 1.20 metro bajo el nivel actual del terreno.

En toda esta capa no hay cerámica, ni conchas ni sus restos. Tampoco hay restos de roedores, tan frecuentes en otros sectores de las excavaciones que hicimos. En cambio, encontramos muchas lascas, núcleos de piedras y uno que otro trozo de percutor.

En el centro de la parte suroriental de la excavación B., a 93 cm. de la superficie actual del terreno encontramos el esqueleto N° 1, al fondo de esta negra capa de tierra vegetal y reposando a 1.20 metro de hondura. Pocos centímetros por encima del esqueleto, en plena tierra negra había unas cinco piedras naturales, sin acuerdo alguno, como señal del enterramiento. En ninguna parte del corte se pudo hallar señal de bolsón de sepultación.

Aparece, el esqueleto, de espaldas hasta la cintura, vale decir apoyado sobre el dorso en el suelo, con la cabeza al oriente, inclinada sobre

el hombro derecho. La cara mira hacia arriba, o sea hacia la superficie del terreno.

La columna vertebral, después de reposar sobre la tierra del plano inferior se tuerce y se inclina al lado izquierdo del cuerpo, llegando a hacerse lateral en la porción lumbo-sacra, o sea imprimiéndole al cuerpo de la cintura a abajo una posición de lado, yaciendo sobre el derecho.

Las piernas están flectadas, con los fémures dirigidos hacia arriba

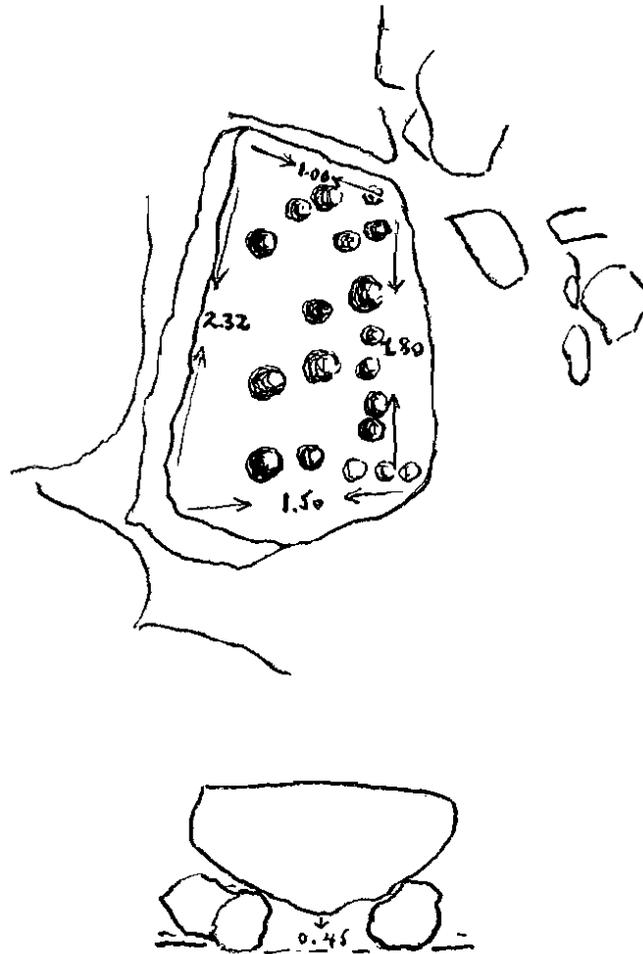


Fig. 12 - Grupo de piedras con tacitas N° I. - Piedra central del anfiteatro de piedra. Detalles de las dimensiones y de la posición.

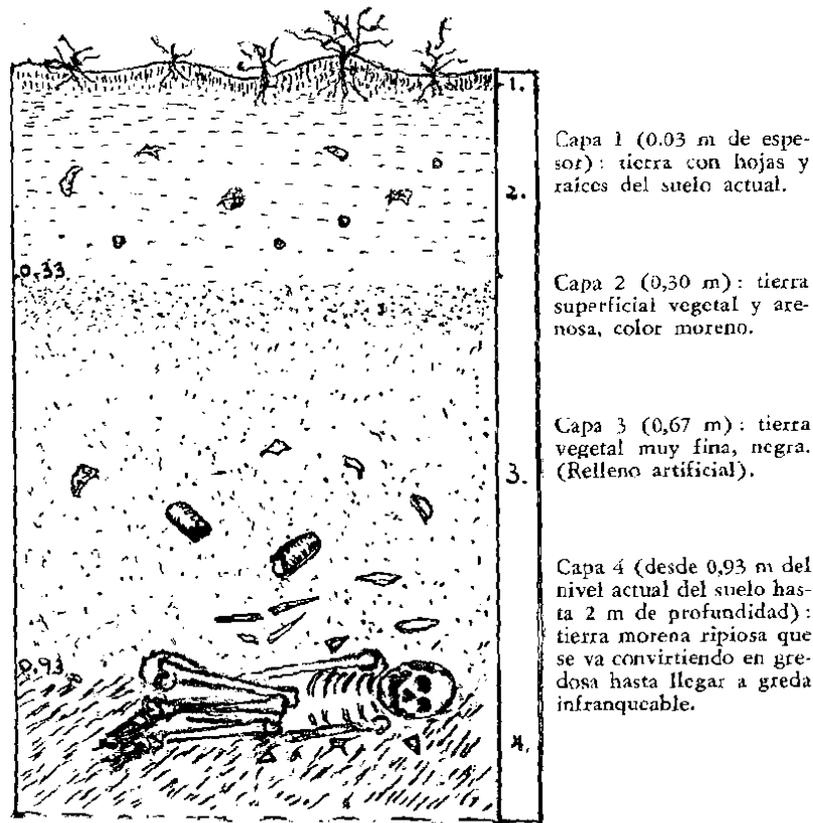


Fig. 13 - Corte del terreno a nivel del esqueleto N° I.

y a la derecha del esqueleto y las tibias y peronés, aplicados sobre aquéllas, en el sentido inverso, han venido a dejar los pies bajo la pelvis.

Los brazos, en cambio, están estirados a los lados del esqueleto. El derecho elevado, hace topar la cabeza del húmero con el cráneo. Radio y cúbito extendidos, la mano viene a quedar frente a la pelvis, a nivel donde debieron estar los genitales. El brazo izquierdo, también estirado, ha debido reposar sobre una roca y de él se sabe que estuvo extendido hacia abajo y afuera, por la posición del húmero, ya que el resto de los huesos ha casi desaparecido, completamente deteriorados por el peso de la tierra sobre ellos, apoyados en la piedra.

El total del esqueleto está muy destrozado y quebrado. Se mantiene en posición gracias a la tierra que lo sostiene.

Por fin, el esqueleto reposa sobre tres rocas, desde la pelvis a los pies.

En cuanto al ajuar funerario, no hay ni cerámica, ni conchas. En cambio, a 40 cm. de los pies, al poniente y a 15 cm. sobre el nivel del esqueleto había una piedra comenzada a horadar por ambas caras. Su circunferencia es despareja y sus caras aplanadas, con diámetro de 10 x 8 cm. y un espesor de 2 cm. Tanto a nivel de la parte donde reposa el cráneo, como el tronco, encontramos lascas de diferente forma, calidad y tamaño. También restos, muy pequeños, de huesos fosilizados y quemados, al parecer de mamíferos, pero muy fraccionados, de color negruzco y con dureza y pesadez excepcionales. Cerca de la cabeza había un raspador.

El esqueleto perteneció a un individuo adulto, relativamente joven (todavía con las suturas craneanas bastante visibles), de estatura mediana y relativamente fino. Por las medidas de fémures y tibias y la aplicación de las tablas correspondientes de cálculo se consideró de una estatura de 1.62 metros. Cráneo mesocéfalo, de paredes de grosor normal, con todos sus huesos (tal como los del resto del esqueleto) muy destruidos. En las mandíbulas, la dentadura aparece muy gastada, en especial los molares. El maxilar inferior es grueso y firme. Las apófisis geni muy eminentes (inserción de los genioglosos y de los genihioideos).

Bajo el esqueleto encontramos una tierra morena, parecida a la tierra de la capa II, ocupando lo que debe haber sido la primitiva superficie del suelo, sobre la que estos indios vivieron, tierra que se va haciendo gredosa hacia abajo, hasta terminar en arcilla pura. Excavamos hasta un metro más abajo y sólo hallamos greda, sin ningún objeto ni restos de cultura alguna.

En la excavación B, o sea en el extremo norte del cementerio encontramos dos esqueletos y los restos de un cráneo, bastante aparte de ellos, todos muy destrozados por el peso de la tierra y la falta absoluta de protección. Las condiciones del enterramiento, la composición de la tierra, el aspecto y el ajuar iguales. No así la posición del esqueleto que en el caso 2 estaba completamente flectado, vale decir con los brazos doblados y las manos en la cara y con las piernas flectadas, el esqueleto totalmente de lado, con la cabeza al poniente y la cara al norte. También su ajuar contenía una piedra horadada, aplanada, irregular de 15 cm. de diámetro, con orificio cilíndrico; la mitad de otra piedra horadada, más pequeña, de orificio cilíndrico, y dos puntas de flecha, apedunculadas de lados iguales, dentadas (1,5 mm.), de una

pedra parecida a esteatita blanca; lascas; una mano de moler, aplanada, elipsoide, y restos de trozos de huesos semifosilizados.

Como esta es una exposición sumaria y preliminar, largo e imposible sería de enumerar cada uno de los protocolos correspondientes a cada esqueleto (materia de otro trabajo). Lo importante es que estaban

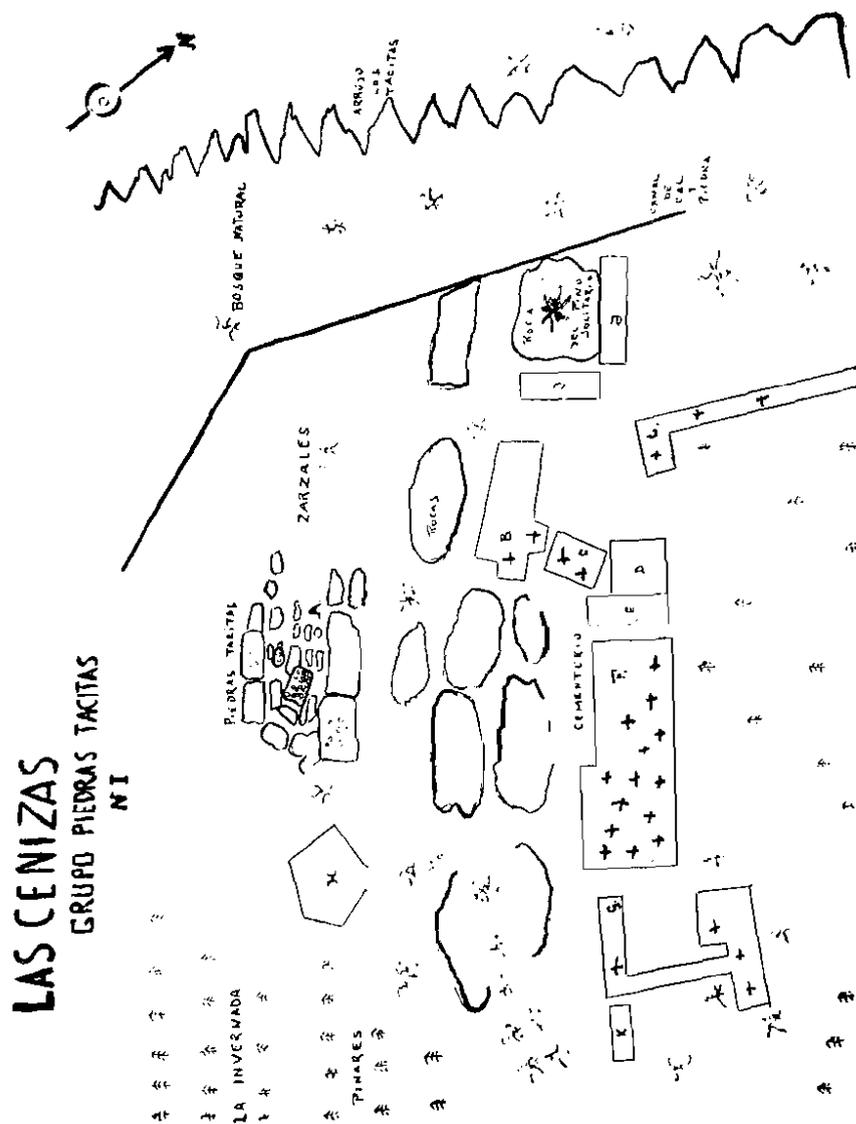


Fig. 14 - Plano del sector La Invernada y Los Pinares. - Grupo de piedras con tacitas N° I. - Anfiteatro de piedra. - Roquerío. - Excavaciones.

enterrados a diferentes distancias, unos de otros, desde 50 cm hasta varios metros; yacían en las más variadas direcciones, es decir con la cabeza hacia cualquier lado.

Excavaciones C, D y E

Para seguir nuestra exploración practicamos las excavaciones C, como continuación al oriente de B, de 3 x 4 metros y encontramos allí los esqueletos 3 - 4 - 5; luego las excavaciones D y E, de 4 x 4 y 6 x 2 metros, sin enterramientos, en el lado más oriental de este extremo del cementerio.

Excavación F

Más tarde entramos a la excavación F, al sur de las D y E. Debemos recordar que el sitio donde está el cementerio se halla a 420 metros sobre el nivel del mar, a 30 metros al norte del anfiteatro de piedra que rodea la piedra con tacitas, y que la superficie actual del terreno tiene un declive de oriente a poniente de 70 cm. Dimos allí con 45 esqueletos, en una excavación de 17 x 7 metros y en la cual la profundidad llegó a 2 y 3 metros.

Pese a nuestro deseo de no extendernos, algunas cuestiones hay que detallarlas para el mejor entendimiento de este preliminar. Por ejemplo, para dar una información de la estratigrafía de la parte principal del cementerio, detectado mediante la excavación F, tomaremos una sección de la excavación, el sector sur.

Veamos de este sector sur una superficie de 7 metros de largo por uno de ancho, hasta 2 metros de hondura; analizando cada 25 cm de profundidad trechos de metro cuadrado, tendremos que hay:

1. En la superficie algunos trozos de cántaros de greda, muy quebrados y muy toscos, que perduran hasta los 20 cm. de profundidad.
2. Algunas piedras naturales, de diferente tamaño, sin orden ni concierto, indiferentemente en uno u otro cuadrado o cuadro.
3. A 10 cm de hondura, nada más, en el extremo sur del cuadro más al poniente (Nº 1) una piedra horadada de forma irregular de 10 x 7 cm y 5 de espesor, con una perforación irregular de 3,5 x 4 cm de diámetro con excavación bicóncava.
4. Muchos restos de piedras trabajadas, lascas de pequeño tamaño.
5. Restos de huesos quemados y fosilizados.

6. Los 25 primeros centímetros, en profundidad, corresponden a tierra vegetal, negra, fina, volátil.

7. En el cuadro 4, cuatro metros más al oriente, a 25 cm había la mitad de otra piedra horadada bicóncava.

8. En lo demás todo lo encontrado era similar a lo del cuadro 1, salvo que había aquí restos de huesos de roedores.

9. En los cuadros 3 y 4, a 40 cm de hondura, hallamos un trozo de proyectil(la base de una punta de flecha, sin aletas ni pedúnculo, bifacial, dentada, en cuarzo).

10. En el fondo de los cuadros 3 y 4, a 45 cm había vértebras de pescado y restos de conchas, que ya venían haciéndose presentes desde los 25 cm. Fuera de lascas, en el lado oriente del cuadro 3 aparecieron restos de huesos largos de mamíferos, cortados artificialmente y semi-fosilizados, muy duros y pesados.

11. En el cuadro 4, a los 60 cm de la superficie había restos de huesos quemados. A los 75 cm, restos de huesos de animales, quebrados, con las mismas características de los anteriores. A 80 cm una punta de flecha negra, transparente, muy parecida a obsidiana (material inexistente en la región), pequeña, bifacial, triangular, de lados iguales, irregularmente dentada. En este sitio, a 85 cm del suelo actual, se pierde la tierra vegetal y aparece una tierra más clara, similar a la tierra fina de los caminos actuales del fundo, arenosa y sobre ella restos de conchas muy molidas. Allí encontramos una punta de flecha pequeña, alargada, dentada, tosca.

12. En el cuadro 5, a 1,25 metro de hondura hallamos restos de locos (*Concholepas concholepas*) y otra punta de flecha o proyectil, bifacial, dentada. A nivel del mismo cuadro 5, en sus límites con el 6, a 1,25 metro de profundidad, justamente en el nivel en que la tierra cambia de calidad, y donde debió estar el suelo original del terreno, dimos con un fogón de 1 metro por 0,50 m de tamaño, con espesor de cenizas (muy puras y claras) de 15 cm en toda su extensión y con muchos restos de conchas muy molidas y destruidas.

13. En la excavación F, en toda su extensión, bajo esa tierra parecida por lo arenosa a la tierra de la superficie actual de los caminos naturales de hoy (huellas sin arreglos), encontramos greda (arcilla) en una capa infranqueable, muy gruesa, impermeable, de la que ya hemos hablado.

14. En esa capa delgada de tierra arenosa (cuyo espesor de 15 cm sube un poco hacia el oriente) que está entre la tierra negra vegetal y la espesa capa de greda de más abajo, encontramos muchas conchas

destruidas, muy molidas, y, en dos sitios, cenizas, restos de algún fogón. Sobre este suelo (no por cierto sobre los fogones) estaba el cementerio, y cubriendo los esqueletos fina y grasosa tierra vegetal, de la que ya hemos hecho anotaciones. (El estudio analítico de las tierras está en curso).

En los esqueletos de la excavación F, como en los de todas las otras, predominaba la posición fetal, es decir brazos flectados, con las manos hacia la cara y las piernas flectadas, muslos sobre el abdomen, piernas sobre los muslos, con los pies frente casi a la pelvis. Pero había

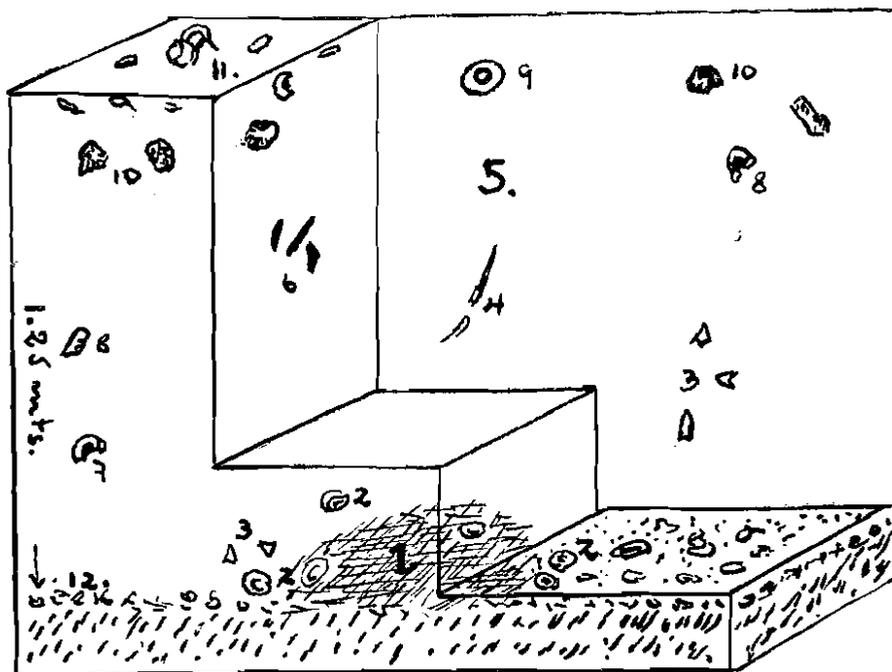


Fig. 15 - Corte de la excavación F.

1. - Fogón.
2. - Conchas de locos.
3. - Puntas de proyectil.
4. - Hueso artificialmente seccionado.
5. - Cuadro 5°
6. - Huesos quemados.
7. - Piedras horadadas quebradas.
8. - Raspador.
9. - Piedra horadada.
10. - Guijarros.
11. - Restos de vasijas de greda.
12. - Nivel con restos de conchas molidas

posiciones medias, en las cuales el cuerpo estaba más o menos estirado y sólo las piernas flectadas. Tendidos de lado, ya sea sobre el izquierdo, como el derecho. En algunos casos de espaldas, pero siempre con las piernas flectadas. Solamente dos esqueletos aparecieron totalmente estirados y de espaldas.

La profundidad de los enterramientos oscilaba entre 53 centímetros y más de 2 metros. En la excavación F había superposición de sepultaciones hasta con tres pisos, mediando, a veces muy poca separación (30 a 40 cm) entre el esqueleto de arriba con el de abajo. Hay que dejar constancia que estaban cubiertos por la misma tierra vegetal fina y grasosa y que lo único que los señalaba era un grupo de piedras naturales, no mayores de 10 a 15 cm. entre las que encontramos, a veces, algunos golpeadores y piedras horadadas quebrados por la mitad.

En cuanto a vecindad lateral, en un mismo plano, las distancias oscilaban entre pocos centímetros (30 cm) y metros.

En relación con los hallazgos, en materia de ajuar, debemos especificar que todos, absolutamente todos, eran de piedra, de hueso, o de restos de conchas y huesos de peces, de aves o de mamíferos, probablemente restos de alimentos. En ningún caso, en ninguna parte de las excavaciones, encontramos junto a los esqueletos ni vasijas enteras ni quebradas, ni siquiera trozos de cerámica de ninguna especie.

Con los esqueletos más profundos y con los esqueletos del extremo noroeste del cementerio, los elementos líticos eran más toscos y de mayor primitividad.

El ajuar, en general, comprendía golpeadores de diferentes tamaños y formas así como de distinto material. Granito, basalto, etc., de formas muy alargadas, o redondados, un tanto aplanados; muy usados o poco usados, y, lo que es más importante, enteros o quebrados, algunos de ellos con señales claras de tinción con una substancia roja (Esqueleto F. N. P. 3).

En el ajuar había trozos de colorantes, que encontramos junto a diversos esqueletos. En unos eran pedazos de ocre, en otros de rojo y en algunos de blanco. El amarillo resultó ser sencillamente ocre o siena (óxido amarillo de hierro) y el rojo, nada más que ocre calcinado, es decir sometido al fuego o puesto sobre brasas, o bien solamente transformado de su forma ocre original en rojo por oxidación superficial mediante la exposición al ambiente natural. El colorante blanco apareció en forma de bastoncitos de polvo de conchas molidas (carbonato de cal). También contaban con manos de moler con iguales caracterís-



Fig. 16 - Cementerio del Grupo N° I de piedras con tacitas, Las Cenizas. (Entre La Invernada y Los Pinares).
Vista panorámica de la excavación F.



Fig. 17 - Vista aérea de la excavación F.



Fig. 18 - Esqueleto N° I



Fig. 19 - Esqueletos N° 13 y 14.



Fig. 20 - Esqueleto N° 8.



Fig. 21 - Esqueleto N° 33

ticas que las dadas para los golpeadores; raspadores de diferentes tamaños; piedras percutidas; núcleos de piedras y lascas.

Capítulo aparte debemos conceder a las piedras horadadas. Las encontramos, en Las Cenizas, sobre el terreno, en diferentes partes del fundo. Las hallamos enterradas, a niveles distintos, en el cementerio y fuera de él. Por fin las encontramos en el cementerio, sobre, al lado o debajo de los esqueletos, predominantemente fracturadas por mitad, de diferentes materiales, tamaños y formas y con los dos tipos de perforación, cilíndrica y bicóncava. Esto aún en los enterramientos más profundos.



Fig. 22 - Cráneo de F, N.P. 2.

Igual cosa en lo relacionado con puntas de proyectil (puntas de flecha): las encontramos junto a casi todos los esqueletos, hacia los pies, el cuerpo o la cabeza, junto, encima o debajo del esqueleto, enteras o quebradas, de material variado, predominando piedras duras, colores vistosos y factura diferente (Silíce amorfo, sílice criptocristalino, obsidiana, cristal de roca, basalto, cuarzo, etc.). En la parte noroeste del cementerio las puntas de flechas eran más toscas de construcción, al igual que las correspondientes a los enterramientos más profundos, pero las había también primitivas junto a esqueletos de la 2ª capa. Algunas muy toscas, unifaciales, sin pulir ni dentar. Otras bifaciales, bien pulidas y dentadas. Predominando estaban las apedunculadas, triangulares y de lados iguales. Pero, también encontramos alguna pedunculada, con grueso pedúnculo.

Fuera de los objetos de piedra había algunos fragmentos de ins-

trumentos de hueso, muy deteriorados, punzones y probablemente agujas.

Junto a tres esqueletos encontramos cuentas de collar de piedra, discoidales, de un centímetro de diámetro y con agujero cilíndrico central.

Entre los restos de lo que debió ser el aditamento alimenticio de los difuntos sólo hallamos conchas de moluscos: Locos (*Concholepas concholepas*), tacas (*Porfía taca*), chapas (*Fisurella* sp.) machas (*Mesodesmia donacia*), caracoles de mar (*Trochus ater*), *Acmaea scurra*, *Cbiton*, sp., *Oliva* sp. También vértebras de peces (Teleosteos).

Entre los restos óseos de otros animales había pedazos de fémures de aves (Zancudas y ánades), trozos de huesos largos de mamíferos, algunos quemados, otros tan duros como piedra (fosilizados) y una cosa muy común en la excavación F (no en las otras), restos de osamentas de cabezas de pequeños roedores (*Octodon degu*). La frecuencia del hallazgo de estos últimos nos hizo pensar que pudieran corresponder a los restos de roedores que vivieron y murieron allí naturalmente, pero nos mantiene la duda el hecho de sólo encontrar las mandíbulas con sus largos dientes, y de no encontrarlas en todo el cementerio.



Fig. 23 - Objetos líticos. - Raspadores y núcleos de piedra.

Estos restos de alimentos predominantemente estaban frente al tórax. Nunca encontramos objeto alguno que hablase de haberlos contenido, como no fuese alguna concha grande de loco.

Los enterramientos mismos, marcados, como dijimos, por algunos guijarros o restos de objetos líticos, no tenían ninguna protección, ni piedras, ni lajas, ni nada, por lo que los esqueletos habían sufrido, en consecuencia, la acción de los años, el peso de la tierra y la destrucción

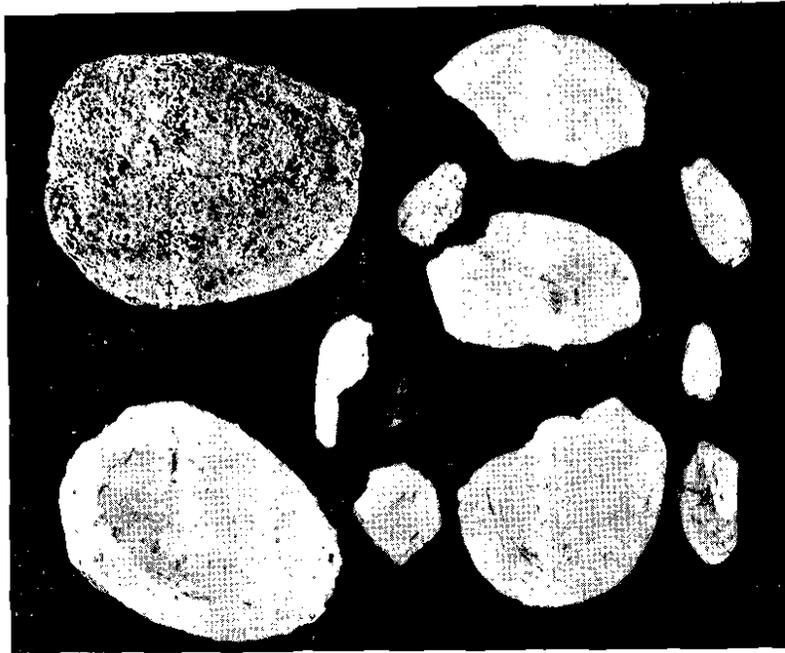


Fig. 24 - Conchas de moluscos

provocada por el crecimiento de las raíces de los árboles. Los huesos casi pulverizados, muy aplastados y quebrados, se mantenían en posición por la adhesión de la tierra que los cubría y rodeaba.

Este material se está tratando de restaurar para su estudio. Se aislaron 75 esqueletos, en el total de las excavaciones. Se puede adelantar que pertenecieron en su mayoría a hombres mesocéfalos, con huesos de regular grosor, salvo los del extremo noroeste y los más profundos del cementerio que eran de huesos más gruesos. Entre ellos había cráneos de paredes más gruesas y densas; algunos con tendencia dolicocefala y otros hacia la braquicefalia. Ningún cráneo deformado ni trepanado. La capacidad craneana (de los que se ha podido medir hasta ahora) varía entre 1300 y 1450 cm³. Algunos fémures y sobre todo tibias muy gruesas (con espeso periostio), un tanto deformados. La estatura (de acuerdo con la Tabla de Manouvrier) oscilando entre 1,56 y 1,67 metros (esqueletos 33, 12, 9, 19). El cementerio tenía osamentas de hombres, mujeres y niños indistintamente ubicados. (Todo esto es tema de un trabajo especial).

El ajuar de los esqueletos en posición estirada no difería del de

los otros. Además estaban enterrados a niveles similares con los genuflexos, uno en el extremo sur de la excavación F y el otro en el extremo oriente de la excavación G.

No encontramos, en ninguna parte, ni cuerdas, ni cueros, ni cestería, ni madera, ni siquiera los restos remotos de tales materias. Tampoco, por cierto, nada que hablara de objetos de metal.

La posición de los esqueletos delata el acomodo de los cadáveres antes de enterrarlos, practicado mediante la fijación con cuerdas vegetales o de cuero o bien el ensaque en cueros.

La presencia de los restos de alimentos, cuando no vecinos o dentro de una concha, invita a hacer sospechar que también pudieran haberlos dejado en algo que pudo haberse desintegrado con el tiempo.

En ningún caso encontramos bolsón de enterramiento; en cambio desde el suelo primitivo hacia arriba, parece incuestionable que los muertos fueron colocados allí y cubiertos con una gruesa capa de tierra fina, escogida, vegetal, marcados los sitios de ubicación del entierro con algunas piedras y, más tarde, cuando fue necesario, sepultados los otros encima de éstos, en igual forma. Del todo ha resultado una especie de túmulo.

Por debajo de ese suelo primitivo, que marca la calidad de la tierra y la línea casi horizontal de finos restos de conchas desparramadas a todo lo largo de ella, muy clara en la excavación F, encontramos una gruesa capa de greda muy dura, impermeable, que se extiende, al parecer, por todo el terreno del fundo, que en algunos lugares hoy día devastados y despoblados de vegetación por obra del hombre moderno, erosionados, se muestra en la superficie de algunas lomas. Allí encontramos, sobre ese piso gredoso, ligeramente incluídos en él, sólo tres esqueletos, al parecer los más primitivos, entre 2 y 3 metros de profundidad del suelo actual del terreno.

Otras excavaciones

Al sur de F practicamos la excavación G, en forma de escuadra con 7 metros de largo y 2 de ancho, con el eje mayor al sur, prolongada después al este con una trinchera de 12 metros por uno de ancho y ensanchada al oriente. Aquí encontramos 4 esqueletos, uno de ellos, en la primera porción, muy profundo, en pleno suelo de greda. Más al sur hicimos la excavación K, negativa.

Más tarde, a 12 metros al noreste de la excavación B, efectuamos la

excavación L con 20 metros de largo por uno de ancho, donde encontramos 4 esqueletos.

Discusión, pruebas y contrapruebas

Estas comprobaciones nos inducían a suponer que el pueblo enterrado allí debería haber tenido íntima relación con las piedras con tacitas y con las piedras horadadas.

Para poder asegurarlo había que someter el hallazgo a pruebas.

1. Pudiera haber sido una mera coincidencia el que el cementerio de este pueblo quedara cerca de las piedras con tacitas, y que se hubiera buscado la vecindad de la roca como un reparo para la posterior ubicación del cementerio.

2. Pudiera no haber sido el pueblo que primero hiciera uso de tales elementos líticos, y las tacitas haber sido hechas posteriormente por otro pueblo.

3. Resultaba extraña la existencia de cerámica en la superficie o muy cerca de ella solamente. Había que explicar qué relación tenía la cerámica con estos elementos líticos y con el pueblo enterrado allí.

Las respuestas creemos haberlas encontrado en diversos testimonios:

1. Es natural pensar en que los pueblos primitivos pudieran haber buscado un reparo señalizador de sus lugares de importancia, en este caso el cementerio. En tal circunstancia, cualquiera roca gigante bastaría para el efecto y no habría sido necesario hacer el laborioso trabajo de las tacitas.

Para salir de dudas decidimos hacer contrapruebas y procedimos a trazar trincheras en las vecindades de grandes agrupaciones de rocas, sin piedras con tacitas. Tomamos cuatro sitios diferentes, centrados por una gran roca, que pudiera haber sido una hermosa atalaya señera de lugar importante. Trazamos 8 trincheras, dos en cada uno, en forma radiada, de 8 metros de largo por 2 de ancho. En ninguna parte encontramos restos humanos. Tampoco material lítico, ni restos de cerámica en la superficie.

Con esto quedaba en claro que no era una mera coincidencia el que el cementerio de este pueblo quedara cerca de las piedras con tacitas. Se había buscado ex profeso la vecindad de ellas para el cementerio.

Por otro lado, la existencia de fogones, y la presencia de utensilios de piedra, desligados también de los muertos y desparramados a niveles distintos o cerca de las piedras con tacitas, así como los restos de conchas

muy molidas en el suelo primitivo, demostraban a su vez que el sitio había sido, al mismo tiempo y en épocas sucesivas, paradero.

2. Pero era necesario tener más comprobaciones. Podía haber sido una casualidad, con una prueba, que el cementerio quedara en la vecindad de piedras con tacitas.

Para salir de dudas había que probar de nuevo y fuimos a cavar cerca de 3 grupos más de piedras con tacitas (II - III - IV).

Circundando el grupo II hicimos una media luna, con dos excavaciones, una de 1,40 metro de ancho por 5 de largo, y otra de 1,15 por 2 m., con una profundidad de 1,50 hasta que caímos en plena greda, infranqueable. No pudimos continuar porque el tupido bosque de eucaliptus nos cerró el paso y fracasamos.

Fuimos, entonces, al grupo III donde, pese a ser un lugar trajinado y con caminos por los lados, practicamos 5 excavaciones en diferentes direcciones, desde 5 hasta 7 metros de largo por 1,20 de ancho, con profundidad desde 1 hasta 2,50, y a distancias entre ninguna y 50 metros de las piedras con tacitas. El resultado fue que volvimos a encontrar restos de osamentas humanas, más destruidos esta vez, y muchos elementos líticos, piedras manos, percutores, raspadores, puntas de proyectil y lascas. También hermosas piedras horadadas enteras. Y comprobamos, otra vez más, cerca de las piedras con tacitas y a cierta distancia de ellas, en la superficie y sólo hasta 25 cm de profundidad, la existencia de greda de vasijas toscas, de color natural y de factura grosera.

Por fin, como nueva prueba, fuimos a cavar en la vecindad del grupo IV de piedras con tacitas. En dos excavaciones, apenas a 27 cm de la superficie actual, encontramos los restos de tres esqueletos humanos y de objetos líticos. (Esto queda bajo el lago en invierno).

Otras pruebas

A mayor abundamiento, y tomando hallazgos ajenos a nuestros trabajos como otras pruebas, debemos recordar que el Dr. Francisco Fonck, a fines del siglo pasado, estudiando en Quilpué los hermosos grupos de piedras con tacitas que existieran allí en ese entonces, preponderantemente en el lugar llamado El Retiro, llegó a sospechar que fuesen lugares fúnebres, y como no hizo excavaciones por su avanzada edad, debió ceñirse a lo que encontró en superficie y a lo que quedó cuando, percatada la gente de la buena calidad de la tierra vegetal que rodeaba esos lugares, se ordenó extraerla, harnearla y usarla para los

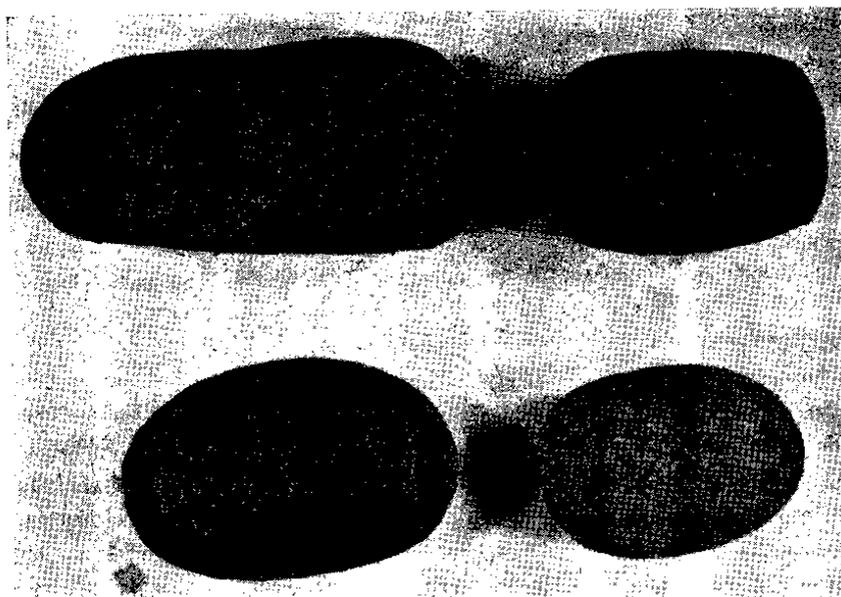


Fig. 25 - Objetos líticos. - Golpeadores.

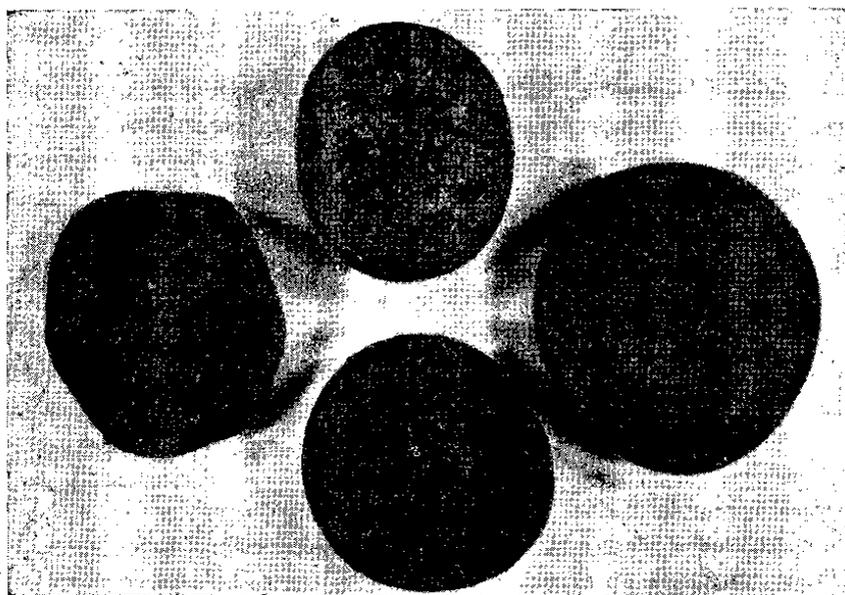


Fig. 26 - Manos de moler.

jardines de la ciudad. Como consecuencia el Dr. Fonck halló allí restos de cerámica revueltos con material lítico, piedras mano, golpeadores, raspadores, lascas, puntas de flecha, núcleos y piedras horadadas, la mayor parte de estos objetos quebrada. Luego, en la vecindad de uno de los grupos de piedras con tacitas encontró restos de huesos humanos (5).

Todo esto le hizo pensar que esos lugares fuesen cementerios y que los objetos fueron quebrados al lado de los difuntos o de sus tumbas en señal de duelo.

Por otro lado, hace años (1938-1939), Juan Ibáñez describió unas piedras con tacitas del Tabo, las mismas que visitó Schaedel en 1953, "buscando alguna relación entre las culturas prehistóricas de los valles del sur del Aconcagua con las del Molle de la región Diaguita y las de la región Atacameña". Y encontró allí, además de unos conchales, una cerámica pulimentada, fina, otra con incisiones y un tembetá que le entusiasmaron mucho. Fuera de eso, y es el punto que aquí interesa, cerca del actual Retén de Carabineros, halló piedras horadadas, raspadores, pulidores, puntas de proyectil, y en las vecindades de las piedras con tacitas descritas por Juan Ibáñez, descubrió un enterratorio de donde extrajo 5 esqueletos en regular estado de conservación, que yacían "con las manos cruzadas sobre el pecho y las piernas dobladas". Estaban completamente cubiertos por conchas de locos, machas y caracoles (16).

Jorge Silva también encontró, en Papudo, esqueletos en igual posición, cerca de piedras con tacitas, lugar donde no había restos de cerámica en la superficie, y Julio Montané halló algo similar en Ritoque, donde había restos de cerámica en la superficie (13 y 17).

Nuestras búsquedas en Las Cenizas, más estos hallazgos, demuestran fehacientemente que este pueblo, además de tener paradero, hacía su cementerio vecino a las piedras con tacitas.

También nos demuestran que en todas partes empleaban las piedras horadadas y que buen número de ellas como de los otros elementos líticos eran quebrados, tal como lo había observado el Dr. Fonck.

Nosotros creemos que fue este pueblo el que hizo y usó primero las piedras con tacitas, porque en todos los casos se ha encontrado su relación; porque el ajuar de los muertos contiene los mismos elementos líticos hallados junto a las piedras con tacitas, porque algunos golpeadores y manos de moler retenían aún sustancias colorantes en el ajuar de los muertos así como cerca y en las piedras con tacitas. Además hemos encontrado restos de colorantes en más de alguna tacita, y, por

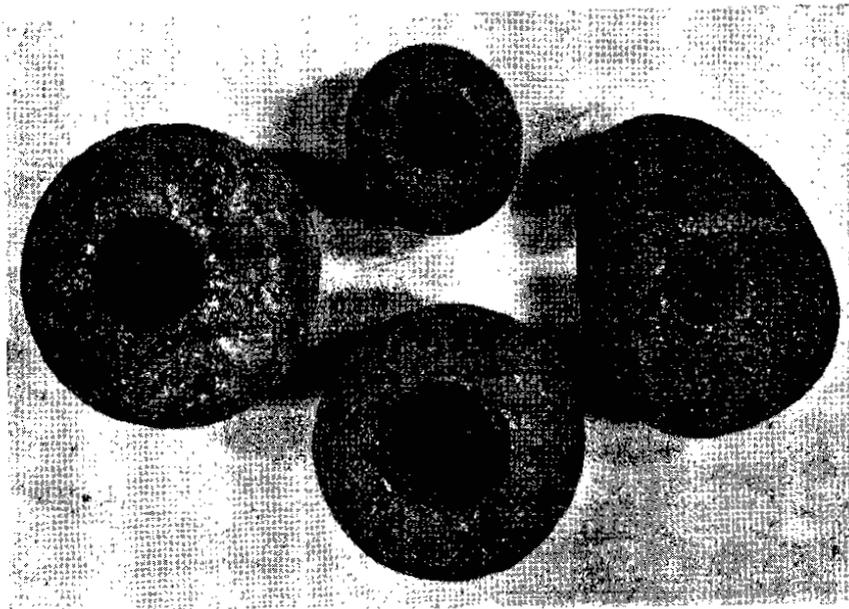


Fig. 27 - Objetos líticos. - Piedras horadadas.

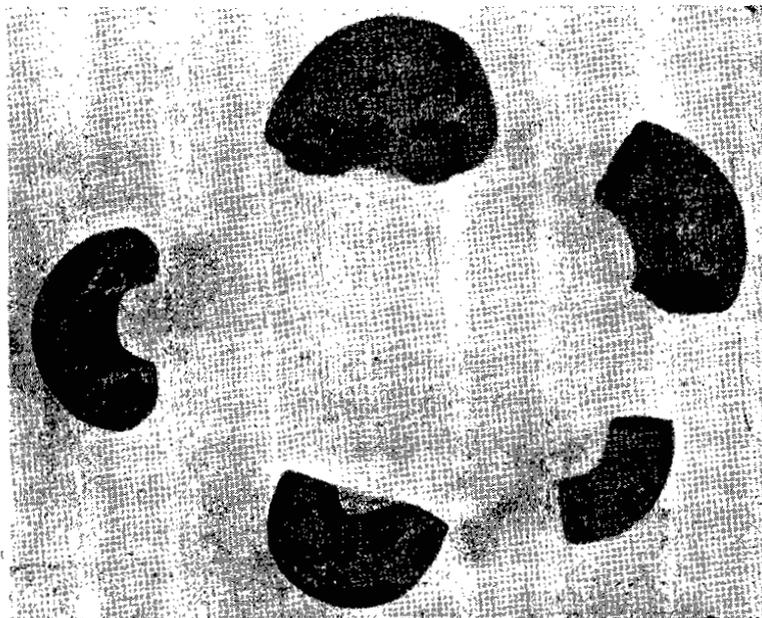


Fig. 28 - Idem, fracturadas.

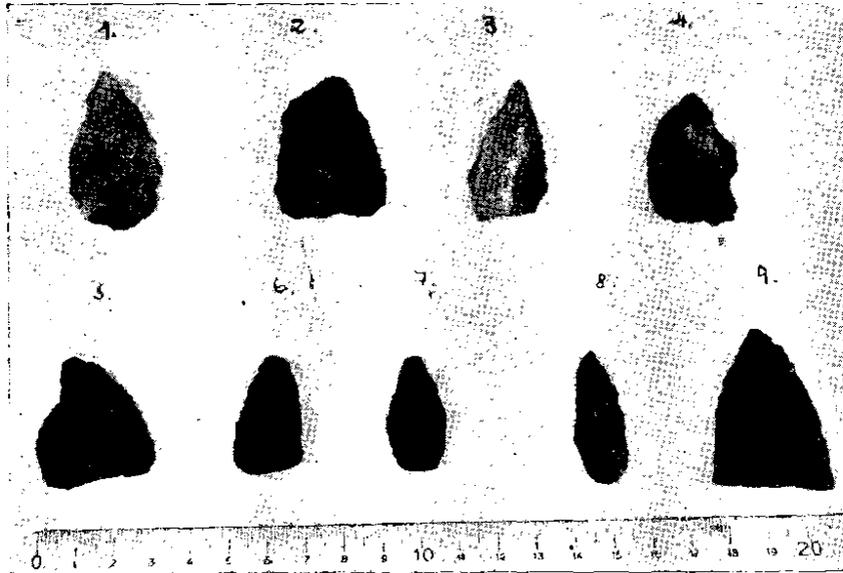


Fig. 29 - Objetos líticos. - Puntas de proyectil.

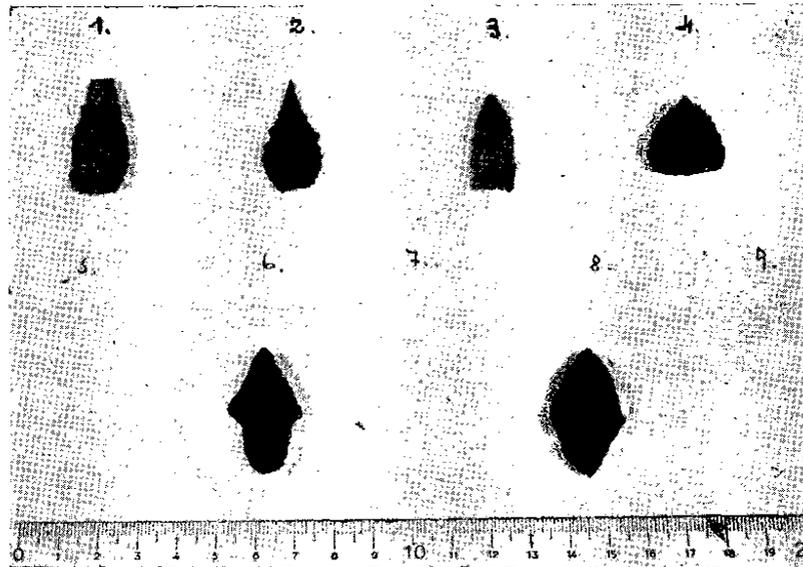


Fig. 30 - Diferentes clases de puntas de flecha encontradas en la Excavación F.

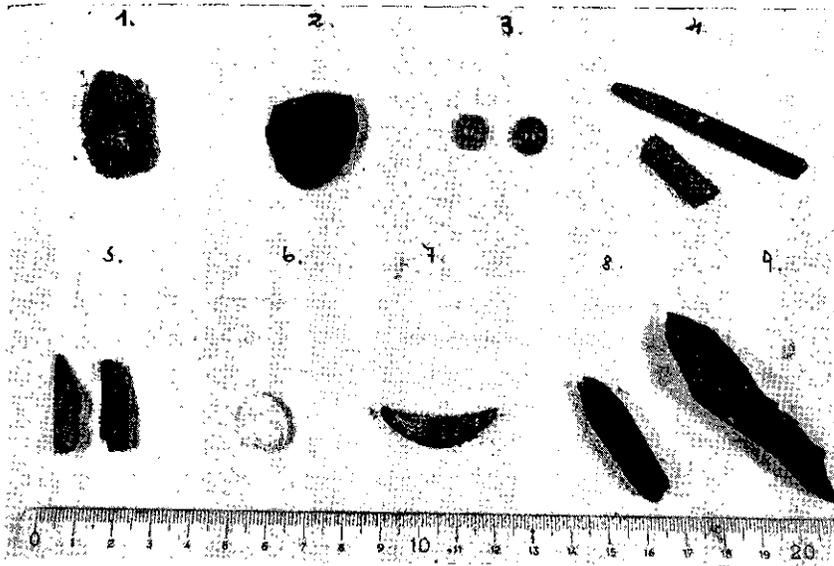


Fig. 31 - Objetos varios.

1 y 2. puntas de proyectil. - 3. cuentas de collar en piedra. - 4. trozos de un punzón. - 5. diente de puma. - 8 y 9. huesos quemados.

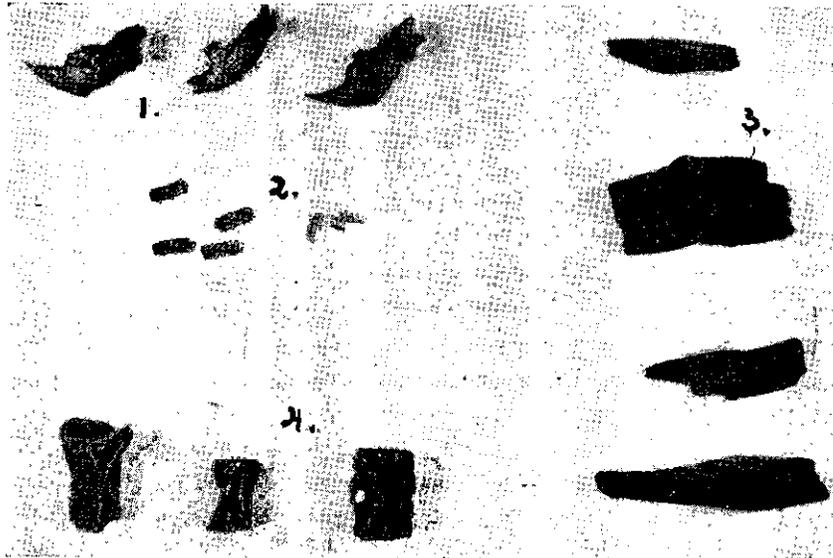


Fig. 32 - Objetos varios. 1. - Mandíbulas de roedores. - 2. Dientes de roedores. 3. Huesos quemados semifosilizados. - 4. Vértebras de pescados.

otra parte, trozos de colorantes junto a los esqueletos. Todo esto marca la conexión.

Con iguales atributos funerarios, con igual manera de enterrarse y con igual vecindad a las piedras con tacitas creemos que no cabe objeción alguna a la vinculación entre ambos.

Problema diferente es el relacionado con la presencia de la cerámica en la superficie del suelo y en las capas superiores de la tierra de algunos de los sitios de este conjunto. Pueblos ha habido que acostumbraban a romper los objetos del difunto en la ceremonia del funeral o bien los deudos rompían objetos propios en señal de dolor. El Dr. Fonck creyó que eso debió suceder en El Retiro de Quilpué. Debemos contemplar esto como posible, pero hay algunas consideraciones negativas que hacer en lo tocante a la cerámica. ¿Pudo existir un pueblo tan extraordinariamente cuidadoso que fuese capaz de evitar que el menor trozo de cerámica pudiera quedar entre la tierra de los enterramientos o en sus vecindades? ¿Pudo ese pueblo neolítico, si es que conocía y usaba la cerámica desentenderse de ella frente a los fogones? ¿Pudo, por último, si la tenía, no poner los alimentos de los difuntos en jofainas de greda?

La absoluta inexistencia de cerámica junto a los esqueletos por nosotros descubiertos y la inexistencia de cerámica aún en la superficie en algunos sitios, como en Papudo, nos hacen considerar a este pueblo como precerámico, aunque admitamos que deba esto ser sometido a muchas más pruebas.

La cerámica, creemos, debió pertenecer a otros pueblos que vivieron después en los lugares en que aquél existió. La prueba es que en Las Cenizas nunca encontramos ni un trozo de ella más profundo de 25 a 30 cm., siendo que los esqueletos comenzaron a aparecer a los 52 a 56 cm. de profundidad.

Estos pueblos pudieron ser diferentes según la zona. En Quilpué hay un cementerio de un pueblo cerámico, picunche (rama septentrional de los araucanos), muy cercano al Retiro, en un lugar denominado El Sauce, que el mismo Dr. Fonck estudió. Cornely dice que en Guanaqueros (prov. Coquimbo), las piedras con tacitas que él encontró, estaban enterradas bajo un conchal, lo que le hace suponer que nada tenían que hacer con los pescadores primitivos, que no las respetaron, por cierto tampoco a los diaguitas ni a los molles. porque el área de difusión de las piedras con tacitas es diferente a la de esos pueblos. Ello habla, en parte, de la antigüedad de las piedras con tacitas. Naturalmente, de gran utilidad para la apreciación de la edad del pueblo

enterrado junto a las piedras con tacitas va a ser la prueba del carbono 14.

Como una posible explicación de la existencia de restos de cerámica en la superficie del suelo cerca de las piedras con tacitas o en las zonas circunvecinas, pueden aplicarse los relatos de los Cronistas y lo que cuentan las tradiciones: "En La Huerta existió hasta fines del siglo pasado una piedra de platillos que en tiempo de los indios fue objeto de veneración especial. Otro tanto ocurría en localidades de la costa, donde junto a estas piedras se practicaba culto y danzas rituales" (10).

Y Medina —1882— dice al hablar de una piedra con tacitas de Curacaví, que "debe advertirse que como comprobante de las funciones a que estaba destinada esta curiosa piedra es del caso recordar que el pueblo que más inmediato a ella se encuentra se llama Curacahuín, que significa en araucano la piedra de la algazara" (11).

Así parece que los indios de la época de la Conquista y de la Colonia hacían cantos y danzas alrededor de ellas (10).

Todo esto significó que no dejaron de usarse, por lo menos en algunas partes, pueblo tras pueblo, y que tuvieron aplicación utilitaria y por sobre eso ritual de rendición de culto y ofrendas a los espíritus de los muertos.

Conclusiones

1. Lo que antes se sabía acerca de las piedras con tacitas, en el territorio de nuestro país, había dependido del azar y de hipótesis. Los trabajos publicados se referían a descripción y distribución de ellas.
2. Con las investigaciones que practicamos en Las Cenizas creamos haber demostrado que hubo un pueblo íntima y primitivamente relacionado con ellas.
3. Este pueblo enterraba a sus muertos en la vecindad de las piedras con tacitas y los colocaba en posición fetal o genuflexos, con un modesto ajuar lítico.
4. Este pueblo tuvo allí también su paradero.
5. Era ese un pueblo neolítico y, a nuestro juicio, precerámico.
6. Las piedras con tacitas fueron para este pueblo sitios de ritual funerario y de ofrecimiento a los espíritus de los muertos.
7. Si les sirvieron para aplicaciones prácticas y utilitarias, no es posible negar ni probar.
8. Posteriormente las piedras con tacitas han podido tener muchas

utilizaciones, a través del tiempo, de acuerdo con las ideas, creencias y costumbres de los pueblos que vivieron cerca.

9. Este mismo pueblo está igualmente vinculado con las piedras horadadas, que en todas partes encontramos con él, perteneciendo a nuestro juicio, aquí, originariamente al mismo.

10. Esto no es inconveniente para que posteriormente hayan sido utilizadas por otros pueblos.

11. La distribución de las piedras con tacitas y de las piedras horadadas les ciñe más a este pueblo y parece desconectarlas de las culturas que sólo parte de su área de difusión ocuparon (atacameños, molles, diaguítas, chilenos, picunches y araucanos).

12. Los individuos de este pueblo, deducido de las medidas de sus esqueletos, han sido de mediana estatura, regularmente conformados, mesocéfalos y, su antigüedad la dará la prueba del carbono 14.

13. Este pueblo no tiene nombre. Para poder distinguirlo de los demás nos hemos atrevido a llamarlo el Pueblo de Las Cenizas y familiarmente Los Tacitas (aun cuando comprendemos que esto último crea problemas).

BIBLIOGRAFÍA

1. CAÑAS PINOCHET, A.: *Las piedras horadadas*. Imp. Cervantes. Santiago, 1904.
2. CAÑAS PINOCHET, A.: *El culto de la piedra en Chile*. Act. Soc. Cient. de Chile. Santiago, 1904.
3. CAÑAS PINOCHET, A.: *En la Edad de Piedra*. Rev. Chil. Hist. Nat. Santiago. Año XII. 1909.
4. CORNELLY, F. L.: *Cultura Diaguita Chilena*. Rev. Chil. Hist. Nat. T. 51-53. Pág. 119. Años 1947-1949.
5. FONCK, FRANCISCO: *La Región Prehistórica de Quilpué*. Valparaíso. Imp. Universo 1910.
6. GAJARDO-TOBAR, R.: *Piedras con tacitas de Casablanca*. Rec. Ch. Hist. Nat. Pág. 41. 1939. Santiago.
7. GAJARDO-TOBAR, R.: *Las piedras perforadas*. Rev. Univers. Año XXV. N° 3. 1940.
8. LATCHAM, R.: *Las piedras tacitas de Chile y la Argentina*. Rev. Univers. Año XIV N° 4. Pág. 492. 1929.
9. LEHMANN NITSCHKE, R.: *Los morteros de Capilla del Monte*. Rev. Mus. La Plata. T. XII. Pág. 215. 1904.
10. LEON ECHAIZ, R.: *Historia de Curicó*. Rev. Ch. Hist. y Geograf. Pág. 138. 1952.
11. MEDINA, J. T.: *Los Aborígenes de Chile*. Santiago 1882.
12. MENGHIN, O. F. A.: *Las piedras de tacitas como fenómeno mundial*. Bol. Museo y Soc. Arqueol. La Serena. N° 9. Pág. 3. 1957.
13. MONTANÉ, Julio: Comunicación verbal.
14. OYARZÚN, A.: *Los conchales de la costa de Melipilla y Casablanca*. Santiago, 1910.
15. PHILIPPI, R. A.: *Sobre las piedras horadadas de Chile*. An. Univ. Ch.
16. SCHAEDEL, R.: Comunicación verbal.
17. SILVA, O. J.: *Noticias sobre investigaciones en piedras tacitas*. Bol. Museo y Soc. Arqueol. La Serena N° 9. Pág. 24. 1957.

LOS PRIMEROS AGRICULTORES DE BOLIVIA *

Por DICK EDGAR IBARRA GRASSO

1. - Primeros datos.

Hace ya unos seis años escribimos una monografía titulada "*Nuevo panorama de la Arqueología Boliviana*", la cual se publicó en *Cuadernos Americanos* de México, en 1953. Describíamos allí el estado de la investigación arqueológica en Bolivia y nuestras investigaciones, particularmente tratamos lo que se refiere a las culturas no-tiahuanacotas.

Recordaremos aquí que antes de nuestras investigaciones ni se había sospechado la existencia de culturas independientes de la civilización de Tiahuanaco, en Bolivia. Nosotros fuimos los primeros en señalarlas y, más recientemente, ya son varios los investigadores que las aceptan. Con todo, también los hay que no han logrado salir del panorama tradicional.

En nuestro artículo citado tratamos de la posible existencia de culturas agrícolas anteriores a las fases más antiguas de Tiahuanaco, pero hasta ese momento no habíamos encontrado ninguna muestra de ellas. Mejor dicho, sí las habíamos encontrado, lo mismo que las encontraron antes A. Métraux y W. Bennet, pero, por seguir una interpretación errada de este último autor, las habíamos interpretado mal, suponiéndolas de épocas más recientes. Ahora se ha aclarado mucho un punto fundamental sobre una de éstas, cultura mal interpretada al principio, y ella se presenta con una importancia insospechada. De ella trataremos en este capítulo.

La cultura que se nos presenta ahora como siendo la más antigua cultura agrícola, con cerámica, de la región andina de Bolivia, tiene esculturas de piedra, cerámica sin pintura y cobre. Este último detalle nos la da como siendo ya una cultura bastante desarrollada, correspondiente al período Eneolítico de la arqueología del Viejo Mundo.

* Capítulo de una obra inédita.

Pruebas absolutas de la remota antigüedad que atribuimos a esta cultura no existen todavía en forma directa; sin embargo, las hay incluso de valor suficiente para considerarla tal. En los yacimientos de Oruro, *mounds*, se encuentran puntas de flechas y de jabalina que corresponden a los cazadores de la cultura Ayampitín, junto con puntas de flecha pequeñas, muy bien hechas, que corresponderían a la cultura que tratamos. Las puntas Ayampitín no han aparecido en Tiahuanaco, y de allí deducimos que nuestra cultura se ha asentado sobre los cazadores dichos y también en parte, sobre los probables proto-agricultores mesolíticos.

Una prueba más valiosa y completa ha aparecido en el mismo Tiahuanaco. Allí se encuentran una serie de cabezas esculpidas en piedra, muy toscas y naturalistas; las más se han encontrado en el llamado "Kalasasaya pequeño" (donde apareció el monolito Bennett), el cual es de construcción más reciente, a la vez que se han utilizado en él materiales antiguos. Cabezas iguales se encuentran en los yacimientos de Oruro, y una al menos ha aparecido en la Isla del Sol.

Bennett hizo, en Tiahuanaco mismo, diez pozos en busca de material estratigráfico; en varios de ellos encontró, en la parte más baja, cerámica policroma del tipo de Tiahuanaco Antiguo, y junto con ella una serie de fragmentos de ceramios rojizos, lisos, entre los que predominaban los que habían formado parte de varios tipos de escudillas; faltaba en ellos la pintura y los adornos incisos. Esa cerámica fue adjuntada por Bennett al estilo de Tiahuanaco Antiguo, por más era totalmente distinta en sus formas de las de la cerámica policroma correspondiente a este período tiahuanacota. Más recientemente el Dr. A. Kidder, en cuya compañía estuvimos unos días, realizó nuevos pozos en Tiahuanaco, en busca de materiales para analizar con el Carbono 14, y encontró abundantes fragmentos similares.

En forma y colorido esa cerámica corresponde a la de la cultura que estamos tratando, y con ello queda firmemente establecido, creemos, que ella existía en la región de Tiahuanaco cuando la cultura del Tiahuanaco Antiguo, provista de la primera cerámica pintada que llegó al país, ocupó la región.

En el Departamento de Cochabamba encontramos otra serie de yacimientos, algunos de los cuales fueron visitados por Bennett. En uno, existente en las cercanías de Cochabamba, en Colcapirhua, encontró urnas funerarias de esta cultura y las interpretó como provenientes de una influencia o invasión de los Chiriguanos (Guaraníes), consecuentemente de época posterior al Tiahuanaco Expansivo (o Decadente) de

estas regiones. Este error le impidió interesarse más por esa cerámica distinta que halló, y su panorama de la arqueología boliviana continuó siendo dominado puramente por la civilización de Tiahuanaco. La interpretación de Bennett, posteriormente, comprometió nuestras investigaciones en ese sentido. El Prof. Stig Rydén ha sido el primero que interpretó esta cerámica como anterior a la del Tiahuanaco Expansivo, aunque no anterior a las otras épocas de Tiahuanaco.

Podemos hacer ahora algunas comparaciones con las culturas antiguas de los territorios vecinos. En el Noroeste argentino no se ha indicado todavía la existencia de ninguna cultura que pueda relacionarse directamente con la que tratamos, pero conocemos muchas cerámicas que sí se relacionan, tanto en forma como en adornos modelados. Posteriormente haremos un estudio sobre esto. Piezas de este estilo existen en el Museo Arqueológico de la Universidad Nacional de Tucumán, y en el Museo Etnográfico de Buenos Aires, sin tener atribución cultural.

Con Perú la relación parecería ser con un período muy antiguo de la cultura Chavín, pero poseemos muy pocas muestras de eso para hacer una comparación detenida. En cualquier forma, creemos que se puede aceptar una equivalencia general con Chavín, tanto de cultura como de antigüedad cronológica.

En Huamachuco, aunque parece que corresponden a un período más reciente, hay unas grandes cabezas de piedra esculpidas toscamente y con espiga posterior, que tienen inmediata relación con las que se presentan en la cultura que tratamos.

Más allá, esta cultura presenta algunas semejanzas con San Agustín, en Colombia, relación que se muestra con algunos monolitos toscos y en forma de cabezas, además de formas de cerámica. Aún con México aparecen algunas relaciones, con esculturas de cabezas de la cultura de La Venta, no las mayores sino otras más bien chicas y con apéndices que siguen al cuello. Algunos de los idolitos chicos de Cochabamba tienen extraordinarias analogías con otros antillanos.

Corresponde ahora dar un nombre a la cultura que tratamos, y también dar la descripción de sus características, pues hasta el momento hemos estado hablando de ella sin decir propiamente de qué se trata. Aún no hemos encontrado un nombre que sea del todo conveniente, y de consecuencia no se encuentra debidamente denominada; los nombres que se nos han presentado, de las localidades en donde aparece, nos parecen restringidos. El sitio del primer hallazgo es la localidad de Sora-sora, en Oruro, pero no vemos que este nombre diga nada. En

consecuencia, y en forma provisional, hemos estado llamándola *Cultura Megalítica*, en razón de que creemos que en origen pertenece a un tipo de ese nivel cultural básico. Acaso posteriormente aparezca un nombre más conveniente y definitorio, que adoptaríamos sin dificultad, pero entretanto tenemos que utilizar un nombre y nos parece que el más conveniente es el de *Cultura de los Túmulos*, ya que casi todos los yacimientos conocidos presentan esa forma. También puede llamársela, sencillamente, *Pre-Tiahuanaco*.

2. - El descubrimiento de la Cultura de los Túmulos

Sobre los pueblos agricultores anteriores a la civilización de Tiahuanaco, dijimos en 1953:

"Este es un capítulo que prácticamente está todavía en blanco en la investigación. Nada se sabe de los pueblos agricultores más antiguos del país, y prácticamente todos los autores parten de la civilización del Tiahuanaco Antiguo como la forma originaria de la agricultura en Bolivia. No se han encontrado o presentado todavía restos arqueológicos que se pretendan sean anteriores.

"Sin embargo esto no puede ser así. La cultura del Tiahuanaco Antiguo se origina, naturalmente, en las antiguas culturas del Perú. Los verdaderos puntos de donde arranca no han sido bien identificados todavía y la discusión sobre ello arranca, científicamente, desde los tiempos de Max Uhle y sus comparaciones con la civilización de Nazca. También hay muchas comparaciones hechas con la cultura Chavín, particularmente entre la Puerta del Sol y la estela Raimondi".

"No estamos nosotros en situación de aclarar este problema, al menos nuestros trabajos arqueológicos no nos han proporcionado todavía elementos suficientes como para hablar con seriedad, aunque sí hemos encontrado algunos de gran interés".

Con los párrafos anteriores comenzamos nuestro primer capítulo en "*Un nuevo panorama...*", etc., y, como se vé, todavía nuestras investigaciones no nos habían aclarado tan fundamental problema. Esto, hace no más de seis años.

El caso ha variado ahora, y, en verdad, debía haberlo hecho hace mucho tiempo. Hace veintitantos años, cuando el Dr. A. Métraux era Director del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán, Argentina, en un viaje que hizo a Oruro encontró en la localidad de Belén al N.O. de la ciudad, una serie de monolitos o cabezas de pie-

dra toscamente talladas en forma naturalista, las más o casi todas de animales; también algunas piedras con relieves pequeños de diseños geométricos. Todo esto se hallaba o en las casas de los pobladores de la zona, o en lo alto de una pequeña loma. Ningún resto de edificio fue encontrado allí, y la cerámica que se recogió era tosca y sin pintura.

Métraux no tuvo tiempo de estudiar el sitio; en la publicación que hizo sobre esto, en el "Journal de la Société des Américanistes", (recientemente traducida y publicada en la revista "Kbana" de La Paz) se inspira en el kalasasaya pequeño de Tiahuanaco, y considera que las esculturas dichas pueden haber servido de adornos en las paredes de un edificio similar. Ninguna prueba había de ello, pero esa fue su interpretación.

Los otros autores han ignorado la existencia de este yacimiento, y ni siquiera lo citan.

En 1940 pudimos ver varias piezas de este estilo en el Museo de La Paz, a donde habían sido llevadas por el Prof. Maks Portugal, poco antes y en tiempos en que fue Director del mismo. Después, en 1947, vimos las piezas originales de Métraux, que se encuentran todavía en el Museo de Tucumán, y dos en el de Buenos Aires.

Nuestra opinión no pudo formarse entonces. La falta de cerámica pintada nos impedía formarnos una mayor idea de esta cultura. También pesaba la interpretación de Métraux.

A fines de 1953 fuimos a Sora-sora, al S.E. de la ciudad de Oruro, siguiendo informes que nos fueron dados por el Dr. Julio Rodríguez Rivas, y obtuvimos allí 17 esculturas similares a las de Métraux y en la misma forma en que las obtuvo éste; tanto de los pobladores como superficiales de varios yacimientos. En la zona había cuatro yacimientos con este tipo de restos; dos de ellos, los más típicos, eran un *mound* bajo y expandido; la superficie estaba llena de restos de cerámica rota, lisa o con pocos adornos incisos; abundaban mucho las hojas de azada de piedra, de forma similar a las del Campiñense europeo. En la pequeña excavación que pudimos hacer, aparecieron dos entierros: uno de una criatura en un cántaro, y otro de un adulto sencillamente en tierra, en posición de costado y encogida; el cráneo con una fuerte deformación tabular oblicua.

En aquel momento no pudimos formarnos ninguna nueva idea sobre esta cultura, a pesar de que comprobamos que en todo el yacimiento había una peculiar cerámica sin pintura, a veces con pequeñas incisiones. En Cochabamba había muchos *mounds* similares a los dichos, pero sin las cabezas esculpidas, por lo cual no los relacionábamos.

Bennett había estudiado algunos de ellos y clasificó la cerámica que allí aparecía en dos grupos o culturas: la primera pertenecía claramente al Tiahuanaco Decadente (hoy Tiahuanaco Expansivo para los investigadores que trabajamos en Bolivia), y la segunda, que era rojiza y sin pintura, la consideró como de origen Guaraní y posterior a la cerámica tiahuanacota. Nosotros seguimos al principio esta interpretación, aunque considerando que la dicha cerámica rojiza no podría ser Guaraní (Chiriguana), sino más bien amazónica de pueblos Arawak.

En 1952 el investigador sueco Prof. Stig Rydén, junto con nosotros y la Sra. Byrne de Caballero, estudió un yacimiento con cerámica de este tipo, en Cochabamba, a dos leguas de la ciudad, y opinó que era anterior a Tiahuanaco (al Tiahuanaco de Cochabamba, o Expansivo). La cerámica de estos yacimientos cochabambinos es rojiza y lisa, a veces gris o negruzca.

En los años siguientes descubrimos personalmente varios yacimientos con cerámica similar, particularmente en la localidad de Cliza, a 40 kilómetros de Cochabamba, en donde hay varios *mounds* muy típicos, incluso con abundancia de urnas funerarias para adultos. Con todo, todavía seguíamos con las ideas de Bennett.

Luego descubrimos dos yacimientos de este tipo, sin cabezas de piedra (acaso fueron sacadas hace tiempo por pobladores más recientes), a treinta kilómetros de la frontera argentina, en Villazón y a pocos cientos de metros de las vías del ferrocarril internacional. Esto empezó a hacernos modificar nuestras ideas. Bennett había dicho que la cerámica lisa de Cochabamba era Guaraní; como esto no podía ser (la cerámica Guaraní es distinta, a más de que los Guaraníes son muy recientes en Bolivia), nosotros habíamos modificado la idea en el sentido de ser amazónica, proveniente de una invasión prehistórica, siempre posterior al dominio del Tiahuanaco Expansivo en Cochabamba. Esto último por razón de que Bennett había pretendido haber hallado una sobreposición respecto a la cerámica tiahuanacota; posteriormente fuimos al lugar donde según Bennett ocurría eso y comprobamos su inexactitud.

El yacimiento de Mojo, al lado de la frontera argentina y casi sobre la vía del ferrocarril, nos obligó a modificar todo esto; ninguna invasión amazónica podía haber llegado tan alto en la Cordillera; a la vez, la cerámica encontrada allí se relacionaba íntimamente con los yacimientos de Oruro y de Cochabamba. No había otra explicación posible que la existencia de una capa cultural o una cultura muy difundida, que tenía que ser anterior a la expansión tiahuanacota.

Un último descubrimiento completó el proceso interpretativo. En enero de 1955 visitamos tres nuevos yacimientos de este tipo en Oruro; uno de ellos está dentro mismo de la ciudad, en uno de sus arrabales y es lugar donde los muchachos suelen ir a "buscar flechitas"; los otros se encuentran a un par de leguas de distancia.

En uno de estos últimos uno de nuestros guías, profesor universitario, había encontrado cabezas esculpidas, pero ya se hallaba demasiado visitado por los viajeros para que todavía existieran otras; acaso existan enterradas. La cerámica y las hojas de azada denunciaban claramente el tipo cultural de los yacimientos; pero también hubo un hecho nuevo: en el yacimiento de la ciudad de Oruro y en uno de los otros aparecieron numerosas puntas de flecha; en el tercer yacimiento las hubo de otro tipo, que era muy escaso en los dos primeros.

Las puntas de flecha de los dos primeros yacimientos corresponden a la cultura Ayampitinense, al tercer período de esa cultura que parece caracterizarse por la aparición de las primeras puntas de flecha, pequeñas en comparación con las puntas de jabalina pero todavía de buen tamaño.

Volvamos a los yacimientos con cerámica, de que estamos tratando. Las puntas de flecha de los dos primeros yacimientos corresponden a las que en Viscachani hemos llamado Ayampitinense III; las del tercer yacimiento de Oruro son más pequeñas, muy finas, de franco tipo eneolítico comparándolas con las de la arqueología de otras regiones; junto con ellas hallamos un pequeño cincel de cobre. Nuestro acompañante había hallado antes diversos *topos* (prendedores) del mismo metal. Ningún resto de construcción de piedra, de pared o cimientos, apareció en estos yacimientos.

3. - La cultura de Chullpa-Pampa de Stig Rydén

Con lo dicho creemos que hay bastantes datos para aceptar en principio la edad pre-tiahuanacota de la cultura que tratamos, por más que la determinación definitiva la han de dar otras investigaciones y, sobre todo, datos cronológicos a aportar por el Carbono 14; con todo, y para abundar un tanto más en esta materia, vamos a reproducir aquí algunos párrafos del trabajo del Prof. Stig Rydén, sobre todo los que se refieren al aspecto cronológico.

El primer contacto que tuvo el Prof. Rydén con esta cultura nos lo relata en la forma siguiente:

"Al mismo tiempo de realizar la investigación arqueológica de un sitio de enterramientos y vivienda de la época tiahuanacota en la parte de la ciudad de Cochabamba llamada Tupuraya, el autor tuvo la oportunidad de estudiar algunas colecciones particulares en esta ciudad. Una de éstas pertenecía a la Señora Geraldine B. de Caballero. La parte principal de esta colección interesantísima está formada por cerámicas de la época tiahuanacota encontradas en la región de Cochabamba. Unas cerámicas, sin embargo, diferenciábanse muy claramente por su manufactura más primitiva y sus formas más sencillas de las cerámicas artísticas de la cultura de Tiahuanaco, de decoración policroma. Fuimos informados de que todas estas cerámicas simples y también unas hachas de piedra, un morterito de piedra y una jícara del mismo material venían de un solo sitio: Chullpa-Pampa, y que estos hallazgos habían sido comprados de indios habitantes cerca de ese lugar. Al comprar el primer objeto de Chullpa-Pampa la señora de Caballero informó a los indios sobre su interés de conseguir más objetos del mismo sitio. Por eso los indios solían visitar Chullpa-Pampa después de la época de lluvias para coleccionar los objetos descubiertos por ellos, los que después fueron ofrecidos a la señora de Caballero".

Esta fue la primera impresión de nuestro autor. Después de esto, fuimos juntos con la señora de Caballero y Rydén al lugar de Chullpa-Pampa, situado a unas dos leguas de Cochabamba, y encontramos un yacimiento muy destruído; no pudimos conseguir allí sino algunas piezas rotas y numerosos fragmentos. Rydén dice:

"En conjunto, los hallazgos de Chullpa-Pampa dan una fuerte impresión de primitividad y gran antigüedad, especialmente al comparar estos hallazgos con los que representan la cultura de Tiahuanaco. Los hallazgos de Chullpa-Pampa representan muy pocos tipos, lo que limita las posibilidades de hacer comparaciones. Unas pocas comparaciones se hacen aquí, sin embargo, así como también la falta de contraparte tiene valor para determinar relaciones y antigüedad de una cultura y un hallazgo arqueológico".

En otras excavaciones que se realizaron en Cochabamba y Oruro (Tupuraya y Cayhuasi respectivamente; las de Cochabamba en nuestra compañía), aparecieron algunos fragmentos de cerámica pintada en niveles pre-tiahuanacotas; esta cerámica era muy distinta de la de Chullpa-Pampa, y, comentándolos, dice Rydén:

"Comparando los hallazgos de Chullpa-Pampa con los de las investigaciones hechas antes en la región de Cochabamba, y los hallazgos recién hechos en Tupuraya y Cayhuasi, no aparecen noticias de relacio-

nes directas. Así los hallazgos de Chullpa-Pampa merecen un puesto antes que los de la época de Tiahuanaco, en la fila de antigüedad de las culturas andinas de la América del Sur”.

Finalmente, la monografía termina con este comentario:

“Otro detalle que probablemente puede certificar la gran antigüedad de los hallazgos de Chullpa-Pampa hay que mencionar por fin, Cochabamba significa “La Pampa del Agua”. A menos uno de los cronistas (Morúa, 1946, p. 212) dice que en la época de la conquista el llano de Cochabamba estaba ocupado por un gran lago. La actual laguna de Alalay, inmediatamente al sur de Cochabamba, debe ser el resto de este lago antiguo. En general los lagos y lagunas del altiplano boliviano han sido más grandes que hoy. Así debe ser muy razonable buscar los sitios arqueológicos más antiguos de la región de Cochabamba no en el llano mismo sino en las faldas cercanas. Por eso es interesante constatar que el sitio de Chullpa-Pampa está situado un poco arriba en la falda de la cordillera de Tunari. Todos los yacimientos de la época de Tiahuanaco conocidos, por nosotros al contrario se encuentran situados en un nivel más bajo en el llano fértil de Cochabamba, y en general en montículos bajos, llamados “morros” por los habitantes actuales”. (RYDÉN, 1952).

El conjunto de lo que nos dice Rydén es de indudable valor para la ubicación cronológica de esta cultura. Ahora, como ya hemos visto, los hallazgos de yacimientos se han multiplicado, y lo mismo las formas de la cerámica y objetos de piedra. Nuestro autor, en su primer contacto con la Cultura de los Túmulos, tuvo muy pocos elementos de estudio en sus manos, como, por ejemplo, podemos ver en lo que nos dice de que las formas que presentan las piezas de cerámica son muy poco variadas; ahora esas formas se han multiplicado y por lo menos doblan las variaciones de la cerámica tiahuanacota de la región cochabambina.

Rydén, además, no conoció ninguna de las formas de estatuillas esculpidas en piedra (aparte de las cabezas de Oruro, que no llegó a relacionar con Chullpa-Pampa), ni los vasos de forma griega, etc.

4. - La descripción de la Cultura de los Túmulos

Es temprano todavía para poder hablar concreta y detalladamente de esta cultura, y especialmente sus posibles y lejanas relaciones, pero queremos insistir sobre la absoluta independencia cultural que tiene con la civilización de Tiahuanaco, en todos sus períodos.

Los detalles fundamentales creemos haberlos dicho ya, pero conviene insistir sobre algunos de ellos.

Empecemos por la forma de los yacimientos. Los de la Cultura de los Túmulos que tratamos, presentan casi siempre una forma de grandes túmulos, algunos muy bajos, de no más de un metro, y otros bastante altos, hasta de seis y ocho metros; su superficie es variable, con frecuencia de alrededor de una hectárea (en Oruro hemos visto uno circular, con doscientos metros de diámetro). No hemos podido hacer en ninguno de ellos una excavación importante que nos revelara su completa naturaleza, pero los pequeños cortes hechos hasta el momento nos muestran la existencia de diversas capas en ellos, las cuales son generalmente alternadas de capas de cenizas y capas de arcilla; estas últimas parecen corresponder a adobes deshechos. En un caso al menos, en Cliza, hallamos todavía un buen pedazo de pared de adobes, con uno de sus costados cubierto de restos de hollín; su tamaño (lo descubierto) era de un medio metro de alto por uno de largo.

Según esto, en último término, todo el *mound* no sería más que la acumulación de desechos de casas y restos de cocina, o sea, no sería de fabricación voluntaria y artificial como túmulo. Todo estaría formado por la superposición continuada de restos de casitas y restos de ceniza de las cocinas. En el yacimiento de Cliza, en donde encontramos la pared dicha, sobre ella, contamos hasta siete capas de ceniza intercaladas entre los restos de adobes, en menos de dos metros de espesor.

Un problema importante se nos presenta ahora respecto a la forma de los antiguos pueblos de la Cultura de los Túmulos; la forma de los túmulos demuestra la existencia de pueblos dispuestos en forma muy apretada, de casas muy juntas, cosa totalmente extraña a los pueblos históricos de la región. Además, no se han empleado piedras para las paredes, y, ni para los cimientos en Cliza; en Sora-sora sí hay algunos cimientos de piedra.

Nada semejante se conoce en la civilización de Tiahuanaco, en ninguno de sus períodos. En esta civilización se ha empleado preferentemente la piedra para las construcciones y los pueblos no han sido amontonados; en Tiahuanaco mismo, los restos de los basurales de la población (que hasta ahora permanecen sin ser citados siquiera por los arqueólogos) se extienden por kilómetros, mostrando una población sumamente abundante pero expandida.

Corresponde ahora dar algunos mayores detalles sobre los elementos culturales materiales de esta cultura, y comenzaremos por la cerámica.

Existen en ella, en primer lugar, y en contra de toda nuestra creencia anterior (basada en los datos falsos de Bennett) que suponía que las urnas funerarias no eran andinas sino amazónicas, varios tipos de urnas funerarias (sin pintura siempre), tanto para adultos como para criaturas, de boca muy ancha y base pequeña; las ollas comunes también se han usado como urnas.



Fig. 1. - Gran urna funeraria con la parte superior rota. Cliza.

Las piezas pequeñas son abundantes y de variadas formas: a cambio de la ornamentación pintada que falta, y de la incisa que es escasa, se encuentran abundantes apéndices modelados tanto en piezas chicas como en grandes, especialmente en los cántaros grandes para agua o chicha; los mismos representan tanto cabezas de animales como humanas, con ojos en forma de grano de café y oblicuos en las representaciones humanas. Los platos son hondos y con una sola asa horizontal; los cántaros o jarras llevan un asa vertical. Hay varias formas de vasijas

chicas dispuestas en forma doble, con un canal de comunicación entre los dos recipientes; abundan los platos y tazas ovales y las fuentes aplanadas. Algunos platos hondos presentan tres o cuatro puntas salientes en sus bordes.



Fig. 2. - Cántaro para agua o chicha, con dos pequeños pezones al frente. Cliza.

El tipo más sorprendente de piezas de alfarería que nos presenta esta cultura son unos cántaros de tamaño variable, desde poco más de 20 centímetros de altura hasta más de 80; no presentan adorno de ninguna clase. Su forma es de lo más extraño para ser piezas indígenas americanas, ya que recuerdan de inmediato a formas griegas o mediterráneas antiguas. Son altos y esbeltos, con la mayor anchura cayendo hacia la parte superior del cuerpo (con lo cual aumenta su impresión de esbeltez); con la mayor frecuencia el cuerpo es algo achatado en su parte media; el cuello es relativamente alto y las asas, siempre dos y verticales, van colocadas algo más abajo de la mitad del cuerpo y en forma algo asimétrica, es decir, un poco hacia adelante. El cántaro parece dispuesto para ser llevado sobre la cabeza y agarrado desde abajo por sus asas, que por eso van dispuestas en forma baja.

Uno de estos cántaros había servido en el yacimiento de Sora-sora para el enterramiento de la criatura, que hemos citado; también Métraux encontró restos de otros dos en Belén, que dibuja malamente. En el ya-

cimiento de Mojo, cerca de la frontera de Villazón, aparecieron dos en forma muy degenerada, ya convertidos en cántaros bajos y panzones, pero conservando las mismas asas asimétricas. Los cántaros más típicos de esta forma, verdaderas ánforas, han aparecido en número de más de una docena en los yacimientos de Cochabamba.

Los famosos aribaos incaicos se nos presentan ahora como una degeneración de estos cántaros, que han transportado su mayor anchura hacia la parte baja de la pieza.

La arcilla utilizada en todas estas piezas es de un tono rojizo por lo general, pero hay una minoría de piezas de color gris, claro y oscuro; las piezas de los yacimientos del Altiplano tienen un antiplástico de mica, que no se observa en Cochabamba. No existe, con propiedad, un verdadero pulimento del exterior de las piezas, por más que presentan un esmerado alisamiento, hecho con esteque. Se exceptúan, y tienen verdadero pulimento, algunos jarros con engobe rojizo brillante y paredes muy delgadas, que deben ser más recientes.



Fig. 3. - Cántaro de forma griega de gran tamaño, procedente de Inca-Llacta, Cochabamba.

Ahora diremos algo acerca de los objetos de piedra. Ya hemos citado la presencia de las cabezas esculpidas de Oruro, y del mismo Tiahuanaco; las mismas son de tamaño relativamente grande, hasta de cerca de un metro, aunque la mayor parte son de la mitad de ese tamaño; se componen de dos partes, una superior en donde aparece la cara

esculpida, tosca sin excepción en todas las piezas conocidas hasta el momento, la cual consta de un saliente con ojos y boca grabados en profundidad, la nariz a veces también excavada pero más generalmente saliente; sobre la parte superior aparecen las orejas, a veces tan grandes como la misma cara. Las representaciones son de animales, aunque algunas veces parecen representar caras humanas. La segunda parte de estas piezas es una espiga posterior o inferior, que ha servido para incrustarla en alguna parte.

Métraux supuso que estas cabezas, por su espiga, iban incrustadas en las paredes de un edificio, pero ocurre que ni él ni nosotros hemos encontrado los restos de esos edificios. El kalasasaya pequeño de Tiahuanaco, de donde tomó su interpretación Métraux, sí presentaba cabezas similares incrustadas, pero allí hay que considerar que el edificio ese ha sido muy posterior, de la época del Tiahuanaco Clásico, y que se han utilizado esas cabezas más antiguas como adornos. El que hayan tenido ese uso y posición en un edificio del Tiahuanaco Clásico no significa que originariamente se usasen en la misma forma. Además, la espiga se dirige hacia abajo en la mayor parte de las cabezas y con eso no podrían haber sido incrustadas al costado de las paredes de ningún edificio; en todo caso, sólo en su parte superior.

Por lo mismo nos parece que estas cabezas, originariamente, han tenido otro uso, y se nos ocurre, sin pretender seguridad de ello, que acaso hayan sido estelas de tumbas.

Además de las cabezas esculpidas que aparecen en Oruro, y el Sur de La Paz, en diversas localidades y sobre todo en Cliza (Cochabamba), han aparecido una serie de pequeñas esculturas en piedra, casi todas menores de 20 centímetros; el trabajo es mucho más fino que en las piezas grandes de Oruro, y se han utilizado piedras duras, bien pulidas (las cabezas de Oruro son generalmente de piedras blandas, sin pulimento); en su mayor parte estas piezas pequeñas son antropomorfas, aunque hay algunas de tipo zoomorfo; las figuras que podríamos llamar de dioses abundan. Predomina en ellas la existencia de una espiga en la parte inferior, como en las piezas grandes de Oruro.

En cuanto al uso del cobre, además de su existencia en Oruro, lo hemos confirmado también en Cliza, al hallar un adorno de cobre dentro de una urna funeraria para adultos, y además, al comprar a un campesino un *gran topo* (prendedor) de cobre, hallado en el mismo yacimiento el día anterior a la compra.

Las hachas de piedra son tanto de cintura como planas, con uno o dos agujeros en la parte posterior. Además hay una muy hermosa

hacha cuya forma semeja a la doble hacha de la civilización Minoica, sólo que su mango se ataba por uno de los lados, por medio de dos agujeros para tientos.

Rompecabezas de piedra, circulares y ovales, de gran tamaño, son muy abundantes.

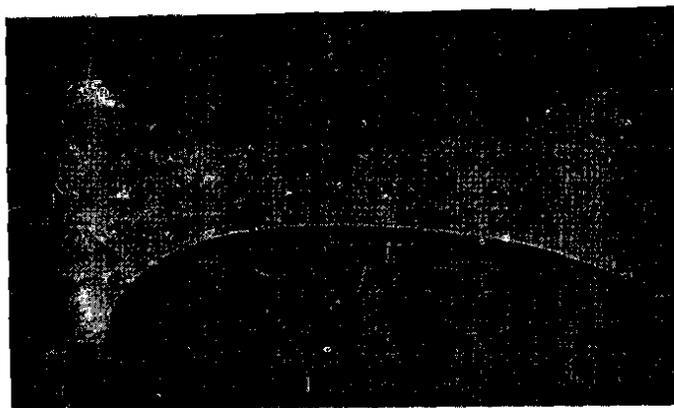


Fig. 4. - Hacha de piedra, muy delgada, de tipo insignia, semejante a la doble-hacha Minoica.

Hay unas fuentes de piedra, cuadrangulares y redondas, de tamaño extraordinario, ya que pasan de setenta centímetros de diámetro y doce de altura, magníficamente pulidas. Otras, del mismo tipo, tienen un tercio del tamaño dicho. También hay diversas formas de morteros, y unos vasos de piedra que pueden ser antecesores de los *kerus*.

5. - Detalles de la cerámica y los idolitos

Queremos describir más en detalle los caracteres de esta cultura en cuanto a su cerámica y a los idolitos de Cochabamba, ya que ambos son elementos principalísimos para describir la cultura.

En la descripción de la cerámica nos atenemos a los yacimientos de Cochabamba, que, como veremos después, son más recientes que los de Oruro y de consecuencia la cerámica es algo distinta; pero de los yacimientos de Oruro no se conoce todavía ni una sola pieza entera, de modo que nuestra parcialidad se justifica por los conocimientos existentes en el momento.

La fundamental característica de esta cerámica es la falta de pintura

y la presencia de urnas funerarias, que faltan en las culturas Andinas posteriores. Las hay de gran tamaño, para adultos, y otras menores para criaturas.

La pasta en las piezas grandes es naturalmente tosca y su espesor llega a ser hasta de dos centímetros, pero lo general es la mitad de esto. En las piezas chicas es de unos cinco milímetros, término medio. El antiplástico es grueso, sobre todo en las piezas grandes, y siempre visible. La cocción es buena, por más que con frecuencia aparece una línea negra interna.

El color es más generalmente rojizo, pero también hay vasijas grises y casi negras, que siempre son de tamaño mediano o chico. El alisamiento final llega a ser de un pulido no muy fino, ya que siempre se conservan estrías, y aquí tenemos un hecho extraño e interesante: en muchas vasijas pequeñas, platos o tazas generalmente, se observa una terminación de pulimento hecha como si con el dorso de la uña, o con un pequeño esteque, se hubiese pasado en forma oblicua por toda la superficie, en forma de que quedase bien marcado, voluntariamente, cada uno de los toques alisadores. Este es un hecho completamente voluntario, y se caracteriza siempre por la oblicuidad de los trazos.

Otro hecho curioso es que la mayoría de las piezas medianas y chicas tienen una serie de manchas de color violáceo, morado, que evidentemente son manchas de cocción, pero la regularidad de su presencia y la forma de su disposición sobre las vasijas hace suponer aquí también que estas manchas han sido producidas voluntariamente, con un fin estético, por cierto logrado.

Las formas conocidas hasta el momento son:

- a) Urnas funerarias de gran tamaño, hasta 80 cm. de alto por 65 de boca; forma de U con base muy pequeña.
- b) Urnas funerarias de mitad de tamaño, con formas similares pero con el cuello marcado. Acaso ollas usadas para enterrar párvulos, pues con frecuencia están hollinadas.
- c) Urnas funerarias anchas y cortas, de una forma cónica muy pronunciada, que parecen más bien ser tapas de las primeras; a sus costados, asas planas horizontales.
- d) Vasijas medianas, de forma algo parecida a la de las últimas urnas, con las mismas tapas.
- e) Vasijas en forma de balde muy abierto, es decir, base pequeña y bordes abriéndose en muy fuerte embudo; las mismas asas.
- f) Pucos o platos varios, hemisféricos, generalmente con una asita plana, o en medio anillo.

- g) Puquitos de paredes casi verticales, con curvatura al fondo; algunos de éstos, y de los del grupo anterior, han sido aplastados voluntariamente antes de cocer para obtener una parte superior y una boca ovales.
- h) Cantaritos varios globulares, a veces de tamaño mediano, con una o dos asas verticales; algunas veces modelados animales en el lugar opuesto al asa.
- i) Jarras o cántaros chicos, globulares ovoideos, con un asa vertical.
- j) Cántaros ovoideos alargados y algo aplanados, con el centro cayendo en su parte superior, cuello mediano y dos asas verticales dispuestas algo hacia un lado, abajo (cántaros de forma griega).
- k) Ocarina, forma de semilla oval achatada.
- l) Vasija de un solo cuerpo alargado y dos cuellos, uno en cada lado.
- m) Vasija doble, con dos cuerpos globulares unidos por un tubo y un asa horizontal en la parte posterior.
- n) Fuentes de fondo plano, generalmente alargadas, con paredes completamente verticales, con o sin asas. Recuerdan a Chiripa.
- ñ) Grandes cántaros globulares, de boca más bien chica, con adornos en relieve sobre la parte superior del cuerpo, representando serpientes y cabezas de murciélago.
- o) Pipas rectas, como boquillas de cigarrillo pero de tamaño extraordinario como cornetas (Kidder las encontró similares en Puno y las interpretó como "cornetas", y Bennett las encontró en Chiripa y creyó que eran "sopladores para el fuego"), lisas o con adornos geométricos sencillos, incisos.
- p) "Proto-tornos"; llamamos así a unos discos de tamaño variable, de forma lenticular, que han servido para hacer las vasijas sobre ellos.
- q) Animalitos modelados, en forma de perritos o llamitas.

Hay algunas otras formas, representadas todavía por pocos ejemplares.

Trataremos ahora de la decoración. Esta cerámica no nos presenta pintura decorativa; también normalmente falta el engobe, que sólo se presenta excepcionalmente en piezas que pueden ser más recientes.

La decoración que presentan algunas piezas es de un adorno modelado, generalmente aprovechando el asa de las piezas. Estas asas se transforman en cabezas humanas y animales mediante incisiones y pe-

queños aplicados; las caras humanas, hechas en estas asas, recuerdan a las de la cultura Draconiana de la Argentina por su forma triangular y llevan ojos en grano de café. A veces se ha aplicado un modelado sin necesidad del pretexto de la existencia de un asa, como en las serpientes en relieve que aparecen en los cántaros del tipo ñ. De las figuras animales, la más frecuente es la del murciélago, modelada con grandes detalles.

Hay una pieza modelada valiosa, pero que parece ser mestiza con elementos posteriores, o, más bien, de la época final de la cultura ya en contacto con pueblos con cerámica pintada; presenta un cuerpo globular, sigue un cuello corto y luego una cabeza alargada; asa en la parte posterior. Brazos modelados en relieve y pechos marcados sobre el cuerpo de la vasija; orejas, ojos (rectos), nariz, boca y mentón marcados por relieves. En la cara, restos de pintura negra que presenta formas geométricas.

Trataremos ahora de las esculturas en piedra, a que nos hemos referido, y que hasta ahora son exclusivas de Cochabamba. Nos referimos a las formas pequeñas. Ellas son el elemento más elevado que alcanzó a desarrollar el arte de esta cultura.

Son, brevemente, una serie de idolitos (poseemos y hemos visto unos cincuenta) labrados en piedra; su tamaño no pasa casi nunca de los 20 centímetros de altura y su estilo no presenta la formas geométricas y las líneas rígidas que aparecen en los de la cultura Tiahuanaco; por el contrario, domina en ellos un primitivismo naturalista de extrema sencillez, a la vez que realista.

Las formas son variadas: el trabajo bien hecho y el pulimento de algunos de ellos llega a ser extraordinariamente fino. Predomina el uso de piedras grises y negras en estas esculturas.

Evidentemente representan antiguas divinidades, y entre lo más importante que se ve en ellos es que los tipos representados se encuentran bastante limitados; algunas formas se encuentran muy repetidas, otras son más escasas, pero cada tipo tiene sus características propias en el tallado, de modo que es perfectamente posible hacer una lista del antiguo panteón de este pueblo. Más de diez y menos de veinte, parece ser el número de las figuras representadas.

En varios casos la escultura va provista de algún rasgo aparentemente ornamental, que con evidencia sirve para tipificar al dios, o diosa; en otros, son sus rasgos mismos los que sirven para esta identificación. La diferenciación de los rasgos en estas antiguas representaciones de dioses es generalmente muy marcada de unos a otros, pero, en cambio, no aparecen rasgos típicos que pudiéramos considerar masculini-

nos y femeninos; en una sola ocasión se distingue claramente la figura femenina por el hecho de presentar no solamente rasgos faciales mucho más suaves, sino por llevar en su espalda un bulto que evidentemente representa un niño, por más que su cabeza se ha roto.

No obstante lo dicho, las figuras femeninas son bastante abundantes y se distinguen por una característica sorprendente: en su parte superior, en forma de tocado, o a los costados de la cara y del cuerpo, aparecen uno o más *pechos* bien modelados, en orma totalmente naturalista. Tres o más diosas tienen esta caracterización.

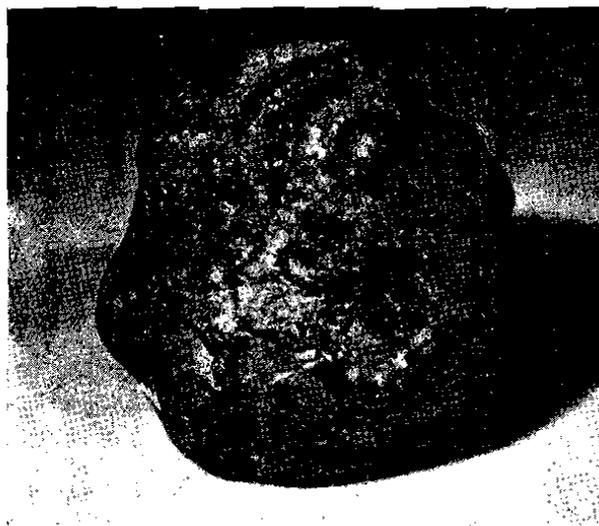


Fig. 5. - Imagen de una diosa de Cliza, con pechos en su parte posterior.

Contra toda lógica, ninguna de las estatuillas encontradas hasta ahora tiene los pechos en una posición normal; cierto es que la mayoría de ellas se compone sólo de cabezas, pero también las hay con cuerpo completo, de modo que éstas al menos podrían llevarlos en su lugar natural; pero ello no ocurre.

Cosa sorprendente sucede también con otra serie de dioses: son figuras que claramente ostentan *tres cabezas* iguales asentadas sobre *un solo cuerpo provisto de dos brazos y manos*; el conjunto de la figura es aplanado y las caras están en su parte superior, los ojos son siempre oblicuos (otros dioses tienen ojos redondos). Estos ídolos recuerdan la descripción del ídolo *Tanga-tanga* de Chuquisaca, de que habla Garcilaso, que tenía tres cabezas y un solo cuerpo; Garcilaso

duda de su existencia, y nos dice que lo cree invención reciente de los indígenas para congraciarse con los españoles, señalando que ellos también creían en la Trinidad.



Fig. 6. - Imagen de una diosa de Cliza, caracterizada por un tocado en forma de múltiples pechos, repartidos en dos grupos.

Con la aparición de estos ídolos la posibilidad de la existencia real del *Tanga-tanga* aumenta mucho, pero lo que nos importa señalar es su relación inmediata con la Trinidad; evidentemente se ha representado en ellos un dios trinitario o una trinidad de dioses. En nuestro sentir, es una representación muy antigua, no de la Trinidad sino de la Trimurti de la India. La cultura que tratamos ha tenido que llegar a América por la vía oceánica, y naturalmente a Oceanía llegó desde más allá, de modo que no faltan en ella elementos de la India (incluso del Mediterráneo antiguo, como vemos por los cántaros de forma griega); con esta interpretación sobre el origen de la cultura que tratamos, no existe ninguna dificultad para comprender la existencia de dioses trinitarios en ella.

Otra forma relacionada es la que hemos denominado *Gemelos*, que aparece en forma similar a las figuras anteriores pero provista de sólo dos cabezas, unas veces juntas y otras separadas por un pequeño espacio, pero siempre con un solo cuerpo común y con dos brazos y manos. Los

ojos son tan oblicuos y las caras tan sencillas como las de las figuras trinitarias. Representaciones de esta clase son mucho más abundantes que las anteriores, ya que conocemos (tenemos y hemos visto) más de una docena.

Hay otras varias clases de dioses y diosas, como ser un tipo de ídolos cuya cara aparece siempre labrada en una piedra angular, extendiéndose la cara a sus lados; otros con los ojos bien redondos, en vez de oblicuos y delgados, etc.



Fig. 7. - Imagen de una diosa, de Cliza, con un gran pecho por tocado.

6. - Conclusiones sobre la Cultura de los Túmulos.

Con lo dicho, y algunos datos más que agregaremos, tenemos lo necesario para explicar nuestra actual interpretación. La extensión geográfica que presentan los hallazgos hechos de los restos de esta cultura, obligan a considerarla como anterior al mismo Tiahuanaco Antiguo. El hecho de representarse en varios de sus yacimientos puntas de flecha que corresponden a una cultura anterior de cazadores (puntas que no aparecen en Tiahuanaco), hace suponer que la cultura que tratamos es



Fig. 8. - Representación de la deidad trinitaria de Cliza; tres cabezas sobre un solo cuerpo. La cabeza central rota.

la primera con agricultura y cerámica que se ha presentado en el Altiplano (la existencia de la agricultura está bien probada por las hojas de azada). Otra prueba fundamental es el hecho de que la cerámica sin pintura que aparece en los pozos de sondeo hechos en Tiahuanaco, por Bennett y Kidder, corresponde completamente por su estilo de pasta y formas a la cerámica de los yacimientos de Oruro; una de sus características es el uso abundante de la mica como antiplástico, cosa que no se usa en la cultura tiahuanacota. La fase de Cochabamba ya no usa mica.

Para nosotros, esta cultura debe relacionarse con las fases más antiguas de la cultura Chavín del Perú, y debe haberse difundido sobre la población cazadora de la última fase de Ayampitín (al margen de los agricultores mesolíticos), a parte de la cual ha aculturado, explicándose por esto la presencia de sus puntas de flecha en los yacimientos. Las cabezas esculpidas probablemente no pertenezcan a ningún edificio, como dijo Métraux (no hay restos de eso), sino que deben ser ídolos o estelas, de tumbas, por ejemplo.

La difusión que presenta esta cultura en Bolivia es, prácticamente, por toda la zona Andina que conocemos; también es muy probable que haya influenciado las regiones más cercanas de la floresta, en época

antigua; al menos eso parece por algunas formas de cerámica de aquellas regiones.

Igualmente su influencia parece haber abarcado mucho del Noroeste argentino, a donde habría llegado ya sin sus características esculturas de cabezas del tipo de Oruro, pero sí, en cambio, con muchas de sus formas de cerámica y su falta de pintura, substituída por escasos adornos incisos, y, además, con algunas esculturas pequeñas de tipo de las de Cochabamba. Existen varias de ellas en el Museo de La Plata.

Muchas piezas del Noroeste argentino, de cerámica, son muy semejantes a las de la Cultura de los Túmulos; las mismas no corresponden a ninguna de las grandes culturas conocidas comúnmente (Diaguita, Draconiano, etc.), sino que en su mayor parte son de hallazgos ocasionales y se encuentran sin mayores datos en los diversos museos argentinos; en el Museo Arqueológico del Instituto de Antropología de Tucumán, por ejemplo, hay vasos y urnas idénticos a los que hemos encontrado en Cliza, y lo mismo ocurre con el Museo Arqueológico del Convento de San Francisco en Catamarca. Estas piezas son de color rojizo y sin pintura, como las que estamos tratando. En su mayor parte se componen de piezas procedentes de hallazgos aislados, o compradas, como las nuestras.

En resumen, la cultura que tratamos se nos presenta como la más antigua cultura agrícola con cerámica que ha aparecido en Bolivia y, probablemente, también ha sido una de las más antiguas, si no la más, del Noroeste argentino; hacia el Perú, puede relacionarse con las capas más antiguas de la cultura Chavín.

Se puede hacer la siguiente clasificación, provisional:

a) Yacimiento de Oruro, caracterizados por la aparición de las cabezas grandes de piedra, toscamente esculpidas; abundancia de hojas de azada tipo Campiñense; cerámica rojiza y gris, con escasos adornos incisos; un cántaro tipo griego, de paredes delgadas; uso de la mica como antiplástico. Puntas de flecha Ayampitín.

b) Yacimientos de Cochabamba y Sur de Potosí, sin cabezas grandes; en su lugar, en Cliza principalmente, pequeñas estatuillas naturalistas antropomorfas y zoomorfas; sin hojas de azada, cerámica rojiza, excepcionalmente gris, casi sin adornos incisos, y en su lugar apéndices esculpidos; vasos griegos en abundancia, de paredes más gruesas.

Parece seguro que los yacimientos de Oruro, y las piedras halladas en Tiahuanaco y la Isla del Sol, son más antiguos. Los yacimientos de Cochabamba podrían incluso ser contemporáneos del Tiahuanaco Antiguo.

<i>Años</i>	<i>La Paz</i>	<i>Oruro</i>	<i>Cochabamba</i>	<i>Chuquisaca</i>	<i>Potosí</i>	<i>Tarija</i>
1470 d. C. 1438 d. C.	Incas	Incas	Incas	Incas	Incas	Incas
1200 d. C.	Mollo, Colla	Colla	Colla (al Oeste)	Presto-Puno	Chaquies, Yuras, Huruquillas	Chichas
700 d. C.	Tiahuanaco Expansivo	Tiahuanaco Expansivo	Tiahuanaco Expans. Yampará II, Nazcoide B.	Yampará Mojocoya Nazcoide B.	Tiahuanaco Ex- pansivo (al Nor- te)	
o de C.	Tiahuanaco clásico, Pucará Nazcoide A	Nazcoide A	Nazcoide A	Mojocoya Nazcoide A.		Tarija policromo
600 a. C.	Chiripá (513 a. C.) Tiahuanaco antiguo	Tupuraya	Tupuraya	Tupuraya		
1000 a. C.	Cultura de los Túmulos	Cultura de los Túmulos	Cultura de los Túmulos	Cultura de los Túmulos	Cultura de los Túmulos Lípez inciso	Cultura de los Túmulos Tarija inciso
2500 a. C.	Mesolítico agrícola	Mesolítico agrícola	Mesolítico agrícola			
10.000 a. C.	Ayampitinense	Ayampitinense	Ayampitinense	Ayampitinense	Ayampitinense	Ayampitinense
20.000 a. C.	Viscachanense	Viscachanense	Viscachense	Viscachanense	Viscachanense	Viscachanense

Cuadro de la prehistoria boliviana. - Según D. E. Ibarra Grasso, 1958.

LOS SOBADORES

Tipos y área de dispersión en el Departamento de Malargüe, Provincia de Mendoza

Por VICENTE ORLANDO AGÜERO BLANCH

I

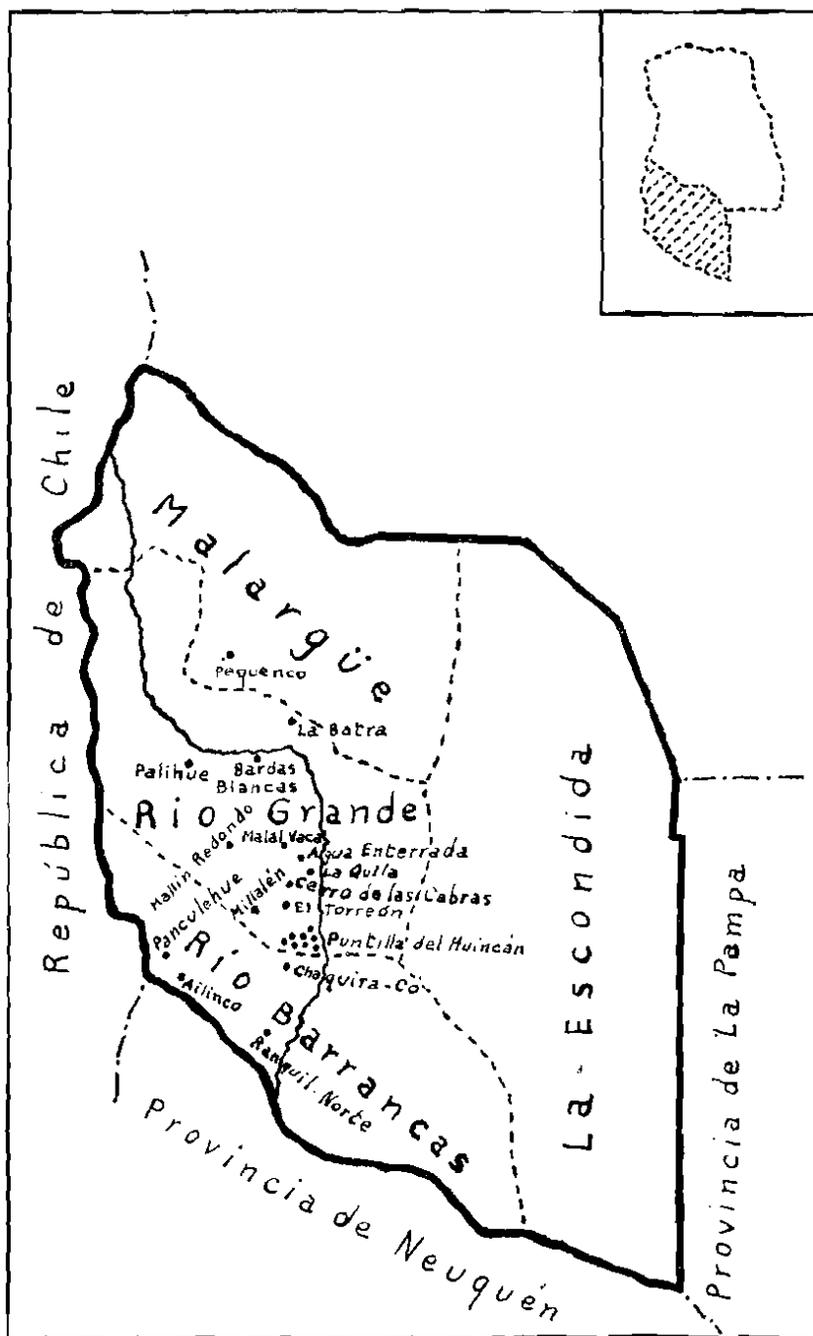
INTRODUCCION

El sobador es, quizás, el objeto o utensilio indígena menos estudiado en el país. Muy pocos y breves trabajos se han realizado al respecto; los que se han publicado, han ubicado erróneamente su área de dispersión, como asimismo no se han descripto bien sus distintas variedades.

Aparicio, Serrano y Outes han señalado al territorio de Neuquén como radio de dispersión de este objeto y hasta han negado o no han mencionado su existencia en Mendoza. Pienso que estos estudiosos cometieron este error por haber realizado sus trabajos en base a las piezas y datos existentes en los Museos, sin haber efectuado minuciosas exploraciones sobre el terreno. Este hecho puede servir de voz de alerta a las Universidades y Museos, para que a sus técnicos no solamente se les ponga al alcance los medios teóricos, sino los prácticos de las jiras de exploración, que son imprescindibles.

En mi opinión, se comete otro error al llamarse a este objeto de nuestro estudio, indistintamente "sobador" o "pulidor"¹. Yo le designo por el primer nombre por ser éste, sin duda, el único motivo de su construcción; pues, "sobar" en el lenguaje popular de los hombres de nuestro campo, significa: "acto de ablandar los cueros o lonjas", en cambio "pulidor" es una piedra de grano fino, suave, que se emplea, en cerámica, como su nombre lo indica, para "pulir" o "alisar".

¹ Ignoramos el nombre que este objeto haya tenido en su lengua original; no encontramos en ninguna obra lingüística especializada una voz que le designe.



Mapa 1 - Radio principal de dispersión de los sobadores en el Dpto. Malargüe (Mendoza). (Se indican los Distritos).

En el Departamento de Malargüe, ubicado en el extremo sur de la provincia de Mendoza, se encuentran con frecuencia estas piezas arqueológicas, y hasta puedo afirmar, por haber recorrido esa zona en múltiples ocasiones y haber residido en la misma durante 8 años, que se encuentran en mayor abundancia que en la zona nor-oeste de Neuquén, la que también he frecuentado.

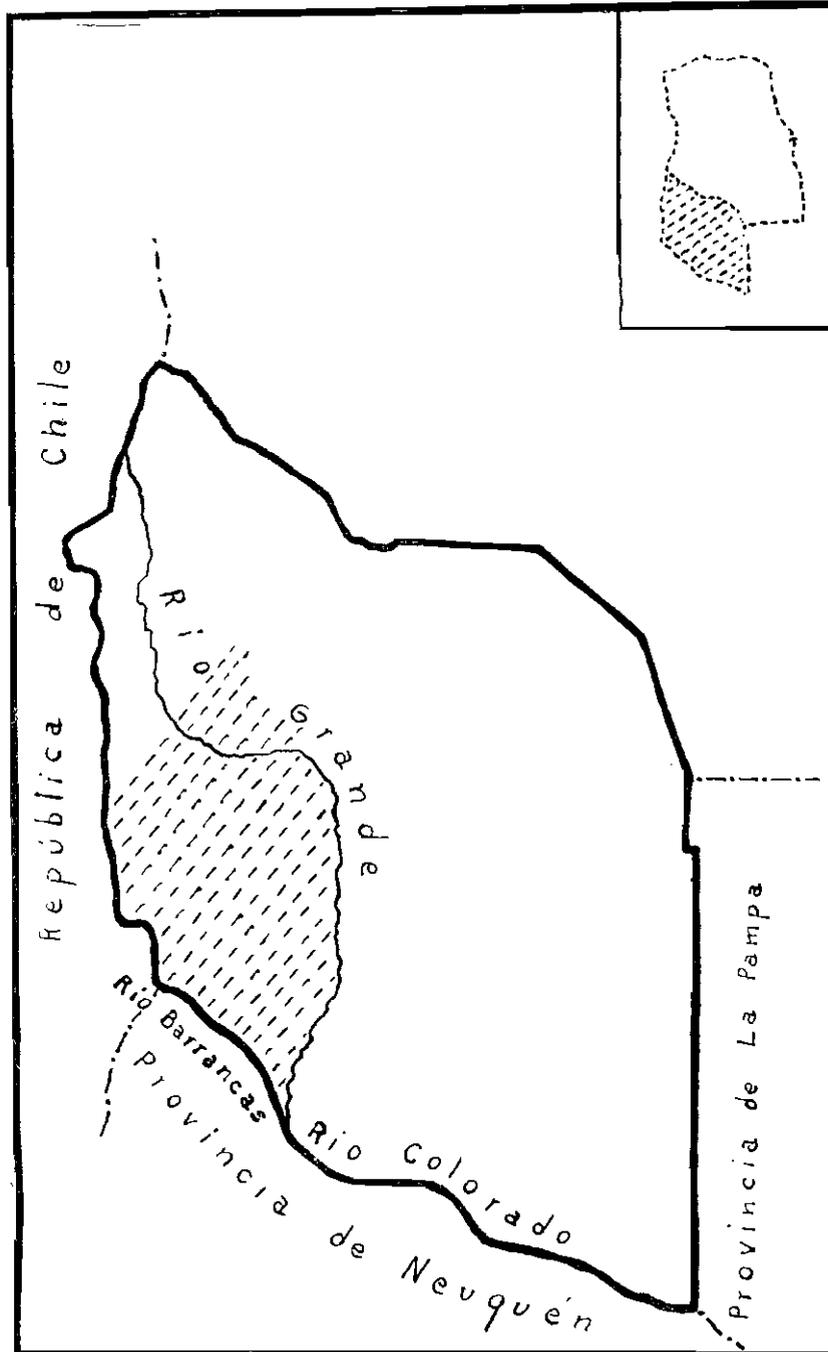
Su verdadero epicentro de dispersión, en esta provincia, está comprendido entre la cordillera y la curva del Río Grande hasta la confluencia con el Río Barrancas (mapa 1). Esto hace pensar que los aborígenes que usaban el sobador pertenecieron a un grupo étnico que no pasó los límites del Río Grande, motivo por el cual pienso que fue anterior al uso del caballo en tiempos posteriores a la Conquista. El Río Grande en épocas pasadas debe haber sido un obstáculo muy difícil de salvar, sobre todo para un pueblo montañés, no habituado a la navegación²; en ninguna parte de su curso este río ofrece un vado susceptible de ser cruzado a pie y, para ser cruzado a nado, ofrece muy serias dificultades: en todo su curso existen pozos o remansos y trechos con fondo pantanoso; además, en invierno sus aguas son muy heladas, y en verano es muy correntoso motivado por el gran caudal provocado por los deshielos. Vale decir que esta valla geográfica pudo ser, en esa época, un obstáculo infranqueable para que este pueblo avanzase hacia el norte o el este. Los hombres podrían haber realizado pasos esporádicos, con fines de caza o de guerra pero, para poblar, les habría sido muy difícil cruzar el río con sus mujeres y sus niños. Fortalece lo expresado el hecho de que solamente dos sobadores he recogido fuera de ese radio³, y no ha llegado a mis oídos ninguna referencia de que otro los haya encontrado. En cuanto a aquéllos, pueden haber sido llevados a esos lugares en épocas posteriores (Mapa 2).

Este grupo étnico que utilizó el sobador no es otro que el *puelche* (Gennaken, según Moreno y Günuna Küne, según Harrigton), quienes con anterioridad al Siglo XVII, antes de su araucanización, fueron los primitivos habitantes de esta región. Vignati⁴ sin dar como límites accidentes geográficos precisos, determina el habitat de los puelches, dentro del territorio de Mendoza, más o menos en la zona descripta

2 Nunca se encontraron, en la zona, vestigios de balsas, canoas o remos, lo que es un indicio de que dicho medio de transporte fue desconocido. En la actualidad tampoco es empleado.

3 En mi colección particular poseo estos dos ejemplares recogidos fuera de este radio, uno en La Batra y otro en Pequenco.

4 VIGNATI, Milcíades Alejo: *Los Aborígenes de Cuyo*. Notas del Museo de La Plata, B. Aires, 1940, t. V, Antropología N° 19.



Mapa 2 - Lugares de hallazgo de sobadores en el Dpto. meridional mendocino.

como dispersión de los sobadores. Harrington⁵, en cambio, menciona las adyacencias del Río Colorado, y Canal Frau⁶, de acuerdo con sus fuentes de información, designa con el nombre de "puelches algarroberos o de Cuyo" a los aborígenes que habitaban en territorio mendocino desde el Río Barrancas-Colorado hasta el Diamante, es decir que, dentro de estos límites, queda comprendido todo lo que hoy es Departamento de Malargüe. Agrega que a los puelches de esta región se les llamaba "algarroberos" porque la principal fuente de su alimentación era el fruto del algarrobo. Creo que este nombre es impropio, por cuanto en esa zona no abunda dicha planta, ni se encuentran troncos ni signos evidentes de que alguna vez hayan existido; por el contrario, es más bien escasa y la que hay, como toda la flora de la región, es raquítica y enana. Son muy pocas las plantas de esta especie que llegan a dar algunos frutos, pues, en la primavera, época de su floración, los vientos son frecuentes y huracanados, provocando la caída de las flores antes de su germinación, y las heladas tardías completan la destrucción de los frutos antes de su madurez.

En este trabajo continuaré llamando "puelches" al grupo étnico que habitó en la zona meridional del Río Grande, prescindiendo así de su denominación en la lengua de origen, tan concienzudamente estudiada por Harrington. He optado por la designación araucanizada de "puelche", teniendo en cuenta la difusión de la misma. Para realizarlo hemos clasificado los ejemplares pertenecientes a las colecciones de los Museos Arqueológico (en formación) del Instituto de Arqueología y Etnología de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad Nacional de Cuyo), y de Historia Natural "Juan Cornelio Moyano", así como las privadas del Dr. Hugo Sanfurgo y del autor de esta reseña, todas de Mendoza.

EJEMPLARES ESTUDIADOS

<i>Colección</i>	<i>Piezas</i>
Museo Instituto de Arqueología y Etnología	9
Museo de Historia Natural "J. C. Moyano"	2
Col. Sanfurgo	8
Col. Agüero Blanch	11
Total	30

⁵ HARRINGTON, Tomás: *Estudio del Indio Günuna Küne*. Extracto de la Revista del Museo de La Plata, Secc. Antropología, t. II, pp. 237-275. La Plata, 1946.

⁶ CANALS FRAU, Salvador: *Las Poblaciones Indígenas de la Argentina*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1953.

II

FUNCIONES

Empleo actual del sobador

El sobador, actualmente, ha perdido su función específica; en ninguna parte los he visto utilizar ni he tenido referencias que se emplee en esa misión. En cambio los ejemplares con cavidad son utilizados, hasta el presente, por los pobladores de los Distritos de Río Grande y Río Barrancas, como candelabros. Es muy rara la "ruca" en la que no exista, ante la imagen de algún santo de su devoción, algún sobador con una vela o mecha con grasa. Cuando se celebra una fiesta religiosa es común ver a la imagen motivo del acto iluminada con varias velas y, por lo general, éstas colocadas en sobadores. Para una "manda" de la Virgen del Carmen, tuve ocasión de ver, hace unos diez años, en el lugar denominado La Quila, en casa de doña Carmen Villar, no menos de media docena de sobadores, con sus velas encendidas, alrededor de la virgen; además, como una expresión decorativa, habían sido forrados con papeles de colores y de esos plateados que traen, en su interior, los atados de cigarrillos.

Como ya lo hemos expresado, en nuestros días el sobador no se emplea más en las funciones de la curtiembre. Ignoramos el motivo de su olvido. Quizás los aborígenes de esta región, con el contacto de otros pueblos de una civilización más avanzada, aprendieron que el cuero, curtido a mano, es más durable, porque, sin duda, la dureza de la piedra produce resquebrajamiento en la lonja y, por lo tanto, hace su vida más efímera; con mayor razón si se empleaba en función de maza, como lo indican las características de algunos tipos.

Cueros empleados

Después del comienzo de la inmigración ibérica y ante la presencia en su territorio de los bovinos y equinos, los Puelches utilizaron las pieles de estos animales. Con anterioridad habrán tenido preferencia por las de puma o guanaco, ya sea para la construcción de vivienda, vestimenta, lazo o manija de boleadora; pero el advenimiento de la vaca y del caballo, además de otras ventajas ajenas al motivo de esta reseña, les proporcionó mayor tamaño y mejor calidad: la de vaca más consistente y la de caballo ideal para sacar tientos para efectuar añadiduras y todo tipo de costuras, dada su finura y uniformidad de gro-

sor. En la construcción de viviendas utilizaban, sin distinción, cualquier cuero y sin ningún tratamiento especial previo; en cambio, para los otros menesteres fue imprescindible el uso de este objeto, creado por ellos, que hasta nosotros ha llegado con el nombre de sobador.

En nuestros días, los pobladores de esta región, todavía tienen preferencia por la confección de riendas y lazos con cueros de estos animales pertenecientes a la fauna autóctona, teniendo predilección por los conseguidos con el cuero del cogote de guanaca⁷; eligen el del animal hembra porque el del macho es más falso o fácil de cortarse a causa de las cicatrices que poseen, producidas por mordiscos, en lucha con sus congéneres, cuando se encuentran en época de celo.

Cómo fue usado el sobador

La aborigen, doña Claudina Mira viuda de Avila, vecina de Llano Grande, me expresó que su padre solía utilizar el sobador, y que esos tipos con cavidad circular en el centro se empleaban en el proceso final del curtido; pues, en dicha depresión, colocaban un compuesto de sebo y sangre, vale decir, que eran funcionales o de doble propósito: cuando se reseca el cuero por el frotamiento, daban vuelta el sobador y vertían parte de su contenido, consiguiendo, a la vez, un ablandamiento más prematuro y la impermeabilización. Concuerdá con lo relatado anteriormente, lo mencionado por Ameghino⁸ donde dice: "Quien sabe si esa cavidad no era justamente propia de los verdaderos frotadores o sobadores destinados a ablandar las pieles, y si no sirvió quizá para colocar en ella la grasa o médula que empleaban en la operación".

Juan Bautista Millaqueo (alias Baucha), aborigen natural de Cochicó (Neuquén), me refirió respecto a los sobadores con cintura, que éstos no se empleaban para ablandar lonjas, sino para decantar tientos: atado un extremo del tiento a un poste o palenque, aseguraban el otro a su brazo izquierdo, tomando con la mano derecha el sobador de manera de frotar por entre la ranura, como quien hace correr un carretel sobre un hilo⁹.

7 Para confeccionar el lazo desollan el cuero del cogote hecho bolsa y, después, sacan los tientos siguiendo un corte transversal, circular, de manera que de todo un cogote sacan un solo tiento.

8 AMEGHINO, Florentino: *Antigüedad del Hombre en el Plata*, tomo I, pág. 321. Editorial Intermundo, Bs. Aires, 1947.

9 Esta referencia es probable que sea verídica y como tal la considero, pues la mayoría de los ejemplares de este tipo estudiados dan la impresión que han sido gastados por el uso, presentando el vértice de dicha canaleta una fina terminación; de no haber observado estas evidencias, la información la hubiera tomado con cierta reserva por ser el nombrado aborigen un borracho consuetudinario y tener

III

TAXONOMIA

CLASES Y TIPOS

Clases

No habiéndose efectuado, hasta la fecha, como se ha dicho, un trabajo sobre su morfología, y no encontrándose una bibliografía bien documentada al respecto, procederemos, primero, a dividir sus clases de acuerdo al uso o manera de empleo:

- Clase a)
- Sub-Clase a 1)
- Clase b)
- Clase c)

Descripción de Clases

Clase a). Fue usada, según la porosidad de la piedra, para desgrasar, depilar o ablandar las pieles. Los confeccionados con piedra más porosa, quizás fueron empleados en la acción de desgrasar o depilar, o de ambas cosas a la vez, y los de grano más fino o compacto, para la función propiamente del curtido. Tiene una sola plataforma utilizable para curtir.

Sub-Clase a 1). En esta sub-clase está comprendida la variedad con cavidad, sin surco ecuatorial, que se utilizaba, además de su función específica, para lubricar el cuero.

Clase b). Es un perfeccionamiento de la clase a), inventada, quizás, ante la necesidad de quitar las aristas a los tientos para facilitar su trenzado y permitir el deslizamiento más rápido del lazo por la argolla o presilla¹⁰. Mejor dicho, era el sobador clase a) perfeccionado, que además de servir para el curtido de lonjas o cueros de mayor tamaño, tenía la ranura ecuatorial que se utilizaba en un trabajo secundario como es el decantamiento de tientos¹¹; éstos para ser trenzados no necesitan del curtido previo, por cuanto los mismos, en dicha operación, son empleados húmedos. El lazo, después de trenzado no es some-

fama, en la comarca de ser muy mentiroso; afirmación ésta de la que puedo dar fe por haberlo tenido de peón durante dos años.

¹⁰ Se empleaba una argolla confeccionada por tientos rerocidos, comúnmente retobados con lonja, o simplemente una presilla semejante a la del otro extremo, más sólida.

¹¹ Para ser trenzado, al tiento se le rebajan las aristas; actualmente esa operación se efectúa a cuchillo.

tido, tampoco, a sobamiento, ésto lo hace el uso. El tiento destinado a costura tampoco se emplea curtido, lo que indica que la ranura que posee servía, únicamente, para el fin expresado. Por lo general se advierte, dada su taxonomía, que ambos extremos fueron empleados en la misión del curtido.

Clase c). En esta clase se nota una evolución avanzada, teniendo en cuenta su perfeccionamiento. Su base, semejante a los demás sobadores, era utilizada para el mismo fin; su cavidad circular servía de recipiente de la fórmula para lubricar el cuero, como en la sub-clase a 1) y la ranura ecuatorial servía en idéntica misión a la clase b). Algunos ejemplares de esta clase son relativamente grandes y pesados, como el N° 703, lo cual indica que tuvo, también, la función de maza.

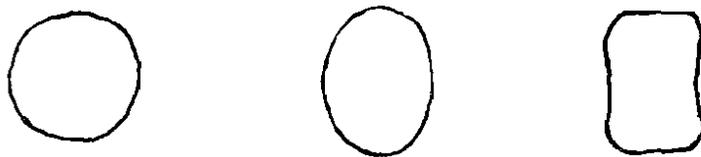
DISTRIBUCION DE CLASES

Clase a)	13	Ejemplares estudiados	
Sub-Clase a 1)	5	"	"
Clase b)	6	"	"
Clase c)	6	"	"

DISTRIBUCION GENERAL

N°	Colección	Procedencia
076	Museo Arqueológico U. N. C.	Agua Enterrada
075	" "	La Quila
077	" "	Agua Enterrada
081	" "	Cerro de las Cabras
082	" "	Ailínco
091	" "	Millalén
092	" "	El Torreón
060	" "	—
662	" "	—
3177	Museo "J. Cornelio Moyano"	—
3921	" "	—
1	Sanfurgo	Puntilla del Huincán
2	" "	" " "
3	" "	" " "
4	" "	" " "
5	" "	" " "
6	" "	" " "
7	" "	" " "
8	" "	" " "
700	Agüero Blanch	Malal-Vaca
701	" "	Palihue
702	" "	Bardas Blancas
703	" "	Chaquira-Có
704	" "	Cajón de Panculohue
705	" "	Mallín Redondo
706	" "	Malal-Vaca
707	" "	Pequenco
708	" "	Ranquil Norte
709	" "	La Batra
710	" "	La Quila

Común a todas las variedades, de acuerdo al perímetro de su base, se distinguen tres formas fundamentales: circular, ovoide y rectangular (figs. 1, 2 y 3).



Figs. 1-2-3 - Formas de las bases o platillos (vistas de abajo).

Estas formas diferentes del perímetro de la base, habrán tenido, sin duda, una razón de ser, que no ha llegado a nuestro conocimiento; pero podemos imaginar que la misma obedece a las diferentes aplicaciones para el cual estaban destinados y según la variedad del cuero empleado. Por ejemplo, el ebanista actual emplea diversos tamaños y formas de escoplos para realizar rebajes o cortes en distintas tareas de calados y según la dureza de la madera en la que trabaja. Así, el aborigen pudo haber empleado las diferentes clases de sobador según la consistencia de la piel a curtir y según si ésta era un cuero entero o, simplemente, una lonja, o, quizás, en la manera de efectuar el frotamiento, ya sea en forma circular o longitudinal.

De acuerdo a la superficie de su plataforma o platillo se advierten las formas recta y convexa (figs. 4 y 5). A no dudar, esta deformación fue ocasionada por el uso, habiendo sido plana su forma original.



Figs. 4-5. - Superficie de los platillos (vistas de costado).

Tipos

Los tipos los clasificaremos, de acuerdo con su taxonomía, en diez diferentes. Según opinión del Dr. Schobinger¹² el origen del sobador achatado (sin manija) se halla en una simple moleta hecha en piedra

¹² SCHOBINGER, Juan: *Arqueología de la Provincia del Neuquén. Estudio de los hallazgos mobiliarios*. Anales de Arqueología y Etnología, t. XIII, ver. pág. 86. Mendoza, 1957.

volcánica, como se conocen algunos casos del Neuquén (fig. 6). A este tipo no lo incluyo en este trabajo, porque entre los que se han recogido en la provincia de Mendoza no se encuentra mayor diferenciación o se confunden con las piedras de molino que, actualmente, se utilizan en la trituration de granos.



Fig. 6 - Sobador en forma de moleta (croquis).

Para mayor claridad y dada la gran variedad de tipos, haré una bidesignación (número y nombre).

Nomenclatura según sus tipos

Tipo 1	Carretel con agarradera
„ 2	Carretel con doble plataforma
„ 3	Carretel con cavidad
„ 4	Con manija oblicua
„ 5	Con manija vertical y cavidad
„ 6	Con manija oblicua, cavidad y cintura
„ 7	Con manija vertical y doble cintura
„ 8	Con base circular y manija vertical
„ 9	Con base circular y cavidad
„ 10	Cónico con cavidad

DISTRIBUCION POR VARIEDADES DE TIPOS

<i>Tipo</i>	<i>Cantidad</i>
1	9
2	3
3	6
4	5
5	1
6	1
7	1
8	1
9	1
10	2

Descripción General

Abreviaturas Empleadas:

M.A.U.N.C.	Museo Arqueológico del Instituto de Arqueología y Etnología (U.N.C.).
M.H.N.J.C.M.	Museo Historia Natural "Juan Cornelio Moyano"
C.S.	Colección Sanfurgo
C.A.B.	Colección Agüero Blanch

Distrito Malargüe

Nº 707. Clase c). Tipo 3. (C.A.B.). Escoria basáltica. Base circular de un diámetro medio de 080 mm. Alto 078 mm. Plataforma superior, circular, de 080 mm de diámetro, con una cavidad circular de 030 mm de diámetro y una profundidad de 030 mm. Parte media del cuello de la agarradera 070 mm de diámetro. Ligeras escoriaciones en su base. Lugar de hallazgo: Pequenco. (Fig. 7 y 7 bis).*

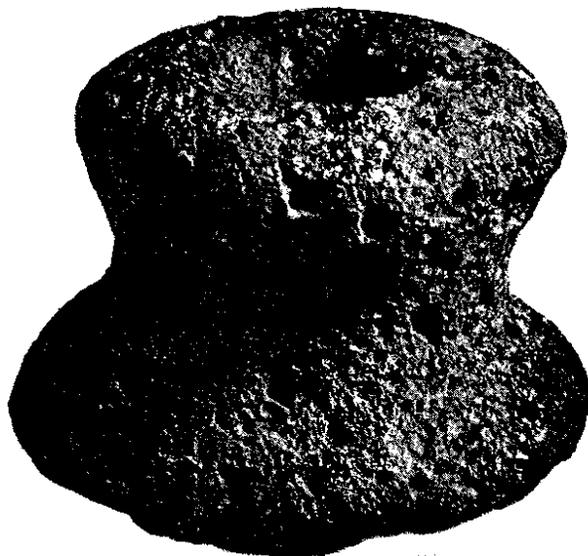


Fig. 7 - Clase c) Tipo 3. Pequenco. - (Col. Agüero Blanch, Nº 707).

* Las fotos son del I.A.E.; los dibujos, del autor. Además de las ilustraciones correspondientes a algunas de las descripciones, se incluye un croquis de cada una de las piezas estudiadas.

Distrito Río Grande

Nº 700. Sub-Clase a 1). Tipo 10. (C.A.B.). Escoria basáltica. Base circular de 120 mm de diámetro, con pequeñas escoriaciones. Alto máximo 107 mm. Es un cono casi perfecto; en su cúspide, algo fragmentada, tiene una cavidad circular de 030 mm de diámetro y una profundidad de 028 mm. Lugar de hallazgo: Malal-Vaca. (fig. 8).

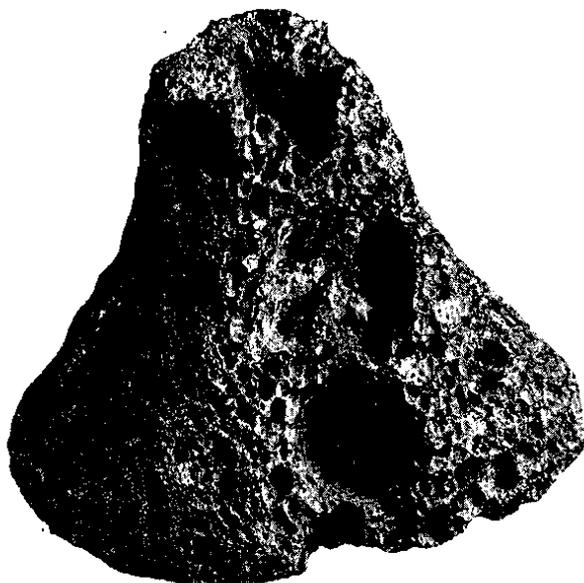


Fig. 8 - Sub-clase a 1) Tipo 10. Malal-Vaca (C.A.B., Nº 700).

Nº 701. Clase b). Tipo 1. (C.A.B.). Lava basáltica. Base ovoide de 105 x 083 mm; con algunas escoriaciones. Alto máximo 086 mm. Extremo superior de la agarradera, algo redondeado; visto de arriba es ovoide de 100 x 086 mm. Diámetro de la ranura 053 mm. Lugar de hallazgo: Palihue.

Nº 702. Clase a). Tipo 1. (C.A.B.). Toba volcánica. Base ovoide, irregular, de 109 x 081 mm. Altura máxima 098 mm. Parte superior de la agarradera forma de "bola"; vista de arriba, forma circular con un diámetro medio de 070 mm. Diámetro de la parte media de la ranura 052 mm. Lugar de hallazgo: Bardas Blancas.

Nº 705. Clase c). Tipo 3. (C.A.B.). Lava basáltica. Base ovoide, irregular, de 120 x 090 mm. Alto 104 mm. Extremo superior de la agarradera, circular, con un diámetro de 075 mm y una cavidad de un

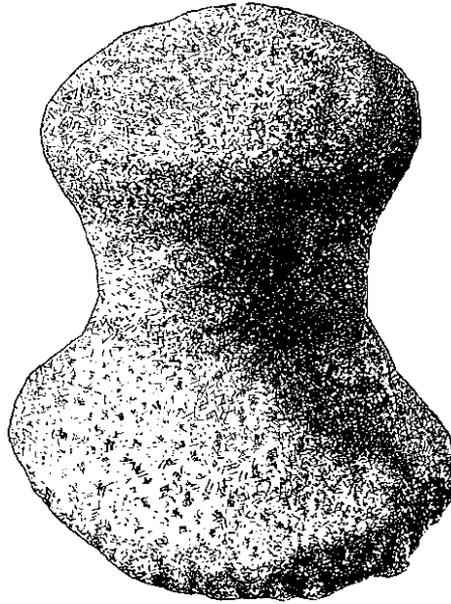


Fig. 9 - Clase a) Tipo 1. Bardas Blancas. - (C.A.B., N° 702).

diámetro de 030 con una profundidad de 027 mm. Parte superior circular de un diámetro de 075 mm. Diámetro medio de la ranura 060 mm. Lugar de hallazgo: Mallín Redondo.

N° 706. Clase a). Tipo 4. (C.A.B.). Toba volcánica. Base ovoide irregular; plataforma del platillo convexo de 102 x 094 mm. Altura media 0.85 mm. Manija inclinada ubicada en un extremo, ligeramente cónica; diámetro medio de la manija 057 x 045 mm. Con escoriaciones en todo su cuerpo. Lugar de hallazgo: Malal-Vaca.

N° 709. Clase a). Tipo 1. (C.A.B.). Toba volcánica. Base ovoide, estrecha comparada con el extremo superior, de 087 x 065 mm. Alto máximo 086 mm. Agarradera de forma "bola", vista de arriba ligeramente ovoide de 080 x 070 mm. Con escoriaciones en la plataforma y una muesca en la agarradera. Lugar de hallazgo: La Batra.

N° 710. Clase a). Tipo 4. (C.A.B.). Toba volcánica. Base irregular ovoide de 100 x 088 mm. Altura máxima 080 mm. Parte superior de la manija, vista de arriba, circular de 045 de diámetro. Escoriado parte media del cuerpo y fragmentado parte de su base. Lugar de hallazgo: La Quila.

N° 076. Clase c). Tipo 3. (M.A.U.N.C.). Lava basáltica. Base

ovoide de 097 x 078 mm, con ligeras escoriaciones. Alto máximo 085 mm. Parte superior circular de 073 mm de diámetro. Parte media de la ranura 053 mm. En su parte superior tiene una pequeña cavidad, la que parece data de fecha reciente. Lugar de hallazgo: Agua Enterrada.

Nº 075. Clase a). Tipo 4. (M.A.U.N.C.). Toba volcánica. Base ovoide de 090 x 070 mm, con escoriaciones. Alto máximo 081 mm. Manija ubicada en un extremo, inclinada, ovoide de 040 x 081. Lugar de hallazgo: La Quila.

Nº 077. Clase c). Tipo 3. (M.A.U.N.C.). Lava basáltica. Base ovoide de 123 x 100 mm. Extremo superior ovoide algo inclinado de 117 x 080 mm. Alto 072 mm. Surco ecuatorial de 083 x 063. Cavidad circular de 061 mm de diámetro y una profundidad de 022 mm. Lugar de hallazgo: Agua Enterrada.

Nº 081. Sub-Clase a 1). Tipo 10. (M.A.U.N.C.). Escoria volcánica. Fragmentado, faltando algunas partes. Base ovoide; medidas probables de la misma 127 x 112 mm. Alto 075 mm; ha tenido mayor altitud, faltando su cúspide en la que se notan indicios de haber tenido cavidad. Lugar de hallazgo: Cerro de las Cabras.

Nº 091. Sub-Clase a 1). Tipo 6. (M.A.U.N.C.). Toba volcánica. Base ligeramente ovoide de 113 x 092 mm. Altura 079 mm. Manija ubicada en un extremo, con cavidad en su parte superior; diámetro de la manija 060 mm; abertura de la cavidad 037 mm y una profundidad de 045 mm. Altura de la manija 050 mm. Entre la unión de la plataforma y el nacimiento de la manija se encuentra una ranura angosta y poco profunda. Lugar de hallazgo: Millalén. (Fig. 10).

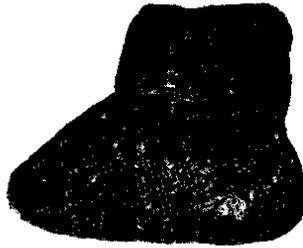


Fig. 10 - Sub-clase a 1) Tipo 6. Millalén. - (M.A.U.N.C., Nº 091).

Nº 092. Clase c). Tipo 3. (M.A.U.N.C.). Lava basáltica. Quebrado oblicuamente en la parte superior. Altura media 074 mm. Base ovoide

irregular de 118 x 089 mm. Parte media de la ranura 074 mm. Se notan indicios de la cavidad en la parte superior. Lugar de hallazgo: El Torreón.

Nº 1. Sub-Clase a 1). Tipo 9. (C. S.). Lava basáltica. Base ligeramente ovoide de 095 x 080 mm. Altura máxima 055 mm. Manija central de un diámetro de 045 mm, con cavidad circular de 027 mm de diámetro y una profundidad de 024 mm. Altura de la manija 030 mm. Lugar de hallazgo: campo Puntilla del Huincán (fig. 11).

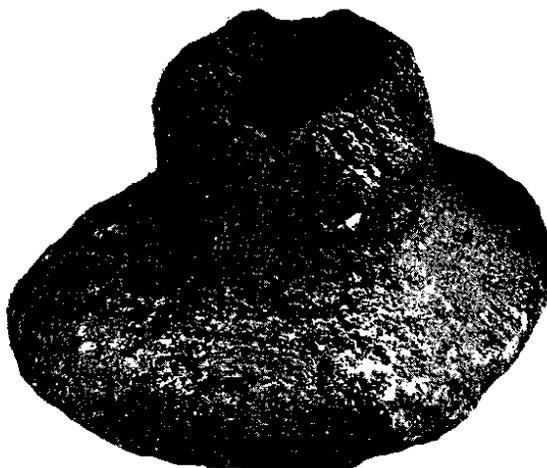


Fig. 11 - Sub-clase a 1) Tipo 9. Puntilla del Huincan. - (Col. Sanfurgo, Nº 1).

Nº 2. Clase b). Tipo 2. (C.S.). Lava basáltica. Base ovoide de 125 x 105 mm. Alto 060 mm. Plataforma superior ovoide, ligeramente convexa de 100 x 085 mm. Alto 060 mm. Medidas de la ranura 087 x 065 mm. Lugar de hallazgo: campo Puntilla del Huincán. (fig. 12).

Nº 3. Clase b). (Tipo 1. (C.S.). Lava basáltica. Base ovoide, convexa, de 120 x 100 mm, con escoriaciones. Alto medio 075 mm. Plataforma superior circular de 080 mm de diámetro. Diámetro de la ranura ecuatorial 060 mm. Lugar de hallazgo: campo Puntilla de Huincán.

Nº 4. Sub-Clase a 1). Tipo 5. (C.S.). Lava basáltica. Base circular de 090 mm de diámetro. Alto 090 mm. Manija central amplia en proporción a la base, de un diámetro de 079 mm., con cavidad circular en la parte superior de 036 mm de diámetro y una profundidad de

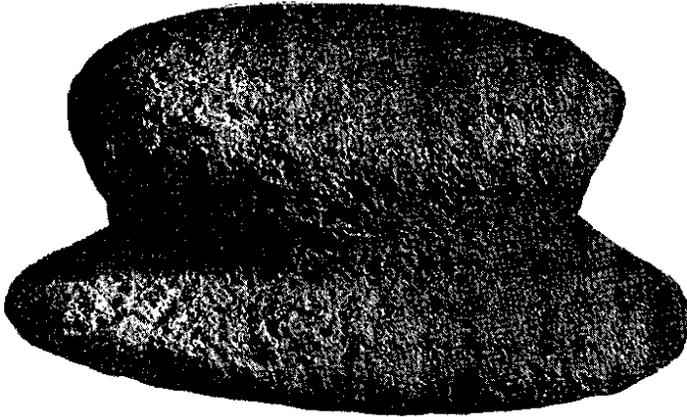


Fig. 12 - Clase b) Tipo 2. - Puntilla del Huincán. - (C.S., N° 2).

046 mm. Alto de la manija 050 mm. Lugar de hallazgo: campo Puntilla del Huincán. (fig. 13).

N° 5. Clase a). Tipo 4. (C.S.). Lava basáltica. Base circular de un diámetro de 075 mm. Alto medio 060. Manija inclinada. Parte superior de la manija ligeramente ovoide de 042 x 035. Altura de la



Fig. 13 - Sub-clase a 1) Tipo 5 - Puntilla del Huincán. - (C.S., N° 4).

manija 020 mm. Ejemplar muy gastado. Lugar de hallazgo: campo Puntilla del Huincán. (fig. 14).

Nº 6. Clase a). Tipo 1. (C.S.). Lava basáltica. Base circular, con escoriaciones, de un diámetro medio de 095 mm. Alto medio 080 mm. Agarradera forma "bola", visto de arriba circular, con un diámetro medio de 078 mm. Diámetro del cuello de la agarradera 058 mm. Lugar de hallazgo: campo Puntilla del Huincán.

Nº 7. Clase a.). Tipo 1. (C.S.). Lava basáltica. Base ovoide, convexa, con escoriaciones, de 090 x 075 mm. Altura media 085 mm. Plataforma superior de la agarradera inclinada y redondeada; vista de arriba circular de 069 mm. Cuello de la agarradera, alto, de un diámetro de 050 mm. Su forma no es muy definida. Lugar de hallazgo: campo Puntilla del Huincán.

Nº 8. Clase b). Tipo 2. (C.S.). Lava basáltica. Base circular de 095 mm de diámetro. Altura media 055 mm. Plataforma superior ligeramente convexa; vista de arriba ovoide de 076 x 063 mm. Diámetro medio de la ranura ecuatorial 065 mm. Lugar de hallazgo: campo Puntilla del Huincán.

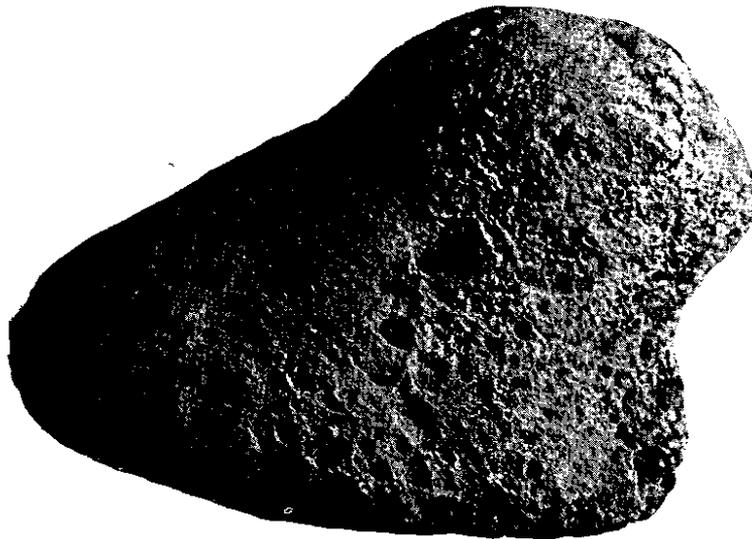


Fig. 14 - Clase a) Tipo 4. - Puntilla del Huincán. - (C.S., Nº 5).

Distrito Río Barrancas

Nº 703. Clase c). Tipo 3. (C.A.B.). Lava basáltica. Base circular con un diámetro de 108 mm. Altura 108 mm. Extremo superior algo ovoide, de 095 x 085 mm, con una cavidad circular de 027 mm de diámetro y una profundidad de 022 mm. Parte media de la cintura 075 mm. Por su forma y su peso da la impresión de que también fue empleado en función de maza. Lugar de hallazgo: Chaquira-Có.

Nº 704. Clase a). Tipo 7. (C.A.B.). Lava basáltica. Es el más hermoso y original de los ejemplares estudiados. Base rectangular de 110 x 080 mm. Alto máximo 110 mm. Manija vertical de 060 mm de altura; vista de arriba ligeramente ovoide de 045 x 040 mm. Tiene doble cintura, una entre la plataforma y el nacimiento de la manija y otra 020 mm antes de llegar al extremo superior. Lugar de hallazgo: Cajón de Panculehue. (fig. 15).

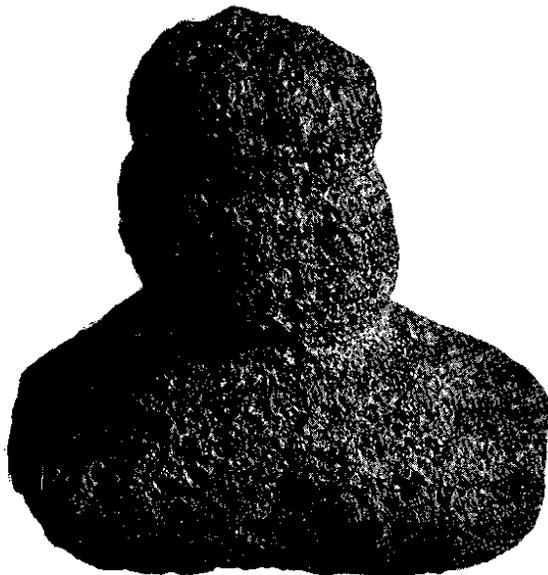
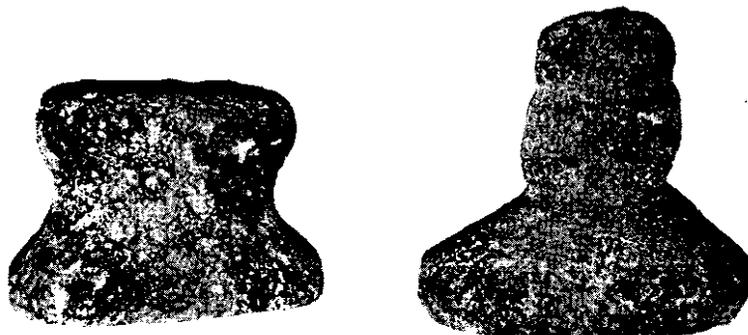


Fig. 15 - Clase a) Tipo 7. Cajón de Panculehue. - (C. A. B., Nº 704).

Nº 708. Clase a). Tipo 1. (C.A.B.). Lava basáltica. Base circular de 085 mm de diámetro. Altura máxima 088 mm. Agarradera central algo inclinada, parte superior forma "bola"; circular vista de arriba, con un diámetro máximo de 065 mm. Diámetro del cuello de la agarradera 050 mm. Lugar de hallazgo: Ranquil Norte.



Figs. 7 bis - (izquierda: Pequenco, C.A.B. 707), y 15 bis (derecha: Panculehue, C.A.B., 704).

Nº 082. Clase a). Tipo 4. (M.A.U.N.C.). Toba volcánica. Falta gran parte de la plataforma y de la manija; quizás fue de base circular. alto máximo 099 mm. Probable diámetro de la base de 080 a 090 mm. Manija inclinada de 045 mm aproximadamente; ovoide en su parte superior de 063 x 039 mm. Lugar de hallazgo: Ailínco.

Sin lugar exacto de hallazgo

Nº 662. Clase a). Tipo 8. (M.A.U.N.C.). Lava basáltica. Base circular de 145 mm de diámetro. Alto máximo 070 mm. Manija central, vertical de 037 de altura; diámetro medio de la misma 060 mm. Parte superior fracturada. Lugar de hallazgo: sur del Departamento de Malargüe¹³. (fig. 16).

Nº 060. Clase b). Tipo 1. (M.A.U.N.C.). Lava basáltica. Diámetro de la base 100 mm, con algunas escoriaciones. Alto máximo 060 mm. Agarradera circular de un diámetro de 075 mm; diámetro del cuello de la misma 055 mm. Lugar de hallazgo: sur del Departamento de Malargüe¹⁴.

Nº 3177. Clase a). Tipo 1. (M.H.N.J.C.M.). Lava basáltica. Base ovoide de 115 x 090 mm. Altura máxima 077 mm. Parte superior de la agarradera redondeada; vista de arriba ovoide de 082 x 053 mm.

¹³ y ¹⁴ En un principio de incendio que afectó al Instituto en 1957, se quemaron las fichas de inventario de estos ejemplares.

Cuello de la agarradera 073 x 040 mm. Lugar de hallazgo: sur de Malargüe ¹⁵.

Nº 3921. Clase b). Tipo 2. (M.H.N.J.C.M.). Lava basáltica. Base ovoide ligeramente convexa, escoriada, de 100 x 070 mm. Altura máxima 075 mm. Plataforma superior ovoide, ligeramente convexa, de 085 x 076 mm. Ranura ecuatorial con un diámetro medio de 065 mm. Lugar de hallazgo: sur de Malargüe ¹⁶.

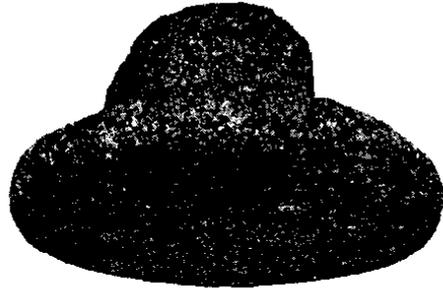
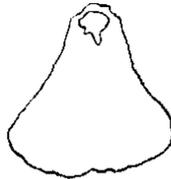


Fig. 16 - Clase a) Tipo 8. Sur de Malargüe. - (M.A.U.N.C., Nº 662).



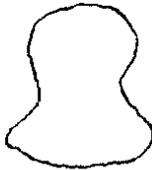
Nº 707



Nº 700



Nº 701



Nº 702



Nº 705



Nº 706

NOTA: La totalidad de los ejemplares que integran la Colección Sanfurgo, le fueron obsequiadas al nombrado facultativo por el señor Nicanor Letelier, quien dice haberlos recogido en su campo ubicado en Puntilla del Huincán. En la distribución geográfica han sido asignados al Distrito Río Grande, aunque es probable que algunos hayan sido encontrados en el Distrito Río Barrancas, por cuanto el límite de ambos distritos pasa por medio de la estancia del nombrado.

15 y 16 No están anotados en los libros del Museo el lugar exacto del hallazgo, ni el nombre del donante.



N° 709



N° 710



N° 076



N° 705



N° 077



N° 081



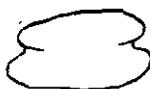
N° 091



N° 092



N° 1



N° 2



N° 3



N° 4



N° 5



N° 6



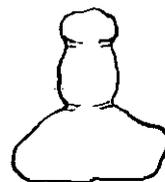
N° 7



N° 8



N° 703



N° 704



N° 708



N° 082



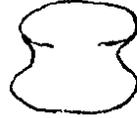
N° 662



N° 060



N° 3177



N° 3921

IV

CONCLUSIONES

De acuerdo a lo expuesto en la presente monografía, el sobador fue un objeto de uso doméstico, utilizado por el aborigen en el lugar donde tenía su paradero; vale decir, que no lo llevaba consigo, sino que era una herramienta fundamental de su artesanía hogareña. Su área de dispersión nos da los límites, más o menos precisos, del habitat de estas tribus en la provincia de Mendoza.

El grupo étnico conocido por "*puelche*" fue quien usó y sin duda, el verdadero creador del sobador. Podemos creer que este utensilio es uno de los elementos arqueológicos de raíz más antigua que se encuentran en esta provincia.

DOS TABLETAS DE PIEDRA DEL SUR MENDOCINO

Por HUMBERTO A. LAGIGLIA

I

1. *Introducción*

Muy conocidas en diferentes agrupaciones indígenas de Sudamérica son las tabletas de ofrenda y los litos tabuliformes¹. Los mismos eran empleados tanto para la molienda de ciertos vegetales narcotizantes como para su absorción por vía nasal en misteriosos ritos religiosos. Los primeros, es decir, las tabletas generalmente han sido confeccionadas en madera, mientras los litos tabuliformes en piedra. Los mismos se presentan en diversas áreas culturales de América; su difusión conocida en Sudamérica está establecida en tres centros bien definidos. El primero de ellos es el "Amazónico", el segundo el "Sur Brasileño" y el tercero el "Perú-Boliviano". En este último se incluye el norte de Chile, Nor-Oeste Argentino con las provincias de Córdoba y San Luis². Nos permitimos ahora admitir la posibilidad de incluir en este centro a la provincia de Mendoza, ya que los objetos pertinentes a dichos usos, hasta ahora encontrados, suman seis.

Los objetos que estudiamos, que seguramente fueron empleados para moler y preparar ciertos polvos vegetales narcotizantes, son nuevos para el conocimiento del acervo arqueológico del sur mendocino. Su presencia en Mendoza nos es algo misteriosa, ya que los pueblos indígenas que la habitaron en la época histórica no tuvieron —al parecer— conocimiento de ellos; su origen seguramente habría que buscarlo en los pueblos vecinos.

En Mendoza se han hallado unos objetos arqueológicos —dentro

1 Encontramos otros tipos de objetos cuyo uso parece ser el mismo que el de estos elementos, y han sido denominados por Serrano: "litos con pocillos". Existen en el Uruguay y en Río Grande do Sul (Brasil).

2 SERRANO 1941, pág. 254.

del área de los huarpes millcayac— que por su tipología nos hacen pensar que tuvieron función votiva o ceremonial, vinculada con las llamadas tabletas de ofrenda propias del Norte argentino. El autor que las ha estudiado ³, las llama “fuentes de ofrenda”, pero las mismas no presentan relación morfológica con las que tratamos en este artículo. La forma de estos litos encontrados en el sur mendocino, corresponde a una tipología que puede caracterizar un grupo de ellos, que nosotros hemos denominado “tabuliformes rectangulares”. La característica propia de la moleta de estos litos, se presenta vinculada con la de los litos y tabletas procedentes del Norte de Chile (Región de Atacama), descritas por el Dr. Aureliano Oyarzún y otras procedentes de distintos sectores del Noroeste Argentino, estudiadas por Ambrossetti, Boman ⁴, Alanis ⁵, etc. Lo notable de estas piezas es que en su mayoría están adornadas con representaciones antropomorfas, zoomorfas y en otros casos la pieza entera es de estructura ictiomorfa, o en forma de un armadillo, como sucede en el sur Brasileño ⁶; esto evidentemente le agrega a la pieza su carácter puramente ceremonial.

Las tabletas, los litos tabuliformes y los de pocillos, —según se ha podido establecer— han servido tanto para moler polvos irritantes de plantas, como de receptáculo para tenerlo durante los momentos de absorción por vía nasal.

El cebil (Piptadenia), es uno de los vegetales empleados para estos fines, y es una planta característica de la flora del Tucumán. Tenemos datos históricos que los aborígenes de las Sierras de Córdoba lo utilizaban. El comentario al respecto nos lo ofrece el prof. Antonio Serrano ⁷:

“Por Sotelo Narváez (1582) sabemos que los comechingones de las sierras de Córdoba absorbían el polvo de las semillas del cebil, cosa que también se hacía en el Perú. Este polvo es el mismo rapé que actualmente emplean gran número de tribus brasileñas, conocido entre ellas con el nombre de “paricá”. El “paricá” es un polvo de color gris y de gran efecto narcótico que se prepara moliendo las semillas de la leguminosa Piptadenia peregrina. La especie empleada por nuestros comechingones es la Piptadenia cevil. Los indios guardaban este polvo (y lo guardan hoy) en pequeñas calabazas y en grandes caracoles cuya

3 RUSCONI 1941 a.

4 BOMAN E. 1908.

5 ALANIS 1947.

6 SERRANO 1938.

7 SERRANO 1934, pág. 424.

abertura —dice Koch Grünberg al hablar de los tuyuká del Brasil— está generalmente cerrada por un cristal alquitranado y que igualmente como las calabazas llevan como pico un hueso de ave superpuesto y pegado también con alquitrán. Como tapón sirve una hoja o corteza enrollada o una estaquita liviana . . . El rapé se toma mediante un instrumento en forma de horquilla, constituida por dos huesos de aves, comunicados. Están pegados, uno al otro con alquitrán y no rara vez se halla entre éste un pedazo de cristal. Para el uso se echa un poco de rapé contenido en el recipiente, sobre la palma de la mano, alzándolo de allí con el instrumento en forma de horquilla. Después se mete un extremo de éste en un orificio nasal, el otro en la boca, dispersando con leves soplos el fino rapé por las mucosas más internas de la nariz”⁸.

Ahora bien, nos interesaría conocer el porqué de esta función tan misteriosa entre los indios de América; ello evidentemente se aclara al leer los diversos comentarios al respecto que nos manifiestan su carácter puramente mágico, votivo o ceremonial. Poco sabemos acerca de la liturgia de estas interesantes ceremonias de los indios de América, pero nos basta situar establecidamente cuales fueron los pueblos que los emplearon.

2. Descripción de los litos

a) Lito tubuliforme de Bardas Blancas.

Museografía. La pieza pertenece a la Colección del Sr. Roque Jacinto Adaro, y lleva el N° 40 del Catálogo N° 2, del Departamento de Arqueología y Etnografía del Museo de Historia Natural de San Rafael.

Procedencia. Bardas Blancas, sobre la ruta 40, Malargüe (Mendoza).

Descripción. El objeto afecta la forma rectangular, con dos saliencias que corresponden al mango del mismo. El lito fue hallado algo deteriorado, pues tiene un extremo destruido. Es por esto, que no se puede precisar con gran exactitud las medidas de longitud. Pero la que expresamos se acerca a darnos una idea aproximada de ella, tal vez con error de unos milímetros. En el reverso de la pieza, observamos en ambos mangos un surco de 5 ó 6 milímetros, los cuales parece que han sido confeccionados a los efectos de recibir un cordel, y por lo tanto,

⁸ Los datos que hemos suministrado se encuentran mencionados por el prof. Antonio Serrano, en la siguiente consulta bibliográfica: Theodor KOCH GRÜNBERG, *Zwei Jahren unter den Indianern*, Tomo I, pág. 323. Berlín, 1909.

mantener el lito suspendido durante las ceremonias. El recipiente o moleta toma una ligera convexidad, originada seguramente por la acción de la fricción del otro objeto lítico durante la preparación de los polvos narcotizantes. Esta convexidad es más notoria en el centro, lo que nos permite fundar la opinión que ha servido también como moleta, para uso ceremonial. Y si observamos el recipiente, de manera que los rayos de luz incidan oblicuos sobre el mismo, podremos apreciar una serie de débiles líneas, propias del roce producido con el otro objeto durante dichas moliendas.

El lito ha sido trabajado en una roca basáltica de color negro, de pasta muy fina, compacta uniforme, sin poros y de fractura áspera.

b) *Lito tabuliforme de Atuel Norte*

Museografía. La pieza lleva el número 1951 del Departamento de Arqueología y Etnografía del Museo de Historia Natural de San Rafael, y fue donada por el Reverendo P. Lena, de la Parroquia de San Antonio de Lourdes.

Procedencia. Fue hallada en la localidad de Atuel Norte, posiblemente sobre las costas del Río Atuel (San Rafael), Mendoza. El muy gentil cura-párroco nos entregó la pieza que ahora tratamos, a quien expresamos nuestro agradecimiento. No conocemos los detalles sobre el paraje exacto de hallazgo. Lo único que sabemos es que la misma procede de la superficie de un terreno medanoso en la precitada localidad sanrafaelina.

Descripción. Es de mayor tamaño que el anterior, pero posee la misma estructura tipológica. Lo notable de la misma, es que tiene un aspecto antropomorfo esqueioforme. Se distingue claramente nariz, ojos y algo los labios, que están estilizados en un mango. El inferior se encuentra algo destruído, motivo por el cual no se puede identificar si es verdaderamente la misma representación que su correlativa opuesta o no. Pero al parecer, la estilización que insinúa, nos da idea de que sea la misma.

En el reverso volvemos a notar los detalles de la pieza anterior, "la ranura", pero en la parte posterior de la figura antropomorfa completa es más notoria. La pieza va disminuyendo paulatinamente de ancho a medida que se acerca a uno de sus extremos. La variación de uno de ellos, con respecto al otro, es de unos 7 u ocho mm. Notamos otro detalle en el reverso de ambos mangos: una ranura bien marcada en sentido longitudinal, que llega hasta la cara superior de la moleta. A juzgar por la presencia de ésta, su finalidad creemos que no ha sido

otra que la de vincular el cordel de la otra ranura, a fin de sostener el lito en el aire.

La moleta propiamente dicha o recipiente, afecta la forma que le imprime el borde externo del lito, pero presenta más uniformidad en sentido del desgaste durante su uso. El borde es algo aplanado pero redondeado en sus aristas con las partes del anverso y reverso de la pieza. Se nota también una leve insinuación simétrica de los bordes laterales, hacia el interior del lito, lo que permite distinguir los extremos laterales del borde con los del centro, al estar ubicados en distintos planos verticales.

Si colocamos la pieza en su correspondiente posición, veremos que se inclina hacia un ángulo de la misma. Esto es debido al marcado desgaste que presenta la superficie de la cara opuesta, es decir en el reverso.

Este lito está confeccionado en una roca de la misma constitución que el anterior. Su color es negro pero presenta algunas incrustaciones de sustancias minerales, por su larga permanencia en contacto directo con la tierra.

<i>Magnitudes</i>	<i>Lito Nº 1</i>	<i>Lito Nº 2</i>
Longitud total	122 mm	145 mm
Ancho central	55 "	57 "
Ancho del extremo menor	—	51 "
Ancho del extremo mayor	—	58 "
Ancho del extremo completo	54 "	—
Ancho del extremo deteriorado	53 "	
Largo del mango entero	25 "	30 "
Largo del mango roto	30 "	25 "
Ancho del mango entero	12 "	16 "
Ancho del mango roto	13 "	13 "
Grosor o espesor máximo de la pieza	17 "	20 "
Largo del recipiente	80 " (?)	100 "
Ancho de su extremo menor	—	40 "
Ancho de su extremo mayor	—	45 "
Ancho central del mismo	35 "	40 "
Profundidad máxima del recipiente	3 "	4 "
Peso actual	154 g.	250 g.

3. Conclusión

La presencia de estos objetos en la provincia de Mendoza nos es un tanto misteriosa. Por empezar, los huarpes millcayac —al parecer— no conocieron estos objetos usualmente, ni menos los puelches de Cuyo o algarroberos. Tampoco los pehuenches primitivos, ni los mapuches de Chile, como me lo acaba de confirmar recientemente el prof. Dr. Juan Schobinger⁹. Pero, como dijimos anteriormente, sabemos que en el área de los millcayac (Dptos. de Rivadavia, Tunuyán y Lavalle se han hallado objetos de piedra y uno de barro cocido, cuyo descriptor¹⁰ les atribuye certeramente el carácter de "Fuentes de ofrenda" y un significado ritual parecido al de las "Tabletas de ofrenda" del Noroeste argentino. Lo importante que se desprende de estos objetos líticos, es que presentan características que parecen ser peculiares de la región de Cuyo, pero como dice su autor, "con influencia artística del noroeste argentino"¹¹. Como contamos con elementos de juicio para afirmar la tesis anterior, no podrá ser rechazada, ya que dentro del patrimonio mendocino hemos encontrado ejemplos arqueológicos vinculados directamente con el noroeste argentino. Podemos mencionar la "Pipa-insignia", procedente del interior de la mina de plomo "La Picaza", de San Rafael¹²; la insignia de mando descubierta hace años en "Paso del Encón"¹³; las interesantes pictografías del Rincón del Atuel, que estudiáramos recientemente¹⁴, que se presentan un tanto relacionadas con la decoración pictórica de la cerámica de la "Cultura Condorhuasi" (Condorhuasi Clásico, según Alberto Rex González)¹⁵.

Las dos fuentes del Departamento de Rivadavia se encuentran vinculadas con otra similar levantada en el sector de las Lagunas del Rosario (Mendoza), confeccionada en cerámica.

Si los huarpes históricos, al parecer, no conocieron estos objetos ceremoniales, su antigüedad en la provincia debe ser prehispánica, y quizás tengan algo que ver con la "Cultura de Agrelo", que recientemente ha comenzado a estudiarse en la provincia¹⁶.

9 SCHOBINGER, J., 1956 (Carta al autor).

10 RUSCONI, C. 1941 a.

11 RUSCONI, C. 1941 a, pág. 213.

12 RUSCONI, C. 1941 b.

13 RUSCONI, C. 1940.

14 LAGIGLIA, H. 1956 a, 1956 b.

15 El Dr. Alberto Rex González, ha establecido posibles sub-divisiones de la Cultura Condorhuasi, en dos facies, la primera (facie A), que es al parecer la más antigua, es la del Condorhuasi Policromo de Bennett o Condorhuasi Clásico de Serrano, más vinculada con las pictografías del Rincón del Atuel que aludimos

16 CANALS FRAU y SEMPER, 1956. CANALS FRAU, S. 1956. LAGIGLIA, H. 1956 (inédito).

De estos objetos ceremoniales contamos para Mendoza con un número de seis ejemplares, incluyendo los que describimos, de cuya procedencia y demás detalles ofrecemos un extracto:

1. *Procedencia*: "Laguna Pelada", a más de un kilómetro al sur de la Estación Lagunas del Rosario (Kilómetro 954 de los FF. CC.), y próximo al "osario" indígena explotado por el Dr. Debenedetti en 1926. Excursión Rusconi, abril 13-19 de 1939" (Rusconi, C., 1941 a, pp. 214-215). Se conserva en el Museo de Historia Natural de Mendoza con el N° 1592 del Departamento de Arqueología y Etnografía. Es de barro cocido, en forma de cuchara espatular, de cara superior muy cóncava e inferior muy convexa, faltándole la manija por hallarse en dicho lugar fracturada.

2. *Procedencia*: "Cementerio indígena cerca del arroyo Cabrería, en el Campo de Los Andes, Departamento de Tunuyán". (Rusconi, C., 1941 a, pág. 216). Se conserva actualmente en las colecciones del Museo del Instituto de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo, donde he tenido oportunidad de observarlo; anteriormente pertenecía a la colección del Sr. Pol, cuando fue estudiada por el prof. Rusconi. Tiene aspecto zoomorfo, está trabajada en una roca micaesítica, presentando un recipiente o receptáculo profundo; su forma se acerca más a los que tratamos descriptivamente.

3. *Procedencia*: "Médano de las Fuentes, a 800 metros al norte de la finca del señor O. Bernasconi, distrito Santa María de Oro, Dep. de Rivadavia. Excursión Rusconi de noviembre 4 de 1940". (Rusconi, C., 1941 a, pág. 218).

La pieza está trabajada en esteatita, tiene forma de una cuchara, pero algo asimétrica y provista de algunos grafitos lineales en el mango. Se conserva en el Museo de Mendoza, bajo el N° 2340.

4. *Procedencia*: "Igual que la pieza 2340". Está confeccionada en esteatita en forma armoniosa y simétrica y provista de vistosos grafitos lineales y angulosos en distintas partes de la pieza. Se conserva en el Museo de Mendoza, con el N° 2341.

En cambio los objetos que hemos descripto si bien son distintos y poseen estructura propia, su presencia en Mendoza puede ser exótica, o al menos sus raíces deben buscarse en los pueblos vecinos, posible-

mente del área de las sierras centrales o del N. Oeste argentino. Los mapuches de Chile desconocieron las tabletas y litos para polvos narcotizantes. Por lo tanto su procedencia esta lejos de ser por vía de Arauco, ni menos pensar que procede del norte de Chile y que haya pasado a la región de los Araucanos, y de éstos a partir del siglo XVII o antes, a Mendoza. Pero es muy probable que su presencia en estos lugares date desde muy antiguo, probablemente desde la Prehispania. Pero todavía no podemos fijar una posición al respecto, ya que desconocemos sus condiciones de hallazgo, como así también la cultura de sus portadores. Pero inseguramente sospechamos que su llegada al sur mendocino —si se explica así su presencia—, ha sido por vía del área de la región central de la República Argentina (San Luis y Córdoba). Serrano al tratar los Comechingones¹⁷, menciona un lito, cuya morfología se relaciona con los que tratamos. No sería dudoso que pudiesen proceder de algunas de esas dos provincias, o al menos tener sus raíces en ellas. Pero tenemos la certeza de que cuando los estudios arqueológicos del sur mendocino se hallen más avanzados, podremos asignarles a los mismos, tanto una relativa antigüedad como así también determinar quiénes fueron sus portadores.

BIBLIOGRAFIA

- ALANIS, Rodolfo: 1947. *Material arqueológico de la Civilización Diaguita*, La Rioja.
- BOMAN, Eric: 1908, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama*, en "Mission scientifique", etc., Volumen II, París.
- CANALS FRAU, Salvador: 1956, *Algunos aspectos de la Cultura de Agrelo* (Provincia de Mendoza), en "Anales de Arqueología y Etnología", Tomo XII, pp. 9-18, Mendoza.
- CANALS FRAU, S. y SEMPER, J.: 1956, *La Cultura de Agrelo*, en "Runa", Vol. VII, segunda parte, pp. 169-186. Buenos Aires.
- LAGLIA, Humberto: 1956 a, *Estudios Arqueológicos en el Rincón del Atuel*, en "Anales de Arqueología y Etnología", Tomo XII, pp. 229-288, Mendoza.
- LAGLIA, Humberto: 1956 b, *La Llegada del Condorhuasi a San Rafael (Mza.) como estilo pictórico rupestre*, en "Revista Científica de Investigaciones del Museo de Historia Natural de San Rafael", Tomo I, N° 2, Diciembre, Mendoza.
- LAGLIA, Humberto: 1957, *Un antiguo paradero indígena en "Las Peñas" (Dpto. San Rafael, Mendoza). Un aporte al conocimiento de la "Cultura de Agrelo"* (inédito).

17 SERRANO, 1945.

- RUSCONI, Carlos: 1940, *Sobre un tokí o insignia de mando, en Mendoza*, en "Anales de la Sociedad Científica Argentina", Tomo CXXIX, E. IV, pp. 188-191, Abril, Buenos Aires.
- RUSCONI, Carlos: 1941 a, *Fuentes de ofrenda de los aborígenes prehispánicos de Mendoza*, en "Anales de la Sociedad Científica Argentina", Tomo CXXXI, E. V, pp. 212-221, Mayo, Buenos Aires.
- RUSCONI, Carlos: 1941 b, *Sobre una "Pipa-insignia" de fumar, de Mendoza*, en "Anales de la Sociedad Científica Argentina", Tomo CXXXI, E. I, pp. 44-48, Enero, Buenos Aires.
- REX GONZÁLEZ, Alberto: 1956, *La cultura Condorhuasi del Nor-Oeste Argentino. Apuntes preliminares para su estudio*, en "Runa", Vol. VII, primera parte, pp. 37-84, Buenos Aires.
- SCHOBINGER, Juan. *Carta al autor*, Mendoza 7 de Setiembre de 1956.
- SERRANO, Antonio: 1934, *El uso del tabaco y vegetales narcotizantes entre los indígenas de América*, en "Revista Geográfica Americana", Año II, N° 15, pp. 415-429, Buenos Aires.
- SERRANO, Antonio: 1938, *La Cultura Lítica del Sur Brasileño*, en "Revista Geográfica Americana", Tomo X - N° 61, pp. 259-263, Buenos Aires.
- SERRANO, Antonio: 1941, *Los recipientes para Paricá y su dispersión en América del Sur*, en "Revista Geográfica Americana", Tomo XV, N° 91, pp. 251-257, Buenos Aires.
- SERRANO, Antonio: 1945, *Los Comechingones* (Serie Aborígenes Argentinos, tomo I), en "Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore, Dr. Pablo Cabrera", Córdoba.

San Rafael, octubre de 1957.



Fig. 1. - Lito tabuliforme de Bardas Blancas (Malargüe) Mendoza.
a) Anverso, b) Reverso. Foto del Museo de Historia Natural de San
Rafael, documentación fotográfica: José A. Vrana.

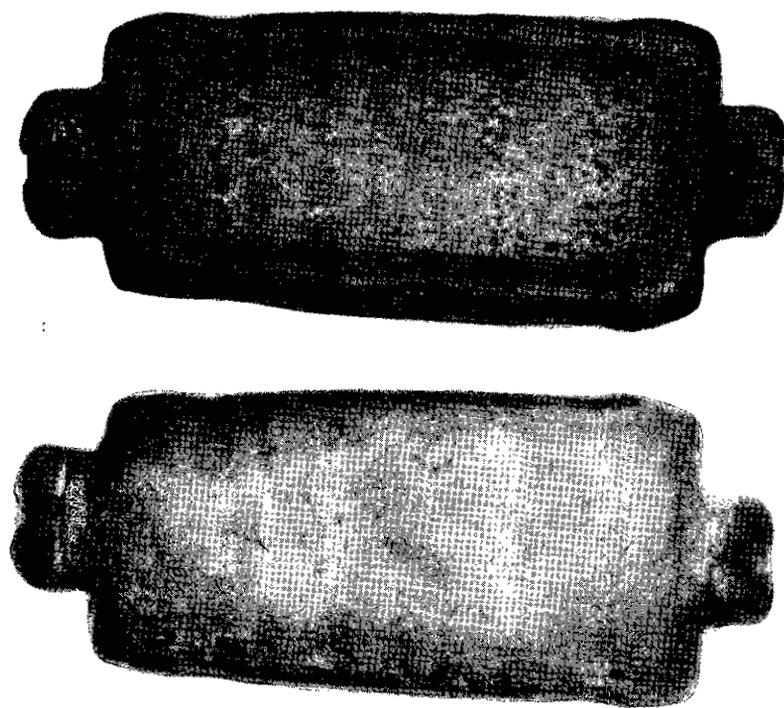


Fig. 2. - Lito tabuliforme de Atuel Norte (San Rafael) Mendoza.
a) Anverso, b) Reverso. Foto del Museo de Historia Natural de San Rafael, documentación fotográfica: José A. Vrana.

EL ESTUDIO DE LOS BÁRBAROS DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XIX. - BOSQUEJO PARA UNA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ETNOLÓGICO

Por MARCELO BÓRMIDA

PALABRAS PREVIAS

El progreso y la jerarquía de una ciencia dentro del conjunto del saber humano dependen de la integración de tres factores: la acumulación de los materiales que constituyen su objeto, las investigaciones que se realicen acerca de ellos en el ámbito y para los fines que le son propios y, finalmente, la conciencia de los fundamentos lógicos y epistemológicos que este ámbito y estos fines hacen posibles; en una palabra, la profundización de la teoría de la ciencia misma. En este último caso, naturalmente, la investigación trasciende la problemática propia de la ciencia en cuestión y se vincula con la Filosofía. De esta naturaleza fue el Criticismo, que rompió el círculo vicioso de las teorías racionalistas de las ciencias físicomatemáticas, evidenciando de qué manera estas ciencias eran posibles; análogamente procedieron las investigaciones del Historicismo acerca de la teoría de la Historia, superando la equívoca cuestión de si la Historia era o no ciencia y alcanzando una clara conciencia de las condiciones, la naturaleza y el ámbito del conocimiento histórico en general.

La moderna teórica de la Etnología se halla en condiciones muy semejantes a aquéllas en que se hallaba la teoría de la historia antes de la crítica historicista. En ella siguen agitándose cuestiones tales como la posibilidad de leyes etnológicas, de una Prehistoria universal en base a la Etnología, de la vinculación de la Etnología con las ciencias empíricas que tienen por objeto al hombre (Psicología, Sociología, etc.). Etnología histórica y Etnología funcionalista siguen contendiéndose el campo como, en sus buenos tiempos, la Historia y la Sociología; los acuerdos que, de tanto en tanto, se establecen entre las dos corrientes

no salen de un simple eclecticismo y no tardan en hacer crisis o demostrar una esterilidad propia de los organismos híbridos. Sin embargo, frente a este caótico panorama de la teoría etnológica, todos los etnólogos podemos consolarnos mirando el sereno acumularse de las investigaciones concretas, cuya masa ya está alcanzando a las que constituyen el patrimonio de otras ciencias mucho más antiguas.

Teniendo presente este panorama concreto no caeremos en un error análogo al de los pensadores de fines del siglo pasado, quienes, frente a una Historia que informaba todo el pensamiento de su época, se obstinaban en discutir su calidad de ciencia por no concordar sus fundamentos con los que subyacían al concepto tradicional de la ciencia. Nuestra pregunta no debe ser: ¿Es acaso posible la Etnología como ciencia? sino la otra: ¿Cómo es posible la ciencia etnológica? Naturalmente contestar a este interrogante no es en absoluto fácil. Y las dificultades comienzan desde el momento en que queremos cerrar más de cerca el concepto mismo de Etnología. Si bien es cierto que no es imposible llegar a un acuerdo de máxima en cuanto a su objeto, parece imposible llegar a poner de acuerdo a funcionalistas e historicistas acerca de los fines y de la naturaleza misma de la Etnología. Los etnólogos historicistas consideran a la Etnología como la ciencia que permite reconstruir la historia más remota de la humanidad y acusan a los funcionalistas de querer hacer de ella una simple disciplina naturalista y descriptiva de la cultura humana; los funcionalistas, por su parte, miran a los historicistas como a ingenuos pretenciosos que se apartan de los hechos concretos y se adentran en un laberinto de construcciones hipotéticas que nunca alcanzarán a ser más que simples posibilidades indemostrables. Frente a esta aparente irreductibilidad, es necesario aclarar en primer término la naturaleza y los fines de la Etnología. Y tal es el fin del presente trabajo. En él se intenta rastrear la historia de la problemática etnológica desde sus orígenes y aclarar cómo un conjunto de problemas, teorías y métodos originariamente aislados, se concretan en una ciencia autónoma, que es justamente la Etnología. Otros trabajos que seguirán se propondrán profundizar las vinculaciones de la Etnología con otras ciencias y con determinadas corrientes de pensamiento con el fin de puntualizar su posición dentro de las ciencias y aclarar, de tal manera, cuál metodología le es propia y cuáles son sus reales posibilidades.

Este escrito no quiere ser sino una armazón, un ensayo, de algo que podrá ser realizado en un futuro más o menos próximo: la primera parte de una verdadera historia del pensamiento etnológico, con todo

su aparato erudito; por ello se ofrece a la crítica de sus lectores como una línea general de pensamiento, y no ya como una obra acabada. Sobre él, cualquiera puede ejercer plenamente el *ius utendi et abutendi*; toda objeción, toda crítica, positiva o negativa, no podrá menos que serle beneficiosa.

DEFINICIONES Y DEFINICIÓN MÍNIMA

No existe tal vez ningún campo del saber humano donde reine tan soberana la anarquía terminológica como en el conjunto de ciencias y disciplinas que suele denominarse "*Antropología lato sensu*", *Ciencias antropológicas* o *Ciencias del hombre*. Para arrojar un poco de luz y de orden en el caos de los términos, que es, como siempre ocurre, la expresión de un desorden conceptual, será oportuno especificar, en primer lugar, las diferentes acepciones que reciben las expresiones con las cuales suelen designarse las más importantes y comprensivas de aquellas ramas del saber, que se reúnen bajo el rótulo común de "Antropología".

Y, en primer lugar, especifiquemos las del término mismo *Antropología* que, en su *acepción más comprensiva*, quiere designar al conjunto de las ciencias que tienen como su objeto al hombre, considerado tanto en su *aspecto físico* (morfológico, sistemático, fisiológico, etc.) como *cultural*, es decir en cuanto ser creador de cultura. Dentro de la *Antropología lato sensu* el aspecto específicamente psicológico del hombre suele incluirse, según las distintas tendencias, en uno u otro de los aspectos mencionados; y no faltan los autores que incluyen en la Antropología también la Lingüística, relacionándola íntimamente con la faz cultural del hombre, tanto en su *ratio obiecti* como en su *ratio cognitionis*. En su *acepción más restringida*, Antropología indica tan sólo un estudio del aspecto físico-morfológico y fisiológico del hombre.

Frecuentemente la expresión "Antropología" suele ir acompañada por un adjetivo que restringe y especifica su campo. *Antropología cultural*, equivale al estudio del hombre como ser creador de cultura; *Antropología social*, enfoca especialmente el aspecto sociológico del hombre; *Antropología física o morfológica, o biológica*, indica el estudio del hombre como organismo; y a menudo, el adjetivo *biológico* puntualiza un interés especial en el aspecto funcional, fisiológico y genético. *Paleantropología* designa el estudio de los fósiles humanos y de los problemas filogenéticos que intentan resolverse a través de éstos. *Antropología lingüística*, término en verdad poco empleado, coincide prácticamente con la Lingüística especial.

El término *Etnografía* se emplea generalmente significando el estudio descriptivo de los pueblos, e incluye su definición, clasificación, división en subgrupos, ubicación en el espacio y descripción de los bienes culturales que pertenecen a cada uno de ellos. También se designa con él, el estudio comparativo de los pueblos y de sus culturas, con el fin de establecer sus rasgos comunes o generales y sus vinculaciones históricas y genéticas. *Etnología*, en su acepción más difundida, corresponde exactamente a la segunda de las acepciones de *Etnografía*; por lo tanto, es prácticamente un sinónimo de *Antropología cultural* e incluye los temas tratados por la *Etnografía*, en sentido restringido, y por *Antropología social*. Existe, además, una acepción menos usual de *Etnología*, que designa al estudio de un especial aspecto de la *Antropología física*, como lo es la descripción y clasificación de las razas humanas. Con el término *Paletnología* se indica el estudio de la cultura de los pueblos extinguidos, a través de los restos de su cultura material; un objeto que coincide perfectamente con el de la *Arqueología prehistórica* o *Prehistoria*.

Dejemos de lado las acepciones especialísimas que algunos autores dan a los términos que hemos consignado. Así Montandou, quien, basándose en una vieja terminología francesa, hace de *Etnología*, un sinónimo de *Antropología* en su sentido más comprensivo. Dejemos también de considerar las disciplinas más especiales, que no son sino ramas de las ciencias definidas anteriormente: así el *Folklore*, la *Raviología*, la *Antropometría*, etc. Prescindamos también de las ciencias que algunos autores quieren incluir en la *Antropología lato sensu* y que ya tienen una tradición de autonomía, tales como la *Historia de las religiones*, la *Lingüística*, la *Mitología*, etc. A pesar de esta simplificación no puede dejar de reconocerse que el panorama de las Ciencias del Hombre se presenta bastante abigarrado.

Sin embargo, si miramos este panorama con un sentido crítico y sin dejarnos confundir por el maremagnum de ciencias y disciplinas que lo integran, es fácil ver que todas ellas se agrupan alrededor de tres objetos fundamentales y bien diferenciados: *el hombre en sentido empírico*, *el hombre creador de cultura* y *el hombre-organismo*. Se ve entonces que muchos de esos términos son sinónimos, o indican simplemente diferentes enfoques o matices dentro del estudio de un mismo objeto; y podremos construir el siguiente prospecto:

1er. objeto: el *Hombre empírico*: *Antropología lato sensu*, Ciencias antropológicas, Ciencia del hombre.

2do. objeto: el *Hombre-cultura*: Antropología cultural, Antropología social, Etnografía, Etnología, Paleontología, etc.

3er. objeto: el *Hombre-organismo*: Antropología s. s., Antropología física, Antropología morfológica, Antropobiología, Paleantropología, etc.

Tenemos así tres aspectos bajo los cuales puede estudiarse el hombre, es decir, tres ciencias con tres objetos específicos a las que, para evitar más confusiones, denominaremos *Antropología (lato sensu)*, *Etnología* y *Antropología física*.

¿Cómo se hallan vinculados entre sí estos aspectos del estudio del hombre en la realidad de los investigadores y de las instituciones científicas?

Prescindiendo de previsibles excepciones individuales, el panorama puede ser expuesto en términos nacionales, ya que las diferentes posiciones se vinculan íntimamente con las corrientes de pensamiento que predominan o predominaron en las grandes naciones cultas de Occidente. En los países de lengua alemana, aunque exista en algunos investigadores el deseo de mantener una expresión que incluya a todos los diferentes enfoques del estudio del hombre, *Antropología* se utiliza únicamente en el sentido de Antropología física y es colocada, como una especialidad de la Biología, dentro de las Ciencias Naturales. La ciencia del Hombre-cultura es rotulada generalmente con la expresión *Etnología* y se considera como parte integrante de las Ciencias del Espíritu. En la mayoría de las Universidades, la Antropología física se dicta en las facultades de Ciencias Naturales, la Etnología en las de Filosofía y Letras.

Esta neta división dentro de las Ciencias antropológicas en Alemania, sigue la tradición filosófica que desde fines del siglo pasado, tiende a separar y a considerar irreductibles, en cuanto a su objeto y a su metodología, a las *Naturwissenschaften* y a las *Kulturwissenschaften*. En Francia, por el contrario, donde han sido más vigorosas y duraderas las influencias del naturalismo positivista y materialista, *Antropología* se usa comúnmente en el sentido más comprensivo del estudio del hombre en todos sus aspectos; sin embargo, en la práctica, el estudio del aspecto cultural del hombre se distingue del físico mediante una adecuada terminología. Hay que observar además que una corriente de gran importancia, agrupada en torno a la revista "*L'Etnographie*", prefiere utilizar el término *Antropología* con la acepción restringida de

Antropología física.

En Italia, los nombres de las dos principales sociedades, "Istituto Italiano d'Antropologia" y la "Società Italiana di Antropologia e Etnologia" indicaría la coexistencia de dos distintas corrientes, la primera con tendencia a la unidad, la segunda propensa a una división de fondo, pero manteniendo aún entre el estudio del Hombre creador de cultura y el del Hombre-organismo una estrecha colaboración. Sin embargo, las denominaciones de las sociedades indican una divergencia ya superada más que un estado de hecho. En efecto, durante la Sesión de Antropología de la XXI Reunión de la Sociedad Italiana para el Progreso de las Ciencias (1932) se consideró que "... el actual desarrollo de las ciencias antropológicas ha conducido a una distinción fundamental universalmente reconocida entre Antropología y Etnología [cuyos] ... objetos ... requieren métodos y direcciones diferentes en la investigación ... y formula votos para que, en la enseñanza superior, las dos disciplinas, la Antropología y la Etnología sean impartidas separadamente". La moción fue aceptada y la Antropología se dicta hoy en día en las Facultades de Ciencias Naturales, mientras que las cátedras de Etnología y Paleontología integran las Facultades de Filosofía y Letras.

En Inglaterra y en EE. UU. prevalece la Antropología *lato sensu*, dividida en una rama zoológica y otra cultural, que se designan con las expresiones *Physical Anthropology*, y *Cultural Anthropology* o *Ethnology* respectivamente. Sin embargo, en la praxis de la investigación, la unidad de las Ciencias del Hombre queda simplemente como un *desideratum*. Apenas cabe decir que la enseñanza de la Antropología física y de la Antropología cultural se imparte en cátedras separadas, aún en las Universidades que tienen una Facultad de Antropología, como la de Oxford. Más importante es el hecho de que, en revistas como "American Anthropologist", las "Publicaciones de la Universidad de California en Antropología", el "Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland" y "Man", publican exclusivamente, o casi exclusivamente, trabajos de Etnología; por otra parte existen revistas dedicadas a la Antropología física, como el "American Journal of Physical Anthropology" que absorben la casi totalidad de la literatura especializada.

Este resumido panorama nos muestra con toda claridad las soluciones acerca de las vinculaciones de los tres aspectos del estudio del hombre se agrupan alrededor de dos diferentes posiciones doctrinarias: una que hace hincapié en el concepto del Hombre empírico y que sostiene,

en consecuencia, un término general para designar los que considera tan sólo distintos enfoques del estudio de ese objeto; otra, que considera el Hombre-cultura irreductible al Hombre-organismo; no sólo *in ratione cognitionis* sino también *in ratione obiecti* y opina, en consecuencia, que el estudio de la cultura requiere la aplicación de categorías de pensamiento y de métodos del todo diferentes de los que se manejan en el estudio del hombre como ser biológico. Es interesante observar que a esta última posición pertenecen también muchos autores que no tienen inconveniente alguno en mantener y utilizar un término general para designar los dos enfoques (*Antropología, Ciencias antropológicas*), pero que dan a esta designación el valor de un simple rótulo que, a lo sumo, expresa la necesidad de una cooperación entre dos diferentes órdenes de estudio, por el hecho de referirse ambos a un mismo objeto empírico.

¿Cuál de las dos posiciones nos conviene asumir para delimitar, aunque sea de manera provisional, lo que va a ser el objeto de nuestra investigación histórica? En primera instancia no hay una dificultad de principio en aceptar una expresión para denominar en general al conjunto de los estudios que giran en torno al objeto empírico *Hombre*, sea éste *Antropología* o *Ciencias antropológicas* o *Ciencias del Hombre*. Claro está que este término, por el hecho mismo de ser demasiado amplio, tiene dos inconvenientes. En primer lugar, que el concepto de una "Ciencia del Hombre" es etimológicamente equívoco, pues, si lo llevásemos a sus consecuencias extremas, deberíamos incluir en esta ciencia, —y con todo derecho—, a la Lingüística, la Historia, la Filosofía, con todas sus divisiones y ciencias auxiliares; en segundo lugar, el de hallarse estrechamente vinculado (como quedará demostrado en un próximo trabajo) a una corriente de pensamiento superada, que es el naturalismo (materialista y positivista), propio de la segunda mitad del siglo XIX.

Pero, aunque aceptemos el uso de un rótulo que comprenda los dos mencionados aspectos del estudio del hombre, esto no implica en absoluto una adhesión a la tesis de una unidad de fondo entre Antropología física y Etnología. En primer lugar porque, aún en los países que más insisten en la unidad terminológica y conceptual, Antropología y Etnología se hallan separadas en los hombres y en las instituciones de investigación. En segundo lugar, porque las corrientes más avanzadas de la filosofía moderna tienden a afirmar la independencia de las ciencias culturales y de las naturales y su irreductibilidad; esta irreductibilidad, en el campo de la Etnología, se ha demostrado prácticamente infinitas

veces, por la absoluta independencia con que se mueven, se entrelazan y se superponen raza, cultura y lengua, y además por los rotundos fracasos que siguieron a toda tentativa de establecer entre ellas alguna interdependencia necesaria. En consecuencia, Antropología física y Etnología son, y deben tratarse, como dos ciencias diferentes e irreductibles una a la otra, tanto en lo que se refiere a sus objetos como a su praxis metodológica. Naturalmente, esto no significa que la colaboración entre Antropología física y Etnología no pueda ser muy estrecha en determinados aspectos prácticos de sus respectivas investigaciones; es claro que un estudioso de la cultura no puede ignorar los problemas generales y especiales del hombre como organismo, pues las vinculaciones entre raza y cultura (vinculaciones a *posteriori*, se entiende) son de una importancia casi tan grande como las que existen entre lengua y cultura y los contactos entre las dos ciencias pueden ser provechosos para ambas. En todo momento la Antropología física puede cooperar de manera eficaz en la solución de problemas de orden cultural, manteniendo frente a la Etnología la posición de ciencia auxiliar; lo recíproco es igualmente válido. Véase, por ejemplo, las debatidas cuestiones acerca de la existencia de una cultura pigmoide, a la que se asociaría una raza humana pigmoide, caracterizada esencialmente por una baja estatura; en ellas, Antropología y Etnología colaboran pero, aún en este caso, la Antropología persigue su objetivo propio que consiste en averiguar si existe una *raza pigmida* mientras la Etnología se ocupa de averiguar si se da una *cultura pigmea*; si bien la realidad de una cultura pigmea representaría una importante ayuda para la demostración de la existencia de una *raza pigmida*, los resultados de la Etnología serían intransferibles a la Antropología, y viceversa. Podría muy bien darse el caso de que se demostrara la existencia de una cultura pigmea, pero ello no implicaría de por sí la existencia de una verdadera *raza pigmida*, o viceversa.

Acceptada en principio la idea de que Antropología y Etnología son dos ciencias distintas, con distintas metodologías y problemática, deberíamos poder definir las. La definición de Antropología física no presenta dificultades: *es la rama de las ciencias biológicas que se ocupa del grupo sistemático, cualquiera sea su rango, denominado "Homini-dae"*, y con esto quedan aclarados automáticamente su método y sus límites, que serán los de las ciencias naturales. Pero mucho más difícil resulta definir a la Etnología y puntualizar su ámbito, su método y sus fines; a ello podemos acercarnos tan sólo a través de la historia de la teoría etnológica, ya que, como ocurre para toda ciencia del espíritu, la

definición profunda de la Etnología se halla en la conciencia de su hacerse. Por ahora tendremos que contentarnos con una definición parcial y práctica que se base en un acuerdo general sobre un *minimum* de campo de acción, cuya delimitación tenga presente la extensión *efectiva* del material que abarcan los etnólogos en la práctica de sus investigaciones.

En su sentido más amplio, la Etnología es *el estudio de la cultura humana, en el presente y en el pasado*. Pero esta definición choca con dificultades del todo semejante a las que evidenciamos a propósito de la Antropología *lato sensu*, y se halla muy lejos de ser aceptada universalmente. En su definición más reducida, la Etnología es, como sugiere su étimo, el estudio comparado de los pueblos. Pero ¿de qué pueblos? y ¿en cuál de sus aspectos?

A este doble interrogante contesta la misma praxis de la investigación etnológica; por un lado ésta se dirige masivamente al estudio de los pueblos primitivos, salvajes, naturales, o como quiera que se denominen esos grupos humanos que se hallan fuera de la órbita de nuestra civilización y de las civilizaciones históricas más inmediatamente vinculadas con ésta; por el otro, la investigación etnológica, cuando se ocupa de los pueblos primitivos, se interesa esencialmente por su *manifestaciones culturales*, describiéndolas, clasificándolas y comparándolas. Finalmente, si bien ningún etnólogo renuncia en teoría al estudio de las culturas de los pueblos civilizados y provistos de una historia escrita, en la práctica el trabajo sobre la mayoría de ellos ha sido absorbido, desde hace tiempo, por la Historia, la Historia del Arte, de las Religiones, de la Filosofía, el Derecho Comparado, etc.; estas ciencias, por su parte, muy raras veces traspasan la línea espacio-temporal determinada por el invento de la escritura, dejando a un lado el inmenso sector de la humanidad que no ha gozado de dicho invento y a los bienes culturales que han sido conservados a través de la tradición oral.

Sin embargo, tampoco puede conformarnos la definición de Etnología como ciencia de las culturas de los pueblos ágrafos; es evidente que la presencia o ausencia de la escritura no delimita con exactitud el campo de la investigación etnológica, ya que existen pueblos con escritura que son estudiados etnológicamente; por ejemplo los del Imperio Etíope, el antiguo Japón, los pueblos civiles de Insulindia, etc. Debemos entonces ampliar algo los límites del terreno etnológico superando el confín determinado por la calidad de "ágrafo", que sería arbitrario y ficticio. Quizás puede ayudarnos en este aspecto el hecho de tomar conciencia de la *actitud existencial* de nosotros, como etnólo-

gos, frente a nuestro objeto; actitud que siempre involucra una oposición entre *mi yo*, como participante de un mundo cultural que considero representante de la "civilización" por excelencia, frente a un mundo cultural que me resulta extraño. Esta posición lleva consigo, seamos o no conscientes de ello, la adopción de una actitud de carácter valorativo, que acompaña necesariamente nuestra situación de sujetos juzgantes frente a una cultura o a una forma cultural objetivada, que representa el objeto juzgado. La conciencia de esta actitud existencial puede darnos además una razón del límite fluctuante del campo de la etnología, que cruza a veces a través de los mismos pueblos civilizados de Europa, cuando consideramos su cultura-folk en su conjunto y la hacemos objeto de una rama de la investigación etnológica, o cuando incluimos en ésta investigación determinados aspectos aislados de la cultura de pueblos civiles, tales como la magia, las supersticiones, etc., y las comparamos con análogas manifestaciones de los primitivos. Tanto en el primer caso como en el segundo, es fácil comprobar que lo que cae bajo la investigación del etnólogo, es el conjunto de todos esos aspectos de la cultura humana que no se vinculan directamente (o que menos directamente se vinculan) con las formas cultas de la cultura occidental y, especialmente con sus categorías lógicas y axiológicas.

En base a estos hechos creemos que no hay inconveniente en aceptar como definición mínima y provisoria de la Etnología, en cuanto a su ámbito, la de "*estudio de los pueblos y de las culturas bárbaras*", tomando la expresión "bárbaro" con su acepción originaria griega, que involucra la oposición consciente entre un espíritu civilizado y otro que no lo es, por lo cual las formas culturales de este último son objetivadas y reducidas a material de juicio.

LOS MOMENTOS IDEALES DEL ESTUDIO ETNOLÓGICO

Objetos de la Etnología son, por lo tanto, los pueblos y las culturas bárbaras. Si examinamos ahora las maneras en que el espíritu enfrenta a estos objetos, tanto en el presente como a lo largo del devenir de la cultura occidental, vemos que ellas pueden reducirse a tres: su conjunto representa algo así como una tríada dialéctica, cuyos dos primeros integrantes se superan uno al otro y se fusionan en una síntesis más profunda representada por el tercero. Llamaremos a estas formas del estudio etnológico *momentos ideales*. Momentos, pues se suceden lógicamente uno al otro; ideales, pues su sucesión no es cronológica, ya que acompa-

ñan al estudio de los bárbaros desde sus comienzos hasta el día de hoy, y su integración constituye la condición necesaria para su completo conocimiento. A la primera forma la denominamos *momento especulativo* de la Etnología. En ella, el espíritu parte del supuesto que la cultura no fue siempre como en la actualidad; de ahí la existencia en tiempos remotos, de una forma de vida humana distinta de la actual y las tentativas de reconstruirla. La reconstrucción se hace mediante la especulación pura, *invirtiendo* determinados aspectos de la civilización contemporánea y proyectando en el pasado sus opuestos o su no presencia: así, por ejemplo, al uso del fuego se contrapondrá y se hará preceder el desconocimiento de este invento; a las relaciones sociales, el estado "natural" del hombre; a la creencia en Dios, el ateísmo; al monoteísmo el politeísmo, etc. Por otra parte, un análisis comparativo de estos resultados evidencia que el momento especulativo de la Etnología tiene sus raíces y su columna vertebral en los mitos de origen de la humanidad; en efecto, toda reconstrucción especulativa de antiguos estadios de cultura se halla impregnada de material mítico y, las más de las veces, se resuelve en una tentativa de racionalizar relatos mitológicos.

En contraposición al momento especulativo, en que el espíritu *crea*, por así decir, su objeto (verbigracia la cultura bárbara), se halla el *momento heurístico* de la Etnología. El espíritu procede a reconocer objetivamente las culturas de los pueblos bárbaros: las describe, busca la vinculación y la integración de sus elementos, las compara y las clasifica.

La tercera forma, o *momento histórico*, representa la síntesis y la integración de los dos precedentes. Partiendo de la base especulativa de que existe una línea de devenir de la cultura humana, que va desde un estado diferente del actual a éste, el espíritu injerta en dicha línea a los pueblos bárbaros del presente, considerando sus manifestaciones culturales como supervivencias de épocas superadas dentro de ese devenir. De ahí que las culturas de los pueblos bárbaros, objetivamente, sincrónicas, sean diacronizadas, y todo, o parte, del mundo barbárico sea integrado en la historia de un pueblo, de una civilización o de toda la humanidad.

El aspecto teórico de la Etnología se agota en los momentos ideales que hemos enumerado. Pero, el espíritu emite siempre, conscientemente o no, una serie de juicios de valor acerca de las culturas bárbaras en base a categorías axiológicas, que son propias del momento histórico en el que el juicio es formulado, o bien, de determinadas posiciones religiosas o dogmáticas. Frecuentemente, este *momento valorativo*,

legítimo en sí como manifestación de la actividad práctica del espíritu, interfiere en los enfoques puramente teóricos de la Etnología y es la causa de los resultados dispares a los que este momento, de por sí solo, arriba.

EL ESTUDIO DE LOS BÁRBAROS EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Para que haya ciencia es necesario, en primer lugar, que haya una oposición consciente entre un sujeto y un objeto. En consecuencia, para que haya ciencia etnológica es necesario una oposición consciente del espíritu civil y racional frente al mundo bárbaro. Estas consideraciones nos ahorran la búsqueda de los antecedentes más remotos de la Etnología y nos evitan perdernos en los laberintos de un relativismo ingenuo. El salvaje que narra, riéndose, las costumbres de un grupo foráneo, contrariamente a lo que afirma K. Birket Smith, no es un etnólogo y ni siquiera un etnógrafo; de la misma manera, no son prehistoriadores el sacerdote y el poeta que consignan el mito de las Tres Edades del hombre. Para nuestro mundo occidental los Periplos y los relatos de viaje de los griegos —con sus narraciones ocasionales de las costumbres de los pueblos bárbaros de la cuenca del Mediterráneo y de las costas atlánticas de Europa— constituyen los ejemplos más antiguos del momento heurístico de la etnología.

En Herodoto, y especialmente en Tácito, la mera descripción de elementos culturales desligados, da lugar a una tentativa de integrarlos en un todo funcionalmente armónico. Contrariamente a lo que ocurre en los Periplos y en los relatos, en que los hechos culturales se presentan sin ningún orden, y la selección de los rasgos se hace en base a criterios arbitrarios; en la "Germania", la exposición intenta amoldarse casi siempre a la vinculación funcional de un rasgo o de un complejo de rasgos con otro. Vemos, por ejemplo, que a la descripción de los recursos naturales del país, en que se menciona la escasez de los metales, en especial del hierro, sigue la enumeración de las armas; a ésta, una breve exposición de la organización táctica, a la que se relacionan la posición y las atribuciones de los reyes. Es cierto que las vinculaciones funcionales son a veces un tanto artificiosas y tienen el fin puramente literario de dar organicidad y continuidad al relato; pero no es menos cierto que la conciencia de la integración funcional de la cultura se halla muy clara en Tácito, y que, en la mayoría de los casos, esta integración es percibida correctamente. De ahí que la "Germania" se nos ofrezca como un relato unitario, que refleja perfectamente la unidad y la integración de la cultura; y que

ésta se nos presenta en Tácito, no ya como un conjunto de rasgos expuestos sin orden o agrupados en unidades y subunidades de carácter empírico, sino como una sucesión lineal de rasgos integrados en complejos funcionales.

El momento heurístico de la "Germania" no se limita tan sólo a la descripción objetiva, pues incluye además algunas interesantes tentativas de comparación etnográfica. Tácito, por ejemplo, identifica el dios Wodan con Mercurio, Donar con Hércules, Tiu con Marte, Frigg, esposa de Wodan, con Isis. Si estas identificaciones responden tan sólo a la necesidad de dar un nombre latino a las divinidades germanas, o bien si Tácito tiene conciencia de una identidad de fondo entre los dioses germanos y los latinos, es una cuestión difícil de resolver: el sincretismo de las divinidades romanas con las extranjeras fue cosa común, aun fuera de la línea evehemerista, aunque a veces se realizó caprichosamente y en base a analogías puramente exteriores; pero no cabe duda que las vinculaciones históricas de la mayoría de los dioses latinos con muchas divinidades de los demás pueblos indoeuropeos es un hecho comprobado, y que, en algunos casos, el sincretismo de los antiguos ha anticipado las investigaciones eruditas de la moderna ciencia comparada de las religiones. Otro atisbo de comparación etnológica lo tenemos a propósito de la cuestión (que Tácito deja sin solucionar) de si los Peucinos, Vénedos y Fenos deben incluirse en los Germanos o en los Sármatas; en esta oportunidad Tácito sugiere la posibilidad de que los Peucinos sean germanos, ya que se acercan a ellos por la lengua, los vestidos y las viviendas fijas. En cuanto a los Vénedos, afirma que han tomado mucho de los Sármatas pero que "Es más oportuno incluirlos entre los Germanos porque construyen viviendas fijas, llevan escudos, aman marchar y rápidamente: diferentes en todas estas cosas de los Sármatas, que viven en el carro o a caballo".

En relación con los extensos conocimientos poseídos por los antiguos acerca del cinturón de pueblos bárbaros que rodeaba el Mediterráneo, el momento especulativo de la Etnología es entre ellos muy débil. Las distintas corrientes filosóficas presocráticas, anteriores a los sofistas, dirigen su interés hacia la especulación naturalista y cosmológica; su tarea esencial consiste en la destrucción, o en la racionalización de las cosmogonías clásicas; como consecuencia, provocan la disolución de las antropogonías de carácter mítico sin sustituirlas por ningún relato de orden histórico. Por este motivo, los sofistas, en su valoración de la subjetividad y del hombre (propia de su polémica con la ciencia presocrática) encuentran *tabula rasa* con respecto al problema de los orígenes

de las instituciones humanas. Y este problema se les presenta necesariamente cuando se abocan a la crítica de las creencias religiosas que se escudan tras de la antigüedad y de la tradición. En los principales sofistas, Protágoras, Gorgias, Pródicos, Hipias, se ofrece el siguiente razonamiento: dado que las opiniones religiosas varían de un pueblo a otro, es evidente que ellas no están basadas en la naturaleza de las cosas, sino en la naturaleza humana; para entender cómo unas pocas gentes habilidosas pudieron imponerlas a la muchedumbre (motivo éste, típicamente sofista, vinculado con el concepto de verdad como opinión satisfactoriamente demostrada), es necesario que ésta fuese moral e intelectualmente inferior. Este razonamiento de carácter general, se concreta en Critias, en una afirmación concreta: "Hubo un tiempo en el cual, sin leyes, sin frenos y sin moral, el hombre obedecía a la fuerza bruta". Más tarde, sobre este desorden primitivo, se impuso, por obra de unos pocos, la legalidad, que puso fin a los desórdenes aparentes, pero que fue impotente frente a las injusticias ocultas. "Fue entonces cuando un mortal de ingenio hizo creer en los dioses". Aparece así, en oposición a la idea mítica de una primitiva Edad de Oro, la teoría de la *barbarie primitiva de la humanidad*.

La teoría de la barbarie se continúa en el epicureísmo; luego de haber sido expuesta por Epicuro en una de sus cartas, es retomada y ampliada por Lucrecio. El "*De rerum natura*" describe con detalle las condiciones de la humanidad originaria apenas surgida de los "úteros de la tierra"; traza luego un bosquejo de la evolución gradual de las costumbres, de la sociedad, de la economía y de la ergología hasta las épocas históricas; el estado de bestialidad originaria es reconstruido por el autor en base a analogías con la vida de los animales y a la sustracción de los elementos culturales que son patrimonio de la humanidad civil.

En la Antigüedad, el momento histórico de la Etnología es muy débil. El concepto de ciencia propio del espíritu griego (conocimiento de lo Absoluto) no animaba al planteamiento de una problemática de lo contingente; y así eran considerados los hechos de la Historia y el problema de los orígenes. La diacronización de los elementos culturales y de las culturas sincrónicas, se nos ofrece tan sólo en atisbos. Los filósofos griegos conocían las concepciones del mundo de los bárbaros a través de las Teogonías, las Historias, los Relatos y los Periplos: por lo tanto, no podían ocultarse que, frente al pensamiento griego, se extendía el maremagnum de las opiniones de los pueblos bárbaros y de los mismos griegos primitivos. Es Platón quien, por primera vez, intenta una

síntesis de estas diferencias, considerando a las religiones bárbaras y a las griegas como representantes de momentos cronológicos diferentes. Así, en el "Cratilo" afirma: "Me parece que los antiguos griegos han reconocido exclusivamente esos dioses que veneran hoy en día numerosos bárbaros, el sol, la luna, la tierra, los astros y el cielo". El principio de diacronización, aplicado por Platón a la cultura bárbara con respecto a la griega, es retomado por Aristóteles, quien diacroniza entre sí las mismas manifestaciones culturales de los griegos. Leemos en la "Metafísica": "Estas doctrinas religiosas de nuestros antepasados, han sido conservadas hasta el día de hoy como venerables fragmentos. Es allí, por lo menos, que en esa medida restringida, nos aparecen, con alguna claridad, las creencias de nuestros padres y las tradiciones de los primeros humanos".

Es claro que, en la medida en que un pensamiento aislado puede compararse con todo un cuerpo de doctrina, Platón debe considerarse el iniciador de la Etnología histórica y Aristóteles de esa especial disciplina etnológica que es el Folklore.

EL ESTUDIO DE LOS BÁRBAROS EN EL PENSAMIENTO CRISTIANO (Patrística y escolástica)

Pasada la época de las grandes invasiones y asentados los germanos en Europa, el mundo mediterráneo se encierra en sí mismo y los contactos de los cristianos occidentales con los pueblos bárbaros, que han quedado fuera de los límites de la civilización cristiano-germánica, se reduce a un mínimo. El declinar general de la cultura hace que las noticias relativas a viajes de misioneros y mercaderes no se difundan, por lo general, más allá de los límites que les permite el relato verbal. El interés especulativo de la Patrística sigue las líneas judaica y neoplatónica y desplaza el pensamiento filosófico hacia los problemas religiosos. Por este motivo, cierto interés etnológico recae también sobre el aspecto religioso de las culturas bárbaras, que el pensamiento cristiano coloca ahora en el mismo plano que las religiones paganas de la antigüedad.

Uno de los problemas de la Patrística consistía en conciliar la intransigencia del Cristianismo, que se presentaba como única religión verdadera, con su aparición tardía en la historia de la Humanidad. La solución sincretista, por medio de la cual los paganos podían conciliar entre sí todas las religiones, no era viable para el pensamiento cristiano,

pues éste consideraba a las otras religiones (con excepción de la judía), no ya como diferentes aspectos o manifestaciones de una única verdad, sino decididamente como *falsas*. Por tal motivo, la polémica ortodoxa en contra de los neoplatónicos y de los gnósticos, quienes justamente se inclinaban hacia el sincretismo, debía trascender necesariamente el campo teológico, pasar al histórico y tomar en consideración tanto el problema de los orígenes como el del devenir más antiguo de las religiones.

El planteamiento en términos históricos de las vinculaciones entre el cristianismo y las otras religiones, puede ser ejemplificado por las ideas de Eusebio de Cesárea. Según Eusebio, no habría sido posible proponer a la humanidad el Cristianismo, antes que sus costumbre bestiales hubiesen sido corregidas gradualmente por obra de Moisés y de los Profetas. Esta tesis implica evidentemente admitir la existencia de una antigua humanidad, inculta y bestial, que evoluciona luego, gradualmente, hacia un estado de mayor perfección; estado que la hace finalmente susceptible de recibir la Civilización por excelencia, personificada en la Ley de Cristo. Claro está que la etapa bestial del hombre podía ser considerada todo lo antigua que se quisiera, pero, de ninguna manera originaria, ya que esta idea habría sido del todo incompatible con el dogma de la Revelación primitiva; y Eusebio postulaba, en efecto, una perfección originaria de la humanidad, a la que habría seguido una degeneración, llegando de tal forma a concebir un ciclo histórico que se hallaba en pleno acuerdo con el texto de las Sagradas Escrituras. En base a lo expuesto, es claro que el momento especulativo de la Etnología vuelve en la Patrística, a través de la tradición Bíblica y Mesianica, a la tesis mítica de las Tres Edades del hombre: una revelación primitiva, que corresponde a la Edad de Oro, la pérdida de la Gracia y la consiguiente degeneración, que es homóloga a la Edad de la Plata, y la segunda Revelación, que equivale al resurgir de la humanidad en la Edad del Bronce.

A pesar de que no se halla en la obra de Eusebio una formulación explícita de principios etnológicos, su concepción de la historia de la religión implica necesariamente una diacronización de culturas, es decir, la aplicación del momento histórico de la Etnología. En efecto, el estado precristiano de la humanidad sobrevive en todos aquellos pueblos que el Cristianismo aún no ha tocado; sus exponentes son justamente los bárbaros, quienes de tal manera, se hallan idealmente diacronizados con respecto a la civilización cristiana, pues ésta representa la etapa final de un proceso histórico en cuyo desarrollo ellos aún se encuentran.

Si en Alta Edad Media el estudio de los bárbaros puede reducirse a su momento especulativo, la situación cambia después de la segunda mitad del s. XIII; los factores que determinan este cambio son la renovada unificación del Mediterráneo por obra de las Cruzadas y la exploración misionera del medio y lejano Oriente. La expansión de los Mongoles y su llegada a Asia Menor, introducen un nuevo elemento en la política cristiana en el Oriente mediterráneo. La benevolencia de estos nómadas paganos hacia el Cristianismo y su hostilidad hacia el Islam, hacen nacer en los occidentales la idea de cautivarse su simpatía para utilizarlos en contra de los Turcos. Es así como, en 1244, Inocencio IV encarga a cuatro religiosos la misión de viajar a las tierras de los Mongoles para recoger noticias acerca de ellos que incluyeran datos referentes a su organización política, sus costumbres y su religión. De los cuatro viajeros, Ascelín y Simón de St. Quintín alcanzan el Turkestán, Juan Plano del Cárpino y Benito de Polonia llegan hasta el Karakorum. St. Quintín y del Cárpino publicaron sendos relatos que se conocieron, el primero por un extracto de Vicente de Beauvais y el segundo, a través de su edición completa bajo el título de "Historia Mongolorum".

A los cinco años de la partida de esta primera misión, San Luis de Francia confía una tarea análoga al dominico Andrés de Longjumeau y, en 1253, a Guillermo de Ruysbroek, quien llega a Batu y al Karakorum y escribe a su vuelta un relato, que es mencionado en un cita de Roger Bacon. Posteriormente a la aparición de la obra de Marco Polo (1274), el franciscano Juan de Montecorvino parte para una misión en extremo Oriente y reconoce Armenia, Persia, India y China. Aun más amplios fueron los recorridos de Oderico da Pordenone, quien viaja a través de Asia Menor, el Kurdistán, India, Archipiélago de la Sonda, China meridional y Tibet, y de Jordán Catalán, quien alcanza las costas del Malabar (1330).

La importante documentación recogida por los misioneros y viajeros al Oriente habría sido suficiente para constituir una sólida base para un estudio profundizado del mundo barbárico. La calidad de las informaciones era por lo menos tan buena como la de los relatos que se escribirán en ocasión de los viajes marítimos a las Indias y a América, y quizás la aventajaba en algunos aspectos. En efecto, el nivel cultural de los misioneros era en general superior al de la mayoría de los viajeros y militares que escribirán los primeros relatos sobre el Descubrimiento y la Conquista; por otra parte, su trato amistoso con los orientales y su propósito declarado de comprender su vida y sus instituciones, hicie-

ron de ellos unos informantes imparciales y profundos, por lo menos tanto cuanto lo consentía el espíritu de su época. Sin embargo, ni la cantidad de la documentación, ni su calidad fueron capaces de despertar un interés teórico profundo en el mundo occidental; ni siquiera esta información se difundió lo suficiente como para hacer desaparecer de la bibliografía de la época las noticias relativas a pueblos monstruosos o extraordinarios, que la fantasía de los antiguos colocaba en esas mismas regiones que los misioneros terminaban de abrir para el mundo occidental. El acentuado interés especulativo del predominante pensamiento escolástico, el concepto aristocrático de ciencia como ciencia de lo Absoluto, el primado de la Teología especulativa en los estudios superiores eran todos factores que no favorecían el interés hacia los pueblos bárbaros, ni siquiera desde el punto de vista de sus religiones. Por este motivo, el momento heurístico de la etnología se ve representado tan sólo por unas escuetas recopilaciones en las cuales la documentación de los misioneros penetra casi siempre de segunda mano. De este carácter es el bosquejo de los tipos de idolatría en la *"Summa Theologica"* de Santo Tomás y la clasificación de las religiones en el *"Speculum Doctrinae"* de Vicente de Beauvais, en la que las religiones de todo el mundo son reducidas a cinco tipos principales: la de los Paganos o Fetichistas, la de los Idólatras (que incluye a los Budistas), la de los Tártaros, Sarracenos y Musulmanes, la de los Judíos y la de los Cristianos. La disposición de estos tipos en una escala de perfección ascendente no se basa en ninguna idea de evolución sino que representa tan sólo una adaptación de los hechos a la teoría degenerativa de la Patrística, teoría que, en la Escolástica, sigue dominando en el momento especulativo de la Etnología. A esta tesis se agrega, siempre en el campo de la religión, la ya conocida teoría de la influencia del Demonio como causa de la degeneración del estado de Revelación primitiva; además, la tesis de la condescendencia divina, que habría permitido una lenta preparación para la Revelación Cristiana.

Si la contribución de la Edad Media al devenir de la Etnología se limitara a los hechos que hemos expuesto, deberíamos reconocer que el estudio de los bárbaros durante este período, no sólo no habría superado al de la Antigüedad, sino que estaría francamente por debajo de éste. El aporte documental acerca de los bárbaros orientales no llegó a despertar un verdadero interés en la ciencia medieval; las comparaciones de carácter étnico no alcanzan en ningún caso la calidad de las de Herodoto o Tácito; el momento especulativo de la Etnología se halla entreverado con una concepción mítica de la historia humana que no

lo hace susceptible de ningún desarrollo. Sin embargo, es justamente a través del planteamiento especulativo que el pensamiento cristiano medieval aporta su importante contribución a la Etnología. En efecto, la especulación y, podríamos decir, el mito cristiano de los orígenes, se plantea ahora con carácter ecuménico: el problema de los orígenes se soluciona, no solamente en función de un pueblo determinado, sino en función de toda la humanidad. En los griegos el tema mítico de las Tres Edades era aplicable a los griegos solamente; en Eusebio incluye y contempla a todos los hombres. Por primera vez el problema de los orígenes y de la historia primitiva de la humanidad es el problema del Hombre en universal, y no de un grupo de hombres, circunscripto a los límites de una nación o de una civilización. La idea de humanidad como *una* en el espacio y en el tiempo, y la de la historia como historia común de todos los hombres, estará, de aquí en adelante, en la base de todas las manifestaciones del momento especulativo y del momento histórico de la Etnología.

LA ETNOLOGÍA DE LA ÉPOCA DE LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS

Durante el transcurso de los siglos XV y XVI el mundo bárbaro se ensancha en una medida que no tiene precedentes en la historia de la humanidad. Las noticias acerca de los pueblos del Nuevo Mundo llegan al erudito europeo bajo la forma de relatos, informaciones, cartas, crónicas. La mayoría de las fuentes de primera mano relativas al Descubrimiento y a la Conquista, pertenecen al género propio de los Periplos y relatos de la Antigüedad, e incluyen, como aquéllos, noticias de índole muy variada: geográficas, náuticas, y también etnográficas. Sin embargo, en comparación con todas las informaciones anteriores de ese tipo, ofrecen una gran ventaja: la de referirse a pueblos acerca de los cuales las Autoridades de los antiguos son mudas. En consecuencia, no se nota en estas fuentes el esfuerzo por encontrar compromisos con los prejuicios de la ciencia tradicional, frecuentes en toda la literatura medieval, sino simplemente el de describir lo que se ve. Esta situación hace que muchos de los trabajos de las primeras generaciones de exploradores y conquistadores se caractericen por una observación aguda y por descripciones de hechos etnográficos que son bastante exactas, aun desde nuestro exigente punto de vista moderno.

También comienza a notarse en muchas de las fuentes un afán de precisión y de objetividad, que va haciéndose cada vez más apremiante,

y que culminará en las informaciones jesuíticas del siglo XVIII, verdaderos modelos en su género. Un ejemplo de recolección crítica de material etnográfico es dado por Bernardino de Sahagún. Este culto prelado, para obtener sus datos, se dirige a los mismos indios; busca informantes fidedignos, quienes diariamente le brindan explicaciones que anotan con una serie de pinturas; al lado de éstas, indios ya instruidos consignan anotaciones en nahuatl. El texto pictográfico y el nahuatl son dispuestos en una columna, al lado de la cual figura otra con su traducción castellana; una tercera recibe las interpretaciones de las palabras nahua. Completan la obra un estudio gramatical y un diccionario.

Más importante aun, dentro del momento heurístico de la Etnología, es el esfuerzo por captar las culturas bárbaras en su totalidad, esfuerzo que se nota tanto en muchas de las fuentes de primera mano como en las obras de recopilación. En efecto, más que los detalles de la Conquista —pequeños episodios frente a la compleja historia política europea de la época— interesaba conocer cómo vivían los indios, cuál era su organización política, su religión, su *ergología*, sus costumbres. Y esto hace que, a la narración de las empresas militares y de colonización, se superponga y se mezcle la descripción o el bosquejo de la cultura indígena. El mismo hecho (que tantas veces ha sido criticado), de interpretar la cultura india a través de las costumbres y de las instituciones políticas europeas, contribuye en gran medida a su comprensión más cabal y profunda. El bárbaro, a través de su adaptación (aunque sea forzada) a un molde occidental, se humaniza; por ejemplo, la distorsión que Garcilaso hace sufrir al régimen incaico para amoldarlo a un modelo ideal de estado occidental, es justamente el marco que permite al pensamiento occidental separar a los indios del Perú del nebuloso concepto de "salvajes" y reconocerles la autonomía de pueblo o de nación, caracterizados por un gobierno, por una economía y por una religión determinada. La tendencia misma de relacionar la historia de los indígenas americanos con la más antigua historia del mundo occidental (aunque de manera arbitraria), propia de casi todos los cronistas mayores, no es, en el fondo, sino un esfuerzo para integrarlos en la Humanidad como conjunto, en base a la ya mencionada idea cristiana de la Humanidad como un todo en cuanto a sus orígenes y a su destino.

Frente a estos aspectos positivos, las fuentes del Descubrimiento y de la Conquista ofrecen también un sinnúmero de aspectos negativos que empañan y, a veces, neutralizan sus méritos. El más grave de todos es, sin duda, la tendencia a destacar en los pueblos aborígenes los elementos que mayormente los diferencian de los europeos, y en especial

aquellas costumbres que podían parecer al lector occidental más extrañas, curiosas o terroríficas: en una palabra, el afán de destacar y subrayar *lo maravilloso*. Esta tendencia implica necesariamente el descuido de aquellos aspectos de las culturas bárbaras que más se acercan a lo conocido, tales como la vida diaria, las instituciones familiares, etc.; también es frecuente el empleo de una pizca —o de un puñado— de fantasía, con el fin de realzar aun más lo maravilloso del relato. Todo esto lleva consigo el peligro de ofrecer a los lectores descripciones de culturas más cercanas a la caricatura que al retrato objetivo. En verdad, son pocos los autores, aun los más cotizados, que no adolezcan, en mayor o menor grado, de la tendencia a lo maravilloso; claro está que un mayor nivel de cultura o lo escueto del relato representan, por lo general, un freno; pero cuando éstos faltan, surge de inmediato el afán de un lucimiento barato y aparecen entonces relatos como el de Staden, cuyo título "Vera Historia y relato de un viaje al país de las salvajes, feroces, desnudas gentes devoradoras de hombres en el Nuevo Mundo América" es de por sí todo un programa. A pesar del prestigio que goza la "Vera Historia" como fuente para la etnografía Tupí, el crítico imparcial ve claramente que toda la cultura Tupinamba está allí enfocada desde el punto de vista del relato de las prácticas canibáticas y vista en función de éstas.

Pero, aun cuando la fuente puede considerarse relativamente perfecta en cuanto a la objetividad y el equilibrio de la información, casi nunca trasciende en ella un interés teórico acerca de los bárbaros y su finalidad no excede por lo general, del simple pragmatismo: entretener e instruir a los lectores, preparar la penetración europea en el Nuevo Mundo, justificar la Conquista. En el primer caso el bárbaro es un simple objeto de curiosidad y el autor reúne y expone sus costumbres con el mismo género de afán y de prolijidad con que el coleccionista junta y exhibe sus piezas; tales son, por ejemplo, el relato de Pigafetta y el de Staden. El fin pragmático dirige también casi todos los relatos de los eclesiásticos; el interés de los misioneros acerca de las costumbres religiosas de los indígenas tiene su razón de ser no tanto una preocupación teórica hacia ellas —consideradas en bloque, falsas o imperfectos ecos de la Revelación—, sino que tiene la finalidad principal de preparar el camino para la obra de evangelización; y es por este mismo motivo que se multiplican las gramáticas y los "Tesoros" de las lenguas indígenas.

La tercera finalidad práctica propia de las fuentes del Descubrimiento y de la Conquista, la justificación jurídica de esta última, puede ser ejemplificada por la "Historia Indica" de Sarmiento de Gamboa

quien, a través de un relato tendencioso de la historia y de la administración incaica, afirma el defecto de derecho de la soberanía Inca y, en consecuencia, la legitimidad de su desposesión por parte de los reyes de España. Igualmente se halla dentro de la línea pragmática la nutrida serie de obras destinadas a exaltar a los Indios con el fin, entre otros, de obtener para ellos las provisiones necesarias por parte de la Metrópoli: tales son, por ejemplo, los "Comentarios Reales" de Garcilaso o la obra de Guaman Poma de Ayala "Nueva Crónica y Buen Gobierno", que distorsionan la historia y el régimen incaico en sentido opuesto al de Sarmiento con el fin de exaltar al Incanato.

El pragmatismo de la literatura y su tendencia hacia lo maravilloso y lo sentimental demuestran que el imponente conjunto documental del Descubrimiento y de la Conquista no ejerce un interés profundo en la cultura europea, en la cual no se despierta aun una verdadera inquietud teórica hacia el bárbaro. El desinterés teórico de Occidente hacia la humanidad que sale de la órbita de la Antigüedad Clásica y del Cristianismo es tal vez mayor en esta época que durante la Edad Media. El Humanismo y la Reforma han estimulado la investigación religiosa, histórica y artística y han polarizado en ellas su atención. Pero el Mundo antiguo redescubierto hace despreciar o pasar bajo silencio al Nuevo Mundo. El Humanismo, enamorado del clasicismo, rechaza a las culturas bárbaras, la Reforma se desinteresa para con sus religiones en grado aun mayor que el Catolicismo quien, por lo menos, debía mantener con ellas cierto contacto a causa de su obra de evangelización. El Humanismo se dedica a la investigación de las instituciones civiles y religiosas de la Antigüedad que las búsquedas eruditas van desenterrando del polvo de los siglos; el Protestantismo polemiza con el "pagano-papismo" indicando con escándalo a los fieles todo lo que de pagano ha penetrado en el espíritu y en la liturgia del Cristianismo medieval. Conocidos tan solo como curiosidades, no utilizables en las grandes polémicas de la época, remotos en el espacio y en el espíritu, los bárbaros quedan a un lado, rechazados por una problemática y por inquietudes que aún no encuentran en ellos ninguna afinidad.

LA EDAD CARTESIANA

A lo largo del siglo XVII la especulación filosófica se dirige casi exclusivamente hacia los problemas del método científico y hacia la teoría de las ciencias a cuyos objetos dicho método se considera aplica-

ble. El interés hacia el hombre y su problemática histórica sufre una fuerte disminución con respecto al del Renacimiento y del Humanismo. La negación de la Historiografía como ciencia por Descartes y su reducción a simple empiria por Bacon, son expresiones claras del espíritu de la época frente al problema del hombre. Sin embargo, dentro de la actividad humanística de la Edad Cartesiana, va perfilándose una inquietud de llevar también al campo humano métodos que garanticen los resultados de las investigaciones, el desarrollo del método comparativo es el indicio más evidente de esta disposición. Juntamente con los estudios comparativos, van haciéndose más frecuentes los trabajos de recopilación, así en el campo propiamente histórico como en el etnográfico, y en este último, comienza a aprovecharse el abundante material que las exploraciones de América y Asia van brindando a la creciente curiosidad del mundo occidental. El progreso mismo de la heurística despierta algunos problemas etnológicos concretos que surgen de la comparación y estimulan las confrontaciones cada vez más vastas. Entre las recopilaciones de materiales etnográficos de la época recordamos la obra de A. Ross "Revista de todas las religiones del mundo", editada en 1653, y la de Jovet "Historia de las religiones de todos los reinos del mundo", que apareció entre 1676 y 1680. No puede olvidarse la vasta obra de erudición del P. Atanasio Kircher, interesante figura de coleccionista de documentos originales, relatos de misioneros y piezas raras.

El desarrollo del momento heurístico de la Etnología se integra con un interés más profundo hacia los pueblos bárbaros, que se manifiesta en planteamientos de carácter histórico. Se producen así unos atisbos del momento histórico que van preparando el gran desarrollo del mismo durante el siglo XVIII.

Es así que, casi como para probar sus fuerzas, el momento histórico de la Etnología se concreta en un problema particular, provisto de un fuerte matiz teológico, pero vinculado íntimamente a los materiales aportados por la época de los Grandes Descubrimientos: las relaciones *ab origines* de los pueblos bárbaros con la humanidad redimida por el cristianismo. El problema se había planteado concretamente con el descubrimiento de América y tenía amplias proyecciones políticas: ¿los Indios debían considerarse *hombres*, —en el sentido ortodoxo de esta palabra—, es decir descendientes de Adán y Eva, tal como lo eran los habitantes del Viejo Mundo? y, de ser así, ¿cómo podía explicarse su presencia en un continente que se consideraba completamente desvinculado de aquél, por lo menos hasta donde llegaba la memoria histórica?

El doble interrogante es contestado con elegancia por la teoría que vincula el origen de los Americanos a los Judíos bíblicos. Hennepin se esfuerza en demostrar el origen hebreo de los pueblos de América Septentrional, J. J. de Sainte Thérèse el de los indígenas de Brasil. La teoría trascendió rápidamente el ámbito americano, ya que permitía integrar en el concepto ecuménico de Humanidad (tal como lo postulaba el Cristianismo) una cantidad de pueblos que iban ingresando abruptamente en la Historia; la tesis del origen hebreo se vió pronto aplicada de manera más general: P. Kolbe sostuvo el origen judío de los Hotentotes, O. Rudbeck el de los Lapones, Morin el de los habitantes de Cólchide, etc.

Es claro que a estas conclusiones se llegaba a través del método comparativo, por medio del cual se descubría (o se creía descubrir) analogías entre las costumbres de los indios americanos y las de los Hebreos bíblicos; y es claro también que dichas analogías implicaban la conservación por parte de los Americanos, de formas culturales antiguas, muchas de las cuales estaban extinguidas incluso en los Hebreos modernos. En esta implicación se hallaba pues el germen de la idea que costumbres propias de épocas remotas de la línea histórica cristiano-mediterránea hayan podido conservarse entre pueblos que abandonaron el ámbito de la cultura mediterránea en épocas remotas.

El principio de la conservación de lo antiguo, o de la *diacronización de las culturas sincrónicas*, así atisbado, llevará a planteamientos más profundos durante la época del Iluminismo, bajo el estímulo de problemas de un interés universal. Mientras tanto es aplicado a un caso particular por A. Kircher quien, en su gran obra "*Oedipus Aegyptiacus*" (1652-1654) intenta un vasto bosquejo de las relaciones históricas entre las religiones. Aparte las de los pueblos occidentales, Kircher toma en consideración también las de Japón, China y México y, en base a analogías obtenidas por medio de una aplicación muy arbitraria del método comparativo, llega a la conclusión de que la idolatría de todas las naciones procede del antiguo Egipto, desde donde se difundió mediante la influencia y la colaboración del Demonio. Es en verdad singular el connubio de un método comparativo, que llega a ser casi histórico-cultural, con la vieja idea del olvido de la religión primitiva por influencia del Demonio, es decir, la tesis degenerativa propia de la Patrística y de la Escolástica. No debemos sin embargo extrañarnos, pues la tesis degenerativa se halla necesariamente presupuesta por toda concepción cristiana ortodoxa acerca de los orígenes de la cultura humana y, más particularmente, acerca del origen de la religión: por este motivo la

veremos persistir en épocas mucho más cercanas a nosotros y reaparecer, en nuestro propio siglo, con las teorías de Lang y de Schmidt, quienes postulan el monoteísmo como la forma más antigua de religión y su sucesiva degeneración en el animismo y otras formas "inferiores" de religiosidad.

Con Hobbes el principio básico del momento histórico de la Etnología (la diacronización de las culturas sincrónicas) se universaliza. El filósofo inglés ataca la idea aristotélica de que la sociabilidad es propia de la naturaleza humana e intenta demostrar que la sociedad no nace con el nombre (es decir, no es connatural con él), sino que es un invento posterior del hombre mismo: la necesidad y la conciencia de su fuerza hacen que el hombre, en su estado *natural* (que es asocial), luche con sus semejantes para apropiarse de todo lo que puede; en consecuencia el estado de la humanidad, haciendo abstracción de las condiciones impuestas por la sociedad, es el *bellum omnium contra omnes*. Para demostrar esta tesis, que de por sí es un producto de la pura especulación, Hobbes apela a un argumento de típico corte etnológico-histórico: que sea así lo sabemos, dice, por lo que vemos en nuestros antepasados bárbaros y en los salvajes. A pesar de que en todo el planteamiento el momento histórico se halle subordinado al especulativo, y exista en función de éste, la argumentación en sí es interesante: en primer lugar porque vemos aparecer en ella la aplicación consciente de un principio que desde la antigüedad había sido casi completamente olvidado; en segundo lugar, por la aplicación de la diacronización de lo sincrónico a la humanidad considerada como un todo; finalmente, por la reaparición de la tesis de la barbarie originaria, abandonada desde la Antigüedad, y que será desarrollada ampliamente en épocas posteriores, tanto por obra del Iluminismo, como por las corrientes evolucionistas del Siglo XIX.

EL ILUMINISMO Y EL NACIMIENTO DE LA ETNOLOGÍA HISTÓRICA

Es sabido que la expresión "Iluminismo" no indica de ninguna manera un sistema filosófico de carácter unitario. Bajo este rótulo se halla comprendida casi toda la gama de las tendencias filosóficas, del Materialismo y Sensismo al Idealismo, pasando por el Empirismo y el Racionalismo en sentido estricto. Sin embargo, al decir "Iluminismo", no se quiere tan sólo utilizar un término didáctico para designar las corrientes de pensamiento que se desarrollaron du-

rante el s. XVIII; se quiere destacar también el fondo común a todas las filosofías de la época, es decir al empleo de la Razón, la razón abstracta, como medio esencial para conocer la verdad. Todas las filosofías que se desarrollan durante la época iluminista están embebidas de racionalismo, tomando esta expresión en su sentido más amplio. El interés racional hacia la naturaleza, propio de la Edad Cartesiana, se hace extensivo a las creaciones del espíritu, Política, Religión, Economía, etc. Pero la razón cartesiana se demuestra impotente para asimilar el mundo de los hechos humanos, y lo rechaza. Se comienza entonces por negar la Historiografía como ciencia, es decir como conocimiento causal y universal; juntamente con la Historiografía, también la Historia como acaecer es despojada de todo valor. Irracional y absurda, la Historia del Iluminismo no es sino el desesperante devenir de los errores humanos que han precedido al triunfo de la Razón. Y la Razón, colocada finalmente en el trono que le corresponde por derecho, penetra e ilumina el mundo de la Historia, regido por la Tradición y la Fe; y Fe y Tradición son enjuiciadas y condenadas, como culpables de haber hecho complicado y tortuoso el camino de la humanidad. Descartes había comenzado por negar, en nombre de la razón, la licitud y el valor de la autoridad en lo referente a la solución del problema ontológico; el Iluminismo no se conforma con ello y somete a la duda y al ataque racional la totalidad del mundo del espíritu: las costumbres, las instituciones, las leyes, la estructura social. Es así que la polémica cartesiana con la ciencia tradicional se universaliza y se eleva a polémica con la tradición toda, que es también la polémica de la surgiente burguesía con la nobleza conservadora.

La polémica iluminista y burguesa en contra de la Historia como tradición debe realizarse, paradójicamente, sobre bases historiográficas. Por ello, de esta polémica histórico-antihistórica surgen enfoques de gran interés para una más cabal comprensión del devenir humano. En primer lugar, el valor que comienza a atribuirse a los aspectos económicos y sociales del presente por parte de la mentalidad burguesa, hace que la Historiografía vaya tomando en cuenta, juntamente con la acción de las figuras "providenciales" de reyes y ministros, las fuerzas anónimas de la economía y las fuerzas sociales en general. En segundo lugar, se abandona definitivamente la idea medieval de la Historia como una serie de ciclos, de caídas y recuperaciones, y se la considera como un único proceso de desarrollo encaminado hacia el Siglo de las Luces. El devenir de la humanidad es visto, por lo tanto, como el desarrollo unilineal de un complejo de instituciones que desemboca finalmente en

la "Civilización" por excelencia, es decir, la cultura del s. XVIII. Hay que observar, sin embargo, que en la concepción de la Historia no cabe en absoluto la idea de una evolución, pues ésta es considerada negativamente, como un encadenamiento absurdo de errores, que no implica ningún progreso efectivo; y la etapa última y definitiva de todo el proceso, lejos de ser el fruto de una integración progresiva de errores y aciertos, es el producto de una "iluminación". La idea de una evolución progresiva se desarrollará, en cierto sentido, al margen del Iluminismo, y será el producto de la unión fecunda de la idea cristiana del progreso paulatino de la humanidad caída bajo la guía de la Providencia, con la tesis iluminista del desarrollo unilineal de la cultura humana.

Interés negativo hacia la Historia, ataque a todo lo tradicional (en especial a las instituciones políticas absolutistas y al Catolicismo), concepto de la Historia Universal como devenir unilineal; todo esto llevaba necesariamente a una actualización del problema de los orígenes, problema que el enfoque cristiano medieval había vaciado de su verdadero interés, reduciéndolo a la simple racionalización dogmática de un mito. En la solución de los Orígenes los Iluministas buscan una explicación genética de la tradición para desvalorizarla; los católicos, por su parte, la lógica profunda de la misma con el fin de defenderla. Ambas tendencias se mueven en un ambiente intelectual racionalista y crítico, que exige para el estudio de la historia más antigua un método que supere la pura especulación: la comparación de los bárbaros entre sí y con los civilizados, modernos y antiguos, se ofrecerá a los estudiosos como un procedimiento fidedigno. Por este motivo, si bien el momento puramente especulativo de la Etnología sobrevive aun durante toda la época iluminista (y sobrevivirá hasta casi la actualidad) lo vemos integrarse cada vez más con el heurístico-comparativo, para dar origen e incremento al momento histórico. Es interesante observar que, dentro del momento especulativo, se mueven, por lo general, los filósofos, dentro del histórico los eruditos; pero, aun en los primeros, se va haciendo común la tendencia a comparar sus reconstrucciones especulativas acerca de los orígenes de las instituciones con los rasgos objetivos de las culturas bárbaras.

Estas iban conociéndose cada vez más, tanto en extensión como en profundidad. Durante los siglos XVII y XVIII los materiales etnográficos accesibles a los estudiosos aumentan sin cesar y despiertan un interés cada vez mayor, que constituye a su vez un estímulo para la recolección de nuevos materiales. La época de las grandes exploraciones en Oceanía trae al tapete un sinnúmero de datos novedosos con los re-

latos de Tasman, Dampier, Anson, Byron, Cook, Bougainville, La Perouse, y de una verdadera pléyade de viajeros y narradores menores. Por tierra, se reanuda la exploración del Oriente: Tavernier y Chardin visitan Persia, Pallas Siberia, Niebuhr Arabia. El continente Africano va saliendo poco a poco del misterio que envuelve sus regiones centrales, con Bosman, quien explora la Guinea, Colberg el Senegal, Levaillant la Colonia del Cabo. Importantísima es la contribución de los misioneros en América y en Asia, quienes, por su cultura y por la larga convivencia con los aborígenes, están en condiciones óptimas para penetrar su estilo de vida y coleccionar noticias fidedignas y detalladas. Las obras más conocidas de Lafitau en Canadá, de Sánchez-Labrador, Dobrizhofer y Anchieta en América Meridional, de Ricci, Samedo, Gerbillon y Aymot en China y en Mongolia, no son sino un pequeño muestrario de la actividad de los infatigables sacerdotes.

En base a este importante conjunto de noticias, nacen las primeras recopilaciones etnográficas de carácter mundial, como la "Historia de los diferentes pueblos del mundo" (1761) y el "Diccionario universal histórico y crítico de las costumbres, leyes" (1761) de Follet; las "Ceremonias y costumbres de todos los pueblos del mundo" de Bernard, aparecido entre 1723 y 1739. Los abundantes datos acerca de las lenguas indígenas son recapitulados en la monumental obra de Hervás, "Catálogo de las lenguas conocidas con las noticias de su afinidad".

Mientras va acumulándose la materia prima indispensable para el desarrollo de la *Etnología* histórica, el problema de los orígenes continúa siendo enfrentado por medio de la especulación pura, que se trenza en interminables discusiones acerca de un punto fundamental de la polémica iluminista: el origen y el desarrollo de la religión. Desde un comienzo se perfilan dos tendencias bien diferenciadas: la *católico-tradicionalista* y la *anticatólico-iluminista*; el antagonismo de las tesis sostenidas por una y otra no significa, sin embargo, oposición en el planteamiento del problema, ya que la primera se halla fuertemente influenciada por el racionalismo iluminista, quien lleva a los católicos, por así decir, a combatir en su propio campo.

La posición católica se halla, como es natural, fuertemente atada al dogma y a la defensa de las estructuras políticas tradicionales. En sus representantes existe la tendencia general a buscar en la naturaleza misma del hombre la explicación de sus diferentes costumbres, que se habrían originado a partir de una etapa común de salvajismo. En cuanto a la esencia de este salvajismo, las opiniones de los autores ortodoxos se hallan divididas: algunos lo representan como una época de simple

ignorancia, mientras otros lo consideran como el producto de una degeneración. En ambos casos se evidencia el esfuerzo para satisfacer la idea predominante del devenir unilíneal de la humanidad hacia el presente, y para salvar, al mismo tiempo, el escollo que habría ofrecido, con respecto al Dogma de la Revelación y de la Gracia, la idea de un estado de barbarie originaria. La postulación de un salvajismo primitivo, juntamente con la doctrina de la Revelación olvidada, llevaba casi necesariamente a la idea de una evolución progresiva de la humanidad, bajo la dirección de la providencia divina, evolución que debía continuar por lo menos hasta el momento de la segunda Revelación: de ahí que pudiera considerarse a la tradición como el producto de un progreso y, por lo tanto, como necesaria y buena.

Libres de todo dogma que no fuese el del primado de la Razón, los Iluministas antitradicionalistas se dividen en dos tendencias: una que podemos denominar *deísta* y otra *materialista* o *sensista*. La primera tiene su fundamento en la crítica protestante del Cristianismo medieval. Esta se había empeñado en demostrar la infiltración de ritos paganos en la liturgia católica; los deístas aplican luego el mismo principio de crítica purificadora a la religión como creencia, y se esfuerzan por eliminar de ella, como hecho existencial, todo lo que no fuera estrictamente racional. Mediante este proceso de eliminación los deístas llegan a concebir la presencia entre los primeros hombres de creencias religiosas puras y racionales, cuya integración constituía una religión natural, racional y monoteísta o, por lo menos, cercana al monoteísmo. El mismo procedimiento pudo ser aplicado perfectamente a las formas políticas y sociales; el resultado fue la idea de un estado político *de naturaleza*, sin trabas convencionales ni injustas diferencias, en el que los hombres vivían en perfecta libertad y beatitud.

La corriente *sensista*, siguiendo la línea de pensamiento inaugurada por Hobbes, niega que el hombre haya podido elevarse, desde sus comienzos, a formas políticas y religiosas superiores, tales como serían el monoteísmo y la organización en sociedades; como consecuencia, postula un estado primordial de salvajismo, caracterizado por el politeísmo y la lucha de todos contra todos.

Si examinamos en particular algunos autores del período iluminista que se ocupan especulativamente del problema de los orígenes de las instituciones humanas, vemos que todos caben perfectamente dentro de las posiciones que hemos bosquejado. A la tendencia católica pertenece Banier (1673-1741): su tesis es que la Revelación primitiva fue olvidada paulatinamente por los Gentiles y fue conservada tan sólo por los des-

endientes de Seth, hasta el Diluvio; como consecuencia de éste, perecieron los descendientes de Caín, lo que implica que el origen de la idolatría postdiluvial no puede atribuirse a ellos (como algunos autores habían supuesto) sino a los descendientes de Cham. Su forma originaria fue verosíblemente el culto al Sol que, desde Egipto, se difundió por el mundo entero; luego el culto de los astros y de los animales y, finalmente, el de los hombres. Similares a las ideas de Banier son las de J. B. Vico, para quien la historia de la humanidad comienza después del Diluvio, a raíz del cual todos los pueblos, menos el hebreo, cayeron en el salvajismo. Pero de él nos ocuparemos más adelante, cuando tratemos el momento histórico de la Etnología iluminista.

A la línea no católica pertenece Hume, con su típica tesis del salvajismo originario. En su "Historia natural de la religión" (1745) sostiene que la religión inicial del hombre fue el politeísmo. Si miramos en sentido inverso el progreso natural del pensamiento humano —dice— es claro que la muchedumbre ignorante debió comenzar por formarse una idea grosera y baja de los poderes sobrenaturales, antes de que pudiera elevarse a concebir un ser perfecto, que ha dispuesto el orden de la naturaleza, es decir, el Dios del monoteísmo. La teoría de que el espíritu humano se eleva por grados de lo inferior a lo superior, aleja a Hume de la tesis de la Iluminación y hace de él uno de los precursores del evolucionismo histórico y etnológico. En la misma línea evolucionista se halla Condorcet, cuyo "Bosquejo de un esquema histórico de los progresos del espíritu humano" (1795) hace alcanzar su máxima expresión al momento especulativo de la Etnología del Iluminismo. Condorcet traza los rasgos esenciales del progreso de la cultura desde la barbarie primitiva, a través de la cría de los animales y de la agricultura, hasta la escritura alfabética y la Civilización; su esquema será retomado por la Etnología evolucionista del s. XIX y constituirá el armazón de todas sus construcciones.

El Barón d'Holbach se mueve dentro de la tesis típicamente iluminista de la absurdidad de la Historia. Durante la época de la barbarie primitiva los hombres habrían llegado espontáneamente a la creencia en los espíritus, ya que, en su ignorancia, no conocían las causas de los fenómenos naturales y los atribuían por lo tanto a seres personales e invisibles. En base a esta ignorancia, la ambición de los sacerdotes trabajó para erigir en sistema el conjunto de las falsas creencias. Si nos remontamos a los orígenes, dice d'Holbach, vemos que siempre la ignorancia y el miedo han cerado a los dioses (Sistema de la Naturaleza, 1770).

Contrario a la idea de la barbarie primordial es Voltaire, quien ejemplifica de manera excelente la tendencia deísta de la Etnología especulativa: durante la época primitiva la religión habría sido un monoteísmo imperfecto, procedente de un monoteísmo originario. El régimen político de vida en aldeas, característico de esta primera época, habría inducido a pensar en un principio del bien, opuesto a otro del mal, con el fin de explicar las calamidades públicas, que se producían periódicamente, alternándose con períodos de prosperidad. En la debilidad humana hay que buscar, por lo tanto, la causa del politeísmo. Es interesante notar la tentativa de Voltaire de integrar el aspecto social y político de la cultura con la religión, y su afirmación de que el mecanismo social es el motor que determina el devenir de ésta. La idea de la religión como producto del pensamiento colectivo será retomada, a fines del siglo pasado, por la escuela sociologista francesa, de la que Voltaire puede considerarse, por lo tanto, un precursor.

Si consideramos críticamente las cuatro posiciones fundamentales del momento especulativo de la Etnología durante el Siglo de las Luces frente al problema de los orígenes de la cultura, y las comparamos con lo que se había hecho hasta entonces, se ve claramente que dichas posiciones no aportan nada nuevo al conocimiento. No son sino variantes sobre las dos soluciones fundamentales que se han ido ofreciendo desde la antigüedad: la doctrina de las tres edades y la de la barbarie primitiva. La especulación pura revela finalmente su impotencia, tanto para romper los esquemas trazados por el pensamiento mítico y por los primeros críticos de éste, como también para enriquecer efectivamente estos esquemas abstractos con hechos concretos y verdaderamente históricos. El hecho es que el mecanismo especulativo empleado para solucionar el problema de los orígenes se concreta siempre en una *reducción por sustracción*; y los criterios mediante los cuales se realiza dicha sustracción se hallan fatalmente determinados por juicios de valor, que tienen sus raíces en las concepciones (ambas míticas) de la Historia como elevación o como caída. El estado presente de la humanidad se considera como una mezcla de bien y de mal, bien y mal cuya discriminación varía en base a las categorías axiológicas que se apliquen. Ahora bien, si en base a una concepción optimista de la Historia se procede a sustraer a este presente lo que se considera *lo bueno*, se proyecta en los orígenes todo lo malo, y se llega entonces a la tesis de un ciclo histórico que arranca de la barbarie primitiva; si, en base a una concepción pesimista, se sustrae todo lo *malo*, se llega a la idea de un ciclo que comienza con una Edad de Oro. Y la tesis cristiana de la Revelación, la Caída,

y la Gracia, no es sino la yuxtaposición de los dos ciclos, determinada por la necesidad dogmática de injertar en la historia humana un segundo punto de arranque, un segundo comienzo, representado por la Revelación de Cristo.

Es claro que tampoco el Iluminismo, a pesar de todo su interés hacia el problema de los orígenes, podía superar el círculo vicioso trazado por las consecuencias lógicas de los postulados de los que partía la especulación acerca de dicho problema. Ni tampoco podía transformar los esquemas abstractos del más antiguo *devenir humano* (lo único que esta especulación podía brindar) en una verdadera historia, a menos de no recurrir a la fantasía, para poner un poco de carne sobre estos áridos esqueletos; a la fantasía o a algún método apto para penetrar la historia de la humanidad bárbara, con la objetividad científica que pedía la tendencia racionalista propia de la época. Y este método no podía proceder sino de la integración del momento especulativo con el momento heurístico que llevaba necesariamente al redescubrimiento y a la puesta en valor del momento histórico. Toda la positividad de la Etnología del Iluminismo está justamente en su esfuerzo para integrar el momento heurístico y el especulativo del estudio de los bárbaros en una síntesis que trascienda finalmente el mito y se vuelva Historia: la historia de la humanidad barbárica, peldaño necesario para llegar a la historia de la humanidad civil.

El débil hilo metodológico de la diacronización de las culturas bárbaras para injertarlas en la historia general de la Humanidad, es retomado por de la Créquinière en su obra "La conformidad de las costumbres de los indios orientales con la de los judíos y de los otros pueblos orientales", aparecida en 1704. Encontramos en ella la aplicación del método diacrónico a un problema particular (el del origen hebreo de los bárbaros) que ya fuera abordado durante el s. XVII. Pero la obra de la Créquinière ofrece una interesante novedad: por primera vez, después de Platón y Aristóteles, el principio de la diacronización de las culturas sincrónicas es enunciado de manera general y teórica. El autor declara renunciar al estudio de las religiones de los Híndúes, por ser demasiado absurdas, pero quiere comparar las costumbres de ellos "... siendo cierto que, si uno debe encontrar algunos vestigios de la antigüedad, es seguramente entre los menos civilizados...". En verdad, dos años antes el método diacrónico había sido enunciado, aunque más confusamente, por el erudito Tournemine, con respecto a la interpretación de las fábulas: "Para juzgar acerca de lo que es verosímil es necesario cuidarse mucho de juzgar en relación a nuestros tiempos. Las ver-

daderas reglas a las que deben compararse las fábulas son las costumbres de los salvajes de América y las aventuras de los mercaderes que han descubierto países desconocidos" (*Mémoires de Trévoux*, 1702).

El iniciador de la Etnología histórica sobre bases comparativas es el Padre Lafitau, misionero jesuita. El título mismo de su obra "Costumbres de los salvajes americanos comparadas a los usos de los primeros tiempos" (1724) es, ya de por sí, un enunciado metodológico. En ella ya se plantea claramente la cuestión fundamental que condiciona las comparaciones etnológicas a distancia, en el espacio y en el tiempo, es decir la posibilidad de la convergencia, o invento independiente, frente al de la difusión, u origen histórico común: "No solamente los pueblos que se denominan bárbaros tienen una religión, sino que esta religión tiene relación de tan gran conformidad con las de los primeros tiempos, con las que se denominan Orgías de Baco y de la Madre de los Dioses, los misterios de Isis y Osiris, que se percibe en seguida que esta semejanza depende de los mismos principios y de los mismos fundamentos". Pero, si bien Lafitau sostiene que las necesidades comunes de la naturaleza humana pueden determinar la identidad de ciertas costumbres, se ocupa también de discriminar de este tipo de afinidad el que procede de las relaciones históricas: "Había prácticas de religión, de observanzas legales que eran comunes a todos los pueblos, que los Gentiles tuvieron tanto como los Judíos; pero los Judíos tuvieron una infinidad de costumbres particulares y detalladas que los que serían de su linaje habrían conservado mejor de lo que lo hicieron los Americanos". Es claro que si vertemos a una forma teórica este pensamiento, nos encontramos frente al "Criterio de Forma" de la Escuela Histórico-cultural: las tendencias y las necesidades comunes de la naturaleza humana son suficientes para explicar las "conformidades" culturales de carácter general, pero tan sólo el parentesco y el préstamo pueden explicar las semejanzas de ritos o costumbres individualizadas por un conjunto de detalles peculiares.

Las amplias posibilidades del método diacrónico comparativo son vislumbradas por Lafitau con toda claridad: "Creo que si los antiguos autores me han dado luces para apoyar algunas de mis conjeturas felices acerca de los salvajes, las costumbres de los salvajes me han brindado luces para entender más fácilmente y explicar muchas cosas que no se hallan en los antiguos autores". En otra parte de su obra, aplicando un criterio del todo análogo al de cantidad de Graebner, afirma que las analogías entre las religiones de los salvajes y las de los cristianos son tan numerosas como para hacer suponer que todo lo esencial

hayá sido sacado de un mismo fondo común; este patrimonio religioso, básico para toda la humanidad, procedería de la Revelación primitiva. Si bien el connubio entre un tema bíblico con un método que quiere ser objetivo no es muy feliz, este mismo error induce a Lafitau a vislumbrar todo el alcance del método diacrónico y a enunciar las posibilidades que ofrece para penetrar en la historia de los tiempos más remotos: "El estudio que yo he hecho de la mitología pagana me ha hecho remontar mucho más allá de los tiempos de Moisés, para aplicar a nuestros padres Adán y Eva lo que Huet aplica a Moisés y Sefhora".

Un año después de la publicación de la obra de Lafitau aparece la primera edición de los "Principios de una Ciencia Nueva", de Juan Bautista Vico (1725). El significado de esta obra dentro de la historia del pensamiento etnológico es sin precedentes. Desgraciadamente Vico, aun en lo que se refiere a la Etnología, ventiló ideas tan por encima de las posibilidades de comprensión de su tiempo, que su influencia sobre los contemporáneos fue muy escasa. Tan sólo hoy podemos penetrar a fondo la profundidad de sus planteamientos relativos al estudio de los bárbaros, que aun siguen circulando en la problemática superior de la Etnología.

Un análisis completo del pensamiento viquiano con respecto a la problemática etnológica, no cabe en la economía del presente trabajo. Pero nos es imposible no explayarnos sobre Vico un poco más de lo que hemos hecho con respecto a los autores considerados precedentemente; la rápida exposición de los puntos más salientes justificará la excepción.

Dentro de las partes de la "Ciencia Nueva" que más específicamente interesan a la Etnología pueden considerarse tres aspectos: uno, puramente especulativo, que se traduce en la reconstrucción sobre bases especulativas de la historia más antigua de la humanidad; un segundo, metodológico, que consiste en el conjunto de los procedimientos y métodos destinados a aclarar la que Vico denomina, con bella expresión, "Historia de los Tiempos Oscuros"; finalmente, un aspecto general, que incluye la valorización filosófica de la historia de las edades bárbaras de la humanidad. Cuál es la importancia que Vico atribuye a esta historia se desprende del hecho, por él mismo declarado, de que el estudio de la civilización barbárica constituye casi todo el cuerpo de su obra. Hay que notar, sin embargo, que la predilección de Vico hacia las sociedades primitivas no nace de hechos de carácter etnográfico, sino de sus estudios de Derecho Romano primitivo, del culto de la Arqueología, propio de la cultura italiana de su época, de la lectura de Lucre-

cio, y en general, de sus inquietudes acerca de la época barbárica de la historia del mundo clásico. Más importante aún, a este respecto, es el antagonismo de Vico hacia el Cartesianismo, dirigido hacia las formas de pensamiento universalizantes, propio de las ciencias exactas y naturales, al que él opone un pensamiento individualizante, es decir histórico. Es así que mientras el Cartesianismo se aparta de la Historia, Vico, por el contrario se siente empujado a profundizar esa porción de la historia donde más fuerte se halla el sentido de la historicidad; y en contra de la razón cartesiana, que proyecta la estructura mental del hombre contemporáneo en los tiempos más remotos, Vico se esfuerza por investigar la oposición del sentimiento y del pensamiento propios del mundo civil con los del mundo barbárico.

La reconstrucción especulativa de la historia más antigua de la humanidad, tal como nos la ofrece Vico, no tiene especial interés. Toda ella se mueve en la línea católica y deja traslucir la búsqueda afanosa de un acuerdo entre la idea del salvajismo primitivo y el dogma de la Revelación originaria. Lo único verdaderamente notable es la poderosa fantasía del filósofo napolitano, que llega a transformar en un auténtico poema épico lo que en otros autores es tan sólo un árido esquema intelectualista. En el año 1656 de la Creación se desencadena el Diluvio; los hijos de Noé se separan. La estirpe de Abraham continúa la línea histórica de la humanidad vinculada a Dios, mientras los demás descendientes de Sem, Cham y Japhet caen en el estado ferino. "Bestioni" estúpidos y feroces, vagan por la tierra; sus cuerpos, revolcados en el estiércol y en el orín, crecen hasta hacerse monstruosos y gigantescos, de la misma manera en que la tierra engorda y se robustece con el abono. Cien años dura el estado ferino para los Semitas y doscientos para los descendientes de Cham y Japhet. Luego la tierra, secándose de la humedad del Diluvio, emana exhalaciones que producen los rayos: "... el cielo finalmente fulguró, tronó con rayos y truenos espantosos. . . Allí unos pocos gigantes. . . que estaban desparramados por los bosques ubicados en lo alto de los montes, . . . espantados y aturdidos por el gran efecto del que desconocían la causa, levantaron la mirada y vieron el cielo. Y porque en tal caso la naturaleza de la mente humana lleva consigo que ella atribuya al efecto su causa, . . . se imaginaron ser el cielo un gran cuerpo animado, que por tal aspecto llamaron "Júpiter", el primer dios de las gentes dichas 'mayores' . . .". De tal manera se despierta en los "bestioni" la conciencia de Dios, por lo que se vuelven hombres. Comienza de esta manera la "Edad de los Dioses", caracterizada en lo social por las monarquías familiares. En su transcurso se

constituye el panteón de las divinidades mayores; el culto y la educación familiar desarrollan el espíritu y dominan la carne; el tamaño de los "besticni" se reduce a lo normal y se abre así la "Edad Heroica".

El singular relato viquiano de la prehistoria no debe escandalizarnos. A pesar de sus raíces míticas, bíblicas o de otras fuentes, se halla plenamente en el espíritu de la época; con respecto a otras narraciones del mismo género, tiene además el mérito de esforzarse por racionalizar la secuencia de los acontecimientos, y de incluir elementos explicativos valiosísimos; el origen mítico de la religión, por ejemplo, será retomado en el siglo XIX por la escuela mitológica de la naturaleza. El "poema" viquiano solicita, además, en su apoyo toda una metodología altamente constructiva. Vico tiene plena conciencia del esfuerzo que se necesita para "...descender de nuestras naturalezas refinadas a aquéllas del todo feroces e inmanes, las que nos es imposible imaginar y tan sólo, con gran esfuerzo, nos es consentido entender...". Critica las opiniones optimistas acerca de la más remota antigüedad, características del pensamiento del Iluminismo deísta, y afirma que tan sólo la ignorancia permite interpretar las costumbres antiquísimas con la idea de hallarlas semejantes a las actuales, o mejores que éstas. Niega todo valor a las tradiciones de los diferentes pueblos acerca de su historia primitiva y afirma que constituyen otros tantos "*Idola tribus*" en el sentido baco-niano.

Todos estos aportes críticos al estudio de los "Tiempos Oscuros" representan un esfuerzo gigantesco, que no tiene precedentes, ni halla equivalentes en su época. Vico quiere arrancar los velos que las explicaciones intelectualistas del Iluminismo tendían sobre el estudio y la interpretación de las culturas bárbaras; no quiere tan sólo *describir* el desarrollo de los orígenes, sino *entenderlo*, mediante un acercamiento espiritual a la vida primitiva. Esta "revivencia" de lo primitivo recién volverá a plantearse (y de manera menos integral, si bien más profunda) en el movimiento romántico y en el Idealismo.

Al lado de la que podemos denominar una "metodología negativa", Vico desarrolla un conjunto de reglas y principios que superan ampliamente, en cantidad y calidad, al pensamiento de Lafitau y que, aun trascendiendo a veces el campo habitual de la Etnología, deben integrar una metodología acabada de esta ciencia, tal como modernamente se la entiende. El principio fundamental de la diacronización de lo sincrónico es enunciado con toda claridad y ejemplificado con abundancia. Los indios americanos, aterrados por los estampidos de los arcabuces de los europeos, hacen de éstos unos dioses; se trata,

según Vico, de un residuo de esa mentalidad mítica que endiosaba el cielo fulgurante, por desconocer la causa de los truenos y de los rayos. Los cuentistas de los muelles de Nápoles son la supervivencia degenerada de los rapsodas de la Edad Homérica. Los cuentos infantiles de hadas conservan en la actualidad los mitos antiquísimos relativos a las metamorfosis. Y la costumbre florentina de que el padre de familia encienda un tronco en el hogar, viviente hasta la época de Boccaccio, es vinculada por Vico a la antiquísima mitología del hogar.

Como se ve la diacronización de lo sincrónico abarca en Vico, tanto el aspecto metodológico más propiamente etnológico, como el que se suele denominar folklórico; aspectos que constituyen, en el fondo, la aplicación de un mismo principio en ámbitos distintos, y pueden diferenciarse tan sólo empíricamente. Y de ambos aspectos el pensador napolitano hace una abundante aplicación. Los sacrificios humanos, practicados por los Fenicios, Escitas, Germanos y por los pueblos de América, reflejan la religión de la "Edad ferina", "fanatismo de superstición" agitada por un continuo temor de la divinidad a quien se intentaba aplacar mediante crueles ofrendas. El mismo valor de supervivencia de la época ferina tiene la costumbre romana de arrojar al Tiber muñecos de mimbres. Los relatos de los viajeros y de los misioneros acerca de los salvajes son valiosos documentos para reconstruir la "atmósfera poética" de las sociedades heroicas, residuos de las cuales deben considerarse los Germanos y los Indios Americanos. Resto de la mentalidad de la Edad Heroica es también la psicológica de los campesinos, fáciles de convencerse y de volver a sus ideas primitivas, a semejanza de los personajes de los poemas homéricos, y el origen de la tragedia debió vincularse a celebraciones rurales, tales como las que los campesinos de la Campania conservaban hasta la época del autor.

Como procedimientos metodológicos que —desde el punto de vista de la etnología moderna—, complementan el método diacrónico, expone Vico el estudio de las etimologías y la interpretación de los mitos y de las fábulas. La lengua es el mejor testigo de las costumbres de los pueblos, que se conservan y se reflejan en el habla aun cuando el recuerdo de las mismas se haya perdido por completo. Quien (dejando a un lado los estudios de paleontología lingüística), quiera ver los destinos que ha tenido en Etnología el estudio de las etimologías, puede hojear las crudas investigaciones de W. Schmidt relativas a los nombres de los Altos Dioses entre los primitivos; investigaciones que le permiten comprobar su pertenencia a la cultura aborígen en contra de la tesis de Tylor que sostenía su origen europeo. En cuanto a la interpretación de los mitos,

Vico sostiene, anticipando en más de un siglo los modernos estudios mitográficos, que el mito no es ficción ni alegoría, sino historia verdadera, historia de acontecimientos y de cosas imaginadas o reales. De ahí que constituya la ciencia misma de los pueblos primitivos, a través de la cual es posible captar el sentido de sus instituciones y rastrear sus divisiones sociales, luchas, viajes, descubrimientos, etc. Recién después de un siglo la Escuela de Tubinga, nacida del pensamiento romántico e idealista, podrá volver a alcanzar una interpretación del mito de profundidad análoga a la de Vico.

La tercera parte del aporte de Vico al pensamiento etnológico no podría ser expuesta y entendida cabalmente sin una comprensión total del pensamiento filosófico de este autor. Mencionamos tan sólo que la Edad Ferina no es postulada por el filósofo italiano como una abstracción, punto de partida intelectualista para un desarrollo racionalista de la Historia, sino como historia individualizada; no ya como proyección abstracta en el pasado de un estado teórico, de categorías filosóficas eternas, sino como individualidad histórica concreta, presupuesto necesario y fundamento del devenir de la humanidad. La historia de la humanidad bárbara, es decir nuestro momento histórico de la Etnología, adquiere, en el pensamiento de Vico, una jerarquía y una conciencia de su sentido que aun hoy no ha sido plenamente comprendido y que tan sólo estudios recientes comienzan a aclarar.

Un pensador de la naturaleza de Vico no podía tener mucha suerte en pleno intelectualismo iluminista; y es verosímil que la parte etnológica de su pensamiento fuese también poco conocida y aun menos comprendida. Los sucesivos trabajos realizados en base al método diacrónico se mueven más en la línea de Lafitau, cuya influencia en los estudios etnológicos de la época fue sin duda mucho mayor que la del filósofo napolitano. La simiente arrojada por el jesuita francés encontró un terreno fertilísimo en la polémica iluminista acerca del problema de los orígenes. Desde mediados del s. XVIII la diacronización de lo sincrónico se ve aplicada, tanto para aclarar la historia más antigua de aspectos particulares de la cultura (especialmente de la religión y de las instituciones sociales), como para bosquejar la historia de la cultura humana como un todo que deviene; naturalmente, este devenir, siguiendo los cánones de la concepción iluminista de la Historia, es concebido como unilineal y único para toda la humanidad.

La reconstrucción de la historia más antigua de la religión, sobre la base de las religiones bárbaras, es intentada por De Brosses en su obra "Acercas del culto de los dioses fetiches y paralelismo de la antigua

religión de Egipto con la religión actual de Nigricia" (1760). El problema particular que ocupa a De Brosses es trascendido ampliamente en la postulación de los principios que lo guían en su investigación: "No es en posibilidades que hay que estudiar el hombre, sino en el hombre mismo; no se trata de imaginar lo que él pudo o tuvo que hacer, sino de considerar lo que hace". Exponiendo su teoría general de la religión asienta con toda claridad el principio de diacronización; afirma que todas las naciones, con excepción del pueblo hebreo, han conocido una época de barbarie, debido a que, como castigo de sus culpas, se extinguió en ellas el recuerdo de la Revelación divina. "Una parte de las naciones han quedado hasta hoy en este estado informe, las otras han salido de él. . . Para saber lo que se practicaba en éstas no hay sino mirar lo que ocurre actualmente en aquéllas y, en general, no hay método mejor para desgarrar los velos de las épocas poco conocidas de la humanidad que el de observar si aun no llega a nuestros ojos una parte de ellas, algunos casos aproximadamente parecidos".

Los resultados alcanzados por De Brosses mediante la aplicación del método diacrónico no son hoy en día dignos de consideración. La caducidad de sus ideas, como de otras muchas que se apoyarán en las mismas estructuras de pensamiento, se debe a varias causas. En primer lugar el erudito francés vuelve a introducir de contrabando una línea de evolución religiosa construida sobre bases especulativas, es decir partiendo de ese "lo que había podido o debido ser" por él mismo criticado: es así que postula como religión primitiva y común a toda la humanidad, el fetichismo, determinado por el miedo, al que habría seguido la astrolatría y luego otras formas de religión cada vez menos imperfectas, sin ofrecer ningún argumento histórico en favor de este desarrollo. En segundo lugar, acepta la idea básica iluminista de un devenir uniforme de la humanidad: de ahí que del fetichismo, común a todos los hombres con excepción de los Hebreos, habría evolucionado en todas partes la astrolatría, y así sucesivamente. En tercer lugar, introduce juicios axiológicos, estrechamente vinculados con la tesis católica de una lenta evolución de la humanidad como preparación para la segunda Revelación: a partir del fetichismo, determinado por el miedo, el espíritu habría evolucionado "... por grados, de lo inferior a lo superior". Finalmente, es claro que toda la construcción de De Brosses se halla aprisionada en el dogma católico de la conservación de la Revelación primitiva por parte de los Hebreos.

El pensamiento de De Brosses es particularmente interesante. En él, como ya en la concepción viquiana de los Tiempos Oscuros, se perci-

be claramente cómo la idea típicamente iluminista del devenir unilineal, vacuo y estéril, de la humanidad, se combina con el optimismo cristiano, produciendo el principio de la evolución de la cultura en sentido progresivo. Los principios axiológicos y los elementos míticos que están en la base tanto de la concepción cristiana como de la iluminista, serán los mismos que, *mutatis mutandis*, volveremos a encontrar en la base de todos los planteamientos del evolucionismo antropológico del s. XIX. El fracaso de éstos tiene las mismas causas que el de De Brosses, y el esfuerzo para eliminar axiología y mitología del pensamiento etnológico será justamente la tarea de las corrientes contemporáneas de la etnología historicista.

En la misma línea de De Brosses se halla Court de Gebelin. En su "Mundo primitivo", editado entre 1773 y 1782, hay una interesante tentativa de justificar psicológicamente la diacronización de lo sincrónico: la supervivencia de elementos culturales aislados, o de determinadas formas de pensamiento, a través de todas las épocas, se debe a las exigencias y tendencias connaturales del espíritu humano: "Hay por lo tanto una cadena que une todo al hombre; no hay más que conocer el hombre de hoy para conocer los de todos los siglos". La unidad psicológica básica de la humanidad hace que las lenguas, las artes y las leyes primitivas, es decir las manifestaciones *concretas* de las tendencias connaturales del espíritu humano, subsistan en el hombre actual en medio del perfeccionamiento. Es claro que el planteamiento de Court de Gebelin tiene mucho en común con la teoría de las "ideas elementales" de Bastian, que será uno de los pilares del evolucionismo unilineal; en ella volveremos a encontrar el principio de la unidad psicológica básica de la humanidad y la idea de una respuesta uniforme del hombre a ciertas necesidades comunes y fundamentales, respuesta que ocasiona el surgir de las ideas elementales y su conservación a través de todos los tiempos.

Lafitau, De Brosses y Court de Gebelin se limitan a aplicar el principio de la diacronización de lo sincrónico a determinados aspectos de la cultura. Pero la historiografía del Iluminismo clamaba por una historia de las instituciones, historia que requería tomar en consideración el devenir de todos los aspectos de la vida del hombre estudiados en su integración natural; esta exigencia del Iluminismo se traduce, por lo tanto, en la aspiración a una historia de la cultura como un todo. Esta aspiración, llevada a la práctica por Voltaire, se va afirmando cada vez más en la Historiografía y se hace sentir vivamente también en la Etnología, desde que ésta comienza a tomar forma como la ciencia que re-

construye la historia más antigua de la humanidad por medio de los pueblos bárbaros. Con Gouget, Kraft y Meiners vemos el principio de la diacronización aplicada a la totalidad de las manifestaciones culturales. En 1758 Gouget publica una especie de historia de la cultura de la antigüedad para la que utiliza muchos de los conocimientos de etnografía propios de su época. El dinamarqués Kraft, en su "Pequeña historia de las principales instituciones, costumbres y opiniones de los pueblos salvajes", editada en 1760, se propone elaborar la verdadera historia de la humanidad, en oposición al relato puramente especulativo de los orígenes elaborado por Rousseau. El valor intrínseco de la obra no es muy grande, ya que Kraft toma como ejemplo de los pueblos más salvajes —y representantes de los peldaños más antiguos de la humanidad—, tan sólo a los indios Lules y Caingúá; pero esto no le quita el mérito de haber planteado, por primera vez sobre bases histórico-etnológicas, el origen y el desarrollo de casi todos los aspectos de la cultura, la vida social, la economía, la religión y el arte. Si bien la "Pequeña historia" fue poco conocida fuera de los países escandinavos, fue en base a ella que Lord Kames escribió su "Bosquejo de la Historia del Hombre", aparecido en 1760.

En 1785 se publica la obra de Meiners "Compendio de la historia de la humanidad" que puede considerarse el primer trabajo moderno de Etnología. Aun teniendo plena conciencia de que la cultura constituye un todo inseparable, Meiners considera imposible abarcar la totalidad de sus aspectos y explicar el origen de cada uno de ellos; se conforma, por lo tanto, con considerar tan sólo algunos. La reconstrucción de Meiners se basa también en el principio de diacronización de lo sincrónico: hay que estudiar el origen de las instituciones en las formas que éstas presentan en los salvajes modernos. Es interesante notar que con Meiners se plantea por primera vez, la oposición entre la aspiración a una historia universal de la cultura y la posibilidad de realizarla en la práctica; oposición que no es, en el fondo, sino un reflejo en la Etnología del más vasto problema histórico-filosófico: ¿es posible la Historia Universal? El interrogante permanecerá latente durante la época del Positivismo y de la Etnología evolucionista pero volverá a plantearse, con plena conciencia de sus alcances, en la Historiografía y en la Etnología de nuestro siglo.

El gran movimiento erudito dirigido a utilizar a los pueblos bárbaros para la reconstrucción de la más antigua historia humana se impone abiertamente durante el Siglo de las Luces. Una prueba de su difusión son los rastros que de él encontramos en ciertos planteamientos

de los filósofos puramente especulativos. Rousseau, por ejemplo, en su "Emilio", al trazar una historia de las creencias religiosas —que representa una combinación ya típicamente romántica entre las tesis de la barbarie primitiva y la deísta—, sostiene que el politeísmo fue la religión más antigua y afirma que "los marmouset de Laban, los manitus de los salvajes, los fetiches de los negros, todas las obras de la naturaleza y de los hombres, han sido las primeras divinidades de los mortales".

Desde mediados del s. XVIII el momento histórico de la Etnología debe considerarse como definitivamente asentado. Ya no se trata más de atisbos geniales, sino de un planteamiento metodológico general que se ejerce sobre materiales abundantes y produce obras especializadas. Provista de un material descriptivo copioso, de una metodología definida, de una finalidad clara y de enorme interés dentro del pensamiento iluminista, la Etnología histórica ya había nacido como ciencia autónoma a fines del Siglo de las Luces. La fundación en 1799 de la "Société des observateurs de l'homme" de París, debe considerarse como el acta oficial de este nacimiento.

Hemos intentado penetrar el proceso histórico a través del cual la Etnología toma forma y conciencia de sí misma. Hemos visto sus orígenes oscuros y dispersos; asistimos a las tentativas de fusionar en una síntesis armónica los diferentes momentos lógicos del estudio de los bárbaros. Vimos el predominio del momento especulativo en la Antigüedad y en la Edad Media; el fortalecerse del momento heurístico al abrirse la Edad Moderna y su integración con el momento especulativo durante el Iluminismo. El Siglo de las Luces puede agregar a sus aportes para la formación del espíritu contemporáneo, el haber dado origen a una ciencia que permite investigar objetivamente la "Historia de los Tiempos Oscuros". En ella se funden y se integran el momento especulativo y el heurístico, en una síntesis que es historia, tanto en lo relativo a su método como a sus fines. La Etnología nace en el marco de las ciencias históricas y se presenta como una ciencia especial que tiene por objeto los primeros capítulos del devenir de la humanidad.

Y como ciencia especial dentro de la Historiografía, la Etnología estará vinculada, en su desarrollo posterior, por un lado a la problemática general de la Historia, por el otro a la que surge dentro y acerca de la metodología que le es propia. Tanto la una como la otra se hallarán naturalmente vinculadas al devenir general del pensamiento filosófico. Por este motivo, tan sólo a través de la integración del pensamiento

etnológico con el devenir de la Filosofía, será posible entender más claramente los problemas generales y especiales de nuestra ciencia, y el valor y el alcance de las soluciones que propone; tan sólo tomando conciencia de la adherencia o no de los principios que están en la base de estas soluciones a etapas vitales o superadas del devenir general del espíritu, nos será posible entender este valor y este alcance.

LA ETNOLOGÍA DEL IDEALISMO

El movimiento romántico surge como reacción del sentimiento en contra del cientificismo naturalista y de la razón abstracta del Iluminismo. Al mundo objetivado del racionalismo, el Romanticismo opone un mundo subjetivado en la intimidad de la tradición y del arte; a la crítica y al rechazo de la tradición y de lo antiguo, el esfuerzo diligente para penetrar y entender todo aquello que, de una u otra manera, ha sido patrimonio de la humanidad. Y los hechos humanos comienzan a valorarse, no ya a raíz de su cotejo con los principios eternos establecidos por medio de la razón abstracta, sino que, previamente a todo juicio axiológico, se intenta comprenderlos a través del sentimiento. Cuando los fermentos de la crítica kantiana se encuentran con la tumultuosa corriente del "*Sturm und Drang*", la comprensión sentimental se transforma en la búsqueda de una racionalidad más profunda en la tradición, a través de la valorización racional del sujeto pensante. El hombre deja de ser un objeto, alineado indiferentemente junto con los otros, para volverse el foco de la concepción del mundo; y entonces la racionalización del romanticismo se concreta en un poderoso movimiento filosófico —el Idealismo— que culmina en la figura señera de J. G. F. Hegel.

El fuerte matiz antropológico de la filosofía idealista y romántica trae consigo la valorización de la Historia, entendida como expresión concreta del devenir del espíritu humano. La "Ciencia Nueva", tal como lo anticipara genialmente Vico, se vuelve la reina de las ciencias. El filósofo italiano había establecido el principio de que el hombre sólo puede conocer lo que él mismo hace, y había declarado conocible tan sólo el mundo del hombre, es decir el mundo de la Historia; el Idealismo lleva esta posición a sus consecuencias más profundas, afirmando que existe lo que se conoce y tan sólo en cuanto se conoce, es decir en cuanto es humano; lo que lleva finalmente a afirmar que el mundo no existe en sí, sino tan sólo en cuanto es concepción del mundo, es decir en cuanto es creación del Espíritu; y que el conocimiento de la realidad no

es sino el autoconocimiento del Espíritu, que se hace consciente de sí mismo, plegándose sobre sí y recordando las etapas que ha superado en su devenir y cuya integración dialéctica constituye su presente.

Naturalmente, la Historia que el Idealismo valora no es de ninguna manera la iluminista. La idea de una Historia en la que toda idea de evolución, de desarrollo, queda extraña, es incompatible con el pensamiento idealista, que, justamente en el desarrollo encuentra el verdadero sentido de la Historia. El problema del devenir, planteado de manera intelectualista y analítica, no tiene ningún interés en una posición espiritual, como la idealista, para la cual el conocimiento es, ante todo, comprensión histórica, es decir integración del pasado con el presente; y cualquier posición que niegue la participación del pasado en la formación del presente es rechazada de lleno, acusada de colocar a la Historia frente a la razón abstracta como un cadáver frente al anatomista.

La comprensión, base de la Historiografía romántica e idealista, se proyecta también sobre la Historia de los Tiempos Oscuros y sobre el problema de los orígenes, a los que el Iluminismo también había enfrentado de manera analítica e intelectualista. Así, por ejemplo, el abocarse al estudio de la Historia de las Religiones, Herder, Lessing y los miembros de la Escuela de Tubinga, no se esfuerzan tanto en reconstruir objetivamente el origen y el más antiguo desarrollo del mundo religioso, sino más bien se proponen comprender, revivir, la posición del espíritu primitivo frente a la religión. La pregunta ¿cuáles fueron la religión, el arte y la sociedad primitiva? es integrada con otra: ¿cómo vivió, cómo sintió, el primitivo su religión, su arte o sus instituciones sociales? Un planteamiento de esta naturaleza implica, por supuesto, la superación de todo juicio axiológico abstracto frente a los hechos del pasado; la religión deja de ser el invento de astutos sacerdotes, la monarquía la imposición de tiranos sombríos. "Cada pueblo tiene su religión, que vale tanto como las otras" dice Lessing en su "La educación divina de la humanidad" (1780) y Herder, en su "Ideas sobre filosofía de la Historia de la Humanidad" (1784-91) se aplica en determinar el rol de los diferentes pueblos en la historia general del hombre, afirmando que, para bien comprender a ésta, no hay que desdeñar a ninguna nación.

Naturalmente, el hecho de apartarse de los juicios axiológicos basados en un abstracto debe ser, no implica para el Idealismo un tosco relativismo. La Historiografía idealista es europocéntrica; la actualidad existencial del occidente es la suma y la heredera de la Historia. Pero el espíritu humano tiene su realidad profunda en su devenir de rodas

las épocas y de todos los lugares. La idea universal de Humanidad, afirmada por el mito cristiano primero y por la razón abstracta después, es redescubierta por el Idealismo y entendida en su racionalidad más profunda.

Comprensión, idea de desarrollo, valorización de todo el pasado, ausencia de juicios de valor en base a esquemas racionales, captación de la Humanidad como Universal Concreto, eran sin duda bases inmejorables para retomar y superar el enfoque iluminista del problema de los orígenes y de la Historia de los Tiempos Oscuros; por ello bien había podido esperarse un florecimiento de los estudios etnológicos dentro del marco intelectual del Idealismo. Sin embargo, a pesar de que el movimiento idealista ejerció gran influencia sobre el desarrollo del pensamiento etnológico, ésta no fue ni inmediata ni directa. Las razones por las cuales el espíritu de la época en sus manifestaciones más elevadas se desinteresó del estudio de los bárbaros y de su papel en la historia de la humanidad, son varias y de distinta índole. Entre ellas puede destacarse el gusto hacia la especulación abstracta que caracteriza muchos de los representantes del Idealismo y del Romanticismo; también influyó la juventud y la inmadurez de la Etnología que, a pesar de existir, se hallaba aun en plena crisis de crecimiento en cuanto a su metodología y a sus resultados. Tampoco pudo dejar de influir el agudizarse de problemas más próximos y urgentes para la cultura occidental, derivados de la crisis ideológica provocada por la Revolución Francesa. Finalmente hay que tomar en cuenta que las informaciones etnográficas sufrieron una larga interrupción a causa de las guerras napoleónicas y que los estudios etnológicos fueron desarrollándose principalmente en Francia e Inglaterra, (donde el Idealismo penetró tan solo escasamente y de segunda mano), mientras que en Alemania los antecedentes de estos estudios eran escasos.

En Hegel, síntesis del Idealismo, encontramos una neta negación tanto de la posibilidad como del interés de una Historia de los Tiempos Oscuros, negación que, por supuesto, implica el rechazo de la Etnología como ciencia. Hegel diferencia claramente las *res gestae* de la *historia rerum* y afirma que los recuerdos familiares, o de la tribu, tienen valor tan sólo en el ámbito de estas entidades sociales, y no ya en el de toda la humanidad. "El uniforme transcurrir de su modo de vida —afirma— no es objeto del recuerdo; solamente las acciones señaladas y desarrolladas por el destino pueden excitar Mnemosine a reproducirlas". Sin embargo, dentro del mundo del pensamiento hegeliano encontramos algunas ideas acerca de los pueblos bár-

baros y de su papel en la historia del espíritu e, inclusive, el primer planteamiento de una base teórica del principio de diacronización de lo sincrónico. En su " Fenomenología del Espíritu" —relato de la experiencia a través de la cual pasa la Conciencia desde el conocimiento ingenuo al filosófico—, Hegel considera en primer lugar el momento de la simple Conciencia, proceso cognoscitivo que, enfrentándose con un mundo de hechos, los examina para saber lo que es verdadero acerca de ellos. En un segundo momento, la Conciencia se eleva a Autoconciencia, visión del mundo que considera al objeto como expresión de sí mismo. La tercera etapa es la de la Razón: para ésta los objetos existen como expresión impersonal de las ideas, pero el Yo considera el mundo como idéntico, en principio, a su propia constitución. En el cuarto momento, el del Espíritu, el mundo consiste no sólo en mi verdad universalmente válida, sino en mi verdad conciente, según lo expresa el orden social al que pertenece una Humanidad de cuya vida participo. Ahora bien, según Hegel, la primera etapa de la Autoconciencia está representada por el individualismo ingenuo del niño y *del salvaje*. A cada yo, el otro yo aparece como un intruso y de ahí que el estado de Autoconciencia imperfecta sea la guerra; pero el estado de guerra es esencialmente autodestructivo y como tal, irracional y transitorio; por lo tanto, da lugar rápidamente a otras etapas de la Autoconciencia. Es evidente la adhesión de Hegel a la teoría de la barbarie primitiva, del "*bellum omnium contra omnes*", de Hobbes; pero es evidente también que supera la concepción puramente intelectualista de la barbarie primitiva y ve en ella su necesidad histórica de momento superado, pero al mismo tiempo necesario, en su integración del devenir general de la Conciencia. Es tal vez la primera tentativa, después de Vico, de abordar el espíritu de la barbarie *desde adentro*, integrándolo en la racionalidad del devenir del Espíritu.

En la etapa de la Autoconciencia y en las de la Razón y del Espíritu, las manifestaciones de estos momentos no son más individuales, sino sociales. El yo se encarna en una serie de *Gestalten*, que son sociedades, naciones, etapas de cultura, movimientos de pensamiento. Ahora bien, desde nuestro punto de vista etnológico es interesante notar que, para Hegel, las relaciones cronológicas que existen entre estas *Gestalten* (ya que cada una de ellas es, en cierto sentido, el antecedente lógico y cronológico de la que le sigue) *no excluyen su contemporaneidad*. Las *Gestalten* de la Autoconciencia y de la Razón son contemporáneos con las del Espíritu; es decir, existen determinadas formas de individualidad que se hallan en ciertos tipos de sociedad y que, por lo tanto, aparecen

juntos en el tiempo. Es claro que el concepto de la contemporaneidad de las *Gestalten* que encarnan diferentes momentos del devenir de la Conciencia contiene *in nuce* la justificación teórica del principio de diacronización de lo sincrónico, que será retomado y expresado más claramente —si bien más superficialmente— por Comte, y que de él pasará al evolucionismo antropológico del s. XIX.

Aparte estos atisbos, Hegel ignora casi completamente los problemas etnológicos; es posible que esto se deba a un desconocimiento de la obra de los etnólogos, o bien a su desinterés hacia unos planteamientos tan impregnados de espíritu iluminista. Sin embargo, no podían quedarle inadvertidos algunos aspectos culturales comunes tanto a los bárbaros como a los occidentales: la magia, por ejemplo, que coloca como la manifestación de la religión más primitiva, dentro del grupo de las "Religiones de la Naturaleza". La magia es interpretada por Hegel como la religión inmediatamente natural o del conocimiento sensible y espontáneo. Una idea semejante había aparecido ya en "Simbolismo y mitología de los pueblos antiguos especialmente de los Griegos" de Creuzer (1810-1812), que es una de las primeras tentativas de la escuela de Tubinga para penetrar *desde adentro* la religión primitiva: "No había que creer que esta religión primitiva... haya sido una filosofía concebida y presentada bajo formas desnudas, abstractas y sabias... Nos sentimos más vale inducidos a considerar(la) como una especie de *magismo* o... como un *paganismo psíquico*, es decir como una deificación... una animación y una espiritualización de los poderes de la naturaleza por parte de los primeros hombres, que los ponía en una estrecha relación con aquellos poderes...".

Fuera de los filósofos y de los historiadores de las religiones, el estudioso cuya obra recibe de lleno el impacto del Idealismo (y que podemos considerar el único etnólogo hegeliano) es Klemm, autor de un amplísimo tratado: "Historia general de la cultura de la humanidad", editado en 1843. La influencia del hegelismo sobre Klemm se manifiesta, en primer lugar, en su concepción de la cultura, inspirada claramente en el concepto hegeliano de *Gestalt*. Según Klemm la cultura comprende "costumbres, conocimientos y destreza; la religión, la ciencia y el arte... La cultura se manifiesta en la rama del árbol si se le ha dado una forma intencional; en la frotación de dos maderos para producir fuego; en la cremación del cadáver del padre, la decoración del propio cuerpo con pintura, la transmisión de experiencias adquiridas por parte de una generación a la que la sigue". Esta visión de la cultura, semejante y muy anterior a la que aparecerá en la definición

más sintética de Tylor, demuestra que la formulación plena del concepto de cultura, como integración de todas las actividades espirituales del hombre, es más bien un fruto del Idealismo que del pensamiento positivista.

Que Klemm se vincula más directamente con Hegel que con la sociología comtiana, lo comprueba su esquema de la evolución de la cultura, pues las tres etapas que en ella figuran, el salvajismo, la domesticidad y la libertad constituyen una clásica tríada dialéctica y corresponden en todo, a las que Hegel había enunciado en su "Filosofía del Derecho". En la primera etapa jurídica, el salvaje merodea, careciendo de tierra y de animales domésticos y sin autoridad política, pues la familia representa la única forma de organización social; en la segunda etapa, las familias se agrupan en tribus gobernadas por jefes de derecho divino y el hombre desarrolla la escritura, inicia el pastoreo y el cultivo; la tercera etapa es la de la libertad, cuando los pueblos sacuden el dominio de los jefes y sacerdotes y alcanzan la posibilidad de desarrollar su mente. Tanto para Hegel como para Klemm, los Germanos son el ejemplo más destacado de la etapa de la libertad. La concepción de la Historia como progresiva conquista de la libertad también es expuesta por Hegel en su "Filosofía de la Historia", a propósito del devenir del Estado: "La primera forma es aquella en la que la totalidad del Estado se halla aún involucionada; la segunda es aquella en la que . . . los individuos se hallan más libres; la tercera, finalmente, es aquella en la cual los individuos tienen su autonomía". La adherencia entre Klemm y Hegel no podría ser más evidente; como para Hegel, también para el etnólogo idealista la historia del mundo es el progreso de la conciencia de la libertad; y para ambos esta libertad se alcanza plenamente con la entrada de los pueblos germánicos en la historia.

El caso de Klemm es aislado. Tan sólo podríamos considerar sus vinculaciones ideológicas con la escuela de Tubinga, en los aspectos etnológicos que ésta puede haber tenido. En realidad, el Idealismo toma contactos con la Etnología ya en época de plena reacción antihegeliana, cuando las Ciencias del Espíritu deben defender a todo trance su autonomía de la irrupción de las corrientes naturalistas. Un ejemplo de este contacto es el "Archivo para la psicología de los pueblos y para la ciencia del lenguaje", fundada en 1860 por Lazarus y Steinthal, revista que muere a los pocos años de su aparición. En ella los autores se proponían defender la autonomía del "Espíritu del Pueblo" (Volkgeist) en contra de la psicología individualista del antihegeliano Herbart. Mayor suerte tuvo el Materialismo Histórico, robusto retoño del Hege

lismo, pero ya plegado al Naturalismo imperante. En general, podemos decir que la influencia del Idealismo sobre el pensamiento etnológico fue profunda, pero poco vistosa, pues se ejerció principalmente por caminos indirectos; éstos, como se demostrará en un próximo trabajo, fueron principalmente el Positivismo y la unión del Materialismo con la denominada "izquierda hegeliana". En realidad, el momento histórico de la Etnología *cruza*, por así decir, por debajo de la corriente idealista; al aparecer nuevamente, como consecuencia de un renovado interés de la cultura occidental hacia los bárbaros y hacia la Historia de los Tiempos Oscuros, recibirá de inmediato el impacto del Naturalismo dominante, y correrá el riesgo de ser absorbido por una ciencia natural, que había ido desarrollándose silenciosamente durante el siglo XVIII, que ostentaba un nombre antiguo y prestigioso: la Antropología.

ANTROPOLOGÍA Y ETNOLOGÍA

Como ya vimos, la Etnología se constituye como ciencia histórica. Inmediatamente después de su formación, plena del entusiasmo ingenuo propio de la mocedad, se dió a ampliar su campo de trabajo en una medida que no correspondía a sus posibilidades reales. Su mismo programa básico —es decir la inserción de los pueblos y de las culturas bárbaras en una historia general de la humanidad—, podía estar plenamente justificada en teoría, pero no contaba con un equipo conceptual y metodológico suficientemente afinado; sin contar con que los materiales no eran aun ni abundantes ni completos, y no siempre podían considerarse del todo fidedignos. Aparte de estos inconvenientes, el momento especulativo de la Etnología aún no había sido absorbido satisfactoriamente por el momento histórico e integrado por él; por esta razón, los relatos de la Historia de los Tiempos Oscuros eran a menudo contruídos en base a apriorismos intelectualistas o míticos. Como pudo verse en muchos de los autores del período iluminista, examinados en el capítulo anterior, el principio de la diacronización de lo sincrónico servía más para brindar un aparato erudito a esquemas concebidos sobre bases especulativas, que para construir una verdadera historia objetiva de la cultura humana o de sus aspectos particulares.

A todos los mencionados defectos, que se traducen en la práctica en el abuso de analogías superficiales, de generalizaciones atrevidas y de hipótesis y teorías endebles, los etnólogos van agregando rápidamente otros. Entusiasmados por el interés que sus estudios habían despertado

en las manifestaciones epigonales del pensamiento iluminista, se atribuyen también el estudio de las razas. Esto se debía especialmente a la confusión que se había establecido acerca del término "raza", ocasionada por su aplicación arbitraria a grupos lingüísticos; así aparecen las denominaciones de *raza germánica*, *raza aria*, *raza semítica*, etc. Y, como consecuencia de esta confusión conceptual, también la lingüística es considerada como parte de la Etnología, sin que se discrimine oportunamente, y *a posteriori*, las relaciones entre grupos culturales y grupos lingüísticos.

Las pretensiones fagocitarias de la nueva ciencia se hallan muy bien resumidas en el programa de las dos principales sociedades etnológicas que se constituyeron durante la primera mitad del s. XIX. En la "*Société d'Ethnologie de Paris*", fundada en 1839, fue considerado como campo propio de la etnología "Estudiar de manera conveniente la organización física, el carácter intelectual y moral, las lenguas y tradiciones históricas, para constituir sobre sus verdaderas bases la ciencia de la etnología". Y el programa originario de la "*Société d'Ethnographie*", constituida en 1859, arroja pretensiones aun más vastas, proponiéndose, prácticamente, hacer de la Etnología el estudio integral de la humanidad: el "... estudio del hombre en sociedad bajo los aspectos físicos e intelectuales; estudio de la constitución física, intelectual y moral de pueblos y naciones".

Todos estos inconvenientes de orden teórico, sumados a la escasez de los resultados positivos conseguidos, hacen crisis como consecuencia de los ataques al pensamiento especulativo en general por parte de las ciencias naturales, aliadas con las corrientes materialista y positivista, la Antropología, en su acepción de *ciencia natural* del hombre, encuentra un ambiente intelectual propicio para hacer valer sus derechos sobre muchos de los temas que los etnólogos consideraban como suyos; y para pasar luego al ataque y conquistar tanto terreno a expensas de la Etnología que, aun hoy, el límite entre las dos ciencias no se halla definido sobre la base de un acuerdo total.

¿De dónde surgía la Antropología como ciencia natural? El término Antropología fue introducido por el Humanismo a comienzos del s. XVI, y fue utilizado para designar una ciencia cuyos objetos eran el cuerpo y el alma del hombre. Se empleó en aquel entonces dentro de la terminología filosófica para designar la parte de la metafísica especial —ubicada didácticamente entre la Cosmología y la Teología—, que trataba especialmente del hombre. Aparece por primera vez en una obra de Hundt, publicada en 1506, luego en el título de la obra del humanista

Capello "*L'Antropologia, ovvero ragionamento della natura umana*". Posteriormente, el término fue usado por Melanchton en sus cursos académicos, y Coclen y Casman lo introdujeron definitivamente en la literatura. El matiz escolástico del concepto humanista de antropología —vinculado al de filosofía como ciencia universal— se percibe claramente en el ordenamiento de la obra de Casman "*Psychologia anthropologica, sive de humana doctrina*" en la cual, a la parte propiamente filosófica, psicológica, del tratado, va agregada una "Somatotomía", o estudio del cuerpo humano.

Con el progreso de las ciencias naturales, que sigue a la edad cartesiana, la Filosofía se retira al mundo del sobresensible y abandona a ellas el estudio de lo sensible. Como consecuencia de esta tendencia general, la Antropología se divide en una "Psicología", que queda en la Filosofía, y una Anatomía y Fisiología, que se agregan a la Medicina y que, más tarde, se incorporan a la Zoología. A pesar de la clara diferenciación conceptual, tanto los filósofos como los naturalistas y anatomistas siguieron usando, cada uno por su parte, el antiguo término "Antropología", por lo que éste vino a adquirir un doble sentido: mientras por un lado se designaba con él a la ciencia que trata de la parte espiritual del hombre (el alma), por el otro lado se lo empleaba para indicar la ciencia del cuerpo humano; finalmente, como para aumentar la confusión que surgía de esta sinonimia, no faltaron autores que siguieron utilizándolo en su acepción originaria, es decir, la ciencia del hombre como conjunto de alma y cuerpo.

Con la corriente idealista la "Antropología", en su sentido de especialidad dentro de la Filosofía, estuvo en pleno honor; y, como era previsible, la quiebra del Idealismo y de su concepción antropocéntrica del mundo, ocasiona su desprestigio; la palabra "Antropología" va desapareciendo de la terminología filosófica y será necesaria una espera de casi un siglo para volver a verla aparecer tímidamente en la lid filosófica, asociada con el movimiento denominado de la Filosofía de la Cultura; su sentido será, sin embargo, distinto y se hallará desprovista de ese matiz de ciencia individualizante que la había caracterizado desde sus orígenes.

Mientras tanto, la Antropología de los naturalistas había seguido un camino diferente pues, sobre el modelo de la Zoología y de la Botánica, se hizo comparativa y se volvió ciencia de grupos. Una vez alcanzada esta sistematización metodológica y conceptual, le fue fácil hacer valer su importancia dentro de las otras ciencias de la naturaleza. Linne, Buffon, Blumenbach, Daubenton, Sömmering, Camper y White du-

rante el siglo XVIII, y Sandiford, Morron y Carus en el s. XIX, fueron sus principales cultores e introdujeron en ella métodos exactos para la descripción, comparación y clasificación morfológica de los grupos humanos. A pesar de estos progresos, la antropología de los zoólogos quedó encerrada en su órbita naturalista y no fue sino la ciencia del cuerpo humano, aunque no faltaron algunas tentativas —por ejemplo la de Linné— de asociar a los caracteres morfológicos, mediante los cuales se diferenciaban los humanos, algunos caracteres psíquicos e inclusive rasgos de naturaleza cultural. La tendencia a no salir de los límites de la morfología se hizo particularmente fuerte en Francia e Inglaterra, donde la Antropología se designaba comúnmente como la “historia natural del hombre”.

Así, mientras la Etnología se ejercitaba en un vano funambulismo de pretensiones e hipótesis, la antropología naturalista había alcanzado un alto grado de perfección, en cuanto poseía una plena conciencia de su objeto y de su metodología. Su método comparativo, la objetividad de sus resultados, el desarrollo de técnicas exactas para el relevamiento y la comparación de los caracteres morfológicos del hombre le daban la apariencia de una gran seriedad y exactitud. Se comenzó a ver en ella la verdadera “ciencia científica” del hombre. Su sistematización de las razas, realizada desde un punto de vista puramente morfológico, hizo que los cultores de la Etnología se vieran poco a poco rechazados de este campo y mirados como aficionados incompetentes. Luego de esta primera victoria, la Antropología, en estrecha conexión con las corrientes naturalistas de la Filosofía, no cesa de roer el campo propio de la Etnología para intentar, finalmente, fagocitarla y reducirla al rango de una de sus subdivisiones.

BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL

- ARISTÓTELES, *Metafísica*. Traduc. del griego por Patricio de Azcárate. 3ª ed. Buenos Aires - México, 1945.
- BACON, F., *Novum Organum*. Ed. Bohn, London, 1850.
- BANIER, A., *L'explication historique des fables ou l'on découvre leur origine et leur conformité avec l'histoire ancienne*. París, 1711.
- BASTIAN, A., *Die Vorgeschichte der Ethnologie*, Berlín, 1881.
- BERNARD, J. F., *Cérémonies et coutumes de tous les peuples du monde*, Amsterdam, 1723-37.
- BIGNONE, A., *Epicuro*, Bari, 1920.
- BIRKEY-SMITH, K., *Vida e historia de las culturas*. (trad. del dinamarqués), Buenos Aires, 1952.
- BÓRMIDA, M., *Cultura y ciclos culturales. Ensayo de Eimología teórica*, Runa, vol. VII, 1ª parte, Buenos Aires, 1956, p. 5-28.

- CAPELLO, G., *L'Antropologia ovvero ragionamento della natura humana*. Milán, 1553.
- CARLUCCI, M. A., *Sobre nomenclatura antropológica. Un referendun*. Runa, vol. II. Buenos Aires, 1949, p. 167-173.
- CONDORCET, M. J., *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. (trad. del francés por Domingo Barnés), 2 tomos, Madrid, 1921.
- COURT DE GEBELIN, A., *Monde primitif; analysé et comparé avec le monde moderne*, París, 1775-84.
- CREUZER, F., *Symbolik und Mythologie der alten Völker, besonders der griechen*. Leipzig, 1810-12.
- CRITIAS, En NAUECK, *Trag. Graec. frag.*, p. 171. Lipsia, 1856, 2, ed. 1889. (Fide Pinard).
- DE BROSSES, Ch., *Du culte des dieux fétiches ou parallèle de l'ancienne religion de l'Égypte avec la religion actuelle de Nigritie*. París, 1760.
- DE LA CRÉQUINIÈRE, *La conformité des coutumes des Indiens Orientaux avec celles des Juifs et des autres peuples orientaux*. Bruxelles, 1704.
- DE MARTINO, F., *Naturalismo e storicismo nell'etnologia*, Bari, 1941.
- DESCARTES, R., *Discours de la méthode, suivi des meditations metaphisiques*, París, 1912.
- EUSEBIO DE CESAREA, *Demonstratio evangelium*, T. I, (Fide Pinard).
- FOLLET, N., *Dictionnaire universel historique et critique des moeurs, lois, etc.* París, 1772.
- *Histoire des differents peuples du monde*. París, 1761.
- GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales de los Incas* (Ed. al cuidado de A. Rosemblat), II ed., Buenos Aires, 1945.
- GOGUET, A. Y., *Origine des lois, des arts et des Sciences, et leurs progres chez les peuples anciens*. París, 1758.
- GOLIER, M. Th., *L'ethnographie et l'expansion civilisatrice*. Rapports du Congrès International d'Expansion économique mondial. Secc. V, Mons, 1905.
- GUAMÁN POMA DE AYALA, *La Nueva Crónica y un buen Gobierno escrita por don Felipe Guzmán Poma de Ayala*. Interpretada por el Tte. Cnel. Luis Bustos Gálvez. Lima, 1956.
- HEGEL, G. W. F., *Grundlinien der Philosophie des Rechtes*. (Líneas fundamentales de la Filosofía del Derecho. Trad. de Angélica Mendoza de Montero, Buenos Aires, 1937).
- *Phänomenologie des Geistes* (Ed. Hollmeister), Leipzig, 1937.
- *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*. Trad: Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal, Rev. de Occidente, Buenos Aires, 1946.
- HERDER, I. G., *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, Riga und Leipzig, 1784-91.
- HERVAS, L., *Catálogo de las Lenguas de las Naciones conocidas y numeración, división y clases de éstas, según la diversidad de sus idiomas y dialectos*. Madrid, 1800.
- HONIGSHEIM, P., *The phylosophical backgraund of european anthropology*. Am. Anthop. vol. 4 nº 3 1942, pp. 376-387.
- HOBBS, T., *Elements of Law* (Ed. F. Tönnies). Oxford, 1888.
- HOLBACH, P. THIRY BARÓN DE, *Système de la nature ou des lois du monde physique et du monde moral*. London, 1770.
- HUME, P., *The natural history of religion*. London, 1874-75.
- HUNDI, MAGNUS, *Anthropologium de hominis dignitate, natura et proprietatibus*. 1506. (Fide W. Schmidt).
- IMBELLONI, J., *Introito al curso de Antropologia, Prolusión*. Apartado de "Anales de Arqueología y Etnología", t. VIII. Mendoza, 1947.
- JOVET, *Histoire des religions de tous les royaumes du monde*, París, 1676-1680.
- KIRCHER, A., *Oedipus Aegyptiacus*. Roma, 1652-54.
- KLEMM, G., *Allgemeine Cultur- Geschichte der Menschheit*, Leipzig, 1843.
- *Allgemeine Cultur- Wissenschaft*. (2 vols.). Leipzig, 1852-55.
- KRAFT, J., *Pequeña historia de las principales instituciones, costumbres y opiniones de los pueblos salvajes*. 1760. (Fide Bicket-Smith).

- LAFITAU, J. F., *Moeurs des sauvages américains comparés aux mœurs des premiers temps*. París, 1724.
- LUCRETIUS, *De Rerum Natura*. (Trad. de M. Chanjot avec une notice sur Lucrèce et des notes sur le poème de la Nature de Choses.). Texto latino-francés, Colección Nisard.
- MEINERS, C., *Grundriss der Geschichte des Menschheit*. Lemgo, 1785.
- MÜHLMANN, W. E., *Geschichte der Anthropologie*, Bonn, 1948.
- PENNIMAN, T. K., *A Hundred years of Anthropology*, 2ª ed. London, 1952.
- PIGAFETTA, A., *Primo viaggio intorno al globo terracqueo*. Milano, 1800.
- PINARD DE LA BOULLAYE, M., *L'étude comparée des religions*. Vol. I. París, 1925.
- PLATÓN, *Cratilo*, Ed.: *Oeuvres complètes*, v. 5, París, 1947.
- ROSS, A., *Παρούσεια, or a view of all Religions in the World*. London, 1653.
- ROUSSEAU, J. J., *Émile ou sur l'éducation*. París, 1868.
- SAHAGÚN, Fr. B. de, *Códice Florentino: Ilustraciones para la Historia General de las Cosas de Nueva España de Sahagún*, ed. por Fr. del Paso y Troncoso, vol. 5, Madrid, 1905.
- *Historia General de las Cosas de Nueva España*, 5 vols. México, 1938.
- SARMIENTO DE GAMBOA, P., *Historia de los Incas* (En: *Historia General llamada Indica*, 2ª parte). 2ª edic., Buenos Aires, 1943. Edición y nota preliminar de A. Rosenblat.
- SCHMIDT, W., *Die Moderne Ethnologie. L'Ethnologie moderne*. "Anthropos", vol. I. Mödling bei Wien, 1906, p. 135-63; 318-87; 593-644; 950-887.
- SERGI, S., *Terminologia e divisioni delle scienze dell'uomo. I risultati di una inchiesta internazionale*. Rivista d'Antropologia, vol. XXXV, Roma, 1944-47, p. 5-83.
- STADEN, J., *Vera Historia y descripción de un país de las salvajes, desnudas feroces gentes devoradoras de hombres, situado en el Nuevo Mundo América*. Traducción y comentarios de E. Wernicke, Buenos Aires, 1944.
- TÁCITO, M. C., *Dialogue des orateurs. Vie d'Agricola. La Germanie*. Texte établi d'après Bournouf, traduit par A. Cordier, (Coll. Classiques Garnier), París, 1949.
- TOURNEMINE, R. J. de, *Projet d'ouvrage sur l'origine des fables*. En Mémoires de Trevoux, Addition à Nov. Dic. 1702 y febrero 1703. (Fide Pinard).
- VICO, G. B., *Cinque libri dei principi di una Scienza nuova d'intorno alla comune natura delle nazioni*, etc. (ed. F. Nicolini). Bari, 1911-1916.
- VOLTAIRE, F. M. AROUET DE, *Dictionnaire Philosophique*. 1764. (Trad. de Luis Aguaz, Buenos Aires, 1944).

DE SCHULTEN A MENGHIN

VALORACIÓN ACTUAL DEL PROBLEMA ETNOLÓGICO DE ESPAÑA *

Por FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

I

LIGURES Y VASCOS

¿Qué es lo que queda vivo de las concepciones de Adolfo Schulten acerca de la paletnología hispánica? Imposible es analizar a fondo, aquí, todas las cuestiones planteadas por el ilustre historiador germano. Pero cabe sí, enunciar rápidamente sus tesis principales, y señalar a qué se ha llegado contemporáneamente. Veámoslo de inmediato:

1. Schulten sostiene que los primitivos pobladores neolíticos de España son los ligures. Esta afirmación —que primero ha conocido un período de auge— ha sido después largamente discutida. Schulten se basaba en las fuentes —Hesíodo y otros— y en ciertas concordancias arqueológicas con el norte de Italia y el sur de Francia, regiones en las que históricamente se tienen noticias firmes sobre la existencia de tales ligures. Para España las encontraba sobre todo para el norte del territorio español, pero esto no le atredraba; para él y sus seguidores ello sería prueba de un típico arrinconamiento de los ligures por posteriores oleadas invasoras de iberos y celtas. Ello no habría impedido su vasta expansión anterior, ocupando todos los territorios que van desde una a otra península europea.

La oposición contra esta tesis ha sido fuerte, destacándose en ella el arqueólogo francés Berthelot. Se ha hablado hasta de errores de copia existentes en los viejos documentos, errores que transformarían a los

* Parte final de un ensayo del Dr. Fernando Márquez Miranda, que integra su libro *Siete arqueólogos, siete culturas*, en curso de publicación (Buenos Aires, Librería - Editorial Hachette).

libyes en *ligyes*¹. ¡Oh poder de una letra! Los hipotéticos ligures no serían sino africanos... De esta suerte y con generosos olvidos de los hechos contrarios, los antiligurianos han llegado a una posición imperialista análoga a la que tanto criticaron: nunca ha habido ligures en España.

Toda negación excesiva lleva en germen consigo la posibilidad de la respuesta. Para Francia, especialmente, país tan defendido de toda ligurización por Berthelot², los datos existentes acerca del reino de los Elysiques, en la Narbona, nos los presentan como ligures y, lo que es más, en esa región hay evidente conexión con lo ibérico. Como afirma Pericot, templadamente, "los ligures no pueden ser fácilmente eliminados de nuestra historia"³.

En nuestros días ha aparecido una corriente (especialmente apoyada en la filología), que sosteniendo el indogermanismo de los ligures, tiende a atribuirles una serie de elementos de aparente origen europeo muy antiguo, que constituye un mosaico disperso por diversas regiones de Europa. Nombres onomásticos o topónimos son la base de su demostración. Personalidades tan ilustres como las de Gómez Moreno⁴, Menéndez Pidal⁵, y Pokorny⁶ jalonan y respaldan estos estudios. Estos dos últimos sostienen la presencia de una oleada ilírica —protoindo-europea— que uniéndose a los ligures habrían constituido el núcleo de los ligures ilirizados, en tanto que Menéndez Pidal, en su trabajo de 1940, les ha terminado por ubicar entre los *ambrones*, cosa que —aun-

1 A. BERTHELOT, *Les Ligures*, en *Revue Archéologique*, 1933.

2 BERTHELOT, op. cit. y J. POKORNY, en *Reallexikon der Vorgeschichte*, VI, 1.

3 L. PERICOT, *La España primitiva*, Barcelona, 1951, p. 257.

4 M. GÓMEZ MORENO, *Sobre los iberos y su lengua*, Madrid, 1925.

5 R. MENÉNDEZ PIDAL, *Sobre el sustrato mediterráneo occidental*, en *Ampurias*, II, págs. 3-16, Barcelona, 1940.

6 J. POKORNY, *Zur Urgeschichte der Kelten und Illyrier*, en *Zeitschrift für celt. Philologie*, 1935-1936, vol. XX, págs. 315 y 489 y 1938, vol. XXI, pág. 55. (Editado por separado: Halle, 1938). Agréguese que la teoría de POKORNY, de base ampliamente arqueológica, ha sido reforzada más tarde por la aportación de P. KRETSCHMER, *Die vorgriechischen Sprach- und Volkschichten*, en *Glotta*, 1943. La teoría reapareció en 1946 en J. CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, Barcelona, 1946, pág. 84, nota 1, a su vez MENGHIN, *Migrations méditerranéennes*, pág. 144, nota 1, reprocha a Pokorny que no distinga entre los ilirios del sur (o "verdaderos ilirios"), que hablan el *satem* y los del norte que (con los vénetos) emplean el *kentum*. En contra de esos supuestos ilirios en España ver: BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, en *Cuadernos de Hist. de España*, Buenos Aires, 1948, págs. 60-61, nota. Debe verse también, MARTÍN ALMAGRO, *Ligures en España*, en *Revista di Studi Liguri*, vol. XVI, pág. 36, 1950. Una de las últimas hipótesis sobre los ilirios los considera preeslavos; P. BOSCH GIMPERA, "Celtas e Iberos", en *Zephyrus*, vol. II; Salamanca, 1951. Ella ha aparecido al mismo tiempo que Pokorny insistía en su vieja teoría con nuevos elementos; J. POKORNY, "Recent developments in celtic study", en *The Welshman's*, pág. 80; Cardiff, 1951.

que apoyada en el terreno arqueológico por Almagro⁷— tampoco ha sido aceptada sin resistencias.

Insistiendo en esta revaloración de lo ligur, Hubert señala a los albiones, tribu que habitaba a la orilla del Navia, como de tal procedencia y Rhys hace lo propio con los goidélicos (aunque en el fondo los cree los primeros invasores célticos, en tanto que otros autores sospechan que se trataba de una mezcla de celtas e itálicos). Y Tovar aporta nuevos datos para sostener la existencia de una zona centrooccidental iliria o ligur⁸.

Por otra parte, modernos autores itálicos proclaman la importancia de lo ligur y minimizan las posibles influencias orientales⁹. Hasta se ha llegado a elaborar un mapa de repartición de "ilirios" y protoceltas en España¹⁰. Otro problema conexo es el de saber a quién pertenecieron ciertos poblados cuyas huellas se encuentran y cuyo más importante vestigio son las dieciséis viviendas de ese tipo agrupadas en Roquiza del Rullo, en Fabara, cerca de Zaragoza¹¹.

El problema dista de estar resuelto, como queda visto, pues, como dice Pericot: "Ahora algunos autores italianos vuelven a valorar a los ligures como abstracto étnico de Occidente. Con lo que la hipótesis de hace 30 años habría dado la vuelta después de haber pasado por la negativa absoluta y por la identificación con los ilirios y con los protoceltas. Pero en el caso de que los ligures fueran los indígenas de raíz neolítica, habría que buscar a quién corresponden las evidentes huellas lingüísticas protoindoeuropeas que en la Meseta se encuentran. Evidentemente a unos protoceltas o ilirios que al relacionarse, mezclarse o confundirse con los indígenas ligures de Occidente han dado lugar a que los dos elementos diversos en el fondo, nos aparezcan como confundidos"¹².

Pero ocurre que tampoco Menghin acepta —no sólo para España sino que tampoco para Italia— la teoría ligur de Schulten y otros. Según Menghin los protoligures (del milenio III a C.) eran "un pueblo

7 M. ALMAGRO, *Ligures en España*. ALMAGRO, "Una necrópolis de campos de urnas en España", en *Archivo Español de Arqueología*, 1950; ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, Barcelona, pág. 21.

8 PERICOT, *La España Primitiva*, pág. 258.

9 PIA LAVIOSA ZAMBOTTI, *Origini e diffusione della civiltà*, Milano, 1947, pág. 245.

10 S. VILASECA, *El poblado y la necrópolis prehistóricas de Molá* (Tarragona); Madrid, 1943.

11 J. CABRÉ y L. PÉREZ TEMPRADO, *Excavaciones en el Roquedal del Rullo, término de Fabara*; Madrid, 1929.

12 PERICOT, *La España Primitiva*, pág. 258.

mixto, compuesto de elementos protolíbicos y elámicos”¹³ (con otras adiciones asiáticas). Él recuerda que ya Schulten en *Numancia I* ha querido probar la existencia de hamíticos occidentales entre los protolígures, por medio de concordancias lingüísticas entre el lígur y las lenguas africanas, pero los resultados reputados son “escasos” para Menghín, que considera “más claras” las relaciones entre los lígures y las poblaciones del Asia anterior. En esta investigación él prosigue persiguiendo las huellas toponímicas y patronímicas colectivas en Cerdeña, Córcega e Italia, para tratar de fijar la ruta de la invasión asiática que propugna.

Por ello sostiene que “en la migración de los pueblos asiáticos hacia el Oeste durante el IV y el III milenio, no se ha tratado únicamente de los Elamitas, sino que fue un proceso mucho más complejo: fue toda una gran migración, de la cual participaron muchos pueblos y tribus”, pero en la que, “en general, los Elamitas, en el sentido más amplio de la palabra, fueron los que estuvieron mayormente representados”¹⁴. Por todo ello, finalmente, rechaza la teoría de Schulten de que los lígures fueran la población primitiva de toda España¹⁵. Lo que revela que aquel regreso supuesto en 1950 por Pericot no ha alcanzado, cuando menos, la difícil y casi inobtenible unanimidad...

Impresionado por esta nueva insurgencia contra lo lígur y por la correlativa falta de admisión de la tesis ilírica y *ambroña*, el propio Pericot ha modificado un tanto su posición. En otro trabajo de síntesis, aparecido dos años después del que acabamos de citar, nos dice: “En realidad, ninguna de estas hipótesis es por hoy satisfactoria. A los lígures hemos de considerarles como preindoeuropeos y resto de una comunidad étnica entre España y otras zonas mediterráneas en tiempos de la Edad de Piedra. En cuanto a los ilirios, su identificación con la cultura de Lausacia es hoy muy aventurada. A ésta se la disputan los ilirios, los germanos y los eslavos... Podemos esperar aún otras soluciones que fatalmente irán produciéndose en los próximos años y sería ingenuo enamorarse de una de las ya propuestas”¹⁶. La escasez de los hallazgos arqueológicos de esa época hasta ahora existentes justifica plenamente esa discreta reserva...

2. Otra teoría de Schulten, complementaria de la anterior, es la

13 MENGHIN, *Migraciones Mediterraneae*, en “Runa”, I, Buenos Aires, 1948, pág.144.

14 Ibid., pág. 146.

15 Ibid., págs. 146-147.

16 PERICOT, *Las Raíces de España*, Madrid, 1952, págs. 44-45.

de que los vascos serían parte de los ligures. Aunque la exprese en forma dubitativa, ella casa bien con su idea simplista de un solo elemento poblativo en el substratum étnico de toda España. Y ello sólo parece posible con la introducción —desde luego muy forzada— de los vascones en la etnia ligur. De esta manera, "Cántabros, astures, vetones, lusitanos, carpetanos y vacceos, pertenecerían a este foco de fondo ligur"¹⁷. Y a ello se agregarían los que más tarde llamaríamos vascos.

El problema de las infiltraciones almerienses en el norte de España ha venido siendo estudiado por Bosch Gimpera desde 1932¹⁸. También los ha hecho con las argáricas. Así ha comprobado cómo ciertas armas muy típicas (como espadas de bronce de ese tipo halladas en Cueva de Llanusa y un puñal triangular conservado en el museo de Limpias y presumiblemente de la región) demuestran que tales elementos ibéricos han llegado en su expansión septentrional hasta plena provincia de Santander¹⁹. Pero lo vasco sigue siendo un elemento irreductible.

Además, siguiendo ideas tradicionales del P. Larramendi y de Humboldt, en el primer cuarto de este siglo, los estudios de Schuchardt²⁰ y luego de Menéndez Pidal²¹ presuponían que el vasco era una lengua ibérica. Mas apenas comenzado el segundo cuarto de siglo, Bosch Gimpera insistió en que tales elementos ibéricos sólo eran prueba de contacto o elementos no esenciales y de aluvión y que el vasco no era ibero²².

Es que el problema lingüístico era distinto del de la cultura. Para Bosch Gimpera lo único actualmente evidente es que la lengua y cultura son problemas distintos y que la aclaración del origen de la lengua no explicaría, por lo tanto, el de la naturaleza de ese *etno*.

Así nos dice: "El carácter no ibérico de los vascos ha quedado probado con la diferencia esencial entre la cultura pirenaica y la almerien-

17 PERICOT, *La España Primitiva*, pág. 258.

18 P. BOSCH, *Notes de prehistoria aragonesa en Butlletí de la Associació catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria*, vol. I, pág. 13 y sigs.; Barcelona, 1923.

19 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, cit., págs. 45 y 89.

20 H. SCHUCHARDT, *Baskisch-iberisch Oder ligurisch?* en *Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien*, XLV, págs. 109 y ss., Viena 1915. H. SCHUCHARDT, *Das Baskische und die Sprachwissenschaft*, en *Sitzungsberichte der Wiener Akademie der Wissenschaften*, Viena 1925.

21 R. MENÉNDEZ PIDAL, *Sobre las vocales e y o en los toponímicos*, en *Revista de Filología española*, V, págs. 223 y ss. Madrid, 1918.

22 P. BOSCH GIMPERA, *El problema etnológico vasco y la arqueología*, en *Revista internacional de los estudios vascos*, XIV; San Sebastián, 1923. Con posterioridad ha mantenido esta posición en diversos trabajos publicados en la misma Revista: *La prehistoria de los iberos y la etnología vasca*, XVI; 1926. *Los celtos y el país vasco*, XXIII; 1932. Y finalmente en *Los Iberos*, pág. 91.

se y con los tipos antropológicos vascos, que aparecen ya en los sepulcros megalíticos pirenaicos, después de los estudios de Arazandi en cuanto a la antropología, y de los nuestros y de Pericot en cuanto a la filiación de la cultura pirenaica, así como los de Barandiarán en cuanto a la etnografía ²³. Estos estudios de Barandiarán han sido complementados por Caro Baroja en 1946 ²⁴.

Los elementos iberos dejados entre los vascos pueden deberse a un avance muy antiguo de aquéllos por el valle del Ebro y que tales grupos ibéricos hubiesen sido luego absorbidos por los vascones. Nada se opondría en opinión de Bosch Gimpera, a que la infiltración ibera llegase al territorio Cántabro, ya Ebro arriba o desde las montañas septentrionales de la región burgalesa ²⁵. No es ésta la opinión de Caro Baroja, para quien la iberización no alcanzó a los cántabros ²⁶.

Finalmente el caso de los vasos es, para Bosch Gimpera, el de un pueblo indígena del norte de España, con "infiltraciones ibéricas, complicadas con nuevas infiltraciones célticas (la tribu de los velegienses y, probablemente, también la de los aurinos). De ello resultó un pueblo parecido al de los celtíberos, pero con una base indígena iberizada mayor y con menos contenido céltico ²⁷. Estas ideas actuales de Bosch Gimpera provienen de sus estudios de 1932 ²⁸ y 1933 ²⁹ que han ido más tarde, a integrar su cuadro evolutivo de la población de España, verificado en 1948 ³⁰.

Pericot parecería estar cerca de la idea de que los vascos sean efectivamente ligures, como lo quiere Schulten. No sólo por las expresiones antes transcritas, que parecen hacer propia aquella tesis, como por la otra idea, fundamental, de que no son iberos. A este respecto en una de sus acertadas páginas de su libro de síntesis, nos dice: "El problema de los iberos y de los vascos cabe enfocarlo desde diversos puntos de vista. Por su raíz prehistórica, nada tiene que ver, aunque en el Eneolítico los pastores vascos recibieron múltiples influencias almerienses. Antropológicamente son distintos, pues a los iberos los supone-

23 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, págs. 90-91. Se refiere al libro de J. M. DE BARANDIARÁN, *El hombre primitivo en el país vasco*; San Sebastián, 1934.

24 CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, cit.

25 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, pág. 92.

26 CARO BAROJA, *Los pueblos del norte de la Península Ibérica*, Madrid 1943, págs. 37 y 82.

27 BOSCH GIMPERA, *Los iberos*, págs. 92-93.

28 BOSCH GIMPERA, *Los celtas y el país vasco*.

29 BOSCH GIMPERA, *El problema de los cántabros y de su origen* en *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*; Santander, 1933.

30 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, págs. 89-93.

mos mediterráneos y los vascos tienen caracteres peculiares que ya se hallaban en las gentes de sus dólmenes, aunque también es verdad que en *El Algar* se observaron elementos antropológicos vascoídes. Arqueológicamente la cultura ibérica nada tiene que ver con la cultura retrasada de los vascos prerromanos. Queda, pues, como único posible lazo, el de la lengua, un verdadero enigma. Pero la lengua vasca se conoce, la ibérica todavía no. En las numerosas inscripciones que hoy se leen, aparecen palabras y aún frases que parecen sonar a vasco y que a veces se pueden traducir por él, pero de ahí a afirmar que están pura y simplemente escritas en dicha lengua media un abismo. Sin querer penetrar más a fondo en este complicado problema cuya solución hay que reservar a los filólogos, nos parece que ha de tratarse de pueblos distintos con lenguas diversas pero con milenarios contactos que han dejado su huella en el idioma. Esto, sin excluir la posibilidad de unos vascos originarios que hubieran adoptado una lengua española primitiva y la conservaran, amén de muchas otras posibilidades que no resulta ya interesante desgranar”³¹. Con este análisis, vuelve a apartarse, en este punto, de Schulten. Sin embargo, al final, puesto a definir, aun más, su pensamiento, Pericot se incorpora a la tesis caucásica, que le parece “hasta ahora”, la que ofrece “el paralelo más convincente”³².

La ya muy anticuada creencia de que el vasco podía derivar de lenguas africanas, por contener, efectivamente, algunos antiguos elementos africanos, ha sido terminantemente desechada después de la comprobación de que el vasco —como el íbero y el aquitano— no poseía la *f*. Para el vasco esta comprobación fonética ha quedado demostrada en 1944 con una excelente exhibición de testimonios verificada por Castro Guisasola³³. Hay quienes, como Menghin, creen que estas tres lenguas, muy antiguas, constituían por ello un solo grupo lingüístico, el cual habría de incluir también a un elemento protoligur³⁴.

Ya en 1931 Bertoldi planteaba la posibilidad de poder hallarse las pruebas toponímicas de la existencia de un antiguo substratum lingüístico que uniría a la Península Ibérica con el Asia Menor a través de los Pirineos, los Alpes, Italia, Dalmacia y los Balcanes³⁵. Como nada sabemos de las lenguas del paleolítico es totalmente improbable la

31 PERICOT, *La España Primitiva*, cit., pág. 289.

32 *Ibid.*, pág. 312.

33 F. C. GUIASOLA, *El enigma del vascuence ante las lenguas indoeuropeas*, en *Revista de Filología española*, vol. XXX; Madrid, 1944.

34 MENGHIN, *Migrations Méditerranéennes*, pág. 171.

35 V. BERTOLDI, “Problèmes de substrat”, en *Bulletin de la Société linguistique de Paris*, Paris, 1931, XXXII, págs. 93-184.

sospecha de Bosch Gimpera de que esto pudiera haberse originado a finales de ese período. Más posible será buscar sus huellas —en el estado actual de nuestros estudios—, como él también lo insinúa, en “una etapa de formación de las lenguas europeas preindoeuropeas a través del mesolítico y del neolítico”³⁶. Poco después de Bertoldi, Montandon planteaba la semejanza antropológica entre vascos y caucásicos³⁷, pero esta tesis parece bastante olvidada en estos tiempos nuestros. Acaso ha recibido, al menos en parte, el impacto del descrédito del autor, descrédito fundado, en motivos no científicos sino políticos. . .

En realidad, en estos últimos años, con posterioridad a aquella indicación de Bertoldi, se ha ido elaborando una serie de estudios que busca la vinculación del vasco con las lenguas caucásicas. Uhlenbeck ha señalado a este respecto la existencia de intensos paralelos³⁸ y Lafón ha llegado a la afirmación de su parentesco³⁹. Quizá menos afirmativo, pero igualmente interesado en la demostración de las vinculaciones estrechas, aparece contemporáneamente a los dos anteriores Holme⁴⁰. En esta tendencia está también Menghin, quien afirma en 1948: “Nadie discutirá hoy que la lengua vasca tiene relaciones íntimas con las lenguas del Cáucaso; nadie dudará que ellos [los vascos, vascones y aquitanos] son el último resto de la población preindoeuropea de esta parte de Europa”⁴¹. Para él se trata de una prueba adicional de una migración asiática a través de Grecia e Italia, que es la tesis principal sostenida en su importante trabajo. Para él la lengua vasca es “netamente caucásica”, tanto por su conformación interna como por el volumen de voces indoeuropeas; recibe un segundo elemento lexical y de vocabulario —minoritario— de la lengua hamítica y un tercero, también reducido, de la altaica⁴². Este último ya había sido postulado por Fouché⁴³.

36 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, cit., pág. 92, nota 59.

37 GEORGES MONTANDON, *La race, les races, mise au point d'Ethnologie somatique*, París, 1933, pág. 252. G. MONTANDON, *L'Ethnie française*, París, 1935, págs. 125-137.

38 C. C. UHLENBECK, “Affinités prouvées et presumées de la langue basque”, en *Gernika, Eusko-Jakintza, Revue d'études basques*, vol. I, N° 2, Bayona, 1947, págs. 171-182. C. C. UHLENBECK, “Les couches anciennes du vocabulaire basque”, en *Gernika, Eusko-Jakintza, Revue d'études basques*, Bayona, 1947, vol. I, Nos. 5-6, págs. 543-581.

39 R. LAFÓN, “Le problème des origines de la langue basque”, en *Gernika, Eusko-Jakintza, Revue d'études basques*, Bayona, 1947, Vol. I, N° 1, págs. 37-49; N° 2, págs. 151-163; Nos. 5-6, págs. 505-524.

40 N. M. HOLMER, *Ibero-Caucasian as an Linguistic Type*, en *Studia linguistica*, Vol. I, II; Lund, 1947.

41 MENGHIN, *Migrations Mediterraneae*, pág. 171.

42 *Ibid.*, págs. 171-172.

43 P. FOUCHÉ, “A propos de l'origine du basque”, en *Emerita*, Vol. Supl.; 1943.

Menghin está de acuerdo "en muchos puntos con Fouché, pero no con su utilización de topónimos modernos sin discriminación y sin un anterior estudio de la historia evolutiva de cada uno de ellos", lo que hace su empleo sumamente dudoso ⁴⁴.

Tampoco está Menghin de acuerdo con la tesis de Bosch Gimpera de que los vascos son los descendientes de la población paleolítica de la región occidental de los Pirineos. Podría quizá pensarse en los astures, que llegan al Neolítico a orillas del golfo de Vizcaya, pero parece poco probable —como señala el crítico— "que una etnia tan tenaz como es la vasca, haya surgido de un pueblo asturiense que presenta escasas condiciones" de tenacidad. Menghin prefiere creer que se ha originado entre los Protoiberos neolíticos, cuyas manifestaciones culturales comienzan en aquella región con la cultura megalítica pirenaica y la cerámica campaniforme ⁴⁵.

¿Son los vascos actuales los descendientes de aquellos cuyos cráneos se descubren en los dólmenes pirenaicos? Pericot lo cree verosímil, apoyándose en que la población pirenaica no se ha alterado desde el Neolítico o que, en su defecto, se ha arrinconado en una de sus zonas extremas sin eliminarse por completo. Al fin y al cabo, sólo nos separan de ellas unas 130 generaciones... Ello no impediría creer en la existencia de un stock no mediterráneo, que —siguiendo la línea de las altas montañas europeas— llegue del Cáucaso a España. En tal caso, para Pericot, el problema se bifurca y descompone en nuevos interrogantes: ¿quiénes eran los recién llegados?, ¿en qué relación quedaron con los antiguos pobladores del Paleolítico superior?, ¿en qué medida se produjo algún cruzamiento y transculturación? ⁴⁶.

Y en cuanto a la lengua, "sería la de los paleolíticos, adoptada por los neolíticos o sería la de éstos, habiéndose perdido el idioma de los primeros?" ⁴⁷. Lo raro es que Pericot, que plantea esas dos posibilidades extremas, se le escapa (supongo que en la premura de la redacción) la tercera posibilidad, mucho más posible, de una conservación, en algún grado, de uno de los dos léxicos (que en el orden de lo puramente lógico y conjetural, parecería indicar un predominio de la o las lenguas neolíticas, que debían de contar con un vocabulario más extenso y adecuado a las nuevas condiciones de vida y de cultura del Neolítico).

44 MENGHIN, *Migrations Méditerranéennes*, pág. 172, nota 1.

45 *Ibid.*, pág. 182.

46 PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 38, nota 25 bis.

47 *Ibid.*, págs. 37-38.

También Caro Baroja se pregunta si el vasco es debido a la migración de un pueblo a través de áreas culturales y lingüísticas diferentes hasta llegar a Occidente, o es un relicto de una gran familia, muy antigua, existente desde el Cáucaso al Pirineo en época anterior a la de las grandes invasiones indoeuropeas. Y añade: "Lo segundo es la opinión más corriente"⁴⁸.

Aquí, Caro Baroja parece referirse a la opinión de Bosch Gimpera que ha creído encontrar las raíces del vasco en el Paleolítico. Pero Pericot⁴⁹ y otros no están de acuerdo con ello y prefieren situarla en el Neolítico. Sin embargo, Pericot no porfía demasiado en aquello que más que negación es, en él, duda, si bien casi en nuestros días insiste en sostener que no cree "que los vascos sean precisamente los descendientes de los auríaco-gravetienses que ocupan la Península en el Paleolítico superior y que los restantes indígenas prerromanos sean el resultado del crecimiento de los elementos llegados en las invasiones neolíticas"⁵⁰.

Lo que es extraordinario, como fenómeno lingüístico, es que esta "reliquia" inmaterial, que es esa lengua, haya llegado casi inalterada hasta nosotros. Como dice el mismo Pericot: "Nada puede ya en la mayoría de países europeos devolverle a un hombre del siglo XX la sensación de transponerse a 5 ó 10.000 años antes. A nosotros nos basta para ello escuchar a unos campesinos vascos en algunas de sus fiestas populares improvisando en su vieja lengua y cerrar los ojos. ¡Estamos oyendo a unos pastores neolíticos o, acaso, a quienes pintaron Altamira!..."⁵¹.

II

ÍBEROS Y CELTAS

3. Schulten entiende que la segunda capa de población señalable

⁴⁸ CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, pág. 175.

⁴⁹ PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 38, nota 25 bis.

⁵⁰ LUIS PERICOT, *Los primeros españoles*, en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, 1953, IV, págs. 584-585. Como contribuciones finales sobre el estado actual de los estudios acerca de la lengua vasca, recordaremos asimismo, un corto estudio de J. FLEURIOT, en *La Nature* (juillet, 1954, pág. 270) y sobre todos los vascos, pero especialmente aquellos del lado español (Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y Navarra) y otro libro, bien informado: Ph. VEYRIN, *Les Basques*, Grenoble et Paris, 1955 (con un mapa).

⁵¹ PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 58.

en España es la de los íberos. Pero quiénes son los íberos? La respuesta no es tan fácil como se supone. Schulten se basa en la *Ora Marítima* y en Hecateo y nos los da como ocupando el sur de Francia y el norte de España, descendiendo hasta la región meridional de Valencia. Aparecen repetidamente luego como mercenarios en Sicilia y en otros lugares, diferenciándose de los otros *etnos*. Pero ese coro unánime de la antigüedad se diluye en nuestros modernos tiempos científicos.

“Los íberos —el pueblo que se ha tomado a menudo por el más característico de la España indígena —son, en realidad, el pueblo que los colonizadores griegos, al comenzar su conocimiento de la Península, encuentran en la costa de Levante, extendidos desde el golfo de Alicante hasta el sur de Francia, en el siglo VI antes de nuestra era”⁵². Un siglo más tarde el concepto se ha extendido y se engloba en él a los pueblos de lo que mucho después será la Andalucía, y en otro más cercano aún —el III a. C.— a los celtíberos.

Para Bosch Gimpera, de quien son los anteriores conceptos, los íberos propiamente dichos son productos de una infiltración africana, camítica, de grupos procedentes del Sahara —de un Sahara que era región entonces bien irrigada y poblada—, infiltración ocurrida durante el tercer milenario. Estos invasores africanos ya en la Península se superpusieron a las poblaciones paleolíticas y desarrollaron la llamada “cultura de Almería” (que para Bosch no es esencialmente diferente que la que traían de su tierra de origen)⁵³. Fusionados con los paleolíticos (epigravetienses, que diría Pericot)⁵⁴, formaron el substratum ibérico. Así, “con el tiempo, esta población unificada por los sahara-almerienses viene a ser llamada ibérica y constituye la raíz de los íberos históricos”⁵⁵. Ese autor añade: “Parece, pues, indudable que de uno de los grupos de la vieja cultura de Almería se formaron los íberos en sentido estricto, conocidos a través del Periplo y de Hecateo, cuyo nombre

52 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, pág. 5.

53 *Ibid.*, pág. 6. Al respecto de ese posible ingrediente africano, camítico, me parece interesante señalar la existencia de un copioso libro, muy reciente, en el que se analizan, de manera bastante completa, los problemas cronológicos del norte africano: L. BALOUT, *Préhistoire de l'Afrique du Nord: essai de chronologie*, París, 1955.

54 LUIS PERICOT, *Nuevos aspectos y problemas de la investigación prehistórica*, Zaragoza, 1948, pág. 8. PERICOT, “Treinta años de excavación en Levante”, en *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste español*, en *Publicaciones de la Junta Municipal de Arqueología y del Museo de Cartagena* (separata), Cartagena, 1949, pág. 54. PERICOT, *Las raíces de España*, págs. 20-22. PERICOT, *Los primeros españoles*, págs. 582-584.

55 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, pág. 6.

llegó luego a englobar a todos los pueblos almerienses (grupo mastieno) y mezclados desde antiguo con ellos (grupo tartesio)"⁵⁶.

Para Bosch Gimpera, por lo tanto, "por los textos, lo mismo que por la arqueología puede distinguirse así una zona netamente ibérica"⁵⁷. Y además, otra zona menos (y por menor tiempo) iberizada, en parte de la costa catalana, en la que superviven los elementos de las culturas aborígenes con grado variable de influencias célticas. Sumamente opuesta a esta tesis es la del sucesor de Bosch en Barcelona. El profesor Almagro, en 1945, partiendo de la base de la posibilidad de un error en los autores clásicos primeramente nombrados (y en la larga serie de sus seguidores) postula que los iberos no han existido como entidad etnográfica independiente y que sólo son una tribu de los celtas⁵⁸, si bien en sus últimos trabajos de 1951 hace menos terminante y rotunda su negativa a la tesis iberizante, aunque todavía insiste en no admitir a "esos hipotéticos iberos de origen africano que han querido concebir muchos autores"⁵⁹.

Por su parte García Bellido, desde 1943, sostiene que la cultura ibérica (pese a sus exquisitas muestras materiales) sólo habría nacido tardíamente ya en la época romana...⁶⁰. Es interesante señalar los estudios especiales que antes y después de esa fecha ha realizado en torno al arte⁶¹ y la arquitectura ibérica⁶², ya comparándola con lo etrusco o lo mediterráneo, ya estudiándola en sus características esenciales⁶³. Consecuente con esa posición, Fernández de Avilés, señala que algunos santuarios ibéricos subsistieron hasta el siglo IV de nuestra Era...⁶⁴.

Pericot distingue las dos hipótesis principales sugeridas: la del origen africano (Bosch) y la del caucásico. Él se pronuncia por la pri-

56 *Ibid.*, pág. 64.

57 *Ibid.*, pág. 65.

58 MARTÍN ALMAGRO, *Excavaciones en Ampurias: últimos hallazgos y resultados*, en *Archivo Español de Arqueología*, Madrid, 1945, XVIII, pág. 74. MARTÍN ALMAGRO, "El problema de la fijación de las invasiones célticas en España, en *Ampurias*, Barcelona, 1948, t. IX.

59 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 28.

60 GARCÍA BELLIDO, *Algunos problemas de arte y cronología ibéricos*, en *Archivo Español de Arqueología*, Madrid, 1943.

61 GARCÍA BELLIDO, *Las relaciones entre el arte etrusco y el ibero*, en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, Madrid, 1931, XX, págs. 119-148.

62 GARCÍA BELLIDO, *La cámara sepulcral de Toya (Jaén) y sus paralelos mediterráneos*, en *Actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología*, Madrid, 1935, XIV, págs. 67-106.

63 GARCÍA BELLIDO, *La arquitectura entre los Iberos*, Madrid, 1945. Por mi parte la reproduzco en la pág. 491 de *Siete arqueólogos, siete culturas*.

64 A. FERNÁNDEZ DE AVILÉS, *Escultura del cerro de los Santos. La colección Velasco...*, en *Archivo Español de Arqueología*, Madrid, 1943, I, cap. 3, pág. 386, nota 1.

mera ⁶⁵. Pero no deja de advertir acerca de la aparición, recentísima entonces, de una nueva teoría de Menghin, que convierte a los íberos no ya en caucásicos sino directamente en asiánicos. En ese trabajo Menghin, aparece sosteniendo que "la identificación de los 'más antiguos íberos, considerado como un pueblo hamítico, con los portadores de la cultura de Almería, al modo de Bosch Gimpera, me parece imposible" ⁶⁶.

Esto no impide que crea que es allí, en Almería, donde establecieron contactos por primera vez Asiánicos y Hamitas occidentales. Supone que posiblemente las primeras relaciones hayan sido hostiles e infiere que para la formación del pueblo mestizo de los Protoíberos o Hispanos, se necesitó lógicamente cierto tiempo. "Según evidencian las circunstancias arqueológicas puede suponerse que la mezcla de ambas etnias tuvo lugar precisamente en tierra andaluza. De allí conquistó rápidamente el centro, oeste y noroeste de la Península, luego el noreste y finalmente el sudeste, es decir la región de Almería, donde habíase efectuado el primer contacto" ⁶⁷.

Para él, como en otra parte de este libro recordamos ⁶⁸, habría dos capas protoibéricas: la más antigua —productora de la cerámica campaniforme— y la más moderna, representada arqueológicamente por la cultura de El Argar (que también habría actuado como difundidora de las influencias asiánicas en el resto de la Península). Recién cuando ambas capas se fusionan puede comenzar a hablarse de los íberos históricos.

¿Y qué piensa de este candente problema el [ex] Comisario general de excavaciones arqueológicas de España? Su opinión es tanto más interesante cuanto que, a raíz de la generalizadora noción secundaria de los íberos como los más antiguos habitantes de España por antonomasia, saber si hay o no íberos y qué se debe entender por tales, debe ser —para él— una cuestión fundamental. En su opinión la "revolución neolítica"— como se ha dado en llamarla por algunos autores— se opera en España como resultado de la acción de la "cultura hispano mauritana". Pero es una cultura simple, con ausencia de metales, que puede relacionarse con la época de las viviendas en cuevas ⁶⁹.

65 PERICOT, *La España primitiva*, pág. 290.

66 MENGHIN, *Migrations Méditerranéennes*, pág. 180.

67 *Ibid.*, pág. 181.

68 Véase capítulo con la biografía de Cartailhac y sus investigaciones en la Península Ibérica en *Siete arqueólogos, Siete culturas*, del autor de estas páginas, de muy próxima aparición.

69 J. MARTÍNEZ SANTA OLALLA, *Sobre el Neolítico antiguo en España*, en *Atlantis*, Madrid, 1941, XVI. PERICOT, *La España primitiva*, pág. 131.

¿Y para épocas más recientes? Y bien, ya en 1946, en su conocido libro de síntesis, mi amigo Julio Martínez Santa-Olalla (que es el alto funcionario en cuestión), planteaba muy serias dudas acerca de que: "El hierro ibérico todo, tanto el I iberizante como el II plenamente ibérico, no tienen una base racial diferenciada, ya que esos llamados iberos y arqueológicamente cultura ibérica, ni es raza ni es cultura... Culturalmente no existe en sus comienzos una cultura ibérica y sí sólo la tendencia iberizante que opera sobre una base céltica principalmente, en que, gracias al influjo de que son mediadores los púnicos, se crea la cultura que completan los romanos con su conquista y dominación y que llamamos ibérica". A continuación agrega, todavía: "La cultura ibérica no es otra cosa que la reacción del genio español personalísimo bajo el influjo clásico, la reelaboración del clasicismo, que naturalmente incluye, arcaizándole, los elementos orientales inseparables de nuestro ser racial y aúmico, en equivalencia rigurosa con el mismo fenómeno que se realiza en el mundo puramente céltico y que conocemos por cultura de La Tène".⁷⁰ En esta opinión negativa ha persistido Martínez Santa-Olalla en trabajos posteriores y en nuestras personales conversaciones en enero-febrero de 1952.

Por esta clara disidencia negadora, y por la posición netamente celtizante de Almagro y la no menos neta romanizante de García Bellido, Pericot puede preguntarse, en 1948: ¿qué es lo ibérico?... ¿Existió realmente una invasión en Aragón y en la meseta de los iberos de la costa? ¿Existía, siquiera, un pueblo ibérico?"⁷¹ En el IV Congreso Arqueológico, celebrado ese año en Elche, pudo decir que los iberos eran "el punto neurálgico del Congreso", pues: "Como dije ya en 1940 en Madrid ante el asombro de algunos, no sabemos siquiera si los iberos existieron"⁷². Y por eso, puede declarar "que llega un momento, y así ha ocurrido en la investigación reciente, que nos preguntamos si hubo realmente iberos, si no será esa denominación algo engañoso"⁷³.

Pero, en realidad, estas preguntas no son para él, en 1950, más que un artificio retórico, para afirmarse en la idea de que los iberos existieron como *etno* perfectamente diferenciado, del cual nos da, en una veintena de páginas una apretada síntesis cultural⁷⁴. Y dos años

70 J. MARTÍNEZ SANTA OLALLA, Esquema paleontológico de la Península Ibérica, en *Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre*, 2ª ed., Madrid, 1946.

71 PERICOT, *Nuevos aspectos*, pág. 14.

72 PERICOT, *Crónica del IV Congreso Arqueológico*, pág. 65.

73 PERICOT, *La España primitiva*, pág. 286.

74 *Ibid.*, págs. 291-310.

más tarde, en otro estudio de síntesis, escribe: "Seguimos creyendo en los iberos, en su antigüedad y en lo arcaico de su raíz cultural. Los iberos representan para nosotros la población mediterránea española desde el Neolítico hasta la época histórica, que en su primera etapa no era sino el resultado de aportaciones étnicas recientes del Norte de África (camitas-bereberes) sobre viejas poblaciones capso-gravetienses de 10 a 20.000 años antes"⁷⁵.

Y la teoría de Menghin, acepta la posibilidad de la llegada de los elementos del Asia a las costas españolas del sudeste y hasta su papel de posibles creadores de la cultura del Argar, sobre la base de la de Almería protoibérica. Y agrega: "En tal caso se podría relacionar la llegada de elementos tirscenos informando el mundo tartesio con la llegada de esos iberos asiáticos que quedan al Este de los tartesios"⁷⁶. Pero nada más, pues, "en nuestra opinión la hipótesis de Menghin, interesantísima, plantea tantos problemas que si se aceptara quedaría el cuadro de nuestra Protohistoria más oscuro todavía que en la actualidad"...⁷⁷.

4. Agrega Schulten que otra gran capa de la población antigua de España son los celtas. También en este aspecto las variaciones de criterio respecto de tal elemento poblativo han evolucionado considerablemente a través de todos estos años. Hay una sola cosa perfectamente clara, que es que hubo considerable presencia e influencia personal de celtas en España. Pero cuando queremos comenzar a enterarnos, por menori-zadamente, de cuándo y cómo ocurrieron las cosas esa claridad se torna bastante penumbrosa y los autores no se ponen de acuerdo ni siquiera en la pregunta fundamental acerca de si hubo o no varias oleadas de invasión.

Schulten no se detuvo mucho en detalles. Indicó precisamente la acción céltica —especialmente en lo que se refiere a la posterior formación de los celtíberos— pero sin pararse mucho en definir su evolución interna. Sin embargo, como expresa Bosch Gimpera en 1948: "Habitualmente se suponía que el elemento ibérico era el más antiguo y que los celtas se le habían interpuesto. Schulten intentó demostrar lo contrario y creyó que solamente en el siglo III, los iberos se habían infiltrado en el territorio ya dominado por los celtas. La arqueología hace volver a la teoría clásica"...⁷⁸.

75 PERICOT, *Las raíces de España*, págs. 55-56.

76 *Ibid.*, pág. 58.

77 PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 47.

78 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, pág. 87.

En su primera época, como dice Pericot, los celtas constituyeron "el mito más seductor para los primeros prehistoriadores"⁷⁹, que echaban en la cuenta de muchos presuntos celtas las radicales diferencias observadas respecto de otras poblaciones. A esa primera tendencia, de alta valoración del aporte celtista, ha seguido fiel hasta nuestros días especialmente Almagro, aunque como en seguida se verá, separado de otros colegas por radicales diferencias internas, que se refieren al número, modo e intensidad de los aportes, pero especialmente al primero de esos aspectos. De cualquier modo que sea, el cambio étnico que produce la llegada a España de los celtas es perfectamente claro, aunque más se refleja en la lengua y la toponimia, que en las huellas arqueológicas, que son débiles y no están en consonancia con la importancia de la impronta lingüística.

Precisamente esa falta de grandes ajuares celtas, de una cultura que se refleje en pruebas numerosas apoyadas en la cultura material, hizo que los arqueólogos españoles se desentendieran un poco de los celtas, hasta que hace unos veinte años se produjo la reacción. ¿Y cuál es el estado actual del problema? Pues, como ha pasado con los otros que enunciamos, se está en pleno examen y controversia, sin que, por el momento al menos, nadie convenga a nadie. Lo único cierto es que "ha crecido tanto el papel de los celtas que los pobres íberos han llegado casi a desaparecer en la hipótesis de algunos de mis colegas como pueblo y cultura"⁸⁰.

En 1942 Bosch Gimpera señaló la presencia de *dos* grandes oleadas célticas sobre España⁸¹ y en 1945 insistió sobre ese punto de vista en dos trabajos⁸². Finalmente en 1948, aunque agrega: "No vemos motivo para modificar nuestras conclusiones"⁸³, las sintetiza señalando la existencia de "una *primera oleada*, procedente de los celtas de las urnas del sur de Alemania, que se extiende por el S. de Francia *entre 900 y 800 años a. C.* y entre cuyos pueblos hay *beribraces*, llegando ya entonces a Cataluña, y continuando allí hasta el siglo VI" y "*Una segunda oleada, con distintas etapas*, procede de Westfalia y territorios vecinos del centro de Alemania, de Holanda y Bélgica... llega por el camino del oeste de Francia y entra en España por los puertos del Pirineo vasco".

79 PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 47.

80 *Ibid.*, pág. 48.

81 PEDRO BOSCH GIMPERA, *Two celtic waves in Spain*; London, 1942.

82 PEDRO BOSCH GIMPERA, *El poblamiento y la formación de los pueblos de España, Addenda et Corrigenda*; Madrid, 1945. PEDRO BOSCH GIMPERA, *Elementos de formación de Europa, Los Celtas*, en *Revue de l'Institut Français de l'Amérique Latine*, I, N° 2; 1945.

83 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, pág. 59, nota 27.

Para Bosch, la primera de esas oleadas hace llegar al alto valle del Ebro a los *berones* y otros, que por esa ruta alcanzan hasta el Bajo Aragón. Son los portadores de la cultura hallstättica arcaica. Estos coinciden con la primera oleada céltica extraña, de la cultura de las urnas, y con la cultura indígena o propia de los iberos descendientes de los almerienses. Algunos miembros de esa primera etapa se deslizan por el camino de Miranda a la alta meseta castellana y luego se repliegan hacia la actual provincia de Soria, donde resultan ser los *pelendones*, o se instalan en el borde inferior y norte de dicha meseta o se encaminan hacia Madrid, donde hoy los arqueólogos hallan sus huellas, respectivamente, en Las Cogotas y Los Areneros. Todo ello ocurre entre los años 700 y 650 a. C. y todos esos pueblos llegarían del Bajo Rin.

La segunda etapa la constituyen gentes de Frisia y Holanda —los *cempsos*— a los que se mezclan germanos *latu sensu* (cimbrios y germanos propiamente dichos). Los *cempsos* se fijan en Extremadura y sur de Portugal y los germanos llegan hasta la futura Vandalucía. Pero éstos no son los únicos germanos que se movilizan, por esa época. Otros llegan de la zona media de Alemania y aún del este de Francia. Una vez en España todo este amplio remolino de pueblos es puesto nuevamente en movimiento por los miembros de la tercera etapa que son los *belgas*, los cuales aparecen alrededor del 600 a. C. Estos recién llegados, además de hacerse su lugar y de provocar nuevos reacomodamientos, se infiltran en el norte de España entre vascos y cántabros y con el nombre de *vacceos* y *arevacos* dominan toda esa parte de la meseta septentrional y (llamándose *belos* y otros nombres) el valle del Jalón⁸⁴.

Bueno es reconocer que esta existencia de germanos en España ya había sido señalada inicialmente por Norden, en 1920⁸⁵, al demostrar que los *germani* de que hablara Plinio eran realmente germanos. A este trabajo precursor siguió el de Schulten en 1932⁸⁶, al indicar como tales a los *cimbrios* y *pemanos* y, más dubitativamente, a los *cempsos* (que resultan celtas para Bosch, tal como acabamos de ver y según este autor lo entendía así desde aquellas fechas)⁸⁷. Pero aunque corregida parcialmente, la identificación tribal concreta que Schulten planteara entonces

84 *Ibid.*, págs. 59-60, nota 27.

85 E. NORDEN, *Germanische Urgeschichte in Tacitus Germania*, Berlin Leipzig, 1920.

86 ADOLF SCHULTEN, *Germanen und Gallier*, en *Forschungen und Fortschritte*, Berlín, 1932, VIII, págs. 121-122.

87 BOSCH GIMPERA, *Los iberos*, pág. 60, nota 27. Para el caso particular de otro grupo germánico allegado a España, véase: REINHARDT, *Los suevos en tiempos de su invasión en Hispania*, en *Archivo Español de Arqueología*, nº 61, págs. 131-134; Madrid, abril-julio de 1946.

sigue siendo la primera, pues lo de Norden era una discriminación general, importante para señalar un futuro rumbo a la investigación, más que esta identificación concreta que con Schulten comienza.

Pero volvamos a los celtas. Frente a la metodizada elaboración de oleadas y etapas, admitida por Bosch, señalemos ahora la concepción de Martínez Santa-Olalla, quien, en 1946, sostiene la existencia de una penetración céltica en España recién en el siglo VI. Este autor parece compensar época tan tardía con la amplia difusión que les reconoce. Para él esta penetración céltica (de celtas del grupo goidélico, ganaderos nómadas siempre en busca de nuevas pasturas) —que se habría operado en varias y complejas oleadas— provoca una gran celtización de todo el territorio español. Naturalmente, como no admite a los celtas antes del siglo VI a. C., estas nuevas gentes al llegar a la Península lo hacen llevando consigo el hierro. Sus armas, de un filo, dureza y duración antes desconocidas les aseguran el triunfo donde se presentan contra las “gentes de las espadas”, que sólo poseen largas espadas de bronce, ahora insuficientes. De ahí el imponente cuadro de una España céltica, resultado del triunfo, casi simbólico, del hierro sobre el bronce⁸⁸.

Una concepción totalmente opuesta a estas últimas en numerosos aspectos es la de otro gran estudioso de la cuestión, Martín Almagro, para quien no han existido las famosas “oleadas” sino un solo y bastante uniforme afán de penetración céltica, que habría comenzado a actuar sobre España, a partir del siglo VIII a. C. Esta concepción ha sido metodizada por Almagro en una de las partes más interesantes de la gran *Historia de España*, que dirige el eminente filólogo e historiador Menéndez Pidal⁸⁹.

Pericot, por fin, se inclina “por la aceptación de ininterrumpidas o por lo menos diversas corrientes de inmigración que arrastran pueblos de origen y procedencia diversos que a la postre aparecen dominados por un factor preponderante que es claramente céltico goidélico”⁹⁰. De esta manera, con suprema habilidad dialéctica, el ilustre ex-decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, concilia y reúne las distintas posiciones antes mencionadas.

5. Para Schulten, “los celtas son de los más genuinos entre los iberos”⁹¹. Vale decir que, en su opinión, al producirse el contacto entre

88 MARTÍNEZ SANTA OLALLA, *Esquema*, págs. 78-83.

89 MARTÍN ALMAGRO, en *Historia de España*.

90 PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 50.

91 Véase pág. 473 y sigts. de *Siete arqueólogos, Siete culturas*.

ambos, los celtas deben haberse iberizado. Para Almagro, en cambio, hay 400 años de ininterrumpida invasión celta (del 800 al 400 a. C.), que finalmente logran la completa celtización de la Península. Y ya sabemos que no menos fuerte es la influencia a que les juzga sometidos Santa-Olalla. En efecto, el problema a plantearse es: ¿iberización de los celtas (como presupone Schulten y parece creer Pericot)⁹² o celtización de los íberos (como apoya Bosch Gimpera)?

Para comprender la importancia del dilema tenemos que recordar que como dice Pericot, mostrando el alcance extraordinario de la cuestión: "En una palabra, el papel de la oleada céltica es fundamental para explicar la Historia de España. Su influencia fue mucho mayor de lo que haría sospechar la ausencia del idioma céltico en la España moderna. Su rastro podría seguirse, en siglos históricos, en instituciones y mentalidad de las comarcas más afectadas, constituyendo un contrapeso a lo ibérico y africano que informa una buena parte de la Etnología española primitiva"⁹³.

El lector más exigente, el que pide esas respuestas definitivas que la Arqueología o la Protohistoria no siempre puede dar, volverá al dilema que antes se planteó y lo reiterará, exigiendo respuesta. Sigamos escuchando a Pericot, quien nos dice ya en 1952: "La respuesta es que hay un cambio étnico pero no una sustitución. Los indígenas son aún la mayoría y si cambian sus armas, la forma de sus vasijas, la manera de disponer sus muertos, la variedad del trigo cultivada y la especie porcina o vacuna criada, si se encariñan con el hierro o con el caballo, aun aceptando que todo esto lo hagan por influencia de los venidos del norte, incluso en algunas regiones olvidan su lengua para tomar la de los recién llegados, sus características raciales se mantienen y acabarán por fundir a los invasores, con matices que, naturalmente, revelan la inmigración. No debe perderse de vista que los celtas y los grupos afines eran ya el resultado de la fusión de gente nórdica con habitantes neolíticos de la Europa occidental, alpinos o parientes de los neolíticos españoles, y aun apurando el argumento, aquella raza nórdica procedía, en parte, por lo menos, de los viejos troncos del Paleolítico superior que consideramos como la raíz de los españoles".

En fin, como termina diciendo Pericot en esta extensa cita: "Bien, España se ha celtizado. Todos estamos conformes en ello. Pero no vayamos a exagerar en sentido opuesto al que se exageró con el iberis-

92 PERICOT, *Las raíces de España*, págs. 51.

93 PERICOT, *La España primitiva*, pág. 268.

mo" ⁹⁴. Sensatas palabras de prudencia, que posiblemente convendrá mucho tener en cuenta en el futuro.

III

ETRUSCOS, FENICIOS Y TARTESIOS

6. Schulten sostiene, también, que existieron relaciones entre los etruscos y España y que pueblos de ese origen se instalaron en ese territorio. Se trataría, en su opinión, de una colonización intensiva, sobre la cual se ha entendido en sus dos trabajos de 1930 y 1940. En el primero ⁹⁵ con su erudición habitual reúne un imponente conjunto de materiales. No es extraño, pues, que ese mismo volumen de supuestas pruebas conspira, a veces, contra la misma probanza que se intenta.

En opinión de Menghin: "El que lee atentamente ambos trabajos llega a la convicción que Schulten aporta muchas ideas ciertas y valiosas, pero que las mismas no han sido hondamente meditadas ni maduras. En parte ello es debido al escaso contacto que se tiene con los progresos hechos por la historia y la lingüística asiánica. Schulten no hace una exacta diferenciación en lo concerniente a la inmigración de asiánicos, tirrenos y etruscos, así como tampoco tiene en cuenta la mutua relación existente entre esos pueblos" ⁹⁶. Para Menghin, todo lo que demuestra es que hay en España muchos asiánicos de distintas procedencias.

A este respecto no olvidemos que de las tres teorías sobre el origen de los etruscos —la que los hace nacer en el Asia Menor (Herodoto), la que los presenta como autóctonos de la Toscana antes de las invasiones "arias" (Dionisio de Halicarnaso) y la que les da nacimiento nórdico— la que hoy aparece como más justificada por los hechos es la primera ⁹⁷.

Como siempre ocurre con Schulten, a la larga él siempre va sistematizando la interpretación de sus descubrimientos hasta adaptarlos inconscientemente a las ideas que le son más caras o a los problemas que más le preocupan. Clara demostración de ello lo tenemos en estos famosos tirrenos. En 1930 —en el estudio recién citado— sólo señala su

⁹⁴ PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 51.

⁹⁵ SCHULTEN, *Die Etrusker in Spanien*, pág. 365.

⁹⁶ MENGHIN, *Migrations Mediterraneae*, pág. 155.

⁹⁷ RAYMOND BLOCH, *L'Etruscologie, méthodes et perspectives*, en *Revue historique*, París, janvier-mars 1952, págs. 1-14.

presencia en España. Pero una década más tarde ya los quiere convertir, a finales del segundo milenio a. C., en los fundadores de Tartessos⁹⁸. Con ello contraría su primera opinión de que Tartessos había sido fundado por un pueblo oriental, posiblemente cretense. Esta primera opinión, mantenida en cuanto a lo oriental había sido resistida por Menghin en su directa y única aplicación a lo cretense.

Pero casi veinte años después de la hipótesis cretense, Schulten lanza la hipótesis tirsená. Para ello usa argumentos de orden lingüístico y escriturario. Para él, un alfabeto usado en algunas inscripciones halladas en la Bética y la Lusitania es la antigua escritura de los tartesios. Y esta escritura tuvo su origen en las colonias jonias del Asia Menor. Todo esto —y muchas cosas más— le sirve de base para intentar la demostración de que los tirsenos llegaron a España al final del II milenio a. C., fundando allí el “reino” tartesio. Y hasta el nombre mismo de Tartessos sería de origen tirseno⁹⁹. (Agreguemos, a título de ampliación, que para cierto autor italiano, lo propio le ocurriría a Tarragona . . .)¹⁰⁰.

Las opiniones de Schulten difieren absolutamente de las de Gómez Moreno, quien niega el origen fenicio del alfabeto tartesio y lo supone anterior al fenicio y a todos los europeos. Más aún, considera a esa escritura como “acaso la más vetusta entre las lineales de cepa cretense” e interpreta sus signos de manera muy distinta a la de Schulten. Sin embargo, Gómez Moreno admite la posibilidad de una migración procedente del Egeo, arribando a España en el segundo milenio, así como reconoce a muchos signos escriturarios como fenicios¹⁰¹. Su mezcla con signos egipcios no parece extraña a Menghin, quien la interpreta como denotadora de la existencia de factorías fenicias en Creta y en otras islas del Egeo, aunque —siempre apoyando su nueva teoría asiática— agrega que “en sus viajes a través del Mediterráneo occidental habían venido seguramente con ellos gentes de la más diversa procedencia”¹⁰².

Menghin —entendiendo que el alfabeto tartesio es de creación tardía y local (aunque del tiempo de los viajes fenicios a España)—¹⁰³, no admite nada de lo que Schulten arguye respecto del alfabeto tartesio

98 SCHULTEN, *Los Tirsenos en España*, 1940.

99 *Ibid.*, pág. 33.

100 B. BATTISTI, “Tarracina-Tarraco, e alcuni toponimi del nuovo Lucio, en *Studi etruschi*, 1932, VI, págs. 287-338.

101 M. GÓMEZ MORENO, *Las lenguas hispánicas*, en *Boletín del Seminario de Est. de Arte y Arqueología*, Valladolid, 1941-1942, págs. 28-30. M. GÓMEZ MORENO, *La escritura ibérica*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1943, pág. 251.

102 MENGHIN, *Migrations Mediterraneae*, pág. 156.

103 *Ibid.*, pág. 156 y 162.

como testimonio en apoyo de su hipótesis tirrena. Llega a decir que "sus lecturas de las inscripciones lusitanas suscitan dudas", por lo que "resta entonces muy poco que hable en favor de la concepción de Schulten" (quizá sólo el nombre del rey Argantonio, que puede ser tirreno y el nombre de Tartessos: *Tarso-Tursa*, punto de partida de los Tirrenos)¹⁰⁴. Pero ello, sin embargo, no implica, en su opinión, el desahucio definitivo y total de "la cuestión de los Tirrenos", que acaso alguna vez pueda volver a plantearse con más sólidos fundamentos.

Menghin termina la demolición del edificio laboriosamente edificado por Schulten: "La intención principal de Schulten, de demostrar que los etruscos habían invadido España viniendo de Italia, y se quedaron como capa señorial para beneficiarse de las riquezas mineras, puede considerarse como fallida". Si los fenicios hubiesen sido tan importantes, su tradición hubiese permanecido viva, pero no lo está, y Schulten —agrega Menghin— tampoco puede presentar buenos testimonios lingüísticos". "Schulten, por lo demás ha comprendido que su material de prueba no puede, indudablemente, referirse a los etruscos ni a los tirrenos, sino que repetidamente señala al Asia Menor, es decir, testimonia la inmigración asiánica. Sus etimologías de topónimos españoles derivados de nombres etruscos de personas, no son indudables y a veces resultan forzadas"¹⁰⁵.

Si se examina el mapa de trabajo de Schulten sobre España —nos dice Menghin— "se podría llegar a la creencia de que la masa de los nombres asiánicos se limita esencialmente a la costa Sur y Este". Pero si ello revela que "estuvo allí muy representada la toponimia asiánica"¹⁰⁶, no es menos cierto que gentes de esa procedencia llegaron también al noroeste de la Península, lo que amplía considerablemente su área de influencia.

7. Schulten ha buscado infructuosamente durante muchos años a Tartessos, pero pese a su fracaso no duda de que exista. En esta posición lo acompaña la mayoría de los arqueólogos actuales. Salvo algunas actitudes aisladas que reducen el problema a la ilusoria categoría de mito, los demás —estando de acuerdo en que no puede estar en el Coto de Doñana, donde él más le ha buscado— abren sus opiniones en abanico cuando se trata de sugerir una nueva y posible ubicación. Esto se explica porque hay demasiados datos en los historiadores y poetas griegos sobre aquella "ciudad-estado" para que podamos dudar de su

104 *Ibid.*, págs. 156.

105 *Ibid.*, págs. 156-157.

106 *Ibid.*, págs. 159.

existencia, y porque esos datos no son siempre coincidentes respecto a su emplazamiento.

¿Cuál podría ser la definición etnológica de los tartesios? Pericot responde en 1950: "A nuestro juicio la base de la población tartesia andaluza era indígena, próxima a occidentales y levantinos, pero no es imposible que se matizara con alguna leve inmigración de elementos orientales, comerciantes, artesanos, guerreros"¹⁰⁷. O, como insiste en 1952: "de una entidad política tartesia, con centro en Andalucía, con una base étnica indígena y antigua, en la que habían fructificado las influencias mediterráneas y nortcafricanas. No es imposible que elementos netamente mediterráneos venidos en busca de metales dieran el nombre y el impulso a esta formación política"¹⁰⁸.

Ya en 1946 decía Caro Baroja: "En nuestro análisis histórico-cultural habremos de considerar siempre que la población del sur desde épocas remotísimas está muy mezclada. Los elementos europeos, africanos y asiáticos se conjugaron hasta producir un tipo humano de aspecto especial, con caracteres especiales muy definidos y permanentes... Es probable también que algunos de los rasgos antropológicos más aparentes entre los propios de los andaluces actuales, se hallaran entre los turdetanos o tartesios antiguos"¹⁰⁹. Y agrega esperanzadamente Pericot en 1950: "De los tartesios y los andaluces modernos pocas diferencias caben en los 3000 años (un centenar de generaciones) transcurridos, no ya en su tipo físico que debe ser casi el mismo, sino incluso en temperamento. Basta pensar en que el genio alegre, la habilidad danzarina y la taurofilia eran ya cualidades que les adornaban en la Antigüedad"¹¹⁰.

Como la ciudad famosa no ha podido ser encontrada, no hay posibilidades directas de identificar detalladamente lo que podríamos llamar la "cultura tartesia". Así, por ejemplo, los restos arqueológicos de esa cultura son pobres de forma y ornamentación y no responden a la idea de elevación cultural y refinamientos de costumbres que fluye de las noticias históricas¹¹¹. "Por desgracia la arqueología no nos sirve en absoluto para este caso pues no existe una cultura tartesia que haya aparecido en los niveles de excavaciones arqueológicas"¹¹².

Pese a ello —que es perfectamente cierto— el propio Pericot no puede menos de hablar muchas veces de la "cultura tartesia" en las pá-

107 PERICOT, *La España primitiva*, pág. 239.

108 PERICOT, *Las raíces de España*, págs. 52-53.

109 CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, etc., cit., pág. 120.

110 PERICOT, *Las raíces de España*, págs. 52-53.

111 PERICOT, *La España primitiva*, pág. 302.

112 *Ibid.*, págs. 250-251.

ginas anteriores y posteriores de este mismo libro (y de otras publicaciones suyas). Es que, como él agrega, "sería demasiado prescindir, olvidar, todas las frases que los autores antiguos dedicaron a Tartessos por el hecho que los arqueólogos, que por cierto han buscado muy poco por tierras andaluzas, no nos pueden dar una cerámica o unos bronceos "tartesianos" ¹¹³. En efecto, hay otras maneras de reconstruir aquel pasado a base de fuentes y de datos emanados de diversos elementos.

Por otra parte, tanto la diversidad de opiniones sobre el lugar de efectivo emplazamiento primitivo de Tartessos, como el hecho puramente negativo de la falta de huellas arqueológicas, combinado con la parvedad de las excavaciones verificadas en Andalucía, muestra que el secreto del futuro triunfo reside en la intensificación de las búsquedas sistemáticas en todo el sur de España. De esta manera, al mismo tiempo que se aclararía el problema fundamental de Tartessos, su emplazamiento y su cultura, se definirían también los accesorios de sus relaciones con almerienses y con las tribus íberas del sur de España.

Acaso habrá que invertir en ello mucho tiempo, energías y dinero. Pero vale la pena. "Todos los países suelen tener en su historia primitiva algún episodio legendario. España tiene muchos, pero ninguno tan sugestivo como el enigma de Tartessos". No olvidemos que "en este reino tartesio, que tiene la poesía del misterio que envuelve su historia... vivía una de las raíces más profundas de la España de todos los tiempos" ¹¹⁴.

Uno de los últimos descubrimientos —y acaso el más emocionante y promisor— es el que se relaciona con el hallazgo de inscripciones escritas en "lengua tartesia". Esa lengua comenzó a mostrarse en el hallazgo del famoso anillo encontrado en el Coto de Doñana ¹¹⁵, y luego se ha mostrado en diversas inscripciones y especialmente, a lo que parece, en "los plomos" de Alcoy ¹¹⁶. Esto ha venido a plantear una serie de problemas colaterales y accesorios y, además (lo que es muy importante) a dar participación en el estudio del enigma tartesiano a toda una serie nueva de estudiosos, que lo exploran desde el punto de vista lingüístico y escriturario.

Por ello creemos estar en vísperas de grandes descubrimientos. Las investigaciones, tan nuevas y fructuosas, de Gómez Moreno en torno

¹¹³ *Ibid.*, pág. 251.

¹¹⁴ PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 52.

¹¹⁵ Véase pág. 433 de "*Siete arqueólogos, siete culturas*".

¹¹⁶ M. GÓMEZ MORENO, *De epigrafía ibérica. El plomo de Alcoy*, Madrid, 1922.

al desciframiento del alfabeto ibérico del nordeste¹¹⁷, cuyo valor fonético parece quedar ahora suficientemente aclarado; la aparición de una vasta serie de inscripciones ibéricas en los vasos de San Miguel de Liria puesta a la luz por Pericot (cuyo valor se amplía con el magnífico *corpus* de costumbres, armas, vestidos y tipos humanos y animales con que tales vasos se ornamentan¹¹⁸); las últimas investigaciones sobre el vasco y otras lenguas arcaicas de la Península (o vinculadas a ella)¹¹⁹; el magnífico cuerpo de inscripción de Ampurias hecho conocer por Almagro¹²⁰; todo esto marca un gran momento en los estudios de la protohistoria española y augura un espléndido mañana.

Naturalmente, todo esto va, a su vez, planteando nuevas cuestiones, que tendrán que resolverse con el tiempo. ¿La vieja escritura tartesia fue, en realidad, como parece serlo, "aprendida en escuelas de Oriente, en momento anterior a la cristalización de los alfabetos helenos"? ¿Fue ella la que "sirvió luego de modelo a los íberos de Levante"?¹²¹ ¿Qué relaciones existieron entre el alfabeto turdetano y el ibérico del nordeste? ¿Y qué interrelaciones lingüísticas hubo entre los habitantes de Tartessos y los íberos de Levante? Pericot supone que "hablarían lenguas, o por lo menos, dialectos distintos"¹²². Si esto es así, su reflejo debe haber quedado estampado en la escritura y lo poco que sabemos de ello confirma esta creencia. ¿La escritura votiva de Itálica que Schulten cree tirsena, pertenece a alguno de los sistemas escriturarios arcaicos de España?...

Poco sabemos, todavía de todo ello, pero cabe esperar mucho, pues, como escribía Pericot hace un lustro: "Poseemos un número de inscripciones cada día creciente en diversas materias: bronce, plomo, cerámica, sin contar los epígrafes de las monedas. El número de las primeras sobrepasa hoy la cifra de 200 y el de los segundos alcanza a unos 190. A primera vista se adivina la existencia de varios sistemas de escritura. Prescindiendo de las escrituras púnicas del Sur, pueden distinguirse una escritura tartesia y otra ibérica en sentido estricto, cuyo límite

117 M. GÓMEZ MORENO, *Sobre los íberos y su lengua*, Madrid, 1925. M. GÓMEZ MORENO, *La escritura ibérica y su lenguaje*, Madrid, 1948.

118 Y. BALLESTER, *Corpus Vasorum Hispanorum. La cerámica de Liria*, Madrid, 1951.

119 A. TOVAR, *Notas sobre la fijación de las invasiones indoeuropeas en España*, Valladolid, 1947. En el texto definitivo de mi libro en prensa señalo otras recientes aportaciones del profesor Tovar al problema lingüístico (de vascos y tartesios) que no pueden hallar lugar aquí por razones de espacio.

120 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*.

121 PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 53.

122 PERICOT, *La España primitiva*, pág. 311.

corre por el Sur de la provincia de Valencia, división que corresponde a la de tartesios e íberos estrictos. Desde el punto de vista de la escritura todo Cataluña, valle del Ebro y Sur de Francia, se integra en el grupo ibérico"¹²³. (Lo que, de paso, es un hecho digno de tenerse en cuenta para la futura dilucidación de la larga polémica acerca de la marcha de la cultura en el territorio Aquitania-Nordeste de España, en la que desgraciadamente no podemos entrar aquí).

Finalmente —y cosa muy importante para el diagnóstico diferencial—: "Estos dos sistemas son parecidos pero tienen algunos rasgos distintos, y el tartesio se escribe de derecha a izquierda, al revés del ibérico. El tartesio debe ser el más antiguo y el ibérico una derivación relativamente moderna de aquél"¹²⁴. Esto significaría la conciliación de los datos de las fuentes —que presentan a Tartessos como un gran foco cultural rodeado de más rudos vecinos— con estos nuevos datos procurados indirectamente por la arqueología.

Algunos de estos hallazgos arqueológicos son fundamentales para la dilucidación final del problema lingüístico. Así el del plomo de Alcoy, hallado en la Serreta, que contiene 336 letras del jónico arcaico usado en el siglo VI a. C., o el plomo de la Bastida, en Mogente, que ostenta 273 del alfabeto tartesio; o el ya citado *corpus* de vasos de Liria, muchos de los cuales he podido tener en mis manos en el Museo de Valencia, en 1952, gracias a la gentileza del director del Servicio de Investigación Prehistórica, Domingo Fletcher Valls, uno de los nuevos valores de la arqueología española. En esas cerámicas pueden reconocerse posiblemente más de un centenar de signos escriturarios distintos.

Esta gran cantidad de signos o letras encuentran su explicación en el descubrimiento hecho por Gómez Moreno respecto al alfabeto ibérico del nordeste:¹²⁵ hay signos que tienen un valor fonético simple (como en nuestros alfabetos modernos en los que cada letra posee un sonido propio distintivo), y otros que equivalen al valor fonético de nuestras sílabas. Estos últimos, relictos de las arcaicas escrituras silábicas, que son propias de los más viejos sistemas escriturarios que conocemos, son ya clara prueba de la alta antigüedad de todo este conjunto de sistemas y, desde luego de su alto valor para esta investigación.

Por lo tanto, podemos terminar esta presentación del problema con las interrogativas pero optimistas palabras de Pericot: "¿Qué nos dirán los textos tartesios cuando puedan hablar o, mejor, cuando podamos

123 *Ibid.*, págs. 313-321.

124 *Ibid.*, pág. 313.

125 GÓMEZ MORENO, *La escritura ibérica*.

entenderlos nosotros? ¿Qué nombre de españoles, qué reyes, qué dioses, qué ciudades nos darán a conocer? No lo sé, pero sí estoy seguro de que nos darán un cuadro de una sociedad perfectamente española" ¹²⁶. Y si eso es lo que podrán contarnos textos que se remontan hasta el año 1000 a. C., ¿por qué no habría de poder hablar yo de "España, la invariable"?...

IV

ADDENDA ET CORRIGENDA

Como hemos podido comprobar, Schulten se ha visto superado en varias de sus grandes interpretaciones por muchos de sus continuadores que, en los diferentes casos, son sus colegas de menor edad (Bosch Gimpera) o sus ex-discípulos (Pericot) o la pléyade de las insurgentes nuevas generaciones (Almagro). Justamente en la *Carta Arqueológica* referente a Barcelona ¹²⁷, se rebate una opinión verbal de nuestro biografiado, sobre el traslado de una valiosa inscripción de Montjuich a ese lugar.

Precisamente Almagro, el primero de los firmantes de los comentarios de esa *Carta*, es también uno de los arqueólogos españoles que más ha insistido en los posibles errores de Schulten y, especialmente, en el carácter de imposiciones dogmáticas, autoritarias, fatuas y subjetivas, que sus opiniones asumen, tan claramente contrapuestas (en su opinión) con su verdadero carácter de construcciones intelectuales sin pleno contacto con la realidad. Para demostrarlo, Almagro ha esgrimido su argumentación en su monografía de 1951, que ya otras veces hemos mencionado, y allí sostiene una variada serie de impugnaciones anti-schultenianas:

1º Que Schulten ha despreciado injustamente a "la importante y antigua contribución crítica española" referente a la *Ora Marítima* ¹²⁸.

Esos datos dispersos en anteriores escritos hispanos ha sido concretada en una bibliografía a la que ya hemos aludido anteriormente y que

¹²⁶ PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 53.

¹²⁷ MARTÍN ALMAGRO BASCH, JOSÉ DE C. SERRA RAFOLS y JOSÉ COLOMINAS ROCA, *Carta arqueológica de España: Barcelona*. Publicación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Diego Velázquez, Madrid, 1945.

¹²⁸ ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 9.

se halla resumida y valorada por Chocomeli¹²⁹, de la Torre¹³⁰ Pemán¹³¹ y García Bellido¹³². El propio Almagro trae a colación un ejemplo, el de Cipsela¹³³, población legendaria mencionada en la *Ora* en forma poética, y a la cual Schulten ubicó en la Fonollera¹³⁴, sin mencionar que ya la había situado allí Pella y Forgas, en su erudita historia regional¹³⁵.

Hace un quinquenio, Lamboglia ha renovado el problema, al sospechar que Cipsela pudiera ser el nombre de la más vieja Ampurias, es decir de la *Palaiópolis* mencionada por Estrabón¹³⁶, basándose en la creencia de una interpolación muy moderna, idea que Almagro rechaza y sobre la que Schulten no se pronuncia en su nueva edición de la *Ora* de 1955...

2º Que es "un juicio personal de este investigador alemán el fechar el Periplo... hacia el 530 a. C." ¹³⁷. Ya Bosch Gimpera (que tampoco es santo de la devoción de Almagro) había insistido en dudar de esa fecha, dando la razón de que en el Periplo no se cita a Ampurias¹³⁸. Almagro amplía la crítica, exponiendo el argumento arqueológico de que los hallazgos de ese carácter hacen creer que aún antes de la batalla de Alafía (ocurrida, según se recordará, en el 535 a. C.) la ciudad ya existía.

Por una vez más, Schulten parece despreciar los argumentos de la nueva escuela española de arqueología, pues no sólo no mantiene la fecha de 530 a. C. que señaló en 1922 para el Periplo¹³⁹, sino que en circunstancias en que escribo estas líneas finales de mi estudio acaba de rejuvenecerla en una década, asignándole la del 520 a. C.¹⁴⁰, con lo que se aparta todavía más de sus impugnadores...

129 J. CHOCOMELLI, *En busca de Tartessos*, Valencia, 1940.

130 A. MARTÍN DE LA TORRE, *Tartessos, geografía histórica del S. O. de España*.

131 C. PEMÁN, *El pasaje tartésico en Avieno*, Madrid, 1941. C. PEMÁN, *Nuevas contribuciones al estudio del problema de Tartessos*, en *Archivo Español de Arqueología*, XLII, Madrid, 1941. C. PEMÁN, *Nuevas consideraciones sobre el problema de la ubicación de Tartessos*, en *Archivo Español de Arqueología*, LI, Madrid, 1943, págs. 231-244.

132 A. GARCÍA BELLIDO, en *Historia de España*, (Ed. Espasa-Calpe), I, 2ª parte, pág. 297, nota 144.

133 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 18.

134 SCHULTEN, *Fontes Hispaniae Antiquae* I, 1ª ed., pág. 123; 2ª ed., pág. 137.

135 PELLA Y FORGAS, *Historia del Ampurdán*, Barcelona, 1883, cap. V, págs. 134-135.

136 N. LAMBOGLIA, *La fundazione di Emporion e i Periplo di Avieno*, en *Rivista di Studi Liguri*, XV, 1949, págs. 149-158.

137 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 12.

138 BOSCH GIMPERA, en ALMAGRO, *Las fuentes*, pág. 12.

139 SCHULTEN, *Fontes*, I, (1ª ed.), pág. 8.

140 *Ibid.*, I, (2ª ed.), pág. 15.

3º Que para Schulten ¹⁴¹ (y también para Bosch Gimpera ¹⁴² y Pericot ¹⁴³), el descubridor de la Península Ibérica sería Coleo (Κολδοῖος) de Samos, a quien habrían seguido luego los viajes marítimos de los focenses, únicos colonizadores de esas tierras. Esa tesis ya ha sido controvertida en su tiempo por Fougères ¹⁴⁴ y por García Bellido ¹⁴⁵. Y Almagro adhiere a dichos opositores recientemente ¹⁴⁶.

4º Que la argumentación de Schulten acerca de cómo Avieno organizó su *Ora Marítima* y de cómo esos elementos llegaron hasta él parece a Almagro excesivamente aleatoria y simplista. Ya Herrmann ¹⁴⁷, en 1931, había concebido una trasmisión más complicada. Almagro agrega: "Schulten da una trasmisión del Periplo hasta Avieno que, aunque razona con agudeza y suerte, no creemos que sea totalmente segura ni muchísimo menos" ¹⁴⁸.

5º Al juzgar el contenido del Periplo, Schulten sostiene que debe haber llamado los nombres de Rosas y Ampurias por ser ciudades nuevas. Almagro sostiene, con razón, que el argumento es pobre, porque el mismo documento menciona a Barcelona y Tarragona, que estaban en el mismo caso, si bien ahora sostiene Schulten que estas dos últimas son interpolaciones de Avieno ¹⁴⁹. A esa única causa posible del silencio, Almagro agrega otras dos explicaciones igualmente aceptables: por ser esta parte del Periplo procedente de un texto marsellés anterior a la fundación de las dos ciudades primeramente recordadas o porque ellas ya hubiesen sido arrasadas al tiempo en que el Periplo se escribía ¹⁵⁰.

6º Schulten supone que la *Rupes Tonita*, allí mencionada, sería la colina donde se asienta el Castellón de Ampurias ¹⁵¹. En contra de

141 SCHULTEN, *Tartessos*, págs. 16 y sig.

142 BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932. Cap. XII, BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, pág. 53.

143 PERICOT, *La España primitiva*, pág. 253.

144 FOUGÈRES, en *Peuples et Civilisations*, I, pág. 388.

145 A. GARCÍA BELLIDO, *Factores que contribuyeron a la helanización de la España prerromana*, en *Boletín de la Academia de la Historia*, CIV, Madrid, 1934. A. GARCÍA BELLIDO, *Las primeras navegaciones griegas a Iberia* en *Archivo Español de Arqueología*, Madrid, 1940, XII, pág. 97. A. GARCÍA BELLIDO, *La colonización phokaia en España desde los orígenes hasta la batalla de Alalia*, en *Ampurias*, II, Barcelona, 1940, págs. 558 y sigts.

146 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 13.

147 ALBERT HERRMANN, *Die Erdkarte der Urbibel. Mit eine Anhang über Tartessos un die Etruskerfrage*, en *Petermanns Geographische Mitteilungen*, Braunschweig, 1931.

148 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 14.

149 SCHULTEN, *Fontes*, (2º ed.), pág. 33. La referencia directa respecto a la omisión sólo aparece en esta edición, de 1955, y no en la 1ª, de 1922.

150 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 16.

151 SCHULTEN, *Fontes*, (1º ed.), pág. 124 (2º ed.), pág. 20 y 138.

esta interpretación están las de A. del Castillo¹⁵² y de Pericot, que la emplazan en el macizo del cabo de Creus.

7º Conocida es la tesis del origen africano de los iberos sostenida por Schulten¹⁵³ (y patrocinada luego por Bosch Gimpera¹⁵⁴ hasta en sus últimos trabajos monográficos sobre el tema),¹⁵⁵ que hemos discutido en páginas precedentes. Ahora Almagro recoge el problema y lo dilucida, en su opinión, en contra de la tesis africana, cuyos conceptos le parece "no pueden ser seguidos hoy a la luz de los hallazgos arqueológicos"¹⁵⁶. Tal opinión de Almagro, sobre este aspecto particular, es congruente con su interpretación general de la cerámica ibérica, expuesta en 1950¹⁵⁷.

8º Schulten cree que el silencio del *Pseudo Escílax* sobre los accidentes geográficos existentes en la costa hispánica desde las Columnas de Hércules hasta Ampurias se debe al bloqueo impuesto por los cartagineses a los navegantes griegos¹⁵⁸. Respecto a ello, Almagro sostiene que "estas suposiciones de Schulten no tienen mucho valor"¹⁵⁹.

9º Un disentimiento parecido se produce respecto de otro punto. Schulten —interpretando un texto de Polibio—¹⁶⁰ declara que la primera división de la Península en zonas de influencia se produce en el 509,¹⁶¹ en tanto que Almagro entiende que sólo ocurre en el 348 a. C.¹⁶² Si examinamos el texto de aquellas convenciones, tal como ha llegado hasta nosotros, tenemos que convencernos de que la crítica a Schulten aparece como justificada. Schulten se presenta de acuerdo con las opiniones de Th. Reinach¹⁶³ y Häbler¹⁶⁴ predominantes en el siglo pasado, pero no con las modernas investigaciones, pues, aunque las primeras reacciones contra esa posición iberizante ocurrieron en se-

152 A. DEL CASTILLO, *La Costa Brava en la Antigüedad*, en *Ampurias*, I, Barcelona, 1939.

153 SCHULTEN, *Fontes*, (1ª ed.), pág. 99, (2ª ed.), pág. 111.

154 P. BOSCH GIMPERA, *Etimología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932. P. BOSCH GIMPERA, *La formación de los pueblos de España*, México, 1945.

155 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, págs. 5-6.

156 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 21.

157 MARTÍN ALMAGRO, *El estado actual de la clasificación de la cerámica ibérica*, en *VI Congreso Arqueológico del Sudeste español*, Elche, 1950.

158 SCHULTEN, *Tartessos*, págs. 30, 49 y 69. SCHULTEN, *Fontes*, II, pág. 67.

159 SCHULTEN, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 24, nota 2.

160 La referencia de Polibio al tratado del 348 a. C. está consignada en Polibio, 3, 24, 1; la que Schulten cree encontrar al del 509 a. C., en III, págs. 22, 5 y III, págs. 2, 3, 1.

161 SCHULTEN, *Fontes*, II, págs. 64-65.

162 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 24.

163 Th. REINACH, en *Revue d'Études grecques*, XI, N° 3, París, 1898.

164 HÄBLER, en *Berliner philolog. Wochenschrift*, págs. 1284 y sigts., 1894.

guída¹⁶⁵, los estudios de los últimos veinte años no dejan lugar a dudas.

En efecto, ya desde 1930, Beaumont había sostenido que el tratado del 508 se refería exclusivamente al norte de África y no afectaba a la Península Ibérica¹⁶⁶; en 1938, Wickert¹⁶⁷ resolvía el problema estudiándolo con el apoyo de la geografía: el límite de tales zonas estaba en el Cabo Farina, en la costa de Túnez. Pero el maestro germano con su arrogancia habitual ha hecho caso omiso de estas demostraciones y sigue sosteniendo imperturbablemente su tesis, como Almagro recuerda¹⁶⁸.

Para nosotros el caso es claro: ambos tratados establecen zonas de influencia: el primero —el de 508 a. C.— se refiere a lo que hoy llamaríamos África del Norte (y posiblemente, en forma más concreta, a Túnez); el segundo —de 348 a. C.— sí es sobre España y pone como hito delimitador de las zonas de influencia romana y focense (por una parte) y cartaginesa (por la otra) a Mastia de Tarsis, es decir, a Cartagena.

10º Otro punto de disenso entre Schulten y Almagro se origina en que el primero no concede importancia al dato de Éforo-Escimno y de Estrabón, quienes declaran que Rhode fue originariamente una fundación de los rodios¹⁶⁹. Esa opinión que Schulten sostiene¹⁷⁰, ha sido más tarde recogida y corroborada por Bosch Gimpera¹⁷¹. En cambio García Bellido¹⁷² y Almagro¹⁷³ admiten el dato del viejo texto concediéndole importancia.

11º Tan poca suerte como con los recién citados textos de Polibio, Éforo-Escimno y Estrabón, a que aludimos, parece tener Schulten con otro de Salustio. Apoyándose en este último¹⁷⁴, el maestro alemán afirma que Pompeyo, exhausto, estableció sus cuarteles de invierno en

165 MELZER, *Commentationes. Fleckeisnerianae*, Leipzig, 1890, págs. 259-260.

166 R. A. BEAUMONT, *The date of the first treaty between Rome and Carthage*, en *Journal of the Roman Studies*, XXIX, pág. 74 y sigts., 1930.

167 WICKERT, en *Klio*, 1938, págs. 349 y sigts.

168 SCHULTEN, *Fontes*, etc., I, (1ª ed.), pág. 8; (2ª ed.), págs. 15-16. ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, cit., págs. 29-30.

169 ESTRABÓN, III, págs. 4-8 y IV, págs. 2-10.

170 SCHULTEN, *Fontes*, I, (1ª ed.), pág. 8; (2ª ed.), pág. 16.

171 BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, pág. 55.

172 A. GARCÍA BELLIDO, *España y los españoles hace dos mil años*, Colección Austral, Madrid, 1945, pág. 154, nota 234.

173 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, cit., pág. 26.

174 SALUSTIO, *Obras Completas. Historiae*, trad. de A. Millares Carlo, México, 1945, II, págs. 250-254.

Ampurias¹⁷⁵, pero Almagro demuestra, con la simple confrontación de la cita, que Salustio no menciona para nada a aquella ciudad y que sólo habla vagamente de los indícetes (nativos que no estuvieron sublevados), a los que dice haber dominado, "tal vez como frase de propaganda"¹⁷⁶ (que ya entonces se cocinaban noticias de esc jaez...).

12º Sabemos que Schulten considera que Eutímides pudo ser el autor del Periplo en que principalmente se funda la *Ora de Avieno*¹⁷⁷. Pero esta afirmación también puede ser discutida. Para Cary y Warmington su autor debió ser Midócrito, el navegante que —según Plinio—¹⁷⁸ había descubierto la ruta del estaño, que comunicaba a las Islas Casitéridas con Grecia. La opinión de Cary y Warmington es particularmente interesante por haber sido primero partidarios de la tesis cara a Schulten y después sostenedores de la de que Eutímides habría ido al África en tanto que Medócrito navegaba hacia el norte en busca del estaño, en cuyo comercio tendría un papel de intermediario Tartessos¹⁷⁹. Bosch Gimpera ha apoyado recientemente esta opinión en varios de sus últimos trabajos, modificando con ello opiniones anteriores¹⁸⁰. En cuanto a Almagro, elude tomar partido, "dejando de lado esta discusión tan ingeniosa como insegura"...¹⁸¹.

13º Schulten afirma que el autor del Periplo era massaliota y da para ello una serie de opiniones¹⁸². Almagro, en cambio, sostiene que era griego, pero que los textos invocados "no dicen que sea concretamente massaliota, como Schulten cree probar a base de argumentos indirectos, muchos de ellos fundados en juicios subjetivos suyos, que él da como cosas verdaderas"¹⁸³. Pese a ello, un poco después de estas palabras (que parecen preanunciar una negativa) agrega: "Sin embargo, es en lo referente al origen massaliota del autor del Periplo en lo que creemos más fundada la tesis de Schulten"¹⁸⁴, lo que parece implicar que sus palabras anteriores fueron únicamente un desahogo del que finalmente debe arrepentirse...

175 A. SCHULTEN, *Sextorio*, trad. de M. Carreras, Barcelona, 1949, pág. 129.

176 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 75.

177 SCHULTEN, *Fontes*, I, (1ª ed.), pág. 9; (2ª ed.), págs. 16-17.

178 PLINIO, *Natur. Hist.*, págs. 7, 197.

179 CAREY, M. y E. H. WARMINGTON, *The Ancient Explorer*, págs. 30-31; Londres, 1929.

180 BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica*, pág. 288 y sigts. BOSCH GIMPERA, *Formación de los pueblos de España*, pág. 181 y sigts. BOSCH GIMPERA, *Los Iberos*, págs. 54-55.

181 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 11.

182 SCHULTEN, *Fontes*, (1ª ed.), págs. 7-8; (2ª ed.), págs. 14-15.

183 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 12.

184 *Ibid.*, pág. 13.

14º Una nueva oportunidad en que también parece írsele un poco la mano en la crítica a Almagro es cuando nos dice que "Avieno siguió con preferencia autores muy antiguos, y no un solo texto antiguo como se viene creyendo" y que "es completamente arbitrario sostener que un solo autor le haya inspirado, como concretamente dice Schulten para iniciar su argumentación" 185. En realidad, Schulten ya había afirmado que Avieno cede ante el prestigio de los autores antiguos (cosa muy en boga entre los eruditos de su tiempo) y recolecta para mayor prestigio de su *Ora* a buen número de textos antiguos 186.

Es cierto que también afirma que la mayoría de ellos se han perdido y que el libro primero de la *Ora* —único que ha llegado hasta nosotros— sólo se funda en el Periplo 187, pero basta leer *in totum* el estudio de la *Ora Marítima* hecho por Schulten para poder afirmar que lo que Schulten hizo fue deshacer la hipótesis del autor único antiguo y buscar, en cambio, el reconocimiento de *todos* los textos antiguos que formaron el mosaico de Avieno. Más bien la disidencia se afirma en que Schulten considera el Periplo como una obra sin interpolaciones, en tanto que Almagro afirma la existencia de éstas, anteriores a la época de Avieno 188.

15º También el Profesor Uría y Riú, en ocasión académica tan solemne como la sesión de apertura de los cursos de 1941 a 1942 en la Universidad de Oviedo, ha lanzado públicamente sus críticas contra Schulten, a propósito de la etnología de los astures y demás pueblos del Norte de España, entendiéndolo que: "El día que alguien acierte a construir una tabla sistemática de la etnografía de los pueblos europeos de la antigüedad, diferentes de los griegos y romanos, sabremos algo más que hoy respecto de la significación y origen de muchos de los rasgos que les eran peculiares... evitando consignar simples generalidades que nada expresan, como hizo Schulten", al hacer la precitada comparación de la cultura de los *etnos* hispánicos ya mencionados con la de "los salvajes del centro de África" 189.

Nada tendríamos que objetar al profesor Uría, como no sea el empleo de la voz "salvajes", que nos retrotrae —inesperadamente— a una época de los estudios arqueológicos y etnográficos muy anterior a Schulten...

185 *Ibid.*, pág. 11.

186 SCHULTEN, *Fonies*, I, (1ª ed.), pág. 5; (2ª ed.), pág. 12.

187 *Ibid.*, I, (1ª ed.), pág. 4; (2ª ed.), pág. 12.

188 ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, pág. 11.

189 JUAN URÍA y RÍU, *Cuestiones relativas a la etnología de los astures*; Oviedo, 1941.

16. Finalmente, el distinguido lingüista, profesor Antonio Tovar, de la Universidad de Salamanca, acaba de declarar, en una publicación argentina, y a propósito siempre del problema de Tarresos, que "Schulten confunde, como es costumbre, todas las inscripciones andaluzas, sin distinguirlas tampoco de las del Algarbe, y las opone resueltamente bajo la denominación de tartessias a las ibéricas de Levante"¹⁹⁰. Para él, en cambio, hay dos zonas diferentes: la del Algarbe con todo el bajo Guadalquivir y la oriental, que llega acercándose a la otra hasta Obulco¹⁹¹.

Tovar cree, además, que "fue allí donde se desarrollaron sucesivamente dos sistemas de escritura. El uno, silábico, en los tiempos de alrededor de 1000 a. C., cerca todavía del sistema creto-micénico, y paralelo a los tipos chipro-minoicos tardíos". De él derivarían los dos tipos de escritura ibérica posterior (la andaluza y la levantina). Luego, en íntima conexión con fenicios y griegos posteriores, "surge el nuevo alfabeto occidental que merece el nombre de tartessio"¹⁹².

Todo esto, sin contar la crítica foránea, que tampoco ha cejado en eso de demoler sus vastas construcciones. Su último y más mordaz impugnador germano contemporáneo, Menghin, además de lo ya dicho, le enrostra el que haga llegar a los *elimios* de la Liguria, cuyas relaciones con los ligures le parecen exactamente al revés de como sugiere Schulten¹⁹³.

Por razones de espacio apenas si podemos mencionar, entre críticas sobre temas de menor entidad, algunas que han visto la luz pública entre nosotros. Por ejemplo: Schulten comentando a Estrabón¹⁹⁴ y a Floro¹⁹⁵ hace coincidir Segisama con Segisamo y se extraña de que Hübner las considere como ciudades distintas. Pero posteriormente¹⁹⁶ acepta su diferenciación; en su opinión Amocensis es el nombre de un clan¹⁹⁷, pero Sánchez Albornoz cree que fue una ciudad¹⁹⁸, como lo ha recorda-

190 ANTONIO TOVAR, *Hispania en la historia de la escritura. Para la delimitación epigráfica del concepto de los tartesios*, en *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 1956, pág. 9; Buenos Aires, 1956.

191 *Ibid.*, pág. 11.

192 *Ibidem*.

193 MENGHIN, *Migrations Méditerranées*, pág. 141.

194 SCHULTEN, *Fontes*, II, pág. 144.

195 *Ibid.*, V, pág. 195.

196 A. SCHULTEN, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid, 1943, pág. 141.

197 SCHULTEN, *Los cántabros y astures*, pág. 68.

198 C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *El culto al emperador y la unificación de España*, en *Anales del Instituto de Literaturas Clásicas*, Buenos Aires, 1946. III, pág. 45.

do recientemente Irene Arias¹⁹⁹. También Schulten menciona el nombre de los Limici como muy frecuente²⁰⁰. Sin embargo la misma profesora Arias sólo lo ha encontrado citado tres o (acaso) cuatro veces²⁰¹. Pero todo esto sería, quizá, *peccata minutissima*, en opinión del propio Schulten.

Posiblemente tendría razón si se le compara con la magnitud de su obra escrita. No olvidemos que su otro biógrafo, Pericot, dice, con razón, refiriéndose a su trabajo de tantos años: "Aplicándose a muy diversos y amplios temas, Schulten ha renovado el conocimiento de nuestra Antigüedad. No hay aspecto de ésta que no haya rehecho o modificado totalmente. En muchos casos, su labor ha sido a manera de varita mágica que sacaba del polvo del olvido en que las teníamos a gloriosos restos de nuestro pasado"²⁰². Así ha sido hasta en su más notorio fracaso, en Tartessos: "La vieja y olvidada capital de Occidente ha sido colocada en el primer plano de la curiosidad de los españoles por obra suya. El resucitar un tema de interés tan excepcional para nosotros. . . bastaría por sí solo para hacerle acreedor a la gratitud de España"²⁰³.

Hay dos anillos supremamente famosos en la arqueología peninsular de esos tiempos. El uno es el signatario, que resulta ser el hallazgo más antiguo de la instalación cartaginesa en la Península y fue hallado en Alcaçer do Sal, en la Ría del Sado, hacia el sur de Lisboa²⁰⁴. El otro es el que Schulten encontró sobre una piedra en el Coto de Doñana²⁰⁵. Dijo Pericot, en 1925, que ésta es prenda que compromete a todos los arqueólogos de España a perseverar en el hallazgo de la ciudad perdida²⁰⁶. Es posible. Me alegro que él lo sienta así y desearía que muchos otros colegas de ese país compartieran ese delicado pensamiento.

Pero, para mí, su alcance es otro. Simboliza el desposorio místico de Schulten con la tierra y el pasado de España. Es decir, viene a ser,

199 IRENE A. ARIAS, *Materiales epigráficos para el estudio de los desplazamientos y viajes de los españoles en la España romana*, en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1949, XII, págs. 14-15.

200 SCHULTEN, en *Real-Encyclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*, pág. 671.

201 ARIAS, *Materiales epigráficos*, pág. 34.

202 PERICOT, *Adolfo Schulten*, pág. 46.

203 *Ibid.*, pág. 47.

204 A. GARCÍA Y BELTIDO, *Fenicios y Caribagineses en Occidente*. Publicación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Madrid, 1942. Este hallazgo ha sido recordado en un juicio bibliográfico publicado sobre este libro en una revista especializada argentina: ADRIANA BO en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1946, T. V, pág. 190.

205 Y cuyo hallazgo hemos comentado en páginas anteriores.

206 PERICOT, *Las raíces de España*, pág. 53.

al revés, como lo que en pomposa ceremonia verificaba el Dux de Venecia con *su* mar. En este caso es la tierra quien entrega la prenda, al saberse poseída, aunque con femenino pudor, eluda la final y pública entrega... Quizá Schulten, con varonil apetito de posesión, no captara totalmente el mensaje y se haya sentido, en este asunto, fracasado. Así podía sentirlo únicamente si pensaba en la concreta conquista que al presente ambicionaba: Tartessos se le escapaba y continúa fuyente. Pero así como el Dux no se desposaba con una isla ni con una ola sino con el Mar Adriático *in totum*, el anillo que la tierra entregó a Schulten no era arras por la futura entrega de Tartessos, sino símbolo de un presente desposorio místico con el enamorado de toda España...

Con ese romántico enamorado que tan definitivamente le ha entregado su vida, que hasta ha escrito el epitafio que desea que lleve su tumba, alusivamente:

ADOLPHUS SCHULTEN
NATIONE GERMANICUS
AMICUS HISPANIAE

Y este amor debe hacerle perdonables muchos errores y muchas rebeldías...

"Hace treinta años... en realidad acababa de nacer la Prehistoria española, pues todo lo anterior habían sido actividades aisladas, tanteos, ia prehistoria de la Prehistoria. Época feliz por el optimismo que se respiraba entre los investigadores. Todo era nuevo y brillante. Todas las esperanzas eran legítimas"²⁰⁷. Coincidentemente con ello, un gran antropólogo suizo, Eugène Pittard, escribía en 1924: "De aquí a treinta años, a estar a lo que actualmente se emprende, el bagaje científico de la península ibérica será, posiblemente, inmenso"²⁰⁸.

Y bien, el plazo acaba de cumplirse y ninguna profecía científica ha tenido más estricto cumplimiento. Sin embargo, ello no ha traído consigo, todavía, la clarificación de los problemas que —con un criterio simplista— podría haberse esperado de tanta tarea. Por el contrario, como reconocía expresamente Pericot en 1949: "Lo curioso es que cuando nos topamos con celtas e iberos de los que tantos datos históricos y arqueológicos poseemos, es cuando más disconformes andan las teorías, mostrándonos de nuevo la tragedia de nuestra ciencia que sólo

²⁰⁷ PERICOT, *Crónica del IV Congreso arqueológico*, etc., 48.

²⁰⁸ EUGENE PITTARD, *Les races et L'histoire*, en *Bibliothèque de Synthèse historique*, París, 1924, pág. 114.

parece ver claro cuando los datos son escasos y se confunde y se complica cuando éstos se hacen más abundantes”²⁰⁹.

Naturalmente que es sólo uno de esos tantos mirajes, que también se dan en la Historia. Pero no hay que confundir claridad por desconocimientos de hechos, con verdadera luz por dominio de todos los hechos que hacen a un problema. Únicamente perseverando en la investigación, con el mismo ardor puesto en estos últimos 30 años, se podrá superar esta etapa, aparentemente caótica, intermedia; y recién entonces podremos decir que conocemos realmente la Prehistoria, para esas fechas convertida en veraz capítulo inicial de la Historia de España. De esa España de nuestros amores y desvelos, de España la invariable . . .

209 PERICOT, *Crónica del IV Congreso arqueológico*, pág. 65.

PREHISTORIA MONUMENTAL DEL VALLE DE VIRÚ (PERÚ)
(Nota bibliográfica)

Por LEÓN STRUBE ERDMANN S. V. D.

El panorama actual de la arqueología peruana presenta una estratificación que habla claro y preciso de las gentes primitivas que vivían en pleno estadio paleolítico viviendo de los productos del mar, de los primeros horticultores y criadores de animales domésticos, de la alfarería rudimentaria incipiente que luego se desarrolló por influjo extraño a gran altura poco antes de nuestra Era, culminando en el arte Mochica a la par de la industria de los metales, creando imperios fabulosos cuyas capitales como Chanchán constituyen enormes e inagotables riquezas arqueológicas. Los hallazgos más sorprendentes se suceden en cada excavación perfilando aspectos económicos, sociales y religiosos, dándonos un concepto cabal de su prístina grandeza. Horizontes nuevos se abren: vinculaciones extensas, jamás soñadas, por la navegación perfeccionada, que abarcan la costa toda del Perú y más allá hasta Chile central y el Ecuador, mucho antes de los Incas. Una síntesis de todo aquello lo hallamos en el excelente libro de Gordon R. Willey que tenemos el gusto de presentar a los lectores de habla castellana, *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley* (Formas de ocupación prehistórica en el Valle de Virú)¹.

Este trabajo, fruto sazonado de menuda labor por años y meses, no sólo por parte del autor y de sus tenaces compañeros sino de otros tantos investigadores que les precedieron, constituye una cumbre de la investigación arqueológica en América del Sud. El plan, emprendido desde 1946, es ahora una bella realidad. Proyecta luz, no sólo en el pasado del valle de Virú, sino por toda la costa peruana y aún más allá. Era el *leitmotiv* de la escuela yanqui, calcado en la exigencia de métodos modernos; agotar el estudio de uno de los fecundos valles costeros que no sea de mucha extensión, más saturado de incalculable riqueza prehistórica y sobre esta base firme construir y corregir todo el cuadro de sucesión del pasado costero, toda la prehistoria desde la pre-agrícola

¹ WILLEY, Gordon R.: *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú*. Smithsonian Institute of Archeology & Ethnology, Bulletin 155. Washington D. C. 1953. 453 pp., 60 láminas (fotos), 88 figuras (planos y mapas).

hasta la pre-cerámica hasta la época incaica². El resultado espléndido está en nuestras manos, precioso regalo del abnegado autor que ya posee un saldo de méritos inestimables en la dilucidación de culturas sudamericanas.

Prevenimos al culto lector que aquí no se trata de excavaciones en gran escala a que nos tienen tan acostumbrados los arqueólogos norteamericanos, sino del inventario general del valle de Virú, enfocando sus monumentos y estudiando sus particularidades, sus "características prehistóricas". Por lo mismo no discute la cerámica de cada período ni considera otro aspecto ergológico sino la edificación en todo su alcance, determina y define uno por uno los restos y sitios arqueológicos, su pertenencia a tal o cual período y fase, su relación y su importancia respectiva. Y sólo echa mano de la excavación con el objeto de lograr esta finalidad. Va elaborando así un mapa arqueológico de todo el valle, abarcando unos 32 km de longitud por 28 de anchura con su numeración de 315 sitios. Cada uno está tratado prolijamente e ilustrado por planos y croquis conforme a su trascendencia. En esto reside el valor máximo de la obra. El fechado cerámico, efectuado por especialistas en la colección de tiestos y cacharros, da por resultado el fechado propio de cada sitio (*ceramic dating*). Mas como la certeza está sujeta al número, nitidez y procedencia de cada cerámico, oscila por grados que el autor va anotando con toda escrupulosidad (cf. pp. 9-12).

El libro está dividido por períodos o culturas, comenzando con el precerámico. Sus denominaciones varían un tanto con respecto al cuadro establecido para los centros del norte (léase desde abajo):

<i>Moche-Chicama</i>	<i>Virú</i>	<i>Fecha</i>	
Inca-Chimú	Estero	1450-1532	
Chimú	La Plata	1200-1450	
Tiahuanaco costeño	Tomaval	1000-1200	
Mochica (Chimú temprano)	Huancaco	700-1000	
Mochica negativo	Gallinazo	300- 700	
Salinar	Puerto Moorin	0- 300	
Cupisnique (Chavín costeño)	Guañape medio y tardío	1000-0	a. J. C.
Cerámica tosca (<i>Plain Pottery period</i>)	Guañape temprano	ca. 1000	"
Precerámico (agricultura incipiente: <i>early farmers</i>)	Cerro Prieto	3000-1000	"

La pauta del análisis de estos períodos nos la da el autor en el siguiente cuadro de categorías funcionales:

²Cf. Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, 1955, parte II, pp. 81-84. México. Véase también Anales de Arqueología y Etnología, t. XII, pp. 320-321. Mendoza.

- I. Lugares habitados:
 - Aldea de pequeñas casas dispersas.
 - Aldea aglutinada: regular o irregular.
 - Casa grande semi-aislada.
 - Aldea compuesta {
 - con cercado rectangular
 - con cercado rectangular grande
 - con cercado irregular o compuesto.
- II. Estructuras comunitarias y ceremoniales:
 - Edificio comunal. Montículo piramidal. Complejo arquitectónico con pirámide.
- III. Lugares fortificados o de refugio:
 - Reducto de altura. Plataforma de altura. Aldea de altura (aglutinada).
 - Complejo fortificado ("Castillo").
- IV. Cementerios.

Las páginas 333-343 tratan de los sitios de fecha problemática, siguiendo la misma pauta, con toda sinceridad científica. El capítulo titulado *The development of Virú settlements: a reconstruction* (Reconstrucción del desarrollo de la ocupación humana en el Virú) encierra múltiple enseñanza. El primer párrafo, *Dwellings* (viviendas) guarda cuantiosas novedades. Sorprende la existencia de vivienda forrada con adobes rectangulares o delgada tapia en plena época precerámica (p. 344, 351). Guañape exhibe habitaciones de unos 3 m de diámetro, rectangulares y circulares o de círculo inconcluso cuyos fundamentos constan de piedras unidas con argamasa de barro. Como este corresponde al Cupisnique, trae el autor ceramios que ilustran la estructura superior de las casas, nada menos que rectangulares y con mojinete, techadas de esteras y cañas (p. 344). La última fase de Guañape presenta pueblos de casas dispersas (*scattered small house villages*), de base rectangular o circular, hecha de piedra siguiendo paredes de adobe coniforme. Puerto Moorin posee el tipo de pueblo de casas irregularmente arriadas (*irregular agglutinated village*) cuyo fundamento y aparejo es de piedra valle adentro, mientras que hay construcción de adobe coniforme u odontiforme cerca de la costa (p. 345). Aparece también el recinto rectangular cerrado (*rectangular enclosure compound*), con casuchas dispersas. Las paredes son conjeturales por no hallarse intactas en parte alguna; pero el autor recurre una vez más a la cerámica de la época que exhibe casas de una y de dos aguas, siendo el aparejo parietal construcción de columnas graduadas (*series of stepped columns*, p. 346).

Gallinazo, el período más próspero de Virú, conserva el tipo de pueblo de casas arrimadas, hechas de adobe multiforme (p. 352) y aún con cierto arreglo alrededor de un amplio patio. Hacia el final del período comienzan tipos grandiosos de vivienda: la monticular (*dwelling construction mounds*) y la piramidal (*pyramid dwelling construction*). Cobijan recintos de 1,25 m hasta 4 m de lado. Las entradas eran por el techo durante las dos primeras fases, en tanto que en la última están provistas ya de puertas y corredores. El grosor de las paredes alcanza hasta 60 cm; están hechas de tapia, adobe globular, adobes rectangulares moldeados en cajas de caña y rectangulares toscos; trasuntan orden cronológico. (p. 347). Otro tipo surge al final del período: la gran casa aislada. Consiste en un rectángulo de fundamento pétreo que mide 14 por 9 m y 11 por 7 m. Entrañan construcciones celulares (*cell-like interior rooms*, p. 348). También aquí la cerámica nos provee de modelos ostentando casas de una y dos aguas con ventanas escalonadas, asomando incluso un portal (p. 348 y lám. 58).

El período de Huancaco continúa con la vivienda monticular y piramidal, pero en mayor dimensión. Uno de estos tipos abarca la friolera de 200 por 300 m. Continúan, asimismo los tipos pueblo de casas arrimadas (Irregular) en el valle arriba, junto con algún Regular; además, el recinto cerrado con viviendas. Abundando en este período la cerámica mochica, destaca el autor sólo particularidades de los modelos de casas.

Con el principio del Tomaval desaparecen como por encanto los tipos de vivienda monticular y piramidal, quedando en pie solamente el pueblo de casas irregularmente arrimadas en el valle superior. El tipo común constituye ahora la gran casa aislada; al mismo tiempo aumenta el número de recintos cerrados de viviendas, haciendo aparición el tipo gigantesco de 130 m de lado, con distribución simétrica de casas, patios y corredores incluso algún pequeño montículo o plataforma. Continúa el uso del adobe rectangular tosco (p. 350, 353).

En los períodos de La Plata y Estero desaparecen los tipos de casas arrimadas y de la gran casa aislada, dominando ampliamente los recintos cerrados. Estero nos brinda otra novedad: el recinto múltiple (*rambling enclosure*), fusión de varios recintos menores que adquiere semejanza de barrio. El adobe cuadrangular tosco en unión de tapia maciza caracterizan a La Plata y Estero (p. 353). En suma, presencia-mos toda una gama de evolución edilicia.

Interesantisimo es el párrafo titulado *Fortified Sites* (sitios fortificados), que brinda paralelos a nuestros "pucarás" y "churos" andinos.

Fortificaciones y refugios no existen en el período de Cerro Prieto ni de Cuañape. Sólo hay plataformas en crestas de montañas, de dudosa interpretación: lugar de refugio, atalaya, santuario (*"refuge dwellings, lookout or shrines, p. 358*). Grandes reductos fortificados en las cumbres (*hilltop redoubts*) aparecen sólo en la primera fase de Puerto Moorin, incluso montículos piramidales (*pyramid-mounds*), que no carecen de viviendas. Buen ejemplo nos ofrece el cerro fortificado de Bitín (V-80). Ahí hay moradas suficientes para la población pedemontana cuyos campos cultivados y cementerios adjuntos revelan su número (p. 358). Fue levantado en Puerto Moorin temprano y luego abandonado (pp. 92-95, fig. 18); en cambio, Cerro del Piño quedó ocupado hasta el período Gallinazo (pp. 95-97, fig. 19). Los grandes reductos fueron abolidos y en su lugar se erigen las magníficas fortalezas, llamadas *Castillo-Fortification-Complex*. Constan de una pirámide construida con adobes o de plataformas terrazadas en las alturas, provistas de murallas circundantes y demás baluartes. Contienen amplias viviendas si bien disponen de menor área. Menudean en el Gallinazo tardío y perduran en el período de Huancaco. El tipo de adobe es tosco o moldeado en cajas de cañas, en forma rectangular. Ejemplos genuinos nos presenta el gran sitio prototípico de Huancaco (V-88-89), en parte complejo arquitectónico con pirámide (*Pyramid-Dwelling-Construction Complex*), en parte "palacio" y aún fortificación (p. 359, fig. 44); igualmente el Palacio de Sarraque, V-75, el mayor alcázar del valle (cf. figs. 34-35; siendo V-72 Moorin tardío, V-73, 74 Gallinazo tardío). Está situado frente a la confluencia del Virú y su afluente el Huacapongo. El rápido desarrollo del tipo Castillo-Fortaleza en el Gallinazo tardío obedece al influjo e invasión mochica, y su repentino fin y abandono al avance de Tomaval, horizonte del Tiahuanaco costero (p. 360). Aparece, asimismo, el aparejo megalítico, pero en contados sitios del valle de Virú.

Muy reducido es el párrafo sobre cementerios ya que este aspecto pertenece junto con el estudio del ajuar funerario a otras misiones. Constan pocos cementerios del tiempo de Cuañape y Puerto Moorin; son simples, desprovistos de particularidad. En el Gallinazo hacen aparición sepulturas dentro de antiguas viviendas y basurales (*refuse mounds*); además hay tumbas en los llanos marginales del valle, algunas con pircado (*stone-lined tombs*). En el Huancaco aumenta el ajuar funerario en sepulcros forrados de adobe que se hallan en la proximidad de Castillos y Pirámides-viviendas (p. 360). Con el Tiahuanaco se introduce el empleo de "pit-cists" (sepulcros-pozo revestidos de piedra),

tipo tan común más tarde en todo el Tawantinsuyu. Tomaval La Plata nos deparan aún sepulturas en abrigos bajo roca, llamados actualmente "putus", que han sido cerrados por pircado (*rock-shelter burials*; cf. p. 277; V-312). Total, se agotan casi los tipos sepulcrales.

Public works (obras públicas) y *Community patterns* (formas de vida comunal) son los últimos artículos del capítulo citado. Ahí discute el autor ampliamente la irrigación en los distintos períodos, con predilección la del más floreciente, el de Gallinazo (pp. 362-365). Luego los caminos pre-incaicos y los del Inca (p. 369). *Community buildings* (construcciones comunales, pp. 379-389) enfoca la cuestión demográfica, ilustrándola con excelentes gráficos (figs. 81-88). El capítulo *Settlements and Society* (instalación humana y sociedad), subdividido en dos partes dedicadas a la Población y a la Organización sociopolítica, amplía y aclara lo precedente con exhaustiva exégesis. Da al Gallinazo tardío una población máxima de 25.000 individuos mientras que la actual cuenta con 10.000 (p. 24). Con mucha razón califica al Mochica y su cerámica de "altamente nacionalista" y de estado autocrático (p. 397).

El último capítulo, *The Virú Valley in peruvian Prehistory* (El valle de Virú en la prehistoria peruana) lo conceptuamos de importancia trascendental, porque estudia y descubre vinculaciones materiales y espirituales no sospechadas, al Norte y al extremo Sud y aún fuera del Perú actual. Merece un comentario extenso que dejamos a los especialistas en la materia y para no meternos "en camisa de once varas" ni abusar de la paciencia del culto lector. Finaliza la obra con un registro breve y preciso de los yacimientos tratados que montan, como hemos dicho, a 215,³ y con una Bibliografía sucinta de 4 páginas al modo anglosajón.

Córdoba, julio de 1957.

NOTA: Sobre algunos aspectos relacionados con este tema, véase: FORD, 1944, en *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, 43, 1. New York. WILLEY, 1946, en *Acta Americana* (Soc. Interamericana de Antropología y Geografía), 4, 4. México. STRONG, cf. *Bol. Bibl. de Antrop. Am.* 1949, p. 123. Cf. id. 1951, p. 100. FORD & WILLEY, 1949, en *Anthr. Pap. Am. Mus. Nat. Hist.*, 43, 1. BENNETT & BIRD, 1949, en id., 6, 15. BENNETT, 1950, en *Yale Univ. Publications in Anthropology*, N^o 43. New Haven, Conn. HOLMBERG, en *Patterns for Modern Living*, 1950, pp. 367-416.

³ Con todo, queda un margen de restos arqueológicos ocultos entre médanos y montes, reservados a investigaciones futuras. Estas no han de modificar mayormente el cuadro de esta obra de Willey, pero dispararán dudas y circunscribirán áreas y períodos arqueológicos.

INDICE DEL TOMO XIV-XV, 1958-1959

A MODO DE PROLOGO.

JUAN SCHODINGER: *Significación del Profesor Dr. Osvaldo F. A. Menghin para el conocimiento de la Prehistoria sudamericana* Pág. 11

TRABAJOS

a) Arqueología

- X CIRO RENÉ LAFON: *Reflexiones sobre la arqueología argentina del presente* " 19
- ANÍBAL MONTES: *Cambios climáticos durante el Holoceno en las Sierras de Córdoba (Rep. Argentina)*. (Con dos cuadros) " 35
- X PEDRO KRAPOVICKAS: *Arqueología de la Puna argentina* (Con 16 figuras) " 53
- ALBERTO REX GONZÁLEZ y VÍCTOR NÚÑEZ REGUEIRO: *Apuntes preliminares sobre la arqueología del Campo del Pucará y alrededores (Dpto. Andalgalá, prov. Catamarca)*. (Con 15 figuras y 7 cuadros) " 115
- ROBERTO GAJARDO TODAR: *Investigaciones acerca de las "piedras con tacitas" en la zona central de Chile*. (Comunicación preliminar). (Con 32 figuras) " 163
- X DICK EDGAR-IBARRA GRASSO: *Los primeros agricultores de Bolivia*. (Con 8 figuras y un cuadro) " 205
- VICENTE O. AGÜERO BLANCH: *Los sobadores. Su área de dispersión en el departamento Malargüe (provincia de Mendoza)*. (Con 12 figuras, 36 croquis y 2 mapas) " 229
- HUMBERTO A. LAGIGLIA: *Dos litos tabuliformes del sur mendocino*. (Con 2 figuras) " 253

b) Etnología y Etnohistoria

- MARCELO BÓRMIDA: *El estudio de los Bárbaros desde la antigüedad hasta mediados del siglo XIX. Bosquejo para una historia del pensamiento etnológico* " 265
- FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA: *De Schulten a Menghin. Valoración actual del problema etnológico de España* " 319

c) Nota Bibliográfica

LEÓN STRUBE ERDMANN: *Prehistoria monumental del valle de Virri (Perú)* " 357

Reg. 14° PP 2240

LA PRIMERA EDICION
DE ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRAFICOS D'ACCURZIO,
CALLE BUENOS AIRES N° 202,
CIUDAD DE MENDOZA,
EL DIA 1 DE OCTUBRE
DE 1960.

